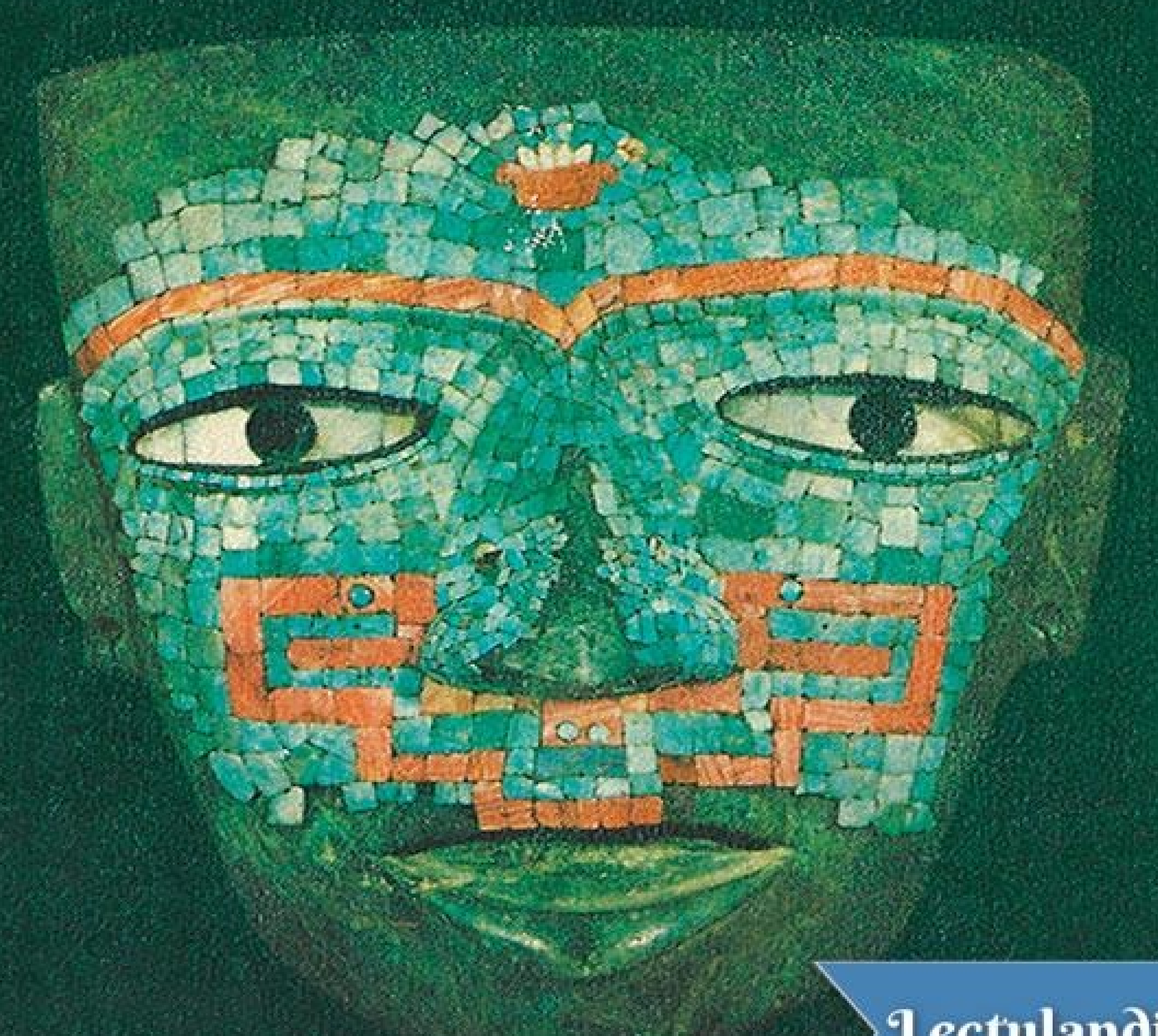
LASZLO PASSUTH

Mi encuentro con el dios de la lluvia



En 1939 László Passuth publicó EL DIOS DE LA LLUVIA LLORA SOBRE MÉXICO. La obra, centrada en la aventura de Hernán Cortés y en la caída del último emperador azteca, fue un gigantesco éxito mundial y el inicio de una carrera de novelista especializado en temas históricos y apoyado siempre en una reconstrucción minuciosa de ambientes y en el análisis detallista de la psicología de los personajes. MI ENCUENTRO CON EL DIOS DE LA LLUVIA es el relato de lo que Passuth considera «el más memorable viaje de mi vida», una larga estancia en México que sirvió para avivar en él los recuerdos literarios y arqueológicos recogidos a lo largo de cuatro décadas de trabajo sobre la historia y las leyendas del México precortesiano. Apoyándose en el pasado, Passuth nos muestra también una visión viva del México de hoy, un completo panorama histórico, cultural y político de uno de los países más interesantes y conflictivos del Nuevo Continente.

László Passuth

Mi encuentro con el dios de la lluvia

ePub r1.0
Titivillus 15-08-2023

Título original: *Találkoztam Esöistennel*
László Passuth, 1972
Traducción: María M. de Kása
Diseño de cubierta: Balaguer

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

PREFACIO

Cuando en el verano de 1528 *Hernán Cortés* se encontró por primera vez, en Toledo, con Carlos V, el Emperador, que entonces contaba veintiocho años, preguntó al conquistador que acababa de regresar de ultramar: ¿Cómo es México? En la mesa de los amanuenses había grandes pliegos de papel, puesto que en la corte debía quedar constancia de este célebre encuentro. Según la tradición, Cortés tomó uno de esos pliegos españoles, lo arrugó bien, alisó después la hoja que con sus pliegues y arrugas debía parecerse un poco a los mapas en relieve de la actualidad, y la puso en el brazo del sillón del trono: ¡Así, Majestad! La historia no ha registrado todos los detalles del diálogo, que duró varias horas; el *Anáhuac* indio, bautizado con el nombre de «Nueva España», quedó simbolizado por esa hoja de papel que la mano del conquistador convirtió en un mapa.

Fue esta anécdota, que circula desde hace cuatro siglos y medio, lo que se me vino a la mente cuando tuve que responder a la pregunta de un lector respecto a cómo es México. Aunque fui yo mismo quien eligió el tema, no pude menos que sentirme asustado cuando comencé a formular la respuesta. ¿Quién y dónde ha visto tanta variedad, tanta analogía y tanta contradicción dentro de una sola unidad geográfica como las que presenta y ofrece el México de hoy para aquel cuyo interés hacia ese enorme país de América Central es más instintivo que el que, por lo general, impulsa a las oleadas de turistas —en buena parte norteamericanos— que acuden a visitarlo?

«La esencia del milagro consiste en que llega por donde menos lo esperamos», dijo una ver un amigo mío de triste destino, y realmente, la llamada telefónica que llegó inesperadamente por la noche y que puro en conocimiento que el Gobierno de México había tomado la decisión de invitarme con motivo del trigésimo aniversario de la publicación de mi libro *El dios de la lluvia llora sobre México*, me despertó con el aleteo de un milagro. «¿Cuándo puedes venir?», me preguntó mi lejano amigo, y sus palabras sonaron tan clara y distintamente como si me estuviese hablando desde mi ciudad. En mi mente sólo surgió una fecha: mi lejano héroe, Cortés,

entró en Tenochtitlan, el México de nuestros días, el 8 de noviembre —según el antiguo calendario—, y seguro que tuvo sus motivos para esperar hasta mediados de otoño. Desde que recibí la llamada telefónica, en abril, el principio de noviembre me parecía tan lejano como el sueño de la realidad. Si mi esposa no hubiera estado presente cuando tuvo lugar el inesperado dialogo nocturno, a la mañana siguiente hubiese creído que habían sido mis anhelos abrigados durante varias décadas los que me habían hecho soñar con una conversación así.

Durante los meses dedicados a los preparativos, en el curso de una entrevista tuve que contestar a las preguntas de cómo entre en contacto con el tema, a qué sé debió mi apasionamiento por el mundo precolombino, por qué escribí una novela acerca de él y cómo es que ese libro escrito a finales de la década de 1930 se halle en circulación en diez idiomas. Con motivo de encuentros entre escritores y lectores se había dado ya el caso de tener que responder a esas mismas preguntas. Voy a intentar ahora resumir lo que suelo decir en relación con la «leyenda del origen» de *El dios de la lluvia*.

A principios del otoño de 1926 pasé una corta estancia en Londres. Una mañana, al recorrer la Oxford Street, llegué hasta los almacenes más altos vistos hasta entonces, los *Selfridge's*, que habían anunciado una exposición de libros para aquellos días. En toda una serie de salas pude contemplar las obras expuestas. La ciega casualidad hizo que, en aquel mar de libros, mi mirada se dirigiera a dos gruesos libros encuadernados en tela azul. Para mí, el nombre de su autor, William Prescott, era desconocido, pero el título de los libros *La historia de la conquista del Perú* y *La historia de la conquista de México*, atrajeron mi atención. En mí debía haber, desde mis años infantiles, un oculto anhelo de saber sobre las misteriosas culturas del Nuevo Mundo un poco *más* de lo que revelaban las novelas de indios escritas para la juventud. ¿Cuáles debían ser, en la realidad, las raíces de esas desaparecidas civilizaciones? Hojeé primero el libro acerca de *Perú*. Me detuve examinando el amplio índice, eché una ojeada al prefacio y leí unos fragmentos del capítulo dedicado al origen de la civilización inca del Perú y a las líneas directrices de la misma. Y resultó que era ese libro el que —con una inconsciente nostalgia— había estado buscando siempre. Adquirí el libro y me sumí en la lectura de esa obra terminada de escribir en Bastón en 1847.

Pasé revista a mis posibilidades materiales y decidí adquirir también el otro tomo de Prescott, el relacionado con *México*, puesto que en el dedicado al Perú el autor se refería frecuentemente a su obra anterior, comparando esas dos civilizaciones americanas antiguas que alcanzaron casi al mismo tiempo

la cumbre de su evolución. Al día siguiente, me dirigí de nuevo a los almacenes Selfridge pero, como si un duende travieso hubiera decidido hacerme una jugarreta, por la noche habían retirado la exposición y la riada de libros había vuelto a su cauce normal: la literatura sólo estaba representada en algunos estantes. Recuerdo a uno de los vendedores, un hombre de edad, que a mis preguntas contestó diciendo que, según sabía, el día anterior habían vendido todos los tomos de Prescott, pero que —a los almacenes Selfridge nadie debe entrar en vano— tuviera un poco de paciencia, que iba a ir a mirar en el depósito. De un capricho así del destino dependen hombres y libros; los minutos de la espera fueron pasando lentamente y ya estaba dispuesto a irme cuando el vendedor apareció trayendo un tomo bastante mal encuadernado. Por esa razón no había sido expuesto y, según me dijo, si quería podía comprarlo. (Cuántas veces he hojeado y por cuántas manos ha pasado ese simpático libro que acabo de consultar también ahora para convencerme de que la audiencia concedida por el Emperador a Cortés tuvo lugar en Toledo, en el mes de julio de 1528).

Así, pues, me parece pertinente evocar aquí a Prescott, mi primer maestro precolombino. Descendiente de una familia de patricios bien acomodada, nació cuatro años antes del advenimiento del siglo XIX. Al igual que su padre, estudió Leyes pero, siendo aún joven, se quedó ciego de un ojo y fue perdiendo gradualmente la vista del otro. Se le fue desarrollando una peculiar memoria, grabando en sí con una inaudita práctica sus fuentes históricas; de este modo, en lugar de ejercer la jurisprudencia fue adquiriendo una formación de historiador. Eligió como tema inicial el mundo del Siglo de Oro español y publicó su primera obra, de dos tomos, en 1829, sobre la historia de Fernando e Isabel. Este libro, gracias a sus amplios fundamentos científicos y a su agradable estilo no tardó en procurar un amplio círculo de lectores al desconocido erudito de Massachusetts (nació en Salem) que, permaneciendo siempre en la penumbra, anotaba con un punzón de hueso los textos que le eran leídos.

Una vez imbuido del espíritu español, también él se sintió subyugado por Cervantes, a quien dedicó ya su siguiente obra. Mientras tanto se iban acumulando sus datos acerca de la historia del Nuevo Mundo y, como resultado de casi tres lustros de estudios, en 1843 publicó la *Historia de la conquista de México*, una de cuyas numerosas ediciones posteriores, la de 1925, con nuevas notas, vino a parar a mis manos, un año más tarde, en 1926.

Sus críticos reprocharon más tarde a William Prescott la falta de amplitud de sus perspectivas y su exagerado apego al curso de los acontecimientos en

lugar de ofrecer un análisis más profundo de la época y de sus personajes. Pero no puede decirse que el autor mereciera estas críticas, emitidas evidentemente ya a finales del siglo XIX, puesto que escribió su obra en los decenios del romanticismo. En comparación con esto, sus investigaciones, su imparcialidad y su actitud objetiva hicieron de él, en la época de la elocuencia apasionada, un historiador que no deja de observar ningún motivo. Es indudable que Prescott agrupa los acontecimientos de una manera fácil y comprensible y es también cierto que su excelente estilo cautiva al lector. Pero el hecho de que ese texto, que cuenta ya 130 años, sea aún en la actualidad no sólo legible sino que refleje también con acentos de veracidad el juicio del autor, viene a explicar la popularidad de que gozó en sus tiempos y su también hoy reconocida importancia como historiador.

Perú nunca ejerció en mí un atractivo especial; ni la civilización inca que cubrió los estratos anteriores ni el que la derribó, el rudo capitán conquistador, el analfabeto Pizarro. Pero la historia antigua de México me cautivaba y llegue a apasionarme por ella. Prescott conocía todos los manantiales de información accesibles durante el primer tercio del siglo XIX, y citaba frecuentemente las crónicas españolas, en el lenguaje hispánico de principios del siglo XVI, que hoy ya parece tan anticuado. Pensé que no me sería difícil tender un puente entre los idiomas latinos y que con mis conocimientos del italiano me sería fácil orientarme en el castellano. Con ayuda de un diccionario y de una gramática, lo primero que llegué a conocer fue el lenguaje y los giros idiomáticos del español del siglo XVI con lo que, al cabo de cierto tiempo, llegué a poder leer con cierta facilidad los autores recomendados por Prescott.

La intensificación de mi interés hacia el mundo precolombino era algo así como una protesta contra mis prosaicos días cotidianos; no hacía más que leer y, según recuerdo, ni siquiera tomaba apuntes. Al poco tiempo pude convencerme de que la biblioteca central Ervin Szabó —entonces municipal — contenía un verdadero tesoro respecto a las más importantes informaciones sobre México. Pasé algunas semanas en Viena, en una hermosa pero fría habitación barroca del Collegium Hungaricum, a la que llevaba, desde la biblioteca, las crónicas relativas al rico pasado precolombino que no había podido encontrar en Budapest.

Al antiguo archivo secreto de Viena logré llegar con la primera esposa de mi amigo Endre Gáspár, con Kata, la excelente traductora de *EL jardín de las hadas* de Zsigmond Móricz; en los pasillos del laberinto de Hofburg me encontré en una antesala en la que un ujier sabelotodo, en el quicio de una

puerta, me preguntó: «*Was wünscht der Herr?*» Le dije que, según tenía entendido, allí se conservaban algunas cartas de Hernán Cortés y uno de los pocos manuscritos indios existentes, el Codex Vindobonensis. «Cincuenta Groschen cada uno», dijo el ujier sin dar la menor muestra de emoción. Después, nos sentamos en un incómodo banco escolar sobre el que se podía percibir al vigilante de la sala de lectura sentado en su púlpito. Fue un instante maravilloso aquel en el que pusieron ante mí el grueso códice encuadernado en pergamino y, al mismo tiempo, una copia fiel del manuscrito original indio.

Formando un tomo habían sido encuadernados tres escritos de Cortés, las famosas Cartas Primera, Segunda y Tercera. La escritura, que presenta un color rojizo pálido y está trazada con tinta hecha a base de bayas silvestres, es la misma en la primera y en la tercera carta mientras que la segunda se debe a otra mano. Pero la firma de Cortés es la misma e igual en las tres cartas. Es evidente que debió dictar el texto o hizo copiar el borrador redactado por él mismo. Fue un momento lleno de emoción el que viví en el aire de la historia y hojeé sus páginas. Quinientos hombres frente a un imperio desconocido, en medio de pantanos, ciudades enemigas y selvas vírgenes. El escritor, que llegó hasta el grado de Licenciado en la Universidad de Salamanca, fijó siempre su mirada en Julio César que llegó a ser su ejemplo no sólo como caudillo militar sino también como autor de *La guerra de las Galias*.

En lo que se refiere al códice de Viena, salvado de la muerte en la hoguera, fue realmente entonces cuando vi por primera vez el único documento escrito de la época precolombina del Nuevo Mundo, aunque no el ejemplar original pero sí, por lo menos, una copia fiel. Aparecía como abarrotado de pequeñas figuras de colores trazadas en cuadriláteros; el investigador que se propusiera descifrar el significado de esas figuras, que en su mayoría deberían ser consideradas como ideogramas, tendría que buscar la solución entre esas imágenes simplificadas en signos. Para entonces había ya trabado conocimiento con la obra de Th. W. Danzel sobre los manuscritos indios y rica también en imágenes y, de esa manera, tenía ya cierta idea acerca de esos jeroglíficos. Pero no pude hacer más que pasar las hojas pintadas en piel de gamo y dobladas de manera especial. Había llegado la hora de cierre de la biblioteca y, así, entregué las dos obras al vigilante que desempeñaba sus funciones por encima de mi cabeza.

Cuando regresé a Budapest, escribí un artículo para la prensa titulado *Las cartas de Hernán Cortés*. Ésta fue durante mucho tiempo mi única publicación sobre ese tema. ¿Qué había visto aún de los vestigios materiales

de la civilización de esa parte de la tierra denominada hoy Mesoamérica? La colección del Museo Británico y el interesante material precolombino del Museum für Völkerkunde de Viena (cuando la rama española de los Habsburgo se extinguió, Carlos III —como emperador Carlos VI— al retirarse de la guerra de Sucesión española, hizo llevar a Austria numerosos vestigios del material relacionado con la familia). También hoy día puede ser contemplada en Viena la enorme y maravillosa corona hecha de plumas verdes de quetzal, con el sol de oro y la luna de plata según el concepto del Zodíaco azteca, enviada por Moctezuma, por mediación de Cortés, a Carlos V. (Es aquí donde me parece oportuno substituir por primera vez la denominación de «Montezuma» por la hoy ya generalmente aceptada de Moctezuma). Estuve también en París, en el entonces denominado Trocadero y hoy Museo del Hombre, visité museos alemanes y fui también a Florencia, a la búsqueda de los pude procurarme acerca de ese tema. Sólo me arredré ante la obra *Die weissen Götter* (Los dioses blancos), del gran escritor alemán Stucken, una novela de 1.200 páginas, cuando me di cuenta de que este excelente autor se dejaba guiar por su fantasía cuando se trataba de la mitología india.

El material se fue acumulando. En el sótano de una librería de la calle Vác di con las obras de Seler y Danzel que constituyen una fundamental evaluación del arte y de la escritura azteca-maya. También obtuve las cartas de Cortés y las ofrecí, para que fueran publicadas en húngaro, al gerente de la editorial Officina, a mi amigo, de agradable recuerdo, Ödön Löbl-Landy. La editorial Officina no se hallaba en disposición de publicar en su serie documental un tomo completo tan extenso como ése pero, no obstante, salió a la luz una selección mía, de mediana extensión, bajo el título de *Cartas de Cortés* en las que fueron presentados al público —con una amplia introducción mía— los más importantes capítulos de los célebres informes.

Escribí también una novela corta, cuando el material acumulado pugnaba ya por salir de mí. Se trataba de ese episodio en el que, hallándose Cortés lejos del sitiado México, la imprudente e insensata matanza (organizada durante la fiesta del dios del maíz) de Alvarado, su segundo, dio lugar a una rebelión abierta. Envié dicha novela a la revista *Nyugat* (Occidente) que hacía poco había publicado mi primer escrito de cierta importancia. En aquel entonces, el redactor en la sección de prosa era Zsigmond Móricz mientras que de la poesía se ocupaba Mihály Babits. El que la obra de un escritor joven fuera publicada en *Nyugat* significaba, simbólicamente, su espaldarazo como escritor. Fue en Leányfau, en el hogar de Zsigmond Móricz, donde tuvo lugar

la conversación sobre mi obra. El tío Zsiga, como le llamábamos, acogía siempre con rostro afable y ojos sonrientes a los escritores jóvenes, les escuchaba siempre amablemente, infundía confianza a los desanimados y les interrogaba sobre sus proyectos. En Leányfalu volví a mencionar el tema precolombino, que era el que embargaba mis pensamientos y cuya primera narración se hallaba en la redacción de *Nyugat*. La siempre sonriente mirada se puso grave. Si bien formulada de una manera más cortés, la opinión de aquel gran escritor era, no obstante, que se hallaba ante un peculiar capricho literario. Pero si un escritor joven acaricia un tema así, «escapado del mundo», sin ninguna relación con los problemas cotidianos, no puede nacer otra cosa que escribirlo, para librarse de él. «Mira, hijo mío, escribe una novela con eso; así te descargarás, te liberarás de esa materia. La escribes, y luego guardas el manuscrito en un cajón. Entonces podrás seguir adelante». Las palabras de Zsigmond Móricz, el novelista —y ya en aquel entonces novelista histórico—, obraron en mí como una revelación a pesar del enjuiciamiento negativo del tema. Eso significaba que, a base de la narración enviada a *Nyugat*, consideraba que la historia documentada de México podría ser, tal vez, apta para una novela. Al volver de Leányfalu bullía en mi cabeza aquella maravillosa perspectiva.

En uno de los cajones de mi escritorio tenía una novela ya terminada que encajaba muy bien con el consejo simbólico de Zsigmond Móricz. Se titulaba *Eurasia* y su tema lo constituía el caótico Budapest de ambiente internacional de principios de la década de los años veinte; y su estilo, más tarde, fue calificado como «la iniciación de la novela expresionista húngara». En Londres fue anunciado un gran concurso internacional en cuya organización tomaban parte las más importantes editoriales de los diferentes países. En cada uno de los países se constituyó un jurado de renombre que debía enviar al editor inglés la mejor obra nacional, con objeto de que en Londres fuera elegida, entre los veinte manuscritos enviados, aquella que mereciera el premio mundial. A instancias de un amigo mío, envié *Eurasia* a la editorial Athenaeum, que era entonces la más importante de Hungría.

En mi vida privada se registró un giro decisivo y fui de viaje de novios a Toscana. Nos alojamos en una agradable pensión de la calle de Santa Catalina, en Siena. Paseamos por las calles de la ciudad-estado de antaño, en medio del bullicio de las grandes fiestas, del *Palio*, cuando después del desfile, en el *Campo*, de las delegaciones ataviadas con trajes medievales, tiene lugar en la gran plaza, ante el *Palazzo Pubblico*, una carrera de caballos que hace despertar antiguas pasiones. Al tercer día, terminadas las fiestas,

volvió a reinar el silencio en aquella maravillosa ciudad; nos proponíamos visitar por la tarde una abadía. En la portería nos esperaba un telegrama: «*Eurasia* ha obtenido el segundo premio del concurso húngaro. Enhorabuena». Cuando fuimos a Roma, en los periódicos de Budapest allí llegados pude contemplar mi fotografía. El jurado, como llegué a saber años más tarde, después de una prolongada discusión, había decidido por unanimidad en favor de la novela *La calle del gato pescador* de Jolán Földes, pero propuso que también *Eurasia* fuera publicada por la editorial Athenaeum. Esto, en aquellos tiempos, significaba un gran honor tratándose del primer libro de un escritor. La novela de Jolán Földes, que fue traducida al inglés con destino al jurado internacional, obtuvo el premio mundial. Esto quería decir que la principal editorial de unos veinte países traduciría urgentemente la novela y la publicaría en gran número de ejemplares, en excelentes condiciones en lo que a los honorarios se refiere. A *La calle del gato pescador* siguió, en breve, *Eurasia*. Teniendo en cuenta las condiciones de aquellos tiempos, el libro fue publicado en gran número de ejemplares, y me dio a conocer como novelista.

En boca del editor, la tan agradable pregunta a los oídos de un escritor joven sonó de la siguiente manera: «¿De qué tratará su próxima obra?» La frase la pronunció György Sárközi, caído más tarde como mártir, y entonces director literario de Athenaeum. Estábamos los dos solos, y él esperaba mi respuesta. Le dije que me gustaría escribir una novela acerca del choque entre hombres de dos razas, entre dos civilizaciones diferentes, pero sin restringirme a esbozar los acontecimientos con fidelidad a la historia sino intentando llegar hasta las raíces de las dos civilizaciones, haciendo que la tragedia surgiera desde ellas. Sárközi —como era su costumbre— habló en voz baja, con la cabeza caída. «Inténtalo, a lo mejor te sale bien», dijo. Fue en ese momento cuando nació *El dios de la lluvia*, fue así como me convertí en autor de novelas históricas. Porque en aquel momento, aparte de una narración y bastantes apuntes, no tenía, en relación con mi libro siguiente, nada que estuviera listo para ser publicado.

¿Cuánto tardé en escribirlo? Lo recuerdo un tanto confusamente. Fui a Dalmacia, a la antigua Spalato y, allí, a la sombra de Diocleciano, terminé el extenso manuscrito. Tal vez pasó todo un año antes de que *El dios de la lluvia llora sobre México* adoptara definitivamente su forma de novela.

Si es verdad esa teoría según la cual una auténtica novela histórica no puede ser otra cosa que «una novela social que se desarrolla en el pasado», lo primero que hay que hacer es crearle los «bastidores» necesarios para que el

lector pueda orientarse entre los fenómenos de una civilización que, en este caso, aparecía como misteriosa y desconocida para todos nosotros.

En aquella época, y para hacerse una idea del éxito psicológico, la editorial Athenaeum recurrió al experimento de dar a leer los manuscritos llegados, antes que a los críticos y lectores profesionales, a alguno de sus trabajadores que desempeñaba sus funciones fuera del círculo de la literatura, tomando también en consideración la opinión del mismo. De esta manera, mi libro fue a parar a manos de una joven señora que trabajaba en la secretaría. (Hoy día habita en Londres y es una de las mejores traductoras en inglés y húngaro). Además de su opinión positiva, su entusiasmo vino a disipar las últimas dudas respecto al tema. Firmé un contrato con Athenaeum para la edición del libro. No sin condiciones, puesto que, dada la extensión del manuscrito, deseaban que fuera abreviado. Así, fueron sacrificadas más bien las partes descriptivas, los llamados «bastidores». Es evidente que esta abreviación resultó en favor de la novela, pero todavía hoy día lamento en secreto el texto perdido de esa manera. Quedaba aún la cuestión del título. El manuscrito que entregué llevaba el de *Tláloc llora a México*. El lector de la editorial meneó la cabeza. ¿Dos expresiones extranjeras en un mismo título? ¿Cuál es el significado exacto de Tláloc? Es así como sonó por primera vez el dios de la lluvia. Sárközi era poeta y al pronunciar el título como si escandiera un verso, silbaban todas las muchas eses que en húngaro tiene. Resultaba un poco largo, pero sonaba bien, como un verso. En español y en francés se necesitan ocho palabras para traducirlo, mientras que en húngaro sólo tiene tres, dicho sea en honor de la concisión de nuestro idioma.

Las correcciones de imprenta las hice durante la primavera de 1939 y estaba esperando la fecha de su publicación. Las nubes de la dictadura se iban haciendo cada vez más espesas; después de la breve calma tras el pacto de Munich vino la ocupación de Checoslovaquia. En paralelo con eso se agravaron los problemas de nuestro país. Durante esas semanas no pensé que *El dios de la lluvia* llegaría a ser un libro; por otra parte, si llegaba a serlo, ¿a quién iba a interesar? Pero el mecanismo de Athenaeum seguía funcionando. «Mientras estemos aquí y en la medida de lo posible, haremos como si desde fuera no nos amenazara ningún peligro». Para mí fue algo así como un milagro el que en la primavera de 1939, en ocasión del día del libro, *El dios de la lluvia* apareciera en la serie de novelas largas de Athenaeum; me fue permitido vivir los dulces momentos de las dedicatorias. Un excelente dibujante dio un fuerte color rojo a la estatua de arcilla de Tláloc que se

destacaba en un fondo de un azul vivo; en los escaparates, *El dios de la lluvia* atraía en seguida la mirada de los que se paraban ante ellos.

La crítica se ocupó ampliamente de ese libro que tan lejos se hallaba de toda candente actualidad. ¿Quiénes serían mis primeros lectores? En aquel tiempo no existía la costumbre de organizar encuentros entre un escritor y sus lectores…

En aquel entonces las gentes de Hungría leían mucho, sentían propensión a sumirse en el pasado; ello hizo que se intensificara el interés hacia las obras biográficas y las novelas. Por otra parte, considerábamos la novela histórica un poco como si fuera un género húngaro puesto que, sobrepasados los decenios del romanticismo, muchos excelentes escritores de nuestro país eligieron como tema el mundo de tiempos pasados. Fue en nuestra patria donde surgió esa amarga autocrítica, ajena a todo eufemismo, que examinó al microscopio y llevó al banquillo de los acusados, en relación con nuestras reiteradas catástrofes nacionales, la situación general y las circunstancias sociales del país en las diferentes épocas. En el cauce de los entonces de moda biógrafos nacionales y, especialmente, extranjeros, *El dios de la lluvia*, que conducía al lector a comarcas exóticas, fue acogido con interés. Y ese interés aumentó cuando —ya en la corriente de la segunda guerra mundial— fue publicada la segunda edición. Entonces nos hallábamos ya en la época de la oscuridad, cuando las posibilidades de nuestra vida cotidiana fueron objeto de grandes restricciones. La segunda edición de *El dios de la lluvia* fue leída ya cuando en las habitaciones reinaba pronto la oscuridad y las ventanas estaban protegidas con papeles negros para evitar que la luz se filtrara al exterior. La editorial se hallaba dispuesta a lanzar la tercera edición (mientras tanto también habían sido publicados otros cuatro libros míos, entre 1940 y 1955), quizás hasta las máquinas de la imprenta habían sido ya puestas en marcha, pero todo quedó paralizado cuando Budapest, la ciudad sitiada, se convirtió en campo de batalla. Durante los dos meses que permanecimos refugiados en los sótanos tuvimos que enfrentarnos con las circunstancias de la vida cotidiana en las cavernas. En un solo día perdimos los dones que la civilización nos había otorgado durante quinientos años. No había agua, ni luz, ni teléfono ni gas. El lugar del *homo sapiens* fue ocupado por el *homo faber*: sólo podía y tenía derecho a luchar por su existencia aquel que podía ayudarse con sus propias manos. No obstante, en esa existencia infrahumana, a la luz de lamparillas alimentadas con gasolina mezclada con sal, la gente leía, y leía con tenacidad, aun a riesgo de estropearse la vista. Leía libros que distraían su atención del cataclismo y que en aquellas horas intemporales,

transcurridas entre pavores, conducían a un mundo extraño, abstracto; leían todos aquellos que entre los desperdigados tesoros de su hogar pudieron salvar algún que otro libro y lo llevaron consigo al sótano. (Han sido muchos los que han manifestado que en aquellas semanas *El dios de la lluvia* fue como un punto mágico que encaminaba sus pensamientos por otros derroteros).

Di otro paso hacia adelante: atrajo mi atención el mundo de Felipe II, hijo de Carlos V y, tal vez, el más enigmático de los autócratas de la dinastía española de los Habsburgo. El sótano de nuestra casa, por obra y gracia del arquitecto Ádám Clark, había sido construido a unos seis o siete metros por debajo de la superficie del pie de la Colina de las Rosas, pero en nuestro jardín —por encima del orificio de ventilación— los proyectiles estallaban a intervalos casi regulares. Cuando había una pausa, generalmente por la tarde, me tapaba la cabeza con el abrigo y comenzaba a «componer» la historia de la época culminante de la Edad de Oro española; también el título surgió en el sótano. Pensé en un cuadro de El Greco, el de «El Caballero de la mano en el pecho». *En terciopelo negro*. Éste es el título en húngaro de la obra que en la versión española lleva el de *Señor natural*. Como un niño o un adulto febril, comencé a crear para mí mismo un cuento por etapas, sin disponer ni siquiera de un apunte, confiando en el engañoso juego de la memoria. Habían sufrido merma todas las posibilidades de la vida, y la esperanza de sobrevivir era un instinto y no un sentimiento consciente. Es así como vio la luz el segundo libro de la Trilogía Española, que se vinculó con el mundo español de *El dios de la lluvia*. *Señor Natural* —como texto ya escrito— quedó terminado en siete meses. Comencé a teclear la primera parte, la frase inicial de «Otoño en Bruselas», el mismo día que —después de haber abandonado la vida en el sótano— colocaron un cristal en la ventana de mi habitación. Lo terminé a principios de octubre de 1945, cuando habían sido creados de nuevo los marcos urbanos de nuestra existencia. Cuando escribí la última frase tuve la sensación de que había satisfecho mi deuda hacia el mundo hispano, que nuestras relaciones habían terminado.

Y, entonces, las manos «precolombinas» se extendieron hacia mí, desde la lejanía. Un joven amigo mío, fallecido trágicamente hace poco, István Borhegvi, que trabajaba en la sección egipcia del Museo Nacional Húngaro, se trasladó a Guatemala donde llegó a ser un excelente experto en arqueología maya y, más tarde, director del Museo de Milwaukee. Durante varios años, desde Guatemala fue llegando la excelente revista del Instituto de Arqueología y Antropología. Pál Kelemen, un arqueólogo de enciclopédicos

conocimientos que reside en América, me obsequió corr la enorme obra *Arte Americano Medieval*, espléndidamente ilustrada. Mi amistad (desgraciadamente lejana puesto que nunca he tenido ocasión de hablar con él personalmente) con ese extraño genio húngaro llamado Pál Fejös y que podría ser un tipo de novela, dio abundantes frutos. Como dirigente de la *Vikind Fund* (más tarde Wenner-Gren Foundation) me enviaba las publicaciones de su Institución entre las que había abundante material científico precolombino. También desde otras partes del mundo me llegaban de tiempo en tiempo libros, artículos y estudios que me mantenían en contacto con los vestigios del mundo maya azteca y me tenían al corriente de los resultados de las nuevas excavaciones iniciadas con gran envergadura. Así, América Central no podía sumergirse en lo profundo de la memoria, en el museo de los temas acabados.

Tal vez tenga que agradecer a eso el que, veinte años después de haber escrito *El dios de la lluvia*, me viera tentado de nuevo por el deseo de prestar un atuendo literario a ese acontecimiento interno del que yo me había apropiado casi exclusivamente en el ámbito húngaro. La editorial Ferenc Mora aceptó gustosamente el manuscrito de una novela mía destinada a las capas más adultas de la juventud. Hacía ya tiempo que me veía interesado por un motivo, o más bien por el destino de un hombre a quien conocí de niño, como joven potrero de la *puszta* de Hortobágy y como intérprete de una película. Hubiese tenido la posibilidad de llegar hasta el gran mundo pero, no obstante, se quedó en su tierra y, si bien en el plano de las tareas prácticas, llegó a ser un conocido trabajador de la arqueología nacional. A título de experimento escribí una «novela arqueológica» en la que hice resucitar al intérprete de 1934. Así nació mi novela *Habla el mundo de las tumbas*, que se adaptó a la realidad hasta el momento en que el personaje principal, en alas de la fantasía, llegaba a Londres.

En esta novela, el joven arqueólogo alejado de su patria, es conducido a través de cinco círculos culturales. En su vida se produce un giro decisivo cuando, durante la segunda guerra mundial, huye del Japón, donde se halla prisionero, se dirige a México y llama a las puertas del mundo arqueológico de la capital. Al escribir este libro tenía que pensar en el viejo museo que se halla a algunos pasos del palacio del gobernador, fundado en tiempos por Cortés. Dado que hace seis años fue inaugurado el nuevo y monumental Museo, en el edificio del antiguo suelen organizarse exposiciones periódicas y presentarse colecciones arqueológicas. Siempre que la realidad ha sometido a examen a mi fantasía, el resultado me ha llenado de estupefacción. Tuve ocasión de visitar también ese antiguo edificio que, evidentemente, ha sido

transformado en varias ocasiones, y me esforcé por evocar el momento en el que, desde el Hogar de Creación Literaria de Visegrád, conducía, en mi imaginación, al héroe de la novela hacia el museo de México. No sólo determiné su destino sino que también hice surgir allí, como por arte de encantamiento, a la arqueólogo que desempeña sus actividades en la sección de cerámica.

Esa novela, publicada en 1959, llegó a manos de un círculo de lectores cuyos miembros no habían nacido aún cuando *El dios de la lluvia* había ya recorrido su órbita. *Habla el mundo de las tumbas* constituye una síntesis experimental de la arqueología y de la novela. Se trató de ella de muy diferentes formas, hubo jóvenes que acudieron a visitarme, tuve que hablar sobre el mundo precolombino en encuentros organizados entre escritores y lectores, incluso pronuncié conferencias sobre esta materia, tuve que contestar a cartas referentes a esa cuestión y fueron publicados artículos en periódicos y revistas. Todo eso, claro está, contribuía a activar, en el plano interno, el nunca olvidado tema precolombino que seguía vivo en mi espíritu. También fue aumentando el material literario y pude ir adquiriendo en las librerías de mi país un cada vez mayor número de historias de la civilización y monografías excelentes y de novedosa técnica. Mis amigos del extranjero —al tanto de mi interés— me enviaron como regalo algunos tomos; las Navidades les procuraban un buen pretexto para hacerme llegar las más modernas obras de tema precolombino. Un buen día, el gerente de la central de librerías de lance, un estimado amigo mío, me llamó la atención respecto a que acababan de adquirir una colección de libros en idioma español y que comprendía las fuentes de información más esenciales. Es así cómo pude hacerme con obras como, por ejemplo, la inmortal crónica de *Bernal Díaz del Castillo*, y la de *Fernando de Alba Ixtlilxóchitl*, descendiente del último rey de Texcoco, sobre la historia de sus antepasados. Obtuve la magníficamente impresa crónica de Solís, una nueva edición, con anotaciones, de las cartas de Cortés y una obra de principios del siglo, sobre el calendario mexicano, que podía ser considerada como una curiosidad. Pero permaneció en el enigma quién pudo haber coleccionado, en nuestra ciudad, esos libros precolombinos, quién pudo haberse ocupado, encerrado en una torre de marfil, sin haber publicado nada, de ese tema que constituyó para mí, durante mucho tiempo, la única razón de ser de la investigación.

La suerte quiso que el primer encuentro real tuviera lugar en Roma, en 1962. La gran y representativa exposición ambulante de la República de México permaneció durante varias semanas en la Ciudad Eterna, en el Palacio

de Exposiciones. Cuando acudí a visitar la «Esposizione Messicana» se unieron a mí dos compatriotas, ambas excelentes arqueólogos, que durante mi estancia en aquella ciudad tuvieron la amabilidad de darme explicaciones sobre la arqueología clásica y me enseñaron a evaluar algunos rasgos de las civilizaciones antiguas. Cuando llegamos al vestíbulo de la exposición precolombina mexicana, las dos arqueólogos húngaras se mostraron desconcertadas. Manifestaron que no tenían la menor idea acerca de aquella civilización y me rogaron que, aunque fuera a grandes rasgos, les diera a conocer aquella cultura cuyos frutos íbamos a contemplar seguidamente. Para mí eso vino a ser una especie de examen bastante difícil, pero me salió tan bien que cuando recorrimos las salas, encontraron —y yo con ellas— el hilo de la historia y del arte, se entusiasmaron por el tema y dejaron de considerar extrañas aquellas formas y correlaciones que aparecían como indescifrables para la mayoría de los visitantes.

Volví a visitar otra vez la exposición, en esta ocasión en compañía del profesor de la cátedra de psicoanálisis de la Universidad de Roma, Emilio Servadio que se ocupaba en aquel entonces del estudio, con fines terapéuticos, del efecto alucinante de ciertos estupefacientes. En aquel entonces, los experimentos se hallaban en su fase inicial, y el profesor —con la conveniente asistencia médica— había probado en sí mismo esa droga, obtenida en un principio a base de hongos mexicanos y, más tarde, por vía sintética, de la que tanto se habla en la actualidad. Las impresiones del profesor durante el experimento realizado con LSD fueron registradas en una cinta magnética. Cuando al recorrer la exposición llegamos adonde podían ser contemplados los facsímiles de los manuscritos indios, mi amigo manifestó con asombro que bajo el efecto de la droga había *visto* las mismas polícromas y belicosas figuras que aparecían abundantemente en los jeroglíficos, sin haberse ocupado nunca de la escritura maya-azteca o de los vestigios precolombinos. Estas manifestaciones fueron corroboradas por otro amigo mío, Miklós Bercel, prestigioso profesor de neurología y psiquiatría de California. También él había *visto*, al someterse a un experimento con LSD, las mismas figuras «aztecas» que su colega de Roma. Todo esto no es más que un recuerdo acerca de lo vivas que permanecen en el subconsciente las lecturas «de indios» de los años infantiles, que cobran una vida especial bajo el efecto alucinante de ciertas drogas.

La exposición mexicana que visité en Roma constituyó para mí un importante acontecimiento. Me encontré también con la alegría, la sonrisa y el humor, en representaciones precolombinas. Ese arte es, en su mayor parte, de

carácter sagrado, y en las representaciones del mundo maya y azteca abundan las alusiones a lo sobrenatural, a los sacrificios y a actos sangrientos. En Roma, vi rostros sonrientes en las estatuillas, y los vi también en grupos, como en esa composición a base de dieciséis figuritas talladas en jade verde claro, hallada a un metro de profundidad, completamente intacta y que es considerada como perteneciente al círculo artístico preclásico. Constituyen un grupo aparte los perros de cerámica. Según las crónicas, el alimento favorito de los aztecas eran los perros de pequeño tamaño, cebados, a los que, al parecer, les cortaban la lengua para que no ladraran. Pero en estos perros de cerámica (la mayoría de ellos tenían una cabeza puntiaguda como la de los zorros, al igual que los perros salvajes existentes hoy día en México) que presentan la boca abierta, se puede observar una lengua completa primorosamente formada. Cinco lustros después de haber escrito *El dios de la lluvia* tuve que revisar de nuevo, al contemplar el espléndido conjunto de hallazgos, muchas de las ideas que me había forjado a base de los libros.

Poco a poco fueron abriéndose las barreras que separaban el mundo, y comenzó la época de los congresos de la década de 1960. Los hombres de ciencia y los publicistas comenzaron a viajar a distancias que unos años antes hubiesen parecido irreales. Una vez recibí, en un mismo día, dos postales procedentes de México; las dos representaban la pirámide de Teotihuacán (un centro arqueológico situado a unos cincuenta kilómetros de la capital y, por lo tanto, de fácil acceso) y me habían sido enviadas, con saludos, por un arquitecto y un publicista amigos míos. Decían, poco más o menos: «También tú tendrías que ver ya todo esto». En breve me llegó una tercera postal, de Yucatán. En ella reconocí la hermosa característica escritura de un compañero de carrera, mi editor de antaño, del que no sabía nada desde hacía veinticinco años. «Pienso en ti…» Me hizo el efecto de un sonriente consuelo. ¿Cómo iba a poder salir de mi país, cómo podría llegar hasta la viva proximidad del gran tema de mi juventud? En aquellos tiempos ni siquiera existían relaciones interestatales con México; llegar hasta allí parecía bastante circunstanciado… Cuando haya Embajadas, me dijo para darme ánimos un amigo de esos que están al corriente de todo, mirando a lo lejos a manera de consuelo…

Un atardecer cuando acababa de llegar de Tihany y me encontraba fatigado, sonó el teléfono. Una voz amiga me pidió que fuera a la Ciudadela donde, según me dijo, había un grupo de mexicanos y, entre ellos, un solo húngaro. No estaría mal que los demás pudieran hablar con alguien en su propio idioma. Hoy día sé muy bien que en aquel entonces todo dependió de que pude vencer en mí al demonio de la fatiga. En mi mundo afectivo,

«México» debía seguir constituyendo una palabra mágica; no pude resistir el deseo de ir a ver cómo eran los mexicanos. El que había reunido y traído consigo a aquel grupo de amigos vive desde hace cuarenta años en México; su esposa es —por la rama materna— una india zapoteca y sus hijas hablan español, pero en aquella ocasión, mi nuevo amigo mexicano comenzó a hablar en húngaro dando muestras de no haber perdido el contacto con su idioma materno. Como en las páginas de este libro trataré acerca de él, tengo que presentárselo al lector. Se llama Jenó Fischgrund, nació en Eperjes —la ciudad natal de mi padre— de donde se dirigió al Nuevo Mundo a finales de la década de los años veinte. En cuanto J. F. (es así como le designaré de aquí en adelante al recordarle y recordar también su infinita amabilidad) comenzaba a entonar una canción, el maestro Pertis, que le observaba atentamente, comenzaba inmediatamente a acompañarle con el violín. Los mexicanos —un corpulento vicealcalde, su esposa, directora de una escuela, un pediatra, una proyectista de modas y un matrimonio millonario americano que se había unido a ellos en Nueva York, todos los que yo recuerdo— contemplaban encantados la transformación que se operaba en su amigo mexicano bajo los arcos góticos del restaurante Fortuna. Esta velada húngaro-mexicana, que transcurrió realmente un poco «riendo con las lágrimas en los ojos», como suele decirse en Hungría, hizo surgir una especial asonancia. Hasta los colores nacionales de los dos países son los mismos aunque, como pude ver cuando colocaron la bandera mexicana en la mesa, el verde, el blanco y el rojo figuran en distinto orden que en la húngara. Mis conocimientos del idioma español estuvieron lejos de causar algún efecto; los visitantes consideraron como la cosa más natural del mundo que también aquí se hablara una de las más importantes lenguas vivas.

J. F. se dedica en México, desde hace varios decenios, a la edición de libros. Se halla en estrechas relaciones con las instituciones arqueológicas y folklóricas, sobre todo con el Museo de Antropología, el mayor del país. Sus preciosas tarjetas postales y sus folletos redactados con científica minuciosidad contribuyen también a satisfacer las altas exigencias del. turismo. Así, pues, se halla muy al tanto de las cuestiones relacionadas con la arqueología y la etnografía y mantiene constantes y amistosos lazos con los guardianes de la cultura y con las ciudadelas ministeriales de los mismos.

Esa velada mexicana prosiguió al día siguiente en mi hogar de la Colina de las Rosas en la que, en una inolvidablemente agradable atmósfera, un reducido mundo húngaro contempló a los visitantes llegados de tan lejos y donde Alicia, la bella, inteligente y llena de temperamento esposa de J. F., nos

lanzó, una y otra vez, los disparos de su cámara fotográfica. «Tú tienes que ir a México», indicó J. F. con una amable sonrisa. Dijo, casi palabra por palabra, lo que me habían escrito en la postal de Teotihuacán.

Al revés de lo que suele ocurrir, los vínculos entre J. F. y yo se robustecieron en lugar de debilitarse, como si las muchas millas de distancia que nos separaban intensificaran la viveza de la correspondencia. Recibí las publicaciones de Editorial México S. A., el material relacionado con la historia del arte y la etnografía y me llegó asimismo el primer libro ilustrado sobre el nuevo motivo de orgullo de México, el Museo de Antropología inaugurado en 1964. También llegó a mis manos un tomo de una editorial española, perteneciente a la serie consagrada «A los más hermosos museos del mundo». (En esta serie ha sido dedicado también un tomo al Museo de Bellas Artes de Budapest; el texto fue escrito por Klára Garas, y cien diapositivas realizadas especialmente con este fin prestan un sin igual valor a esta obra). En ese tomo leí que iba a ser realizado uno dedicado al Museo de Antropología de México y que el texto sería redactado por Ignacio Bernal, director de dicho Museo y uno de los más ilustres expertos en cuestiones precolombinas.

Más bien como una alusión al tema, escribí a J. F. que había oído hablar de esa maravillosa edición y que, tal vez, las editoriales tendrían la costumbre de «intercambiar» sus obras… Con el primer barco me envió la edición de 1967, como es natural, con las cien diapositivas correspondientes. Lo que para mí supuso la proyección de esas espléndidas diapositivas sólo puede comprenderlo quien abrigue una pasión por algo que se halla muy lejano y es difícilmente accesible. En la pantalla aparecieron excelentes fotografías de muchos objetos cuya existencia desconocía y que, de nuevo, vinieron a «reordenar» mis ideas de hasta entonces.

Tuve también otro contacto vivo con México, aunque sólo fuera por unas breves horas. Hace algunos años, a fines de verano, fue celebrado en la Abadía de Tihány un simposio internacional de urbanismo en el curso del cual se prestó gran interés a la parte norte del lago Balaton. Uno de los organizadores del congreso, pariente mío, vino a nuestra casa de Tihány en compañía de una dama extraordinariamente interesante cuyos rasgos —al lado de su belleza y elegancia— revelaban que pertenecía a una raza extranjera. Mi pariente me indicó que la señora era arquitecto, que había acudido al congreso como delegada de México, y que hablara español con ella. Cuando entró en la habitación, su mirada se detuvo en algunos de nuestros cuadros. Los contempló con ojos de experto y, luego, en voz baja,

casi como si hablara para sí misma, dijo: «También mi padre fue pintor». Por cortesía, me limité a responderle que, desgraciadamente, conocemos bastante poco de la pintura mexicana actual. No obstante, le pedí que me dijera quién era su padre, porque, a lo mejor… habíamos oído hablar de él. Diego Rivera, dijo, y tuve la impresión de que encerraba una especial alegría el hecho de que Ruth Rivera entrara en mi hogar de Tihány como la heredera espiritual del gran pintor mexicano. La hija del maestro era alta y esbelta, tenía una particular plasticidad, llevaba sueltos sus largos cabellos de un negro azulado y lucía con un inimitable drapeado un característico pañolón mexicano. Para mí, su rostro tenía un carácter indio, a pesar de que, a base de fotografías, conocía los característicamente europeos rasgos faciales de Diego Rivera.

Acompañé a mis visitantes a la excursión que los asistentes del congreso hicieron a Keszthely; contestando a mis preguntas, Ruth Rivera me habló del maravilloso México en cuyo Ministerio de Instrucción Pública —según recuerdo— era jefe de la sección de desarrollo urbano; además, daba también clases en la Escuela Superior de Bellas Artes. Se sintió atraída e interesada por todo lo que vio en la comarca del Balaton. Así, nos detuvimos en Fenékpuszta y visitamos el lugar donde se realizaban excavaciones con objeto de sacar a la luz restos de la época romana y que me afectaban, personalmente sólo por el hecho de que se supone que fue en estos lugares donde nació el héroe de una de mis novelas, el rey godo Teodorico el Grande. La síntesis no dejaba de ser bastante singular: tenía que conducir por el laberinto nacional de la época temprana de la migración de los pueblos a un arquitecto mexicano que, evidentemente, también se ocupaba de arqueología precolombina. Al día siguiente, el cuarteto Tátra dio un concierto en el jardín de la Abadía. Ruth Rivera, esta vez con los cabellos recogidos y un rebozo color vino, se hallaba sentada en un banco entre un arquitecto sueco y nuestro escultor Miklós Borsos. Todo el mundo contemplaba al singular trío, a esa hermosa variedad de la raza humana. Ruth Rivera falleció hace dos años y, desgraciadamente, sólo pude llorarla como un amable y efímero recuerdo. En México sólo pude ver sus retratos, no pude encontrarme ya con ella.

El primero de abril de 1970, por la noche, sonó en mi casa el timbre del teléfono. Después del primer sobresalto, me di cuenta de que se trataba de una llamada interurbana. Debe ser una equivocación, no espero ninguna llamada del extranjero, me dije. «Le llaman de México», me anunció la agradable voz de la telefonista después de haber verificado mi identidad.

Lo que ocurrió después pertenece casi al reino de los milagros. Correspondencia con mi amigo, la llegada de la invitación oficial formulada

por Antonio Acevedo Escobedo, jefe de la sección de literatura del Ministerio de Instrucción Pública de México y que se convirtió después en un amable amigo. Tenía que prepararme también para pronunciar dos conferencias. Una de ellas, organizada por el Ministerio de Bellas Artes (en aquel entonces ni imaginarme podía el papel que desempeña Bellas Artes) mientras que la otra sería celebrada, tal vez, en la sala de actos del Museo de Antropología. Esta última me causaba cierto temor. Las gentes del Museo ven con malos ojos a los que (casi todos) no son «del oficio». Por lo tanto, envié de antemano a Acevedo el texto de mi conferencia sobre las circunstancias en que surgió *El dios de la lluvia* y las fuentes de información a que recurrí para escribir esa obra; Acevedo la aprobó y, con su acostumbrada amabilidad, concedió la autorización correspondiente. De este modo, me fue asignada la tarde de un miércoles, día en que suelen ser celebradas, a la manera de series, las conferencias del Museo.

La primavera y el verano transcurrieron en medio de esa tensión que iba intensificándose de mes en mes y de semana en semana. Continuaba lleno de dudas y de incredulidad. Ni me atrevía a decir a nadie que comenzaba a ver y a creer en el milagro.

Las cosas se desenvolvieron relativamente sin complicaciones, no surgieron obstáculos. Así, la fecha señalada para la partida, cada vez más cercana, me resultaba más y más obsesionante. En la oficina de la compañía aérea KLM me dieron todo un montón de prospectos tratando del México de nuestros días; me pusieron todas las vacunas necesarias. Escribí a la Embajada de México en Viena para enterarme de cuándo y a qué hora podría obtener el visado. Trazamos también el itinerario. El avión sale de la capital austríaca a las primeras horas de la tarde para aterrizar después en Amsterdam. A la media hora, otra vez en camino; según el horario, el vuelo dura dieciséis horas, pero llegaré al aeropuerto de México —como si fuera víctima de una jugarreta del tiempo— un minuto antes de las doce de la noche del mismo día, el último del mes de octubre, que salga de Viena.

Y el primero de noviembre de 1970, por la noche, el gigantesco avión de la KLM aterrizó conmigo en el Aeropuerto Internacional. Y comenzó mi maravilloso viaje por México.

PRIMEROS PASOS EN MÉXICO

En la enorme sala de teatro, llena hasta los topes, de Bellas Artes, actúa de nuevo y por enésima vez, el famoso Conjunto Folklórico Mexicano. La escena inicial representa la ceremonia de sacrificio azteca ante el templo, en la explanada ante el teocali. Todo aparece estilizado: la imagen, el ritmo y los movimientos; y a medida que va tomando vida el grupo de los bailarines, que al principio constituye algo así como un relieve, bajo la cada vez más intensa luz van surgiendo, en una pompa de color, los motivos que los coreógrafos han compuesto a base de antiguos códices y tradicionales representaciones. De los sahumadores se eleva un denso humo de copal y su penetrante perfume va envolviendo lentamente toda la sala.

Los recuerdos aztecas parecieron abrazar las diferentes comarcas de México que, una tras otra, fueron presentadas regionalmente, con sus peculiares atuendos locales, su música, sus instrumentos y su alegre o melancólica coreografía. Los miembros del Conjunto eran excelentes artistas profesionales, pero procedían de las regiones que representaban y una buena parte de los mismos ofrecían una fisonomía india o característicamente mestiza. De este modo fueron tomando vida los zapotecas, los totonacas, los mayas y el pueblo portador del folklore del puerto de Veracruz, los habitantes del valle de México densamente entrelazados mediante los hilos colonialistas españoles. Si bien las escenas trágicas ofrecieron un gran interés, fue tal vez mayor aún el que presentaron las danzas cómicas sazonadas con notas de las tribus correspondientes (por ejemplo, la danza de los «viejitos»). Fueron alternándose siglos y generaciones ataviadas con ricos atuendos resplandecientes de plata o con las ropas usadas de los pobres, en una gran variedad de hombres de la montaña, del desierto y los trópicos. Cuando terminó la función tuve la impresión de haber contemplado una muy antigua *sección transversal*, artística y, no obstante, real de ese México que yo buscaba. ¿Es posible —podría preguntar— encontrar un denominador común para ese dominio de casi dos millones de kilómetros cuadrados de extensión? (La República es veinte veces mayor que nuestra patria). Sus orillas están

bañadas por dos océanos, pero una buena parte de su territorio está cubierta por tierras no cultivables constituidas por desiertos, selvas y sierras. A principios del siglo, México tenía que mantener a una población muy escasa en comparación con la extensión de su territorio. En 1900 el recuento de la población dio un resultado de 13 millones de almas mientras que hoy día esta cifra se halla ya muy cerca de los 50 millones. Claro está que entre 1910 y 1920 ni siquiera se podía esperar un aumento demográfico, puesto que fue en esta época cuando tuvo lugar una de las guerras civiles más largas de la historia. Esta guerra, casi sin cuartel, fue un verdadero *bellum onmium contra omites*, una contienda de todos contra todos, que dio origen a innumerables pérdidas humanas, enormes destrucciones de bienes materiales y todos los desastres y sufrimientos que suelen acarrear las guerras fratricidas. Generales, presidentes, gobernadores de los Estados federales, caciques locales y jefes, indios o mestizos, de los pueblos, luchaban de ordinario en nombre de un caudillo lejano que tenía su sede en México. Pero, de vez en cuando, luchaban también por su propia cuenta, y la estrategia y las intenciones de constituir un Estado quedaban empequeñecidas ante los acontecimientos locales. Y de este peculiar caos surgió hace cincuenta años, no obstante, el renovado Estado mexicano unificado. En realidad, como la aleación de tres distintas civilizaciones, como una síntesis de las civilizaciones india, latina y americana. Hace casi ya medio siglo que en México no hay guerra civil, ni pronunciamientos de generales o reelección de presidente; el aparato del Estado funciona central e imperturbablemente. Existen leyes que hacen factible el progreso de las capas sociales, el país se ha organizado para poder desenvolver un enorme tráfico de turistas (en primer lugar, claro está, de norteamericanos), mejora continuamente la red de carreteras, son adoptadas las modernas conquistas del urbanismo y se hacen enormes sacrificios en pro de la cultura que, aquí, se alimenta a través de tan distintas raíces. Prosigue la labor dedicada a descubrir los valores materiales y espirituales del pasado y a conservar las tradiciones tanto de la época precolombina como de la colonial. Entre las jóvenes generaciones se ha conseguido combatir una gran enfermedad social, el analfabetismo.

«¿Cómo es México?», preguntó, según la tradición, Carlos V a Hernán Cortés. La arrugada y, luego, alisada hoja de papel sigue siendo un símbolo aun en nuestros días. Éste es un país que no tiene principio ni tiene fin. No hay normas generales que se refieran a todas sus comarcas, razas humanas, climas y cultivos agrícolas. Actualmente, el país se divide en 30 Estados federales. Dentro de éstos y como para «uso interno» se hallan registrados

sesenta «cantones» en los que se lleva a cabo cultivo intensivo y que son mencionados como el «mar de islas útiles». Pero ese archipiélago apenas si constituye una cuarta parte de todo el territorio de México.

Una buena parte de la improductividad es debida a causas climáticas. Pero también en las inmediaciones de la capital, en uno de los cauces desecados del antiguo lago de Texcoco, que se halla a lo largo de la carretera, existe bastante extensión de terreno sin cultivar. Parece evidente que aquí debía hallarse el cauce con contenido de sal porque apenas si vi una brizna de hierba en esos terrenos que, debido a su situación central, debe ser de mucho valor. Con toda seguridad, durante los próximos decenios también en estos lugares se registrará el proceso de ensanche de las ciudades satélites. Los medios de la arquitectura del porvenir podrán resolver los problemas originados por la naturaleza pantanosa del cauce del lago desecado hace cuatro siglos.

* * *

Siento cierto temor al comenzar a hacer vislumbrar, como valiéndome de un reflector y según mis propias experiencias, una ínfima parte de todo lo que pude ver en México. En mí revivieron simultáneamente los muchos miles de páginas leídas en el curso de cuatro decenios. Tenía la impresión de conocer bastante bien el pasado, y los elementos del arte y de la arqueología de México. Naturalmente sería faltar a la verdad decir que los estudios anteriores no me sirvieron de nada y que tuve que registrar de nuevo, sin ningún antecedente, todos los fenómenos observados en el lugar. (Más de una vez seguí con atención a los visitantes del Museo de Antropología, a grupos de turistas o a turistas solos, cuando escuchaban las palabras del guía o recorrían las salas, para observar, a base de la expresión de sus fisonomías, qué es lo que comprendían de todo aquel material arqueológico —y espiritual— allí acumulado y cuyas raíces penetran profundamente hasta la más antigua capa del pasado del continente. La mayoría de las veces se dejaba sentir la falta de los conceptos básicos, puesto que estos círculos culturales que se desarrollan en sí mismos y que se fecundan mutuamente no pueden ser ubicados en la esfera de la denominada cultura clásica). Seguramente que yo, al entrar en el Museo, subir hasta la planicie de la pirámide de Teotihuacán, contemplar las colecciones, observar los rostros de las gentes y reconocer frecuentemente, en patéticas esculturas, la forma primitiva de una figura o de un acontecimiento, estaba ya preparado espiritualmente de otra manera que cualquier visitante

que no se hubiera ocupado hasta entonces de las civilizaciones precolombinas. Es también seguro que yo conocía México mejor que el turista que llega por primera vez a ese país. De todos modos, tuve que comprender —y por eso tenía tantas ganas de visitar estos lugares— que la realidad es demasiado matizada y complicada como para conocerla a base de los libros, pues tenía que contar con miles de factores que hasta entonces habían permanecido ocultos ante mis ojos. Tanto en lo que se refiere a los acontecimientos como a la preparación espiritual tengo mucho que suplir. Sin hablar ya de la vida cotidiana y de los vínculos instintivos que me enlazan con las personas, con las gentes de México.

* * *

Eterna Hispania, el libro sobre mi viaje a España, lo comencé a escribir cuando me apeé del tren Talgo, en la estación madrileña. Tal vez sería lo más adecuado que comenzara esta irregular crónica de viajes diciendo que partí de Viena a las dos y media de la tarde, en un avión de la KLM y que fue otra máquina de esta misma compañía de aviación holandesa la que me condujo directamente desde Amsterdam a México City, después de haber hecho escala en Montreal y Houston. Fue en el espléndido aeropuerto de Amsterdam donde, al igual que a los demás pasajeros, procedieron a cachearme (según recuerdo, por primera vez en mi vida). Aunque acompañado de una sonrisa, el cacheo no dejó de ser francamente minucioso. «Es en interés de los pasajeros», manifestaron a los que se mostraron indignados. Salimos con una hora de retraso; empezaba ya la tarde cuando la gigantesca máquina se puso en movimiento. El servicio entró en acción y hasta pude escuchar también en holandés las informaciones suministradas por el capitán. Este servicio no dejó de resultar oportuno, puesto que no sólo se trataba de cambiar de mares y de continentes sino que fue entonces cuando caí también en la cuenta de la pavorosa relatividad del tiempo. No había hora *fija*; lo que hasta entonces había considerado como algo unívoco se convirtió, de repente, en un factor inseguro dependiente de un número de relación. Si no corrijo varias veces la hora que indica mi reloj, no podré saber el tiempo transcurrido desde la salida de Amsterdam; si la corrijo con siete u ocho horas, sólo puedo apreciar el correr del tiempo de una manera aproximada y, de todos modos, me quedo sin saber qué hora es exactamente, aquí y ahora, *hic et nunc*.

Resulta pasmosa la idea de haber ganado casi ocho horas de la vida. ¿Cuándo hay que devolverlas, cuándo se cobra este plus que hace posible que,

según el itinerario, llegue a México dos minutos antes de la medianoche de ese mismo día en el que salí de Viena a primeras horas de la tarde? Y la transmisión de la rotación de la tierra a todas las cosas, al cambio del sueño y de la vigilia, a las horas de las comidas.

Aunque hubo pasajeros que dejaron el avión en Montreal y en Houston, la mayoría de ellos continuó hasta México. Así, el servicio de comidas estabilizó nuestras exigencias. Era noche cerrada cuando penetramos en el enorme edificio de tránsito de Montreal; aquí hubo que presentar el certificado internacional, amarillo, demostrando que en mi país había sido vacunado contra la viruela negra. Por fortuna, en ninguna parte pidieron el certificado de vacunación contra el cólera, a pesar de que cuando salí de Budapest estaba cerrada la frontera húngaro-checa, a causa de existir sospechas de casos de esta enfermedad en Eslovaquia.

Imágenes fugaces de dos estaciones de tránsito: es la primera vez que pongo mis plantas en tierra americana. Costumbres, ceremonias, comidas, bebidas, forma de vida y monedas anglosajonas.

No sé a ciencia cierta si el viaje duró 16 o 17 horas. Las circunstancias de navegación debieron ser excelentes, hasta el capitán dijo que hacía un tiempo suave. El retraso de una hora se alargó un tanto más. Después, cuando nos comunicaron en Houston que había hora y media de vuelo hasta México, volví a ser presa de la ansiedad; me hubiera gustado prolongar todavía durante mucho tiempo ese viaje exento de responsabilidades y maravillosamente rítmico. He dormido, comido, leído y meditado en el inseguro girar de las manecillas del reloj. No recuerdo haber hablado, por decirlo así, con ningún compañero de ruta. Y, ahora, al acercarme a mi punto de destino, vuelve a embargarme el temor: ¿Y qué va a pasar si…? Si hay algún pero que poner a mi visado, si mi pasaporte no es como se habían imaginado, si aquí exigen algún documento especial a los rarísimos viajeros que llegan de Hungría… ¿Y qué va a pasar si, debido a alguna mala interpretación, se ha deslizado algún error respecto a la fecha de mi llegada y no me espera nadie a la salida? Esta sensación, claro está, la experimenté de nuevo en las etapas posteriores del viaje. Esa angustia se apodera de mí siempre que hago un viaje en avión.

Cuando salimos del avión eran las dos y media de la madrugada. Nuestro pasaporte debe ser *rara avis*, pues tuve que esperar a que todo el mundo atravesara la barrera para que el guardia fronterizo tuviera tiempo de ocuparse de mi entrada. Todo fue liso y llano, puesto que el permiso del Ministerio del Interior estaba en su sitio, en el cajón. Pero había que copiar, registrar,

escribir a máquina y sellar los datos correspondientes. Y todo esto, a altas horas de la noche, mientras, tal vez, mis anfitriones se van pensando que han venido en vano, puesto que hace ya tiempo que se han ido todos los demás viajeros. Menos mal que, mientras tanto, había logrado percibir el rostro de Alicia, mi futura patrona; para ser más exacto, debo decir que lo que vi fue su mano derecha que levantó para indicarme que estaban allí y que me esperaban. Mientras tenía lugar todo ese proceso, no me sentí abandonado. Por fin, me entregaron el permiso, junto con un cartón de tres partes, la última de las cuales debo presentar antes de mi salida. Pero no había venido para pensar ya en mi regreso.

Los dos, mi amigo J. F. y su esposa, estaban en la salida, acompañados de un joven y amable funcionario del Ministerio de Instrucción Pública de México que fue el que dio carácter oficial a mi llegada y el que me dio la bienvenida. Había hecho un viaje de dieciséis o diecisiete horas, y, no obstante, tenía que moverme, conducirme y hablar en español, como si hubiese pasado toda mi vida en Tcnochtitlan.

Se iban acercando las luces de la ciudad; después de haberse disipado las guedejas de niebla de los alrededores del aeródromo, aparecieron las calles y las avenidas de la capital. Llegar por primera vez a una gran ciudad americana que hasta entonces sólo ha sido vista en sueños es algo que hace palpitar el corazón: osadas e inusitadas arquitecturas, el espacio urbano aparece como infinito y casi impenetrable. Llegamos. La luz de los reflectores dio en la puerta. De repente, todo se llenó de un resplandor lila: una densa masa de buganvillas rodea la entrada que se abre a un lindo jardín cubierto de césped. Y entro en la acogedora casa del barrio de Polanco que me servirá de hogar durante un mes.

Los amigos y los libros de viajes aconsejan que el viajero que llega de Europa guarde una voluntaria cuarentena de uno o dos días, con el objeto de acostumbrarse a la altitud de la capital que se halla a 2.200 metros sobre el nivel del mar y para que, al mismo tiempo, recupere el alterado ritmo de la sucesión del día y de la noche. Es el despuntar del alba y lo único que experimento es que estoy rodeado de algo que se asemeja a un cuento de hadas y, como si todo ello no fuera más que un sueño, tengo que tomar contacto con la realidad: estoy aquí, en tierra de México, en esa tierra que, durante tanto tiempo y con tan obstinada desesperanza, he anhelado visitar. Y el sentimiento que espolea la impresión de irrealidad parece intensificarse cuando trato de orientarme entre el mobiliario y los objetos del salón. Si lo considero como un museo, ¿por qué hay un pequeño bar en esta habitación?

Si se trata de un *living-room*, ¿cómo pudo el dueño de la casa seleccionar tantos objetos diferentes de modo que las distintas tendencias, formas y estilos, se fundan en esa peculiar armonía? La luz, atenuada como conviene a la noche, ilumina, a lo largo de la barandilla de la escalera interior, cuatro o cinco grabados, los más hermosos de Picasso, correspondientes a la época de los años cuarenta del maestro. Al alcance de mi mano, una estantería que podría figurar en la exposición de cualquier museo: figuras, utensilios, cacharros de arcilla y relieves de la época precolombina. En la pared, un cuadro. Obra del pintor Rufino Tamayo, considerado como el más grande de los maestros mexicanos de hoy; lo ejecutó siendo joven, todavía en estilo figurativo. Mañana —pienso— lo miraré todo detalladamente. Pero tengo que confesar que todos los días que permanecí allí descubrí algún objeto en el que no había reparado hasta entonces.

En el avión pasé incontadas horas en una especie de semivigilia en la que se confundían la noche y el amanecer; ahora estoy sentado con los dueños de la casa a los que se ha unido su linda y rubia hija menor, María Eugenia. Aquí amanece tarde, estamos en noviembre. Son más de las cuatro cuando me retiro a la agradable habitación que me ha sido destinada. En ella, igualmente, los objetos forman una gran cabalgata del mundo de los recuerdos; es una habitación que no se parece a ninguna otra. No tiene nada que ver con ese reducido e impersonal mundo de las habitaciones de los hoteles. En ella se han entrelazado el gusto y el anhelo decorativo de un hombre y de una mujer para crear esta armonía mexicana, de espléndido colorido, que no puede ser comparada con nada.

El canto del gallo, el único reloj exacto de la naturaleza, señala, en el relativo insomnio de la primera noche, la próxima llegada de la aurora. Mis anfitriones no lo saben, pero yo me despierto casi todos los días al cantar el gallo, y me produce un sentimiento de afecto como si se tratara de un querido sonido de mi casa: el quiquiriquí de los gallos mexicanos es igual al de los gallos húngaros. Alrededor de las siete, en alguna parte sueltan a un perro. Al segundo día reconozco ya su alegre ladrido.

No me siento fatigado, pero tampoco puede ser considerado como un verdadero sueño esa caída en las profundidades, interrumpida por las visiones del viaje, en el que la realidad se entremezcla con las imágenes soñadas. Dado que es fiesta, la de Todos los Santos, la casa se despierta tarde. La cocina debe estar debajo de mi habitación, oigo el abrir y cerrar de puertas. Al cabo de unos días conoceré ya el origen y el papel funcional de todos los ruidos. Desde su vivienda situada al otro lado del patio viene Teresa, la cocinera

india; luego, sus dos hijos, Óscar y Román, de siete y ocho años respectivamente, unos chiquillos de alegres caras morenas, que corretean a través del patio. Aparece también Ricardo, el criadito, y se presenta igualmente Adriana, la recientemente instalada ayudanta. Finalmente, llega, procedente de su casa, José, el chófer (que me sirvió de cicerone varias veces, cuando me llevó a ver la ciudad). La primera mañana todo eso no es más que un juego de elementos desconocidos. Experimento la impresión de que no tengo derecho a seguir acostado. No he venido para eso a este imperio que los aztecas denominaron Anáhuac y que fue bautizado por Cortés con el nombre de Nueva España. (El nombre de México le fue dado durante la época de la colonización española y tiene su origen en la denominación de la tribu india *mexica*).

No estoy ni quiero estar fatigado; lucho contra las perturbaciones del equilibrio inevitables después de un largo viaje aéreo. El primero de noviembre me saluda con un sol estival y un cielo azul. Y es ahora cuando veo en toda su esplendorosa realidad, por encima de la fuente de hermosas líneas y pendiendo suavemente del marco de la puerta de entrada, esa masa de flores moradas, las buganvillas de México que, desde este momento, volveré a ver en todas partes, tanto en los jardines señoriales como ante las casas de las aldeas. Obstinadamente, para convencerme a mí mismo, repito una y otra vez a mi anfitrión que no estoy cansado. Me gustaría ver México, ya el primer día, la primera mañana. Primero hay que desayunar; luego podremos ponernos en camino.

(Rara vez escribo sobre las comidas: evidentemente, es debido a una instintiva reserva el que en mis novelas históricas no me sienta inclinado a evocar la imagen de los grandes banquetes renacentistas o barrocos). Pero aquí, en México, la historia de la alimentación no deja de estar relacionada, desde muchos puntos de vista, con la historia de América Central (de Mesoamérica, como dicen los antropólogos). Frecuentemente, y no sin razón, los mexicanos mencionan con orgullo que fueron sus antepasados indios los que dieron a los europeos, para un mayor bienestar de éstos, el maíz, las judías, el tabaco, los tomates y, tal vez, hasta las patatas. A cambio, recibieron caña de azúcar, cereales, uvas (el vino es ligero y sólo es producido en pocos lugares) y, naturalmente, los animales domésticos. Porque en él antiguo México sólo se conocía la cría de pavos, de ciertas especies de perros que eran sometidos a cebadura y —según fuentes históricas— en algunas partes, de cerdos. Los gigantescos bosques del Yucatán siguen siendo, aún hoy día, verdaderos paraísos para los animales de caza; en ellos, la presa favorita la

constituyen los ciervos de Yucatán, de pequeña alzada. La piel de estos animales fue utilizada para elaborar aquellos maravillosos códices que, en su mayoría, quedaron reducidos a cenizas en el funesto auto de fe de Mani.

«Así, pues, ¿qué es lo que comen los mexicanos?», pregunté durante el primer desayuno a mi anfitrión que, a manera de introducción, se disponía a servirse una ración de papayas; esta fruta amarilla, parecida a nuestros melones, pero de gusto diferente, es servida cortada en tajadas y está destinada a regular la circulación de los humores del cuerpo. Beben poco té; por lo demás, el café de México es la más aromática de las bebidas, mejor dicho lo sería si no lo prepararan tan poco cargado y no lo dieran en una cantidad como para llenar una enorme taza. (También aquí surge la contradicción entre nuestro ideal de café exprés y la bebida que, en una buena parte del mundo, es tomada en grandes cantidades pero que, para nosotros, no resulta lo suficientemente cargada). Toman el jugo recién exprimido de las naranjas o de las toronjas. La característica mexicana la constituye la tortilla preparada y servida muy caliente. La tortilla, hecha de harina de maíz, es, desde tiempos inmemoriales, el alimento cotidiano de los mexicanos. Contemplé cómo las hacían, en el mercado de Mérida, donde, con ayuda de una máquina, abrevian el proceso. Alrededor del puesto se agrupaban las mujeres mayas que las adquirían por docenas y las repartían entre los miembros de la familia. La tortilla es aromática, de buen sabor, y no niega su origen del maíz. Doblada, sirve como cuchara: con ella toman el mole, esa salsa, por lo general de color oscuro, en la que están mezclados los más diferentes elementos. El mole de Puebla, preparado con carne de pavo, el guajolote con mole poblano, requiere para su preparación una verdadera campaña llena de operaciones culinarias. Pero en la preparación del mole que, siguiendo las tradiciones, fue servido al día siguiente de mi llegada, el día de los Difuntos, no sólo tomaron parte las mujeres de la casa sino que también prestaron diligente asistencia todos los entendidos en la materia.

Otro de los alimentos básicos mexicanos lo constituyen los fríjoles negros que prestan su color a la mayoría de las diferentes salsas. Los campesinos, así como las gentes sencillas de las ciudades, se alimentan, por decirlo así, a base de tortillas y platos de fríjoles. Para sus exigencias, todo lo demás no pasa de ser una «superestructura». Es extraordinario el surtido de frutas, que varía según las regiones. Entre ellas hay muchas que en nuestro país no se conocen ni siquiera de nombre. Los plátanos son servidos también como plato caliente; las pinas figuran entre las frutas baratas, lo mismo que los mangos y las granadas, para no citar más que las que conocemos aunque sólo sea de oídas.

Según mi impresión, aquí, las gentes de la ciudad consumen relativamente pocas bebidas alcohólicas. Parece como si también la rarefacción del aire, debida al clima de altura, contribuyera al hecho de que, por lo general hasta el atardecer, sólo se beba agua enfriada con hielo; incluso en los restaurantes el agua es servida así, sin necesidad de que el cliente lo solicite. El vino es raro y se consume más bien con motivo de fiestas o acontecimientos, mientras que la cerveza —producto nacional— goza de gran aceptación. Los mexicanos conocen tres antiguas bebidas nacionales: la tequila, el mezcal y el pulque. Es el pulque el que figura con mayor frecuencia en las crónicas de la Conquista de los españoles, entre 1519 y 1521. Es el jugo fermentado del agave o del cactus, y constituye una bebida espesa, dulzona, de un ligero contenido de alcohol (tal vez ocho o diez grados). Había tenido ya ocasión de beber pulque, en Madrid, en casa de un amigo mío español. Éste recibe frecuentemente la visita de estudiantes mexicanos que le obsequian con especialidades de su país. Cuando —tres días más tarde— la amable Alicia me llevó al mercado que se celebra los viernes en Toluca, antes fuimos a ver el único *teocali de forma circular*, situado en los alrededores, el templo de los aztecas de antaño en Calixtlahuaca, alrededor del cual se desenvuelve la vida cotidiana de las gentes del pueblo. El monumento, hasta el cual no resulta fácil la ascensión, está rodeado por un enjambre de chiquillos que, amablemente, explican a los visitantes los rasgos de interés del teocali. El guardián de esta ciudad en ruinas, un indio tocado con un gran sombrero de paja, se halla en trance de extraer el jugo de los agaves. Por fin, puedo contemplar cómo hacen el pulque, pero de esto daré cuenta al referirme a la excursión de Toluca.

Hasta entonces, la tequila sólo la conocía de oídas; sabía que es producto de la industria local de destilación. Su contenido de alcohol se halla alrededor de los cuarenta grados. En casa conservo una botella, cuya historia tengo que relatar puesto que se halla vinculada a las leyendas que circulan acerca de la amabilidad y hospitalidad de los mexicanos. Una excelente periodista, colaboradora de *Excelsior*, el mayor diario mexicano, Guadalupe Appendini, me entrevistó al poco de mi llegada. En el curso de lo que, más bien que entrevista, resultó agradable conversación, se habló de lo que conocía o dejaba de conocer acerca de las comidas y, especialmente, de las bebidas mexicanas (rodeadas éstas de orgullo nacional). Mencioné el pulque, diciendo que ya lo había probado y que esperaba que, en breve, tendría también ocasión de probar la tequila. En el excelente y extenso reportaje escrito por la citada periodista figuró también este detalle. Después de haber sido publicado el artículo, me llamaron por teléfono desde la lejana ciudad de Guadalajara,

en la que se encuentra la mayor y más conocida fábrica de tequila. Su dueño, el Sr. Souza, internacionalmente conocido, quería agradecerme, en su nombre y en el de la fábrica, mis manifestaciones en dicho artículo. Al poco tiempo, y como señal de su satisfacción me envió tres botellas del año del «jubileo», es decir, de la tequila más apreciada, junto con una carta muy amable. Dos de esas botellas las sacrifiqué en el altar de la «fiesta» celebrada antes de mi partida, pero la tercera la traje a casa, y ahora ofrezco un poquito de esta bebida, a título de degustación, a los que vienen a escuchar mis impresiones sobre México. Desgraciadamente, esta bebida de exótico aroma y, evidentemente, de complicada composición, no tardará en acabarse, y sólo la botella me hará recordar la aventura relacionada con la tequila. De todos modos, que también estas líneas testimonien al Sr. Souza mi reconocimiento por su amable idea y atención.

El Tenochtitlan de antaño —el México de nuestros días— estaba edificado entre lagunas y constituía una verdadera ciudad acuática, con muros de contención y sistema de diques: la mayor parte del tráfico y del avituallamiento de la metrópoli india se desenvolvía a través de los canales. Esa ciudad desapareció ya antes de que los españoles procedieran al drenaje del lago de Texcoco. Los materiales de las casas derribadas fueron utilizados para rellenar los canales; uno tras otro fueron demolidos los edificios destinados al culto que permanecían en pie después del sitio de 1521. Fue quizás entonces cuando comenzó la reconstrucción (o, por lo menos, los planes de la misma) de esa Cartago del nuevo mundo, cuando Cuauhtémoc (el Guatemoc o Guatemozín de las crónicas españolas), el último emperador indio, que trataba de huir en una barca, fue hecho prisionero por el capitán de un velero español. La lucha, no obstante, no cesó inmediatamente, pero, el 13 de agosto de 1521, los aztecas capitularon en nombre de los completamente extenuados defensores que carecían de vituallas y agua. A ruego de Cuauhtémoc, Cortés permitió que los habitantes de la capital que aún permanecían en vida dejaran aquella horrible metrópoli de destrucción y epidemias. El triste cortejo sé puso en camino protegido por los españoles, para evitar que fuera víctima de los indios que se habían aliado a Cortés, y Tenochtitlan se convirtió verdaderamente en una metrópoli fantasmagórica en la que los españoles, y también los indios aliados de Cortés, se dedicaron, en la embriaguez del pillaje, a la búsqueda de tesoros.

Según las crónicas, el caudillo vencedor, con el rostro cubierto con un pañuelo mojado en vinagre que —como creían— le ofrecía protección contra las epidemias, recorrió a caballo el Tlatelolco, el gran mercado, y esa plaza

que hoy día es llamada Plaza de la Constitución. La demolición del gran teocali y de los demás edificios principales, constituyó, en parte un acto político: se trataba de borrar hasta el recuerdo del culto pagano que exigía decenas de miles de víctimas humanas. Por otra parte, esos templos y palacios aztecas suministraron excelentes materiales de construcción para la edificación de la nueva capital colonial cuyo proyecto había surgido ya en la imaginación de Cortés. Así, es seguro que la historia de la edificación de la ciudad actual no admite comparación con la de ninguna otra. En lugar de la metrópoli azteca proyectada con la perfecta armonía de los islotes y las lagunas, en un terreno un tanto pantanoso, después del drenaje del lago, fueron surgiendo templos y palacios concebidos en un estilo hispano-moro y que no tardaron en presentar elementos góticos, renacentistas y, al poco tiempo, barrocos. Y debió comenzar un trabajo inusitadamente complicado: el derribo del antiguo centro del culto y el casi inmediato comienzo de la edificación, con el rellenado de los canales y, luego, el drenaje del lago.

Según mis conocimientos, no se ha escrito ningún estudio que abarque esa primera fase del nacimiento de la ciudad de hoy. Es indudable que en el casi vertiginoso desarrollo que tuvo lugar desempeñó un papel el hecho de que Cortés, pasadas algunas semanas, cuando fueron retirados los miles de cadáveres y una parte de los escombros, consecuencia del prolongado cerco, llamó de nuevo a los antiguos habitantes de la ciudad, y los españoles pudieron recurrir a esa mano de obra para erigir, en un brevísimo plazo de tiempo (apenas dos o tres años) templos, palacios, viviendas y edificios públicos. Y para todo eso Cortés no disponía al principio de más ayuda que la de los carpinteros navales que figuraban en su reducido ejército. No tenemos noticias de que fuera anotado el nombre de ninguno de los constructores que participaron en esa primera época, que pudiera ser denominada heroica, de la edificación de la ciudad. ¿Quién tuvo la idea de proyectar la enorme plaza del Zócalo y de trazar las avenidas, en lugar de esas aglomeraciones medievales, de esas entreveradas callejuelas que constituyen el casco viejo de las ciudades españolas? ¿Y que hubiese ocurrido si una voluntad más conservadora hubiera detenido el demoledor trabajo del pico y hoy día, en el corazón de una de las más interesantes ciudades del mundo, se hallaran la pirámide del templo de Tlatelolco, el teocali y las demás obras de arte aztecas, tan conocidas a base de las fotografías en las que aparecen después de haber sido reconstruidas?

La primera mañana. Bajo los rayos del sol llego a esa plaza que también hoy sigue llevando el nombre de Tlatelolco y que se halla en uno de los más

interesantes y modernos barrios de la renacida ciudad. Aquí conocemos ya el nombre de su creador, el del arquitecto Mario Pani, que no sólo proyectó sino llevó también a cabo los trabajos de construcción. Resulta evidente que fue en medio del intensificado ritmo de los preparativos para la Olimpíada de 1968 cuando tuvo lugar el trazado de una nueva plaza de México, saturada de contenido espiritual, la de las Tres Culturas.

Tlatelolco era una isla independiente en la laguna de Texcoco, y sirvió originalmente, como lugar de culto de la tribu de los chichimecas, cuyo último jefe fue arrojado por los aztecas desde el tejado del teocali, medio siglo antes de la llegada de Cortés. Desde tiempos inmemoriales, Tlatelolco era un centro económico y mercantil en el enorme valle de México. Era allí donde se procedía al intercambio de mercancías (el dinero era desconocido y, a lo sumo, se utilizaban ciertos artículos como el cacao en grano, el oro en polvo, pieles, etc., para determinar el valor de los artículos) y donde las noticias y los impulsos llegaban hasta las capas de indios de diferentes razas y lenguas. La costumbre estaba tan arraigada que el mercado de Tlatelolco se mantuvo durante los tres siglos de la *Pax Hispánica* e incluso durante Ja época de la evolución del México independiente hasta llegar a ser una gran ciudad. Los maestros de la arqueología y de la edificación urbana captaron un destello espiritual: recientemente, las excavaciones de Tlatelolco (mencionemos el nombre de los que las dirigen: E. Sáenz, V. Segovia y E. Contreras), pusieron al descubierto las bases de lo que debió ser el templo dedicado al dios del tiempo. En esos Jugares fue hallada una piedra-calendario que, con sus veinte jeroglíficos, parece haber detenido el tiempo que corre sin dejar señal ni recuerdo. A unos cuantos pasos de ese templo pequeño fue excavada la base de un teocali de mayores dimensiones y, más allá, la estructura de un edificio aún más amplio, así como la de otros más pequeños. Este campo de ruinas se halla en pleno corazón de la ciudad; en el piano de la calle se desenvuelve un enorme tráfico de automóviles mientras que, descendiendo por la escalera que se halla detrás de la cerca o echando una mirada desde la terraza del Ministerio de Asuntos Exteriores, se puede percibir esta interesante unidad arqueológica.

Mientras voy andando por el borde de la metrópoli ante mis ojos surgen, unas tras otras, ruinas de edificios halladas en excavaciones y que han sido cuidadosamente restauradas. Me detengo ante el muro de las calaveras; en su crónica, Bernal Díaz se refiere a una decena de miles de calaveras que fueron colocadas formando pirámides; eran los restos terrenales de las víctimas sacrificadas para aplacar al dios de la guerra, Huitzilopochtli, durante el

último período del imperio azteca. En el curso de las excavaciones han sido halladas, hace cuatro años, otras ciento setenta calaveras.

Leo la inscripción grabada en una losa de mármol colocada durante la solemne inauguración de la Plaza de las Tres Culturas. «El 13 de agosto de 1521 cayó Tlatelolco que, a pesar de ser heroicamente defendido por Cuauthémoc, pasó a poder de Cortés. Aquí no hubo ni victoria ni derrota, sino sólo el doloroso nacimiento del pueblo mestizo del que procede México».

La *segunda* cultura fue edificada en las ruinas de la primera. Originalmente, aquí se hallaba la modesta capilla de los franciscanos erigida poco después de la conquista; luego, pasados dos decenios, fue construido el templo de Santiago Tlatelolco cuya armoniosa fachada barroca fue edificada en los decenios posteriores. En la historia de la cultura de México debió significar un importante jalón la edificación del convento anejo al templo en el que, por deseo de Cortés, fue fundada la primera institución de la enseñanza pública de la Nueva España, el Colegio Imperial de la Santa Cruz. Esta célebre escuela fue inaugurada en 1538, diecisiete años después de la conquista, por el sucesor de Cortés, el primer virrey de México, Antonio de Mendoza, que tenía inclinaciones humanistas y que sufragó una parte de los gastos originados por las obras de construcción.

Este colegio fue fundado con destino a los hijos de la «nobleza» india. Uno de los profesores fue el más eximio de los folkloristas de México, el padre Bernardino de Sahagún cuya gran obra, de aventurado destino, *Historia general de las cosas de Nueva España*, sigue siendo aún en nuestros días la más espléndida colección de las tradiciones indias. Sahagún reunió a su alrededor a los jóvenes indios mejor capacitados y les enseñó latín y español. Estimuló a sus discípulos a llevar al papel las tradiciones de sus antepasados. Tres de sus discípulos son considerados hasta hoy día como excelentes fuentes de información. Entre estos jóvenes indios de los primeros tiempos el más célebre fue Ixtlilxóchitl (es decir, Don Fernando de Alba Ixtlilxóchitl), descendiente de los reyes de Texcoco, que pudo salvar para la posteridad la historia de esa generación de soberanos, abundante también en vena poética. Ese colegio fue el punto de partida del «renacimiento azteca» que tuvo que agradecer su existencia al concepto de clase de los españoles. Éstos trasplantaron a México la estructura de la sociedad castellana y concedieron el estatuto jurídico de los grandes señores españoles a los caciques indios sometidos, a los descendientes de los soberanos y a los grandes terratenientes. Por otra parte, los conquistadores contrajeron matrimonio con las jóvenes de la aristocracia azteca. Los descendientes de estos matrimonios llevaban con

orgullo, al igual que el historiador mencionado, el apellido indio de su familia.

El tercer elemento de contraste —después del azteca y del colonial— de la Plaza de las Tres Culturas, lo constituye ese grupo de rascacielos cuya proyección se halla igualmente ligada al nombre de Mario Pani. Son edificios de vivienda que resplandecen en una peculiar armonía de colorido (en la que está incluido también el rojo) cuya pintoresca disposición ofrece un cuadro inusitado a quien contempla el singular panorama de la ciudad desde el templo o desde el lugar de las excavaciones arqueológicas. Este grupo de edificios de Tlatelolco ha ofrecido vivienda a setenta mil almas y ha hecho cesar el medieval abarrotamiento de esta barriada. Subimos unas escaleras que nos llevan hasta el nivel de la Plaza de las Tres Culturas, y luego ya sólo bajamos al Zócalo. Ante mí aparece el enorme centro urbano tan conocido a base de películas y fotografías, que sigue la tradición del trazado de los artistas indios de antaño. Con toda seguridad, a Cortés le hubiera resultado más fácil edificar en alguna parte cerca de la antigua capital azteca y no en el fondo del lago, pantanoso todavía en su época, sobre zanjas y canales no muy firmemente rellenados. Pero es evidente que el *genius loci* y la convicción de la filosofía del hombre de la Edad Media tardía debieron instigarle a obrar como lo hizo: era allí, y nada más que allí, donde se tenía que adorar al verdadero Dios y donde debía ser erigido el palacio del Conquistador (cuando Cortés inició la construcción del edificio que hoy es denominado Palacio Nacional estaba muy lejos de saber aún el rango y dignidad que le correspondía en la jerarquía española de aquellos tiempos). Allí donde se había hallado la corte del emperador Moctezuma, y allí donde se habían desangrado tantos de sus compañeros españoles sobre las piedras del altar de les sacrificios.

En tiempos de los aztecas esta gran plaza era denominada *Coatepantli*; los españoles, siguiendo el ejemplo de las plazas principales de las ciudades de su país, la bautizaron con el nombre, indudablemente de origen árabe, de Zócalo: hoy día lleva el de Plaza de la Constitución. Con el pensamiento podemos reconstruir esta gigantesca plaza, imaginando el «nuevo» palacio imperial que servía de habitación a Moctezuma, situado hacia el este. Estaba delimitado por un canal (que permaneció durante mucho tiempo incluso en la época colonial) y, después de éste, se hallaban los palacios de las grandes jerarquías aztecas, extendiéndose hasta donde llegan hoy día las Arcadas de los Comerciantes. Donde hoy se halla el edificio del Monte de Piedad, y más allá de él, se elevaba la residencia de Axayácatl, padre de Moctezuma, en la que

fueron alojados los españoles que hicieron su entrada el 8 de noviembre de 1519. De este edificio hicieron una especie de fortaleza de la que tuvieron que huir durante la «Noche Triste». La inauguración del palacio costó antaño, a mediados del siglo XV, la vida de veinte mil prisioneros.

Me hallo ante la exacta reconstrucción del «recinto sagrado» de: Tenochtitlan de antaño. Contemplo el enorme cuadrilátero ocupado hoy por la catedral. La iglesia de nuestros días ocupa una pequeña parte del templo de Quetzalcóátl, la Serpiente Emplumada. Es la antigua pirámide del templo de Huitzilopochtli (es aquí donde fue inmolada la mayoría de las víctimas, entre ellas los españoles hechos prisioneros, sesenta de los cuales todavía durante los últimos días del cerco). Por otra parte, el nombre de la divinidad guerrera significa «colibrí de la siniestra». El santuario edificado en la gran plaza tenía cien metros de largo, ochenta de ancho y, ion sus terrazas, treinta metros de altura. Los que han tenido ocasión de subir hasta lo alto de una de esas pirámides saben que no es muy fácil el camino por la empinada escalera de estrechos peldaños, y saben también que la bajada es menos fácil todavía. Y entre los que, en tiempos, eran arrastrados hacia arriba, hasta el altar de los sacrificios, había muchos que no tenían ninguna esperanza de regreso.

En la parte sur de la plaza se elevaba el templo de Tláloc, el dios de la lluvia, así como cuatro o cinco santuarios, pirámides, explanadas y un frontón para el juego de pelota. En Chichén Itzá pude ver, en toda su realidad, un frontón así completamente reconstruido y como, probablemente, el culto de los juegos de pelota rituales es de origen maya (tal vez con cierta influencia tolteca) me gustaría referirme a este juego al tratar de Chichén Itzá.

El lugar donde hoy se halla el Palacio Episcopal estuvo ocupado por el teocali, de veinte metros de altura, dedicado al dios del Universo. Así, cada metro cuadrado del Zócalo encierra en sí un fragmento de los panteones aztecas. En el curso de las obras de construcción del nuevo «Metro» de México fueron hallados numerosísimos fundamentos y vestigios de otra índole. Claro está, ninguno de ellos invistió la importancia de ese monolito de basalto, de 3,34 metros de diámetro y 24 toneladas de peso, conocido con el nombre de *Piedra del Sol o Calendario Azteca* que fue descubierto al proceder a pavimentar el Zócalo, en 1790. Hoy día es la pieza característica de la civilización de Tenochtitlan y una pieza de singular atractivo del Museo de Antropología. Bajo una espléndida iluminación puede ser contemplada esta gigantesca piedra tallada, de tono claro, que lleva en sí, en medio de jeroglíficos, el símbolo del Sol. Esos signos convertidos en ideogramas simbolizan el «cuarto movimiento» del mundo, ponen de relieve el Quinto

Sol —en el que el mundo vivía entonces— y rememoran los cuatro Soles pasados, pero indican también los solsticios, y los eclipses solares y lunares. Esta gigantesca piedra calendario fue encontrada, resquebrajada, ante el antiguo templo del Sol, bajo un techo sostenido por ocho columnatas. Probablemente, la resquebrajadura ocurrió cuando la piedra del Sol fue transportada desde la cantera hasta el corazón de Tenochtitlan.

La catedral, el mayor templo de México, con su tono básico de color gris en el que se deja percibir el matiz rojizo de la piedra de construcción tezontle, viene a determinar todo el ambiente del Zócalo. No resulta fácil determinar el estilo de la fachada de la catedral puesto que en ella ha quedado impresa la huella de varios siglos. Las variantes van del estilo barroco y churrigueresco hasta el neoclásico. En el lugar de la primera y modesta catedral proyectada por Cortés, fue construida, con autorización del rey Felipe II, la catedral actual, más digna de la rica Nueva España. En la construcción de la catedral original fueron utilizadas las piedras del templo de Huitzílopochtli que, de nuevo, fueron aprovechadas en la segunda edificación. Durante mi primera mañana en México, atravesé la puerta central de ese enorme edificio e intenté orientarme primero en el espacio y, después, en el orden cronológico de las distintas edades. El período de la construcción se extendió desde 1573 hasta 1813; hasta el final del dominio colonial que duró tres siglos. Tiene 118 metros de longitud, con lo que se aproxima o sobrepasa las dimensiones de las más monumentales catedrales hispanas. Con toda seguridad, fueron esas catedrales las que inspiraron al primer constructor y proyectista, Pérez de Castañeda, que llevaba el título de maestro constructor real. Los periodos de pausa significaron catástrofes en la ciudad: grandes inundaciones, incendios y terremotos.

Realmente, presenta las dimensiones de las grandes catedrales españolas pero carece del misticismo gótico de éstas, del arle de la escultura medieval, del ritmo de los vitrales de setecientos u ochocientos años que filtran los rayos del sol. Aquí todo es claro, más bien barroco que renacentista. Entre las creaciones artísticas esculpidas en piedra o talladas en madera las más hermosas son la parte que rodea el santuario, con su estructura cerrada, y la Capilla de la Piedad con la pompa del estilo churrigueresco. El barroco sobrecargado de elementos pictóricos y decorativos, el estilo un tanto rebuscado de las tallas de madera de José de Churriguera (1650-1723), arquitecto y escultor de Salamanca, llegó al Nuevo Mundo por mediación de los hijos y descendientes de este maestro que creó una escuela. Y fue especialmente en México (como veremos en Taxco y otros lugares) donde se

convirtió en la forma de expresión de la abundancia colonial y de la exhibición de la riqueza. Es en la Capilla de los Reyes de la catedral de México donde esta tendencia artística, impetuosa y deslumbrante, muestra todo su triunfo, fatigoso para los ojos del espectador de hoy.

Volví a visitar varias veces la catedral e hice lo posible para sentirme en ella como en un lugar conocido. Nunca experimenté la piedad de las grandes catedrales góticas ni el rígido pero sincero éxtasis de los santos medievales. Me impresionaron sus enormes dimensiones, la delimitación de sus diferentes partes. Pero mientras estaba sentado en un banco de la Capilla Mayor fueron pasando ante mis ojos aquellas figuras históricas que antaño pudieron ocupar ese mismo lugar: los virreyes que siguieron a Cortés, los jerarcas indios sometidos, los obispos de la metrópoli y los inquisidores. A lo largo de la verja, los vendedores de objetos piadosos exponían sus mercancías, por la puerta central entraba un cada vez mayor número de mujeres indias que encendían velas mientras en mí iba desfilando, por el gigantesco escenario del recinto del templo, el pasado antiguo, el pasado reciente y el presente de México.

LA METRÓPOLI DE OCHO MILLONES DE ALMAS

El auto atravesaría rápidamente el Paseo de la Reforma, una de las más hermosas avenidas urbanas del mundo, si no hubiese pedido a mi anfitrión que fuéramos más despacio y no le interrogara a cada paso acerca del destino actual de los palacios, rascacielos y edificios públicos que iban deslizándose ante mis ojos. Ese gran bulevar, dividido por franjas de césped, se llamó originalmente Calzada del Emperador, puesto que fue proyectado por Carlota, la esposa del emperador Maximiliano de Habsburgo, de trágico fin, a mediados del siglo pasado, para que resultara más cómodo el viaje desde su residencia de Chapultépec hasta la catedral y el palacio gubernamental, evitando el tener que recorrer estrechas calles y callejuelas abundantes en cruces y curvas. Como es lógico, la construcción de esta arteria denominada más tarde Paseo de la Reforma, sufrió pausas durante los decenios de tensiones internas, cambios políticos y revoluciones. Bajo la presidencia de Porfirio Díaz, que duró casi cuatro decenios, quedó terminado en la última década del siglo pasado y en la primera del presente ese Paseo que determina en alto grado la fisonomía urbana de la capital mexicana.

La imagen que ofrece el bulevar no resulta unificada. Es evidente que los arquitectos de la época de Porfirio Díaz tomaron como ejemplo los Champs Élysées, puesto que el presidente «tenía puestos los ojos en París». Al principio estuvo bordeado por palacios particulares y elegantes viviendas de tres pisos. Durante las últimas décadas y, sobre todo durante la última (probablemente bajo el estímulo de la Olimpíada en ciernes) ha proseguido incesantemente la modernización, de un modo en consonancia con América, de esta enorme avenida, edificando en ella rascacielos que buscan la armonía del colorido, comercios y casas de oficina, arcadas y modernos portales. El ritmo de las altas casas queda interrumpido, en ciertos lugares, por un palacete particular de finales de siglo que, precisamente por su privilegiada situación, debe constituir una vivienda bastante costosa. En el Paseo, el precio

de los solares alcanza cifras astronómicas, pero está fuera de toda duda de que es la calle más representativa de toda esta metrópoli de ocho millones de habitantes.

Las calles que partiendo del Paseo se extienden hacia la izquierda llevan los nombres de las capitales europeas. Recorrí con alegría toda la calle Danubio que evoca nuestro gran río. Los monumentos del Paseo perpetúan en estatuas de bronce, algunas célebres figuras de la historia de México. Por ejemplo, en el punto más concurrido del Paseo se halla la estatua de Cuauhtémoc, el último emperador azteca. La siguiente es la Estatua de la Independencia que muestra ya los rasgos del estilo de los primeros decenios del siglo XX. La estatua ecuestre de Simón Bolívar se halla situada en una glorieta.

Claro está, podría ver muchas más cosas si recorriera el Paseo a pie pero, dada su longitud, no es tarea que pueda ser acometida el primer día. Lo de ahora viene a ser sólo un preludio de un experimento para ver cómo se puede conquistar, tanto con sus fenómenos visuales como con su historia y ambientes, una ciudad de tales proporciones. Así llegamos al parque de Chapultépec que viene a significar el final y la desembocadura del Paseo cuyos últimos metros se funden ya con el mundo de los árboles. Si nos dirigimos hacia la izquierda debemos encontrar uno de los principales objetivos de mi viaje a México, el Museo de Antropología, tan conocido a base de las descripciones.

¿Es posible resistir a la tentación de que en este momento, antes de la comida, pueda echarle una mirada? Mi anfitrión no se opone (a pesar de que se acerca la hora de la comida festiva) a que dedique unos minutos por lo menos a contemplar el edificio. El coche se detiene en uno de los caminos principales del parque; nos apeamos. Al otro lado del camino se halla una enorme, una sobrehumana masa escultórica. Contemplo la estatua de Tláloc que antes de la inauguración del Museo fue traída a estos lugares desde Coatlichan, situado a unos cincuenta kilómetros de distancia, donde se encontraba originalmente. Se calcula que esta estatua monolítica, de cerca ciento setenta toneladas de peso y que representa al dios de la lluvia debe tener unos mil ochocientos años; fue maravillosamente esculpida en la época temprana de la civilización teotihuacana, pero la obra no quedó terminada por completo Este ídolo de complicada arquitectura no sólo es muy pesado sino también muy alto: mide siete metros. Su traslado a estos lugares debió constituir un arduo problema técnico. Fue proyectado un medio de transporte que pesaba cuarenta y cinco toneladas y se desplazaba sobre setenta y dos

ruedas. Cuando esa expedición, la más célebre en México, pasaba por los pueblos, la gente acudía a la carretera para saludar a su modo el regreso a su casa del dios de la lluvia. En esta parte del valle de México se da la mayor densidad de población y su capa básica está constituida por indios, en sus tradiciones siguen viviendo las antiguas formas y las antiguas leyendas. Así, saludaron con lágrimas en los ojos al dios de la lluvia cuando, en una gigantesca basamenta, Tláloc se dirige, por fin, a ocupar el puesto que le correspondía.

Sus proporciones son pasmosas: el tallista que la esculpió en alguno de los primeros siglos de nuestra era se propuso darle el carácter de la pavorosa grandeza de la divinidad. Quiso crear un dios en quien se hallaran la bendición, la abundancia y todas las raíces de la vida en una espléndida pero inacabada representación. La estatua es de color amarillo oro y lanza destellos rojizos bajo los rayos del sol. Fue una idea afortunada que en el Parque se colocara sobre una base de mármol porque, de este modo, los visitantes que acuden al Museo (cuya entrada se halla a unos doscientos pasos) tienen que percibir ya esa atmósfera y presentir inmediatamente el *genius loci*. Sin duda alguna, fue el dios de la lluvia la figura conmemorativa más característica que encontré en el parque de Chapultépec.

* * *

Las principales etapas de mi primer recorrido de la ciudad, Tlatelolco, Zócalo, Plaza de las Tres Culturas, Catedral, Paseo de la Reforma y breve visita al Museo, las hice acompañado de mi amable anfitrión húngaro y un amigo suyo, también húngaro, que reside hace largos decenios en México. Ese día, como se trataba de una fiesta, era María Eugenia la que conducía el coche. De este modo, en nuestra excursión reinó un ambiente «de casa», que quedó acentuado por un verdadero café exprés a la manera, cosa rara, del de nuestro país. Cuando atravesamos la puerta enmarcada en color lila y llegamos a la casa se hallaban justamente en trance de poner en la mesa el «pan de los muertos». La mesa puesta para la comida festiva reflejaba las tradiciones mexicanas, más exactamente las tradiciones de la provincia de Oaxaca. En las tradiciones y costumbres de Todos los Santos y del Día de los Difuntos queda alterado el ritual indio-colonial de la mesa. Porque la dueña de la casa desciende, por parte de su madre, de los indios zapotecas que habitan desde tiempos inmemoriales en el estado de Oaxaca y que están dotados de un extraordinario sentido artístico. Los linos rasgos del rostro de

Alicia, la forma de su cabeza, sus hermosos ojos oscuros y sus abundantes y lisos cabellos hacen destacar y prevalecer esa herencia india. En Oaxaca hay excelentes proyectistas de alfombras, orfebres y plateros, y la dueña de la casa embellece su habitación con tesoros de artesanía de esa región.

Después de comer siento el zarpazo del tiempo burlado, de esas ocho horas que gané cuando ayer (¿o fue anteayer?) volé de Amsterdam a México. Y ese sueño irregular duró la mitad de la tarde. Con ello quedó restablecido el equilibrio natural y, después de un breve atardecer, llegó una noche como las habituales. Pero después de la amable reunión que hubo en la casa, estuve oyendo, en mi habitación, durante mucho tiempo, el latido del reloj. Pasadas las cuatro, el gallo de la vecindad comenzó su tarca de despertador. Me sentí feliz, puesto que no experimentaba ninguna sensación de decaimiento o de angustia y ahogo con la que me habían asustado los que habían estado ya en México. Todo lo contrario —pensé al pasar revista a los acontecimientos del día—, ese para mí inesperado verano que pareció surgir el primero de noviembre, ha sido un verdadero deleite. La excursión de hoy ha estado acompañada, hasta el fin, de una sensación de euforia. Todo está en flor aunque hace ya casi dos meses que han cesado las grandes lluvias anuales. Euforia, repito. Por fin, el toque de las campanas y el canto del gallo se funden en el amanecer.

Hoy ha sido María Eugenia, la más joven de las señoritas de la casa, la que ha conducido el automóvil; y lo ha hecho con mucha pericia, a pesar de que todavía no ha terminado el bachillerato. María Eugenia es una bonita muchacha rubia que, a primera vista, podría pasar por sueca. La mayor, Gizella (este nombre, inusitado en México, es herencia de su abuela paterna húngara), es completamente mexicana; en sus rasgos, por lo menos a primera vista, domina el carácter indio. Gizella cursa estudios en la Escuela Superior de Economía Política, María Eugenia se prepara para ingresar en la Facultad de Medicina y ya ahora realiza prácticas como enfermera voluntaria, en un hospital. Además, dentro de poco se examinará de maestra en inglés. Un rápido esbozo de la familia de la que soy huésped.

Mi amigo, a quien conocí hace cinco años durante una visita que realizó a Budapest y con el que, desde entonces, mantengo una familiar amistad, vino al mundo en Eperjes. Era un muchacho joven cuando se fue a los Estados Unidos. Hace cuarenta años que llegó a México, desde Nueva York. Primeramente estuvo al frente de una agencia de viajes y, después, fundó una editorial. Ésta se halla a unos pasos del Zócalo, en el bloque de edificios situado en el centro de la ciudad entre las calles de Madero y de Isabel la

Católica. En la calle de Madero se halla uno de los más interesantes palacios de estilo colonial tardío, el llamado Palacio Iturbide. Fue el hogar familiar de aquel general Agustín de Iturbide que en el remolino de las luchas por la independencia se hizo proclamar emperador en 1822. Verdad es que su gloria apenas duró un año, hasta que abdicó. Pero, tal vez, fue a Iturbide a quien imitó el desgraciado Maximiliano cuando, cuatro decenios más tarde, adoptó el título de emperador de México. Al principio, Iturbide fue un general monárquico amigo de los españoles; no obstante, a su nombre se halla vinculado ese célebre acuerdo concluido durante el verano de 1821 en la Córdoba mexicana, cuando el último virrey, Juan O'Donojú, firmó el reconocimiento de la independencia de México y, con ello, puso fin, al estado de colonia en la que se hallaba Nueva España desde hacía tres siglos. Desde entonces, la *Pax Hispanica* dejó de extenderse a México, comenzó la época del nuevo Estado, de la nueva República, abundante en revoluciones y disturbios. Iturbide organizó una marcha triunfal cuando aportó la independencia a México. Y como recompensa para sí mismo se adjudicó, en la nueva República, el título de emperador. Iturbide se condujo como un militar y político pleno de imaginación cuando se decidió en pro de la separación de España, pero se mostró también como un caudillo de más amplitud de miras que sus compañeros, más conservadores, ya que con su «Plan de Iguala» quería asegurar los mismos derechos para todos los ciudadanos de México. Una sublevación de sus adversarios puso fin al imperio del antiguo oficial monárquico. Iturbide presentó la dimisión y se embarcó con destino a Italia. El Congreso de México abolió todas las leyes promulgadas en su tiempo y borró de los anales nacionales los acontecimientos ocurridos durante el año de su imperio; además, le condenó —en su ausencia— a la pena de muerte. Iturbide no tuvo conocimiento de esta última disposición porque, poco después, se embarcó en Inglaterra para volver a ofrecer sus servicios a la patria, esta vez como un simple ciudadano. Le ocurrió poco más o menos, lo mismo que le había sucedido a Joachim Murat hacía apenas un decenio. Iturbide fue reconocido al desembarcar, fue detenido, y las autoridades locales tomaron tan en serio la resolución del Congreso que el ex-emperador pudo dirigir su propia ejecución como lo había hecho hacía unos nueve años Murat vestido con el uniforme de rey de Nápoles.

En el patio del edificio donde está la oficina de mi amigo hay una hilera de columnas de dos tonos. Mientras espero a mi amigo, mi memoria pasa revista retrospectivamente a siglo y medio. La vivienda del general Iturbide

debía encontrarse cerca de donde se hallan hoy las oficinas de la Editorial México. ¿A qué balcón o ventana se debió asomar el «héroe de la patria», el 18 de mayo de 1822, para corresponder a las aclamaciones, evidentemente estimuladas, del pueblo de la capital que le ofreció una recompensa no del todo adecuada para un revolucionario pero, no obstante, intensamente anhelada, la corona imperial? La calle no es demasiado ancha, pero el eco de la multitud apiñada bajo el calor de mayo debió llegar hasta el enorme palacio gubernamental cuyo trono había dejado vacío el virrey Juan O'Donojú. Cuando el palacio de Iturbide quedó libre, los herederos del general lo transformaron primero en hotel y, luego, en almacén. La restauración realizada hace poco tiempo ha devuelto a esta residencia urbana de buen gusto su verdadera fisonomía.

La Editorial México se ocupa de publicaciones relacionadas con la historia del arte y el folklore. Sus tarjetas postales que reproducen los tesoros de arte y los panoramas de la ciudad son conocidas más allá de las fronteras de México. Estas postales están ilustradas con las más hermosas piezas de la arqueología precolombina y la elección de éstas tiene lugar con el asesoramiento del Museo de Antropología.

Hoy, durante nuestro paseo por la ciudad, he manifestado mi deseo de ver la parte denominada barrio de los pobres. Nos dirigimos por una enorme vía que fue abierta para la Olimpíada y que se ha hecho mundialmente conocida bajo el nombre de Avenida de la Amistad entre los Pueblos. La conformación artística de esta avenida corrió a cargo del escultor y arquitecto mexicano Matías Göritz. La fisonomía de los paisajes aparentemente desiertos queda animada, en puntos inesperados, por cuerpos geométricos de sorprendente monumentalidad y que sus autores denominan «estructuras». La más interesante de todas es, quizás, la debida al excelente escultor de origen húngaro Péter Székely, residente en París, que lleva el título de «Sol de dos pies» y que refleja el simbolismo antiguo mexicano en relación con el cielo y la tierra. Esta monumental obra que, no obstante da la impresión de liviandad, de color ocre, con su síntesis del ayer y del mañana, subyugó nuestra imaginación.

Al dirigirnos hacia lo que fue la ciudad olímpica (los edificios destinados a acoger a los participantes en la Olimpíada fueron construidos de modo que, después, pudieran ser utilizados como colegios de las Escuelas Superiores) lo que contemplo no apresura los latidos de mi corazón. En el terreno pantanoso de al lado del camino se extiende, a lo largo de un kilómetro, una verdadera *bidonville*. Me parece estar viendo una escena de la memorable película

italiana «Milagro en Milán», aumentada en sus proporciones y, al mismo tiempo, reducida, puesto que esas cabañas hechas de los más diversos materiales pero principalmente de hojalata, se hallan a bastante distancia de nosotros. Ante esas viviendas se encuentra una densa multitud, al sol. En la mayoría de los techos de esas cabañas hay una antena de televisión. En México, el televisor es el primer peldaño en el escalón de la existencia burguesa. La población india y mestiza que afluye de las provincias y que, evidentemente, no tiene muchas exigencias, se establece en estos lugares y, si la suerte eleva un poco sus posibilidades, cede su hogar a alguien recién llegado, con antena y todo. En México no he oído hablar demasiado de falta de trabajo, por otra parte, es uno de los países, aun a escala mundial, de mayor progresión demográfica. Todo esto —y sobre todo la huida de las aldeas para ir a la capital— contribuye a la formación de ese centro que, contemplado desde el automóvil, resulta pintoresco pero que en realidad es triste.

De regreso, hasta que llegamos al extenso centro de la capital todo deja ver que atravesamos por barriadas habitadas por gentes sencillas. En muchos lugares de la periferia surgen enormes plantas fabriles; en todas partes, las hileras de casas están interrumpidas por talleres y garajes, por edificios en construcción o de carácter provisional. Para mí, lo más interesante son las personas. Mis ojos están siempre al acecho de rasgos fisonómicos «indios» y de nuevas variantes entre les innumerables tonos de la piel. Porque, entre los 47 a 48 millones de habitantes de México, son muchos los que de cada linaje indio se trasladan al antiguo Tenochtitlan. En la metrópoli se entremezclan los mayas, totones, zapotecas, los habitantes del Golfo de México, los del Norte y los del Occidente. El que ha conseguido llegar a la ciudad y ha dejado de llevar el antiguo traje campesino es considerado ya como mestizo, ya no es indio. No creo que entre las gentes de aquí haya nadie que se preocupe de su propia «fórmula racial» o de la del vecino. México ofrece a todos sus ciudadanos idénticas posibilidades; ni los criollos (los blancos nacidos en México) ni los blancos de origen europeo o norteamericano gozan de ningún privilegio. Todo lo contrario; he oído decir a mis amigos que en las oficinas, e incluso entre el pueblo, son considerados como «extranjeros» aquellos cuya piel pone de manifiesto la patria de sus antepasados.

El coche toma una curva y pasa ante un mercado. Hago el ruego de que nos detengamos un minuto. Los mercados de las ciudades del extranjero me inspiran siempre gran curiosidad. Cestos, cacharros de arcilla, pescado, animado torbellino, objetos de paja, vendedoras: en esencia, en todas partes es lo mismo, como lo dicta la estructura de la vida y, no obstante, en todas partes

es diferente. «Es un mercado muy sencillo, más bien para gente humilde», me dice mi acompañante. Por eso precisamente me gustaría verlo. En la entrada, los puestos de flores aparecen como si fuera un escenario. Ofrecen flores maravillosas que no he conocido en mi país o que apenas he visto. Pequeñas orquídeas formando ramilletes, malvas, gladiolos, anémonas. Ni siquiera sé el nombre de muchas de ellas. Hacen un enorme ramillete para Alicia, todo por tres o cuatro pesos. (Según mis cálculos, un peso mexicano equivale a tres florines. Cien pesos a ocho dólares americanos. Y el cambio puede ser realizado en cualquier momento). Me quedo maravillado ante la habilidad de las vendedoras de pescado, ante la enorme cantidad de peces frescos traídos todos los días desde una distancia relativamente larga. (También Moctezuma hacía traer diariamente, por recaderos que se relevaban y hacían el camino a pie, pescado de mar).

La carta de fundación de la primera universidad de México data de 1551. Fue firmada por el emperador Carlos V, quien encargó a religiosos la dirección del Studium Generale. Cuando el coche nos lleva a la bastante alejada Ciudad Universitaria, se me viene repentinamente a la memoria la olvidada fecha. Hoy tiene ya cuatrocientos veinte años la primera universidad del Nuevo Mundo (la segunda fue fundada en Lima).

¿Que cómo es la Ciudad Universitaria? Hemos tenido muchas veces la ocasión de contemplar alguna de sus partes, sobre todo antes de la Olimpíada y durante la misma. Es tal vez en ella donde más visualmente se pone de manifiesto una rama artística típicamente mexicana, la mural, es decir, las enormes pinturas murales o composiciones de mosaico que sirven de ornamento a las fachadas de altos edificios o que, más bien, tienen una vida independiente de éstos. Constituyen algo más que una decoración y en sus colores y brío intentan expresar lo esencial de México y, quizás, de toda América Latina. En los edificios públicos de importancia dominan las obras de «cuatro grandes» artistas que son los más característicos representantes de este estilo de fresco: Diego Rivera, Orozco, Siqueiros y Tamayo. Aunque Tamayo —con quien, desgraciadamente, sólo pude hablar unos minutos— influye mucho más que los otros tres artistas citados en las modernas corrientes de nuestra época. La «fachada del sur» está ocupada por una gigantesca obra de Siqueiros en la que se mezclan los elementos de la escultura, de la pintura y del mosaico y que llama la atención en primer lugar por su carácter monumental y sus efectos de color.

La edificación de la Ciudad Universitaria fue iniciada hace apenas dos décadas, en un terreno de trescientas hectáreas. Si los datos que poseo son

exactos, el año pasado se matricularon cerca de ochenta mil alumnos, aunque originalmente la Universidad fue proyectada para veinticinco mil. La inaudita vitalidad y el casi explosivo desarrollo de México quedan reflejados fielmente por estas dos cifras.

Pero volvamos a los recuerdos históricos. La primera Universidad fue inaugurada en junio de 1553 por el virrey español Velasco. En aquel entonces llevaba el nombre de Universidad Real y Pontificia. Y lo siguió llevando durante los siglos que duró el régimen colonial; también conservó durante mucho tiempo su carácter eclesiástico, incluso después de que México hubiera alcanzado la independencia. En el curso del siglo XIX su destino dio lugar a muchas controversias entre los conceptos conservador y liberal. En cuatro ocasiones, el gobierno prohibió su funcionamiento como, por ejemplo, el de Benito Juárez, en 1867. También Porfirio Díaz recelaba de las opiniones contra la dictadura que abrigaba el estudiantado y, de este modo, después de una larga pausa, esta institución volvió a abrir sus puertas inmediatamente antes de la caída de Díaz, en 1910, bajo el nombre de Universidad Nacional de México Las antiguas Facultades estaban dispersas en la ciudad y apenas si correspondían a los objetivos que debían cumplir. Así, en 1946, el presidente Ávila Camacho destinó para la Universidad ese enorme terreno que hoy día constituye uno de los centros de la vida intelectual de la República.

La Ciudad Universitaria, con sus grupos de edificios, biblioteca capaz para dos millones de volúmenes, bloques centrales, canchas de deporte anexas al estadio olímpico, parque y paseos, aparece como una ciudad proyectada por separado. Entre sus constructores figura también Mario Pani a quien se debe la Plaza de las Tres Culturas.

El paseo al borde de la Ciudad Universitaria resulta extraordinariamente interesante; desde él pueden ser contemplados los edificios, los grupos de estudiantes que entran y salen de ellos, y se obtiene una mejor vista del monumental conjunto que estando allí, en el interior de su recinto. ¿Cómo son los estudiantes? Si la mayor parte de ellos no llevara en su rostro las huellas de la mezcla de diferentes razas, causarían poco más o menos la misma impresión que los nuestros. Abundan las muchachas con pantalones, bufandas y chaquetas. Para los mexicanos, noviembre pertenece ya a los meses «fríos» y, por las mañanas, realmente frescas, llevan ya abrigos cortos. En lo que se refiere a la ciudad estudiantil, es animada y simpática, un grupo de muchachos y muchachas se detiene cuando ven en mi mano la máquina fotográfica y me hacen amables gestos. Siento nostalgia; de ser estudiante… en México.

Cuando dejamos la Ciudad Universitaria emprendemos el camino de regreso a través de una barriada de chalets y residencias particulares. Como me dicen, es aquí donde vive la gente realmente acaudalada, y ante mi vista aparecen verdaderas perlas de la edificación de chalets como nunca hubiera sospechado encontrar en México. En un pequeño mundo oculto detrás de verjas magistralmente forjadas, con su maravilloso ornamento de flores que les ofrece un marco polícromo, se hallan edificios de vivienda, a cual más hermoso, en su mayoría construidos según el concepto moderno. En el jardín hay una piscina; en muchos lugares, el patio es una pequeña obra de arte, con sus surtidores, sus caminos bordeados de flores y ese arte del trazado de jardines que los españoles recibieron como legado de los moros. El paseo de hoy parece suficiente para dar, si no una evaluación, sí una idea acerca de la estratificación de la sociedad mexicana: me refiero a la pompa de la barriada de chalets aneja a la Ciudad Universitaria después de haber estado en la *bidonville*. Al contemplar esas casas de extraordinario buen gusto y proyectadas con tanta imaginación arquitectónica, tengo que suponer un bienestar y unas fortunas que todavía no he visto en ninguna parte (a no ser en Roma) ni siquiera en Los Ángeles donde, unas semanas más tarde, pude establecer la comparación.

* * *

La salsa del festín del Día de los Difuntos es el mole, que es servido a la mesa siguiendo una especie de ritual. Todos los rostros reflejan una tensa atención: esta obra maestra culinaria consagrada por la tradición es resultado de tres días de trabajo colectivo. Aunque me lo hubieran dicho, me sería imposible recordar todos los ingredientes que han contribuido a darle su sabor y su oscuro color. Este mole preparado para el Día de los Difuntos es algo complicado e inolvidable, como el mismo México. También dos hermanas de Alicia han sido invitadas a la fiesta. El origen, por vía materna, de los indios zapotccas se deja ver en sus rostros aún más que en el de la dueña de la casa. Con la citada salsa sirven gallina. Desgraciadamente no anoté los platos que fueron servidos para la comida. Recuerdo que hubo plátanos fritos, tortillas y unas frutas especiales. Y que me vi incorporado al ritmo de vida de una fiesta celebrada en una familia mexicana. Frente a mí había dos amables muchachitos indios con brillantes ojos que todo lo observaban. Me parece increíble que esa imagen no fuera algo soñado.

Después de una comida así la siesta es imprescindible. Poco a poco voy recobrando el habitual ritmo del tiempo. (Esa noche oí todavía, en el umbral del amanecer, el canto del gallo. Al día siguiente sólo me desperté cuando soltaron al perro de la casa de al lado). El Día de los Difuntos, durante la excursión realizada por la tarde, fui testigo de un extraño rito conmemorativo. El de la Ofrenda para los Muertos, una ceremonia cuyo punto central lo constituye un armazón de madera estilizado, ornado y polícromo, cargado de pequeños y relucientes adornos.

En el hogar de Diego Rivera, transformado en museo, ha sido abierta la más célebre Ofrenda madrileña. Cuando llegamos allí, al caer la tarde, afluye una gran muchedumbre. En mi imaginación visto a los presentes con los trajes rococó mexicanos del siglo XVIII y, en calidad de espectadores o intérpretes, los hago participar en ese juego de danza macabra que tiene lugar ante mis ojos. Porque en la casa de Rivera hay realmente —según dicen transformadas o proyectadas por él mismo— figuras de danza macabra que con su sombría expresión y sus calaveras advierten al espectador de los horrores de la muerte mientras acompañan la danza con sus instrumentos musicales; bajo la forma de estatuas de dimensiones naturales, allí se halla el abigarrado armazón de la Ofrenda, hasta cierto punto parecido a un árbol de Navidad, que viene a ser una muestra de la fantasía del pintor y de ese complicado mundo que ha reunido en una peculiar síntesis la espectacularidad, la festividad popular y el horror.

Los entendidos en la materia calculan que han sido unos cincuenta mil los viajeros que, en las primeras horas del crepúsculo, se han dirigido en auto a un pueblecillo de los alrededores de México llamado, si recuerdo bien, Mexitli; en el cementerio de esta localidad tiene lugar, tal vez desde hace siglos, la más célebre de las festividades de la Ofrenda del segundo día de noviembre. En el cementerio, mezclando la conmemoración de los difuntos con la diversión popular, cohetes y fuegos artificiales.

Raras veces he tenido una sensación de miedo como la que me embargó cuando llegamos al pueblo y tomarnos el camino que conduce al cementerio. No recuerdo haber visto tanta cantidad de autos en un sitio tan estrecho como las callejuelas de ese pueblo. Casi todos los coches de México son de enormes proporciones, la mayoría de origen americano y con el estilo que caracteriza a los autos de esa procedencia. Para entonces, la localidad estaba ya llena de tal manera que era imposible que algún coche se moviera. Realmente tuvimos la impresión —y fue Alicia, que conducía el coche, la primera en reconocerlo instintivamente— de que dentro de unos segundos todas las brechas

quedarían cerradas. Parecía que esa avalancha de autos iba a cubrirlo todo, que no había esperanza de poder salir de allí. A lo mejor, tendremos que quedarnos aquí hasta el amanecer, no hay nada que regule el tráfico. Ninguna señal que, en las mal iluminadas calles del pueblo, dirija a esos grandes vehículos hacia un camino practicable. Gracias a un favor de la suerte, encontramos una pequeña brecha por la que llegar hasta el camino que conduce fuera del pueblo. Con toda seguridad, quedó cerrada al cabo de un par de minutos. Porque en aquel momento comenzaron a estallar los cohetes, que subían hacia el cielo salpicado de estrellas, y el comienzo de los fuegos artificiales multiplicó la impenetrable masa de los autos que se hallaban detrás del nuestro y que deseaban acercarse lo más posible al lugar de la Ofrenda. ¿Quién está dispuesto a perderse esa gran fiesta folklórica celebrada en el cementerio de Mexitli?

Mediante una magistral maniobra, tomando por desconocidos caminos secundarios, en medio de pánico y de risas llegamos hasta un camino más ancho que lleva hasta la vecina localidad de Chalco. ¿Por qué es celebre el nombre de Chalco? Me suena a conocido; tengo la impresión de haberme encontrado con él cuando «señalé» el camino y los movimientos de las tropas de Cortés en el mapa que reconstruía el antiguo México. ¡Pues, bueno, también he llegado hasta Chalco! ¿A qué se debe su celebridad? Mi anfitrión dice que ahí se cultivan excelentes fresas y que las fresas de Chalco con nata son algo famoso en México. Entramos en una gran lechería de pueblo, con el apetito natural después de haber pasado un peligro. Fresas con nata: evidentemente, esto, aquí, en los primeros días de noviembre, significa fruta recién recogida. La noche de un día festivo, en una pequeña ciudad del Valle de México, en compañía de gentes del lugar. Como si estuviéramos en Budapest. Coincide también el vestuario y la forma de la consumición (cerveza, Coca-cola, fresas, jugo de frutas). Aquí, en Chalco donde —según recuerdo— las gentes, en su gran mayoría tienen el cutis «blanco». Como si fuera menor la mezcla entre indios, criollos y europeos.

La noche del Día de los Difuntos fue muy larga. Si quisiera dividir en episodios las horas transcurridas, ya no podría alcanzar los recuerdos con mi fantasía. Hoy termina la doble fiesta, por la mañana todo recobrará su orden cotidiano. Por la tarde establecemos ya el programa para el día siguiente. ¿Qué quiero hacer? Estar solo, toda la mañana, en el Museo de Antropología. Ya sé que ha sido fijada la fecha para mis dos conferencias y que, antes de ellas, a invitación de mi anfitrión, pasaré con éste una semana en Yucatán (uno de mis más anhelados puntos de peregrinación). Mi amigo, a pesar de

que vive en México desde hace cuarenta y dos años, no ha estado todavía en esa península que tantas maravillas promete.

EL MUSEO DE ANTROPOLOGíA

Ayer por la noche vi una serie de fotografías que muestran cómo tuvo lugar, bajo la dirección del arquitecto jefe Pedro Ramírez Vázquez, el traslado a la capital del auténtico coloso indio. Desde tiempos inmemoriales, Tláloc yacía en el cauce seco de un arroyo, en Coatlichan, una semiabandonada aldea situada a unos cincuenta kilómetros de la capital mexicana. Evidentemente, nadie de la aldea se ocupó de él hasta que no aparecieron los ingenieros, los montadores y los arquitectos para elaborar y establecer las premisas técnicas para su transporte. Entonces, los habitantes de Coatlichan se pusieron en movimiento y estalló una auténtica revolución local encaminada a impedir que el dios de la lluvia fuera llevado a otra parte. Temían que la divinidad, enojada, castigara con una prolongada sequía al pueblo sacrílego. Y comenzó el sabotaje por parte de la aldea: cortaron los cables destinados a levantar la estatua, y el gigante de casi ciento setenta toneladas volvió a caer al suelo. Finalmente, intentaron retrasar el transporte causando destrozos en los caminos. El Museo y, de este modo, también el gobierno, inició una doble campaña para tranquilizar a las gentes de la localidad imbuidas de superstición. La aldea fue ampliamente recompensada: se le prometió una escuela, guardería infantil, asistencia sanitaria y luz eléctrica. Además, para dar más énfasis a la cosa, se envió tropas del ejército. Por fin, quedó establecida la paz: el maestro de la aldea pronunció un discurso tranquilizando a los campesinos mientras que el alcalde, mediante una florida alocución, donó su preciado tesoro a la capital, para mayor gloria de México.

Según dicen, a mediados de abril son raras las tormentas en estos lugares. Pero cuando tuvo lugar la operación de traslado y la columna de transporte llegó a la capital, empezó a llover en medio de una fuerte tormenta que dejó caladas a decenas de miles de personas que esperaban desde hacía horas la llegada de Tláloc. En los anales de la ciudad quedó registrado que ese día el dios de la lluvia volvió a dejar oír su voz De la misma manera que, antes de la caída de México, cuando le vieron y le oyeron llorar por la ciudad.

El actual Museo Nacional de Antropología y Etnografía cuenta poco más de un lustro. El presidente López Mateos hizo entrega, el 17 de septiembre de 1964, del mayor museo de la civilización precolombina. Cuando el día de mi llegada lo contemplé sólo durante algunos minutos tuve ya que darme cuenta del extraordinario acontecimiento que me embargaba al penetrar por su gran puerta de cristales. Llegué a él la mañana del tercer día de mi estancia en México, media hora antes de que abrieran sus puertas. A esas horas, en el parque de Chapultépec hay jardineros regando las plantas y cortando el césped, escolares en variados uniformes conducidos por los maestros, estudiantes acompañados de sus profesores y, a medida que las agujas del reloj se aproximan a las diez, los turistas, que llegan cada vez en mayor número, se van acercando hacia la gran puerta de cristales que, por el momento, sólo está abierta ante los empleados del Museo. En el interior hay guardias que cuidan de que no entre ningún extraño y que acogen con un amistoso apretón de manos a las museólogas que van llegando. Así, voy trabando conocimiento con la estructura interna de esa institución que hoy día constituye en México el principal punto de atracción para el turismo; este Museo significa, en el plano científico y artístico, el mayor atractivo de la capital mexicana.

Mientras espero poder entrar estoy pensando lo afortunado que, desde el punto de vista de la arqueología precolombina, debió de ser aquel año de 1790. Poco tiempo antes, el virrey Bucareli había ordenado que todos los vestigios artísticos de los tiempos antiguos conservados en las distintas partes de la capital fueran llevados a la Universidad y que ésta buscara un sitio digno de ellos. A esos —según las palabras del virrey— «más importantes vestigios del pasado de México» fue agregada la estatua de Coatlicue hallada en el Zócalo; unos meses más tarde fue encontrada la más memorable de entre las piezas de la colección mexicana, la piedra del Sol. El transporte de estas piezas a la Universidad fue el punto de partida para que el actual Museo de Antropología cobrara una forma institucional. Ya estaban cerca los decenios del romanticismo durante los que se multiplicó el interés público hacia esa cultura «exótica», apenas conocida o no considerada como digna de atención hasta aquella época. Finalmente, el emperador Maximiliano, en 1865, mediante la cesión del edificio de la Moneda situado en las inmediaciones del Palacio Nacional, creó el museo en el que, por fin, fueron alojados los objetos artísticos precolombinos. Cien años más tarde, las colecciones fueron trasladadas desde la Moneda hasta el lugar que ocupan hoy día en el nuevo y maravilloso edificio del Parque de Chapultépec.

Se abre la puerta de cristales; son por lo menos trescientos visitantes los que se dirigen hacia la expendeduría de billetes. Los niños esperan con comedimiento y, poco a poco, va pasando la multitud de turistas. Mientras me llega el turno me pongo a leer la inscripción de una placa de mármol en la que han sido esculpidas las palabras pronunciadas por el presidente López Mateos con motivo de la fundación del Museo: «El Pueblo Mexicano levanta este monumento en honor de las admirables culturas que florecieron durante la era Precolombina en regiones que son, ahora, territorio de la República. Frente a los testimonios de aquellas culturas el México de hoy rinde homenaje al México indígena en cuyo ejemplo reconoce características de su originalidad nacional».

Al Museo le fue donado el parque de setenta mil metros cuadrados y éste, con todas las bellezas de su flora, rodea ese edificio proyectado con un singular sentido del estilo que, cuando fue establecida la composición, tomó también en cuenta las características naturales. El visitante entra en un enorme patio después de haber dejado tras de sí el gigantesco w vestíbulo hecho de mármol de Carrara. Dado que también el Museo respeta las costumbres del Día de los Difuntos, en la sala lateral situada a la derecha del vestíbulo ha sido instalado un altar de la Ofrenda cuyos ornamentos no ofrecen toda la riqueza de las viejas tradiciones y el folklore vivo con un animado efecto de color (rojo, amarillo, azul).

Cuando salgo al patio me siento subyugado, como todo el mundo, por su sin par monumentalidad. Constituye uno de los más sobresalientes resultados de la arquitectura moderna mexicana. Casi hasta la mitad de su longitud se halla cubierto por un gigantesco «paraguas» que hace posible, durante las épocas de lluvia, que los visitantes puedan proseguir sin mojarse, a través de las puertas que dan al patio, su peregrinación entre los recuerdos.

Esta estructura de hormigón, que descansa en una gigantesca armazón de acero recubierta de aluminio que sobresale hacia adelante, resulta, mirada desde las escaleras, algo liviano, ingenioso y estético. Ha sido construida de modo que el agua de lluvia (durante mi estancia allí no cayó ni una gota) sea conducida a un estanque de grandes dimensiones. La parte cubierta tiene una extensión de nada menos que cuatro mil cuatrocientos metros. La columna de sustentación se halla continuamente bañada por el agua que desciende desde arriba; el rumor que produce es agradable al oído y parece orquestar el efecto visual.

En la parte abierta del patio, un enorme estanque viene a dividir el espacio. En el agua, juncos, plantas flotantes, nenúfares. Su borde constituye

un agradable lugar de descanso; aquí hacen fotografías, dibujan o sencillamente reposan los que han terminado ya su visita.

Si comparo el museo mexicano con otras colecciones no puedo dejar de percibir que los proyectistas del primero hicieron gala de un agudo sentido psicológico tanto en lo que se refiere a las dimensiones como a los efectos de colorido. Las estructuras construidas a base de materiales modernos y en las que se reflejan, por decirlo así, todos los elementos de la antigua arquitectura mexicana (ornamentación de teocali, etc.) son un deleite para los ojos. Por otra parte, resulta extraordinariamente cómoda esa solución que permite que *toda* la colección sea accesible desde fuera, a través de las puertas que se abren al patio. En todas las puertas hay un letrero que indica a qué civilización pertenecen los objetos que se hallan en la sala correspondiente, lo cual también está señalado en la columna indicadora situada ante la puerta. Por lo demás, también resulta favorable el hecho de que el Museo de Antropología no sea demasiado grande. Basta una sola visita para poder abarcar el material que contiene. Sobre todo si uno acude ya en posesión de ciertos conocimientos y presta atención al inteligente texto informativo que se encuentra en todas las salas. Pero como estas «orientaciones» científicas están escritas sólo en castellano, el que desea recurrir a los servicios de un guía puede contar con la atención del Museo. Ya en la entrada hay letreros que ponen en conocimiento de los visitantes que todo el mundo puede solicitar, a título de «cortesía», los servicios de un guía entendido en la materia (seguramente elegido entre los museólogos). Éste explica, con pericia y gratuitamente, todo aquello que puede revestir interés para el visitante. De este modo puede evitar ese molesto caos babélico que suele originarse en los grandes museos cuando los guías de turistas, en competición para destacarse entre los demás, lanzan sus parrafadas, la mayoría de las veces de carácter anecdótico y que apenas tienen que ver con lo esencial de las colecciones. Aquí, jóvenes y amables museólogos, con gran pericia y no demasiados términos técnicos, tratan de levantar el velo que oculta los más hermosos vestigios del pasado precolombino.

Este Museo es algo así como un *iceberg*. El material visible resulta poca cosa en relación con el que se esconde en las profundidades. Las existencias de los fondos del Museo sobrepasa en muchas veces el material expuesto. A veces, pueden variar algunos de los objetos de la llamada exposición permanente; asimismo, son organizadas nuevas exposiciones a base del material de los fondos con objeto de presentar materiales menos representativos. Entre los principales objetivos fijados por el Museo se halla

también el de la divulgación. Esto queda puesto de manifiesto por la incesante afluencia de los escolares. Las cabecitas indias se inclinan hacia adelante y los ojos despiden destellos de complacencia cuando la maestra se refiere a la cultura de los antepasados precolombinos, a las glorias y resultados de aquellas civilizaciones a las que estos jóvenes se hallan unidos mediante lazos sanguíneos.

En comparación, el Museo de Antropología es bastante más pequeño que el British Museum o el Metropolitan de Nueva York. Pero, en mi opinión, presenta la inapreciable ventaja de que en él todas las piezas han sido expuestas a base de una prolija ponderación y todos los objetos representan fielmente la cultura de la comarca de donde proceden. De este modo, en las distintas salas y en las vitrinas han podido ser colocadas las más excelentes y características piezas. El efecto queda multiplicado por el ambiente local, por el hecho de que todo lo expuesto no procede de países o continentes lejanos sino que ha sido hallado en una relativa cercanía. Al contemplar el jardín a través de la enorme puerta de cristales, se puede percibir, en el más natural de los ambientes, vestigios como la gigantesca y monolítica cabeza olmeca de La Venta o el templo de Bonampak con el facsímil de los más hermosos frescos indios.

Recorro el patio para poder orientarme un poco y tener una idea acerca de dónde entrar en primer lugar y la disposición que ofrecen los diversos sectores. A la sección de prehistoria le eché ya una ojeada dos días antes. Con fines pedagógicos, el material ha sido ordenado de modo que la parte prehistórica suministre una base para que en la mente del visitante puedan irse fijando las edades arqueológicas subsiguientes. Esos objetos de la Edad de la Piedra tallada o no tallada son todavía lo suficientemente primitivos para que —por sí mismos— ofrezcan un placer estético, pero son muy numerosos. Y como tengo que economizar la energía destinada a recorrer el Museo, hoy no entro en esas salas. (Estimo que se requieren unas tres horas de intensa atención para recorrer las salas y tomar en consideración ese conocido, pero para mí tan extraño mundo de objetos de piedra, arcilla y oro).

En México, hojeando libros, visitando museos y hablando con personas no sólo peritas en arqueología sino también instruidas y del círculo literario, tuve que llegar a la conclusión de que aquí (y al decir esto me refiero ya a *todo* el continente americano), en uno de los platillos de la balanza ha sido colocada toda la cultura del Mundo Antiguo y, en el otro platillo, los vestigios artísticos precolombinos, coloniales y modernos del Nuevo Mundo. Para ellos, aunque ambas cosas no tengan el mismo peso, la civilización americana

por sí misma se ha desarrollado lo suficiente durante los diecisiete o dieciocho siglos pasados, como para aspirar al rango de rama científica importante. En lugar de la aventurada búsqueda de curiosidades de los primeros viajeros que recorrieron el mundo, hoy son ya los investigadores científicos los que atraen la atención pública. De la misma manera que nosotros nos referimos a las distintas épocas del estilo gótico y a los 250 años del barroco, los peritos en el mundo maya elaboran las variantes de los estilos Puuc y Chenes y realizan investigaciones para dar con elementos que revelen la influencia tolteca en el arte yucatano. En el mundo científico, esas cuestiones han dejado ya muy atrás la esfera y el nivel de las colecciones de curiosidades como era realizada a principios de siglo. Resúmenes, tomos con detalles, series de publicaciones y revistas divulgan el conocimiento de los objetos arqueológicos o artísticos.

Todo esto se me vino a la imaginación durante mi primera y solitaria visita al Museo. Estuve pensando que en nuestro país no conozco a ningún científico con rango académico que se hubiera ocupado a fondo, pongamos por ejemplo, del arte maya. Esto —considerado desde el ángulo visual de un centroamericano— viene a ser lo mismo que si en México no hubiera nadie experto, por ejemplo, en arqueología romana. Claro está que una civilización de la que en México no puede existir ningún vestigio material no despierta tanto interés como en nuestra patria. Pero en los libros de las escuelas secundarias puede seguirse la huella del desarrollo de las antiguas civilizaciones. Tampoco podemos argüir que nuestra cultura, en cuestión de museos, es muchísimo más antigua que la suya. La ciudad en ruinas de Palenque fue examinada por primera vez por el gobierno español en 1790. Aproximadamente en la misma época en que, en los albores de los tiempos de las reformas húngaras, la asamblea nacional deliberó sobre las posibilidades prácticas existentes para la fundación del Museo Nacional Húngaro (1808).

No obstante, los organizadores de la exposición tuvieron que suponer que es entonces cuando buena parte de los extranjeros que visitan el Museo de México establecen contacto por primera vez con el mundo precolombino y no tienen ninguna idea acerca del surgimiento, desarrollo, decadencia y desaparición de esos círculos culturales de América Central. Porque no todas esas civilizaciones quedaron destruidas en el torbellino de la Conquista española sino que algunas de ellas —como la de Tcotihuacán o el «antiguo imperio» maya de la llanura sur— desaparecieron, por causas todavía no esclarecidas, siglos antes de la irrupción de los aztecas en el valle de México. Los antepasados de Moctezuma consideraban que la pirámide de Tcotihuacán

y otros enormes grupos de edificios que todavía en aquellos tiempos debían hallarse intactos, eran obra de los gigantes, de los chichimecas, y todos estos vestigios quedaron sumergidos en un silencioso olvido del que fueron sacados, hace sólo unos años, por la arqueología moderna. O todo lo contrario: a ciertas comarcas de Yucatán no llegaron los primeros conquistadores. A pesar de las expediciones posteriores, siguieron subsistiendo (de acuerdo con la personalidad política de los mayas) estados mayas más o menos grandes, hasta los últimos tiempos del siglo XVII. A título de curiosidad se puede citar que la última sublevación maya estalló en 1905; en aquel entonces, el presidente Porfirio Díaz envió importantes fuerzas militares para ahogar en sangre a los separatistas mayas, a los yucatanes que luchaban de nuevo por su independencia. Así, pues, la gran crisis de 1519 a 1521 no es la única en la historia del mundo indio mesoamericano.

Pero ¿cómo hace su entrada en la sala teotihuacana el visitante no iniciado cuando ha tomado ya contacto con el mundo de los monumentos de las civilizaciones locales en formación? Es indudable que le prestan ayuda los buenos libros de viajes, los prospectos que pueden adquirirse en el vestíbulo, así como las monografías de cierta envergadura, el catálogo del Museo y las indicaciones existentes en todas sus salas. Además, puede confiar también en el instinto y en las capacidades del guía del Museo.

En el Museo de México es precisamente esa «peripatética» estructura en paseo de ronda lo que hace que la visita resulte extraordinariamente agradable. El visitante que ha recorrido ya las diferentes secciones tiene que salir al patio, al aire libre, y puede contemplar, cada vez desde un distinto ángulo, la belleza de esa arquitectura novedosa en la que, no obstante, se funden tan variadas tradiciones. Después, remozado, puede pasar a la siguiente serie de salas donde vuelven a subyugarle los vestigios de una nueva civilización.

Después de la cultura de la época de formación viene Tcotihuacán: la ciencia de la indianología ha dividido en capas esta etapa cultural que, desde el punto de vista geográfico, se sitúa cerca de la capital de México; los diferentes períodos han sido señalados con números romanos. Me referiré a ellos al hablar de la excursión a Teotihuacán. Empero, séame permitido evocar ahora las caprichosas asociaciones que hicieron surgir en mí los objetivos vistos y los *vividos*.

La época de Teotihuacán, que comenzó en el siglo IV antes de nuestra era y terminó a mediados del siglo VII, supone, en sí misma, un único y enorme estudio. La Ciudad de los Dioses, el centro del culto de El Quinto Sol era el

centro habitado de mayor extensión de toda América con sus treinta kilómetros cuadrados de superficie, sus innumerables teocalis y sus edificios para fines religiosos. El mismo Moctezuma contemplaba con admiración el mundo de los recuerdos de Teotihuacán en el que rendían homenaje a desconocidos dioses de «tiempos antiguos». Ni los toltecas, que edificaron relativamente cerca su propia ciudad sagrada, Tula, ni los chichimecas, menos civilizados que ellos, sabían nada acerca de los orígenes de la ciudad muerta que, por otra parte, despertó la curiosidad de los escritores e investigadores españoles de los primeros tiempos. También Sahagún y Motolinía se ocuparon ya de Teotihuacán. Pero Humboldt, que pasó un año en México, nunca visitó las «pirámides», expresión utilizada también hoy día en la capital mexicana en lugar del nombre, difícil de pronunciar, de Teotihuacán. Y sólo cien años después de Humboldt, en 1905, comenzó sus labores la expedición de Batres que fue la primera de cierta envergadura y dirigida centralmente.

La magnitud y la importancia de ese centro teotihuacano, que determinó la cultura de toda la América Central, sólo pude ir conociéndolas poco a poco, y todo lo que hasta entonces sabía era realmente poca cosa en comparación con el significado que los investigadores de la actualidad atribuyen a la irradiación de la época de Teotihuacán. Todo eso, claro está, no lo experimenté tanto en las salas del Museo como cuando visité esa metrópoli que se halla casi en la inmediata vecindad de México y, por primera vez en mi vida, subí a una pirámide centroamericana.

Al contemplar la siguiente serie de salas toltecas no pude menos que pensar en ese extraño pueblo que desapareció en su propia unidad cerrada sin que nadie le exterminara con alguna acción guerrera consciente. Primeramente, los toltecas se establecieron en Tula, a unos cien kilómetros de México, aproximadamente en la misma época en que los húngaros llegaron a su patria actual. Según la tradición, tuvieron diez reyes cuyos nombres, en gran parte, han permanecido en fragmentos de frases con contenido mitológico y, a veces, en contradicción entre sí. Se calcula que fue en el año 977 de nuestra era cuando comenzó el reinado de la Serpiente Emplumada, Quetzalcóatl, cuyo destino terrestre ofrece algunos motivos que coinciden con algunas etapas de la vida de Buda. Ce Ácatl Topziltzin (que significa Siete Juncos), que tomó el nombre de dios Quetzalcóatl, fue destronado y el poder pasó a manos de su hermano menor que introdujo en el imperio tolteca de Tula sacrificios humanos desconocidos hasta entonces. Quetzalcóatl inició su camino errante pero anunció su regreso (después de alejarse hacia el este) para cuando llegara el tiempo propicio. Esta frase resultó fatal para el

sacerdote-rey azteca Moctezuma, que había conocido, a base de los libros sagrados, las tradiciones toltecas, y que estaba convencido que era Quetzalcóatl —o sus descendientes— quien amarró, en 1519, a lo largo de las costas de Yucatán. Porque los tiempos eran propicios. Si, además de eso, se toma en consideración que los libros sagrados representaban a Quetzalcóatl como un hombre de piel clara —o digamos blanca— y barba (aunque, por lo general, los indios no tienen barba) se abren amplias posibilidades para las suposiciones más diversas, aunque no justificadas científicamente.

Quetzalcóatl, que se convirtió en dios en la mitología azteca-tolteya-maya, debió vivir aproximadamente en los tiempos en los que los vikingos groenlandeses comenzaron a establecerse en Labrador. Se supone que una nave vikinga fue arrastrada por las aguas hacia el Golfo de México, o que los remeros nórdicos, con gran tesón, llegaron hasta la costa, y su jefe debió ser aquel hombre de rostro pálido y barba y que debía conocer Ja manera de hacerse con el poder local. Esta infundada teoría no tiene —según creo— más visos de probabilidad que la coincidencia de las correrías de la Serpiente Emplumada con las aventuras de los vikingos. No obstante, es una teoría sobre Ja que se puede reflexionar ante la entrada de la sala tolteca.

En la sala tolteca recibe al visitante, como un enviado de los dioses, de extraña expresión, una estatua yacente, de piedra, que ha sido denominada con el nombre de *chacmool* por la historia del arte americana. Resulta conocida para muchos de los que han visto las esculturas de la época temprana de Henry Moore. Esta estatua de piedra con un raro adorno en la cabeza, expresión enigmática y las piernas dobladas presenta un tamaño algo menor que el natural. Aquí, en el Museo, resulta subyugadoramente interesante, pero lo es también al aire libre (por ejemplo, en Chichén Itzá, ante el Templo de los Guerreros, o en Tula, donde vi obras así). No tiene nada de raro que produjera tanto efecto en el gran escultor inglés quien, en el curso de sus viajes, buscaba algo nuevo y sorprendente. (Por lo demás, el arte precolombino ejerció gran influencia en Henry Moore). Me detengo ante la obra escultórica que representa a un guerrero tolteca. Es un bien pertrechado paladín, armado hasta con una Hecha (según dicen, en ese círculo de la civilización fue cuando los toltecas adoptaron la flecha y el arco); además, veo que lleva también un *átlatl*, arma que debieron utilizar con gran destreza en la lucha y en la caza. Como adorno pectoral o como escudo, una mariposa estilizada. Otro *chacmool*, esta vez de reducidas dimensiones, lo que pone de manifiesto que no había normas prescritas respecto a la representación de los enviados de los dioses. Es aquí donde contemplo por primera vez esa figura

denominada «atlante», mitad estatua y mitad columna; es en la planicie del templo de Tula donde pueden ser contemplados los más famosos vestigios de este arte figurativo. Aquí, en el Museo, se halla uno de los atlantes de Tula, pero es el *original*, mientras que en Tula, en medio del eterno y casi mitológico rugir de los vientos, se eleva un atlante falsificado, espléndidamente tallado, en una altura sobrehumana. (Para que el lector tenga una idea de lo difícil que resulta, incluso para los expertos en la materia, retener los nombres de las localidades indias, mencionaré que estos colosos de piedra fueron y son guardados en el santuario Tlahuizcalpantecutli de Tula. Por otra parte, también la población urbana de México siente a veces que se le traba la lengua al pronunciar ciertas palabras de los tiempos pasados, a pesar de ser muchas las expresiones que ha tomado de las lenguas indias. Hasta las gentes más sencillas saben que TIáloc es el dios de la lluvia y no utilizan esta última denominación. En cambio, el nombre del gran mercado —junto con el del distrito— sigue siendo Tlatelolco. Pero pronunciar el nombre de Teotihuacán es ya más difícil. En todas las señales de las calles figura la palabra pirámide; la policía de tráfico ha pintado pirámides indias de colores en todos los letreros de la autopista.

Hay una dorada niebla en las crónicas sobre Quetzalcóatl: en el lapso de apenas dos decenios (entre 980 y 999 de nuestra era), porque hasta entonces duró la época de la luz de Tula, la Serpiente Emplumada edificó una enorme ciudad con palacios y templos. Como si en su persona se hubiera condensado todo aquello que hizo que la cultura tolteca descollara entre las demás culturas indias. Según la leyenda, Quetzalcóatl hizo a la humanidad el presente del maíz; de acuerdo con las manifestaciones del excelente arqueólogo Ignacio Bernal, esta planta la tomó la Serpiente Emplumada «en el país de los muertos, de manos del viejo dios de los enfermos». De este modo se convirtió en el padre de la producción agrícola. Fue también él quien descubrió el calendario ritual. No sólo para poder medir el tiempo sino para que también pudiera ser utilizado para establecer horóscopos. Fue asimismo el primero que utilizó la escritura y los libros, la ciencia de la medicina, la astronomía y los ritos religiosos. «Sabemos exactamente que todas esas cosas surgieron, como conquistas fundamentales de la civilización mesoamericana, mucho antes del tiempo de Quetzalcóatl; no obstante, esto demuestra el enorme prestigio de que gozaba, y cómo hizo que ello arraigara en los pueblos posteriores que le consideraban el creador de todas las cosas y que su figura se confundiera con la de un dios». Quetzalcóatl abandonó Tula en el año 999 de nuestra era. Respecto ti su suerte posterior, las crónicas ofrecen

extraordinarias contradicciones. Según ciertas fuentes, el rey desterrado no sólo llegó a la costa del Golfo sino también a Yucatán, donde fundó la segunda gran ciudad tolteca, Chichén Itzá. Los hechos no se hallan completamente de acuerdo con esa leyenda; empero, tengo que referirme a ella precisamente por su extraordinaria importancia posterior. En el curso de su huida, Quetzalcóatl, del que dicen que era un hombre blanco y con barba, disparaba flechas contra los árboles y éstos se convertían en cruces. Predijo que al llegar el año denominado Ácatl 2, según el calendario, volvería a conquistar aquellas tierras de las que era el dueño legal. Cuando, quinientos años más tarde, en Veracruz desembarcó un hombre de piel blanca, con barba, que elevó en su mano una cruz —hecho que, por una extraña coincidencia, ocurrió realmente en el año Ácatl 2—, Moctezuma, y ello no puede sorprender a nadie, fue presa del miedo y se convenció a sí mismo de que era realmente Quetzalcóatl en persona el que venía a recuperar el trono de sus antepasados.

La historia ulterior de Tula queda sumida en las tinieblas de los tiempos. El último de sus reyes conocido por su nombre fue Huémac. También éste fue desterrado, después de un reinado relativamente largo; se refugió en la región de colinas de Chapultépec y se suicidó al cabo de algún tiempo. Con esto queda cerrada la esplendida historia de la ciudad real de Tula tan importante desde el punto de vista de la cultura tolteca. Los toltecas eran excelentes escultores que recubrían los frisos y las superficies murales con serpientes de plumas, jaguares, lobos y figuras humanas. Como arquitectos, concedían más importancia a los efectos decorativos que a la durabilidad de los materiales. Empleaban grandes piedras que colocaban sin ningún material de ligazón y elevaban paredes de livianos ladrillos de adobe; de este modo, tenían que dedicarse frecuentemente a la reconstrucción de sus edificios.

Casi en el mismo centro del mundo tolteca, en el valle de México irrumpió la oleada humana de los aztecas; debía ser una sociedad ruda de incultos guerreros. Los vínculos entre los aztecas y los toltecas se parecía a la relación entre romanos y griegos. La civilización —material y espiritual— de los toltecas no dejó de ejercer su influjo en las tribus lingüísticamente afines cuando los miembros de la tribu mexica se establecieron a lo largo del lago Texcoco y fundaron Tenochtitlan. Hay muchos indicios de que fue así cómo los constructores y los primeros artistas de la talla en piedra toltecas llegaron a la rudimentaria capital establecida como ciudad defendida por los ascendientes de Moctezuma. Los aztecas adoptaron todo lo posible de sus vecinos que iban extinguiéndose lentamente: calendario, escritura y liturgia,

al igual que el estilo arquitectónico y las artes. Todo ello lo transformaron a su imagen y semejanza. Al poco tiempo sabían contar y, entre sus ideogramas, incluyeron algunos signos que casi correspondían ya al concepto de «letra»; los sacrificios humanos que en Tula no eran sangrientos al principio y que siempre fueron «moderados», se hicieron más apasionados; el incesante abastecimiento de los altares de Tenochtitlan se convirtió en un primordial objetivo del Estado, y la búsqueda de las víctimas para los sacrificios constituyó el motivo de odio contra sus tiranos que embargaba a los pueblos dominados por los aztecas. Esto facilitó la labor de Cortés cuando avivó el descontento entre los indios para hacer, así, más fácil y posible la realización de sus planes de conquista.

El pasillo del Musco se ensancha formando una galería; allí, fuera de Ja sala, se hallan ubicadas algunas piezas de monumental tamaño. Desde allí se ve el gran estanque en el que se mecen exóticos juncos. La naturaleza viva y la naturaleza muerta parecen fundirse en un abrazo.

La primera pieza perteneciente a la civilización azteca —o, más exactamente, mexica en este caso— es (como una premonición del ambiente que se apodera aquí del visitante) una bandeja de sacrificios. Estaba destinada a contener el corazón, todavía palpitante, extraído del cuerpo de la víctima viva. Embargado por el horror de la *realidad* contemplo los cuchillos de obsidiana utilizados por los miembros de la casta sacerdotal designada para ejecutar esa operación perfectamente aprendida. Con esos cuchillos alineados uno junto a otro entre el material expuesto fueron extraídos hace quinientos o setecientos años (la obsidiana resiste, pero que muy bien los efectos del tiempo) corazones humanos que eran después arrojados a la bandeja cuyo fondo estaba cubierto de brasas… El viento llevaba el humo y el olor a quemado hasta el palacio de Axayácatl, donde se habían atrincherado los españoles que tuvieron que ser testigos de la muerte de sesenta y dos de sus compañeros durante los últimos días del sitio. Al pensar en esa horrible escena, el sombrío retrato de Cortés parece adquirir rasgos más apacibles. Según dicen las crónicas, fue ésta la única vez que el Conquistador no pudo dominar sus sentimientos. En un momento dado, estuvo dispuesto a arriesgar todo lo que hasta entonces había conseguido con tal de impedir un acto ritual que, a sus ojos, debía ser el más horrendo de los pecados, un crimen en honor de los demonios. Ante el *cuauhxicalli,* el recipiente en forma de jaguar, se detienen también los visitantes no iniciados. Sienten un estremecimiento.

El teocali de la «guerra santa», ese templo con torre, lleva también impreso el destino de aquellos dioses sanguinarios que exigían víctimas. La

expresión de «guerra santa» adquiere otro significado que el que suele dársele (por ejemplo, en el Islam). Esas guerras santas eran libradas de tiempo en tiempo por algunas tribus, con una especie de «santa aprobación». Su objetivo consistía exclusivamente en que cada parte consiguiera el mayor número de prisioneros enemigos. De este modo, para abastecer la bandeja de los sacrificios disponían de corazones de extraños y no tenían que hacer víctimas entre las personas de su propia tribu o comprar muchachitos en Tlatelolco, en el triste mercado de prisioneros. El fin de esas guerras rituales que se recrudecían periódicamente consistía en hacer prisioneros de la manera más continua posible. Estas guerras tenían lugar principalmente entre México y el río Tlaxcala. Los sedientos dioses no necesitaban de los caídos y de los enemigos muertos. Finalmente, este fin y esta táctica guerrera favorecieron a los españoles. En el curso de las primeras batallas, los indios querían hacer prisioneros a los hombres blancos, más valiosos que cualquier anáhuac (aunque consideraban que su carne era repugnante) y esto viene a explicar que los españoles pudieran hacer frente a una fuerza cien veces superior en número, en medio de una lluvia de Hechas y continuos ataques. Para los españoles, el arma india más temible debió ser la red magistralmente manejada; el enemigo, paralizado, era arrastrado, con unos cuantos rápidos movimientos, hasta las filas de los indios donde no tardaba en decidirse la suerte del prisionero. Pero los indios no contaban con el acero de los españoles que, en un instante, podía cortar las más recias cuerdas. Doy un paso adelante en la sala mexica. Contemplo el símbolo, tallado en piedra, de Tenochtitlan, un águila posada sobre un cactus, en trance de devorar a una serpiente que sale de las entrañas de la tierra.

La sala mexica se halla excelentemente distribuida, con escalones que separan los diferentes planos. En ella se hallan los alumnos de una escuela; la profesora, con un puntero, va indicándoles los relieves, los jeroglíficos, los rasgos característicos. Para los jóvenes, todo eso constituye material de estudio. Nosotros, los extranjeros, nos miramos unos a otros y nos hallamos, estremecidos, a las orillas de ese río de crueldades. Ese ámbito, vestido de piedra, del mundo azteca no es más que la copia de un símbolo de un destino irrevocable. No es un *diálogo* entre el hombre y el dios o la naturaleza. Todo está dispuesto de antemano, fatalmente, como una hierática fórmula de la terminación de la vida. Pensar que el mismo Cortés, así como el cronista Díaz, el cruel Pedro de Alvarado, el maestro de música Ortiz, el carpintero Yáñez, el artillero Mesa y, sobre todo, el padre Olmedo, el capellán del campamento, vieron todo esto en «estado de funcionamiento», en Tlatelolco,

en la plaza del gran teocali, y en todas las partes donde estuvieron… Y así resulta comprensible su incesante angustia entremezclada con salvajes arrebatos de su instinto de autodefensa. Para ellos, el cuchillo ichtzli y las bandejas para recoger los corazones no debían ser objetos de museo sino los adminículos de un ritual satánico. Los conquistadores eran pocos; su mundo afectivo interno sentía las tensiones del final del medievo (entre el descubrimiento de América y la empresa de Cortés habían transcurrido apenas cinco lustros). Intento contemplar con esos ojos estos espléndidos y, no obstante, pavorosos vestigios. ¿Cómo debieron aparecer ante sus ojos? No puedo dejar de recordar las líneas escritas (o dictadas) en aquel tiempo por Cortés y, un poco más tarde, por el testigo presencial Bernal Díaz. Sevilla, Granada y Toledo, cuyo recuerdo colmaba el mundo de su imaginación, Venecia, y quizás, Constantinopla, en las que habían estado algunos de los soldados del reducido ejército, eran ciudades más pequeñas, cerradas, de la Europa medieval. Allí no había montañas de piedra, templos en torre, ni imágenes de sanguinarios dioses erigidas en los mercados y que servían para sacrificar víctimas humanas.

Se necesitaría meses enteros para examinar por separado los objetos expuestos en las vitrinas o las piezas de mayor tamaño magistralmente distribuidas en las salas. En un estante aparecen los representantes, reconstruidos a base de fragmentos de estatuas, de las diferentes capas de la sociedad azteca. Un sacerdote, un artesano, un anciano, una mujer. El sistema feudal de los soldados y sacerdotes se pone claramente de relieve a base de esas excelentes maquetas. El guerrero que había hecho por lo menos cuatro prisioneros llevaba, con justo derecho, el título de *tecutli*; le eran concedidas tierras y, con eso, ingresaba en la «orden de la nobleza». La casta sacerdotal estaba rodeada de mayor misterio. Evidentemente, eran los sacerdotes los que escribían los libros e interpretaban los textos. El soberano (los españoles siempre llamaron emperador a Moctezuma), llevaba el título de *tlatohuani*. Los sacerdotes eran elegidos entre los miembros de la clase social más alta llamada *pilli*; disfrutaban de los mismos privilegios que los hidalgos españoles. Por lo demás, los españoles no abrigaban tendencias racistas o de aislamiento racial. Para ellos lo esencial consistía en si los indios se habían bautizado o no y el beneficio que suponían para los implantadores del colonialismo temprano. Ya Cortés se esforzó en convencer a la cancillería de Toledo de que enviara el mayor número posible de cartas de nobleza al Nuevo Mundo, para congraciarse con los caciques, gentes principales y antiguos caudillos guerreros que se habían rendido y eran considerados como fieles.

Bernal Díaz —pasados ya tres buenos decenios después de la Conquista y como persona madura que echa una mirada retrospectiva a su combativa juventud— escribe con cierta satisfacción que hoy día las personalidades indias van montadas en espléndidos caballos y con lujoso acompañamiento y los pajes llevan los escudos de los señores aztecas a los que se ha dejado el disfrute de los beneficios de sus posesiones.

Me detengo ante la estatua del «indio triste». También esta magnífica representación fue hallada durante las excavaciones realizadas en los alrededores del Zócalo. Con toda seguridad sirvió de ornamento al gran Teocali y su modelo debió ostentar el rango de abanderado. Se trata de un hombre sentado con los brazos enlazados a la altura de las rodillas. La expresión de su rostro me cautiva largo tiempo. De su cara emana reflexión y una profunda y fundamental tristeza.

La estatua de Coatlicue, el dios que simbolizaba el universo, fue encontrada en el lugar del «templo negro»; la estatua tiene dos metros y medio de altura. La serpiente y el cráneo humano son requisitos habituales del dios Tierra, el más poderoso de todos: es el dios de la pavorosa dualidad de la fe mexicana, el que da la vida, pero devora incesantemente a sus propios hijos.

Entre estatuas, escaleras interiores y sahumadores, el camino conduce hasta la Piedra del Sol, denominada también Calendario Azteca (este monolito, por lo demás, se refleja de mil maneras en el arte folklórico de la vida cotidiana, desde los sellos de correos hasta gemelos de plata). Es una gigantesca piedra de basalto, de tres metros y medio de diámetro que fue tallada durante la época de Moctezuma. Este disco de piedra que lleva en el centro la figura del sol rodeada de una corona de jeroglíficos, está rodeado de un grupo de turistas y de escolares. En él puede verse el símbolo del «cuarto movimiento», es decir, el símbolo del día en que llega el Quinto Sol, al que suceden las *grecas* que representan el movimiento de diferentes astros. (Los antiguos españoles denominaban grecas a los jeroglíficos, puesto que no podían descifrar ni éstos ni las letras griegas. De este modo, en el lenguaje popular e incluso en las descripciones científicas, utilizan más bien esta expresión cuando se trata de los jeroglíficos). La explicación y la interpretación de esta monumental piedra solar requeriría varios tomos. Ni siquiera se me ocurre intentarlo. El visitante del Museo no deja de percibir su efecto estético y la armonía de sus tallas. Descifrar su sentido iconográfico supondría algo así como conocer a fondo la extraordinariamente complicada astrología azteca saturada de conceptos mitológicos. Siento lástima hacia los

estudiantes de arqueología que en su examen final tienen que desarrollar un tema en relación con la Piedra del Sol.

En esta sala no hay nada placentero. En ella tuve que evitar el *Izompantli*, la pirámide de cráneos humanos que fue formada al cerrarse el ciclo de cincuenta años y en la fiesta del comienzo de la época subsiguiente. Resulta un poco más alegre la bonitamente labrada estatua de un mono que ofrece un descollante valor estético entre las de este tipo. Después, viene la estatua del dios Xochipilli, una de las más hermosas creaciones del arte azteca. Alrededor del dios sentado, llores, mariposas y guirnaldas. En las salas aztecas no encontré nada que conmoviera mi corazón, todo me pareció solamente asombroso, monumental e intimidante. No pude salir sin volver a lanzar una mirada a la bandeja de los sacrificios y a aquellos cuchillos de obsidiana que permiten adivinar que, en tiempos, fueron utilizados muchas veces.

(Es imposible continuar la visita prevista sin tomar un café. Hay que salir al parque y llegar hasta la cafetería agregada al jardín del Museo y en la que la comida y la bebida es servida por máquinas automáticas. Si no se dispone de la moneda prescrita —un calé cuesta dos pesos, aproximadamente seis florines húngaros— un sonriente camarero indio con chaqueta blanca abre el mecanismo, pone en marcha el grifo y el café comienza a caer en la taza. Evidentemente, está hecho con uno de los mejores cafés del mundo y, además, sale también muy caliente, pero cae tanto líquido que llena una enorme taza y, claro está, en él se disuelve el veneno y la concentración).

Vuelvo a la sala de la cultura de los zapotecas y de los mixtecas de Oaxaca. Es algo que me interesa particularmente; primero, porque allí ya no podré ir en realidad, a pesar de que en ese enorme territorio se encuentra la primera ciudad en ruinas descubierta, Palenque (que después de 1790 no tardó en llegar a ser conocida en Europa). Además, en Oaxaca prosiguen las excavaciones del famoso Monte Albán de cuya existencia yo no podía tener idea cuando comencé a apasionarme por el mundo precolombino. Desde entonces, su pauta constituye el alfa del sistema científico del arte mesoamericano; a base de fotografías ampliadas puede verse esa enorme colina, esa zona arqueológica en cada uno de cuyos sectores han ido apareciendo ante los arqueólogos, en el curso de los últimos decenios, los vestigios de diferentes grados de cultura, establecidos uno sobre otro. Los períodos de Monte Albán siguen enmarañándose entre sí, según el testimonio de los objetos hallados en las distintas capas y que indican el comienzo, el desarrollo, el florecimiento o la decadencia. En las vitrinas —de una manera muy demostrativa— se encuentran las creaciones de la escultura menor más

representativas de cada capa. Como veo, disponiendo de cierta práctica se podría seleccionar al poco tiempo las correspondientes a los diferentes grupos. Especialmente después de Monte Albán III, las estatuas se van haciendo cada vez más barrocas; presentan más y más efectos decorativos, en detrimento del «mensaje» artístico.

Por otra parte, he oído ya muchas cosas durante las comidas, acerca de Oaxaca, tanto sobre la provincia como respecto a la capital. La dueña de la casa es de Oaxaca y en los bellos rasgos del rostro de Alicia se reflejan las tradiciones del pueblo zatopeca poseedor de grandes talentos artísticos. Cuando se habla de Oaxaca no puedo dejar de percibir el patriotismo local mexicano que, evidentemente, posee raíces que llegan hasta tiempos remotos. También los pensamientos de Alicia vuelven una y otra vez hacia la antigua patria cuyas leyes internas y peculiares costumbres conoce muy bien.

La sala del Museo que presenta los tesoros de Oaxaca es mucho más placentera que la azteca que acabo de dejar. Pero los rasgos más alegres no siempre reflejan la alegría de la vida; en el rostro de las estatuas aparece frecuentemente una irónica sonrisa. Las figuras son extraordinariamente verídicas y los conocedores de este arte (me refiero especialmente al historiador de arte Pedro Ramírez Vázquez) hacen observar lo mucho que se parece el rostro de una estatua al de las mujeres zapotecas de la actualidad. Al intensificar mi atención, me doy cuenta de que hay muchos rostros con *rasgos chinos*. Una de las figuras, con las manos entrelazadas, sentada y como recogida en sí misma, hace el efecto de un mandarín.

La época de la cultura de Oaxaca parece comprender no una sino dos edades de oro. La primera se sitúa entre los siglos III y VIII de nuestra era, mientras que el hallazgo de una tumba muy posterior, de los siglos XIII al XV, pone de manifiesto la extraordinaria pompa que rodeaba a los personajes de este pueblo casi hasta los comienzos de la Conquista. En una especie de vitrina de enormes dimensiones que imita una tumba se hallan ubicados los hallazgos de la llamada tumba 7. Aquí, en la cripta originalmente zapoteen, fueron enterrados más tarde los grandes personajes mixtecas, junto con todos sus tesoros, y esos tesoros —que son testimonio de un magnífico arte joyero — se hallaban alrededor del muerto, en forma de cadenas, brazaletes, hebillas (una de ellas, maravillosa, ha sido muchas veces reproducida), campanillas, perlas y bastones a la manera de cetros, en cristal de roca, jade, oro, plata y cobre. En este grupo se destaca también la máscara de oro del dios Xipe Tótec.

Al salir de la sala, el visitante puede bajar al sótano donde ha sido instalada la tumba número 104 de Monte Albán, es decir, el imperio de ultratumba que hace presentir la cripta.

Al volver a la superficie, el jardín del Museo, abundantemente regado, se baña en una luz solar semejante a la de nuestro principio de verano, y yo siento deseos de disfrutar durante un momento de esa luz. Me encuentro frente a frente con esa gigantesca y misteriosa pieza perteneciente a la cultura olmeca de antaño, que se extendía por la orilla del Golfo de México. La cabeza de piedra hallada en La Venta es, al mismo tiempo, una de las más monumentales y sorprendentes creaciones de la escultura mesoamericana. Esta estatua de dos metros y cuarto de altura fue tallada entre los siglos XII y VI *antes* de nuestra era (los arqueólogos son muy prudentes cuando se trata de determinar la época a la que pertenecen vestigios respecto a los cuales no puede ser aplicado el procedimiento carbono 14 ni los métodos seguidos para determinar la edad de objetos de arcilla cocida). Aquí el hombre está convertido realmente en montaña; la enorme cabeza con rasgos negroides está ornamentada con los símbolos del jaguar, el enemigo cotidiano y el dios. Fue hallada en la comarca situada al sur de Veracruz, e incluso hoy día se encuentran en la selva cabezas así, cuyo arte se halla en relación con la misteriosa esencia de una cultura desaparecida. La comparación de la llamada civilización olmeca con la cultura de Teotihuacán constituye un problema del que se ocupan intensamente, durante los últimos tiempos, los expertos en ciencias precolombinas. Según los resultados de las excavaciones realizadas hasta ahora, los olmecas, si bien no inventaron la escritura, fueron los primeros que elaboraron «papel» transparente, a base de hojas de agave; transmitieron también muchos procedimientos y conquistas técnicas a sus vecinos lejanos, entre ellos también a los mayas.

Me despido de los zatopecas, pero no paso a la sala siguiente, a la de los mayas. Ya que estoy fuera, en este maravilloso jardín soleado, vuelvo a visitar —aun infringiendo el orden cronológico— los frescos de Bonampak, los vestiglos de la pintura india más perfectamente conservados. Hace ya ocho años que tuve ocasión de contemplar en Roma una serie de reproducciones, en tamaño natural, cuando visité la gran exposición del Estado de México.

Hasta entonces, los frescos de Bonampak se hallaban en un territorio casi inaccesible, lejos de Palenque, pero también desde allí debía ser muy difícil llegar hasta esa comarca invadida por los mosquitos. Actualmente, entre Palenque y Bonampak hay una línea aérea cuyo viaje dura tres cuartos de hora y hace factible que los turistas puedan visitar en un mismo día las dos

famosas localidades. Esos cuadros murales sirven sólo para hacer más palpable el valor de las pinturas originales, sobre todo de sus efectos de color. De todas maneras, en el fondo azul se destacan maravillosos rojos, verdes y blancos, con espléndida dinámica y una perfecta representación de los atavíos de la época. Bonampak fue descubierto por casualidad por dos turistas fotógrafos que recorrían los alrededores, Frcy y Healey. En la lengua maya, la palabra Bonampak significa «muros pintados» y dicho nombre fue dado a esos vestigios por uno de los más célebres investigadores de la civilización maya, el profesor Sylvanus G. Morley. El descubrimiento tuvo lugar en 1946; el Instituto de Antropología de México y la Institución Carnegie se hicieron cargo de la conservación y del destino ulterior del monumento. En principio, se hubiera deseado trasladarlo a México, pero se temió que la serie de frescos, en aquel tiempo difícilmente accesible, sufriera daños. Así, se decidió la reproducción de los mismos; en la actualidad son ya muchas las publicaciones que se ocupan de esas obras maestras del arte pictórico precolombino. Con el fin de incluir estos frescos en la cronología de la historia, se supone que debieron ser creados alrededor del siglo VIII de nuestra era. Los que se hallan en la primera sala, más bien celda, representan escenas religiosas llenas de dinamismo, con la participación de sacerdotes con espléndidos mantos, con parasoles mantenidos por esclavos y coronas de plumas de quetzal. La segunda sala es la más interesante: representa la guerra (tal vez proseguida contra una tribu vecina), perpetuando la victoria y el sacrificio de los prisioneros. La tercera presenta la fiesta de la victoria y a los prisioneros (entre ellos algunas mujeres) esperando ser inmolados.

* * *

Siento que de mí va apoderándose esa sensación de pesadez que me envuelve como un velo e impide la percepción, como si la memoria fuera ya incapaz de registrar más impresiones; lo contemplado no hace surgir ya toda una serie de rápidas asociaciones. También el libro de notas se cierra. Y eso que llego ahora a la más emocionante y más bella etapa. Estoy en el mundo maya. Sé que me queda aún la tan temerosamente esperada recompensa de mi viaje, la visita a los monumentos de Yucatán. De este modo, podré ver allí, en su viva realidad, todo lo que ha sido acumulado, como en un escaparate, en la sala maya, acerca de esa extraña civilización.

Voy siguiendo los cambios de ambiente de los monumentos: ya en Monte Albán tomó tintes más apacibles la sanguinaria procesión de los dioses aztecas. Los dioses de la tierra maya son menos rigurosos con la especie humana y, si de vez en cuando, las conveniencias exigen mostrar algunos sacrificios humanos en su honor, la extirpación del corazón no resulta tan pavorosamente sistemática como en Tenochtitlan o en otros centros religiosos del imperio azteca. Aquí, entre los mayas, a los dioses aztecas les fueron dados otros nombres (probablemente, desde tiempos mucho más remotos). Tláloc lleva el nombre de Chac y es venerado como un patrono de primer rango, puesto que entre los mayas la lluvia significaba la vida o el catastrófico ajamiento de la vida en caso de no haber lluvia o resultar escasas las precipitaciones anuales. El enorme territorio de esa península no se halla refrescado por ningún río; la población sólo puede obtener agua, aquí y allá, de los *cenotes*, lagunas que, en su mayoría, son de muy reducida extensión. De este modo, desde tiempos inmemoriales, Chac es el más importante de los dioses de los mayas. Por su parte, la Serpiente Emplumada sólo hizo su aparición con el siglo X, en alas de la leyenda tolteca. Pero Quetzalcóatl ha sido perpetuado por la mitología maya con el nombre de Kukulcán.

Me hallo ante la vitrina en la que han sido expuestas las más hermosas piezas del arte de la orfebrería y platería mayas. Pendientes, bandas, brazaletes que parecen de oro puro, jades, piedras semipreciosas engarzadas en joyas. Se me viene a la mente Alberto Durero. Él debió ser el primer artista europeo que en Bruselas contempló con ojos de investigador, sin calcular las onzas que supondría el metal fundido, las riquezas precolombinas enviadas al emperador. Como casi todos los grandes artistas de su época, también él era entendido en metales preciosos. Si en su diario escribió acerca de la maravillosa genialidad de aquel pueblo lejano que vivía en estado primitivo, lo hizo, evidentemente, con plena convicción, tal vez incluso en secreto, puesto que en el marco de la política española seguida en el primer decenio después de la Conquista no resultaba muy de acuerdo a las conveniencias sumirse en reflexiones acerca del alto grado de cultura de los salvajes recién conquistados. En su libro de notas, Durero escribió lo siguiente: «Me ha sido dado contemplar ciertas cosas hace poco traídas para el Rey desde el Mundo de Oro. Un enorme sol de oro de un pie de anchura, una luna de plata tan ancha como él. Dos salas llenas de bienes de los hombres de aquella tierra, armas maravillosas, escudos, útiles de disparar… y lo mismo de espléndida es la pompa de su vestuario, sus mantas y todos los objetos de uso cotidiano y de indecible hermosura que, de repente, no podría enumerar… No creo que en

mi perecedera vida haya visto nunca algo parecido a eso, que tanta alegría proporcionara a mi alma y a mi corazón. En los creadores de esos objetos elaborados con un maravilloso arte presiento el sutil ingenio de los hombres de lejanos mundos. Nunca podría expresar con palabras todo lo que sentí en lo más profundo de mi ser al contemplar esas obras maestras…» Del concepto ortodoxo fueron víctimas los más hermosos tesoros de Anáhuac, entre ellos los sin par e insustituibles códices indios. Lo que permaneció de ellos fue escondido o quedó en los templos ya anteriormente abandonados en los que no tardó en penetrar la selva.

Ese viaje fue muy largo, de tres horas y media, entre una gran concentración de material, por los extraños escalones de un mundo perecido hace ya mucho tiempo. No recorro en su totalidad las salas dedicadas al Norte y el Oeste de México; no a causa de que el material que contienen me parezca menos interesante sino porque debían ser culturas periféricas en comparación con la unidad de Mesoamérica y más bien tomaron que dieron en lo que respecta a los demás círculos culturales.

En lo referente al material arqueológico, el Museo ocupa la planta baja. Así, resulta muy agradable, con el patio, el estanque y la decorativa vegetación. El piso, de poca altura, al que conduce una escalera interior, ha sido dedicado, de una manera muy ingeniosa, a presentar la variante etnográfica de la cultura cuyos tesoros son expuestos abajo, en las salas del Museo. De las antiguas razas indias persisten y representan un crecido número de habitantes las de los aztecas, totonacas, mayas y zapotecas, las cuales conservan sus rasgos étnicos y lingüísticos, así como su arte folklórico. En el piso han sido expuestos muñecos de tamaño natural que presentan el legado folklórico de la comarca en cuestión junto con un resumen explicativo.

Abajo, por ejemplo, en la sala azteca, tuve ocasión de ver excelentes creaciones del arte del diorama (que constituye, de ordinario, la parte más esquemática en las exposiciones de los museos). Se halla representado el gran mercado de la capital de los «mexicas», ele Tenochtitlan, y se ha dedicado especial atención a poner de manifiesto los diferentes estratos sociales, las distintas actividades industriales y el ritmo del abastecimiento. Parece como si ante mí tomara vida la memorable imagen que figura en la Segunda Carta de Cortés cuando describe, después de su entrada en Tenochtitlan, la visita que realizó al mercado, y ello con rasgos tan pintorescos que hasta despertaron el interés del joven Carlos V. Antaño, traduje esta parte de la citada carta y, de este modo, con el paso de varios decenios, sus palabras se han quedado grabadas en mí induciéndome a pensar que con el bien compuesto diorama de

grandes dimensiones se ha intentado dar forma a la descripción del mercado debida al Conquistador.

«Nos encontramos en Tláloc», me había dicho mi anfitrión, y sus palabras resultaron tan naturales como si me hubiese indicado cualquier otro punto de la ciudad. Para mí, en todas las ocasiones (que se repitieron con bastante frecuencia), el encuentro ante esa estatua estuvo revestido siempre de un sentido simbólico. Intentaba ponderar su forma, presentir algún rasgo de la técnica de la estatua. Mientras esperaba, sentado en un banco del parque de Chapultépec, me seguía pareciendo imposible ese maravilloso encuentro.

VISITA A TEOTIHUACÁN

Mi amable anfitriona, Alicia, es miembro de la dirección de un club femenino internacional llamado «Mesa Redonda». También a su actividad hay que agradecer el que en todas las ciudades de importancia de México exista un centro local así. Las damas que pertenecen a dicha organización son siempre huéspedes acogidos con cariño en otras ciudades y en otros países. Los miembros de la dirección de «Mesa Redonda» no sólo se afanan en organizar reuniones de sociedad sino que también se han lijado objetivos humanitarios. En México, actualmente, está siendo organizada, con la ayuda de «Mesa Redonda», la primera ciudad infantil para la que hubo que conseguir tanto los proyectos como el apoyo necesario. Esta ciudad infantil es edificada en primer lugar siguiendo el ejemplo austríaco, pero también son estudiadas otras ciudades de esta especie, entre ellas la instalada en Fót, en Hungría. Los miembros de «Mesa Redonda», si vienen de lejos, pueden contar también —si es que les interesa— con un guía en materia de arqueología. Cuando han visitado ya los puntos de interés de la capital, el programa siguiente consiste en un viaje a Teotihuacán que se halla a relativamente poca distancia de México. Suelen llevar a los visitantes a través de una carretela de mucho tráfico, bordeada de establecimientos fabriles, y allí recorren la Ciudad de los Dioses.

Aquí, tengo que dar las gracias a Alicia —ni yo mismo sé las veces que este año he pensado en ella lleno de agradecimiento— por haberse comprometido, el mismo día de mi llegada, a ocuparse esta vez de un visitante húngaro en vez de una compañera de club y mostrarme el panorama de Teotihuacán cuya grandeza, según creo, no deja de impresionar a nadie que la contemple.

Las pirámides del Sol y de la Luna de Teotihuacán figuraron como teatro de batallas en la campaña de Cortés y, de este modo, cuando escribí *El dios de la lluvia*, las ilustraciones de la época (buena parte de las mismas databan de principios de la década de 1930) mostraban hasta cierto punto los más descollantes vestigios de esa enorme zona arqueológica. Pero no recuerdo

haber dado entonces con la indicación de «civilización teotihuacana», con la conclusión de que sus fundadores, calificados de gigantes y que se habían extinguido ya mucho antes de la época de los aztecas, hubieran alcanzado un tan alto grado de cultura ya antes de nuestra era y, después, durante varios siglos. La labor realizada en el curso tía los últimos decenios ha madurado su evaluación y la ha integrado en el marco de las civilizaciones mesoamericanas. Lo que *ahora* he podido ver sobrepasa en mucho el círculo de conocimientos de hace treinta o cuarenta años. Sin hablar ya de que, mientras tanto, y desde el punto de vista del visitante, la ciudad muerta ha llegado a ser un agradable centro de turismo.

La carretera que nos lleva fuera del corazón de la capital atraviesa comarcas industriales y pasa al lado de talleres y colonias de viviendas de obreros, a lo largo de muchos kilómetros. El nombre de las localidades que vamos dejando atrás son, en parte, conocidos a base de la historia de la Conquista. (Aquí, no tengo otro punto de partida para las asociaciones que la esfera de recuerdos de mi propio libro). De aquí partieron, por aquí anduvieron y de ahí huyeron los españoles de antaño. Y esto parece quedar reafirmado por las estatuas erigidas a los dos lados del camino: el lenguaje popular les denomina los Indios Verdes; en realidad fueron hechas con motivo de la exposición mundial de París de 1889 y representan a dos soberanos aztecas no determinados históricamente que reinaron en el siglo XV. Visitamos un convento que se halla en nuestro camino, el de San Agustín de Acolmán. Evidentemente no es más famoso que los templos coloniales de la primera época. Empero, es en él donde veo por primera vez un monumento —una hermosa cruz de estilo figurativo situada en el atrio— que ofrece motivos precolombinos: al pie de la cruz, una calavera y, según el gusto indio, manos estilizadas y ornamentos. Me viene a la memoria el libro de mi amigo Pál Kelemen, un meticuloso investigador de lo precolombino, del camino y de la fusión de los efectos españoles y de los que más tarde llegaron del lejano oriente, de las Islas Filipinas.

La ciudad muerta, llamada oficialmente «centro ceremonial de Teotihuacán», se halla a una distancia de cuarenta y ocho kilómetros de la capital. Si desde la torre de una iglesia o desde lo alto de una colina intentamos obtener una perspectiva más amplia de este centro sacerdotal de enormes proporciones, tenemos que evocar en nuestra imaginación la ciudad que floreció hace más de mil años (la primera, a este respecto, en América Central) y que encerraba en su núcleo el extenso y hierático centro. Después de Cholula, las pirámides de Teotihuacán son las mayores del continente

americano. Pero no existe ninguna huella de fortalezas o de murallas. Aquí, los reyes-sacerdotes gobernaban en medio de una paz paradisíaca mientras que a su alrededor, y también en la comarca del gran lago de Texcoco, reinaba un estado primitivo. Y, en comparación con los demás centros de los ritos religiosos, tenemos que utilizar la expresión paradisíaca, puesto que las excavaciones arqueológicas realizadas en Teotihuacán no han puesto al descubierto nada que pudiera indicar la existencia de un culto que inmolara víctimas humanas. Las fachadas de los edificios se hallan en dirección hacia la Pirámide del Sol y los astrónomos han comprobado que los constructores tomaron siempre en cuenta los movimientos del Sol, de la Luna y de Venus. Por otra parte, del panorama emana una severidad un poco como de valle lunar. Hay que pensar que las pirámides y otros edificios dedicados al culto estaban originalmente recubiertas de estucado y que cada una de las estructuras estaba ornamentada con estatuas y relieves. Como dice uno de sus investigadores, la ciudad alcanzó la cumbre de su florecimiento cuando en Roma imperaban los Antonio. La destrucción de Teotihuacán tuvo lugar en el siglo VII u VIII.

En 1519, Hernán Cortés pasó ante esos enormes edificios que ya en aquel tiempo se hallaban cubiertos por el polvo de siete siglos e invadidos por la vegetación. Ni sospechar podía que en todas las direcciones, a ambos lados del camino que conducía a Teotihuacán se extendía el mundo magnífico de los recuerdos de una cultura de antaño. Fue especialmente con motivo de la trágica retirada de después de la «Noche Triste» cuando los conquistadores exploraron esta comarca. Evidentemente, debían andar a la búsqueda de un lugar donde ponerse a cubierto durante la noche —temiendo ser aniquilados — entre las montañas y colinas de la ciudad en ruinas.

En lengua náhuatl, Teotihuacán significa «la ciudad de los dioses». Las leyendas acerca de su formación, sus fabulosas cronologías (he leído incluso que remontaban la vida de la ciudad hasta los tiempos prehistóricos) han quedado desmentidas mediante el experimento realizado con el procedimiento Carbono 14, que ha demostrado que el proceso de formación de la ciudad debió comenzar aproximadamente hace dos mil años.

Si comparo Teotihuacán con las necrópolis mayas, con Uxmal o Chichén Itzá, el mundo pétreo del valle de México, de historia desconocida, me hace el efecto de una dura y rígida ciudad en ruinas del desierto. Los que quieren visitar el museo local tienen que pasar ante la estatua de la diosa de las aguas. En lo que se refiere a su material de información lo más interesante del museo lo constituye la maqueta que representa el centro ritual de la ciudad, una

reproducción que abarca todo lo que puede ser contemplado, en su ambiente original, desde las ventanas del museo. Contemplo un fresco pintado con una excelente habilidad técnica y que representa el paraíso del dios de la lluvia. Aquí, Tláloc aparece con todos sus símbolos. ¿Cómo podría saber algo acerca de esos símbolos cuando para la historia de la Conquista elegí el título de *El dios de la lluvia*? La tienda, que como un lugar de peregrinación del turismo se halla en las inmediaciones del museo, está dividida en innumerables puestos. En ellos se encuentran alhajas de plata imitando las obras de orfebrería halladas en los lugares, tejidos hechos a mano, objetos de ónice y cosas por el estilo destinadas a los turistas norteamericanos. En todas partes, incluso al pie de las pirámides, una abundante vegetación de jardín que produce un mágico efecto refrescante. Con subir hasta la primera plataforma de la Pirámide del Sol no hice más que abarcar una pequeña parte de las demás construcciones que se extienden por la línea del horizonte. Teotihuacán no es, en ningún modo, un inesperado fruto de investigaciones arqueológicas. Siempre se supo, incluso en los tiempos coloniales, que las colinas cubiertas de hierba ocultaban antiguos edificios. Hace ya más de cien años que, en 1864, la primera expedición diera su primer golpe de pico; después, a finales del siglo, se procedió de una manera más o menos científica, a las excavaciones de la capital. La Pirámide del Sol fue objeto de investigaciones más minuciosas durante cincuenta años. Después vino la época de las excavaciones llevadas a cabo por el Museo de Antropología que dieron también como resultado, entre otros, el descubrimiento del santuario de Quetzalpapalotl (Quetzalcóatl-Mariposa).

El camino, de cuatro kilómetros y medio de longitud y cuarenta y cinco metros de anchura, que une los lugares donde se celebraban los ritos lleva el nombre de Camino de los Muertos. Parte de la Pirámide de la Luna y el visitante tiene que recorrer dos kilómetros hasta llegar a la Ciudadela. Ésta consiste en un complicado sistema de edificios, con pequeñas pirámides, que es conocido desde hace medio siglo; desde aquí puede llegarse hasta el templo de Quetzalcóatl. El nombre de Ciudadela le fue dado por los antiguos españoles que, en alas de su propia fantasía, creían ver una especie de fortaleza en este edificio de índole sacra. Por otra parte, las labores de excavación supusieron grandes dificultades para los arqueólogos, puesto que cada una de las construcciones estaba edificada sobre otra no demolida y, de este modo, para descubrir el ricamente ornado templo de Quetzalcóatl tenían que derribar los edificios posteriores o abrir un pasaje entre dos edificios. Se

procedió de esta última manera y así quedaron al descubierto esas maravillosas obras.

Los elementos decorativos o esculturas se suceden a la altura de cuatro pisos; los más acentuados son los motivos de serpientes, destacándose las cabezas de las serpientes de plumas; otros motivos, como los de conchas, flores y caracoles, son símbolos de la abundancia de agua. Así, en su ambiente natural, puedo seguir las huellas del arte sacro formado a base de complicado simbolismo y que corresponde al concepto de la vida de los antiguos habitantes de la ciudad-santuario. Los motivos ornamentales están recubiertos por un fino estucado y en algunas partes hasta resultan visibles las manchas de la antigua pintura. La temible boca y los dientes eran de color rojo, los ojos estaban representados por piedras de obsidiana incrustadas, y en algunas partes permanece aún el color verde de las plumas de quetzal. En sus tiempos, en el brillante período de Teotihuacán III, está forma de representación artístico-ritual debía ser, a la vez, terrible y maravillosa.

¿Cómo podría describirse detalladamente los demás edificios, cuando por todas partes aparecen hileras de ellos, de mayor o menor tamaño, en diversas variaciones trapezoidales? En su mayor parte fueron descubiertos como resultado de la labor arqueológica realizada durante las oleadas de la guerra civil de 1917 a 1922. Hay un gran grupo estructural que lleva el nombre de «Edificios superpuestos». Ni siquiera los arqueólogos pueden orientarse siempre entre esos edificios correspondientes a diversas épocas ni entre las correlaciones que presentan las pirámides. Resulta sorprendente otro grupo del Camino de los Muertos, el llamado *Grupo Vikingo*. (Su único vínculo con los navegantes nórdicos consiste en que fue la Fundación Viking —hoy Wenner-Gren Foundation—, bajo la dirección de nuestro compatriota fallecido hace algunos años, Pál Fejes, la que prestó apoyo material, hace un cuarto de siglo, para hacerlo salir a la luz del día.

En Teotihuacán todo es gigantesco: las proporciones, las dimensiones de las pirámides, las anchuras y las larguras. Hace un calor seco, más bien sofocante, y eso que está muy lejos de ser aquella canícula que tuvieron que soportar los habitantes del Teotihuacán de antaño o la que tienen que sufrir los turistas de hoy que acuden a esos lugares en verano. Todo está recubierto por una fina arena y eso me hace pensar en un paseo entre las pirámides de Egipto. Aunque los que han contemplado los grandes edificios Anáhuac no encuentran ninguna analogía entre esos dos mundos.

En la Pirámide del Sol han sido realizadas perforaciones con fines de investigación para averiguar si en su interior existen celdas, corredores o

tesoros ocultos. Pero sólo han sido descubiertos los vestigios de la primera construcción, en la que se han hallado enormes troncos de árbol como material de construcción; la mayor parte de los materiales de construcción está constituida por ladrillos de adobe secados al sol. La capa superior estaba cubierta con piedras y tierra. Todo esto era recubierto a su vez con «cemento», que luego era pintado de color rojo. ¿De qué tamaño son esas pirámides? Según mediciones recientemente realizadas, tienen setenta y tres metros de alto y, en su totalidad, un volumen de un millón de metros cúbicos.

La escalera, por la que subo con relativa facilidad, fue construida en el siglo I o II de nuestra era. Se trata de una escalera estrecha y muy empinada que no ofrece mucha seguridad, puesto que carece de barandilla donde agarrarse, pero ¿cómo renunciar a subir a esa famosa pirámide? Los libros de viajes recomiendan llevar calzado fuerte, adecuado para el alpinismo. En el último momento puse en la maleta un par de zapatos livianos con suela de goma. Resultaron ideales para practicar el alpinismo en los teocalis. Son ligeros como una pluma y se adhieren a los dos veces milenarios escalones hechos sólo para plantas indias, evitando así los resbalones.

La Pirámide de la Luna es de menos altura que la de su cónyuge mitológico, el Templo del Sol. Entre los grupos de estructuras que se extienden en estos lugares, es este el que se halla en mejor estado y, tal vez, el que ha sido objeto de la más hermosa reconstrucción. Se puede subir a él por la escalera construida en la época de Teotihuacán III. Alicia, con el temor pintado en los ojos, contempla mi ascensión hasta la plataforma. Y no le faltaban motivos para mirarme de esa manera, pues si la subida no resultó nada difícil ni peligrosa, la bajada, sin barandilla donde agarrarse (y luchando contra el vértigo) no fue tan sencilla. Me vi obligado a sentarme más de una vez y de este modo (aunque me daba cierta vergüenza) fui bajando poco a poco y con mucha precaución. En aquel momento comprendí lo que había dicho no hace mucho un arquitecto americano, y que yo había leído ya en alguna parte, de que los indios no sienten vértigo. En todas partes del continente americano emplearon a obreros de la construcción indios en los trabajos de montaje de los rascacielos. Casi sin dispositivos de seguridad, a una altura de vértigo, los trabajadores indios de rostros impasibles y triste mirada, realizaban tranquilamente sus tareas, naturalmente con un salario doble o triple del normal.

El más hermoso (si es que aquí esta expresión significa algo) es ese encantador edificio que ya he mencionado (el santuario de Quetzalcóatl-Mariposa), que fue descubierto en 1962 y que desde entonces es reconstruido

utilizando los materiales encontrados en el lugar. La escalera que conduce hasta él está ornada con una gigantesca cabeza de serpiente. El pequeño patio está rodeado de una galería, los signos de las «grecas» indican los años. Los ornamentos esculturales, en su mayor parte relieves, de los pilares cuadrangulares, han permanecido en perfecto estado y constituyen preciosas representaciones de aves, en primer lugar de quetzales, que en ciertos lugares conservan aún las piedras de obsidiana incrustadas a manera de ojos. En algunas partes se ve también la huella de la pintura original. Este patio de dimensiones más reducidas que los otros y las habitaciones que rodean la galería interior hacen suponer que el edificio fue la vivienda del sumo sacerdote. En el curso de las excavaciones fue hallada una estatua de mármol que representa un jaguar, así como un pozo; en este último encontraron elementos pertenecientes a un templo más antiguo, al templo de la Tortuga de Plumas que fue incorporado en tiempos a la estructura del Mariposa.

En la época del turismo, en el antiguo distrito sagrado de Teotihuacán se organizan «espectáculos de luz y sonido». Bajo el ciclo estrellado, deben ser maravillosos. Pude disfrutar una vez de espectáculos semejantes, al pie de las pirámides, bajo el ciclo de Egipto. En esas circunstancias, lo primero que hay que evocar es el adecuado ambiente en el que el narrador, en forma poética, resume la historia local. El texto de Egipto fue muy hermoso, casi exento de patetismo. En México, a un escritor entendido en la materia, se le encomendó la tarea, mucho más difícil que la egipcia, de esclarecer la poco conocida civilización precolombina. Y ello de modo que los turistas que llegan aquí procedentes de todas partes pero principalmente de América del Norte, conozcan, por lo menos, los fundamentos de esa cultura cuyo silencioso santuario es ese Teotihuacán enmudecido desde hace doce siglos.

CONMEMORACIóN DE OTUMBA

De regreso, una tabla situada en un cruce de carreteras indica que nos acercamos a Otumba. Un nombre que no dice nada a nuestros contemporáneos, en las cercanías de San Martín de las Pirámides. Hace cuatrocientos cincuenta años llegaron hasta aquí los restos de las derrotadas tropas de Cortés que habían huido de la capital después de la «Noche Triste». La mitad de ellos habían perecido y los supervivientes se hallaban en un estado desesperado, sin artillería ni armas de fuego, y habiendo perdido también una buena parte de sus caballos. Emplearon casi una semana en recorrer la relativamente pequeña distancia entre el Zócalo de México y Otumba, retirándose de los incesantes ataques de los aztecas. En su libro titulado *La Conquista de México*, escrito en 1843, William Prescott menciona Teotihuacán como «la residencia de los dioses», la «antaño floreciente ciudad, digna rival de la Tula de los toltecas». Describe las pirámides del Sol y de la Luna y añade que «… desgraciadamente, el tiempo se ha mostrado inclemente con esos monumentos; la vegetación, haciendo penetrar sus raíces, casi ha hecho saltar los materiales de construcción y, así, la naturaleza ha cubierto con su manto de flores esas ruinas; seguramente que hoy día sería muy difícil reconocer la forma de pirámide de esas estructuras…»

Fue en Otumba donde tuvo lugar la mayor y la última de las batallas de la contienda entre los españoles y los aztecas. Cortés y su derrotado ejercito se retiraron por el Camino de los Muertos, pensando, seguramente, en la suerte que les reservaban las próximas horas. Cuando llegaron a Otumba, las avanzadillas anunciaron que se acercaban muchas tropas indias enemigas que cerraban el camino de la huida. Los mexicanos se hallaban en estado de completa movilización. El sucesor de Moctezuma, Cuitláhuac, de corto reinado, logró unificar a las tribus, ciudades y príncipes del Valle para que lucharan contra los españoles en la batalla final. Las crónicas, y en primer lugar el testigo presencial y compañero de armas Bernal Díaz, describen que en la ladera de la colina el viento mecía una infinidad de coronas de plumas;

desde arriba, los españoles debieron contemplar un océano humano como hasta entonces no habían visto en un campo de batalla.

«Y cierto creímos ser aquél el último de nuestros días», escribió Cortés en su informe a Carlos V. Una buena parte de los diezmados castellanos estaban enfermos, agotados o heridos. No tenían posibilidad de retirada. Sólo hubiesen podido hacer una salida hacia Tenochtitlan, pero desde allí venían las tropas enemigas. Cortés desplegó su infantería en un frente muy ancho y reforzó las dos alas con la caballería, compuesta de los veintiocho o treinta caballos que le quedaban. Los caballos pudieron descansar durante un par de días y, de este modo, estaban en buenas condiciones cuando comenzó la batalla. Cortés dio la orden de que los jinetes atacaran en primer Jugar a los caudillos indios y que la infantería, con sus sables, intentara abrir una brecha en el ejército azteca. En aquellas circunstancias no tenía tiempo para calcular el número de los enemigos que, después, tantas polémicas ha despertado entre los historiadores. Invidentemente, fueron las mayores fuerzas que los indios pudieron movilizar contra los españoles.

La costumbre de la época exigía que el caudillo cristiano dirigiera algunas palabras de ánimo a sus veteranos. Una buena parte de los españoles supervivientes estaba constituida por antiguos soldados de Cortés. Los que perecieron ahogados cuando se hundieron los terraplenes eran, en gran parte, gentes de Narváez. Los que se habían incorporado más tarde, sin hacer caso de las advertencias de Cortés, se cargaron con todo el oro y las piedras preciosas que pudieron conseguir, al principio de la Noche Triste. Una de las armas de los indios consistía en una incesante algarabía ele gritos de guerra con los que querían hacer flaquear el corazón de los españoles; además, «la nube de flechas lanzadas cubrió de sombras el día». Durante el encuentro, la infantería española consiguió penetrar en un solo lugar hasta el centro del enemigo donde se produjo un caos entre las tropas indias no acostumbradas a la táctica guerrera europea: los que estaban en la retaguardia empujaban hacia adelante a los de vanguardia y la contienda se fue recrudeciendo cada vez más. Por otra parte, los aztecas recibieron nuevos refuerzos. De este modo, su número «era igual al de las estrellas». La infantería española se agrupó formando un cuadro con las largas lanzas hacia afuera, como si fuera un gigantesco erizo.

Los indios aliados que luchaban junto a los españoles renovaron sus bríos, puesto que «se hallaban ya cerca de Tlaxcala»; la caballería española inició el ataque dividida en pequeños grupos, aprovechando todas las brechas que se abrían en las tropas enemigas. En esta ocasión se destacaron especialmente

las cualidades de caudillo militar del capitán a quien mayor afecto profesaba Cortés, el joven Sandoval. Todo esto —aunque la lucha duraba ya horas— no fue más que un episodio de esa batalla que decidió la suerte de toda la Conquista. Bien es verdad que los españoles habían avanzado pero la enorme multitud del enemigo, que no daba señal alguna de miedo, rodeaba cada vez más estrechamente a los tercios. En la batalla de Otumba, los españoles no disponían más que de armas de acero y echaban en falta los cañones que habían perdido en los canales de Tenochtitlan. Llegó el momento crítico que se da en todas las batallas cuando el dios de la guerra tiende su mano hacia uno u otro de los contendientes. Fue Cortés quien antes pudo sentir ese fatal momento psicológico. Allí no se trataba de lanzar a la lucha a las tropas de reserva, con movimientos estratégicos dirigidos desde una colina. Hasta el mismo caudillo tomó parte en la lucha como uno cualquiera de sus jinetes. Mediante un gesto, llamó a sus capitanes Sandoval, Alvarado, Olid y Ávila: y gritó volviendo la cabeza hacia atrás: «Seguidme, ayudadme ahora, señores». Lanzó el grito de «¡Santiago!» y se lanzó hacia adelante con un impulso que —según las crónicas— nunca había sido visto hasta entonces. Los otros capitanes le siguieron. Mediante ese terrible ataque de la caballería, consiguieron barrer todos los obstáculos. Se dirigieron directamente hacia el principal caudillo enemigo. El caballo de Cortés galopó hacia adelante y llegó el momento de las antiguas batallas en las que un caudillo aniquila al otro; la lanza de Cortés atravesó al cacique adornado con piedras preciosas y tocado con una corona de plumas. El impulso del lanzazo le hizo caer de la ladera de la colina desde donde dirigía el combate; un soldado de Cortes le dio el golpe de gracia. Tomó la insignia del «cacique de oro» y la blandió en alto para entregársela a Cortés. En la historia de la batalla, esto fue sólo un instante pero constituyó, sin embargo, el momento psicológico que cambió el rumbo de la suerte del fatigado ejército español que comenzaba a perder los ánimos. Ése debió ser el más decisivo instante de la constitución de la Nueva España de los españoles.

Los paladines del cacique se vieron embargados por el pánico; la oleada del terror recorrió el inmenso campamento indio. Ya no había movimientos tácticos organizados ni ataques o retirada dirigida. Los aztecas que habían perdido a su jefe se desparramaron como pudieron; los españoles se dieron a perseguirlos y cada sablazo hacía su cosecha de víctimas pero era imposible aniquilar a tan numerosas tropas. De todos modos, era de temer que alguno de los jefes indios se recobrara y, tocando la trompeta del dios de la guerra Huitzilopochtli, hiciera volver a los miles de guerreros en fuga. Los

españoles, como si se hubiera despertado súbitamente en ellos el deseo de vengarse de los sufrimientos de las últimas semanas y de la infame muerte de sus compañeros, se mostraron infatigables en el ataque, atizando así el pánico en el enemigo.

Por fin, los combatientes españoles se detuvieron; se había cumplido el más bello sueño de los mercenarios: en el campo de batalla conquistado había abundante botín. El tesoro de oro del cacique, su bárbara pompa, se halla todavía intacto. Cortés tropezó con muchas dificultades para reunir a los españoles, establecer las posiciones de defensa y asegurarles botín que debía ofrecerles cierta compensación por el enorme tesoro de oro perdido en Tenochtitlan. La costumbre castellana exigía que, puestos de rodillas, entonaran un tedeum; después, Cortés pronunció un discurso agradeciendo a sus soldados la victoria que decidía acerca de la vida de todos. Era el 8 de julio de 1520. Tan larga fue la batalla que para entonces comenzaba a caer el crepúsculo. Los cronistas estimaron en doscientos mil el número de los indios combatientes. Según el padre Gómara, historiador de la familia del conquistador, «Cortés, con un solo sable, salvó del aniquilamiento a todo el ejército español». Bernal Díaz, por su parte, evaluó la victoria del día de Otumba, a la que también él había contribuido en alto grado, de la siguiente manera: «No sufrimos el dolor de nuestras heridas ni sentimos hambre o sed, y seguro que no realizamos una mala labor. Cuando combatimos, seguimos el camino de la victoria. Pero también nuestros amigos de Tlaxcala combatieron como leones, con sables, lanzas y otras armas que manejaron valientemente».

Pasado cierto tiempo más o menos largo, la leyenda de la época barroca temprana engarzó en un marco de misticismo la batalla de Otumba. Al igual que en el Desastre de Sziget, en Hungría, también aquí intervinieron en el encuentro los santos guerreros del Cielo, en primer lugar Santiago, en su blanco corcel de batalla; el padre Gomara y, más tarde, Camargo de Tlaxcala, mencionaron la intervención de las potencias supremas. Incluso el mismo Díaz, que, por lo general, se mostraba bastante escéptico en relación con las intervenciones sobrenaturales, reconoce en su crónica la posibilidad de una ayuda celeste, pero añade que la piedad divina no favoreció a su indigna persona con la contemplación del milagro. Dos siglos y medio más tarde, Voltaire, en su *Essai sur les Moeurs*, deduce de esta manera las enseñanzas de la batalla de Otumba: «Aquellos que recurren a milagros para intensificar la importancia de esos singulares acontecimientos no hacen más que mermar el valor de los acontecimientos reales. El verdadero milagro lo constituye la conducta de Cortés».

Que el lector me perdone pero, a ruegos míos, el auto ha aminorado su marcha a unos tres kilómetros del límite del antiguo Tenochtitlan. ¿Cómo hubiese podido dejar de lanzar una mirada a los alrededores de Otumba? Evoqué durante algunos momentos esa batalla que influyó en el destino de continentes. También Cortés estaba al tanto del significado de Otumba y, si bien no hizo edificar un lugar de peregrinación, se hizo construir un palacio del que hoy día no existen ni las huellas. Tal vez, la mayoría de los mexicanos no oye hablar de la batalla de Otumba ni siquiera en sus años de estudiante…

* * *

El último acontecimiento de ese día lo constituyó la Visita a Nuestra Señora de Guadalupe, tanto a la basílica, que es el principal centro piadoso de los mexicanos que profesan la religión católica como a sus alrededores. El 12 de diciembre, fiesta de la patrona de México y del primer santuario de Latinoamérica, yo ya no estaba en México, pero cuando acudí a esos célebres lugares se hallaban en curso los grandes preparativos para la fiesta, estaban poniendo las decoraciones externas, colocando bancos y estrados alrededor del templo. La basílica conserva la imagen milagrosa de la virgen de piel oscura, *La Morena*. Según la leyenda, la Virgen se apareció a un campesino indio, en 1513, un decenio después de la Conquista. En aquel tiempo, la más alta jerarquía eclesiástica de la ciudad era Zumárraga, primer obispo de México, quien recogió en su crónica interesantes datos pero que, no obstante, ordenó destrucciones de cuadros y estatuas, que oscurecieron su nombre y su recuerdo. Zumárraga era un alma escéptica en lo que concierne a los milagros y sólo cuando el indio Juan Diego fue favorecido con la segunda aparición estuvo dispuesto a dar crédito al milagro que quedó reforzado por la imagen de la Virgen encontrada en lugar de las rocas recogidas por el indio. Esa imagen se convirtió en el emblema de México, que el cura Hidalgo, en 1810, prendió en la bandera de los que se sublevaron contra los españoles. Esa milagrosa imagen desempeñó un gran papel —puesto que la Virgen estaba representada como una mujer india— en la conversión al catolicismo del valle de México, sobre todo en las primeras décadas de la colonización. La Virgen de Guadalupe figuró como la patrona de los indios. Por otra parte, en la colina en la que fue edificada la basílica se hallaba, en los tiempos anteriores a la Conquista, el templo de Tonantzin, la madre de los dioses; evidentemente, también esta circunstancia contribuyó a que las gentes humildes aztecas consideraran como suya, durante largos siglos, a la Virgen de Guadalupe.

Cuando llegamos a la enorme explanada del templo, lo primero que atrajo nuestra atención fue, naturalmente, la basílica: dos torres macizas y de poca altura, dos aplanadas cúpulas, mármol, bronce, columnas de grandísimas proporciones. Dentro, en el templo, en un pequeño nicho, la milagrosa imagen.

Al salir del templo, donde se observa un incesante ir y venir de las gentes, veo una extraña lila: mujeres que, de rodillas, van acercándose a la entrada. Muchas de ellas llevan un niño en brazos; otras veces es el marido el que lleva a su retoño envuelto en sus mejores galas. En buena parte de las mujeres se ponen de manifiesto los rasgos indios pero entre las que llegan de rodillas hay también muchos rostros blancos. Porque aquí es costumbre que cuando una mujer hace su primera salida después del parto, visite el santuario de Guadalupe y ofrezca el niño a la Virgen. Algunas de las mujeres están a punto de desplomarse, tienen que apoyar frecuentemente las palmas en el suelo para poder seguir avanzando; otras, realizan este camino sobre las rodillas con más soltura, como si hubieran adquirido ya cierta práctica. Lo único sorprendente es que los maridos, en su mayoría jóvenes (y casi todos indios), animan con bastante indiferencia a sus esposas mientras ellos están de pie o pasean cómodamente.

Los festejos comienzan ya diez días antes del 12 de diciembre, con todo el esplendor y la emoción de las célebres ferias americanas. Según dicen, hasta los carteristas toman parte en la fiesta con el corazón limpio. La fiesta principal cae siempre en el día en que la Virgen se apareció por segunda vez a Juan Diego. Por la noche, en medio del estallido de los cohetes y de la luz de los fuegos artificiales desfilan los penitentes —esta vez de ambos sexos— de rodillas, acercándose así a la santa imagen. Envuelven en papel de colores unas tortas de maíz especiales que son la tradicional comida de Guadalupe. El 12 de diciembre, a las doce en punto de la noche, en la plaza que se halla ante la basílica ofrecen sus danzas rituales asociaciones piadosas. Desgraciadamente, ya no pude contemplar la más famosa, la de los Concheros.

En mi imaginación, el antiguo imperio del gran lago vivía como un mundo de tres estados religiosos: Tenochtitlan, Texcoco y Tlacopan eran monarquías fraternas unidas por vínculos familiares. Los de Texcoco eran más cultos y más instruidos que los aztecas: los últimos brotes de su casa real dieron al valle de México soberanos de extraordinarias capacidades: Nezahualcóyotl y Nezahualpilli (sus nombres fueron perpetuados en esta forma por su descendiente, Don Fernando de Alba Ixtlilxóchitl, el historiador)

fueron fundadores de países, legisladores, héroes de leyendas y, el primero, incluso excelente poeta.

Da que pensar el hecho de que el investigador contemple con más simpatía Texcoco y su historia que el cruel Tenochtitlan y a toda su familia reinante. Probablemente ello se debe a que la rama de Moctezuma no tuvo ningún defensor e historiador de su propia sangre como el mencionado Fernando de Alba Ixtlilxóchitl, que era descendiente de los soberanos de Texcoco llamados «Lobo del Desierto» y «Señor del Ayuno» en *El dios de la lluvia*. El escritor no sólo heredó un tesoro de tradiciones sino también el talento de poeta de su antepasado. Además, cumplió con las tradiciones familiares y con su obligación cuando recogió por escrito ese enorme material histórico y lo completó según sus conocimientos directos. El historiador español orgulloso de su regia estirpe conocía también los jeroglíficos y los interpretó en su obra, que pudo publicar según el más paciente concepto de finales del siglo XVI, si lomamos en consideración la impaciencia de los obispos Zumárraga y Lauda y la reiterada mala suerte que persiguió a la obra de Bernardino de Sahagún.

Por un especial favor de la suerte, en Budapest, en una librería de lance, pude adquirir la obra en dos tomos debida al historiador indio, y recogida y publicada durante el pasado siglo con el título de *Obras históricas*. La historia de la primera edición de esta obra está completamente de acuerdo con las tradiciones burocráticas españolas. Durante el otoño de 1608, el noble señor de Ixtlilxóchitl se presentó ante el gobierno español, en el que figuraban también miembros indios o mestizos. Entregó su obra y prestó juramento respecto a que había obrado según sus convicciones y respondido a un impulso interno cuando la escribió. No había embellecido ni cambiado nada en lo que se refería a la historia y las tradiciones de sus reales antecesores y de los habitantes de Texcoco. La comisión gubernamental le dio las gracias y tomó buena nota de esas manifestaciones, añadiendo en el acta que el autor deseaba dedicar su obra al rey de España Felipe III. Y la obra emprendió su camino, que duró mucho tiempo, permaneciendo frecuentemente oculta, hasta que en los años de la década de 1830 fue a parar a la gran colección de Lord Kingsborough que fue el primero en hacer publicar los recuerdos precolombinos.

No deja de ofrecer interés evocar algunas líneas del autor contenidas en «el prólogo dirigido al lector»: «… Entre los habitantes de Texcoco había también filósofos y sabios, y había también quienes tenían la tarea de perpetuar mediante la pintura todas las ciencias conocidas…, así como

también quienes conservaban en cantos, con ayuda de la memoria, todo lo que era conocido en la esfera de la ciencia y de la historia… Pero con esos libros no ocurrió lo que debiera haber ocurrido, aunque en nada se hallaban en contradicción con nuestra santa fe católica, sino que esas obras fueron quemadas —por orden de los primeros monjes— neciamente, sin ningún sentido. Ése fue uno de los primeros grandes daños que cayeron sobre Nueva España. En la ciudad de Texcoco, en los Archivos Reales se hallaban depositadas muchas clases de cosas, puesto que esa ciudad era la metrópoli de muy diversas ciencias. En esos libros habían sido recogidas todas las buenas costumbres, puesto que a los reyes que allí gobernaron les interesaba esa labor ya que eran ellos los legisladores de las leyes del Nuevo Mundo. De aquellos libros que fueron guardados por mis antepasados y fueron salvados de la hoguera —algunos han llegado a mis manos— he sacado las informaciones y he traducido todo lo que prometí publicar… He tenido que realizar un duro trabajo y poner gran diligencia para poder llegar a reconocer e interpretar los signos y los jeroglíficos, porque ésa era la escritura de nuestros antepasados, y de la misma manera he tenido que profundizar en la poesía para descubrir su verdadero sentido. El texto era exacto, sin ninguna floritura, y para comprenderlo no podía apoyarme en ningún ejemplo anterior… Por esa causa ruego al lector que me perdone mis muchas faltas, que pueden ser descubiertas en mi modo de exposición, pero tiene que saber que los acontecimientos aquí descritos son dignos de crédito y que han sido aprobados por la más ilustre asamblea de Nueva España…»

La armonía política del valle de México estaba asegurada por la alianza de las tres ciudades de las orillas del lago, Tenochtitlan-Tlatelolco, Texcoco y Tlacopan. El abuso de poder de la dinastía de Tenochtitlan absorbió primero a Tlacopán; después, una generación antes de Moctezuma, surgió una discordia familiar entre las casas reales de las otras dos ciudades, cuyo origen es descrito por el historiador mestizo en su obra, a base de las tradiciones familiares. (Esto lo escribí ya en la historia de Muñeca de Esmeralda en *El dios de la lluvia*). Lo esencial de esa historia consiste en que Nezahualpilli, señor de Texcoco, había tomado por esposa a la hija de Axayácatl, señor de Tenochtitlan, llamada Chalchiuhnenentzin (*chalchíhuitl* significaba jade en la lengua náhuatl). Parece ser que esta dama de gran hermosura no se contentaba sólo con su esposo sino que, con ayuda de sus doncellas y de los miembros de la guardia, y mientras su esposo guerreaba o recorría el país, acogía en su lecho a los más hermosos jóvenes, a quienes hacía dar muerte al amanecer. Pero, antes de enterrarlos hacía que un escultor extraordinariamente hábil

modelara su estatua en tamaño natural. Y en la sala secreta de la reina iba aumentando el número de estatuas… Un día, el rey observó que un cortesano lucía en el pecho una rara joya que había regalado a su esposa. Sintió sospechas y, por la noche, penetró en el palacio de la reina donde encontró, en lugar de a su esposa, una figura de singular perfección. La verdadera Muñeca de Esmeralda (si queremos utilizar esta expresión) estaba pasando la noche con su último amante y futura víctima, en una apartada estancia de su palacio.

El señor de Texcoco anunció un gran juicio al que convocó a los príncipes vecinos, entre los que se hallaba también su suegro que sentía un gran amor hacia su hija. En esta famosa asamblea de los príncipes la mujer fue condenada a muerte. La sentencia fue ejecutada, mediante la horca, en el mercado de Texcoco.

Según Ixtlilxóchitl fue esta desavenencia familiar la que abrió el abismo que en lo sucesivo separó a las dos dinastías.

Pero resulta interesante que las demás crónicas (excepto la obra histórica de Pomar) apenas mencionan este trágico episodio. En su narración, Ixtlilxóchitl hace recaer la responsabilidad del suceso sobre Tenochtitlan, tal vez para suavizar así la acusación (todavía muy lacerante en su época) de que el último rey de Texcoco se alió con los españoles contra sus hermanos de raza.

El coche se dirige hacia Texcoco pasando al lado del desértico cauce drenado de un lago salado. Vamos en dirección contraria a la que aquel día, en 1519, siguieron Cortés y sus tropas viniendo desde Ixtapalapa.

La mirada recorre las celebridades de la ciudad deportiva semidespojada de sus ornamentos, la conmemoración histórica entrelaza nuevas series de asociaciones y hace surgir diferentes imágenes. Aquí debió hallarse Pantitlan, el territorio azteca densamente poblado, en la pequeña isla que emergía de la laguna. Cuando, finalmente, tenía que aproximarse ya la época de las lluvias que llegaba todos los años, es aquí donde los sacerdotes, con gran solemnidad, invocaban la protección del dios de las aguas, para que también en aquella ocasión se abrieran las cataratas del cielo. Y para ganarse la buena voluntad del dios de la lluvia le ofrecían el sacrificio de tiernas criaturas. Desde hacía semanas antes, el mercado de niños de Tlatelolco ofrecía lo necesario para realizar los sacrificios. También los sacerdotes se afanaban en seguir los ritos que asegurarían la lluvia. Se bañaban por la noche y escuchaban entonces las voces de las aves acuáticas.

El camino no hace más que tocar Ixtapalapa cuyo señor sostenía uno de los brazos de Moctezuma cuando éste, el 8 de noviembre de 1519, se encontró

frente a frente con Cortés. Nos vamos acercando al Cerro de la Estrella; este lugar se hizo famoso en el mundo «antiguo» debido a que cuando se aproxima el final del «gran ciclo» azteca, el período de cincuenta y dos años, se registró una curiosa transformación en el mundo interior y exterior de las gentes. (Ante la posibilidad de un cercano fin del mundo, los aztecas debieron experimentar el mismo temor que el que se dio en Roma en los umbrales del año 1000 cuando, según las profecías, debía tener lugar la gran catástrofe universal. Desde semanas antes, el pueblo de la Urbe vivía presa del temor a la muerte, y el papa Silvestre, de gran cultura y considerado como el mejor astrólogo de su tiempo, fue el único que no abrigó esa creencia. Durante la misa, cuando en el templo de San Pedro sonaron las tabletas de madera a medianoche, su voz se elevó por encima de las lamentaciones de la multitud. Fue entonado el primer tedeum del segundo milenio cristiano). También en la tierra de Anáhuac se fue dejando sentir cada vez más la espera de la muerte. En la última noche del gran ciclo había que apagar todas las llamas y había que romper todos los cacharros de barro (esta costumbre popular fue una verdadera suerte para los arqueólogos; a base de la gran cantidad de fragmentos, podían establecer exactamente, por capas correspondientes a cincuenta y dos años, la cronología de cada época). Las mujeres y los niños eran encerrados en las casas. Escondían a las mujeres embarazadas, por regla general en los enormes depósitos de maíz, poniendo cuidado en que ocultaran especialmente el rostro. Los sacerdotes estaban preparados, con el cuchillo de obsidiana en la mano. Cuando empezaba a despuntar la aurora crítica del primer período, inmolaban al *Uno* y prendían luego al cuerpo sin vida cuando el primer rayo de sol atravesaba el borde del horizonte, como el fuego sagrado del nuevo ciclo. En ese momento el temblor era reemplazado por un estallido de alegría de vivir. El sol no dejaría de alumbrar y de ser fuente de vida durante el *nuevo* período de medio siglo. Los mensajeros —convertidos en portadores de antorchas— corrían llevando la nueva llama, atravesando ciudades y pueblos y encendiendo en todas partes los montones de madera y de tejidos preparados de antemano. Enterraban en fosas los cacharros de barro rotos y tomaban otros completamente nuevos. La alegría de vivir se iba haciendo cada vez más intensa. Las gentes, adornadas con collares de flores, acudían en masa a la procesión e interpretaban danzas cuyo simbolismo representaba las alegrías de la renovación. Las descripciones nos dan a conocer los acontecimientos de ese carnaval astronómico. La primera llama —obtenida probablemente mediante las chispas producidas frotando dos palos— tenía que prender aquí, en Ixtapalapa. Una pálida reminiscencia de las

festividades de antaño debe ser esa serie de ritos que aun hoy día son celebrados el día de Viernes Santo en la explanada situada ante el templo de Ixtapalapa: primero desfila una procesión de clérigos y monjes indios y, luego, son interpretadas danzas de significado religioso pero con un simbolismo que, evidentemente, viene de los «antiguos».

Tomamos un camino lateral y llegamos a la mayor Escuela Superior Agrícola de México, Chapingo. Los modernos edificios, aunque fueron construidos en la segunda mitad de la década del veinte, se extienden en un enorme terreno. La capilla conserva frescos de Diego Rivera. Esos frescos fueron ejecutados por el más eximio pintor mural mexicano entre 1924 y 1927, es decir, cuando el pintor contaba de treinta y ocho a cuarenta y un años, cuando había dejado ya muy atrás sus años de estudiante. En estos cuadros se mezclan, en una extraña síntesis, las enseñanzas que el pintor adquirió durante los años que pasó en París y la forma de expresión de la revolución mexicana. En resumidas cuentas, esta serie de frescos (que se hallan en el vestíbulo y en la capilla secularizada) es como un apasionado libro de historia puesto en las manos de las masas, una verdadera *Biblia Pauperum*. Cuando Rivera fundó el sindicato revolucionario de los artistas, se vio pasar también el encargo de realizar esta serie de frescos para la escuela superior de Chapingo. El tema básico de los mismos lo constituye la revolución agraria que se inició en 1910 y los héroes representativos de la misma, especialmente el general Zapata con su característico atuendo militar. Resulta difícil ponderar los frescos de Rivera a base de las leyes de la estética. Sobre todo cuando esos frescos han perdido ya su efecto directo, su fuerza explosiva, cuando lo que busca el visitante son los rasgos de la eterna belleza y de la armonía. Aquí, es el apasionamiento político el que determina las proporciones del espacio, el tamaño de las figuras e incluso hasta los efectos de color; resulta pavoroso y desconcertante aquello que entusiasmó a los que vivieron en aquella época, a aquellos que, evidentemente, conocían a los personajes «buenos» y «malos» que aparecen en los cuadros murales de Chapingo. Es indudable que sin conocer a fondo los acontecimientos de la época y sin estar animado de un apasionamiento político, estos cuadros apenas si evocan el placer que supone sumirse en el arte. Pero la figura de Zapata sigue viviendo en mí; sigue viviendo como una sombría fatalidad festejada durante los años de la revolución.

Cuando salimos al gigantesco jardín, contemplo a los estudiantes y a los profesores que van llegando; parece como si fuera en los estudiantes donde abundan más los elementos indios; pero una buena parte de los profesores,

entre los que hay muchos jóvenes, tienen esos mismos rasgos; llegan en sus coches.

Hasta Texcoco queda todavía un buen trecho de camino por recorrer. ¿Qué longitud debió tener aquel lago que, por encima de las lagunas, llegaba desde Tenochtitlan hasta Texcoco? La distancia desde la capital es de cuarenta y tres kilómetros. Atravesamos también por esos lugares desde donde parte el camino que lleva a Coatlichan, donde fue encontrada la estatua de Tláloc que fue instalada después en México, ante el Museo.

Texcoco era una ciudad más poblada que Tenochtitlan, debía contar aproximadamente con unas 150.000 almas en 1520. En nuestros días, de todo esto no queda más que el aletear de las leyendas. Es alrededor de Nezahualpilli (1472-1516) donde se teje el mayor número de leyendas que, por otra parte, ofrecen cada vez mayor veracidad. La primera, quizás, ese conflicto que surgió entre un soberano y su hijo, el heredero del trono. El joven —Hucxotzinca— se enamoró de una de las esposas de su padre y la asedió, evidentemente sin esperanzas de ser correspondido, con versos y cartas amorosas. Los soplones comunicaron esto al soberano que, por su parte, en esta romántica historia de amor vio un delito de lesa majestad y condenó a muerte y ajustició a su propio hijo. Moctezuma —en el otro extremo del lago— tomó muy a mal este hecho del Señor del Ayuno y, de este modo, se hizo más profundo el abismo que separaba a las dos familias reales cuyas relaciones eran ya bastante tensas desde Ja tragedia de Muñeca de Esmeralda. Tres años antes de la llegada de Cortés llegó a su fin la larga vida de Nezahualpilli. El trono se lo disputaron dos hijos suyos. Las crónicas caracterizaron con nobles rasgos a Cacama, que se puso de parte de Moctezuma, mientras que el otro —que debía ser el más joven—, Ixtlilxóchitl, para poder realizar sus aspiraciones al trono se pasó a los españoles y de este modo se convirtió en un traidor ante los ojos de su pueblo. Como recompensa, Carlos V le concedió el reinado de Texcoco, después de haberse convertido al cristianismo. Pero su memoria está cubierta con una oscura sombra en las tradiciones indias del valle de México.

El centro de la ciudad de Texcoco se hallaba situado alrededor del gran teocali que existía todavía en 1535. Durante el largo sitio de México, Cortés instaló su cuartel general en Texcoco, de donde partían sus naves, por el lago, para poder cañonear también desde el agua los puntos fortificados de Tenochtitlan. De este modo, Texcoco hubiera podido permanecer intacto si la primera e impaciente ola de la colonización no hubiera destruido los alrededores dedicados al culto. Aquí, la tarea de civilización recayó sobre los

franciscanos. Al lado de su templo edificaron una escuela para los hijos de los indios convertidos. También en esta escuela se educaron numerosos y excelentes espíritus letrados aztecas. Uno de ellos, Juan Bautista de Pomar, descendiente de la casa real de Texcoco, coleccionó por expreso deseo del rey Felipe II, medio siglo después de la Conquista, los vestigios poéticos conservados por la tradición oral que recogió en idioma náhuatl y tradujo al español. Durante los tiempos coloniales Texcoco fue decayendo cada vez más; Tenochtitlan, que también hoy día le sobrepasa, absorbió su pueblo y sus fuentes de energía. Quedó despoblada durante una epidemia de peste, a finales del siglo XVI. Hoy día es una pequeña ciudad de apenas diez mil habitantes, con una importante industria local de fabricación de vidrio y talleres textiles. Alrededor del palacio que antaño fue del Señor del Ayuno y de su hijo quedan todavía algunos restos de la primera capilla; el edificio, en su primera forma, estaba anejo a la antigua residencia real. Para los que no piensan en la historia no resulta muy interesante esa excursión al Texcoco, que se inclina hacia el pozo del pasado.

De regreso (para permanecer en la corriente de la era heroica) Alicia, que conoce excelentemente la capital, me lleva a esas calles que han conservado fielmente el estilo y los recuerdos de la arquitectura colonial temprana. Son de especial belleza los trabajos de forja, las rejas de las ventanas, los patios y los efectos de color que hacen pensar en Andalucía (abundan los azules vivos y los rosa) y que prestan una pátina histórica a los alrededores que, por lo demás, fueron edificados según la arquitectura de principios del siglo XX.

En esta calle estrecha y serpenteante habitó Cortés… en una casa que hoy día resulte tal vez imposible de identificar. Pero en el palacio de uno de sus capitanes, Pedro de Alvarado, el Tonatiuh de los indios, ha sido escrito el nombre del único conquistador que tomó parte en las dos grandes campañas. Estuvo en Tenochtitlan y estuvo también en el cerco de Cuzco, en Perú. Perteneció, igual que sus hermanos, a esa implacable raza de caballeros osados, sanguinarios y ambiciosos. Una de sus grandes operaciones militares, que puede ser considerada como independiente, fue la conquista de Guadalajara. Alvarado resolvió con talento de caudillo militar esa campaña en un desconocido y difícil territorio. Para entonces parecía como si su temperamento, del que se dejaba llevar frecuentemente, se hubiera calmado. Tonatiuh (debido a sus cabellos abundantes y cobrizos los aztecas le llamaron Hijo del Sol) mostró cierto tacto político en la ocupación de Guadalajara; en lo que se refiere a habilidad diplomática, había aprendido ciertas cosas de Cortés. Resulta curioso pensar que ese hidalgo pobre ante cuya casa me hallo,

estaba junto a Cortés cuando el caudillo abrazó a Moctezuma, y que una escena semejante debió tener lugar un decenio más tarde, en Perú, cuando fue Pizarro el que atrajo a la trampa al señor de los incas, Atahualpa.

En la casa de Alvarado viven conocidos de Alicia y, de esta manera, podemos pasar y echar una mirada al patio que, gracias a los cuidados y al sentido artístico de su propietario actual, sigue conservando la atmósfera de los tiempos culo niales. La antigua casa de Tonatiuh está rodeada de un círculo lila de maravillosas buganvillas de cuya armonía cuida amo rosamente la señora Miller.

La última visita de hoy recoge también un recuerdo húngaro. Visitamos un museo; Frida Kahlo fue durante un cuarto de siglo la esposa de Diego Rivera y ella misma fue una interesante pintora de calidad. Con su hermosa casa, su vivienda y sus cuadros estableció un musco. Éste quedó para la ciudad de México como el mundo del hogar de una extraña pareja de personas y el microcosmos de un artista trágico. El padre de Frida Kahlo era húngara (esto queda puesto de manifiesto en todas partes mediante documentos e incluso fotografías), y su estilo pictórico apenas si hace recordar el concepto de pintor, dinámico y más de una vez estridente de su marido. Al ir avanzando en el tiempo, el tema de sus obras va revelando la parálisis de la mujer, el simbolismo, de una grave operación cesárea va repitiéndose en el lienzo. Se va robusteciendo su individual y sorprendente surrealismo, y los cuadros van siendo ya la crónica de los sufrimientos del cuerpo y del alma de la artista. Frida Kahlo fue una buena pintora. (Si me atreviera a comparar sus obras con las de Diego Rivera, tal vez, aunque esto suponga, quizás, un sacrilegio, elegiría las obras de ella…)

EL RETRATO DE MOCTEZUMA

En la peculiar refracción de la historia —a medida que va acercándose la Conquista— se va formando esa figura que es el polo opuesto de Cortés, Moctezuma II. Constituye un raro momento de la historia aquel en que la persona que representa a todo un mundo extraño se halla en su realidad humana ante testigos presenciales (como Bernal Díaz y el mismo Cortés). De este modo, la caracterización que de Moctezuma dieron todos los escritores de la Conquista debió establecerse a base de la síntesis de impresiones y evaluaciones directas.

Reinó diecisiete años ése a quien Cortés llama emperador en sus cartas. En 1502, cuando fue elegido en lugar de su hermano mayor para la dignidad de soberano, el joven de veinticuatro años de edad había conquistado ya laureles de caudillo militar y se había distinguido también por su extraña religiosidad.

La caracterización de sus contemporáneos españoles no nos aproximan su figura en lo que se refiere a sus rasgos humanos. Así resulta comprensible que los escritores de las sucesivas épocas hayan calificado a Moctezuma de apacible, de filósofo impotente, de hombre de estado escéptico y de bárbaro sanguinario. Todos estos rasgos podrían haber desempeñado un papel en su complicado ser. Es indudable que los españoles se enfrentaron con una rara personalidad; fue ésta la impresión que guardaron acerca de él todos los que conocieron o pudieron conocer a Moctezuma desde la entrada del 8 de noviembre de 1519 hasta el 30 de junio de 1520 cuando el monarca indio falleció, debido en parte a un golpe que sufrió en la cabeza por efecto de una pedrada y, en parte, a un quebrantamiento espiritual.

Desde el principio (desde que le llegó la noticia del desembarco y después de la venida de los españoles) creyó en la leyenda de Quetzalcóatl, en el regreso de la Serpiente Emplumada que se había alejado de Tula quinientos años antes y que volvía entonces para hacerse cargo del país en medio de poder y gloria. Al mismo tiempo, recibía todos los días los informes que acerca de los movimientos bélicos de los españoles, le enviaban sus espías en

forma de jeroglíficos, algunos de los cuales se conservan. Como caudillo que se daba cuenta del peligro y con el sentido de un hombre de estado, tomaba en consideración esos informes y, después, adoptaba las adecuadas contramedidas. Hacía planes para tender emboscadas a los españoles y ofrecía los corazones de éstos al sanguinario dios Huitzilopochtli. Cuando estos dos elementos, su fe en el regreso de Quetzalcóatl y la estrategia para hacer caer en la emboscada a los españoles, fueron minando su energía, en sus hechos de soberano prevaleció la fuerza de la inercia. Después de la matanza de los españoles en Cholula decidió dejar entrar a los conquistadores en el corazón de su enorme reino, en Tenochtitlan. Sus disposiciones estratégicas apenas pueden quedar justificadas por el sentimiento del peligro. Quinientos hombres —frente al ejército de Moctezuma estimado en cien mil combatientes— no hubieran podido, a pesar de toda su superioridad técnica, mantener una guerra abierta en caso de tina lucha a largo plazo. ¿Tal vez Moctezuma sentía curiosidad hacia los españoles? ¿Quería, quizás, resolver él mismo el dilema de si los españoles eran los descendientes de Quetzalcóatl o solamente aventureros de rostro pálido destinados a servir de alimento a los dioses?

El encuentro de dos mundos en las puertas de Tenochtitlan —como lo han perpetuado tanto Cortés como Díaz— fue un acto diplomático lleno de dignidad que no dejó de producir su efecto en ninguna de las dos partes. El diálogo que tuvo lugar entre los representantes característicos de ambos mundos puede ser considerado, en todas sus palabras, como auténtico: constituyó un intercambio de ideas envuelto en suaves frases entre dos hombres de estado. Durante el tiempo que los españoles permanecieron allí, Moctezuma no perdió ni una vez su dignidad de soberano y en su conducta nunca se puso de manifiesto el «salvaje». Su choque con Cortés, más que en el plano político, tuvo lugar porque el caudillo español, recurriendo a medios cada vez más enérgicos, quiso que Moctezuma hiciera cesar los sangrientos sacrificios humanos.

La personalidad de Moctezuma se puso claramente de relieve sobre todo cuando Cortés consiguió llevarle, mediante una estratagema militar, al palacio de Axayácatl que, entretanto, había sido fortificado por los españoles. Aquí, los días cotidianos del soberano prisionero transcurrían ante los ojos de todo el ejército español. Fue durante este período cuando mejor se pusieron de manifiesto los rasgos amables de la personalidad de Moctezuma. Su grandeza de ánimo, su relativa resignación a la situación en que se hallaba y el mantener las riendas del aparato estatal exigían grandes capacidades. Su peculiar dignidad, su generosidad y su deseo de otorgar dones cautivaba a sus

carceleros. Por muy extraño que parezca, los sencillos muchachos de la guardia española, tanto los soldados como los jefes, querían a Moctezuma. Éste dio también pruebas de una gran receptividad y de flexibilidad espiritual. Aprendió a jugar al ajedrez y, cuando perdía, obsequiaba generosamente a sus compañeros de juego. Le hubiese gustado conocer el secreto de la pólvora; a petición suya, en las excursiones de caza por el gran lago, dispararon un pequeño cañón, y Moctezuma pudo observar de cerca esa fatal operación de la historia de la Conquista. Frecuentemente contemplaba los ejercicios militares de los soldados españoles.

En lo que respecta a las relaciones entre Cortés y Moctezuma existen numerosos datos. «Moctezuma ama a los cristianos», dice Herrera, el historiador. Cortés, en un documento redactado seis años después de la muerte de Moctezuma, escribe que el soberano indio dio muestras de buena voluntad hacia los españoles y que no desempeñó ningún papel en la rebelión azteca. «Siempre tuve la esperanza de poder sofocar el levantamiento con su ayuda».

En varias ocasiones se dio el caso de que alguno de los españoles se portara mal con Moctezuma, le tratara irrespetuosamente o —como ocurrió una de las veces— se apoderara de algunos pequeños objetos de oro que había en la habitación del soberano. Moctezuma rogó insistentemente a Cortés que invalidara el castigo impuesto. Su grandeza de ánimo y su generosidad se hizo proverbial en el campamento de los españoles. Recompensaba siempre a todos los que le prestaban algún servicio.

Este mismo señor azteca, que —como sucedió también en sus últimos días— dio muestras de una finura espiritual que podría haber puesto en vergüenza a los hombres del renacimiento europeo, fue uno de los más sanguinarios criminales rituales del mundo. A su nombre y a su voluntad se halla vinculado el sacrificio de decenas de miles de prisioneros y otras víctimas y —desgraciadamente— la matanza de cientos de miles. El concepto del valor de la vida humana nunca penetró hasta su conciencia cuando se trataba de servir a sus sanguinarios dioses. Cortés hubiera deseado convertir a Moctezuma. Si éste hubiera estado dispuesto a convertirse, ello hubiera significado, evidentemente, un giro decisivo en toda la política colonial española. Pero según Herrera, cuando el padre Olmedo, que se hallaba arrodillado al lado del moribundo, apremió a éste para que besara la cruz, Moctezuma respondió: «Ya sólo me quedan algunos minutos de vida. No deseo abandonar ahora la fe de mis antepasados».

Así, es de comprender que la dualidad de la personalidad de Moctezuma, junto con el extraordinario significado de su destino, haya atraído la atención de escritores, filósofos e historiadores. Se convirtió en el símbolo de la víctima del choque entre dos civilizaciones. Para mí, sus actos como soberano revistieron siempre mayor interés que su actitud como hombre que, especialmente aquí, en México, en el extraño juego latinoamericano de las atracciones y repulsiones, resulta cada vez más intensa, más llena de vida.

TOLUCA

Salimos para hacer una simpática y alegre excursión, para visitar el gran mercado de los viernes en Toluca. Esta localidad se halla a sesenta y cinco kilómetros de la capital, pero Toluca es también sede de estado. Porque esta ciudad situada centralmente y que cuenta con setenta mil almas es la capital del Estado de México, mientras que la ciudad de México, Distrito Federal, es, de la misma manera que Washington, el centro común de la administración pública y de la cultura de los treinta estados mexicanos. Me pongo en camino en compañía de una amable dama, Doña Carmen, y de Alicia. Como muestra de atención, Doña Carmen me hace obsequio de un liviano jarrón de madera cubierto de colores aztecas. A la ida, elegimos un camino que atraviesa una importante zona arqueológica. Aquí, los diferentes vestigios llevan un número y son conocidos bajo el nombre colectivo de Calixtlahuaca. En Ja historia azteca, el valle del río Toluca fue teatro de célebres batallas e incendios de ciudades. Gran parte de estos acontecimientos se desarrolló en la época del padre de Moctezuma, Axayácatl. Las campañas guerreras contra los vecinos iban teniendo lugar con desenlaces alternados hasta que, por fin, terminó por vencer la superioridad de fuerzas de los mexicas. Después de la última y fracasada rebelión de Moctezuma, en 1510, los habitantes de los alrededores fueron deportados a Michoacán. Constituye un curioso episodio de la historia el hecho de que fueron esos pueblos —los matlazincas— los únicos que sacaron provecho de la ocupación española. Después del derrumbamiento del poder azteca pudieron regresar a su antiguo lugar de residencia.

Aquí, la zona arqueológica no se halla separada como en el caso de los «paisajes lunares» de Teotihuacán. El teocali, considerado como el único de *superficie básica redonda*, «vive» en el pueblo; cuando nos apeamos del automóvil nos rodea una entusiasta y simpática bandada de niños indios, de ojos resplandecientes, llenos de vida y buen humor (a ninguno de ellos se le ocurre pedir y, cuando les ofrecemos algo, lo aceptan con reservas). Se quitan la palabra unos a otros y están pero que muy orgullosos de sus *propios*

monumentos; hacen gala de una extraordinaria habilidad al trepar y descender por las brechas, las escaleras y los restos de muros.

Por lo demás, contemplada desde una altura, toda la zona de Calixtlahuaca presenta el carácter de una verdadera cadena de fortalezas; seguramente, también bajo los altozanos deben hallarse ocultas estructuras antiguas. Aquí, los arqueólogos han diferenciado por lo menos cuatro épocas: la preclásica comienza en los alrededores de mil quinientos años antes de nuestra era, mientras que la clásica corresponde a la gloriosa época de Teotihuacán III, es decir que se sitúa entre los 300 y los 600 años de nuestra era; esto queda demostrado también por las cerámicas de las dos ciudades. La última época histórica —la de los matlazincas— se extendió hasta finales del siglo XV; en lo que respecta a los vestigios ya sólo existen los correspondientes a la ocupación azteca y pertenecen al período hasta 1510, cuando por orden de Moctezuma fue incendiada y aniquilada la célebre ciudad de los matlazincas.

El «Monumento 3» es el más famoso entre los pertenecientes a ese círculo cultural. Aquí fue hallada una estatua que denota un interesante, y hasta podría decir, inusitado concepto: la Serpiente Emplumada con una cabeza que parece calva y un enorme pico. En sí, el Monumento 3 es una especie de templo de forma redonda que se eleva formando terrazas y está constituido por la fusión de cuatro estructuras edificadas una sobre la otra. Los arqueólogos han puesto al descubierto los cuatro edificios de base circular o esférica. El material de construcción lo constituye esa piedra rojinegra tan apreciada en la región de México, la *tezontle*. La forma circular hace que estas estructuras se diferencien de otros monumentos del valle de México. Para mí, lo que hace inolvidable la visita a Calixtlahuaca es la inmediata y bella convivencia de los edificios en ruinas con el paisaje de todos los días.

De vez en cuando nos llegan las voces de los niños que —aquí, en las proximidades de la capital— no hablan entre ellos en español sino en lengua náhuatl. Pero lo más simpático es el guardián de los monumentos. Lleva un enorme sombrero de paja y nos ofrece unos folletos que tratan acerca de las excavaciones arqueológicas. Nos muestra las curiosidades del teocali y, después, desde los secretos de la naturaleza muerta nos conduce al sortilegio de la naturaleza viva. En la época de la maduración, la providencia ofrece todos los días el «vino» (pulque) del indio pobre. Esta bebida se obtiene de una especie de cactus, el maguey (*agave atrovireus*) si, con la debida pericia, se practica una incisión en las largas y carnosas hojas de la planta. El maguey, para que reporte provecho, debe tener cerca de diez años. El jugo del agave, llamado aguamiel, es recogido en la época de la floración. El amable guardián

indio nos muestra la herramienta con la que, mediante un movimiento de iniciado, vuelve a herir la planta; bajo la hoja se halla un recipiente de madera en el que, tal vez desde el amanecer, va goteando el pulque. El dueño acrecienta la producción de pulque renovando la incisión dos o tres veces al día. Tengo entendido que una planta de agave sólo proporciona pulque una vez al año, durante la época de la floración, pero lo hace durante varios meses; algunas plantas suministran al año hasta quinientos litros. Cuando el recipiente de madera está lleno, lo llevan al tinaco donde fermenta durante todo un día. Pero, según opina el guardián, esa bebida de reducido contenido de alcohol puede ser también consumida allí, al pie del agave. Me ofrece una especie de pipeta y no puedo resistir la tentación de degustar *in situ* el pulque. Es una bebida dulzona, relativamente agradable, con un reducido contenido de alcohol (por lo general, de un seis por ciento pero, según algunos, puede llegar hasta el diez o el doce por ciento).

Entre los antiguos aztecas, el pulque era una bebida sagrada cuyo consumo, según cita Bernardino de Sahagún, estaba restringido por severas normas. Fuera de las grandes fiestas, durante las cuales se levantaba la prohibición, sólo los ancianos —hombres y mujeres— podían gozar de ella pero éstos lo podían hacer según su gusto. El maguey tenía una diosa especial, Mayahuel, pero el pulque tenía también toda una serie de divinidades más traviesas, a las que llamaban «cuatrocientos conejos». El dios del pulque que degusté al pie de la ciudad en ruinas oyó mi plegaria: no me ocurrió nada malo; no fui víctima de ese peligroso contagio que los turistas y los médicos denominan «la venganza de Moctezuma».

Después de eso no dimos ya ningún rodeo y, alrededor del mediodía, cuando el ambiente del mercado alcanza su punto culminante, llegamos a esa simpática ciudad de mediana importancia, Toluca, que ofrece un intenso carácter indio. ¡Qué movimiento, qué animación y qué atuendos típicos! Posiblemente había llegado también un buen número de turistas a quienes atraen siempre los acontecimientos locales pintados con vivos colores en los libros de viajes. Hacía bastante calor y —a petición mía— nos sentamos en una taberna que sólo es frecuentada por las gentes del lugar y de los alrededores; músicos de paso tocan la guitarra, las gentes se lanzan grandes sombreros de paja y fieltro, entra un vendedor de lotería que ofrece también chiclé y pequeños objetos de recuerdo. El mexicano pertenece a una raza sobria; bebe principalmente cerveza y, en mucha más cantidad, Coca-Cola. Todas las bebidas son servidas acompañadas de un vaso de agua con hielo. Toda esa atmósfera folklórica resulta extraordinariamente amistosa. Es

evidente que mis dos compañeras de viaje no encajan en este ambiente de intenso colorido indio; no obstante, todos les dirigen la palabra y nos saludan. De todo ello se desprende un buen ambiente mexicano que llega hasta el corazón.

En México tuve ocasión de ver tres de los más famosos mercados, el de Toluca, el de Mérida y el de Puebla; cada uno de ellos se distingue por su peculiar carácter y folklore. Y, sobre todo, por sus colores. También las razas humanas, en buena parte, difieren en los tres lugares. Toluca se halla en el Estado de México (es su capital) y, de este modo, los tipos y las costumbres, los rostros, los gustos y el colorido llevan impresa la huella del pueblo de origen mexica que hablaba la lengua náhuatl del Valle. ¿Cómo es el mercado que se celebra, seguramente desde tiempos inmemoriales, todos los viernes? La multitud de vendedores desborda del mercado cubierto. ¿Cómo sería posible —sin un experimentado guía— abarcar toda la multitud, las formas, los materiales y los colores? Se parece, aunque ampliada, a una de las ferias nacionales de mi infancia. Pero aquí todo tiene más color, es más cerrado y, por el mero hecho de repetirse todas las semanas es, quizás, más familiar. Los compradores son campesinos y pequeños burgueses del Valle, pero veo también a un buen número de extranjeros, en primer lugar turistas norteamericanos, con su peculiar atavío y sus cámaras fotográficas. Pero este mercado semanal no está destinado, en absoluto, a los extranjeros. En el sistema de calles que forma el mercado hay una enorme variedad de mercancías y sólo el iniciado es capaz de encontrar aquello que ha ido a buscar. Si es que ha ido a comprar una cosa determinada y no se deja llevar por la vibración de las formas y de los colores.

Nuestra debilidad son los cacharros de barro y los objetos de paja y, en menor grado, los tejidos hechos a mano. Aquí, sobre lonas, hay simpáticas figuras de animales talladas en talco, pajaritos de arcilla —que me resultan exóticos— con el cuerpo de color carmín y estrellitas de plata; un burrito hecho de una especie de cristal. Los objetos de alfarería —cacharros, pucheros, cazuelas, jarros— presentan formas antiguas. Si los desparramaran al pie de la Pirámide de la Luna, los guías turísticos los presentarían, en voz baja, como auténticos productos de la época de Teotihuacán III. Los objetos de paja son polícromos y maravillosos, pero el que tiene que atravesar el océano volando y llevando solamente veinte kilos de equipaje tropieza aquí con el doble obstáculo del volumen y del peso. ¿Pero cómo es posible dejar de adquirir una cesta que se tiene casi sobre sus patas, de forma extraña y brillante colorido? Es como si el indio otomí de cuyas manos salió la hubiera

hecho justo para mi casa de Tihany; y ese indio, más que un artesano, es un artista.

También aquí, las piedras semipreciosas, cristales y ónices figuran entre las mercancías de mayor precio. Observo a las vendedoras: son calladas, corteses y sonrientes. A las compradoras las tratan, con una amable atención, de «señoritas», a no ser que hayan alcanzado ya la edad de las abuelas. Después de haber convencido al comprador o de haberle indicado las excelencias de su mercancía, permanecen calladas como si esperaran resignadamente la decisión del destino. Claro está, en lo que a esto se refiere constituyen una excepción los vendedores de tortillas, tortas, pescado y carnes asadas. Aquí es mayor el alboroto y la alegría y más intenso el olor a aceite; en un lado, en botellas de colores se hallan alineados los refrescos que se parecen sospechosamente a los inolvidables *kracherlie* rojos, azules y amarillos, de mi infancia.

No puedo dejar de citar aquí algunas líneas de la carta escrita por Cortés el 30 de octubre de 1520 a Carlos V (todavía sólo rey de España), en la que describe el mercado de Tlatelolco con la atención del hombre recién llegado (casi podríamos decir de un marciano). «Tiene esta ciudad muchas plazas, donde hay continuos mercados y trato de comprar y vender. Tiene otra plaza tan grande como dos veces la ciudad de Salamanca, toda cercada de portales alrededor, donde hay cotidianamente arriba de sesenta mil ánimas comprando y vendiendo; donde hay todos los géneros de mercadurías que en todas las tierras se hallan, así de mantenimiento como de vituallas, joyas de oro y de plata, de plomo, de latón, de cobre, de estaño, de piedras, de huesos, de colchas, de caracoles y de plumas; véndese tal piedra labrada y por labrar, adobes, ladrillos, madera labrada y por labrar de diversas maneras. Hay calle de caza donde venden todos los linajes de aves que hay en la tierra, así como gallinas, perdices, codornices, lavancos, dorales, zarcetas, tórtolas, palomas, pajaritos en cañuela, papagayos, búharos, águilas, falcones, gavilanes y cernícalos, y de algunas aves destas de rapiña venden los cueros con su pluma y cabezas y pico y uñas. Venden conejos, liebres, venados y perros, que crían para comer, castrados. Hay calles de herbolarios donde hay todas las raíces y hierbas medicinales que en la tierra se hallan. Hay casas como de boticarios donde se venden las medicinas hechas, así potables como ungüentos y emplastos. Hay casas como de barberos, donde lavan y rapan las cabezas. Hay casas donde dan de comer y beber por precio. Hay hombres como los que llaman en Castilla ganapanes, para traer cargas. Hay mucha leña, carbón, braseros de barro y esteras de muchas maneras, para camas, y otras más

delgadas para asientos y para esterar salas y cámaras. Hay todas las maneras de verduras que se fallan, especialmente cebollas, puerros, ajos, mastuerzo, berros, borrajas, acederas y cardos y tagarninas, hay frutas de muchas maneras, en que hay cerezas y ciruelas que son semejables a las de España. Venden miel de abejas y cera y miel de cañas de maíz, que son tan melosas y dulces como las de azúcar, y miel de unas plantas que llaman en las otras y estas *maguey*, que es muy mejor que arrope, y destas plantas facen azúcar y vino, que asimismo venden. Hay a vender muchas maneras de filado de algodón, de todos los colores, en sus madejicas, que parece propiamente alcaicería de Granada en las sedas, aunque esto otro es en mucha más cantidad. Venden colores para pintores cuantos se puedan hallar en España, y de tantos excelentes matices cuanto pueden ver. Venden cueros de venado con pelo y sin él, teñidos, blancos y de diversos colores. Venden mucha loza, en gran manera muy buena, venden muchas vasijas de tinajas grandes y pequeñas, jarros, ollas, ladrillos y otras infinitas maneras de vasijas, todas ellas de singular barro, todas o las más vedriadas y pintadas. Venden maíz en grano y en pan, lo cual hace mucha ventaja, así en el grano como en el sabor, a todo lo de otras islas y Tierra Firme. Venden pasteles de aves y empanadas de pescado. Venden mucho pescado fresco y salado, crudo y guisado. Venden huevos de gallinas y de ánsares y de todas las otras aves que he dicho, en gran cantidad; venden tortillas de huevos fechas. Finalmente, que en los dichos mercados se venden todas cuantas cosas se hallan en toda la tierra, que demás de las que he dicho son tantas y de tantas calidades, que por la prolijidad y por no saber poner los nombres, no las expreso. Cada género de mercaduría se vende en su calle, sin que entremetan otra mercaduría ninguna, y en esto tienen mucha orden. Todo lo venden por cuenta y medida, excepto que hasta ahora no se ha visto vender cosa alguna por peso. Hay en esta gran plaza una muy buena casa como de audiencia, donde están siempre sentadas diez o doce personas, que son jueces y libran todos los casos y cosas que en el dicho mercado acaecen, y mandan castigar a los delincuentes. Hay en la dicha plaza otras personas que andan continuo entre la gente mirando lo que se vende y las medidas con que se mide lo que venden, y se ha visto quebrar alguna que estaba falsa… En todas las entradas de la ciudad y en las partes donde descargan las canoas, que es donde viene la más cantidad de los mantenimientos que entran en la ciudad, hay chozas hechas, donde están personas por guardas y que reciben *certum quid* de cada cosa que entra. Esto no sé si lo lleva el señor o si es propio para la ciudad, porque hasta ahora no le he alcanzado; pero creo que para el señor, porque en otros mercados de otras

provincias se ha visto coger aquel derecho para el señor dellas. Hay en todos los mercados y lugares públicos de la dicha ciudad, todos los días, muchas personas trabajadoras y maestros de todos oficios, esperando quien los alquile por sus jornales… No quiero decir más que sino que en su servicio y trato de la gente delta hay la manera casi de vivir que en España, y con tanto concierto y orden como allá, y que considerando esta gente ser bárbara y tan apartada del conocimiento de Dios y de las comunicaciones de otras naciones de razón, es cosa admirable ver que la tienen en todas las cosas».

Han transcurrido cuatro siglos y medio desde que Cortés dictó esas frases. Pocos conquistadores se vieron animados de un tan enciclopédico interés hacia los pequeños y grandes fenómenos del mundo extraño que le rodeaba y hacia el ritmo de la vida que bullía a su alrededor como el que demostró el antiguo hombre de leyes de Salamanca, que puso ante el trono de su soberano el mayor imperio colonial de su época. Pero el singular encanto de las descripciones de Cortés reside en que la imagen que nos da del mercado coincide, palabra por palabra, con el ambiente del mercado de Toluca de nuestros días. A lo sumo, los aztecas han aprendido desde entonces a vender al peso, pues todos los vendedores tienen su balanza, y en ninguna parte he oído reclamaciones. Además, claro, hay mucho material sintético que se ha ido entremetiendo en la mercancía, pero tengo la impresión de que la estructura básica de la existencia de los indios y mestizos sigue siendo la misma. De la misma manera que la riqueza de formas, la pompa de color y la fecundidad de la artesanía india. Este movimentado, vivo y vibrante folklore es, quizás, el mayor encanto del mercado de Toluca.

Si, después de todo eso, el lector siente curiosidad respecto a lo que compré y me fue regalado en esa memorable excursión, me obliga a recopilar mis recuerdos. Además del burrito y del pájaro rojo con estrellas de plata ya citados, cucharas de madera, de tono marrón, bonitamente pintadas y una especie de perinola que despertó mi imaginación. Además, un collar de ónices blancos y algo así como un zurrón rojo y verde que ofrece una extraña armonía de colorido, y que me prestará buenos servicios en Tihany. Me entregaron un regalo para mi esposa, un rebozo blanco, y una chaqueta que aparecía como una mancha blanca entre la polícroma mercancía colgada y que tomaron mediante una barra, de gruesa lana, que hace las veces de estufa cuando, en casa, hay alguna avería en la calefacción a gas. También admiramos las cocinas ambulantes, probamos las tortillas y el pescado frito. Ni siquiera el que llega de lejos tiene que temer que esos alimentos recién

hechos le traigan la «venganza de Moctezuma»: tan higiénicamente están preparados.

* * *

Después de la cena llega un simpático periodista. Pero Ja hermosa excursión a Toluca, su remolino, la degustación del pulque, la visita al teocali circular, las mil impresiones obtenidas en el ir y venir y el acontecimiento de la visita al teocali no constituían algo demasiado reposante. De vez en cuando tenía que anotar unas cuantas líneas, como recordatorio para más tarde. Una enorme cantidad de acontecimientos y, como telón de fondo, el cambiante panorama de las carreteras de México.

El periodista —Iván Rivera— como dijo con cierto orgullo, es un maya de Mérida. La entrevista transcurrió normalmente. Iván se había preparado para ella. El artículo resultó mucho mejor que lo que yo esperaba. Un diálogo así, en un idioma extranjero, viene a ser como un bautismo de fuego. Esa noche, a pesar de mi fatiga, la conversación me fue bien. Eché una mirada al reloj pensando que, al día siguiente, tendría que levantarme con aquel gallo al que ya me he referido. Porque con mi buen amigo y anfitrión, saldríamos por la mañana para realizar una gira por Yucatán.

La capital de Yucatán, Mérida, se halla a mil setecientos kilómetros de México. Así, no resulta extraño que los conquistadores no se apresuraran a ocupar esa región. Tal vez, ni siquiera hasta hoy día se ha conseguido fusionar completamente el pueblo maya de Yucatán con el sistema estatal mexicano. Resulta raro pensar en el hecho de que el separatismo de Yucatán tenía raíces económicas. La planta del henequén con cuyas fibras, el sisal, se hacen cuerdas y otros artículos textiles, enriqueció a los dueños de las plantaciones y hasta a los campesinos mayas que tenían tierras. Pero desde que apareció el nylon el tráfico del henequén ha decaído considerablemente. No obstante, en las tiendas de Mérida siguen anunciando las mercancías de sisal. A base de él se hacen las hamacas que, según dicen, son indestructibles y, además, apenas si pesan cientos de gramos. Así, traje a casa una, para el jardín de Tihany.

* * *

El avión que sale por la mañana y hace el trayecto México-Veracruz-Mérida no vuela a gran altura. Cadenas de montañas, superficies de un color

amarillento casi desértico, ciudades, otra vez montañas. Después de una hora y pico de viaje nos acercamos al primer punto de aterrizaje; llegamos al mar que despide reflejos bajo nosotros mientras el avión traza círculos para tocar tierra en la Villa Rica de la Vera Cruz. No bajamos del avión y, de este modo, mientras tiene lugar el habitual cambio de pasajeros, tengo tiempo para reflexionar en que he llegado hasta el gran puerto del Atlántico, a ese lugar donde Cortés fundó una ciudad en 1519.

La Veracruz de hoy es la sucesora de la Villa Rica de antaño, fundada por el conquistador en un terreno pantanoso y en medio de una incesante invasión de mosquitos. La *primera* Veracruz debió de hallarse a unos cuarenta kilómetros del actual puerto; cuando la situación de los españoles llegó a ser insoportable —debido a la malaria, los mosquitos y lo desértico de los alrededores— las naves españolas recorrieron la costa hasta que encontraron este lugar al que trasladaron el «antiguo» municipio, que sólo contaba algunos meses y que se componía de tiendas de campaña, algunos barracones hechos de tablas y, tal vez, hasta una capilla. También desmontaron las horcas que constituían un indispensable elemento en todas las ciudades hispanas recientemente fundadas.

Cortés partió de Cuba, en medio de discutibles circunstancias, al frente de una tropa de seiscientos hombres. En realidad, lo que hicieron fue escaparse, huyendo ante Velázquez, el gobernador, que hubiese deseado que fuera Cortés el que le sacase las castañas del fuego. Puesto que las dos anteriores expediciones cubanas habían fracasado, el gobernador, como tercera tentativa, se aprovechó de las capacidades de organización y de sus importantes posibilidades materiales, con el oculto propósito de privar del mando, en el último momento, antes de la partida a su antiguo secretario. Todo el mundo estaba al corriente en Cuba de que las relaciones de jefe a subordinado entre el gobernador y el candidato a conquistador se habían estropeado durante las últimas semanas. El gobernador debía abrigar temores respecto a que el comandante de la flota, en cuanto llegara a las desconocidas tierras de El Dorado, se independizaría y obraría por su cuenta.

Pero también Cortés se hallaba informado, y de esta manera aconteció que el 8 de noviembre de 1518, los hombres de confianza de Cortés se presentaron por la noche en los alojamientos de los oficiales y soldados. «Señor, tomad vuestras armas y pertenencias y seguidnos a las naves». No había amanecido todavía cuando todos los que se habían preparado para la expedición se hallaban a bordo de una u otra nave. Cortés dio la orden de levar anclas cuando se hallaban aún realizando la carga y, así, evidentemente,

sólo debieron llevar a las bodegas una parte de las vituallas y pertrechos. Pero Cortés había buscado al colono que abastecía de alimentos a Santiago, especialmente carne. Requisó todas las existencias, y sus hombres no tardaron en hacer viajes con sus chalupas entre el almacén y las naves. Esta acción, claro está, no fue muy del agrado del traficante, por lo que Cortés se quitó el único adorno que llevaba —una valiosa cadena de oro— y la puso en el cuello del comerciante. Por lo demás, esta escena fue relatada por el mismo Cortés al obispo Las Casas que, si bien tomó nota de este episodio, no era ni amigo ni partidario del conquistador de la Nueva España.

Los habitantes de Santiago —que estaban acostumbrados a que la flota de Cortés estuviera anclada en la bahía— vieron al amanecer una animación en las cubiertas de los barcos y que en éstos se procedía a izar las velas. La noticia corrió velozmente hasta el palacio del gobernador; se despertó a Velázquez y éste, con su séquito, partió a galope hacia la bahía y pudo ver con sus propios ojos la partida de las naves. Pero también Cortés vio al gobernador; embarcó en una chalupa en compañía de algunos mosqueteros y ordenó remar hacia la playa. Cuando estaban a distancia de bala, se entabló uno de los más extraños diálogos de la historia: «¿Su Señoría, sencillamente, se escapa? En verdad que es una cortés despedida», gritó el gobernador con la arrogancia de los grandes españoles… «Perdóneme Su Excelencia», fue la respuesta, «pero el tiempo apremia y nos queda aún mucho por hacer. ¿Su Excelencia tiene a bien darme alguna orden?» Velázquez, lleno de furor, se limitó a hacer un gesto de amenaza; la chalupa viró y se dirigió hacia las naves. El odio que entonces surgió entre Velázquez y Cortés hizo que, durante años, resultara insegura toda la carrera del conquistador del Nuevo Mundo. Cortés no ostentaba ninguna autoridad jurídica ni poseía ningún nombramiento que legalizara su situación como jefe del ejército. Según las leyes españolas, no era más que un sencillo aventurero cuya osada acción sólo podía quedar justificada por el éxito.

Por esta razón le era necesaria (y esto lo sabía exactamente el antiguo alumno de la Universidad de Salamanca, más tarde notario y consejero en Cuba) la creación de una ciudad fundada según las leyes españolas, con su magistratura y gobierno independiente, que solamente se hallara subordinada a la Corona. Así, la primera acción pública de Cortés en cuanto puso sus pies en tierra —en la tierra del continente americano— fue fundar, en el primer territorio que le pareció adecuado, la Villa Rica de la Vera Cruz. Él, por su parte, renunció al ya de por sí dudoso cargo de jefe militar (que le había sido otorgado y, luego, retirado por Velázquez). Volvió a ser un «sencillo

soldado», pero se convirtió en ciudadano elector de una ciudad que sólo existía en las arenas. A petición de los oficiales de Cortés fueron elegidas las autoridades jurídicas y los jueces de la nueva ciudad. Entre ellos se hallaba, como es natural, Hernán Cortés, como capitán general, al que confiaron todas las fuerzas armadas de la ciudad. Con esta treta jurídica se proponían establecer una base legal para la expedición. Cortés siguió llevando el título de capitán general de Veracruz, hasta que, años más tarde, le llegó de Toledo —y también esta vez de una manera bastante dudosa— la ratificación de dicho título, la consagración por parte del rey de los hechos establecidos.

Hasta que, en 1518 y 1519, la flota española llegó a Veracruz, habían tenido ya lugar las primeras tempestades, batallas y dificultades. Antes de Cortés, como ya he dicho, habían sido dos las expediciones que se dirigieron hacia Yucatán, por orden del gobernador Velázquez. De este modo, entre los oficiales, marinos y timoneles había ya algunos que conocían esos mares. Sabían que el primer lugar adecuado para amarrar era la isla de Cozumel. Aquí, la expedición de Grijalva había comerciado pacíficamente con los indios. Por lo tanto, también los hombres de Cortés desembarcaron en Cozumel, que hoy día es uno de los puntos de turismo de México. Su clima y posibilidades de baños (aunque sea sólo hasta unos metros de la orilla, a causa de los tiburones), sus hermosos hoteles y su aeropuerto hacen que constituya un lugar ideal de descanso y recreo.

Cuando Cortés amarró en Cozumel se hallaba también guiado por la intención de liberar a los náufragos españoles que —según los decires que corrían por la isla— eran prisioneros de los indios. A esto se debió el que enviara una embarcación a la orilla, con una carta dirigida a los «caciques» que tenían prisioneros españoles, ofreciéndoles un rico rescate para que los pusieran en libertad. La embarcación regresó sin haber alcanzado resultado alguno. En los alrededores no se sabía nada acerca de españoles prisioneros. Mientras tanto, también en Cozumel se comenzó a poner orden a la manera española: los ídolos paganos fueron derribados y rotos, y en su lugar fueron erigidos altares. Cortés sólo disponía de la ayuda de un intérprete que como tal dejaba bastante que desear, que había llevado a Cuba la expedición anterior y que había asimilado algunos conocimientos de la lengua castellana. Este indio maya a quien le fue dado el nombre de Melchor, no se limitó a poner pies en polvorosa a la primera ocasión sino que incitó también al cacique indio de Tabasco a atacar a los españoles, puesto que no eran dioses y, además, eran pocos.

Algunos días más tarde, Cortés levó anclas y salió de Cozumel, pero se vio obligado a regresar a causa de una grave avería en una nave. Los cronistas consideraron esta operación como un especial signo de la providencia, porque al poco tiempo llegó una lancha india que venía en búsqueda de Cortés. Dejaron en la orilla a un hombre asustado, vestido con ropas de servidor, que había resistido a todos los intentos realizados para que se convirtiera y que seguía observando las reglas de su Orden. Cuando volvió a acostumbrarse a su lengua materna, al español, Cortés pudo disponer de un excelente y fiel intérprete en lo que se refiere a las lenguas maya y castellana. Así, Gerónimo de Aguilar llegó a ser uno de los más e valiosos miembros de la expedición.

La flotilla se iba acercando a tierra firme cuando los españoles tuvieron que darse cuenta de que la atmósfera que les rodeaba se iba haciendo amenazadora. Fueron acogidos por una concentración de tropas, gritos y lluvia de flechas. Fue entonces cuando Cortés tuvo que desplegar su talento de jefe militar. En un terreno difícil, frente a una fuerza muchas veces mayor que la suya y, en parte, con la ayuda de dieciséis caballos, consiguió vencer a los de Tabasco e imponer la paz al cacique. De esta batalla fueron enviadas descripciones y jeroglíficos a Moctezuma que —ya desde la ocupación de la isla de Cozumel— observaba con aprensión cómo los españoles se iban acercando hacia la orilla de Anáhuac.

El cacique de Tabasco envió, a título de reparación, abundantes presentes, pero entre ellos había poco oro. Cuando los españoles se interesaron insistentemente por el lugar de procedencia de esos objetos de oro finamente labrados pero pequeños, los jefes de Tabasco señalaron hacia lo lejos; citaban o México o Cholula; allí estaban las montañas y las ciudades de oro. Entre el rescate y los presentes figuraban también veinte muchachas esclavas. Para qué las utilizaban —además de para hacer pan y tortas de maíz— no es algo que deje lugar a muchas dudas. El buen padre Olmedo intentó impedir los atentados contra la moral, por lo menos bautizando a las muchachas. Después —a pesar de las protestas del padre— las sortearon entre los oficiales. Opinaban que rechazar el regalo sería una ofensa infligida a su primer aliado de tierra firme, el cacique. Una de las muchachas llamada Malinche, fue bautizada con el nombre de Marina. Su belleza y la viva expresión de su rostro la habían destacado entre las demás.

Poco tiempo después, en la orilla atracó una chalupa de mayores dimensiones cuyos tripulantes debían ser observadores disfrazados de comerciantes. Resultó que los recién llegados hablaban una lengua desconocida hasta por Aguilar. Inesperadamente, intervino Marina y resultó

que ésta hablaba las dos lenguas. Ella tradujo al maya, para Aguilar, la lengua de los aztecas (náhuatl) y, de este modo, el sentido del discurso llegó hasta el jefe cuyas palabras siguieron el camino a la inversa. Así, Marina se vio investida de un papel extraordinariamente importante. Según las costumbres de la época, Cortés tuvo que rescatar a la muchacha de su amo español, lo que no tuvo lugar lisa y llanamente. Pero con ello, Marina hizo su entrada en la historia del Nuevo Mundo y llegó a ser uno de los más interesantes y extraños personajes de la Conquista.

La muchacha, llamada por unos Malinalli y, por otros, Malinche, era la hija de un cacique, es decir, que procedía de la capa señorial. Su padre había muerto y su madre o madrastra, guiada por razones de familia, con el fin de que la primera personalidad de la tribu fuera su hijo y no la muchacha, la vendió a unos mercaderes y puso en el lugar de ella el cadáver de una sirvienta. Marina fue a parar a una tribu maya, y como también en aquella comarca se ofrecían abundantes sacrificios humanos, no hay que tener mucha imaginación para suponer el destino que los dioses, ya impacientados por la campaña de los españoles, reservaban a la muchacha. Por lo visto, el cacique decidió que fueran los españoles los que realizaran la sangrienta tarea. Los indios contemplaron admirados la ceremonia del bautismo de las muchachas y también debieron admirarse al ver que los dueños de esas esclavas les prodigaban todos los signos de la ternura militar española de la época.

Marina fue destinada a la cancillería de Cortés. Debió poseer una excelente inteligencia y un gran don para los idiomas puesto que dos semanas más tarde se podía expresar en español y, al poco tiempo, ya no tenía que recurrir a la ayuda de Aguilar para que Cortés pudiera entenderse con los miembros de las embajadas y delegaciones aztecas que llegaban cada vez más frecuentemente.

Los manuscritos indios que perpetuaron la campaña de Cortés en los tiempos de la Conquista presentan siempre a Malinalli, la «lengua» de Cortés, al lado o detrás del caudillo español, representado sentado y como un hombre con barba y de edad madura. Malinalli estaba presente en todas las conversaciones de importancia y se hallaba en el séquito de Cortés cuando tuvo lugar el más dramático encuentro entre el Antiguo y el Nuevo Mundo, entre Cortés y Moctezuma, el 8 de noviembre de 1519. Pero, antes de esto —y de ello hablaré tal vez al tratar de la excursión a Cholula— la muchacha había desempeñado también un papel activo en favor de su nuevo amo, cuando las gentes de Cholula llevaron a los españoles, después de su entrada en México, hacia una «ratonera» con el objeto de que allí, en el curso de las

luchas callejeras, pudieran terminar con ellos, siguiendo la (bastante ambigua) orden de ataque de Moctezuma. Marina llegó a saber el secreto de los planes de los habitantes de Cholula y, con ello, evitó la exterminación de los españoles; por otra parte, Marina fue el resorte que desencadenó la matanza de Cholula y que constituye, quizás la más cruel acción de Cortés registrada en la historia de la Conquista.

Empero, en el mundo indio Marina no figuró como traidora a su raza sino como la dócil esclava e intérprete de Cortés y, al poco tiempo, como la madre del hijo del Conquistador, que en el curso de la conquista hizo todo lo que en su mano estuvo para suavizar la suerte de sus hermanos. Para los españoles que sobrevivieron a la «Noche Triste» fue un consuelo que Marina pudiera huir con su hijito. Cortés reconoció al hijo de Marina y le dio el nombre de pila de su propio padre, Martín, y, de este modo, uno de los primeros mestizos de Anahuac se llamó Don Martín Cortés. Como tal, desempeñó en México la distinguida función social de Comendador de la Orden de Santiago. Hasta que se vio envuelto en una intriga típicamente española, junto con su hermano de linaje legal, llamado igualmente Martín Cortés, que era el segundo Marqués del Valle; alrededor de 1567, el hijo de Marina fue torturado de la misma manera que su hermanastro legítimo. Probablemente, también se trataba de dar con tesoros que se suponía escondidos por los descendientes de Cortés y que éste habría legado a sus hijos. En su testamento, Cortés no se olvidó del hijo que había tenido fuera de matrimonio ni de las cuatro hijas nacidas de diferentes madres. Según los documentos, la madre de Leonora y María era una «dama de la nobleza» india.

A grandes rasgos, se conoce la suerte ulterior de Marina. Los veteranos de la Conquista la consideraban como un espíritu bueno, como un talismán vivo, y los documentos época —por ejemplo, la crónica de Díaz— la describen como una joven inteligente y de sobresaliente belleza. Por su parte, Cortés —según sabemos— nunca intervino en su favor cerca de la corona española; no obstante la citó una vez en el informe que dirigió a Carlos V, pero sólo dejando ver que su intérprete pertenecía al género femenino. Sin embargo, se sentía tan ligado a ella que cuando, pasados más de tres años de la campaña de México, Cortés se puso en camino para la que casi le fue fatal expedición a Honduras, en su reducido ejército se hallaba también Marina.

Pero aquí —en medio de la selva virgen— cesó el romance personal entre el Conquistador y su esclava. Cortés casó a Marina con su antiguo paje y, más tarde, oficial, Juan de Xaramillo. Las tropas de la expedición celebraron con

grandes festejos el matrimonio de la Malinche de antaño, la noche que precedió a las indecibles pruebas a que se vieron sometidos más tarde.

Al parecer, la corona española, en el caso de Marina no olvidó mostrar su agradecimiento. Carlos V la elevó a la Orden de la nobleza «puesto que ella misma era hija de un jefe» y, además, concedió extensas propiedades a esa legendaria figura de la Conquista. De este modo, se le otorgó una casa en la capital, una residencia de verano en Chapultépec y, además de las extensas propiedades de tierra, ese parque situado en Coyohuacan, a unos doce kilómetros del centro de la capital, donde estuvo el coto de caza y tal vez un palacio de Moctezuma. Esta última donación en favor de Marina debió resultar bastante simbólica y hacía alusión a la antigua posición social de la esclava. Coyohuacan era la capital de los chichimecas, pueblo que fue aniquilado en el siglo XV. También Cortés dirigió desde Coyohuacan todo el sitio de México. Después de haber tomado la ciudad y hasta la edificación de la sede del gobernador, fue en el palacio de Coyohuacan donde comenzó la gigantesca labor de la organización de la Nueva España. Debió ser entonces cuando Marina estuvo por primera vez en Coyohuacan, y la concesión real posterior vino a confirmar la propiedad que le correspondía en lo que a la casa y al jardín se refiere. No tenemos noticias acerca del fallecimiento de Marina; algunos documentos dejan ver que hasta llegó a conocer a sus nietos. Durante mucho tiempo figuró como Ja patrona de los indios que intervenía en favor de sus hermanos cerca del primer virrey sucesor de Cortés. Después de su muerte, la leyenda de Marina fue adquiriendo más extensos contornos y la muchacha fue convirtiéndose en una figura simbólica, casi en una santa india.

El avión se detuvo media hora en el aeropuerto de Veracruz. Entre los viajeros, los vendedores y el personal de este aeropuerto situado a la orilla del mar contemplo por primera vez esos rostros característicamente mayas que no pueden ser confundidos con los de otros tipos de indios. Media hora en Veracruz. Lo bastante para evocar mis recuerdos: cómo pudo surgir, hace cuatro siglos y medio, la ciudad española y cómo debió de iniciarse, en la penumbra de la tienda del caudillo, ese romance, históricamente comprobado, esa extraña novela de los amores entre Cortés y Malinalli. De repente, recuerdo también los mosquitos. Aquellas nubes de mosquitos que, partiendo de las ciénagas, obligaron a los españoles a alejarse medio centenar de kilómetros, buscando un lugar más protegido. Pensando en los mosquitos (también los libros de viajes aconsejan proveerse de un insecticida eficaz) ruego a mi amable compañero de viaje que, antes de adentrarnos por tierras de Yucatán, compremos, aunque sólo sea por precaución, algo con que

combatirlos. El pulverizador, de elegante presentación, se convirtió en nuestro inseparable compañero de viaje por la península maya. No sé si fue debido a la estación o a la general propagación de la higiene, pero ni siquiera una vez tuvimos que recurrir a él. En ninguna parte nos encontramos con esos peligrosos enemigos de los turistas: los mosquitos.

* * *

Cuando, bien entrada la mañana, aterrizamos en el aeropuerto de Mérida, mis anhelos y mis sueños cobraron realidad: *había llegado a Yucatán*. Cuando abandonamos el avión no sentimos la bocanada de calor ardiente que el agradable clima de principios de verano transforma en seguida en México en una suavizada canícula, sino más bien el contenido de humedad del aire de Mérida, la temperatura ancestral de las comarcas tropicales después de los dos meses de sequía transcurridos desde la época de las grandes lluvias. Los viajeros todavía llevan chaqueta y corbata. Pero, al echar una mirada a mi alrededor, no veo ni una de estas características prendas masculinas. Durante toda la semana que pasé en Yucatán, sólo de noche y siempre tratándose de extranjeros, pude ver hombres vestidos al estilo de los de las ciudades occidentales. Aquí, en general, todo el mundo lleva una especie de cazadora típicamente yucatana, de color claro, la *guayabera*. Tuve ocasión de ver muchas variantes de ella; ofrecen la particularidad de que, a los dos lados del pecho, desde el cuello hasta la cintura, llevan una especie de tupida vainica hecha a mano, que rompe la monotonía del tejido y presta cierta personalidad a la prenda; el efecto queda completado por brillantes botones de nácar que no sólo abundan en los bolsillos sino que son cosidos incluso en el corte arqueado de la espalda. Durante el día, con estas guayaberas llevan pantalones de color claro y tejido liviano. Por la noche, el pantalón es oscuro, y para dar la nota de «gala», abotonan el botón del cuello de la guayabera que, de este modo y desde todos los puntos de vista, es aceptada como prenda de «vestir». Según dicen, hasta el gobernador va vestido de esta manera incluso cuando ejerce sus funciones representativas. En México, en la capital, no había visto guayaberas. Pero también allí aconsejan a los que viajan a Yucatán, que en Mérida hay que adquirir dicha manufactura.

Gracias a los buenos oficios de Alicia, nos están esperando dos amables señoras, miembros de la Mesa Redonda local. Lo que hasta ahora sabía acerca de Mérida lo tenía que agradecer a la precisa y digna de confianza *Guide Bleue*, en el excelente Lomo dedicado a México. La fundación de la ciudad

me hace volver de nuevo al legendario mundo de la Conquista; los dos Montejo, el «viejo» y el «joven» —los dos llevaban el mismo nombre de pila, Francisco—, se hallan estrechamente enlazados a la leyenda del origen de la capital de estado actual. Montejo el viejo fue, desde los primeros tiempos de la Conquista, un oficial que gozaba del afecto de Cortés. Éste designó a Montejo para que junto con Portocarrero, que era de origen noble, llevaran a Carlos V la primera carta y los preciados objetos reunidos. Y para que, a cambio de ello, solicitaran la legalización de las conquistas y del rango de jefe de Cortés. Para ese viaje sirvió la única nave que quedaba después de que Cortés hubiera ordenado incendiar su pequeña Ilota para hacer así imposible un retorno sin gloria a Cuba, y que había sido conservada y equipada con miras a una empresa de ese género.

La nave estaba dirigida por el primer piloto de la flota, Alaminos. Evitaron los barcos del gobernador de Cuba, Velázquez, que los perseguían, pusieron rumbo al océano y, en relativamente poco tiempo, llegaron al puerto español de San Lúcar, en octubre de 1519, es decir al mismo tiempo que Cortés, al frente de sus tropas, entraba en México para «visitar» a Moctezuma. La llegada de los que venían del Nuevo Mundo causó enorme expectación, comparable a la registrada con motivo del primer regreso de Colón.

Los fieles oficiales de Cortés consideraron adecuado visitar primero al padre de Cortés, que habitaba en Medellín, y rogar al digno capitán veterano que los acompañara a la corte para solicitar con ellos la gracia de Su Majestad. El futuro Carlos V (que entonces sólo era regente de España, y reinaba en nombre de su madre Juana la Loca) recibió a Montejo y sus compañeros en Tordesillas, en el palacio de su madre lleno de negros cortinajes, a principios de marzo de 1520. Hasta entonces, del Nuevo Mundo sólo habían llegado más bien productos naturales, plantas, aves y lienzos y, una que otra vez, un poco de oro. En Tordesillas, ante los ojos de Carlos y de la corte reunida se puso de manifiesto toda la riqueza de Anáhuac. Cortés, sin duda alguna, debió recurrir a una buena táctica cuando consiguió que los soldados votaran por la renuncia voluntaria a una buena parte de los tesoros que habían conseguido con tantas dificultades y sacrificios. Esos tesoros fueron entregados al tesorero real que representaba los intereses materiales de la Corona al borde de la selva virgen de Yucatán. Hasta entonces nunca había llegado de ultramar tanto oro junto, ni tampoco en una forma así, constituyendo obras de arte que sobrepasaban en primor hasta las de los plateros y orfebres del Renacimiento. Esos tesoros fueron los que Carlos V

expuso públicamente en Bruselas y sobre los que —como ya hemos citado— se expresó Durero en su diario en tan altos términos de elogio.

El gran enemigo de Cortés era Fonseca, obispo de Burgos, el pedante burócrata que mostró mala voluntad a todos los conquistadores y que puso también incesantes trabas a Colón. La causa de Cortés, antes de la llegada de sus enviados, no iba por buen camino puesto que Fonseca, que estaba al frente de la Casa de Contratación (el Ministerio de Asuntos Coloniales de la época), lo único que veía en la empresa de Cortés era una infracción de los reglamentos. Quería en primer lugar que los territorios ocupados por Cortés fueran puestos bajo la jurisdicción del gobernador de Cuba y que Cortés fuera sometido a uno de esos procesos españoles conocidos por su lentitud. Pero los reflejos del oro ablandaron el corazón de Carlos que, además, oyó con deleite, cuando le fueron leídos, los informes que habían aportado los enviados de Cortés. Y, aunque no sin ciertas reservas, aprobó los hechos de su lejano capitán.

Pero las cosas tampoco fueron de color de rosa para los enviados de Cortés; transcurrió bastante tiempo antes de que pudieran recuperar algo de las riquezas que habían llevado consigo, y que les eran necesarias para poder cubrir los gastos de su regreso. Además, Montejo solicitó y obtuvo autorización para navegar a lo largo de las costas de Yucatán y, si fuera posible, anexionar su territorio a la Corona. Y hasta le fue concedido por anticipado el título de Adelantado, que venía a significar capitán general o gobernador. En esos tiempos, en Castilla nadie podía sospechar lo extensa que era la península y las dificultades que tendría que vencer aquel que no sólo se propusiera plantar la bandera real en las inmediaciones de la costa sino también colonizar el territorio a la manera española. Montejo, con toda seguridad, regresó llevando documentos, o por lo menos la aprobación superior, y entre sus proyectos figuraba aquella expedición al Yucatán que tuvo tan poco éxito en lo que al viejo Montejo se refiere. Su hijo y su sobrino (y de este modo son tres Francisco Montejo los que estuvieron en relación con la conquista de Yucatán) fueron aquellos cuyos nombres se vincularon a la fundación de Mérida, veinte años después de la ocupación de México-Tenochtitlán. Constituye un hecho bastante raro el que anotaran la fecha de la fundación de esta capital que cuenta hoy cerca de un cuarto de millón de habitantes. Fue el 6 de enero de 1542 cuando el más joven de los Montejo colocó la primera piedra que, probablemente, procedía del templo de la ciudad maya llamada Tiho y que los españoles demolieron en primer lugar para obtener materiales de construcción.

El peculiar encanto de Mérida consiste en que, implantada en un mundo tropical, conserva un trozo de la España del siglo XVI. Hasta el nombre de la ciudad supone cierta nostalgia: recordaba a sus fundadores la Mérida de Extremadura, cuando se hallaban alejados de ella a una distancia, que en aquel entonces parecía infinita.

Montejo «el joven», cuyo nombre figura, en relación con los más diversos propósitos, en los edificios públicos de la Mérida de hoy y hasta en carteles de anuncios, edificó una ciudad en el término de cuatro años, en el lugar ocupado antaño por Tiho. Las crónicas han registrado que cuando los primeros españoles llegaron a esa comarca, al ver los edificios de la ciudad maya pensaron en la Mérida de su país puesto que en ella existían y siguen existiendo restos de edificios romanos entre los que se halla un teatro y un anfiteatro. Así, casi confundieron Tiho con la *Augusta Emérita* lusitana, de la que heredó su nombre latino la también hoy floreciente capital yucatana.

La ciudad de Montejo contaba apenas unas semanas cuando llegó una embajada del más poderoso señor de Yucatán, el cacique Xiu, del país de Maní. Ofrecía, de igual a igual, su alianza a los españoles. Xiu era descendiente de los reyes de Uxmal, y su política debió ejercer gran influencia en la conducta de los demás señores mayas. Para el «joven» Montejo debió suponer una inesperada suerte el que, en lugar de prepararse con sus reducidas fuerzas para una expedición guerrera, tuviera que desempeñar una tarea diplomática con el fin de atraerse al poderoso señor maya cuyo nombre completo era el de Ah Cocom Tutul Xiu.

No es frecuente que en las catedrales se halle perpetuada una escena referente a un acontecimiento político. Pero en la de Mérida, el viajante puede contemplar un cuadro de grandes proporciones, una pintura del siglo XVII que representa la escena de la visita realizada por el cacique a Montejo en el campamento instalado en el lugar de la Tiho de antaño. Tal vez, lo que dio carácter religioso a este encuentro fue el hecho de que, ya en su primera entrevista, Montejo propuso a Xiu que abandonara la religión de sus sanguinarios dioses y se convirtiera al cristianismo. Apenas transcurridos dos meses desde la primera conversación, el rey y emperador de España contaba con una nueva y hasta entonces desconocida provincia, gobernada en nombre de su majestad por un señor maya convertido al catolicismo. Las crónicas son muy poco elocuentes en lo que respecta a los sucesores de Xiu y a lo que duró su autonomía. Es indudable que la suerte de Yucatán, esa península de una extensión de cincuenta mil millas cuadradas, quedó separada de la historia de las demás provincias mexicanas, hoy estados federales. Durante el curso de

decenios, e incluso de siglos, los conquistadores sólo pudieron ocupar, y sobre todo pacificar, algunas partes de la península. En sus comarcas más apartadas siguieron viviendo tribus y federaciones de ciudades mayas, por lo general en lucha contra los españoles. La lucha maya por la independencia de Yucatán prosiguió desde los siglos de la colonización hasta incluso la segunda mitad del siglo XIX. Los separatistas de Yucatán obtuvieron armas de la Guayana inglesa y, de este modo, durante mucho tiempo —en su propio mundo— salieron triunfantes en la lucha contra las tropas enviadas, a costa de grandes dificultades, por el gobierno central. Constituye un curioso hecho histórico el que la sofocación de la última gran sublevación maya fuera una verdadera gran guerra colonial, entre 1905 y 1910, durante el último período de la presidencia de Porfirio Díaz. Naturalmente, al viajero le resulta muy difícil constatar hasta qué punto se ha apaciguado ese anhelo de independencia de Yucatán. Durante nuestra estancia allí, en el curso de algún que otro diálogo no pudimos dejar de experimentar la sensación de que las brasas del Yucatán independiente no se han apagado por completo.

Al ir penetrando en el hermoso y limpio centro de Mérida, abundante en parques, nos parece andar a través de una Castilla de ensueño. En algunas calles, los ornamentos de estuco de las casas, los colores azul y rosa y las espléndidamente forjadas rejas de las ventanas muestran la perpetuación del estilo «colonial» pero indican asimismo que en lo que respecta a la conservación de los monumentos se dedica también gran atención a las condiciones locales. Al principio no resulta tan fácil orientarse en el plano de la ciudad; las calles llevan números y, para los extranjeros, estos números no ofrecen un carácter diferencial. El centro se halla establecido en algún lugar entre las calles 47 y 67. Las calles rectas llevan a la Plaza Mayor; la Universidad, la catedral y el palacio gubernamental se hallan en un gran cuadrilátero. En el lado sur de la Plaza Mayor se eleva el palacio Montejo, enorme en comparación con las dimensiones locales. Su edificación fue iniciada en tiempos del más joven de los conquistadores, en los años de 1550, como residencia de la familia. Al parecer, la familia Montejo es de una raza fuerte, puesto que en el palacio habitan descendientes del fundador de la ciudad. Esta familia es, tal vez, la única entre las de los primeros conquistadores que echó raíces en el suelo del Nuevo Mundo.

Para mí, la Universidad de Yucatán constituye un espectáculo especial. Fue edificada en el corazón de la ciudad; a través de las puertas de estilo moderno de esta Alma Mater entran y salen estudiantes de ambos sexos que en su mayoría presentan un aspecto maya, constituyendo polícromos grupos

que invaden la calle lo mismo que en Padua o, digamos, en Budapest, la calle Barnabás. En sus rostros no aparece nada de esa pretendida melancolía tradicional maya. Alrededor de la plaza, la polícroma hilera de adornados coches de caballos de estilo colonial que circulan por la ciudad; en uno de los lados de la plaza, mujeres vestidas con trajes *huipilli* que venden flores. Por su tipo, son más bien bajas y corpulentas; ofrecen un aspecto de extraordinaria pulcritud y su conducta es muy amistosa.

La señora que tuvo la amabilidad de esperarnos en el aeropuerto conoce muy bien los orígenes, las bellezas y las curiosidades de su ciudad natal. Es pariente de la licenciada Miriam Beatriz Ríos, subdirectora del Museo Arqueológico, excelente especialista en la materia, con la que nos encontramos en el curso de nuestro paseo y fijamos una fecha para visitarla desde el punto de vista del arte maya, excelente colección. Partimos de la calle donde se hallan las manufacturas de guayaberas; ante el establecimiento hay un simpático patio enmarcado por buganvillas y laureles rosa. El dueño y su esposa han conservado fielmente en sus rostros los rasgos mayas. Ambos son atentos, amables y se conducen como si fuéramos huéspedes suyos; casi se pudiera decir que sienten cierta sensación de vergüenza al aceptar el dinero correspondiente a los bien presentados artículos, trabajados a mano y adornados con botones de nácar. Esa visita resultó mucho más un placer que una compra.

Nuestro viaje a Yucatán fue organizado por la agencia de viajes de la Srta. Dora. Frente al Hotel Mérida, en el que residiríamos, en una calle que puede ser considerada como la principal de la ciudad, entre una joyería y una confitería se halla la Agencia regentada por la Srta. Dora con gran circunspección y exactitud pero que, no obstante, ofrece una femenina familiaridad y alegría. En las oficinas trabajan varias muchachas; el incesante sonar de los teléfonos, los horarios y las indicaciones prestan un carácter funcional a ese agradable lugar en el que quedó determinado también nuestro programa yucatano. Después de comer nos dirigimos al hotel edificado al pie de las ruinas de Uxmal donde pasaríamos dos noches. Me siento muy agradecido por esa organización, puesto que no es lo mismo ir corriendo a pasar unas horas en alguna parte que contemplar un monumento de modo que la visita pueda ser repetida al otro día temprano por la mañana, frescos y descansados, y poder contemplarlo bajo otra iluminación y desde diferente punto de vista. (Me viene a la imaginación Delfos, donde pudimos volver a buscar las fuentes de Castalia, a las seis de la mañana…)

Por el momento, paseamos por Mérida y entramos en una bonita tienda con aspecto de bazar. Aquí, y ello es raro, no sólo se puede adquirir telas y ropa de confección para señora y caballero, sino también artículos de plata, objetos de recuerdo y folklóricos y trenzados de henequén. Después, bajo la dirección de la Srta. Dora nos sentamos, al filo del mediodía, en un bar cuya atenuada iluminación diurna lo convierte, incluso de día, en un local nocturno y donde la música, igualmente atenuada, el uniforme de los camareros y la atmósfera en su totalidad nos dejan ver claramente que nos hallamos en un establecimiento de «primera categoría»; probablemente, durante la gran temporada, debe ser muy visitado, debido también al frescor que ofrece, por los turistas norteamericanos. Por lo demás, pude darme cuenta de que el inglés, no muy adecuado para ser pronunciado por bocas españolas (ni evidentemente, por bocas mayas) ha llegado a ser algo así como el segundo idioma de los yucatanos. Es el idioma que los niños aprenden en las escuelas, e incluso los vendedores ambulantes han asimilado algunas frases del habla americana. Sólo es considerado como guía de extranjeros aquel que puede desempeñar esta actividad también en inglés. Durante nuestra estancia allí, estaba a punto de llegar un grupo de trescientas personas compuesto por médicos alemanes, bajo la égida de la Agencia. Estaba convenido que viajarían con sus propios medios y que, con gastos muy reducidos, visitarían todo lo que constituye un acontecimiento arqueológico. Pero ¿quién iba a hablar en alemán con ellos? Ésta era una de las preocupaciones de la Srta. Dora.

Nos dan la dirección de un restaurante que lleva el nombre de un espléndido hotel y en el que sirven carne de ciervo de Yucatán. Desde tiempos inmemoriales, la península es rica en esta clase de animales; éstos son más pequeños que los de nuestra tierra. El domingo, cuando nos dirigíamos en jeep hacia la selva virgen, pude ver durante el camino varios indios en bicicleta, con un ancho sombrero de paja, expresión reconcentrada y, al hombro, una escopeta de un solo y largo cañón. El conductor nos explicó que, como era domingo, los campesinos indios salían para cazar ciervos. Y el resultado de su actividad se manifiesta en la cocina del restaurante. Pero, por lo visto, la suerte no favoreció a los cazadores porque ese manjar no nos fue servido en la capital yucatana.

Después de un viaje de hora y media larga por una buena carretera, llegamos a Uxmal, centro arqueológico que hace unos años no era tan fácilmente accesible. Hoy día, dos grandes hoteles situados a bastante

distancia entre sí aseguran albergue a los visitantes. Desde Mérida también se puede llegar a la ciudad en ruinas con el autobús que circula hasta Campeche.

El Hotel Hacienda, junto con algunos edificios de menor tamaño, se eleva solitario en ese misterioso paisaje. El enorme templo maya denominado Palacio se destaca con agudos y duros contornos del pequeño mundo que le rodea. Por sus escaleras trepan diminutas figuras; son los chiquillos de los alrededores que eligen este ejercicio para poner de manifiesto su valentía.

El Hotel Hacienda da la impresión de ser una residencia privada cuando el viajero llega al jardín existente ante su fachada y busca la puerta de entrada. Es uno de los raros hoteles en los que no existe teléfono ni telégrafo; el correo tiene lugar a través de Mérida; en realidad, ofrece el aislamiento perfecto. Raras veces he visto un establecimiento hotelero tan hermoso y de buen gusto. Nos hace recordar los hoteles de los mares del sur (claro, también nosotros nos hallamos en el trópico) y en su estilo se amalgaman afortunadamente el efecto de un palacio privado, el de una exposición de artesanía, el confort de un lugar de descanso y la nostalgia colonial. Todo esto enmarcado por elementos y objetos, de mayor y menor tamaño, del arte maya. En lo que se refiere a la artesanía, en la tienda del hotel, que permanece abierta durante el mediodía y hasta el anochecer, el visitante de la maravillosa Uxmal sólo tiene el problema de elegir entre multitud de recuerdos de paja, tejidos o de arcilla. Empero, lo más hermoso de todo es la piscina del hotel y el jardín envuelto en el perfume de exóticas llores…

Los mayas observaban el correr del tiempo, la órbita de los astros y llevaban la cuenta de miles de años y de millones de días. Pero fueron los únicos, entre los pueblos que alcanzaron un tan alto grado de civilización, que no conservaron nada de sus acontecimientos históricos; no conocemos el nombre de sus soberanos ni de sus reyes-sacerdotes, ni conocemos tampoco nada en relación con su vida y sus hechos. Según el concepto de nuestros días, no tuvieron, hasta los últimos tiempos (es decir, hasta el siglo XIV de nuestra era) una vida política. Sumidos en los problemas del infinito, crearon maravillosos templos, tallaron relieves, esculpieron estatuas y millares de obras maestras, de mayor o menor tamaño, en la esfera de las artes aplicadas.

Si, empero, conocemos algo de la antigua civilización de los mayas —en relación aproximadamente con los años en los que Montejo el viejo intentó, con la aprobación de su rey, luchar contra el amor a la libertad de los yucatanos— tenemos que agradecérselo a un hombre que presenta dos fisonomías. El enigma ofrecido y el papel desempeñado por el padre Diego de Landa en el mundo de las investigaciones mayas merecen que esbocemos con

cierta precisión el retrato de ese misionero del siglo XVI que causó grandes daños y que, al mismo tiempo, fue un inteligente lingüista y folklorista.

Landa debió hacer su aparición en la escena precolombina cuando, en la década de los cuarenta del siglo XVI, Montejo emprendió la lucha contra los mayas, pero sin lograr romper su resistencia. Según se dice, a este fracaso contribuyó en gran parte el hecho de que dirigía la resistencia un náufrago español llamado Guerrero que, atravesando por todo género de vicisitudes, comenzó siendo esclavo y terminó en cacique. No siguió el ejemplo del que fue su compañero de viaje, Aguilar, el ascético intérprete de Cortés, sino que fundó una familia y, al poco tiempo, alrededor de este marino de mentalidad práctica, fue surgiendo la primera y numerosa prole de mestizos de la tierra de Yucatán. Cuando Cortés le dirigió un mensaje llamándole —puesto que Aguilar conocía muy bien la suerte y el punto de residencia de Guerrero— contestó al caudillo español que se sentía muy bien entre los indios y no deseaba reunirse con sus compatriotas. Según ciertas informaciones, fue Guerrero quien enseñó a los mayas —dos décadas más tarde— el manejo de las armas de fuego y la utilización de los caballos; además, estaba también al corriente de la táctica militar europea. Por otra parte, de tiempo en tiempo hacía llegar a los españoles mensajes con informes que tenían como fin inducirles a error y que perturbaban o, por lo menos, retrasaban la campaña guerrera de Montejo que, finalmente, no abocó al éxito. El germen de la descomposición se ocultó en la deserción y en la conversión del señor de Maní, Xiu. Éste se proponía vencer a sus rivales con la ayuda de los españoles y, de este modo, Montejo consiguió introducir una cuña en la ya de por sí poco consistente alianza de las ciudades. En aquel entonces, el episcopado de Yucatán lo ocupó Diego de Landa, prototipo del impaciente burócrata eclesiástico, incapaz de encontrar matices de transición entre el negro y el blanco.

El padre Landa, segundo obispo de Yucatán, tuvo noticias de que en Maní, sede de la dinastía de Xiu, se seguían realizando frecuentes sacrificios humanos en honor de los antiguos dioses. En 1569, Maní (la antigua capital es hoy un pueblo de dos mil habitantes mayas) fue ocupada por una expedición punitiva que recogió todo lo que hacía recordar la antigua fe. Todo lo que todavía existía en vestigios escritos (libros, relieves, tallas en madera) fue llevado al mercado de Maní. La misma suerte corrieron las piedras calendario y los almanaques, es decir, todo lo que hubiera podido ser conservado de la vida espiritual maya. Según se dice, la hoguera de este auto de fe espiritual fue encendida por el mismo Diego de Landa. Así quedó reducida a cenizas

una buena parte de aquello que hubiese constituido un tesoro de inapreciable valor para los mayas si hubiese podido ser preservado del criminal apasionamiento destructor de Landa.

Éste fue, indudablemente, el lado negativo de la figura de Landa; si no hubiera intentado reparar sus hechos, en la historia universal de la ciencia figuraría al lado del califa Omar, quien incendió la biblioteca de Alejandría, o como Zumárraga, primer obispo de México, quien en Tlatelolco ordenó una destrucción semejante a la de Landa, pero quizás de mayores proporciones, de los vestigios aztecas. Pero a mediados del siglo XVI también en España soplaban los vientos del humanismo que procedían en primer lugar de Italia. Fue aumentando el número —incluso en el Consejo de las Indias— de los que trataban de coleccionar, según las posibilidades, el tesoro de las tradiciones de los pueblos de Nueva España, y se acrecentó también el de los que no creían que los monumentos que aún existían estaban al servicio del demonio. Así, cuando llegó la noticia de la quema de libros realizada por Landa sin permiso y por su propia iniciativa, quedó colmada la medida. Es posible que, además, consideraran necio el informe de Landa según el cual «… entre los objetos recogidos encontramos también un gran número de libros y como en ellos no había otra cosa que supersticiones y falsedades diabólicas, los lanzamos a las llamas…»

Para su vergüenza, Landa tuvo que regresar a España donde, por el momento, fue internado en el convento de San Francisco de Guadalajara, en el que tuvo mucho tiempo para preparar su defensa. Pero esa forzada retirada le ofreció también tiempo para escribir su *Relación de las cosas de Yucatán*, el manual fundamental de las ciencias precolombinas que hoy día reviste decisiva importancia. Landa fue también muy dado al estudio, lo cual le permitió aprender la lengua maya y anotar fonéticamente, con letras latinas, las inscripciones de los monumentos. Bien es verdad que no encontró la piedra Roseta de la escritura maya y, por esta causa, no pudo perpetuar su «desciframiento», y ello aunque no sea más que por el hecho de que la escritura maya no era alfabética sino ideográfica. Si bien en el curso de la práctica seguida durante siglos se formaron algunos jeroglíficos correspondientes a algunas sílabas o, eventualmente, letras, sólo pueden ser comprendidos o descifrados en correlación con todo el texto. No obstante, todo lo que se puede saber acerca de esas «grecas» mayas debe ser agradecido a Diego de Landa. De este modo, todas las anotaciones que dejó Landa revisten extraordinario valor desde el punto de vista de las investigaciones mayas realizadas con base científica.

JOHN LLOYD STEPHENS, EL VIAJERO DE LAS TIERRAS MAYAS

Ya que nos hemos referido tanto a los pecados como a los méritos de Landa, digamos también algunas palabras acerca de *otro* americanólogo cuyo nombre surge tantas veces cuando se trata de la ciudad en ruinas de Uxmal: el abogado americano John Lloyd Stephens, que vino al mundo en 1805. Ya desde los primeros años de su juventud estuvo caracterizado por una especial inquietud espiritual. Se convirtió en un excelente observador y no tardó en sentirse atraído por los viajes. Vino en barco a Europa, se dirigió también a Egipto donde —en los principios de la edad de oro de la egiptología— vio todo lo que se podía ver, y llegó asimismo a regiones de Arabia desconocidas hasta entonces. Durante su estancia en Londres trabó amistad con un artista inglés llamado Catherwood que, al principio, era dibujante y que luego se convirtió en un maestro de la *linterna mágica* primero y, más tarde, de la *daguerrotipia*; sentía apasionamiento hacia la arqueología y, a sus enciclopédicos conocimientos se unía, además, perseverancia y humor inglés.

De regreso a Nueva York, Stephens publicó en 1837 un diario titulado *Aventuras de viaje en Egipto, Arabia Pétrea y Tierra Santa*, que fue puesto en circulación por la más distinguida de las editoriales americanas, Harper and Brothers. Esta obra constituyó un éxito sin par e hizo que la atención de los lectores ingleses se sintiera atraída por ese autor americano de excelente estilo. También Edgar Allan Poe se manifestó en términos de gran elogio respecto a dicho libro.

El éxito monetario contribuyó también a que Stephens pudiera cumplir la promesa que había hecho y pudiera dar comienzo a los preparativos para ese viaje que estaba destinado a descubrir ya la historia del continente. Mientras tanto, también Catherwood se había trasladado a Nueva York donde fundó una oficina de arquitectura. (Por otra parte, fue Catherwood quien instigó a su amigo de espíritu eternamente inquieto, Stephens, para que investigaran

juntos aquel territorio todavía virgen desde el punto de vista de la arqueología, Yucatán).

¿Qué era lo que el abogado americano, hombre público y escritor novel, podía saber hasta entonces acerca de aquellas civilizaciones escondidas en la tierra maya enrojecida por el óxido, o de los vestigios de aquel mundo de recuerdos sumido en la selva? Cuando tuvo ocasión, en Londres, de estudiar la literatura de la entonces naciente arqueología, entretejida todavía con novelescos lazos, algunas publicaciones o documentos llamaron la atención de Stephens. Llegó a sus manos la obra escrita sobre las *Antigüedades del Perú*, y, más tarde, un informe bastante romántico, *Descripciones de las ruinas de la ciudad antigua al lado de Palenque en el virreinato de Guatemala*. El primer libro del descubridor y (menos preciso) narrador de Palenque, el capitán español Del Río, le indujo (estando todavía en Londres) a pensar todo lo que quedaba aún por descubrir en su propio continente. Otra obra que llegó a manos de Stephens daba cuenta de las labores de investigación del capitán Dupaix, enviado después de Del Río, figurando también en ella el estudio de Lorenzo de Zavala que había visitado personalmente Copán, Palenque y Uxmal y que, cuando fue nombrado Embajador de México en París, publicó sus memorias. Todo esto ocurrió entre 1837 y 1839. Así se comprende que, impulsado también por sus ansias de aventuras científicas y en poder de los quince mil dólares que le había proporcionado su libro sobre Egipto, Stephens, en 1840 —acompañado por Catherwood— iniciara su desde hacía mucho tiempo proyectado viaje a Yucatán.

Consiguió dar a su viaje cierto carácter oficial. El secretario de estado para los asuntos exteriores de Norteamérica envió a Stephens en calidad de «delegado de confianza» a la «Federación de los Estados de América Central» que ya entonces se hallaba en una situación caótica y que no tardó en disolverse. Ello vino a suponer para Stephens cartas credenciales y un cierto carácter diplomático. (Esto último le fue de más utilidad que las cartas credenciales dirigidas a una federación estatal que ya ni siquiera existía). Por su parte, Catherwood se equipó abundantemente de medios arquitectónicos y de edificación, llevó consigo su linterna mágica y, con este sistema de lentes utilizado antes del invento de la fotografía, proyectó sobre papel los objetos, paisajes y edificios a dibujar.

En aquella época, bajo el nombre de «México» se comprendía todo lo que figuraba en el mapa arqueológico (o etnográfico) de América Central. No se conocía aún los círculos conceptuales de las civilizaciones maya, azteca,

tolteca, etc. Pero el interés de los decenios de romanticismo había atravesado ya el océano, y también los frutos literarios del viaje realizado por Alexander V. Humboldt contribuyeron a que las civilizaciones del Nuevo Mundo fueran objeto de un mayor interés del que hasta entonces les había sido dedicado. Ese interés se manifestó en primer lugar respecto al legado literario. La gran colección Kingsborough, que presentó en una magnífica exposición los vestigios precolombinos hasta entonces hallados, produjo una gran impresión en el mundo científico. Pero los vestigios y los lugares mismos fueron relativamente poco examinados. Sobre todo, en lo que concierne a personas que no sólo se hallaran guiadas por el afán de los descubrimientos sino que escribieran también informes científicos sobre las zonas arqueológicas.

El viaje a Yucatán de Stephens y Catherwood es hoy día un tesoro común y no tengo el propósito de referirme a él en sus detalles. Cuando llegaron a Mérida se interesaron acerca de las posibilidades de visitar la ciudad en ruinas de Uxmal, a una distancia de apenas cincuenta millas de Mérida. Obtuvieron una carta de recomendación dirigida a un tal Simón Peón, propietario rural, en cuyas tierras se encontraba Uxmal, e hicieron en dos días el camino hasta las ruinas. Cuando, súbitamente, detrás de la baja vegetación se destacó una enorme pirámide, el Castillo, los dos viajeros habían contemplado ya Palenque y Copán y, de este modo, se habían acostumbrado a esas extrañas estructuras; empero, Uxmal produjo en ellos un efecto sorprendente. «Con gran sorpresa —escribe Stephens— llegamos a un espacio abierto en el que se distribuían los altozanos que ocultaban las ruinas; vimos enormes terrazas y edificios, estructuras de grandes dimensiones que se hallaban en buen estado y en las que pudimos admirar su rica ornamentación. Aquí, el bosque no perturbaba la perspectiva, y el efecto no fue, en absoluto, menor que el de las ruinas de Tebas…»

Resulta interesante comparar los grabados de Catherwood que ilustran el libro de Stephens con las fotografías que tomé la tarde de nuestra visita y, sobre todo, con las fotografías aéreas que presentan esa enorme ciudad en ruinas en toda su extensión. Como ya he mencionado, en los alrededores de 1839 Catherwood utilizó todavía la linterna mágica. Dibujaba las imágenes proyectadas en el papel y, a base de esto, elaboró, en el más alto nivel de la época, sus grabados gráfico-artísticos. Pero esos grabados llevan también en sí la huella del estilo del dibujante de gusto ligeramente romántico y más bien clasicista. Por otra parte, hay que tomar en consideración que Catherwood sólo tomó como canon la representación de los monumentos greco-romanos

y, más tarde, egipcios; de esta manera resulta comprensible que en las sin par creaciones de la época floreciente de los mayas y en la conformación de los edificios, en sus grabados prevalezcan las tradiciones clásicas de un modo inimaginable según el concepto actual respecto al arte precolombino. La comparación resulta también muy interesante por el hecho de que, así, podemos ver cómo el siglo y medio transcurrido desde la realización de los grabados de Catherwood ha ido borrando de los monumentos de Uxmal muchos de sus elementos, en primer lugar los decorativos.

A título de curiosidad vale la pena mencionar que aproximadamente cuando Stephens y Catherwood dieron fin a su primer viaje científico a Yucatán, se decidió William Prescott a escribir, a base del enorme material que había coleccionado, su obra *La historia de la Conquista de México*. La aparición del libro de Stephens precedió en muy poco tiempo a la publicación de la obra, fundamentalmente histórica, de Prescott.

* * *

Antes de visitar un tan extenso territorio arqueológico como el de Uxmal vale la pena realizar algunos estudios preliminares. Hay que situar de alguna manera esa imagen casi fantástica que inesperadamente surge ante nosotros, de modo que se halle en correlación con las civilizaciones. Hay que procurarle un fondo en el tiempo y en la historia, antes de acercarse a ese grupo de monumentos. Sobre todo en el caso de que el viajero quiera descubrir las cosas siguiendo su propio gusto. Éste es el más personal y valioso método. Por lo general, los turistas de este tipo no recurren a los servicios de los guías, sobre todo cuando la labor de éstos se realiza en el marco de grupos de visitantes cuyos componentes no poseen, por termino medio, ni los más fundamentales conocimientos de arqueología. En esos casos, los guías se adaptan al nivel más bajo del gusto general, refieren abundantes anécdotas y, evocando los horrores de antaño, crean una atmósfera de tensión y escalofrío.

Afortunadamente, en Uxmal pudimos armonizar ambos métodos. La tarde de nuestra llegada, todavía con buena luz y cuando el calor empezaba a menguar (a mi parecer, debíamos estar a unos 28 °C), J. F. y yo nos decidimos a entrar en Uxmal y visitar los principales edificios, más exactamente a tratar de ubicarlos en el espacio. También en el caso de Uxmal se pone de manifiesto lo rápidamente caducas que resultan las ilustraciones arqueológicas. Una buena parte de la documentación que se halla en mi poder

representa el Castillo todavía en ruinas, y una lujuriosa y casi inextirpable vegetación tropical parece querer asfixiar los edificios. Todavía hace diez años debía ser bastante difícil acercarse a las ruinas; también tuvieron que privarse de hacerlo aquellos que llegaron a Mérida y habían conseguido descubrir Chichén ltzá. Hoy, las posibilidades para la contemplación de los monumentos de Uxmal han cambiado radicalmente, tanto desde el punto de vista de la arqueología como del turismo. La localidad, situada a setenta y ocho kilómetros de Mérida, es accesible en auto en poco más de una hora. La zona arqueológica ha sido cuidadosamente ordenada, y se puede transitar fácilmente por ella puesto que ha sido extirpada la vegetación. En lo que se refiere al cuidado prestado a los monumentos, la restauración ha sido llevada a cabo con excelentes sentido y gusto y han sido acertadamente resueltos los problemas que suponían las tareas de substituir y completar las partes devoradas por el tiempo. Los más importantes monumentos de Uxmal, aunque no se hallan ante nosotros en su resplandor y en su riqueza ornamental originales, ofrecen hoy una imagen de conjunto que se aproxima a la antigua fisonomía de la ciudad establecida en la época llamada «maya clásica».

Por lo que se refiere al nombre de Uxmal, parece que procede de la palabra maya *oxmal*, que significa «tres veces edificada». Uxmal fue fundada en esa comarca de la península de Yucatán que se halla densamente poblada. No resulta fácil lijar una fecha en relación con la transformación de Uxmal en un centro de culto. Un documento —el libro *Chilam Balam* de Maní— fija como año de su fundación el *Katun 2 Ahau*, lo que viene a suponer cronológicamente que fue entre los años 987 y 1007 de nuestra era. Según la versión del libro *Chilam Balam* hallado en Chumayel, «en mil quinientos cuarenta y cuatro se cumplieron ochocientos setenta años de la devastación de la ciudad de Uxmal y de que sus habitantes abandonaran la comarca de la ciudad». Podemos citar aún las anotaciones del hermano Alonso Ponce, hechas en 1586, según las {cuales, un viejo indio de los alrededores de Uxmal le había dicho que hacía justo novecientos años que había sido fundada la ciudad. Como se ve, la cronología es bastante insegura. Por lo demás, no deja lugar a dudas el hecho de que alrededor del primer milenio cristiano Uxmal era ya un centro de importancia. Aquí, la influencia tolteca llegó más tarde que a Chichén Itzá, y no fue tan profunda ni originó tantas transformaciones como en otros estados de la federación de ciudades yucatana. Cuando la zona de influencia de Xiu llegó a Uxmal, la forma política de la expansión consistió en esa triple alianza de Uxmal, Chichén Itzá y Mayápán. Esta época

llamada «postclásica» duró desde finales del siglo XII hasta principios del siglo XV.

Las excavaciones y los estudios científicos de la ciudad en ruinas de Uxmal sólo tuvieron lugar un siglo después del viaje de Stephens. El trabajo fundamental comenzó en 1943, y aunque Uxmal aparece ante los ojos de los profanos como una unidad arqueológica completamente descubierta, un observador más atento percibe en el horizonte altozanos de una forma bastante regular. También bajo ellos se ocultan construcciones que constituirán la alegría de futuros arqueólogos. No podemos dejar de mencionar el nombre de José Erosa Peniche, arqueólogo jefe de Uxmal.

La zona arqueológica tiene aproximadamente un kilómetro de longitud y medio kilómetro de anchura. El «Templo del Augur», el más enorme de los edificios, se eleva a un par de cientos de metros de nuestro hotel, ofreciendo su perfil que inspira un sentimiento de pavor y de admiración. La fachada de esta colosal pirámide mira hacia el Oriente; la base del edificio es de forma elíptica. Sus enormes pisos no son accesibles desde ese lado, pero en la parte posterior existe una escalera que lleva hasta lo alto. La escalera ha sido reconstruida y, en interés de la seguridad personal de los turistas, ha sido tendido un fuerte cable desde la cima hasta la base. En dicho cable pueden encontrar apoyo los que suben a la pirámide de Uxmal si, sobre todo durante el descenso, son presa del vértigo. Esto no tiene nada de extraño porque la escalera del teocali es muy abrupta y los escalones son demasiado estrechos.

En ambos lados de la escalera encontramos la máscara de Chac, el dios de la lluvia maya. A lo largo de la escalera, estas máscaras simbolizan monstruos amenazadores, con la boca abierta y dientes que sobresalen. En la cima de la torre se halla el santuario. Originalmente, aquí había estatuas que no han sido halladas hasta ahora. En todas partes jeroglíficos que, transformados en decoraciones, trepan hacia arriba. Según los arqueólogos, al principio la escalera sólo llegaba hasta media altura, hasta la primera explanada; los escalones llegaron hasta la cima sólo en la segunda fase de la edificación.

Bajo la luz del crepúsculo que va cayendo, visitamos también el Cuadrángulo de las Monjas. Los primeros descubridores españoles se imaginaron, según su propio concepto, el destino de los edificios que ya en aquel entonces se hallaban en ruinas. A sus ojos, el conocido hoy día como Cuadrángulo de las Monjas debía parecerse a un claustro y, de esta manera, la literatura arqueológica ha adoptado esta indicación. Este «convento», cuyo destino original debió ser, evidentemente, el de servir de albergue a los sacerdotes del santuario, tiene sesenta y cinco metros de longitud y cuarenta y

cinco de anchura, y se halla ya completamente restaurado. Al patio central, verdaderamente imponente y con hermosos jardines, se abre una larga fila de dependencias. A dicho patio se entra a través de la puerta sur del edificio. La luz de la entrada (estoy a punto de denominarla pilón a base de mis recuerdos de Egipto), es un característico ejemplo del llamado *falso arco maya*. Visto en Europa, lo consideraría como gótico, pero aquí la forma arquitectónica «casi» ojival es más bien un elemento decorativo que una solución estructural. Porque los dos arcos no llegan a juntarse: en el medio se halla un tirante que soporta el peso de la parte del edificio que se halla encima. Si los antiguos españoles supusieron que este conjunto de edificios era una especie de convento de monjas, ello se debió también a que aquí existen dependencias anexas que corresponden a las que suele haber en esa clase de edificios. Por otra parte, había una tradición según la cual en el marco religioso maya existían ritos en los que también oficiaban «sacerdotisas». Aunque, según tengo entendido, esto no tiene autenticidad histórica, en la escena representada por el Conjunto Folklórico de México y que evoca el ritual de los sacrificios, desfila una larga hilera de tales sacerdotisas. El cuadrángulo del convento es tan enorme que, tal vez, ni siquiera todo un día bastaría para estudiar detenidamente los cuatro edificios. Una de las alas se denomina el templo de Venus (excepcionalmente, no en homenaje de la diosa del amor sino como símbolo de la órbita del planeta Venus), puesto que el friso de la pared representa a este planeta. Según otros, ese friso es una de las formas de la representación local del dios de la lluvia. La enorme máscara de Chac adorna también la entrada del edificio oriental.

Los ojos no se cansan de contemplar la belleza y la extraordinaria riqueza de motivos de los frisos. Su restauración ha sido ejecutada por manos afortunadas; de este modo, sólo tenemos una idea de la enorme y piadosa labor aquí realizada cuando contemplamos una ilustración fotográfica tomada del Uxmal de hace treinta o cuarenta años. El dios de la lluvia constituye un descollante motivo; su máscara se va repitiendo a lo largo de los frisos. Los ojos se deleitan y, al mismo tiempo, se deslumbran, al contemplar la complicada decoración y las correlaciones arquitectónicas. Columnas de poca altura alternan con los elementos ornamentales, y los capiteles terminan en una cabeza de serpiente. Este convento de monjas, de forma cuadrada, es una de las más afortunadas creaciones del estilo Puuc de la arquitectura maya.

«Es muy probable —dice la guía de Uxmal del Musco Antropológico— que esos elementos arquitectónicos y ornamentales que hemos podido conocer servían como decoración original del edificio, y que sólo más tarde,

cuando las influencias mexicanas llegaron a Yucatán y tuvo lugar la ocupación de Xiu y de los toltecas, fue agregada la serpiente emplumada a los motivos ornamentales de la fachada. Aquí, aparece en forma de dos serpientes: aparecen a intervalos, paralelamente al marco de piedra». En todas partes cráneos de piedra, cabezas monstruosas con dentaduras salientes. Los conquistadores que llegaron a Yucatán no sintieron deseos de establecerse en Uxmal.

PANORAMA DE UXMAL

Nuestro primer paseo por Uxmal quedó interrumpido por la oscuridad súbitamente reinante. Se encendieron las luces alrededor de la piscina del Hotel Hacienda y la polícroma riqueza de las palmeras, lianas y llores tropicales creó un ambiente de selva virgen. En el término de algunos minutos también las ruinas de Uxmal se sumieron en la noche, mientras que en el hotel comenzó el movimiento de la vida de balneario antes de la cena; todo quedó envuelto en el aroma de exóticas flores y abrió sus puertas la tienda folklórica ofreciendo su variada e interesante mercancía.

Al otro día vino a buscarnos un hombre de rostro enjuto y rasgos mayas, encargado por la oficina de turismo de Mérida para servirnos de guía en la necrópolis. Pensé para mis adentros que, tal vez, no tenía demasiada necesidad de recurrir a los buenos servicios del Sr. Vázquez. La tarde del día anterior, J. F. y yo habíamos recorrido los más famosos monumentos y me hallaba en situación de poder encajar Uxmal en el panorama precolombino, en la cadena artística del «Nuevo Imperio» maya que abarcaba —bajo la dirección de Mayapán— las ciudades de Chichén y Uxmal.

El Templo del Augur volvió a surgir ante nuestros ojos y, realmente, no nos hartábamos de contemplar su perfecta belleza, con su armonía que no puede ser sintonizada con el arte del Mundo Antiguo. Entonces, en esa comarca tropical y, no obstante, desértica, se dejó oír la voz del Sr. Vázquez. Desde sus primeras frases pude darme cuenta de que disponía de los conocimientos de un profesor y de un arquitecto. Sabía orientarse en los estilos, en las correlaciones, en los matices de las distintas influencias, en las variantes de la técnica y en los motivos de los relieves. Además, tampoco estaba desprovisto de humor, del que dio pruebas cuando nos introdujo en el inundo espiritual de los siglos Xiu y toltecas. Para ejercer sus funciones en la esfera del turismo yucatano, el Sr. Vázquez tuvo que preparar sus discursos en inglés, pero con nosotros podía hablar en su idioma materno (más exactamente en español, puesto que —como nos dijo— se había criado en un pueblo maya y ésa fue su primera lengua materna). La lucha de la serpiente

«de cuerpo liso» de Yucatán con la «serpiente emplumada» tolteca, que aquí, en los relieves de Uxmal sólo aparece tímidamente pero que domina tanto más en Chichén Itzá, cobra un plástico valor gracias a las explicaciones de nuestro guía. Si le hacemos una pregunta, nos da una respuesta documentada. Un guía de extranjeros en Yucatán. «¿Cuál fue su ocupación original, Sr. Vázquez?» «Estudié arquitectura y me faltaba sólo una asignatura para obtener el diploma. Fue entonces cuando pasé al Instituto de Arqueología que tiene su sede hoy en el edificio del Museo y que pertenece a la Universidad de Mérida». Existen tácitas reglas que suelen trazar una barrera entre el guía de extranjeros y los turistas. Poco a poco también esta barrera va desapareciendo y, durante otras dos excursiones Vázquez, más que un guía, fue un compañero de viaje. En su compañía visitamos también, en Chichén Itzá, la verdadera ciudad en ruinas, lo mismo que, el último día de nuestra semana en Yucatán, la apenas restaurada Mavapán.

Con nuestro guía, en Uxmal todo quedó ordenado para nosotros, como si los edificios aparecieran ahora iluminados por la luz de un reflector más potente. Percibimos las correlaciones entre las diversas estructuras y pudimos descifrar los signos de las sucesivas épocas arquitectónicas. He aquí la Casa de las Tortugas (la fachada, encima de la entrada, se halla dividida por columnas de pequeño tamaño). Hasta entonces no había visto nada semejante en la arquitectura precolombina. Emblemas de tortugas estilizadas son los que han dado el nombre al edificio.

Desde aquí, un corto camino nos lleva a la más famosa de las construcciones maya, denominada Casa del Gobernador. En este caso, con toda seguridad, la denominación no fue sólo obra de la fantasía. Este edificio de gran envergadura, del estilo de Ja época Puuc, debió ser utilizado en tiempos Xiu para servir de sede al gobierno; su gran sala da la impresión de que debió ser utilizada, hace aproximadamente mil años, para celebrar las reuniones del consejo. Este palacio tiene 122 metros de longitud y es de dos pisos. Los preciosos arcos maya están enmarcados por una complicada decoración, ornamentos de estuco y representaciones geométricas. Lo más hermoso es el friso que sigue toda la fachada, con sus máscaras, sus ornamentos y sus característicos símbolos mayas.

Nos detenemos para descansar un poco ante una columna de basalto, semienterrada y con el extremo roto. Parece extraño que esa solitaria columna gris haya sido colocada donde está. Según nuestro guía, es una de las raras representaciones fálicas halladas en estos lugares. El concepto de la decencia de principios del siglo exigió que, ya que los arqueólogos habían excavado

esa columna, le dieran por lo menos la vuelta. Así, la superficie quebrada se eleva de la tierra ofreciendo un aspecto amorfo. Se espera que un espíritu más elevado y comprensivo haga que esa extraña columna de basalto recobre su posición original. Todo esto reviste también interés por el hecho de que en el arte mexicano la sexualidad se filtra muy raras veces y, aun entonces, de una manera no directa. La mayoría de las representaciones se hallan en relación con la vida del culto y el paso del tiempo y, de esta manera, apenas si se ofrece la ocasión de referirse o personificar, bajo alguna forma, a Eros.

Las fuentes antiguas de la arquitectura de Uxmal se alimentaron de la antigua civilización de la comarca de Peten (Guatemala), del estilo chenes. En Uxmal el tallado de la piedra se elevó hasta un nivel extraordinariamente alto. Pero la iconografía de estos motivos esculpidos o tallados en piedra hacen suponer una disposición para la composición y un conocimiento respecto al culto religioso. En mí surge espontáneamente la pregunta de cómo fueron realizados los planes. ¿A base de qué principios desplegaban sus actividades esas escuelas artísticas de Uxmal? ¿Fueron los mismos proyectistas los que ejecutaron los diversos motivos? El largo friso de la Casa del Gobernador ofrece también ocasión para sumirse en tales meditaciones.

* * *

Antes de iniciar mi viaje a México abrigaba ya la intención de resumir, en forma de libro de viaje, la imagen objetiva y subjetiva de mis impresiones. El título del libro parecía girar a mi alrededor. A todas partes me acompañaba la palabra México. Al ir allí, esa unidad conceptual dominaba en todas mis excursiones. Frente a la Casa del Gobernador, instalado en un montón de tierra, estaba contemplando el emblema de la divinidad llamada Chac, el Tláloc de la mitología azteca. Los títulos revoloteaban como mariposas a mi alrededor para desaparecer en un abrir y cerrar de ojos. Saqué mi libro de notas. Entre los apuntes tomados de paso escribí: «Me encontré con el dios de la lluvia». «Esta noche vamos a celebrar el bautizo», dije a mi amigo Jenó Fischgrund cuando nos pusimos en camino para visitar también la parte norte y oeste de la necrópolis de Uxmal. Vázquez pone de relieve la lucha entre los estilos Puuc y Chenes, nos enseña el casi sin par y más pequeño templo Chenes que aparece como aplastado entre los edificios Puuc. La mayor diferencia entre las dos escuelas se pone de manifiesto en la decoración. El estilo Puuc sólo decora el friso de la fachada, mientras que el Chenes la cubre totalmente de ornamentos.

Hasta donde alcanza la vista aparecen, aún sin huellas de excavación, montículos en los que se esconden partes de edificios o estructuras. Algunos de los edificios ya excavados llevan extraños nombres: «El cuadrángulo de las palomas», «La pirámide mayor», «La terraza de las estrellas», «La casa de la anciana». Llegamos también hasta un edificio que en la guía oficial es denominado «templo de los falos». A él o a sus alrededores debió pertenecer la columna ya citada puesta boca abajo y semienterrada. El santuario de antaño se encuentra a más de medio kilómetro de la «casa de la anciana». Ahora, el calor tropical cae también sobre la explanada de Uxmal situada a relativamente gran altura. Por fin, llegamos hasta el monumento evocado por la publicación del Museo con las siguientes palabras: «… la fachada del templo es lisa… en su parte superior aparecen elementos esculturales de forma fúlica. Probablemente, estaban destinados a conducir el agua que corrían desde el techo… En Uxmal han permanecido numerosos signos de representación fúlica…, es probable que esa forma, ajena a esta provincia y rara también en todo el arte maya, fuera traída a Uxmal desde otra parte. Se supone que en esto prevaleció la influencia tolteca, pero tampoco queda excluida la posibilidad de que se trate de una influencia huasteca, puesto que en esta cultura dicho motivo se da abundantemente. El culto fálico ocupaba una significativa parte del mundo religioso de los antiguos pueblos de México, pero no en su aspecto erótico sino como símbolo de la fecundidad, en una asociación con el culto de la fecundidad de la tierra…»

EXCURSIóN ARQUEOLóGICA A LA SELVA VIRGEN

En la entrada del Hotel Hacienda de Uxmal se halla un anuncio en el que se comunica que, en caso de darse la conveniente concurrencia, todas las mañanas sale un jeep para visitar las ciudades en ruinas que se hallan en la selva virgen, en un viaje de siete horas de duración. El programé promete la visita a Sayil, Labná, Kabah y Lapac. Hasta ahora sólo había oído hablar de Sayil y en lo profundo de mi memoria surgió algo relacionado con el «arco de Labná». ¿Habría, fuera de mí, alguien que quisiera hacer esa excursión? Durante la cena me comunicaron que había un matrimonio dispuesto a participar en ella y que me preparara para salir a las siete y media.

Igual que un cazador que llena sus bolsillos con cartuchos, me dispuse a llevar conmigo una buena cantidad de carretes fotográficos. Evidentemente, nunca se me presentaría la ocasión de visitar esas ciudades en ruinas situadas en medio de la selva virgen, y sus fotografías son muy raras en publicaciones ilustradas. El matrimonio en cuestión era un médico norteamericano de cierta edad y su esposa. Se habían retirado y establecido en Guadalajara y, después del más duro clima de los estados del norte, gozaban del maravilloso clima meridional de aquí. Estaban sentados en la parte de atrás del vehículo; yo ocupé el asiento al lado del robusto conductor de rasgos indios y que daba la impresión de ser un hombre de la selva. El vehículo, construido no precisamente bajo el signo de confort, corría a gran velocidad por la excelente carretera. Fue entonces (era domingo) cuando nos encontramos con los indios ciclistas y cazadores de ciervos. El coche aminoró la marcha y tomó por un estrecho sendero. La etapa cómoda había terminado y quedaba la parte más difícil del camino, por la selva virgen. Comprendí por qué se utilizaba un jeep. Lo más emocionante fue la síntesis de los colores, diferenciar los matices del océano verde de la casi impenetrable vegetación y, como contraste, el rojo de los senderos o de los caminos trazados por los animales. Lo que no pude ver en la carretera de Uxmal fue ese intenso contenido de

óxido de la tierra: durante la memorable excursión nos acompañó hasta el fin ese tono rojizo.

Una excursión así, en jeep, es un extraño acontecimiento. Resulta imposible dormitar en el vehículo, hay que observar incesantemente el camino. Y hay que agarrarse con las dos manos para evitar que, ante los frecuentes obstáculos que suponen montículos de tierra, grietas, el paso de los animales, la irrupción del bosque, etc., uno salga despedido por el lado abierto del vehículo. Todo el mundo tiene que aprender por su propia cuenta la técnica del viaje en jeep. El chófer, con el rostro impasible, concentrando su atención, maneja el vehículo con mano segura. Como me dijo más tarde, hace ya cinco años que, día tras día, a excepción, tal vez, de las semanas de muchas lluvias, viaja por la selva llevando a los turistas. Cuando a media tarde estamos de vuelta (con cierto dolor en el sacro) contemplo con respeto a ese excelente mestizo que con un tan fatigoso trabajo se procura el pan de la familia y cría a sus numerosos hijos.

Resulta difícil imaginar mayores contrastes que los que nos fue dado contemplar durante ese viaje. Siempre me imaginé la selva virgen como una infinita extensión cubierta de árboles muy altos a cuyos pies crecen lianas y arbustos en los que hacen su nido las serpientes. Seguro que hay selvas así en Yucatán. He visto fotografías aéreas en las que la coloración del follaje de los árboles deja ver que a sus pies hubo en tiempos ciudades. Entre las piedras de las estructuras convertidas en ruinas y la vegetación prosigue una lucha secular; esto es lo que muestran las fotografías con sus franjas y sus manchas más o menos claras. Pero aquí, por donde nos dirigimos, a los dos lados del sendero (también podríamos llamarle atajo) se extiende la maleza que alcanza menos altura que la de un hombre, presentando una densidad que parece impenetrable. En otros tiempos, en la época de los mayas; extirparla debió constituir una operación muy difícil que tampoco hoy día debe resultar nada sencilla. No vi animales, pero puedo imaginarme que en el infinito silencio, en el sofocante calor seco, el ruido del jeep debe ser oído desde muy lejos por todos los seres vivos. El chófer conduce con gran seguridad; la vegetación se abre, y un recodo nos deja ver, í en una especie de claro, los vestigios de la ciudad de antaño.

La zona arqueológica se halla protegida por una cerca hecha de troncos; en la entrada, una casita en la que habita el guarda. Vi también una especie de pequeño museo local. El acto más importante, la firma en el libro de visitantes. La estadística de los visitantes debe tener mucho interés desde el punto de vista del orden del musco: hay que indicar el nombre, sexo y

profesión del visitante, la ciudad y el país de donde procede. No creo que sean muchos los ciudadanos de mi país que hayan visitado Savil o Labná. Hojeo el libro. En grupos, alemanes y, acá y allá, franceses.

El conductor del jeep, de aspecto robusto y que encajaría más bien en una aventura del oeste, comienza a hablar en inglés. Con un agradable acento nos va diciendo con exactitud cuáles son los monumentos más célebres de Sayil. Los lugares que visitamos se hallan en trance de reconstrucción. Evidentemente, debe haber un plan conjunto para el registro de los vestigios mayas y para la ordenación de sus alrededores. De todos modos, ese mismo día podemos acercarnos a las cuatro ciudades en ruinas cada una de las cuales cuenta con descollantes monumentos. Si, digamos, tomo como punto de comparación Mayapán, me doy cuenta de la enorme labor arqueológica que representan estas excavaciones de apariencia provisional. Al examinar los grabados realizados por Catherwood alrededor de 1840, podemos observar todo lo que ha sido borrado y destruido por la implacabilidad del tiempo, las tormentas, la vegetación y la avidez de los turistas, cómo se han desgastado o deteriorado los relieves, las máscaras, los elementos ornamentales y las «grecas» que, como otros tantos documentos, figuran en las representaciones del dibujante inglés.

Mientras nos vamos acercando hacia el «palacio», también aquí, en Sayil, surge, durante la conversación, el problema del «falso» arco maya. ¿Qué papel desempeñaba, por qué eligieron esta forma de construcción cuando aquí no se trata en absoluto de la función de resistir cargas o soportar presiones como en el caso del arco gótico europeo? Nos dirigimos hacia un pequeño claro; en todas partes, manadas de pavos. Éstas fueron las únicas aves mansas que encontraron los españoles en el Nuevo Mundo. Desde entonces, los pavos siguen siendo un eterno elemento en todos los caseríos y patios indios. Están construyendo una casa. ¿Está, quizás, destinada al guarda y su familia? Y la están edificando con el superviviente estilo maya y sus métodos. Plantan en la tierra altos troncos de árbol descortezados. Encima de éstos colocan un tejado de pendiente pronunciada que, según el modelo de remotos tiempos, es carpinteado y, luego, cubierto de bálago. «Miren —nos dice inesperadamente nuestro conductor—, esta casa está construida de una manera típicamente maya; es esto lo que hicieron, en *piedra*, los constructores de antaño cuya tarea consistía en edificar templos y palacios. ¿El arco maya? Imita exactamente el techo bajo el que nos encontramos ahora». ¿Quién lo hubiera pensado? ¿Quién hubiera pensado que también aquí convergen

«góticamente», pero sin juntarse, las paredes de una casa maya compuesta de una sola estancia y hecha de madera sin ninguna clase de accesorios de metal?

En Sayil, la tierra aún no removida que cubre las ruinas forma todavía colinas, pero percibimos ya el Palacio, ese edificio de gigantescas dimensiones que sobrepasan casi las de los monumentos de Uxmal de Chichén Itzá. La fachada del palacio tiene unos ochenta y cinco metros de longitud y presenta *tres pisos*; al último piso se puede subir por una escalera relativamente cómoda y ancha, situada en la parte sur. El primer piso se halla en un estado bastante ruinoso. El armonioso juego de columnas de menor y mayor tamaño, un dintel, la máscara del dios de la lluvia, Chac, entre los motivos de serpientes. Encima de todas las puertas, la figura de Chac, que desciende rodeado de cabezas de serpiente. En el piso más alto, el que se encuentra en mejor estado, cuento siete dependencias. Como veo, cada una de ellas tiene entrada independiente.

Sayil, con las ciudades aliadas —con Labná, Kabah y Lapac— era uno de los eslabones de la federación mayapana, de la única estructura política que conocemos en el territorio del «nuevo imperio». Según sabemos, Sayil no desempeñó ningún papel especial que fuera perpetuado por las crónicas. No obstante, construyó en la selva virgen un «palacio» tan enorme como éste. Según las posibilidades técnicas de la época, ¿cómo y en cuánto tiempo fue levantada esa estructura de tres pisos que, con su tono rojizo, sus espléndidas máscaras y su pompa decorativa se halla sola en la selva esperando, quizás, que dentro de poco sean desenterrados los demás templos que servían al Palacio? Porque aquí es sólo ese gran edificio el que se encuentra; a una distancia de medio kilómetro se halla El Mirador, un edificio de dos pisos, en estado bastante ruinoso, desde cuya galería que corre por toda la fachada debieron contemplar en tiempos el paso de las estrellas y la órbita de Venus los sacerdotes astrólogos que lo habitaban.

La excursión de hoy presenta el rasgo curioso de que debo, fijar en la memoria estructuras muy semejantes entre sí, y ello en breve plazo de tiempo. ¿Quién podría contar los kilómetros entre los accidentes del terreno? La aguja del reloj es lo único que mide el tiempo. Mis ojos contemplan todavía la belleza del palacio de Sayil; un recodo en el camino y dejo ya de ver los maravillosos tonos rojizo-amarillentos que con su armonía subyugaron también a Stephen y Catherwood.

El calor es sofocante; mi compañero de viaje, el medico, no se ha acostumbrado, ni siquiera en Guadalajara, a un calor tropical así, aunque aquí, ahora, es «otoño». La sequía, que dura por lo menos dos meses, aja y decolora

la vegetación. El conductor saca bebidas refrescantes de una caja de metal que contiene hielo y que está atada en la parte trasera del jeep. Dispone de bastantes reservas y nos las ofrece con amabilidad al ver que el sudor corre por nuestra frente. De este modo refrescados, emprendemos el «camino» que lleva hacia Labná. Avanzamos a través de la selva y no puedo dejar de admirar el sentido de orientación del conductor que llega siempre puntual y exactamente a todas partes. Bien es verdad que recorre todos los días este camino accidentado y no exento de peligros, y no sólo en tiempo seco sino también en la época de las lluvias cuando los charcos, las cunetas llenas de agua y las resbaladizas subidas dificultan aún más la marcha. Se acerca la hora del mediodía y el terreno rojo sangre parece lanzar chispas allí donde danzan las manchas de sol; ante nuestros ojos se extiende un infinito mar verde y, no obstante, no pude cerrar los ojos por espacio de más de un minuto, puesto que tengo que cuidarme de mí mismo cuando el jeep pasa por montículos, cunetas u otros accidentes del terreno. Si no me agarro a los dos lados puedo perder el equilibrio y caer fuera del vehículo. Me es imposible adormilarme aunque sobre mis párpados pesa una fatiga de plomo. En la parte de atrás, el médico puede dar tranquilamente unas cuantas cabezadas; a él y a su esposa no les amenaza el peligro que me acecha; desde la parte trasera es imposible caerse.

Siguiendo nuestra ruta, el chófer nos muestra una estructura fálica que yace en la selva. Aquí y allá aparecen piedras blancas. ¿Son estatuas o restos de edificios que se hallan en la selva desde la desaparición del mundo maya?

Labná: he leído ya algo acerca del famoso arco *de Labná*. Y he visto fotos e ilustraciones que lo representaban. Pero ¿cómo puede aproximarse eso a la realidad viva, a esa extraña y armoniosa armazón que surge repentinamente a nuestra vista cuando el coche toma una curva? (De nuevo, el ritual de los museos: libro de visitantes, entrada, guardián, bandada de pavos). Este arco que ofrece una extraordinariamente complicada ornamentación se halla ahora solo, erigiéndose sobre el campo de ruinas. Originalmente constituyó parte de un gran edificio y debió hallarse en la parte central del mismo, dividiendo entre sí dos patios de forma cuadrada que, en la época de esplendor de Labná, estaban rodeados por otros edificios. Resulta sorprendente la altura del arco, así como las complicadas partes que se hallan inmediatamente a ambos lados del mismo y la decoración de la parte del edificio que se halla por encima del arco; no hay tiempo para dedicarse por separado a cada una de las partes, para estudiarlas, para reconocer las formas geométricas. (Tal vez, todo esto lo suplirá el objetivo de la máquina fotográfica, si salen bien las fotos… Pero

cuando, ya en casa, pude comparar las tomas con la foto existente en la monografía escrita sobre Labná, resultó que no coincidían en absoluto. En mi foto se hallaba el arco, pero las decoraciones aparecían dispuestas de otra manera. El misterio quedó esclarecido cuando encontré una foto del famoso arco de Labná, visto desde atrás. La fachada delantera y trasera difieren considerablemente, y yo había fotografiado la última puesto que era en ella donde entonces daba el sol).

Los grupos de la zona arqueológica de Labná se hallan dispuestos según los puntos cardinales. El norte significa el Palacio, es decir, el grupo de edificios distribuidos en tres patios. También aquí aparecen las pequeñas columnas, una rica decoración casi en toda su íntegra belleza. Apenas es posible fijar en la memoria ese extraordinariamente complicado juego de los motivos ornamentales. Se acoplan a los elementos de construcción; las figuras y las máscaras se hallan tan estilizadas que unos ojos no iniciados son incapaces de reconocer su forma ancestral. ¿Por qué es así? ¿Tal vez también eso era debido al terror hacia las hieráticas tradiciones según las cuales sólo los sacerdotes y los letrados podían orientarse entre los emblemas y el significado de los sistemas de signos? ¿Y qué debía experimentar el pueblo maya que durante las grandes festividades acudía desde los pueblos y aldeas, al contemplar esos maravillosos palacios erigidos en el corazón de la selva, esos templos, miradores, frontones de pelota, estatuas y relieves que tan poco se asemejaban a la realidad perceptible? Evidentemente, los iniciados tendrían que explicarles los motivos, si es que era necesario explicar la *Biblia pauperum* maya. ¿Por qué causa elevaron esos intimidantes palacios en la selva virgen? ¿Quién los construyó? ¿Sobre quién recayó la dura faena? De eso no hablan ni la tradición ni las crónicas existentes, como las variantes de *Popol Vuh* y *Chilam Balam*.

La estación siguiente es Kabah. Aquí, el jeep se detiene ante la empalizada de troncos, al borde de la selva virgen. Nuestro chófer vuelve a abrir su cajón y nos distribuye la comida del mediodía empaquetada en el hotel.

A grandes rasgos, conozco ya las estructuras y los principales motivos ornamentales comunes de los palacios y templos de las ciudades mayas en ruinas. Empero, en cada lugar aparecen nuevas formas, una pasmosa variedad de estructuras, como si libraran una lucha final contra la destrucción. A medio restaurar, esperan que los arqueólogos les devuelvan su belleza original, cuando sea abierto el camino entre Mérida y Campeche. También en Kabah causan pasmo las gigantescas fachadas. El palacio se llama *Codz Poop*, que

significa «la estera enrollada». Por lo general, esos palacios fueron edificados en un altozano para que, de esta manera, se destacaran aún más de los alrededores. También aquí la fachada se halla decorada con un sorprendente número de máscaras (tal vez trescientas). Antes de llegar aquí, me sentía agotado a causa del calor y de todo lo que ya habíamos contemplado. Pero en cuanto percibí el palacio Kabah (y lo mismo les ocurrió a mis compañeros de viaje) ese nuevo e inesperado acontecimiento hizo que nuestro entusiasmo se despertara. El monumento de Kabah apareció ante nosotros enorme, majestuoso y tremendo; no fue necesario recurrir a las explicaciones; durante largos minutos permanecimos mudos ante esos maravillosos vestigios de la arquitectura y del arte decorativo mayas. También en él se hallan dependencias y salas divididas entre sí mediante el arco falso maya. Máscaras, decoraciones y ornamentaciones planas dispuestas geométricamente. A esto ya estoy acostumbrado. Pero esa «estera enrollada» (hay quien la compara a una trompa de elefante recogida) se hallaba ante mí en su solitaria belleza. El objetivo será lo único que me la hará recordar. ¿Cómo es posible separar Sayil, Kabah y Labná? ¿Cómo vamos a poder tomar nota, recopilar y situar cada cosa en su lugar entre los recuerdos acumulados en un solo día? Al proseguir hacia adelante, hacia el final de nuestro viaje, bastante fatigados, el chófer nos muestra, aquí y allá, restos de edificios, piedras, columnas. En la última etapa del camino la vegetación se va haciendo menos espesa y el jeep acelera de manera casi imperceptible. En el horizonte se destaca la pirámide de Uxmal, nos espera el simpático Hotel Hacienda.

MÉRIDA

Disponemos de tres días para visitar Mérida, punto crucial del «nuevo» imperio maya de antaño, entre Uxmal, Chichén Itzá y Mayapán. La literatura científica evita ya la terminología de «antiguo» y «nuevo» imperio. Los mayas no constituyeron un imperio y, de todos modos, la dispersión de las tribus mayas *del sur*, la inesperada despoblación de sus ciudades y lugares de culto suponen una de las discutidas cuestiones, de la americanología. ¿Quizás los habitantes del México, de las Honduras y de la Guatemala de nuestros días, así como de las ciudades mayas que existieron antaño en la Guayana inglesa, tales como Tikal y Copán, las abandonaron en el curso del siglo IX porque se veían impotentes, no disponiendo más que de utensilios de piedra, para combatir la lujuriosa vegetación tropical que, bajo el efecto de la época de las lluvias, invadía sus tierras de labor? Hace algunas décadas esta suposición parecía la mejor fundada. Así quedaba explicado el que hubieran cesado las piedras-calendario que indicaban el ritmo de la vida en las ciudades mayas y el que no existan vestigios posteriores al siglo IX, en los que hubieran perpetuado algún momento importante de su existencia. La vida maya prosiguió sin dejar signos ni huellas, de la misma manera que durante esa época de su cultura primitiva, que puede ser calculada en dos milenios, y que es denominada como «formativa» por la ciencia.

Los arqueólogos consideran que la primera *piedra-calendario* data del año, 328 de nuestra era, pero, como ya hemos dicho, existen también datos, en un objeto de menor tamaño, correspondientes al año 31. El último dato sobre el transcurso del tiempo fue establecido antes del año 1000. Existe otra teoría según la cual el desmembramiento, sin causa aparente, del «antiguo» imperio de los mayas es puesto en correlación, de la misma manera que la migración de éstos desde sus antiguos lares al Yucatán, con siniestros augurios, con la órbita de las estrellas y con acontecimientos astronómicos. Una hipótesis reciente hace suponer profundos cambios sociales: el pueblo oprimido se hartó del dominio de las clases superiores, principalmente del de los sacerdotes, y se deshizo del yugo jerárquico. Si esta suposición es válida,

el pueblo tomó en sus manos su propio destino. Al mismo tiempo, excluyó el ejercicio del poder a los que guardaban el secreto de la escritura. También es posible que la clase sacerdotal no sobreviviera al cataclismo. De este modo, el pueblo siguió vegetando alrededor de los cada vez más abandonados centros, pero ya dejaron de indicar en los relieves de las piedras-calendario el curso de los años y la llegada y el paso de los grandes ciclos.

En las cercanías de las ciudades en ruinas no han sido halladas, en ninguna parte, huellas o tumbas comunes que sean indicio de una catástrofe natural, incendio, epidemia o grandes luchas. Las estructuras libradas de la vegetación que las ocultaba no presentan ninguna huella de que la mano humana hubiera intentado destruirlas.

Se calcula en tres millones el número de los mayas que, aproximadamente hacia el año 1000, fueron conmocionados por esa desconocida tragedia americana. Durante seis o siete siglos edificaron templos y un sistema de cultos. Luego, en el término de algunos años, abandonaron todas las ciudades y centros del culto. ¿Por qué motivo? Además de esto, también resulta sorprendente que ese número relativamente grande de centros urbanos no se hallara incluido en el marco de una unidad organizada políticamente sino que cada una de las ciudades debía regirse por sus propias leyes. ¿A qué se debió que en el curso de algunos decenios desaparecieran todas las manifestaciones de una buena parte de esa civilización? ¿Cómo pudo trasladarse ese enorme pueblo —a través de selvas, pantanos y terreno sin caminos— principalmente a Yucatán donde, en el término de casi un siglo, volvió a florecer de nuevo su arte arquitectónico, labraron de nuevo sus piedras-calendario y crearon la cultura —sorprendente incluso hoy día— del «nuevo» imperio? Lo extraño es que no perpetuaran nada de ese gran éxodo; tampoco la tradición oral ni los libros o crónicas que han permanecido hasta nuestros días se refieren especialmente a ese hecho. Por otra parte, es también bastante confuso lo que afecta a las fechas, puesto que el primer vestigio datado de Chichén Itzá es del año 367. La civilización maya de Yucatán alcanzó su cumbre alrededor del siglo X. Pero esta época es también aquella en la que los conquistadores toltecas del valle de México (después de haber recorrido una distancia enorme incluso para un avión: unos mil setecientos o dos mil kilómetros) llegaron aquí y ejercieron su influencia, principalmente en Chichén Itzá. Al mismo tiempo —alrededor de 997— llegó a Yucatán la Serpiente Emplumada, Quetzalcóatl, exiliado de su trono de Tula, para adoptar su figura divina en el mundo del culto maya. En esta serie de acontecimientos semihistóricos y semimitológicos surge el nombre de la tribu Itzá. Al parecer, era un pueblo

originario de los alrededores de Tabasco, que se fusionó con los toltecas (evidentemente de número más reducido) de Quetzalcóatl y, junto con éstos, se apoderaron de Chichén Itzá (de nuevo, un poco antes del año 1000 de la era cristiana). También el obispo Landa se refiere a esta última migración de los pueblos cuando anota que «… la tribu de itzá que se apoderó de Chichén Itzá se hallaba bajo el mando de Kukulcán (la Serpiente Emplumada). Las gentes de la tribu de itzá dicen que el jefe había llegado de Occidente, pero ya no están de acuerdo acerca de si Kukulcán llegó antes o después de ellos… o junto con ellos».

CHICHÉN ITZÁ

Después de hora y media de viaje en auto, si todo va bien, estaré en Chichén Itzá. Van a cumplirse cuatro décadas desde que hojeé por primera vez libros precolombinos e intenté descubrir el sortilegio o el secreto de ésa —tal vez la más perfecta— ciudad maya en ruinas. Es la primera hora de la tarde y hay que apresurarse, puesto que a mediados de noviembre anochece bastante pronto. Por el momento hace un calor tropical, las pequeñas ciudades de estilo colonial y los muy pulcros pueblos indios por los que atravesamos parecen hallarse sumidos en la siesta. En todas partes me sorprende la belleza de las rejas de las puertas y, especialmente, de las ventanas, así como la decoración en estucado azul o rosa de los marcos de las puertas. En todos los lugares existe una Plaza con la iglesia y el ayuntamiento y, a su alrededor, algunas casas señoriales, frecuentemente deslucidas. ¡Esta tarde llegaré a Chichén Itzá! Tengo que confesar que en lo más profundo de mi alma abrigo el sentimiento de que fue esto lo que me indujo a venir a México.

Vázquez, el guía, evita, afortunadamente, las anécdotas. Las correlaciones y las diferencias serán evidentes al comparar lo que vamos a ver con lo de Uxmal. Ya somos capaces de orientarnos entre los estilos Puuc, Chenes y Chao. Tampoco podemos dejar de observar que los motivos toltecas van apareciendo en una abundancia cada vez mayor. Es por la tarde y la luz no es tan cegadora como alrededor de las ciudades en ruinas de la selva. Cuando, según un plan determinado, comenzamos en un suave altozano el recorrido de Chichén Itzá en seguida se despliega ante nuestra vista, en toda su enorme extensión, el más famoso de los centros mayas. Nuestro guía nos dice que la nueva ciudad de la Serpiente Emplumada se hallaba al norte del Chichén de nuestros días. La Serpiente Emplumada llevó al trono a la dinastía Itzá y, después, abandonó la nueva ciudad para regresar —según otra leyenda— a México, donde fue a reunirse con sus antepasados el año 999 de nuestra época. Desde el punto de vista de la historia resulta fidedigno el hecho de que después de la supuesta marcha de Quetzalcóatl, las tres ciudades mayas de Uxmal, Chichén Itzá y Mayapán concluyeron una alianza política; la ciudad-

estado más importante de esta federación fue Mayapán; también en Uxmal reinó la dinastía Xiu. Pasados dos siglos, estallaron luchas internas entre las familias reinantes de las tres ciudades. Los más combativos fueron los Cocom de Mayapán, que a finales del siglo xin expulsaron de su ciudad a los notables de Chichén. A partir de entonces comenzó la decadencia de Chichén Itzá; no edificaron más monumentos e, incluso, utilizaron los materiales de los templos a punto de derrumbarse para realizar reparaciones, más necesarias, en las demás estructuras. Pero las edificaciones realizadas presentan ya el influjo de los «mexicas». Esa época duró aproximadamente desde mediados del siglo XIII hasta mediados del siglo XVI. Los españoles sólo hicieron su aparición más tarde —por primera vez en 1533— en los alrededores de Chichén Itzá. En las cercanías de Petén, los itzá fundaron una nueva ciudad-estado que tuvo como centro a Tayasal. Esta ciudad fue tomada —después de una prolongada resistencia— por el español Martín de Ursúa, en 1697. Pero siempre quedó algo del anhelo de independencia hasta fines del siglo XIX e, incluso, hasta principios del presente.

El obispo Landa mencionó Chichén Itzá por primera vez en 1566, cuando visitó esos parajes y se refirió también al famoso Castillo. Después, el templo de Kukulcán sólo fue citado por los viajeros ocasionales o por las personas oficiales que pasaban por aquellos lugares. Ese maravilloso mundo de ruinas fue convirtiéndose cada vez más en víctima de la vegetación, hasta que Stephens, durante su viaje a Yucatán, volvió a descubrir la ciudad de los itzaes, que causó la admiración —y podríamos decir que hasta el pasmo— del mundo civilizado. Desde mediados del siglo XIX fue creciendo el número de las empresas arqueológicas. El objetivo consistía en liberar a Chichén Itzá del abrazo de la selva. La imagen perpetuada por Catherwood en la ilustración de *Travels* muestra el aspecto que debía tener el Castillo de Chichén Itzá cuando fue visto por primera vez por Stephens. Se elevaba por encima de la llanura cubierta de enormes árboles. La figura de piedra, con los dientes rechinantes, de la Serpiente Emplumada velaba ante el Castillo. Por todos lados, la vegetación había penetrado en la pirámide y hasta en el antiguo santuario crecían árboles cuya copa proyectaba su sombra sobre la entrada. En el aspecto restaurado del templo de la actualidad, podemos reconocer los grabados antiguos y se puede percibir el resultado de la limpieza, extirpación de hierbas y ordenación del terreno que han sido llevadas a cabo. En uno de los lados ha sido repuesta la escalera maya original, tal como fue vista por Stephens. Resulta todavía más interesante el dibujo de Catherwood que representa otros dos espléndidos monumentos de Chichén Itzá, la Casa de las

Monjas y el Observatorio: en estos dibujos se destaca el excelente estado de los edificios, la ordenación de los terrenos que se hallan ante ellos y, en lo que se refiere al Observatorio, la escalera parece de relativamente cómodo acceso. Es casi seguro que la suerte de las ciudades mayas conocidas en la actualidad estuvo —mirando las cosas desde el punto de vista de los arqueólogos— en que no constituían ya centros vivos cuando llegaron a ellas los conquistadores españoles. Éstos no encontraron allí nada que colonizar y hacía mucho tiempo que las ruinas no servían para el culto de la Serpiente Emplumada. De este modo, los conquistadores dejaron que los monumentos se fueran arruinando, sin ser atacados por los picos con el fin de extraer de ellos los materiales que pudieran ser utilizados para la edificación de una cercana ciudad española. En lo que se refiere al arte del relieve, Stephens escribió que «… son tan delicados como los antiguos trabajos egipcios…» Cuando el viajero americano llegó al «Patio de las mil columnas» comenzó a contar esos incomparables vestigios arquitectónicos. Cathervood no pudo dibujarlas todas y hasta el mismo Stephens dejó de contar cuando llegó al número de trescientas ochenta. (Nadie puede descifrar el sentido religioso o urbano de esa multitud de columnas).

La zona de las ruinas es tan enorme (comprende unas trescientas hectáreas) que, por lo general, suele ser visitada en dos partes. El centro de una de ellas es el Castillo y el del otro «hemisferio», el Templo de los Guerreros. Con los trabajos de restauración de Chichén Itzá se hallan enlazados en primer lugar los nombres de Sylvanus G. Morley y Reygadas Vértiz, en las décadas segunda y tercera de nuestro siglo. La labor arqueológica prosigue incluso en nuestros días bajo la égida de la *National Geographical Society* y otras instituciones científicas.

La pirámide del templo (tan perfecta en su género como la de Uxmal) se eleva desde una base cuadrada de cincuenta y cinco metros, se divide en nueve pisos y es accesible desde los cuatro lados. La entrada del norte del templo antiguo lleva en sí los signos de la influencia tolteca: en ella domina el emblema de la cabeza de serpiente, pero, entre las «grecas» ornamentales, se ve también la estilizada máscara de piedra del dios de la lluvia. Cada una de las escaleras tenía noventa y un peldaños. Si multiplicamos este número por cuatro obtenemos los días del año. El Castillo fue edificado sobre otro edificio anterior cuya existencia ha sido investigada, durante los trabajos de exploración, mediante pasos y túneles. Ese antiguo edificio tenía diecisiete metros de altura y estaba ornamentado con relieves representando jaguares, pero en la decoración hay también flores y figuras de serpientes.

A algunos pasos del Castillo se halla la plaza de juegos de Chichén Itzá que en su estado actual deja percibir perfectamente el ambiente de los antiguos concursos rituales de pelota. Es un enorme espacio cubierto de césped y en forma de T, delimitado en dos de sus lados por altas terrazas. Según la tradición, allí arriba solían sentarse, en un lado, los sacerdotes y, en el otro, las altas personalidades. En la pared longitudinal se hallan unos elementos de piedra, especie de yugos, dispuestos en forma irregular, a través de los cuales tenían que lanzar una pesada y maciza pelota de caucho; si ésta era lanzada con mucha fuerza, hasta podía causar un golpe mortal a quien alcanzaba. Por lo tanto, los jugadores se ponían una especie de delantal de cuero griego, a la manera de un escudo. Cada uno de los equipos se componía de siete jugadores. Según los reglamentos del juego, estaba prohibido tocar la pelota con la mano y con el pie; había que hacerlo solamente con la pierna, la rodilla, la cadera, el brazo y, quizás, la cabeza. Si se puede dar crédito al relieve labrado en piedra que se halla al comienzo de la cancha, el juego iba a vida o muerte. En ese relieve, el jefe del equipo derrotado ofrece voluntariamente su vida, a guisa de sacrificio. Puede verse cómo el arma de obsidiana se eleva para cortar la cabeza del derrotado en el juego de pelota. Los jugadores, mientras corrían detrás de la suerte, podían contemplar, en las paredes circundantes, los símbolos de su mitología, máscaras, tigres, serpientes y representaciones del dios de la lluvia. En los demás vestigios arquitectónicos de la ciudad en ruinas, en el templo del norte, en el templo del tigre y en la casa de las águilas, se alternan esos mismos motivos ornamentales. En el interior del templo del tigre han permanecido los frescos; éstos representan escenas bélicas en las cercanías de un pueblo o una población maya. Es un encuentro entre guerreros mayas y toltecas y estos últimos están acaudillados por serpientes de plumas Entre las armas no figuran arcos sino solamente lanzas y escudos redondos.

Habría que dedicar días enteros para poder mirarlo todo detalladamente y para poder grabar en la memoria los distintos detalles, ubicaciones y decoraciones. Desgraciadamente, tenemos que seguir adelante si queremos contemplar las famosas estructuras de la necrópolis. No estamos solos; por la tarde se ha constituido un grupo de turistas, pero ese espacio que antaño pudo dar cabida a varias decenas de miles de fieles o espectadores de los juegos de pelota parece tragarse a los turistas llegados de lejos y que, acompañados de un guía o consultando libros de viaje, tratan de grabar en la memoria los monumentos que se alinean uno al lado del otro. Todos ellos son de fácil acceso, en primer lugar los templos.

En su libro titulado *Sobre los juegos y deportes del antiguo México*, Román Piña Chan —citando también a otros autores— da a conocer con riqueza de detalles los juegos rituales. En los terrenos de juego de pelota, especialmente en Chichén Itzá, nos había llamado la atención ya esa especie de «yugos», a través de los cuales había que lanzar la pelota hacia el otro lado de la plaza, hacia el lado donde se hallaba el adversario. ¿De dónde procede esa figura de los yugos? Porque los mayas no utilizaban animales domésticos. En lo que a esto respecta, el mencionado autor escribe que «… esos yugos debían ser una forma ulterior de los anchos cinturones con los que los jugadores se protegían el estómago… La forma de los yugos se asemejaba a una herradura cerrada o abierta. Eran lisos o estaban adornados con relieves; en este caso, en ellos figuraban sapos o monstruos que se hallaban vinculados a la tierra y a la muerte. Pero también solían figurar en ellos rostros humanos, manos con gesto de protesta y máscaras funerarias; estas últimas estaban adornadas con espirales, órbitas y meandros…» Las pelotas utilizadas en el juego fueron descritas por Sahagún:

«… su tamaño era como el de las bolas utilizadas en el juego de bolos; estaban hechas de resina o de goma. Éste era un material muy liviano, y las pelotas eran tan elásticas como las llenadas con aire… En lo que concierne a los guantes, los jugadores los llevaban para amortiguar en lo posible el golpe de la pelota…»

La cancha fue descrita por el padre Motolinía: «… la cancha en donde jugaban era denominada Tlachlli. Se asemejaba a un camino abierto entre dos paredes. Hacia el final de la cancha, las paredes se iban estrechando. La cancha tenía aproximadamente cuarenta metros de longitud, de acuerdo, poco más o menos, con las circunstancias locales. Frecuentemente, las paredes tenían cornisas de muy primorosa factura. Allí arriba se podía subir por escaleras; el juego era observado por muchos, desde todos los lados… Para la celebración de los juegos se elegía un día, cuando los augurios eran favorables, y la cancha esperaba a los jugadores, pintada y ordenada. Alrededor de medianoche, los magos practicaban conjuros… A la mañana siguiente, adornaban las paredes con las imágenes de sus dioses y entonaban cantos, y cada uno de los dioses tenía el suyo…»

El período en que hicieron su aparición los juegos de pelota rituales —en los territorios habitados por los olmecas, en la orilla del Golfo, en La Venta —, es conocido de los investigadores ya desde 1300 años antes de nuestra era. Las gigantescas cabezas a que nos hemos referido anteriormente, la más conocida de las cuales es la procedente de La Venta, «representaban, al

parecer, las cabezas de nobles olmecas jugadores de pelota que fueron decapitados después de los concursos; esto significaba el mayor de los honores, desde el punto de vista de la vida en el otro mundo. Debió ser así como quedó establecida la costumbre ritual, que en los tiempos históricos perduró en forma de sacrificios humanos…»

En todas las partes de la América Central se hallan vestigios de los juegos de pelota: en las comarcas habitadas por los mayas, en la región del Golfo, en Monte Albán y en los territorios del Norte de México, incluso en los que hoy día pertenecen a los Estados Unidos, ha permanecido el recuerdo de esos juegos. También en la época de la cultura «clásica» de Teotihuacán, entre los años 200 y 800 de nuestra era, se encuentran relieves o pinturas murales alusivas a los juegos rituales.

¿Cómo se desarrollaba el juego? Esta vez, vamos a conceder la palabra a Oviedo (1478-1577), un historiador de colorida pluma y testigo presencial de dichos juegos, autor de la *Historia de las Indias Occidentales*:

«… el juego era distinto según tuviera lugar entre dos paredes o en terreno abierto. En el primer caso, había que señalar el terreno. El jugador (o el equipo) que lanzaba la pelota más allá del límite señalado, perdía un punto. La pelota tenía que ser arrojada de nuevo, pero no desde allí adonde había llegado entonces sino desde el lugar en que se encontraba antes de ser arrojada. La pelota era conducida con el hombro, la cadera o la rodilla. Los hombres jugaban contra hombres y, las mujeres, contra mujeres, pero había también equipos mixtos…»

Otra de las principales fuentes de información del siglo XVI, el padre Torquemada, recuerda en su libro *Monarchia Indiana* (Sevilla, 1615) que «… Moctezuma invitó varias veces a los españoles a seguir con atención los juegos, y él mismo participó varias veces en los juegos, porque consideraba que era adecuado que así lo hiciera. Los nobles y los príncipes iban de una parte a otra llevando consigo a los jugadores que se destacaban. El ardor de los torneos era quizás mayor que el acostumbrado entre nosotros. Se enfrentaban equipos de igual fuerza, dos contra dos y tres contra tres. En esos torneos tomaban parte nobles, príncipes y famosos jugadores».

¿En qué consistía el sentido ritual (o mágico) de esos juegos? De esta cuestión se ha ocupado toda una serie de historiadores de la civilización. El códice de Magliabecchi representa el terreno de juegos de los dioses en el cielo. Los juegos terrenales no sólo simbolizan la órbita del sol en el arco trazado por la pelota, sino también la de los astros en el firmamento. Pasan por el borde del horizonte de la misma manera que la pelota a través del anillo

de piedra. Es el símbolo de la eternamente renovada lucha entre el triunfo y la derrota, entre la oscuridad y la luz; el símbolo de uno es el sol y, el de la otra, la oscuridad de la noche…»

En lo que se refiere a los cuadros murales, si me alegré de verlos fue debido a que de este modo tuve ocasión de comparar los frescos mayas (aunque el artista maya trabajaba siguiendo el procedimiento *al seco*) con las pinturas murales de Bonampak vistas en copias.

En lo que concierne a la técnica, en Chichén Itzá no seguían el procedimiento húmedo, al fresco, sino que los pintores, denominados *tlacuilos*, trabajaban con una pintura especial al temple. Este arte mural se propagó desde Teotihuacán y debieron transcurrir largos siglos hasta que alcanzara el grado de perfección que puede ser observado en Chichén Itzá. La pintura al temple se halla disuelta en agua pero, una vez seca, resulta prácticamente insoluble. En lo que se refiere a los materiales básicos sólo pudieron utilizar pinturas obtenidas a base de *minerales*. Empero, los primeros cronistas de la conquista española no se refirieron —según sabemos — a las pinturas murales indias aunque sí mencionaron que pintaban pieles, materiales textiles y otras materias; en sus descripciones hablan en primer lugar de tintes vegetales. Existió también la tradición de que los artistas de antaño utilizaron para las pinturas murales materiales obtenidos de los pétalos de las flores. Así, en nuestros días los frescos aztecas y mayas han sido sometidos a análisis químicos. Y se pudo comprobar que no contenían en absoluto materias vegetales. Los colores rojos los obtenían del óxido de hierro; el ocre, del hidróxido de hierro y, los verdes, de carbonatéis con contenido de cobre. Los reflejos luminosos de las superficies pintadas los conseguían mezclando partículas de pirita en las pinturas. (Al contemplar los frescos originales, parece casi imposible reproducirlos en su tamaño natural y con completa fidelidad, tal como se ha realizado en el caso de Bonampak).

Nos dirigimos hacia el otro lado de este mundo de ruinas hacia el Templo de los Guerreros. Situado frente el Castillo debió constituir el contrapolo de la ciudad. Ese templo debe su denominación al hecho de que en su zona norte abundan las representaciones de escenas bélicas, y este tema era bastante desconocido en el concepto de los artistas del «nuevo» imperio maya. Ese «templo» tiene aproximadamente cuarenta metros de longitud y otros tantos de anchura y se halla sobre una especie de colina artificial ricamente ornamentada a la que se tiene acceso mediante una empinada escalera; pero al llegar a la explanada superior se obtiene una inolvidable vista de Chichén Itzá. Arriba, en la explanada, me encuentro con la más inescrutable de las

representaciones de la escultura tolteca, con la imagen de Chacmool. Esta figura se halla en posición horizontal y la expresión de su rostro es peculiar y misteriosa: es el enviado de los dioses al mundo de los hombre y, si la suposición es acertada, la bandeja situada en su cuerpo estaba destinada a acoger los sacrificios ofrecidos, ofrendas más preciadas aún que el pulque: corazones humanos. Así, mirado muy de cerca, el Chacmool que se halla en la parte delantera de la explanada constituye un dramático espectáculo. Su figura y sus contornos se destacan agudamente del fondo: de este modo resulta comprensible que sea enfocado continuamente, desde distintos puntos, según la posición del sol, por los objetivos de las cámaras fotográficas. Esta explanada y el templo que se abre desde ella constituyen el compendio del sistema de símbolos, de la decoración y de los frisos mayas; en el interior, una enorme mesa que descansa en columnatas con figura de atlantes. Una buena parte de la ornamentación de la gran fachada acusa el estilo Puuc. Figuran cabezas de serpientes llevando cabezas humanas entre sus estilizadas mandíbulas. La única representación más apacible consiste en un ave que vuelve a figurar como motivo decorativo en la pared posterior del Templo de los Guerreros.

Resulta fácil subir a la explanada del templo; usando de cierta precaución y andando de lado, el pie cabe en los escalones. Pero la bajada requiere una mayor habilidad, en primer lugar el prescindir de mirar hacia abajo, porque, por lo general, no hay barandilla donde apoyar la mano.

Hemos «terminado» con los vestigios arquitectónicos de Chichén Itzá. La memoria —y la cámara fotográfica— se esfuerza por almacenar todo lo que ofrece una sola contemplación. Miles de motivos, edificios, elementos ornamentales, estatuas… Y, al bajar, uno tropieza con un verdadero misterio: las *mil columnas* ya anteriormente mencionadas. Nadie sabe con qué fin o con qué idea fueron creadas ni para qué servían. Ni tampoco se sabe si hubo alguien que las contó y si, realmente, fueron, en tiempos, mil… Las columnas se hallan situadas en un espacio cuadrado. Cerca de ellas estuvo situado antaño el gran mercado de Chichén Itzá, con un amplio patio como entrada, con sus dependencias cubiertas, su galería y su friso que representaba guerreros en marcha.

Abandonamos este mundo del pasado creado por la mano del hombre y, después de un trayecto de un par de minutos, nos vamos acercando a la espesura de las leyendas mayas. El Manantial Sagrado de Chichén Itzá (su denominación científica internacional es la de *The sacred well of Chichén Itzá* o, de otro modo, el *cenote*, es un lago natural de unos sesenta metros de

diámetro, rodeado de paredes de roca de veinte metros de altura; estas paredes fueron alisadas por la mano del hombre con el fin de que el lago resultara inaccesible, para que ningún ser viviente pudiera agarrarse a ellas, a no ser por uno de los lados que, evidentemente, debían cerrar cuando, según las tradiciones, presentaban a las víctimas.

El obispo Landa, a mediados del siglo XVI, se refirió al cenote en estos términos: «… a este pozo eran arrojados, en tiempos de sequía, hombres vivos ofrecidos como sacrificio a los dioses… Pero junto con ellos arrojaban también otras cosas, piedras preciosas por ejemplo…». Según otras tradiciones, con motivo de ciertas fiestas arrojaban al lago jóvenes mu chachas ricamente engalanadas con joyas, con el objeto de apaciguar al dios de la lluvia, Chac. Se comprende que, a base de las tradiciones mencionadas por Landa y otros, la leyenda de que el cenote de Chichén Itzá estaba lleno de piedras preciosas perdurara durante siglos, y la imaginación llené de incalculables tesoros ese pequeño lago de unos veinte metros de profundidad.

Si pienso en eso cuando me acerco a la pared lateral del cenote, la conciencia sufre un estremecimiento. Este pequeño lago tropical, invadido por lianas y abundante vegetación, sólo es accesible en un pequeño trecho; el lago, al parecer se halla en comunicación con lejanas vías de agua pero, por lo general, su nivel permanece invariable. No tengo más remedio que pensar en un libro, que leí hace sus buenos treinta años, acerca de la expedición realizada a principios de este siglo al cenote de Chichén Itzá y que se halla relacionada con el nombre de un diplomático americano, Edward Thompson. En aquellos tiempos (1904), el acceso a Chichén Itzá y la iniciación de las operaciones técnicas tropezaron con extraordinarias dificultades. Transcurrieron meses hasta que Thompson pudo pasar de la fase de estudio a la de la realización práctica y dar comienzo a las tareas de explotación del lago.

Según Landa, «ese pueblo experimentaba tanta devoción a Chichén Itzá como la que nosotros sentimos hacia Roma o Jerusalén…». Sería ya difícil comprobar si fue el *auri sacra fames*, el ancestral anhelo de tesoros o el apasionamiento del investigador científico lo que impulsó a Thompson a dedicar tanto dinero y tantas fatigas para explorar el fondo del lago Por lo general, en los «exploradores» de principios de siglo ambas cosas iban a la par. Thompson realizó sus trabajos entre 1904 y 1907, utilizando los medios técnicos de la época, la excavadora, pero también recurrió ocasionalmente a los servicios de los buzos. Su labor, naturalmente suscitó el interés internacional, pero Thompson, durante mucho tiempo, no pudo ofrecer

ningún resultado para satisfacer dicho interés. Cuando entre las posibilidades de utilizar buzos, realizar drenaje o recurrir a las excavadoras eligió esta última, estaba al tanto de que no podía esperar resultados rápidos, puesto que el espeso fango del fondo del lago entierra todo lo que cae en el cenote. «Durante muchísimos días no sacamos otra cosa —escribió Thompson— que fango y hojas… Poco a poco nuestras brillantes esperanzas se iban sumiendo en la nada…» Cuando se hallaba ya casi completamente amargado, la excavadora extrajo dos objetos parecidos a huevos de avestruz. Eran bolas de copal, de las que solían ser colocadas en los incensarios utilizados en el culto. «… De repente renació mi confianza… seguro que esas bolas de copal habían sido ofrecidas al dios de la lluvia…» Durante los meses siguientes Thompson consiguió sacar a la superficie un gran número de objetos (una buena parte de ellos, con gran pesar de la ciencia mexicana, fueron a enriquecer los tesoros del Museo Peabody de la Universidad de Harvard), como objetos de jade, máscaras de oro, pequeñas figuras, hebillas pectorales, brazaletes y vasijas de arcilla. Thompson también tomó parte activa en el trabajo de investigación e incluso descendió hasta el nivel del fango ancestral. Lo que tal vez ofreció más interés que los objetos de oro, plata y cobre fue, desde el punto de vista de la investigación, el hallazgo de restos humanos. Sacó a la superficie cuarenta y dos esqueletos humanos, de los que trece eran de hombre, ocho de mujer y veintiuno de niños entre dos y doce años; por lo general, los cráneos habían sido aplastados artificialmente, según el gusto maya, y los dientes habían sido limados en punta. Los restos orgánicos dejaron suponer que los sacrificios humanos debieron comenzar hacia el siglo VII y este rito siguió siendo celebrado hasta la llegada de los españoles. Según las crónicas, Xiu, señor de Maní, se dirigió a Chichén Itzá, en 1536, para mostrar al cenote sacrificios humanos y, con ello, ganarse el favor de los dioses y que éstos le ayudaran contra los españoles.

Los americanólogos, y en primer lugar los arqueólogos mexicanos, que deseaban asegurar para sus propios museos la mayor parte posible de los tesoros de ese lugar, estuvieron muy lejos de considerar como terminada la expedición de Thompson. El número de octubre de 1961 de la revista de la National Gcographic Society publicó extensos artículos espléndidamente ilustrados acerca de la labor del *segundo* grupo de investigación, dando cuenta de los excelentes resultados alcanzados por mexicanos y norteamericanos pertenecientes al mismo.

El trabajo de exploración fue emprendido por el CEDAM, el Club de Deportes Acuáticos de México, con el apoyo de la National Geographic

Society, así como con la colaboración de la Asociación de Investigadores de Yucatán. El CEDAM había realizado ya varias tareas en el Mar Caribe (búsqueda y extracción de barcos hundidos); como medio técnico recomendó el «ascensor neumático» cuyo funcionamiento fue controlado por los buzos y hombres-rana de la Ilota mexicana. El *air-lift* es un mecanismo de bomba que funciona con enorme potencia y que fue montado en una balsa. La boca de la manga era lo suficientemente ancha como para permitir el paso de objetos de cierto tamaño y hacerlos llegar desde el fondo del lago, junto con el agua, hasta el colector situado en la balsa.

El concentrado e intenso trabajo duró cuatro meses en el curso de los cuales fueron extraídos *varios miles* de diferentes objetos, lo que puso de manifiesto que la expedición de Thompson, realizada más de medio siglo antes y equipada con las deficientes instalaciones de aquella época, dejó todavía muchas cosas en la espesa y gruesa capa de fango. En el curso de la segunda expedición fueron realizados trabajos científicos; por ejemplo, se levantó el mapa de toda la superficie del fondo del lago. El dispositivo de aspiración, como un gigantesco *vacuum cleaner*, fue haciendo subir a la superficie el fango, trozos de roca y, después, objetos cada vez más valiosos; la manga fue situada por los buzos en el lugar que ofrecía más esperanzas de hallazgos. (Los buzos y los operarios del dispositivo de aspiración habían adquirido la necesaria práctica en los trabajos llevados a cabo anteriormente en Port Royal, en Jamaica).

En la balsa esperaban arqueólogos y fotógrafos puesto que, en cuanto comenzase a funcionar la potente bomba, eran de esperar nuevas sorpresas. Al principio, la bomba arrojaba la transparente agua del lago, pero poco a poco el líquido expelido comenzaba a enturbiarse y hacerse más oscuro, lo que significaba que, allí abajo, los buzos habían iniciado su tarea. También en lo que concierne a esta expedición, el primer signo alentador lo constituyó un objeto alargado, apto para servir de incensario y que contenía resina; luego llegó copal y varios recipientes y arcilla. Uno de los buzos mostró un recipiente intacto. Por fin, a la balsa llegó un objeto aparentemente amorfo, y los avisados ojos de los arqueólogos reconocieron en él a un «ídolo». Esta figura de caucho crudo, de unos 35 centímetros de longitud constituyó el primer triunfo de la expedición.

Antes de iniciar su labor de investigación, tanto los arqueó logos como los buzos expresaron sus deseos; uno anhelaba encontrar un cuchillo de obsidiana de los utilizados en los sacrificios, otro cifraba sus esperanzas en hallar un códice maya, desconocido hasta entonces, cuyo material fuera resistente a los

efectos del agua. Se suponía que, cuando Landa inició su campanil de exterminio contra los libros sagrados mayas, los fieles de la antigua religión habrían intentado ocultar en el manantial sagrado —si no en otra parte— los vestigios escritos del culto de sus antepasados.

Hubo quien anhelaba extraer del cenote una coraza española que viniera a confirmar que en los alrededores de 1536 hubo en Chichén Itzá acciones bélicas entre los mayas y los conquistadores.

Uno de los buzos dio cuenta de los minutos pasados en el fondo del lago. La potente lámpara eléctrica sólo podía iluminar, en las oscuras aguas, una extensión muy pequeña. Aproximadamente a una profundidad de trece metros iba tanteando el cable sujetado a una roca. La lámpara, por decirlo así, no le servía de nada; lo que iba palpando con la mano debía ser un tronco encorvado empapado por el agua o un trozo de roca desprendido. Un hombre maya de edad avanzada, que había tomado parte en los trabajos de trasteo de la expedición de Thompson, indicó el lugar en el que medio siglo antes había sido colocado el dispositivo americano. La nueva expedición, en conocimiento de ese interesante dato, indicó un territorio en el lugar opuesto, probablemente nunca explorado, en el que el *air-lift* comenzó a funcionar. El principal enemigo siguió siendo el oscuro y espeso fango: en las impenetrables penumbras era imposible realizar fotografías. La parte del león de los trabajos corrió a cargo del dispositivo de aspiración que transportaba incesantemente a la superficie agua y diferentes objetos. Iban apareciendo trozos de jade, de copal, de recipientes de arcilla, de incensarios y perlas hechas de distintos materiales. A finales del primer mes fue hallada una estatuita de madera de origen tolteca. Después, cascabeles, en su mayor parte de cobre y, algunos de ellos, de aleación de cobre y oro. Estos objetos fueron denominados por los arqueólogos «cascabeles de la muerte». Según ellos, los mayas primero mataban a las personas destinadas a los sacrificios y sólo después de muertas las arrojaban al cenote; pero, antes, les sujetaban en la lengua unos cascabeles así. Naturalmente, también fueron halladas abundantes monedas modernas, la mayoría de ellas de los Estados Americanos. Los antiguos mayas realizaban un animado comercio con todas las provincias y tribus de Anáhuac. Los investigadores dedicaron una especial atención a intentar deducir, a base del estilo y el material de los objetos hallados, las provincias desde las cuales éstos habían llegado a Chichén Itzá. Así se descubrió una hebilla pectoral zapoteca y un anillo mixteca. Según los arqueólogos, un cráneo hallado debió pertenecer en tiempos a una mujer de rostro alargado y delicadas líneas. Un cráneo de niño muestra los signos del

ideal de la belleza maya, con la deformación de la cabeza producida durante su primera edad.

Las crónicas y las tradiciones han conservado algunos de los ritos sacrificiales. Los sacerdotes fijaban de antemano la fecha de ese sombrío día. Según las palabras de la crónica de López Medel, «eran pocos los que por su propia voluntad se presentaban para servir de víctimas y, así, se apoderaban de niños —por lo general huérfanos— o alguna familia numerosa ofrecía a alguna de sus hijas. Las víctimas eran pintadas de azul, que era el color preferido por la muerte. Además, se les suministraba un narcótico —*balche*— y eran acompañadas con música y canto hasta el borde del cenote». Los relieves dan testimonio de cierto caso en que, previamente, a la víctima le fue extraído el corazón y arrojado separadamente al lago, como ofrenda a Chac. Como se suponía que después de la muerte la víctima se hallaba inmediatamente en presencia de los dioses, los sacerdotes, desde muy antes, instruían «a quien tenía que morir» respecto a las peticiones que debía hacer a Chac, naturalmente en nombre de toda la comunidad maya. La prueba de que no todos estaban dispuestos a seguir ciegamente las criminales tradiciones la constituye una nota procedente de 1552 y perteneciente a la crónica de López. «Cuando aquí fue traída una joven doncella para ser sacrificada de la manera mencionada y el sacerdote supremo le incitó a que pidiera a los dioses les concediera buen tiempo, la muchacha respondió que no estaba dispuesta a pedir tal cosa puesto que con ello favorecería a los que querían quitarle la vida. La osadía y determinación de la joven produjo tal efecto que, por fin, le permitieron seguir viviendo y, en su lugar, sacrificaron a otra doncella…»

Los buzos hicieron interesantes descubrimientos; en el fondo del lago encontraron restos de edificios, quizás las ruinas del pequeño templo edificado en el lago. Mientras tanto, el número de objetos encontrados había sobrepasado la cifra de cuatro mil. Entre ellos figuraban también varias estatuitas, alhajas con adornos de mosaico, un cuchillo de hueso en cuyo mango aparecían grabados abundantes jeroglíficos. La evaluación de estos hallazgos revistió particular significado. De este modo, la expedición terminó teniendo a su haber importantes resultados y a los museos de México fue llevado todo aquello «que Thompson no pudo encontrar».

* * *

Nos dirigimos de nuevo hacia el Observatorio, hacia el Caracol. Las estrechas ventanas, casi como aspilleras, servían para observar la órbita de los

planetas, en primer lugar la de Venus. La astronomía y la astrología se hallaban entrelazadas en el mundo de las tradiciones de las sucesivas generaciones de sacerdotes. Estas observaciones, fruto de experiencias seculares, y, evidentemente, una especial capacidad de percepción heredada a través de generaciones, hacían posible que los sacerdotes predijeran, incluso con mucho adelanto, los cambios del tiempo. De este modo, eran prácticamente ellos los que ordenaban al pueblo cuándo tenían que sembrar y cuándo podían recoger ya las cosechas, en primer lugar el maíz, principal alimento del pueblo. También podían predecir la llegada de la bienhechora época de las lluvias. Todo esto revestía esencial importancia en un territorio tan enorme y que no posee ni un solo río. El agua necesaria para la vida es recogida en cisternas en las épocas de lluvia y es también suministrada por la relativamente densa red de cenotes, esa peculiaridad que presenta la naturaleza en Yucatán. No creo que el agua del cenote de Chichén Itzá fuera utilizada para beber. Al preguntarlo a las mujeres mayas que se hallaban en la orilla, vendiendo helados, tortillas y entradas, me contestaron con un no.

Cuando, con gran pesar mío, nos dispusimos a abandonar Chichén Itzá, volví a admirar el Caracol, cuyas cuatro ventanas indican exactamente el comienzo de las estaciones, y echó de nuevo una mirada al templo de la ciudad «antigua» en el que hace unos cien años un arqueólogo francés a la busca de tesoros intentó abrirse bárbaramente camino valiéndose de explosivos. Y tuve la impresión de que esa tarde había realizado una de las más interesantes excursiones de mi vida. Por lo demás, aquí me enteré de que el cónsul Thompson (para que nadie fuera a perturbar su labor) adquirió en 1901, por la suma de ciento cincuenta pesos de oro, todo el territorio de las ruinas, incluido el cenote. Bien es verdad que esa «posesión», una de las más valiosas del mundo, fue expropiada más tarde para pasar a ser patrimonio del Estado, pero Thompson conservó el derecho de trasladar a su patria los objetos hallados. Este caso fue un tanto parecido al de Stephens quien, sesenta años antes, adquirió por cincuenta dólares norteamericanos otra gran necrópoli maya, Copán, que le fue vendida por su propietario mestizo.

Al fundar una ciudad, los españoles, impulsados por la nostalgia, dieron el nombre de sus ciudades natales a las nuevas poblaciones. A esto se debe que atravesemos ahora una ciudad llamada Valladolid. También aquí existe un célebre lago, bastante mayor que el que hemos visto hace poco en Chichén Itzá. En esta población apenas vemos turistas; la bajada, a la manera de una caverna, es maravillosa y tenemos la impresión de llegar a un jardín acuático encantado: clemátides y plantas parásitas aprisionan en su densa red los

árboles sumergidos en el agua, cuyos enormes y viejos troncos forman un verdadero muro. Este cenote debe tener unos diez metros de profundidad y sus aguas, más claras que las de Chichén Itzá, se utilizan para beber después de haber sido hervidas. El espectáculo es tan pintoresco y arrebata tanto la imaginación con su nunca visto encanto que me duele el corazón cuando subo las escaleras hacia la superficie.

Valladolid nos ofrece aún otra curiosidad. El atardecer empieza ya a dejarse presentir, y aquí, sin ninguna transición, reina la oscuridad en cuanto se pone el sol. Vamos al cementerio que aquí presenta, de un modo bastante raro, un carácter intensamente laico. Por decirlo así, no se ve ningún símbolo religioso, ningún crucifijo o imagen de la Virgen, ni ninguno de los símbolos mexicanos que representan la muerte. En él vi diminutas casas de colores (los que dominan son el azul y el rosa) y dentro de ellas una vela o una lamparilla. Se tiene la impresión de contemplar un extenso pueblo liliputiense. También las flores se alinean apaciblemente, como en un parque, o rodean una tumba reciente en la que el difunto que yace ha obtenido ya su simbólica vivienda. Mientras tanto, ha caído ya la noche y el cementerio queda sumido en un azul marino cada vez más oscuro; desaparecen los colores claros, los símbolos que predisponen más bien a la alegría que al duelo y, poco a poco, todo se va fundiendo en el Valladolid yacutano. Se me viene al pensamiento el Valladolid español, antigua capital de Castilla, pero este pensamiento no dura mucho. He escrito sobre esa ciudad, pero no la he visto nunca. Fue allí donde se celebró, en tiempos de Felipe II, el primer famoso auto de fe destinado a llevar a la hoguera a los sospechosos de ser protestantes. Ésta es mi última reflexión en Valladolid. A las seis de la tarde, en la oscuridad, regresamos a Mérida. Mi amigo J. F. y yo nos sentamos en el restaurante del hotel; durante breve tiempo nos acompaña Vázquez, nuestro guía. Nos invita para el día siguiente. Quiere llevarnos, no en calidad de guía sino a título de amigo, a la que antaño fue una de las capitales del nuevo imperio maya, a Mayapán, rodeada de muros de piedra.

J. F. y yo nos quedamos solos; empiezo a calcular las horas «negativas» que el Viejo Continente tiene de adelanto. Allí la noche ha avanzado ya hacia el 11 de noviembre, el día del cumpleaños de mi esposa. Me parece que es la primera vez que pasamos este día alejados el uno del otro. J. F. pide vino de Hidalgo. Las viñas plantadas por los españoles producen una bebida ligera y muy aromática. Y, aquí, en Mérida, los vasos entrechocan al brindar por la salud de Lola.

EL ÚLTIMO DÍA EN YUCATÁN

Por la mañana, en Mérida. Me atraen los mercados, los lugares de venta. J. F. y yo vamos paseando por las calles de la periferia, donde cesa la metrópoli, y hasta el gran mercado nos acompañan los gastados colores coloniales de la antigua y menos ruidosa ciudad maya. Pasamos ante tiendas que, en su mayor parte, ofrecen mercancía textil y que indican especialmente que ciertos artículos están hechos con henequén, es decir, que las cuerdas, hamacas y cordeles están elaborados con hilos de sisal. Se trata de la libra de la planta *agave rígida* que solía ser denominada «oro verde» cuando se requería poner de relieve (antes de la introducción de los hilos de nylon) la riqueza de Yucatán. Las gentes de Yucatán están orgullosas de que la península maya sea el lugar de origen del henequén que más tarde se propagó a diferentes lugares del Mar Caribe. En nuestros viajes por Yucatán hemos visto a ambos lados de la carretera esos enormes campos de cactus cuidadosamente cultivados. Es posible que las fibras artificiales hayan derribado el monopolio de los yucatanos, pero lo que se puede ver supone una enorme cosecha de oro verde. La característica más atrayente del henequén consiste en que crece en los terrenos poco fértiles y rocosos. Constituye una antigua ciencia el saber cuándo debe ser cortado, en qué estado de madurez deben hallarse entonces las hojas, cómo debe ser ablandado con ayuda de ruedas provistas de pinchos, y cómo preparar las fibras de color blanco amarillento con las que se elaboran las cuerdas; según dicen, con ellas sólo pueden competir, en cuanto a resistencia, las cuerdas de Manila.

Los mercados de México ofrecen más colorido que los de Mérida pero éstos son, tal vez, los que presentan mayor movimiento; la mayor parte de vendedores y compradores son mayas y su perfil hace recordar los vistos en los relieves y piedras-calendario. Narices curvadas y cabezas estrechas; lo que sorprende es que entre ellos abundan las personas gruesas. Las mujeres, sin excepción, llevan *huipilli*, y esta especie de túnica que les llega hasta por debajo de las rodillas es impecablemente limpia. Tal vez, este atuendo hace que contemple el mercado de Mérida como si fuera el diorama de un museo

en el que las figuras hubieran cobrado movimiento de repente. Me quedo mirando con la boca abierta a la vendedora de tortillas que con rápidos movimientos va dando a los que esperan docenas de esas tortas de maíz recién hechas y, por lo tanto, muy calientes. Todo el ritmo del mercado presenta dignidad, no hay gritos, disputas o regateos en voz alta. Hasta las vendedoras de pescado aparecen extraordinariamente pulcras. Y otro espectáculo que también vale la pena ser presenciado: los camiones, que llegan uno tras otro, traen de Campeche «frutos del mar». También venden pescados fritos; el puesto hace recordar una obra folklórica, hasta tiene guitarrista. Cierro los ojos por un instante. Me sigue pareciendo increíble que, realmente, me halle en el principal mercado de Yucatán.

Vemos unos coches de caballos, cubiertos, pintados de colores y adornados con borlones. J. F. y yo tomamos uno de ellos para dirigirnos al museo de Mérida y visitar, según lo prometido, a su directora, Miriam Beatriz Ruiz, sobrina de la señora Aida, de la «mesa redonda» que nos acogió en esta ciudad. De este modo podemos contemplar «en familia» esa colección que, sin ser demasiado grande, es extraordinariamente valiosa dado su color local. El auto de la licenciada, una amable y bonita joven dama, se halla ante la puerta del museo. Miriam debe vivir cerca, pues no tarda en llegar en cuanto oye que hemos llamado. Ha publicado ya numerosos estudios y tiene la gentileza de ofrecerme una edición especial del titulado *Supersticiones de los antiguos mayas y su supervivencia entre los actuales*. Claro está, conoce toda la colección como la palma de su mano. Se alegra a ojos vistas de no tener que repetir los elementos de la civilización precolombina como, seguramente, debe tener que hacer muchas veces cuando llegan visitantes de países lejanos. Resulta interesante que en la colección no sólo figuren objetos mayas sino que, justamente con fines de comparación, aparezcan también hallazgos procedentes de Teotihuacán y Monte Albán. Contemplamos una preciosa máscara de Chac, con el símbolo del dios de la lluvia. Algunos elementos arquitectónicos, por ejemplo columnas, fueron hallados en las excavaciones realizadas en la península y no han sido formados a base de restos. En una vitrina, unos fragmentos de frescos son testimonios del arte de los pintores de antaño. También aquí encontramos en muchos lugares las habituales fechas: procedente de la época entre los años 300 y 900 de nuestra era. Traducido al lenguaje de los monumentos, esto viene a significar que aquí, durante mil quinientos años, no cambió mucho la moda en cuanto a la arquitectura, la escultura y la alfarería. Parece como si retornáramos a los lugares donde fueron hallados los objetos y que ya hemos visitado: Uxmal, Chichén Itzá,

Sayil y Kabah. Nuestra iniciada guía tiene una observación «personal» para todo lo que llama nuestra atención. Es su profesión, es eso lo que aprendió en el instituto de la Facultad de Arqueología, que despliega sus actividades en el edificio del Museo. Le pregunto si los estudios fueron difíciles. «Lo más difícil —me responde— fue la lengua maya. Nosotros, los de la ciudad, no hablamos la lengua maya, pero entre las asignaturas obligatorias figuraba la lengua maya clásica». En ciertos objetos de la región maya que se hallan en el Museo se percibe aún claramente la influencia tolteca que se deja sentir en primer lugar en el símbolo de la serpiente emplumada. Son muchos los jarros con forma de cabeza humana, de mayor o menor tamaño; hay asimismo vasijas decoradas con máscaras y encontradas en tumbas, una columna en forma de atlante y fragmentos de frescos; hermosos pájaros de piedra hallados en Uxmal. El Museo —nosotros somos en estos momentos sus únicos visitantes— parece convertirse en el teatro de nuestros acontecimientos personales. La licenciada tiene para todo una respuesta que llega hasta las raíces de la cuestión. ¿A qué se debe el que, habiendo visitado tantos museos y galerías de México, la colección de Mérida haya quedado tan grabada en mi memoria?

PASEO A MAYAPÁN

Nuestra última tarde en Yucatán; mi amigo J. F. y yo, acompañados de Vázquez, nos ponemos en camino hacia Mayapán. El camino —al parecer— no es el seguido habitualmente puesto que, de vez en cuando, Vázquez para el coche, se acerca a una empalizada y habla en maya con mujeres vestidas con huipil. Por lo general, las mujeres llevan los pies descalzos y sus cabellos están divididos en la parte posterior de la cabeza y entrelazados con cintas de vivos colores. En todas partes resulta notable la extraordinaria limpieza de las mujeres mayas. En el camino vemos varias mujeres, más bien de edad, que traen haces de ramas para el fuego. Esto significa —dice Vázquez— que son viudas o no tienen familia. Si hay un hombre en la casa es él el encargado de traer la leña.

El obispo Landa escribió lo siguiente acerca de Mayapán: «Kukulcán (Quetzalcóatl) fundó una ciudad y para ello eligió un lugar que se halla a dieciséis leguas del mar. La ciudad fue rodeada de un ancho muro de piedra, en un círculo de un buen cuarto de legua, en cuyo centro edificaron sus templos parecidos a los de Chichén Itzá, así como otro templo circular, con cuatro puertas; esas cuatro puertas difieren completamente de las vistas en esa comarca. Pero Kukulcán no dio su propio nombre a la ciudad, como hicieron los itzaes, sino que la denominó Mayapán, que significa “bandera maya”…»

La fundación Carnegie realizó excavaciones de carácter primario en Mayapán. Los hallazgos pusieron de manifiesto que ésa era, quizá, la única ciudad *habitada* que no figuraba sólo a título de centro del culto en el mundo maya. Mayapán estaba rodeada de un muro de piedra, siendo a este respecto única entre las ciudades de Yucatán. Aun hoy día se puede andar alrededor de ese muro de la ciudad si bien es verdad que en la mayoría de los lugares la vegetación crecida sobre él no permite seguirlo fácilmente.

¿Qué es lo que debía de haber en ese centro maya? La fisonomía que actualmente presenta Mayapán no se parece ni a la de Uxmal ni a la de Chichén Itzá; en esa nublada tarde somos sólo nosotros los que andamos por la necrópolis que muestra, abandonada y triste, los restos de su mundo de

recuerdos. Vimos bases de pirámides, una hilera de columnas rotas, restos de torres circulares y, además, varias estructuras que, según los arqueólogos debieron ser, en tiempos, viviendas hechas de piedra.

La historia de Mayapán es quizá más interesante y más trágica que esas mismas ruinas entre las cuales surge el recuerdo de las fratricidas luchas mayas que duraron cerca de mil años. Si la cronología es exacta, Kukulcán-Quetzalcóatl fundó Mayapán en 1007 y sentó en el trono a su propia dinastía, a los Cocom. Esta ciudad-estado era tan poderosa que llegó a convertirse en el centro de la triple alianza maya. La alianza establecida entre Chichén Itzá, Mayapán y Uxmal se deshizo en 1194, cuando los combativos Cocom atacaron Chichén Itzá y expulsaron de allí a la familia reinante de los Itzá. Con esta victoria, los Cocom se convirtieron en los únicos señores de Yucatán. Reforzaron su poder obligando a las familias reales de las ciudades a trasladarse a Mayapán donde podían ser sometidas a una constante vigilancia. Este estado de cosas permaneció casi durante un cuarto de milenio, porque la lenta organización en contra de los Cocom sólo en 1441 fue lo bastante fuerte como para que el señor de Uxmal, Xupán Xiu, intentara una sublevación abierta contra los Cocom. En Mayapán, los daños debieron ser pavorosos: los Xiu exterminaron a toda la familia de los Cocom, incendiaron y destruyeron los más importantes edificios, de modo que la población que sobrevivió tuvo que abandonar, voluntaria u obligatoriamente, la ciudad. De entre los Cocom sólo se salvó un hombre que se hallaba de viaje cuando la ciudad fue víctima, de esa tragedia.

Los templos y el observatorio de Mayapán no pueden competir, ni en lo que se refiere a las dimensiones ni en lo que respecta a la calidad estética, con los de las demás ciudades mayas descollantes. Por lo demás, las excavaciones han puesto de manifiesto que en buen número de viviendas existía también un altar; así, pues, parece que una parte de los actos del culto tenía lugar en las casas. Resultó interesante el hallazgo, en numerosos lugares, de máscaras hechas de caucho crudo; éstas representaban a altas personalidades, tal vez a los miembros de la familia Cocom. En una tumba situada en una cueva, al lado de los esqueletos de dos personalidades —seguramente de la dinastía Cocom— fueron encontrados los restos de veintiuna personas que fueron sacrificadas con motivo del entierro de dichas personalidades.

Según la tradición, los que fueron expulsados de Mayapán se trasladaron a Maní, que se hallaba bajo la dirección de los Xiu y que hasta entonces no revestía ningún significado. Aquí florecía la dinastía de Tutul Xiu, uno de cuyos miembros —como lo atestigua también uno de los cuadros conservados

en la catedral de Mérida— prestó juramento de fidelidad ante Francisco de Montejo el joven, unos noventa años después de la devastación de Mayapán.

Está ya a punto de oscurecer. En la fisonomía de esta ciudad muerta hay algo extraordinariamente trágico: las calles forman casi un laberinto. Veo que incluso Vázquez, aunque no es la primera vez que visita Mayapán, parece presa de incertidumbre cuando se trata de buscar el camino de regreso. El guardián no debía esperar nuestra visita y no aparece con el libro de firmas. Ha puesto un cartel diciendo en qué lugar del pueblo vecino podemos estampar nuestra firma y entregar el óbolo. Nos dirigimos a la casa del guardián, un acogedor, sencillo y limpio hogar maya. Todo parece sumirse en la oscuridad, y el recuerdo de nuestro último viaje yucatano queda envuelto en la noche de Mayapán.

RUFINO TAMAYO

Se llama Bazar del Sábado ese lugar de afluencia, difícil de definir, al que, al día siguiente de mi regreso a México, me lleva Alicia, mi programadora de visitas. Este bazar (que es algo así como una exposición y, al mismo tiempo, un polícromo mercado) que comienza todos los sábados por la mañana y dura hasta la noche, resultó para mí un memorable acontecimiento. Cuando llegamos, bajo los rayos del sol se despliega ante nosotros toda la armonía de colorido de un mercado mexicano: están expuestos objetos que, en parte tienen carácter de mercancía de feria y, en parte, son obras de alto nivel del arte folklórico. Este bazar constituye también un punto de atracción para el turismo y hay un buen número de automóviles a la búsqueda de un lugar donde aparcar. En la plaza, al aire libre, hay también una *exposición de cuadros*. Pintores, en su mayoría jóvenes —por su edad supongo que deben ser alumnos de la Escuela Superior— exponen aquí sus cuadros, cada uno donde le parece bien, en una pintoresca mezcolanza. Los cuadros forman una larga hilera y no dejan de atraer, aunque sea por un momento, la atención de los transeúntes. ¿Cómo son esos cuadros? Sería una exageración referirme en tonos de admiración al conjunto de sus cualidades. Seguramente que entre ellos hay muchos que fueron concebidos por sus autores justamente aquí, en el Bazar del Sábado, con destino a adquisidores que gustan de los colores chillones, las soluciones naturalistas o, eventualmente, los temas osados. Como veo, la mayor parte de jóvenes maestros se sienten atraídos por el surrealismo. Esto resulta interesante porque, no hace mucho, experimenté eso mismo en Madrid y en Barcelona. Probablemente es el temperamento, el gusto y el modo de ver latinos lo que imprime esa dirección al arte de los pintores jóvenes. Cuando estamos contemplando los cuadros, un hombre alto, elegante, de cabellos canos, saluda a Alicia y se acerca a nosotros. En un montaje fotográfico de la casa de Fischgrund había tenido ya ocasión de ver a Rufino Tamayo y a su esposa, Olga, así como una pintura realizada por Tamayo en su juventud. Desgraciadamente, el maestro se halla en vísperas de salir de viaje y, de este modo, sólo tengo ocasión de estrecharle la mano y

cambiar con él algunas palabras. El que se halla en situación ventajosa soy yo puesto que, además de reproducciones, he visto también algunas excelentes creaciones de Tamayo y el cuadro que existe en el Museo de Antropología y que representa a la serpiente emplumada, el *Bien*, en su lucha con el tigre, el *Mal*. Conozco también el fresco compuesto en una gran unidad mural de Bellas Artes y sus lienzos del Museo de Artes Modernas. Cuantas más obras suyas veo tanto más me siento atraído por esa figura de vanguardia, la más interesante de la pintura mexicana de hoy día, por el Tamayo que en su renovación y desarrollo ha alcanzado ya el nivel mundial.

Siento que tengamos que separarnos dentro de unos minutos y que sólo por carta podamos enviarnos saludos. Tiene aproximadamente la misma edad que yo y siento una súbita simpatía hacia él cuando veo su mirada. Se destacó como joven miembro de la escuela de pinturas murales mexicanas y llegó a formar parte de la comunidad constituida por Diego Rivera, Orozco, Siqueiros y algunos de sus compañeros. Hojeo un enorme álbum de Tamayo publicado por la Galería de Arte Misrachi y en el que aparecen las diferentes variantes de su arte correspondientes a medio siglo. Además, recuerdo muy bien una de las últimas obras de Tamayo que fue incluida entonces en la Galería Misrachi. El color rojo del semisimbólico motivo del tigre se destaca con especial armonía del ambiente abstracto. Para mí, Tamayo es uno de los más grandes maestros de nuestros días. Intento seguir su camino, saber quiénes fueron sus lejanos o cercanos maestros. En su excelente estudio, Juan García Ponce cita en primer lugar a Cézanne. Pero ya en sus primeros cuadros, en sus naturalezas muertas, se vislumbra un rico elemento intelectual y, no obstante, completamente pictórico, que presta a sus creaciones artísticas un sentido casi trascendental. Su cuadro *El fumador* hizo surgir verdaderas tormentas a causa de sus colores y de su intensamente abstracto modo de representación, al igual que su interesante composición titulada *Telefonitis*. Tamayo, después de haber ejecutado sus pinturas murales en las que se refleja el pasado mexicano de modo que los héroes del pasado próximo, por ejemplo Juárez y Zapata, no son representados como héroes vivos, patéticamente, sino como figuras santificadas por el recuerdo, excluidas ya del mundo de los vivos y con rigidez de estatuas, cerró, a mi parecer, su época de pintura histórica. Ya no evoca la «materia muerta» que no tienen «ningún verdadero vínculo con la realidad». Se ha liberado del mundo de las tradiciones que ha hecho de la pintura mural un arte nacional, y en primer lugar del estilo perfeccionador de Rivera. Esas enormes pinturas murales —las obras pictóricas de mayores dimensiones conocidas por la humanidad— constituyen

tesoros comunes, surgen frecuentemente ante el «hombre de la calle» en las escaleras o en las fachadas de las instituciones de la enseñanza; más que su valor artístico es su mensaje ideológico el que trata de ejercer influjo en las masas. También Tamayo practicó esta forma de pintura, pero en sus caminos posteriores concibe «el mundo como un misterio abierto saturado de vida que el artista, en su propio y peculiar modo de expresión, debe mesurar y hacer perceptible para nosotros. Es esta búsqueda lo que enlaza a Tamayo con aspectos completamente especiales de las tradiciones. A ello se debe que su arte disloque pero, al mismo tiempo, continúe el legado espiritual mágico y mítico de México, todo ello en medio de formas ambivalentes, pero saturadas de vida…»

Los críticos indican en sus obras afinidades con Braque, Picasso y Léger. ¿Me hubiera dado cuenta —me pregunto— de que Tamayo es *mexicano* si hubiera conocido sus obras en una exposición internacional? Tengo la impresión de que ha echado muy profundas raíces en esta extraña tierra y de que la armonía de su colorido, sus contrastes, su predisposición para ciertas formas y la peculiaridad de sus motivos no sólo revelan sino que también proclaman la intensidad de la inspiración anáhuac. Me parece que Rufino Tamayo crea con una inusitada seguridad en el mundo de las formas y del pensamiento. Puede expresar todo aquello que atrae la imaginación del hombre de hoy y puede crear también lo que se halla por encima de ella. Tengo el sentimiento de que ese artista podría repetir en cualquier momento y con la mayor facilidad su propia carrera artística. Entre sus composiciones intensamente abstractas y como interrumpiendo la serie, nace el retrato de *Olga* con su pasmoso realismo, sus colores y su intuición surrealista. Sería muy bueno volver a encontrarme con Tamayo y hablar con él.

El Bazar del Sábado se celebra al aire libre, en el mercado, pero un local de grandes dimensiones, a la manera de un palacio, que se parece al pabellón de artesanía de nuestra Feria Internacional, y en donde hay un restaurante y una cafetería, acoge las mercancías de mayor precio. Aquí son mujeres en su mayor parte, proyectistas, artistas y vendedoras, las que exponen su mercancía. Vamos a la búsqueda de una tejedora de alfombras, una dibujante de excelente sentido y mano segura; sus composiciones constituyen una versión abstracta de los motivos indios o un elogio de la fantasía de la artista, con moderados y finos efectos de color. Veo también obras de orfebrería, objetos tallados en hueso, bonitas piedras y objetos de ónice. Los visitantes se agrupan ante ciertos objetos expuestos. Oigo que a mis espaldas una pareja está hablando en húngaro. ¿Cómo resistir el deseo de dirigirles la palabra? Se

hallan de paso hacia un país de América Latina situado más al sur. La señora es una de mis lectoras. Y me promete acudir dentro de dos días a la conferencia que pronunciaré en Bellas Artes.

Ahora se me viene a la memoria un recuerdo no mencionado en mi informe sobre Yucatán. J. F. y yo estábamos sentados desayunando en el hotel de Mérida; servían la mesa camareras huipil y mayas, con un rostro sin sonrisas. De repente, de la mesa de al lado se levantó un hombre alto, saludó cortésmente y nos dijo que había oído que hablábamos húngaro. Para él esto constituía una rara ocasión y se sentó por unos minutos a la mesa de sus compatriotas. En caso de un inesperado encuentro relámpago de esta clase todo el mundo intenta ofrecer un reducido compendio de su *curriculum vitae*. Nuestro reciente conocido era un psicólogo que desempeña una labor experimental en una fábrica de maquinaria, creo recordar que agrícola, de América del Norte, realizando exámenes de capacidad. Creo que hace década y media que vive en el extranjero. Resulta raro que cuando habla en húngaro se deje sentir intensamente el acento inglés y que tenga que concentrar mucho la atención para encontrar y evocar los para él ya difusos conceptos de su lengua materna. (Empero, J. F., que vive en el extranjero desde hace cuarenta y cinco años y cuya familia es de habla española, se expresa tan perfectamente bien y su húngaro es tan selecto que nadie en Budapest sospecharía que hace casi medio siglo se halla separado por el océano de su antigua patria. Tengo un amigo muy amable que reside desde hace apenas trece años en un continente lejano y que ya escribe sus cartas a medias en húngaro y a medias en inglés. En cambio, hay otros que, gracias a los libros húngaros, conseguidos con dificultad, siguen hablando y escribiendo correctamente nuestro idioma. Uno de nuestros grandes escritores de habla húngara que vive en el extranjero confundió, de extraño modo, dos asociaciones populares bastante corrientes que vienen a ser algo así como refranes). En todos mis viajes puedo constatar que la nostalgia posee mil matices distintos. La pareja con la que me encontré en el Bazar del Sábado hablaba su idioma materno como cualquiera de los que viven en nuestro país.

ANTONIO ACEVEDO

Era ya por la tarde cuando llegó mi amable protector, Antonio Acevedo Escobedo, jefe de la Sección de Literatura del Ministerio de Educación Pública, a quien tengo que agradecer, en lo que concierne a la invitación oficial, mi viaje a México. Antonio es un excelente escritor, un agudo observador y un artista del estilo. Como hombre, y teniendo en cuenta su alta posición y su talento, es tan inauditamente modesto, que aparece casi como un tímido comensal a quien todo le gusta y que se alegra de todo.

La gran satisfacción de su vida consiste en haber sido nombrado recientemente miembro de la Academia Española. Para comprender esto hay que saber que la Academia Española fue fundada en 1715 y que sólo cuenta con treinta y seis miembros titulares —o de número— y veinticuatro miembros (españoles o extranjeros) correspondientes. Evidentemente, estos últimos son elegidos entre los que, respecto a la pureza de la lengua española, desempeñan un descollante papel literario en el gran mundo. El Diccionario de Autoridades, su primera obra enciclopédica de gran envergadura, fue editado por primera vez entre 1726 y 1739. Según sé, en la actualidad se halla en curso Ja decimoséptima edición. Y hace algunos años, el amable Antonio se convirtió en miembro de esta corporación literaria, la más distinguida ante los ojos de «todos los españoles». Cuando en el curso de la conversación le pregunto qué grado académico posee, me dice sonriendo que era un niño pobre y que sólo cursó cinco grados de la escuela primaria. Después, según tengo entendido, fue aprendiz de impresor. Y se halla tan orgulloso de ello como de ese espíritu extremadamente libre, que no admite la rigidez de ninguna atadura y que Acevedo representa en sus escritos.

Hace ya un rato que han dado las tres cuando nos sentamos a la mesa. Espero que —en parte por indicación de Acevedo— venga a verme el corresponsal del *Excelsior*, el diario considerado como de mayor importancia, para hablar conmigo antes de que se celebre mi conferencia. Cuando me entero de que es una señora (uno de los mejores colaboradores del *Excelsior*), me siento aliviado. He observado que con una mujer resulta más fácil

establecer un contacto humano, que la coraza de hielo de la rigidez se funde más rápidamente que cuando son dos hombres los que traban conocimiento. Porque la entrevista constituye un género difícil, sobre todo cuando transcurre en un idioma extranjero en el que el que responde no siempre dice lo que quisiera sino lo que sabe decir. Mejor dicho, intenta expresarse de manera que sus frases queden formuladas correcta y exactamente… por desgracia, en esas circunstancias no siempre tiene ocasión de lijarse en los matices. Con estos pensamientos estoy esperando a la señorita Guadalupe Appendini. Durante la comida (respetando la puntualidad, los que estábamos en retraso éramos nosotros), llega la simpática Lupita, a la que hay que referirse como a una encantadora figura de la sociedad mexicana. Tal vez era la primera vez que acudía al hogar de Fischgrund, pero desde el primer momento fue un huésped visto con alegría y que se sentía como en su propia casa. Y fue en vano que protestara: Teresa le sirvió inmediatamente la sopa.

La entrevista que siguió a esa excelente comida mexicano-húngara (creo recordar que hubo pollo estofado a la moda de mi país, tortillas, chile y plátanos fritos), resultó bastante enciclopédica y, ya por su curso mismo, memorable. Guadalupe Appendini, en presencia y con la animada colaboración de su maestro y compatriota Antonio Acevedo, estuvo hablando conmigo en esa salita donde —como ya he mencionado en otra ocasión— los grabados de Picasso, el cuadro de Tamayo y objetos de cerámica precolombinos procedentes de Oaxaca y de los alrededores de México se mezclan con un bar, montajes fotográficos y muebles de inspiración «colonial». La conversación transcurrió también con alternativas así; al principio dominaron los temas del pasado, es decir, el mundo del dios de la lluvia, pero después pasamos a impresiones del presente, al sabor de la bebida tequila, a la presentación folklórica, al ambiente de Yucatán. Hablamos de escritores, de literatura, de pintura mural, sobre los gustos y preferencias de cada uno respecto a los maestros de esta peculiar pintura (y mosaicos) mexicana. Creo que ésta fue la tertulia en español más larga de mi vida. De vez en cuando, Lupita anotaba unas palabras, a modo de *lege artis*, para satisfacer las sagradas exigencias de su oficio. Se desarrolló una agradable, amplia y suelta conversación en la que también participaron vivamente mis anfitriones. De tiempo en tiempo, aparecía Teresa trayendo algún refresco o dirigiéndose al bar, porque empezaba ya a caer la tarde y, según los cánones mexicanos, a partir de entonces resulta de buen tono y es aconsejable tomar bebidas alcohólicas, las famosas bebidas de las dos Américas. Y, como se hizo tarde, tomamos también té. Al echar una mirada a mis notas constato que

la entrevista duró seis horas. Todo fue fácil, estuvo lleno de colorido y los muy diferentes temas, que ya nada tenían que ver con un artículo periodístico, abarcaron todos los horizontes. Pareció como si se hubiera desvaído ese respeto dedicado al extranjero, al escritor y a los que no son de lengua española, o mejor dicho, esa sensación de que soy un extraño, de que para mí no son válidas las imponderables leyes mexicanas. Entonces, y sin que ni siquiera por un momento se manifestara de un modo consciente o formalista, fui acogido como uno de los suyos. Incluso Antonio dejó de lijarse en los defectos de mi español y cesó de corregirlos; Lupita comprendió también el sentido secundario que se escondía en lo profundo de mis palabras, lo subterráneo, que, naturalmente, no podía expresar de viva voz como me hubiera gustado. Fue una tarde mexicana perfecta, un largo instante de gracia.

Cuando, en el número del 17 de noviembre del *Excelsior*, apareció en la primera página un artículo con cuatro grandes fotografías, titulado *Passuth y Tláloc* tuve que sentirme agradecido a mi anfitrión, y especialmente a Acevedo, por haber invitado a esa entusiasta e inteligente publicista de colorida pluma. Tal vez, ésa fue la más penetrante entrevista que me ha sido hecha en el extranjero.

MI CONFERENCIA EN BELLAS ARTES

El Palacio de Bellas Artes, en cuya sala Ponce tuvo lugar mi primera conferencia, fue comenzado a construir en los albores de una época bastante funesta, en el año de mi nacimiento, en 1900. Ese palacio, construido con mármol blanco de Carrara, fue edificado en el límite oriental del famoso Parque Alameda. El Parque Alameda fue proyectado por el virrey Velasco, a finales del siglo XVI, en el lugar que antaño estuvo ocupado por un mercado azteca. Tal vez, con el fin de procurar un cómodo lugar a los que acudían a presenciar los autos de fe de la Inquisición mexicana. De eso le vino el nombre de Plaza del Quemadero. Existen diferencias de opinión respecto a cuántas veces fue encendida la hoguera en la Plaza del Quemadero, desde la primera ocasión, en 1571, hasta finales del siglo XVIII y, quizás, más tarde aún. Uno de los mejores conocedores del destino español, Salvador de Madariaga, a quien resultaría difícil acusar de parcialidad, escribe lo siguiente en su obra *Auge del Imperio español*: «El número de las víctimas de la Inquisición durante los tres siglos del dominio español en las Indias —comprendiendo aquellos que se suicidaron o enloquecieron a consecuencia de las torturas corporales o morales inherentes a ese caduco sistema cargado de oscuras sombras—, se aproxima más al de sesenta que al de cien… calculemos treinta por cada siglo…» Las cifras que figuran en el libio de Madariaga sobrepasan con mucho —según sus manifestaciones— a los cientos de víctimas que, a causa de sus convicciones religiosas, fueron llevadas al cadalso, por ambas partes, en Inglaterra. No obstante, recuerdo la impresión que sentí cuando atravesé el Zócalo de Toledo, un lugar tan fúnebre como éste. Tal vez, el blanco palacio de mármol de Bellas Artes ha sido edificado aquí para que la luz de la cultura expulse de estos lugares los funestos espíritus del pasado.

La primera piedra del Palacio de Bellas Artes fue colocada en la última época, que duró casi cuatro décadas, del gobierno de Porfirio Díaz; tal vez, esta fundación constituyó uno de los puntos clave de los planes de urbanización del dictador mexicano. En el Parque Alameda, desde el día de

San Silvestre hasta el de Reyes había grandiosas fiestas populares, pero el Palacio —bajo la dirección del arquitecto Boari— se iba construyendo muy lentamente. Su historia es casi como la de una catedral gótica medieval, cuyos capítulos abarcan siglos. También en este caso, a los veinte años de comenzados los trabajos se procedió a designar a otro arquitecto y, pasada una década, se nombró a un tercero, esta vez un mexicano. En 1934 —transcurrido un tercio de siglo desde la colocación de la primera piedra— el Palacio de Bellas Artes fue inaugurado con toda solemnidad. Esos tres decenios y medio constituyeron la más sangrienta época de la larga guerra civil, entre la caída de Porfirio Díaz y el restablecimiento del orden constitucional. Esa guerra intestina de México, *bellum omnium contra onmes*, en la que lucharon entre sí las tropas de las distintas provincias, exigió inconmensurables sacrificios humanos y materiales. Se comprende que, mientras tanto, la parte edificada del Palacio, en lugar de seguir elevándose se *hundiera*. Como puede observarse —y hacen observar— la actual entrada del edificio se abre a unos metros por debajo del nivel de la calle. Esto sigue siendo debido a la inestabilidad de la necrópolis edificada sobre el fondo del lago y a ello ha contribuido también el enorme peso del mármol de Carrara que debe ser soportado por el pantanoso terreno.

Bellas Artes parece fusionar en un abrazo a las Siete Artes. Su grandiosa sala de teatro (que casi puede competir con la de la nueva Metropolitan Opera de Nueva York) puede acoger a tres mil quinientos espectadores. En su galería artística pueden ser contempladas las creaciones de los más renombrados pintores mexicanos y, en los dos pisos, las pinturas murales que sirvieron de base a ese característico arte nacional, en primer lugar las obras de Diego Rivera, Clemente Orozco, David Alfaro Siqueiros y Rufino Tamayo. Además, en el Palacio existe una sala para conferencias y conciertos. A la parte posterior del Palacio de Bellas Artes se acopla un complejo de edificios con la sede del Ministerio de Instrucción Pública en el que, durante mi estancia en el país, desempeñaban sus actividades mis santos patronos mexicanos, José Luis Martínez y Antonio Acevedo.

Constituye una extraña sensación el buscar la distancia desde la que se pueden contemplar mejor los cuadros murales, seguir la huella de las afinidades y, en primer lugar, de las diferencias que se dan en el estilo de los cuatro grandes maestros, tomando en consideración el orden cronológico. Porque, según tengo entendido, el gran cuadro mural de Diego Rivera fue creado en 1934, mientras que Tamayo cuenta hoy como un maestro de edad, con todas las posibilidades y exigencias del desarrollo.

Tuve ocasión de seguir la obra antológica de Diego Rivera a través de una amplia monografía que remozó las impresiones directas que pude obtener en México acerca de Rivera. Así, rememoro en mí los frescos existentes en la que antaño fue residencia de Cortés en Cuernavaca, los cuadros del museo Frida Kahlo, las pinturas de Rivera del Palacio Nacional, del Hotel Reforma, de la capilla de Chapingo y del palacio de Chapultépec. Tamayo me subyugó con su atmósfera, su policromía, su enciclopédico sistema simbólico y la belleza de su colorido. En cambio, necesito la perspectiva histórica para identificarme con los conceptos de Rivera, con sus reiteradas representaciones, a modo de caricaturas, de los conquistadores y con su ensalzamiento de algunos héroes populares de la guerra civil. Para mí, el Rivera de los cuadros murales es el maestro de una época artística ya acabada, tal vez el fundador de esa época. Probablemente, tendría que ser mexicano para comprender y apreciar esos símbolos que se fueron formando en medio de la lucha por unos ideales y no siempre teniendo en cuenta la estética.

Pero si de este modo, en mi interior, me alejo del maestro de los cuadros murales históricos, tengo que modificar mi juicio cuando, al hojear la monografía, contemplo sus obras de la época anterior, sus dibujos, sus espléndidos retratos de indios, el retrato de su esposa Lupe Marina o el impresionante cuadro titulado *Día de difuntos*. En la composición de estas obras no hay nada que aparezca como programado y prevalece el espléndido talento de representación y composición del maestro.

Al recorrer el enorme Palacio de Bellas Artes echo una mirada a la sala en la que esa misma tarde pronunciaré mi conferencia acerca de la «novela histórica». Leeré el texto y, de este modo, la conferencia no se verá amenazada por ningún peligro especial, pero tendré que hacerlo en un idioma que no es el mío, bajo el fuego cruzado de la atención y de la crítica de un auditorio (si lo hay) extraño. En estas circunstancias es la suerte la que decide acerca del éxito. En nuestro país, los conferenciantes extranjeros se expresan en su propio idioma y no tienen que atravesar los obstáculos que suponen la formulación y la pronunciación. La sala es espléndida, casi solemne. El viejo y amable ujier me asegura que pondrá agua mineral en la mesa, por si tengo sed. Claro que tendré sed. El tiempo que me propusieron consiste en una hora «académica», que significa aproximadamente cincuenta minutos. Aunque ya he leído en voz alta, para mí mismo, el texto de la conferencia, me siento inseguro acerca de la audiencia que tendrá esta exposición sintética de un género literario, al final de la cual el conferenciante tiene que hablar de sus propias obras.

Esta tarde soy el invitado del Ministerio de Bellas Artes; Acevedo representará al anfitrión, será él quien hará mi presentación, y no sólo con palabras protocolarias sino también en su calidad de escritor, de un modo amistoso-analítico. El *horror vacui* se apodera de mi espíritu cuando me hallo ante el público, me inclino, ajusto la posición del micrófono y digo, en un idioma extranjero, las palabras de saludo. Oigo las frases formuladas en español y que van delineando el tema, formo períodos y, de vez en cuando, descanso, un instante. (A lo largo de la conferencia, no tuve necesidad de recurrir a la excelente agua mineral de Tehuacán, mi bebida favorita durante mi estancia en México). La gran sala estaba, quizás, llena hasta más de la mitad. En las primeras filas veo caras conocidas, los demás me son extraños, desconocidos. ¿Por qué han venido a Bellas Artes? El día anterior apareció el reportaje de Appendini en el *Excelsior*. ¿Sería por eso?

Los que están un poco al tanto del ritmo y del sistema de señalización interno de las conferencias, sienten más bien que oyen, aunque estén leyendo, esos pequeños ruidos que indican la atención o, mejor dicho, la falta de atención: carraspeos, toses en serie, arrastrar de pies, crujidos de sillas. Aquí no oigo nada de eso, no hay ninguna disonancia que pudiera desalentarme mientras estoy hablando. Cuando llego al último tercio de la conferencia me dejo ya llevar por el impulso. (Tengo la impresión de haber logrado evitar las trampas que siempre se abren ante mí cuando, instintivamente, modulo las palabras según la pronunciación italiana. Las lenguas latinas se juegan entre sí malas pasadas, dejando caer, frecuentemente, el acento tónico en sílabas distintas). Pero como todo tiene su fin, también lo tuvo mi actuación, bien entrada la noche, en la sala de Bellas Artes.

UN APACIBLE RECORRIDO POR LA CIUDAD

¿Cómo sería posible conocer en unos cuantos días una metrópoli de ocho millones de habitantes, abarcándolo todo, desde las raíces históricas hasta la futura fisonomía de la urbanización, de modo que quede grabado en nosotros la estructura de la ciudad, sus principales vías, sus tendencias de ensanche y sus más importantes nudos de tráfico? Para ello, evidentemente, también sería necesario que el viajero obtuviera una imagen fidedigna del ritmo de la moderna edificación urbana, de la policromía de la ciudad y de sus ambientes. También necesitaría conocer la manera en que los edificios encajan en el paisaje y cómo la naturaleza y la vegetación influyen en la formación del ambiente de las calles nuevas. Todo esto constituye una cuestión de gusto incluso en aquellos que no son observadores profesionales en las cuestiones de edificación y urbanismo. Pero, por otra parte —como queda demostrado por las experiencias de los turistas—, todo el mundo tiene que formarse alguna opinión y contestar a la pregunta que —en el presente caso— puede ser formulada de esta manera: ¿Cómo es México?

Mi anfitrión me concedió cuatro horas para que acompañado de José, el chófer, recorriera la ciudad a mi libre albedrío. Con eso se me ofreció la ocasión de poder ver de nuevo lo que ya había visto antes, de visitar barrios alejados o de seguir las indicaciones de José que conoce estupendamente la ciudad y está orgulloso de ella. Naturalmente, también resulta interesante conocer las formas del gusto local, qué es lo que le gusta a un chófer mexicano. José es mestizo, habla en el dialecto de la ciudad (no siempre comprendo exactamente lo que me dice), posee una pequeña tienda en la periferia y tiene también su propio automóvil. Se levanta temprano, se ocupa de los asuntos de su comercio y, después, comienza el aparentemente fácil servicio en casa de J. F. y en la Editorial México. Alicia conduce de una manera excelente y también las dos muchachas tienen carnet de conductor. El «señor» sale aproximadamente a las nueve de la mañana para su oficina sita en el Palacio Iturbide, y José tiene que ajustarse a esto. Hoy no me deja ante la estatua de Tláloc sino que, de nuevo, como si tuviera que repetir una

grandiosa lección, recorremos el enorme Paseo de la Reforma y nos detenemos ante el Palacio Nacional. Aquí se halla una de las principales estaciones del nuevo ferrocarril subterráneo de México que, dadas las condiciones del suelo, circula a muy poca profundidad. Esta estación presenta el rasgo interesante de que, al mismo tiempo, es el museo de la historia de la ciudad. Mediante maquetas y, principalmente, montajes fotográficos, muestra las épocas iniciales de Tenochtitlan; a través de representaciones reconstruidas presenta la capital colonial y, luego, ya mediante fotografías auténticas, hace posible observar el desarrollo experimentado durante Ja segunda mitad del siglo pasado y ofrece imágenes de la vida urbana, de las comunicaciones y del tráfico. En la gran sala, que fue el centro del culto religioso del antiguo Tenochtitlan, resulta de inusitado interés esta milenaria «transmisión directa». El acento, claro está, recae sobre los cortos años de la edificación del ferrocarril subterráneo. En esto se deja sentir también un rasgo político puesto que esa forma de las modernas comunicaciones fue llevada a la realidad por Díaz Ordaz, el presidente de la República que abandonó su puesto a principios de diciembre. A su nombre se halla enlazado ese ferrocarril de largo recorrido cuyos trenes, después de haber dejado las arterias de gran tráfico, siguen rodando en la superficie. La exposición de fotografías continúa en el paso inferior que tiene casi un kilómetro de longitud y que podríamos denominar paseo subterráneo. Si el viajero que se apea del Metro no quiere salir inmediatamente a la superficie sino que quiere seguir su camino con más rapidez y evitar los obstáculos del tráfico, pasa a lo largo de la exposición y, como tuve ocasión de ver, se detiene aquí y allá un instante evocando las etapas más difíciles de la edificación. Durante las obras fueron hallados muchos vestigios arqueológicos aunque no de tanta importancia como los encontrados entre 1790 y 1791, cuando en esa misma plaza de mercado fue descubierto el símbolo del paso del tiempo, el Calendario Azteca.

José sabe muchas cosas acerca de la ciudad; es interesante que este hombre que ha cursado pocos estudios, conozca tan bien las principales estaciones de la historia popular. Me acompaña pacientemente cuando recorro la Plaza de las Tres Culturas, me sigue también pacientemente cuando miro de nuevo todo lo que no tuve ocasión de percibir en mis primeras y rápidas visitas. Entra conmigo al templo, y en su rostro se refleja la piedad de las gentes sencillas mexicanas. Se emociona contemplando la pintoresca aglomeración de vestigios de arquitectura azteca, la belleza de la plaza desde la que hace quinientos años era administrada toda la estructura de Anáhuac.

Lo que menos le gusta son los coloridos rascacielos. Para mí son luz solar, flores rojas y, como fondo, una decoración mural del mismo color; las enormes torres negras y claras de los gigantes se destacan en el horizonte.

El barrio de Coyohuacan debe hallarse a una distancia de hasta diez kilómetros, pero se ha enlazado ya con el núcleo de la ciudad. En tiempos fue la capital de un reino chichimeca que en el primer tercio del siglo XV fue conquistado y absorbido por el cada vez más extenso Tenochtitlan azteca. También desde aquí, desde Coyohuacan, dirigió Cortés el largo asedio de la ciudad, y también aquí se hizo edificar una casa, después de la toma de Tenochtitlan.

En Coyohuacan experimento la sensación de que tengo que hacer la suma de la persona de Hernán Cortés reflejada en la actual realidad mexicana. Según el concepto oficial establecido durante el siglo y medio de la República independiente, su figura es *negativa*. Pero no absolutamente en todos los aspectos. Por una parte, ¿cómo los aborígenes (los nacidos en México, indios, mestizos, criollos) podrían perdonar a Cortés que desmembrara el imperio azteca e hiciera de Anáhuac una colonia de la corona española? Fue aquí donde se constituyeron las más rígidas reglas y tradiciones del colonialismo ortodoxo. Por otra parte, si Cortés no hubiera sido el Conquistador no hubiese faltado otro que, antes o después, asumiera ese papel. Los españoles, en poder de Cuba y Santo Domingo, no hubiesen dudado mucho en emprender la conquista de aquel *El Dorado* del que, a partir del segundo viaje de Colón, corrían tantas leyendas y, entre ellas, algunas noticias verdaderas.

Al contemplar el Cortés de las pinturas murales de Diego Rivera se percibe que el pintor recurrió a los medios de la sátira política mordaz. Bien es verdad que los rostros que Rivera presta a Cortés se parecen un tanto a los retratos del Conquistador, pero el pintor se ha dejado influir por su antipatía hacia el modelo. Hace algunos años que los arqueólogos dieron comienzo a la labor de exploración en la abandonada iglesia de Jesús Nazareno. El último documento fue datado en este lugar, en 1836, cuando las personalidades españolas, fieles a las tradiciones, escondieron los huesos del Conquistador, temiendo que la tumba de Cortés fuera víctima de la pasión popular. Nadie había visto su féretro desde 1836. Esa iglesia fue edificada —según se dice, entre los primeros templos católicos construidos en México— en aquel lugar donde, según la tradición, tuvo lugar el histórico encuentro entre Moctezuma y Cortés. Ese lugar fue llamado *Huitzilan*; en él se hallaba el templo de la diosa Toci e —igualmente según la tradición— fue a ese lugar adonde el emperador azteca condujo al que consideraba como descendiente de la

Serpiente Emplumada, mientras que el reducido ejército español esperaba, en pie de alarma, para entrar en el que antaño fue palacio de Axayácatl, padre de Moctezuma. La iglesia ofrece, en mena parte, un acabado barroco; lo sorprendente es contemplar en su interior un cuadro en el techo, que representa un tema basado en el Apocalipsis y pintado en 1944 por Orozco, uno de los más excelentes representantes de la moderna pintura mexicana al fresco.

Después de prolongadas búsquedas, los arqueólogos dieron con lo que constituía el objetivo de sus actividades. Perforaron un agujero en la pared, cerca del altar; por suerte, en este lugar encontraron la urna que contenía los huesos y el cráneo. La urna se hallaba en bastante mal estado, pero el paño que envolvía el cráneo y el lienzo adornado con encaje oro y negro que envolvía los huesos estaban intactos. En las cercanías de los restos también se encontró un documento guardado en un tubo de metal soldado, con un texto todavía legible que confirmó que, realmente, se trataba de los restos de Hernán Cortés. Los historiadores saben que la historia del cadáver de Cortés fue tan accidentada como la vida del Conquistador. Fue enterrado siete veces. En 1547, después de su muerte en las cercanías de Sevilla; en 1556 fue llevado a México y vuelto a enterrar, en el Nuevo Mundo. En la actualidad, suavizado ya el concepto histórico en relación con su personalidad, la tumba de Cortés es transformada en mausoleo y se tiene la esperanza de que su octavo enterramiento será ya definitivo.

El enjuiciamiento del personaje central de la Conquista, la ponderación de su importancia histórica y, al mismo tiempo, de su responsabilidad, constituye una de las más difíciles tareas de la crítica. Cuando, en 1937, comencé a escribir *El dios de la lluvia*, esbocé la figura y la carrera de Cortés bajo el efecto, en buena parte, de William Prescott. Este concepto se hallaba reforzado por las descripciones originales, por las crónicas que siguen directamente la Conquista. Entre todas las descripciones, la más fidedigna parecía ser la de *La Historia Verdadera*, de Bernal Díaz, escrita con excepcionales cualidades. El eternamente ofendido e insatisfecho Díaz, que siempre hace destacar su, por otra parte, modesto papel en la Conquista, enaltecía unas veces, condenaba otras a su jefe, o bien dejaba sentir su admiración hacia Cortés. En su obra escrita casi cuatro décadas después de la Conquista —es decir, pasado bastante tiempo desde la muerte de Cortés—, se percibe, no obstante, la inspiración de un gran hombre.

Poco antes de salir para México leí el *Cortés* de Salvador de Madariaga. El estilo, el imponente caudal de conocimientos, la comprensión de la

filosofía de la existencia española y el enciclopédico saber de Madariaga resultaban muy indicados para que fuera precisamente él, el anciano escritor español que vive en el exilio, el que estableciera el retrato del conquistador de México. Tampoco Madariaga puede decir nada nuevo en lo que se refiere a los hechos y su explicación inmediata; también él sigue en primer lugar el proceso de la crónica de Díaz. Pero lo que sí resulta sorprendente es la conclusión a que llega Madariaga en su evaluación y en su resumen histórico. Según él, Cortés fue uno de los mayores genios políticos y militares de todos los tiempos que, con los modestos medios que poseía, alcanzó inimaginables éxitos. En su opinión, la posteridad puede situarlo dignamente en la proximidad de Julio César, el admirado ideal de Cortés, especialmente en lo que se refiere a la amplia instrucción y al estilo narrativo que dejan percibir al historiador.

Más de una vez, en los encuentros celebrados con mis lectores, me vi obligado a la polémica debido a que, según el concepto actual, consideraba mi retrato de Cortés como indulgente, anticuado y parcial. Yo he leído, por lo menos, cinco o seis novelas o biografías novelescas en las que Cortés constituía el personaje principal. Buena parte de esas obras presentaban a Cortés como un caballero bandido de manos ensangrentadas, atormentado por la «santa hambre del oro». Indudablemente es más sencillo presentar el carácter del Conquistador en un solo plano y enfocar el reflector hacia las matanzas de Cholula o hacia la tragedia de Cuauhtémoc, el último soberano indio, torturado primero y, años más tarde, colgado en la selva. Pero, por lo general, esas descripciones son extremadamente sumarias y, en lo que respecta a los detalles, no son muy capaces de resistir el análisis histórico o la crítica. La figura de Cortés se destaca inmediatamente de la galería de conquistadores si la comparamos con la de Pizarra o con la de su lugarteniente Pedro de Alvarado. La figura del Capitán no se funde en ninguno de ellos con las cualidades del humanista de Salamanca. Éstos son los pensamientos que me embargan en el atrio de la iglesia de Jesús Nazareno. Debió ser un momento muy raro aquel en que el profesor Alberto María Carreño, descubridor del hallazgo, leyó ante el altar mayor los documentos que atestiguaban que aquellos restos eran realmente los de Hernán Cortés que alcanzó la edad de sesenta y dos años.

José siente afecto por Coyohuacan que ha conservado su carácter de pequeño municipio de provincias. En la plaza principal se eleva el convento de los dominicos, San Juan Bautista, procedente de los primeros decenios de la época colonial, con su enorme campanario y sus bellos pórticos y atrio.

Según la tradición local, la modesta alcaldía de nuestros días ocupa el lugar en que se halló antaño el «palacio» de Cortés. Según otros, ese edificio destinado en sus tiempos a fines de representación se encontraba detrás del templo de los dominicos.

Tengo ya bastante de la contemplación del pasado; de todas formas, en cada rincón de las calles se abre una puerta hacia el mundo de mis recuerdos. Digo a José que quiero ver edificios nuevos, los barrios de la arquitectura moderna. Esto se refiere en primer lugar a los alrededores de Polanco, donde habito. Veo también templos nuevos; uno de ellos ha debido ser edificado hace, a lo sumo, dos décadas; sus osadas líneas son testimonio de la fantasía del arquitecto. El otro se halla a medio terminar. Aquí tuve ocasión de contemplar una nueva tendencia de la arquitectura eclesiástica. En su juventud, Graham Greene estuvo en México a finales de la década de 1930, principalmente en las provincias de Chiapas y Tabasco, pobladas en buena parte por indios, para informar a su periódico acerca de la política religiosa seguida por los gobiernos locales. Así surgió su libro de viajes *The Lawles Roads* y escribió después la, quizá, más discutida de sus obras, *El poder y la gloria* (aparecida en 1940), la novela del martirio de un sacerdote mexicano «borracho» perseguido a muerte. Recuerdo el efecto que hizo ese libro; en aquellos tiempos pensábamos en México como en un lugar en el que entre los fieles y los organismos gubernamentales locales había surgido, con el fanatismo azteca, una guerra religiosa. Hoy día México es un estado laico, no existe religión oficial, todo el mundo puede erigir libremente sus templos y practicar su religión. Las órdenes religiosas se dedican a la enseñanza y la vida sigue su curso en los conventos. La Catedral es también el hogar de muchos ritos populares; ante ella venden velas, objetos piadosos, recuerdos y juguetes de papel.

Los templos nuevos —por lo menos en la capital— muestran las tendencias artísticas de las iglesias mexicanas. Esos templos de original composición encajan bien en las modernas líneas del barrio de Polanco. Lo mismo que el nuevo almacén *Liverpool* que había sido inaugurado el día anterior. Ahora, gracias a José, hemos llegado también a él. Según dicen, fue proyectado como uno de los mayores almacenes del mundo y su construcción duró largo tiempo. Su inauguración constituyó una fiesta para Polanco en cuyo centro (en los alrededores de las calles que llevan el nombre de los grandes escritores de la literatura mundial) serpentea este esbelto edificio de hermosas líneas. Resulta muy afortunada la forma y la solución ornamental de la plaza que se halla ante su entrada. La plaza está decorada con estatuas de

bronce; estos bronces, en armonía con el almacén-palacio, harían buen papel hasta en un museo. Aquí tienen como fondo la fachada de cristal del almacén inundado en las luces de la inauguración.

Un gran almacén viene a ser algo así como la sección transversal de un país o de una capital, sobre todo cuando, con motivo de la inauguración, ofrece un selecto surtido de mercancías. Para contemplarlo, José me concede veinte minutos, lo que no es mucho ni siquiera para recorrer la planta baja donde, según el tradicional orden de los almacenes, se hallan las mercancías pequeñas, los objetos de regalo y los artículos de moda. La armonía del colorido es perfecta y el cliente es atendido con amabilidad pero sin insistencia (dejan que mire tranquilamente la mercancía aquel que todavía no se ha decidido por nada, en lugar de —como ocurre en los almacenes franceses— tratar en seguida de endosarle algo). En el primer piso tuve ocasión de contemplar muchos objetos de arte folklórico ordenados según las regiones del país. Es allí donde me di cuenta de que, a pesar de las diferencias locales, son muchos los rasgos comunes conservados por el folklore de las distintas provincias y originarios de las tradiciones afines. Pero ya que he mencionado esto tengo que añadir también que al comparar las cerámicas, los motivos ornamentales y las formas básicas aztecas e incas se experimenta una extraña impresión, puesto que también entonces se observa una afinidad y, a veces, una sorprendente coincidencia, a pesar de que según las constataciones científicas *de hoy* las dos grandes civilizaciones indias que existieron al mismo tiempo —la azteca mexicana y la inca peruana— no se conocían mutuamente ni mantuvieron ningún vínculo entre sí. Los aztecas no tenían noticia de que fuera de Anáhuac existiera en el mundo de los Andes un imperio tan enorme o, tal vez, mayor que el de Moctezuma. No obstante, las civilizaciones indias de América Central y de América del Sur se hallan vinculadas por una inexplicable afinidad. Por otra parte —según tengo entendido— esta cuestión apenas si ha sido tratada a fondo, hasta ahora, por los americanólogos. *Al parecer*, existió un friso en Chichén Itzá que representaba animales de carga —lamas estilizados— transportando bultos. Pero nadie de entre los mayas ha visto o sabe algo de este relieve que sería una prueba de que algunos mensajeros incas habrían llegado hasta el corazón del nuevo imperio maya.

Empero, una conjetura basada científicamente admite la posibilidad, en lo que se refiere al contacto entre las dos grandes civilizaciones indias, de alguna especie de intercambio de mercancías a través de la Colombia de nuestros días, puesto que en las comarcas septentrionales del país los hallazgos

arqueológicos presentan cierta influencia azteca mientras que en las regiones del sur se deja sentir el efecto de la cultura andina.

Todos estos pensamientos acuden a mi mente mientras contemplo la colección de la sección de arte popular del almacén Liverpool, hasta que transcurren ampliamente los veinte minutos concedidos por José, que debe estar ya esperándome y que seguramente ha examinado también la abundante oferta del segundo día después de la apertura.

Voy a comer con J. F. a un restaurante húngaro situado cerca de su oficina y que lleva el nombre de «Borda». Mis compatriotas no iniciados llaman Sra. Borda, a la húngara, a la amable propietaria de este establecimiento, porque desconocen el significado que la expresión tiene en español, además de ser un apellido bastante corriente; con uno de los que lo llevaban, el José de la Borda del siglo xvin, el rey de la plata, nos encontraremos en el curso de nuestro viaje a Taxco. La mayor parte de los clientes son de habla magiar (hay quien acude al restaurante para practicar su ya deficiente idioma materno, pero hay también quien llega impulsado por la curiosidad por haber oído hablar de la cocina húngara). El menú (que en general se sirve acompañado de agua helada) cuesta una suma correspondiente a poco más o menos setenta y cinco florines; esto, en relación con los precios mexicanos, no es caro. En la lista figuran platos húngaros, transilvanos y servios. La propietaria, que es la anfitriona personal de todos los clientes (tengo la impresión de que protege a los húngaros que acuden y se hallan necesitados de ayuda) ofrece las comidas más bien por placer personal; después, cierra el restaurante. En el barrio comercial es muy raro que uno vaya a cenar.

De regreso a casa tenemos que llevar pasteles de la confitería de Erzsébet. El establecimiento, agradablemente instalado, no es una confitería para consumir sentado como es costumbre en nuestro país, sino que trabaja por encargo y, en parte, la Sra. Elisabeta vende de las existencias en almacén. En el mostrador, como un reclamo de la firma, un libro de cocina en español con el *copyright* de Erzsébet. El libro tiene sus orígenes en el hecho de que nuestra compatriota da cursos de cocina para las jóvenes, descorriendo ante ellas los velos que guardan los secretos de la cocina húngara y mexicana. Así, las agradecidas discípulas siguen aportando a las cocinas mexicanas el atractivo de los platos nacionales. Mi anfitrión, que con el derecho que da la lengua común patroniza el comercio de la señora Erzsébet, le aconsejó en los comienzos que redactara un libro de cocina que fuera distinto de los acostumbrados. Le insinuó que, a manera de «teatro fotografiado», se extendiera a tantas lecciones como fuera necesario para satisfacer la

curiosidad del lector. La obra apareció a los dos o tres años, con agradable presentación, y, ahora, los que acuden a la confitería de esta amable dama húngara de mediana edad, hojean —con sorpresa si son extranjeros— ese libro de cocina mientras en el mostrador y en las vitrinas el arte de la propietaria queda puesto de manifiesto por los diferentes pasteles de origen húngaro.

(Y ya que estamos tratando del arte culinario, las dos dantas, la propietaria del Borda y Erzsébet, tomaron parte, cada una a su manera, en la preparación de la fiesta de despedida que Alicia y Jenó Fischgrund dieron la tarde anterior a mi partida. Del Borda llegó, según recuerdo, una *puliszka* especialmente exquisita [compitiendo con la eterna tortilla mexicana] y la señora Erzsébet envió por lo menos un cuarto de quintal de guisado a la transilvana que puso de manifiesto las excelencias de la cocina húngara. En una mesa fueron puestas las comidas húngaras y, en otra, los platos característicamente mexicanos. A grandes rasgos, los invitados se dividieron según su idioma materno. Después, con gran admiración mía, la situación cambió alrededor de las mesas: entre los actuales habitantes de Tenochtitlan el mayor éxito lo obtuvo el guisado a la transilvana… Mientras tanto, lo habían rociado con crema de leche agria; poco a poco todo se consumió y sólo quedaron las banderas húngara y mexicana, ambas con los colores blanco, rojo y verde, decorando la enorme y vacía bandeja de cerámica mexicana).

EL TEATRO DE DOLORES DEL RíO

Cuando, después de mi llegada, mi anfitrión y yo establecimos un esbozo del programa a seguir, rogué que me fuera posible presenciar una representación dramática que me ofreciera una imagen de la actual cultura teatral mexicana. La función de teatro fue designada para el día de hoy. (Anteriormente había podido ya admirar, en Bellas Artes, el magnífico Conjunto Popular Mexicano). Me alegré enormemente cuando J. F. me comunicó que había conseguido entradas para *La Dama de las Camelias* cuyo papel principal es interpretado por Dolores del Río.

En casa había hojeado la Enciclopedia Teatral aparecida en 1937. ¿Qué es lo que decía acerca de esa actriz? «Nacida en 1906. Sus apasionadas interpretaciones, con un fondo intensamente sensual, le han procurado una gran popularidad. Principales papeles: en las películas *La bailarina roja, Ramona* y *La gran vendimia*». Desde entonces han transcurrido tres décadas y media… En las últimas décadas sólo me fue dado ver a Dolores del Río en algunas películas mexicanas, en su mayoría de tendencia social, como *Río escondido*, que también fueron proyectadas en nuestro país. En esos filmes, Dolores desempeñaba el papel, no desprovisto de ciertos resabios pedagógicos, de la intérprete principal. En esas cintas Dolores del Río no hacía recordar mucho a la fogosa actriz del cine mudo de antaño sino que era más bien el portavoz de los cambios sociales y, en primer lugar de los operados en la política agraria, del México en renovación.

Así, pues, esperaba con gran curiosidad esa velada en la que podría contemplar en el escenario a la actriz de la época de mi juventud. Por otra parte, *La Dama de las Camelias* —tanto en su forma escénica como en la versión de *La Traviata*— se hallaba intensamente entrelazada con las excelentes representaciones del Teatro Nacional de Kolozsvár. Claro está, también había visto varias películas basadas en el tema de *La Dama de las Camelias*. Entre ellas fue inolvidable la interpretada por Greta Garbo, al igual que la de Gizi Bajor en la escena teatral. Todo esto pasados ya doce decenios desde la aparición (1852) de la novela de Alejandro Dumas. ¡Asistir en

México a una representación, en español, de *La Dama de las Camelias* y con Dolores del Río en el papel principal…! Todo el mundo sacó la cuenta de los años transcurridos desde el nacimiento de la actriz y los cálculos resultaron más crueles que los datos proporcionados por la mencionada Enciclopedia. Antes de salir para el teatro no pude menos de pensar que Alejandro Dumas hijo imaginó tal vez de una manera distinta a Margarita cuando la sacó de su novela para llevarla al escenario.

Tengo entendido que Dolores del Río —con su propia compañía— representa ya desde hace años esa inmortal y, al parecer, nunca pasada de moda obra de la época del sentimentalismo. La sala del teatro se llena todas las noches y las entradas deben ser adquiridas con varias semanas de anticipación. Al círculo de amistades de Alicia pertenece también la actriz que interpreta en la obra el papel de Prudence, Pituca de Foronda, quien me hizo saber que Dolores del Río me recibiría gustosamente en su camerino después de la función. Así, sentía casi cierta inquietud cuando ocupé mi puesto en la primera fila de butacas del grande y bonito teatro, pensando en lo que podría decir después de la representación, en una visita de algunos minutos, a esa actriz que, desde los años de mi lejana juventud, había visto en películas mudas y luego en películas habladas en español, en el curso de casi medio siglo.

La Dama de las Camelias es representada aquí desde hace largo tiempo y, evidentemente, han sido «trabajadas» todas las frases y hasta las menores escenas. En realidad, la evocación de todo el romanticismo del siglo pasado tiene como fin realzar el papel de la intérprete principal. Tiene la tarea de crear un ambiente de espléndido derroche, mundano y, al mismo tiempo, hipócrita. Hay que conseguir de alguna manera que también para el público de hoy valgan los argumentos de índole moral de Duval padre cuando declara que su hija no puede contraer matrimonio mientras su hermano se halle unido por libres, pero tiernos lazos, a sabiendas de todos, con la tuberculosa Dama de las Camelias. En el escenario hace su aparición Dolores del Río llevando un precioso atavío. Me hallo cerca de los actores y, si me parece bien, puedo seguir la interpretación a través de los gemelos. Realmente, el hecho de que en Dolores del Río no se perciba el paso de los años constituye un milagro realizado conjuntamente por la fuerza de voluntad y por la naturaleza. Gracias a los prismáticos puedo ver de cerca su rostro, su figura y sus gestos. Observo también su clásica pronunciación española. La tensión se apodera de los espectadores que, en su mayor parte gracias a la Traviata, conocen todas las escenas de la tragedia de la hermosa muchacha. ¿Cuántos años podría tener

Marguerite? Es posible que en el texto de Dumas se encuentre alguna alusión a este respecto pero, de todos modos, conociendo el gusto de la época y el rápido ajado de las llores, apenas debería tener, según la idea del escritor y del autor teatral, más de veinticinco o veintiséis. Así debe ser por lo menos de cuatro décadas la diferencia en edad entre la cortesana de la novela y la actriz que representa el papel de Margarita. Esa metamorfosis resulta casi increíble: Dolores se mueve, vive y se transforma en el escenario de un modo que ni un solo espectador —estoy seguro de ello— experimenta sensación negativa alguna. La actriz que ante nosotros tiene que interpretar las grandes contradicciones de la vida de la Dama de las Camelias no ha dicho por qué ha elegido ese papel: la órbita de una muchacha enamorada que descuella en el cieno de la sociedad distinguida, hasta su catarsis y la última fase de la tuberculosis. ¿Una gran actriz? No se parece a la estrella cinematográfica, y esto va en favor de la artista teatral. El mortal silencio con que son acogidas las escenas dramáticas constituyen una señal de que la fuerza de sugestión de la actriz ha sido capaz de atravesar un romanticismo secular. Evoca sentimientos eternos y momentos llenos de sensibilidad en el microcosmos interior de todos los espectadores. La ilusión es completa: Dolores del Río no tiene necesidad de llevar en sí la larva del artista que lucha contra la vejez. Vive, fuera del tiempo, en ese romántico pero siempre impresionante escenario de la Traviata.

Mientras subimos por la escalera posterior y la amable actriz Pituca espera para conducirme al camerino vuelvo a sentir lo absurdo de mi situación. ¿Por qué no he protestado ante la invitación, por qué no he dicho que tengo que luchar contra inhibiciones en cuanto piso las tablas posteriores del mundo del teatro? Un minuto de espera; en el camerino, claro está, hay mucha luz. Ahora veo a Dolores completamente de cerca; no hay duda, en ella *no se ve* ni arrugas ni fatiga, y ello a pesar de que su rostro no lleva ya el maquillaje de escena. Es muy bella… incluso así, mirada de cerca. ¿Contemporánea mía? ¿Es posible que fuéramos niños al mismo tiempo, en dos distintos polos de la Tierra?

«Cuando tenía veintidós años, pude ver todavía dos veces, en Milán, a Eleonora Duse. Ésas fueron las últimas representaciones que dio antes de su fatal viaje a América. Permítame que en este momento piense en esas dos veladas, al agradecerle la representación de hoy. Es todo lo que puedo decirle ahora». Veo de cerca que sus ojos son preciosos aun cuando, súbitamente, se empañan de lágrimas. «Eso es lo más que pudiera haber dicho. Gracias». Permanecemos un momento así, mientras dura el apretón de manos. Tal vez

también la Duse interpretó alguna vez *La Dama de las Camelias*. Pero yo vi a la inmortal actriz, que en aquellos tiempos contaba sesenta y tres años, en *Fantasmas* y en *La ciudad muerta* de D'Annunzio. ¿Cómo hubiese podido elegir ya en aquel entonces *La Dama de las Camelias*? Cuando esa tarde de México evoqué uno de los acontecimientos más memorables de mi vida, las representaciones de Milán, hubiese podido expresar tranquilamente, ante la inolvidable Dolores del Río, la frase que vino a rematar esa serie de pensamientos.

LA CASA DE MARTíNEZ

Visita al Ministerio de Instrucción Pública. Me recibe José Luis Martínez, director general de Bellas Artes cuyo rango corresponde al de Secretario de Estado. Me dirijo, con Antonio Acevedo y Jenó Fischgrund, hasta el enorme despacho, atravesando tres dependencias de secretariado. Cuando aparece Martínez salta a la vista su traje negro tan raramente utilizado en México. Llegamos a saber el motivo de que lo lleve; ese día, siguiendo la costumbre y las reglas, había presentado su dimisión, al igual que todos los demás altos funcionarios del Estado. Porque renuncian a sus puestos todos aquellos que fueron nombrados por el presidente de la República que cesará en sus funciones dos semanas más tarde. Me había encontrado ya con Martínez en la reunión, no precisamente exenta de tormentas, celebrada por el Pen en Ginebra en el otoño de 1968, en la que él representaba al centro de México. Estuvimos hablando en el pasillo; me llamó la atención su fino e intelectual perfil, la ausencia en él de la viveza y de los abundantes gestos que a menudo caracterizan a los latinoamericanos. Anteriormente había representado a su país en varios lugares, con el rango de embajador. De ahí la apacible y diplomática sonrisa que, unos días después, en su casa, cedió su lugar a la amabilidad del anfitrión y a la humildad del hombre intelectual ante los grandes recuerdos del mundo. Ya en Ginebra había tenido ocasión de conocer a su esposa, compatriota mía, la bella y gentil Lidia. En el Ministerio (como, evidentemente, en los organismos superiores de todas partes), esas visitas son necesariamente formalistas y de duración prefijada. Nos sentamos y hablamos de diferentes programas. Martínez pidió a Antonio que se encargara de que me fueran enviadas a mi dirección de Budapest todas las obras, de entre las publicadas por Bellas Artes, que pudieran serme de interés o susceptibles de fomentar el desarrollo ulterior de las relaciones mexicano-húngaras. En cuanto a lo demás, ya tendríamos ocasión de hablar unos días más tarde, en casa de Martínez. (Los excelentes libros se hallan ya en mi poder).

Esa comida resultó memorable también porque el ambiente en el que tuvo lugar fue uno de los más hermosos entre los que me fue dado contemplar en

México. La casa de Martínez, con la atmósfera de su jardín, su piscina, sus efectos de colorido y las librerías que cubren las paredes del salón, del comedor, del despacho y, tal vez, hasta de los dormitorios (mantenidas en un orden maravilloso) me hicieron la impresión de hallarme realmente en el hogar de un admirador de las musas. Y entonces descubrí, una tras otra, raras piezas del legado del mundo precolombino. Muchas de ellas fueron halladas en México, pero otras tantas, si no más, proceden del Perú. Según sé, el dueño de la casa representó a su patria en dicho país y de este modo resulta comprensible que pudiera obtener raras piezas del arte chimú y del arte inca. Vi en las paredes tejidos hallados en tumbas y, en las vitrinas, las famosas cerámicas chimú que presentan la forma de un rostro humano. (Me sentí como si estuviera en mi propia casa, tanto más cuanto que la madre —que más bien parece hermana— de la dueña de la casa, es una antigua conocida de Budapest; su esposo, el Dr. Gábor Makay, un experto en economía internacional y que reside hoy en México, fue amigo mío en el inquieto mundo de los años de 1930. Resultaba extraño estar sentado en aquel hermoso hogar mexicano, a la mesa del más alto funcionario en materia de asuntos artísticos, y hablar en húngaro, en secreto, con la dueña de la casa…) «¿Cuántos tomos puede tener? —pregunté a Martínez—. Así, a primera vista, yo diría que unos treinta mil». «*No tantos* —me responde—… aproximadamente unos cinco mil menos». Y el único que se ocupa de mantenerlos en orden es él, que es uno de los más diligentes lectores de su país.

Hago una visita a la oficina de la Delegación Comercial húngara a cuyo frente se encuentra Ferenc Udvardi, que me asiste en mis conferencias, me colma de atenciones y me procura periódicos húngaros. Desde que salí de Budapest, el último día de octubre, no he tenido noticias de casa. Abro con temor, como si fueran las alas de un cuervo, las páginas del periódico. (Mis ojos tropiezan con la noticia del fallecimiento de mi amable y muy estimada amiga, la excelente escritora Klára Szóllósy. Antes de salir de viaje, le dirigí una carta, a su domicilio, puesto que sabía que, después de una larga y grave enfermedad, había regresado ya a su hogar. Sólo al volver a Budapest supe que su corazón, sometido a tantas solicitaciones, había dejado repentinamente de funcionar).

CONFERENCIA EN LA SALA DEL MUSEO

Antes de mi conferencia —esta vez la más larga y la que implica mayor responsabilidad— vuelvo a repasar, en voz alta, el texto de la misma. Al calcular el tiempo por página caí en la cuenta de que era más larga de lo que pensaba, algo más de una hora. Abreviarla resultaba ya difícil, y decidí leerla un tanto más rápidamente. El tema lo constituían las circunstancias en que surgió en mí la idea de mi obra *El dios de la lluvia* y las fuentes de información a las que recurrí para escribirla. Cuando se trató del proyecto de una conferencia a celebrar en la sala del Museo, propuse ese análisis de mi obra que tal vez podría ofrecer interés en un mundo del que tanto había escrito pero al que sólo entonces había podido llegar personalmente.

No vi la sala más que cuando llegué a ella. Una especie de escenario y un gran espacio destinado al público. ¿Quién iba a llenarlo? Bien es verdad que había aparecido una nota periodística pero ¿a quién puede interesarle en México —aparte de algunos amigos míos— el hecho de que en Budapest, en 1939, hubiera aparecido una novela histórica que trataba de relatar la historia del encuentro fatal de dos civilizaciones mutuamente extrañas? Me sorprendió el que acudieran bastantes. Al parecer, esas conferencias celebradas los miércoles por la tarde cuentan con un fiel auditorio de habituales. El Museo desempeña las funciones de una universidad libre y trata de divulgar los conocimientos correspondientes a ciertas esferas científicas. En la entrada de la sala salen a mi encuentro dos arqueólogas que trabajan en el Museo y que me piden una dedicatoria; una de ellas me hace el presente de una valiosa publicación de la institución. Poco a poco van llegando cada vez más auditores. Alicia, que siente una cierta responsabilidad personal en lo que toca al éxito de la velada, pone en conocimiento de los alumnos de arqueología que se hallan en la sala de al lado que allí cerca va a tener lugar una conferencia muy «especial». A esto, los jóvenes de ambos sexos —conducidos por sus profesores— acuden y engrasan el auditorio. Pero yo me enteré de todo eso más tarde. Estaba de pie en un ángulo de la sala mirando

cómo, poco a poco, iban siendo ocupadas las largas filas de sillas colocadas en semicírculo.

Abusé de la atención del público un poco más de lo debido. Sobrepasé con algunos minutos la hora «académica» de rigor. Empero, no percibí muestras de aburrimiento ni nadie abandonó la sala antes de que terminara de hablar.

El contacto directo con el auditorio mexicano lo establecí cuando descendí las escaleras del estrado; durante una media hora larga tuve que dedicar libros y conceder autógrafos. Entre el público había también húngaros; algunos me plantearon problemas científicos y cuestiones que, aunque no carecían de interés, no estaban precisamente en consonancia con la ocasión. Pero todo ello ejerció en mí un efecto bienhechor puesto que vino a disipar la tensión que supuso para mí el tener que expresarme en español durante toda una hora. Sentí un gran alivio: en mi programa no había ya ningún acto oficial, durante los días que me quedaban para pasar en México podría vivir sin las ataduras que supone un orden determinado de antemano, sin las obligaciones de un protocolo (dando a esta expresión su más amplio significado).

El Camino Real, al que nos dirigimos al salir del Museo, es uno de los mayores hoteles que había visto hasta entonces. Posee diferentes restaurantes, bar, escenario, local nocturno y sala de baile. Su serie de vitrinas, repletas de mercancía de lujo, parecen causarme, con su animado ritmo, una especie de inquietud, puesto que a medida que iba aminorándose la tensión experimentada durante el día iba sintiendo una amodorrante fatiga. Uno del grupo que nos acompañaba manifestó su deseo de quedarse para presenciar el baile y el ambiente nocturno del Camino Real. No tuve ganas de portarme como un aguafiestas proponiendo que nos fuéramos a casa.

Pero me vi recompensado al llegar a ella, con una invitación procedente de lejanas tierras. Mis amigos de Los Ángeles me telefonearon comunicándome que me esperaban para el 4 de diciembre, para un encuentro celebrado entre escritores y lectores.

Ya en mi habitación intento poner en orden los numerosos acontecimientos del día. Los innumerables detalles se van entretejiendo con el sueño. Sabía que el día siguiente era fiesta nacional, que no tenía que alarmarme, con el temor de llegar tarde al desayuno, al oír el canto del misterioso gallo de la vecindad.

FUENTES DE INFORMACIóN

Todavía en Mérida adquirí dos libros de esos que se suelen denominar fuentes de información. Después de las antiguas y costosas ediciones, *Popol Vuh* y *El libro de los libros de Chilam Balam* han sido publicados en rústica con destino a los lectores nacionales. Las dos obras surgieron en la línea de demarcación de la época precolombina; más exactamente, fueron escritas con caracteres latinos cuando los mayas que conocían la escritura conservaban todavía el tesoro de las tradiciones de sus antepasados y dictaron o escribieron ellos mismos el resumen de la vida de sus predecesores.

El *Popol Vuh* recoge las tradiciones nacionales de los mayas pertenecientes al linaje de los quichés, que fueron llevadas al papel, con ayuda del alfabeto latino, poco después de la conquista española. Lo que convierte a *Popol Vuh* en una lectura es Ja viveza del estilo y el modo de descripción. Despierta el interés del lector y el autor o los autores han conseguido que la tensión permanezca hasta el final. Según la opinión del historiador Bancroft, «entre todos los pueblos americanos, han sido los quichés los que nos han dejado el más rico legado mitológico. La forma en la que el libro describe la creación del mundo, el peculiar estilo del *Popol Vuh* y la poética originalidad de la obra hacen que ésta siga siendo una de las más raras reliquias del pensamiento de los aborígenes».

El libro nacional de los quiché es, realmente, un gran drama mitológico que contiene también detalles históricos, la historia de los señores de Totonicapán. El texto fue anotado originalmente en lengua maya-quiché y, más tarde, traducido al español. Aunque no pertenece al *Popol Vuh*, también ha quedado perpetuada en lengua quiche la tal vez única gran obra dramática conocida de Mesoamérica, *Rabinal Achi* (El hombre de Rabinal). Esta obra escénica se representa todavía en la actualidad en la villa de Rabinal, y está considerada como la más antigua creación del «teatro americano».

Bernal Díaz escribió en sus crónicas que «los indios mexicanos conservan libros cuyo papel fue hecho a base de la corteza del árbol llamado *amate*. El tema de esos libros lo constituye la perpetuación del curso del tiempo y la

anotación de los acontecimientos del pasado». Como hemos mencionado ya al referirnos a la conducta de algunos de los primeros misioneros, éstos trataron de destruir los recuerdos materiales de la antigua fe de la grey india confiada a su cuidado. Por otra parte hubo también (Sahagún, Torquemada y hasta el obispo Landa) quienes aprendieron las lenguas maya y azteca (náhuatl) para poder establecer contacto directo con sus nuevos fieles y poder conservar por escrito, de la manera más completa e íntegra, el patrimonio de sus tradiciones.

Es de sospechar que el primer manuscrito de *Popol Vuh* permaneció mucho tiempo oculto, y sólo fue encontrado a principios del siglo XVIII gracias a los descubrimientos y la labor de un dominico llamado *Ximénez*. Tenemos que agradecerle que este vestigio de la antigua cultura quiche no se perdiera definitivamente. Ximénez era párroco de la villa de Chichicastenango, famosa por su tesoro de tradiciones: llegó a establecer estrechos lazos con sus fieles y, como sentía un extraordinario interés hacia el legado del pasado, pudo tener acceso al manuscrito quiche, celosamente conservado durante casi doscientos años y cuyo texto pudo ser comprendido por el sacerdote. Determinó traducirlo él mismo al español. Pero, para poder controlarse a sí mismo, Ximénez copió también el texto quiché, de manera que apareciera en una columna junto a la que contenía el texto en español. Este manuscrito original de Ximénez se halla hoy día en la Biblioteca Newberry de Chicago.

El padre Ximénez incluyó el *Popol Vuh* en su extensa obra que trata de la historia de Chiapa y Guatemala. Terminó su manuscrito en 1722; esta obra, junto con las que escribió más tarde, constituye una prueba fehaciente de la diligencia del autor puesto que también realizó tareas de lingüística, literatura y arqueología cuando procedió a efectuar investigaciones en una capa, desde hacía mucho tiempo enterrada, del tesoro de las tradiciones mayas. La obra sólo fue impresa más tarde, a mediados del siglo XIX. Dado que los investigadores posteriores no consideraron como impecable la traducción de Ximénez, el *Popol Vuh* fue transcrito de nuevo al español actual. Del texto emanan muchas características que ofrecen a los investigadores abundante material para la reconstrucción del mundo espiritual y material de los antiguos mayas.

La otra fuente de información fundamental, el *Chilam Balam*, no ofrece el carácter de lectura del *Vopol Vuh*; Balam es el nombre de una familia, o más bien de un distinguido linaje, mientras que Chilam era el título concedido a la jerarquía de sacerdote supremo. Éste era el nombre y el título de aquella personalidad sacerdotal que escribió con caracteres latinos las tradiciones

transmitidas oralmente de padres a hijos y anotadas mediante jeroglíficos. Durante los años posteriores a la Conquista, los españoles se esforzaron en propagar el alfabeto y la lengua españoles en un círculo lo más amplio posible. A esto tenemos que agradecer que los indios que asistieron a las escuelas de los conventos se dieran cuenta —con su característica receptibilidad— de la enorme ventaja que para ellos suponía el abecedario fonético. Es evidente que el funesto celo religioso de Landa, Zumárraga y sus compañeros llevó a la Hbguera también a una parte de esos libros, pero, por otra parte, el relativamente gran número de ejemplares existentes pone de manifiesto que, con objeto de conservar las tradiciones de los antepasados, recurrieron a los servicios de un cierto número de copistas. Éstos estuvieron muy lejos de realizar su tarea de una manera servil puesto que se sentían historiadores de la misma índole que el *Chilam Balam* original. De este modo introdujeron modificaciones en los textos originales, corrigiendo a veces toda una parte y, otras, completando la obra básica con nuevos y extensos detalles. De este modo, las diferentes variantes resultan muy valiosas y han sido registradas en la literatura según Jas ciudades en las que fueron descubiertas. Las tradiciones que figuran en los libros de *Chilam Balam* fueron tomadas de los antiguos libros sagrados mayas. Sólo tres de los códices mayas originales —los que se hallan en Dresde, Madrid y París— se libraron de las llamas de la hoguera. De este modo, el material de *Chilam Balam* tiene un gran valor puesto que permite obtener una imagen de todo el curso de la vida de los mayas de Yucatán. Perpetuó las tradiciones en el histórico momento en el que cesó la costumbre y la posibilidad de la escritura jeroglífica.

El descubrimiento de *Chilam Balam* no se halla ligado al nombre de ningún investigador, como ocurre en el caso de *Popol Vuh*. Desde hacía mucho tiempo su existencia era conocida en diferentes comarcas, como en Maní, Chumavel y otras. Cada una de las comunidades mayas se aferraba a su propia y ampliada versión; y fueron esas versiones locales las que copiaron y ampliaron las siguientes generaciones de copistas.

También el contenido de *Chilam Balam* es variado: en él figuran en primer lugar elementos religiosos pero no faltan tampoco los textos de índole histórica. La cronología, según el complicado sistema seguido por los antiguos mayas para medir el paso del tiempo, desempeñaba un gran papel. Así, algunas partes se refieren a materias de astrología y hay asimismo textos en relación con la medicina. También trata de las ceremonias y hasta ofrece una parte literaria, pues han sido incluidas historias españolas. Cuando, en 1936, también fue descubierto un ejemplar en la localidad de Tusik, los

investigadores dieron por terminadas las tareas relacionadas con los autores de *Chilam Balam*. El *Chilam Balam* de Tusik resultó ser de tan excelente calidad que con su ayuda pudieron esclarecerse algunas cuestiones que hasta entonces aparecían confusas. Hoy día son conocidas ocho versiones de ese gran libro maya. La considerada como la más valiosa y de más amplio contenido es el llamado códice Pérez, conservado en Maní. Esta versión fue copiada en los alrededores de 1840 por Juan Pío Pérez, del original conservado por una familia española de Mérida. Las copias de la transcripción de Pérez fueron las que llegaron más tarde a las colecciones de manuscritos de las bibliotecas americanas y, después, a las europeas.

Al hojear las dos obras citadas me sorprende la enorme cantidad de literatura que se ocupa, desde los más distintos puntos de vista, de evaluar y analizar esas dos fuentes de información. El desarrollo y las ramificaciones de esa ciencia pueden ser también percibidos al leer los anuarios de los congresos de la Sociedad de Americanología. Podríamos decir que a principios del siglo XX nació una ciencia; pero sólo hace tres decenios que su ritmo se ha intensificado. Los historiadores del Nuevo Mundo se hallan orgullosos de los resultados que han obtenido, de la manera en que se van esclareciendo las fuentes de las tradiciones del pasado. Nosotros, en nuestro país, sabemos tan poco acerca de esas cosas… Dejo el *Popol Vuh* y el *Chilam Balam*, apago la luz y contemplo la resplandeciente y enorme ciudad en la que se han entregado al reposo ocho millones de personas.

VIAJE POR LA LAGUNA DE MÉXICO

La excursión del día festivo nos llevó a Xochimilco, a unos treinta kilómetros del centro de la capital. El nombre de la localidad significa «lugar de prados cubiertos de flores», que le dieron los toltecas que llegaron a ella huyendo después de la destrucción de Tula. Según la tradición, aquí era venerada la diosa del fuego, cuyo símbolo era una mariposa. Una de las tribus, establecida en estos lugares en el curso del siglo XIII, se distinguió por sus disposiciones para la horticultura; así, el pueblo denominó *chinatapanecas* a esas huertas flotantes que abastecían de verduras al antiguo Tenochtitlan. Todavía en nuestros días perduran las tradiciones que crearon esas huertas, y las mercancías de Xochimilco, debido a su calidad y frescura, son muy apreciadas en los mercados mexicanos. Se trata de una región baja, con lagos de agua dulce que antiguamente se hallaban en comunicación con el sistema acuático, en parte de agua salada, del gran lago de Texcoco.

Es durante los fines de semana cuando Xochimilco se convierte especialmente en el punto de destino favorito de los excursionistas mexicanos. Los alrededores del lago presentan un aspecto semejante al de un lugar de celebración de fiestas populares: hay coches de alquiler adornados, caballos de sillas para los que quieren practicar la equitación por la mañana, abundantes objetos de recuerdo y olor a puestos de comidas. En el embarcadero se hallan amarradas cómodas barcas en las que, en cuanto a color, formas y fantasía, han sido ensayadas todas las ocurrencias de la decoración popular. En todas partes se deja ver el culto del colorido; los cascos de las lanchas están adornados con guirnaldas de flores, mientras que un toldo las protege contra el sol y la lluvia. La fuerza de tracción está representada por un único remero que impulsa y gobierna la lancha a la manera de los gondoleros. Cada una de estas embarcaciones admite hasta ocho personas, y el «gondolero», con diestros movimientos, conduce la lancha, a través de la estrecha laguna, hasta las aguas abiertas.

En las orillas hay toda una serie de restaurantes de ocasión y, como si penetraran hasta el agua, llegando hasta las lanchas de los viajeros, éstas se

ven rodeadas de barquitas en las que mujeres indias venden tortillas, pescado frito y bocados para los aficionados al buen comer. A nuestro lado se desliza una barca muy adornada: en ella se halla la orquesta de mariachis, compuesta de jóvenes con rasgos indios y aspecto rudo, vestidos con el traje típico antiguo mexicano, chalecos con adornos de plata, sombreros anchos como ruedas de molino, y llevando guitarras y otros instrumentos musicales. También su arte puede ser apreciado a base de una tarifa; acompañan durante un buen trecho a la lancha que ha solicitado su colaboración mientras que las demás, con los cada vez más alegres mexicanos, siguen a la de los mariachis. Todo ello en medio de un ambiente de excursión entre amigos, porque aquí todo el mundo es amigo de todo el mundo. Los ademanes de saludo cambiados entre las gentes, y las flores arrojadas hacen que la imagen resulte inolvidable. Las lanchas bordean las huertas flotantes; vamos deslizándonos entre floridas islas y desde la orilla nos saludan los álamos cuyas ramas se mecen en la blanda brisa. La vista no puede abarcar de una vez los colores, el movimiento y la decoración; esta eterna fiesta popular acuática es uno de los encantos de los alrededores de México. Evidentemente, es un vestigio de tiempos inmemoriales pero, al mismo tiempo, una tradición barroca de la época de los virreyes. Esto se perpetúa en el estilo de las lanchas y en la forma de vida que se despliega, desde la mañana hasta la noche, durante las fiestas de Xochimilco.

El extremo superior del embarcadero está ocupado por vendedores; su mercancía, sombreros de paja, rebozos y objetos de recuerdo, ofrecen su espectacularidad bajo el cielo mexicano cuyo azul ha perdido algo de su esplendor por efecto del otoño.

VISITA DURANTE LA FIESTA

La fiesta nacional ofrece la ocasión para que los amigos —eventualmente en forma de *picnic*— se reúnan en casa de Piño Sandoval, que se halla un tanto alejada del centro de la capital. Yo ya había tenido ocasión de conocer al dueño de la casa, en una corta visita el día de Todos los Santos. Desempeña las funciones de jefe de la oficina de prensa del Presidente de la República, es un publicista de pura cepa y, según dicen, uno de los mejores periodistas de México. Es un hombre con una personalidad sugestiva, con una amable familia, su esposa y su hija a punto de terminar el Bachillerato. ¡Qué bonita es una casa mexicana así, en la que tanto en el marco interno como externo quedan incorporados los dones de la naturaleza! Alrededor de la amplia casa blanca crece una vegetación que en nuestro país se encuentra, a lo sumo, en los invernaderos e, incluso en ellos, se desarrolla precariamente. Cuando llegamos, una buena parte de los invitados se hallan ya en el lugar; en el jardín han sido colocadas mesas y, bajo el sol de fines de noviembre, las señoras se sientan en los sillones de jardín vestidas con trajes livianos y una buena parte de nosotros no lleva chaqueta. Las dueñas de la casa nos conducen a una enorme mesa. Dominan las comidas y bebidas nacionales al lado del tequila y del whisky y la cerveza de México, diferentes moles, pescados y carnes, en un ambiente de fiesta campestre. Tampoco las gentes carecen de interés, podría decirse que forman un conjunto enciclopédico. Con el que más hablo es con un profesor de gran fama que enseña Filosofía en la Universidad de México. Su esposa es húngara. Se conocieron en la Universidad de Clermont-Ferrand cuando ambos eran estudiantes. A la misma mesa que yo se halla también sentada Regina Raull, conocido miembro de la moderna generación de pintores mexicanos, una bella y elegante señora que también ha desempeñado un papel artístico-diplomático. Es una mujer inteligente, que se interesa por todo y que me interrogó a fondo acerca del desarrollo de los problemas artísticos de Hungría; tengo la impresión de que no lo hizo por mera cortesía sino porque tenía deseo de echar una mirada, a través de una pequeña y polícroma ventana, al arte europeo.

Empezaba a refrescar y se dio fin a la fiesta en el jardín; nos dirigimos al interior de la casa que yo sólo había visto de pasada. Ya el enorme salón viene a ser un microcosmos en el que se refleja el mundo aparte del matrimonio. A lo largo de la pared, libros; en uno de los lados se abre una especie de comedor cuyo fondo, en forma de aparador, presenta platos y jarros a cual más bello. Tampoco falta el rincón precolombino, como un homenaje a la memoria de los antepasados. En las paredes, buenos cuadros. Una escalera interior lleva al piso; en éste, libros, hermosos objetos de cerámica, el armonioso pequeño mundo de la cultura hogareña mexicana. La casa de Sandoval no es un palacio; aunque sea ya sólo por la distancia a que se halla del centro de la capital, podría decirse más bien que es una mansión rústica. Y desde ella acuden todos los días a la ciudad. Empieza a sonar la música y Regina Raull, la pintora, me saca a bailar. Me resulta un poco raro bailar, después de no haberlo hecho durante mucho tiempo, en una fiesta mexicana. Pero allí había alguien cuya profesión es la coreografía: la sobrina de mi anfitrión, una americana, Bárbara, que había venido a pasar unos días en México. Desempeña un cargo importante en una gran compañía de aviación, pero antes fue bailarina y coreógrafo y vivió bastante tiempo en Haití, en los tiempos del oprimente poder de Papá Doc. Bárbara —después de hacerse rogar un poco— se quita los zapatos y, siguiendo el ritmo de la música, esta muchacha delgada y de extraño rostro comienza a moverse y nos ofrece una exótica danza a la manera de un cuadro vivo. Es el comienzo ritual, casi solemne, del vudú. Después pasa a aceleraciones extáticas.

Mientras tanto, en la mesa no ha terminado la fiesta, pero no hay ninguna etapa que pudiéramos llamar comida. Traen té, luego, café y, más tarde, si recuerdo bien, una sopa. La mesa está siempre llena de algo, puesto que —como veo— una parte de los manjares es aportada por los invitados y, de este modo, la fiesta comienza con cada aporte hasta que queda coronada por los fuegos artificiales de la ciudad.

Para mí, el momento más memorable de esta visita fue cuando el dueño de la casa me hizo el presente de lo que se podría denominar la enciclopedia del pasado de México. Se trata de una gran obra en dos tomos, abundante en excelentes ilustraciones y titulada *Esplendor del México Antiguo*. Los distintos capítulos (desde la prehistoria hasta la Conquista) han sido escritos por los mejores expertos; abarcan la fisonomía espiritual de Anáhuac, su tesoro de tradiciones, sus vestigios artísticos, su folklore y su legado literario. El libro llegó por correo y el poseerlo me hizo feliz.

EXCURSIóN A CUERNAVACA Y TAXCO

Al otro día, temprano por la mañana (pues nos disponíamos a hacer un viaje) se presenta un joven periodista. Tiene la intención de escribir en dos lugares —un diario y una revista— acerca de lo que le parezca de interés en nuestra conversación. Es un joven interesante, sugestivo, de rasgos indios y con los cabellos bastante largos. Se llama Miguel Capistrán. (Naturalmente, no puedo dejar de pensar en el «Kapisztran» húngaro). Miguel, que es profesor adjunto a la cátedra de la historia de la literatura de la Universidad, conoce, naturalmente, el nombre del monje de la antigüedad que fue llevado a los altares y que para nosotros los húngaros se halla inseparablemente unido con János Hunvadi. (Pero lo que no sabía era que Kapisztrán, en su vida seglar fue un excelente jurista italiano, un juez de mano dura que sólo más tarde entró a formar parte de una orden religiosa). Miguel es uno de los hombres más cultos y simpáticos que conocí en México. También mi anfitrión, J. F., que habla con nosotros, experimenta el encanto de este joven, se siente atraído por su enciclopédico saber y por el interés que muestra hacia todo, hacia el pasado y hacia el presente y que no sólo se refiere a México sino también a problemas de orden universal. Mi visitante tiene su hogar en la ciudad de Córdoba. Fue en esa localidad donde el último virrey español, O’Donojú, firmó en agosto de 1821 el documento que reconocía la independencia de México y que por la otra parte fue firmado por el general Iturbide que durante breve tiempo llevó la corona imperial. El acto tuvo lugar en una de las habitaciones de una modesta hostería que sigue existiendo como tal aún en la actualidad. En los alrededores de Córdoba hay grandes cantidades de vestigios de la civilización de antaño, en buena parte objetos de cerámica. De esto hablamos con Miguel, que también posee una amplia preparación en arqueología.

Pero terminó esa charla que substituyó a la entrevista y nosotros tres, J. F., Alicia y yo, emprendimos un relativamente largo camino, hacia Cuernavaca y, desde aquí, hacia Taxco. La primera etapa fue de unos ochenta kilómetros, por una de las carreteras de mayor tráfico. Ese día, dado que era fiesta, había

menos movimiento pero, así y todo, en la primera parte había una gran afluencia de vehículos. A la izquierda vimos los contornos de la Ciudad Universitaria; luego el camino se bifurcó hacia Cuernavaca y Acapulco. Este último es uno de los más conocidos y animados lugares de placer de la costa del Océano Pacífico. En los tiempos coloniales, a él llegaban los barcos que transportaban mercancías y tesoros procedentes de las Islas Filipinas que se hallaban en poder de España. En Acapulco, un enorme mercado de descarga servía la cultura material de México; luego, las mercancías eran transportadas a lomo de animales hasta algún puesto de la costa del Océano Atlántico donde eran embarcadas y llevadas, escoltadas por barcos de guerra, a España, en primer lugar a Sevilla. Al quedar cerrado el período colonial, Acapulco pareció declinar, puesto que cesó su función comercial. Pero, como escribe uno de sus admiradores «sólo su nombre evoca ya la imagen paradisíaca de los Mares del Sur», y, de este modo, hoy día sirve como índice de la vida de lujo y del ritmo mundano sin preocupaciones. No sentí deseos de visitar Acapulco. ¿Para qué desperdiciar en él los pocos días que podía pasar en México? No sentí ningún pesar cuando el camino se bifurcó, llevando por una rama a los turistas que se dirigían a Acapulco y, por la otra, a nosotros, hacia Cuernavaca. La carretera atraviesa por una interesante comarca, en medio de bosques; descendimos desde un altozano hasta la llanura que acoge en su seno a la ciudad. Llegamos por la mañana a esta animada ciudad donde se observa un intenso tráfico de extranjeros, entrando en ella entre las guirnaldas lilas (que coronan, por decirlo así, las puertas de todas las casas) de las buganvillas de preciosos jardines.

Ahora, Cuernavaca suele ser denominada la ciudad de los jardines y del verano eterno. Los españoles, al nombrarla Cuernavaca, hicieron pronunciable para ellos su nombre original chichimeco de *Cuauhnáhuac*. En el curso de la Conquista, la ciudad no tardó en caer en manos de Cortés que se sintió subyugado por los alrededores y el clima y edificó en ella —apenas una década después de la toma de Tenochtitlan, en 1532— su propio palacio, en pie todavía en nuestros días aunque, bien es verdad, ha sido objeto de varias transformaciones. Es aquí donde tuvo su corte, a una distancia relativamente no muy grande de la capital, en calidad de Marqués del Valle de Oxaca y Conde de Cuernavaca, títulos que también poseía.

La ciudad es famosa por sus jardines, sus parques y sus paseos. Para mí resulta deslumbrante esa avalancha de buganvillas que acoge al que llega a la ciudad. En Cuernavaca encuentran su segundo hogar los americanos que, abandonando su menos benigna patria, pasan aquí sus años de jubilados. En la

plaza principal se observa una animación impropia de una ciudad de provincia: cafés repletos, bares resplandecientes. El tráfico hace recordar el de una estación balnearia de primera categoría —digamos Niza— con sus interminables hileras de automóviles y sus dificultades de aparcamiento. Todo se halla bañado en un deslumbrante sol, a cinco mil metros sobre el nivel del mar. Echamos una mirada a algunos jardines; vienen a ser un pequeño mundo del arte hortícola meridional, una verdadera celebridad urbana. Ante el antiguo palacio de Cortés se halla una estatua. ¿Es de suponer en su patria chica que el Conquistador es objeto de tal distinción? En el pedestal de la estatua figura el nombre de Pacheco, un jefe político de un no tan lejano pasado. Pero Cortés —incluso sin estatua— fue el constructor y el espíritu animador de ese palacio que es en parte museo y, en parte, sirve los fines del Estado de Morelos. El conquistador de México hubiera podido vivir en él, hasta la muerte, con rango principesco y en medio de la opulencia. Llegó a ser, ciertamente, uno de los mayores terratenientes españoles, pero la Corona no volvió a confiarle el gobierno de la Nueva España. Cortés no pudo permanecer más que durante unos meses descansando en sus laureles. Su imaginación entretejía incesantemente los proyectos de nuevas expediciones. Desde Cuernavaca partió para sus viajes posteriores. William Prescott se refiere a esos relativamente pacíficos años de Cortés de la manera siguiente: «… después de que Cortés, contrariado, abandonara la capital para no volver nunca más a ella, eligió Cuernavaca como lugar de residencia. Ese lugar fue el que conquistó de los aztecas, con su propia espada, antes ya del sitio de Tenochtitlan. Esa ciudad se halla situada en la ladera sur de la Cordillera, desde donde se abre, en amplio arco, una vista de esa comarca que constituía la parte más hermosa y floreciente de sus dominios. Aquí, Cortés se hizo edificar un bonito palacio y, desde entonces, ése fue su lugar de residencia predilecto. Debió de ser adecuado para observar desde él sus enormes propiedades y, desde entonces, consagró su tiempo a dirigir él mismo su hacienda. Trajo de Cuba caña de azúcar que en las más bajas comarcas de aquí, en la fértil tierra, comenzó a desarrollarse espléndidamente. También se dedicó a la cría de ovejas merinas y vacunos, en los abundantes pastos de Tehuantepec. En algunas provincias hizo plantar muchas moreras que suministraron abundante alimento a los gusanos de seda. También dio impulso al cultivo del cáñamo y del lino. Con gran circunspección y espíritu emprendedor aprovechó la fertilidad de las tierras e introdujo cultivos que hasta entonces eran desconocidos. Y hasta elaboró esos productos cuando estableció fábricas de azúcar y otras manufacturas para la realización de la

materia prima…» Esta descripción, dada por el escritor hace ya casi siglo y medio, esboza de una manera interesante rasgos, en buena parte desconocidos hasta entonces, de la personalidad del Conquistador. Para aquel hombre que vivió en perpetua actividad, cuyo interés podría ser calificado de enciclopédico, Anáhuac resultó estrecho. A sus propias costas envió barcos a las Molucas y, en 1532 y 1533 volvió a organizar una expedición para explorar California. Después de varios fracasados intentos, el mismo Marqués del Valle decidió ponerse personalmente al frente de la expedición; esa vez dotó a la flotilla de todo aquello que le pudiera ser necesario en el curso de un intento de colonización, incluso trescientos esclavos negros que Cortés «conservaba» para esa ocasión. Debieron ser de los primeros que fueron llevados a Nueva España. Buena parte de los africanos llegaron a los alrededores del Golfo —Tehuantepec— donde se mezclaron con la población india y mestiza; hoy día apenas tienen ya significado como minoría étnica.

En sus expediciones a California y otros lugares, Cortés no se vio acompañado por la suerte como lo fue en México; esos intentos y viajes absorbieron trescientos mil ducados de oro, todas sus rentas, de modo que para pagar sus deudas tuvo que empeñar hasta las alhajas de su esposa. Vivió en continuas querellas con la oficina del virrey de México, surgieron problemas en relación con las esferas de incumbencia cuya solución debía ser decidida por Carlos V. El Conquistador, que entonces contaba cincuenta y seis años, llegó a su patria precisamente cuando el emperador, quince años más joven que él, se preparaba para una expedición contra Argelia. Cortés fue objeto del favor del soberano cuando se le permitió tomar parte, junto con su hijo y en calidad de voluntario, en la campaña contra los piratas. Así ocurrió que el conquistador de México, pasados más de dos decenios desde la toma de Tenochtitlan, con el agua hasta la cintura y una sola espada se defendiera contra los moros que le atacaban después de haberse hundido la nave en la que se hallaba. En el consejo de la corona celebrado después de este triste episodio, Cortés pidió al Emperador quinientos veteranos; dio su palabra de caballero de que «al frente de ellos tomaría la fortaleza de Argel como antaño tomó México». El soberano no aceptó la oferta del veterano y la flota imperial regresó sin gloria al puerto nacional. En 1544, Cortés escribió su última carta a Carlos V en la que vertió sus quejas y amarguras. En ella mencionó que había pasado cuatro decenios al servicio de su majestad, pasando muchas noches sin sueño, precariamente alimentado y siempre con la espada al alcance de la mano. Que en innumerables ocasiones había puesto voluntariamente en peligro su vida y que había sacrificado toda su fortuna

para explorar comarcas hasta entonces desconocidas… Todo esto lo había realizado no sólo sin ayuda de la patria sino luchando también contra los obstáculos que le oponían sus rivales. Ahora se sentía ya viejo, afligido por sus viejas heridas y lleno de deudas. Que su majestad tenga a bien intervenir para que el Consejo de Indias se ocupe también de mis solicitudes y quejas». Finalmente, «ya soy demasiado viejo para que ande de un lado para otro como un vagabundo, y tengo la intención de establecerme para el poco tiempo que me queda y para que mi alma pueda rendir cuentas al Cielo; para poder ocuparme solamente de la salud de mi alma y no de mis valores terrenos…»

Resulta extraño pensar que Cortés, a quien Diego Rivera pintó en su serie de frescos como el cruel opresor del pueblo por él sometido, fue realmente el único que con el padre Las Casas elevó su voz en favor de los indígenas. Naturalmente, los motivos eran muy distintos: Las Casas, que fue llamado «el padre de los indios», oyendo la voz de su conciencia, se opuso con el mayor ardor contra toda forma de colonización. Cortés contemplaba las cosas con los ojos de un organizador de un estado cuando tomó la pluma después de su primer regreso a España (entre 1528 y 1530) para dirigir una carta a Carlos V: «… Lo más esencial a llevar a cabo es proteger a los indígenas y cuidar de que echen raíces. Porque sin eso no sirve de nada nuestra fundación. Su majestad ha de imaginar esta tierra como un terreno recientemente labrado y sembrado donde se necesitan fuertes y resistentes raíces para que la tierra pueda producir. Justamente por eso Vuestra Majestad debe tomar disposiciones para que los indígenas sean objeto de buenos tratos. En nuestros pueblos deben permanecer de modo que puedan proseguir la misma vida que llevaban antes. Si juzgamos por la extensión de sus ciudades, esa forma de vida les debía ser muy adecuada. De otro modo el número de indígenas no hubiera aumentado tanto anteriormente y no hubiera disminuido tanto el número de habitantes durante ese breve tiempo pasado desde que estuvieron obligados a dejar sus costumbres de antes…»

Después de la última solicitud dirigida al soberano siguieron tres años de indignidad durante los cuales Cortés recorrió el pedregoso camino de la humillación. Así, pues, determinó regresar a Cuernavaca y llevar consigo a su hijo. Deseaba embarcarse en Sevilla, abatido corporal y espiritualmente. Redactó sus últimas voluntades que constituyen un largo e interesante documento. Entre otras cosas dice haber intentado constatar el impuesto que sus vasallos indios pagaban anteriormente a sus señores y, en caso de que sus herederos consideren que la suma que los indios le satisfacen a él sobrepasara la de las prestaciones anteriores, la diferencia debe ser íntegramente devuelta

a los indios. Expresa sus dudas respecto a lo justo de exigir de los indios trabajo no remunerado. Ordena a sus herederos que examinen si los indios han obtenido el adecuado contravalor y, en caso de hallarse en deuda con ellos, los beneficiarios de la herencia deben satisfacer con carácter retroactivo los perjuicios ocasionados. Termina este párrafo de la siguiente manera: «Hace tiempo que se discute la cuestión de si es posible, según la voz de la conciencia, tener esclavos indios. Como hasta ahora no ha sido esclarecido, dejo que mi hijo Martín y sus herederos, sin escatimar fatigas, se ocupen de hallar la verdad en esta cuestión dado que este asunto ocupa mucho la conciencia de los interesados, en primer lugar la mía».

Evidentemente, nadie tomó en serio esas cláusulas del testamento. ¿Quién iba a pensar en examinar la situación de los indios que vivían como siervos en las encomiendas de las haciendas de Cortés y en devolverles algo de lo que les era debido? Pero al examinar el texto surge la imagen del herido y malhumorado viejo Conquistador que con una minucia de jurisconsulto analiza uno de los mayores problemas del Nuevo Mundo, el grado y el límite en que puede ser utilizada y aprovechada la mano de obra india. En uno de los platillos de la balanza coloca todos sus argumentos, mientras que al otro van a parar los temores que experimenta en relación con la salvación de su alma.

En Sevilla se propagó rápidamente la noticia de su enfermedad que comenzó con quejas del estómago y ensombreció su ánimo. Huyendo de los muchos visitantes se dirigió a un pueblo cercano donde fue cuidado por sus familiares más próximos. Terminó su vida como un hidalgo español, a la edad de sesenta y tres años, en diciembre de 1547. No volvió a ver su palacio de Cuernavaca, ni una de las más hermosas comarcas de México por la que tanto afecto sentía.

Su hijo, el segundo marqués, bautizado con el nombre de Martín (éste era el «segundo» Martín entre sus hijos puesto que también el que tuvo con Doña Marina llevaba el nombre de Don Martín Cortés), cuando se dirigió a México para tomar posesión de su herencia, encontró que el palacio de su padre era ya pequeño para él. Lo hizo transformar y hoy día resulta ya apenas posible determinar cuáles fueron las partes añadidas al edificio original. Éste fue restaurado de nuevo durante el siglo pasado y, probablemente, fue también objeto de algunas transformaciones.

Es un edificio de dos plantas con una severa fachada; en él puede reconocerse el estilo colonial de los Conquistadores establecido en la época entre el renacimiento tardío y el barroco temprano. La plaza que se halla ante el palacio debió ser un lugar adecuado para revistas y desfiles; esto es lo que

revela también su forma actual. Al subir al piso en el que se halla instalado el museo de la historia local observamos la fachada posterior del palacio, la más interesante, con su pórtico de columnas. Desde el enorme balcón enmarcado en una hilera de columnas se abre una preciosa vista hacia el valle de Morelos; desde él se ve también la nevada cima del Popocatépetl.

Nos encontramos con una de las creaciones de mayores dimensiones del arte mural mexicano. Recorremos todo el piso: en su serie de enormes frescos, Diego Rivera ha condensado todo su odio hacia los conquistadores, en primer lugar hacia Cortés, pero también los servidores de la Iglesia aparecen frecuentemente entre las figuras negativas. Esas pinturas murales ilustran —en el palacio que antaño fue de Cortés— la historia de México. Vienen a ser como una confrontación. Vemos también los sacrificios humanos de los antiguos aztecas, pero hacen su aparición los españoles con su crueldad, implacabilidad y ansia de oro. ¿Cómo fue, pues, construido el palacio de Cortés? ¿Cómo obligaban a los indios a trabajar en las plantaciones de caña de azúcar…? Vemos también los autos de fe de la Inquisición. Después, ese libro ilustrado de la historia pasa al gran revolucionario mexicano del siglo XX. Rivera rinde homenaje a su héroe favorito, Emiliano Zapata, un mestizo que poseía una pequeña hacienda en esos alrededores. El retraso en la ejecución de la reforma agraria le hizo salir de su ambiente de calma. Se volvió contra Porfirio Díaz y, luego, a partir de 1910 —desde la ejecución de Francisco Madero— también el presidente Huerta se convirtió en enemigo jurado de Zapata. No sólo se hizo dueño del estado de Morelos sino también de otros enormes territorios. Seguramente que la ley de 1917 sobre la reforma agraria hubiese sido ejecutada a ritmo más intenso (sólo a fines de la década de 1930 consiguió acelerarla el presidente Cárdenas mediante la expropiación de diecisiete millones de hectáreas de tierra) si Zapata no hubiera sido víctima de un atentado en 1919. La imagen de Emiliano, con su ancho sombrero y largos bigotes, aparece varias veces en las series de obras de Rivera.

Me gustaría ser sincero. Si los frescos de Cuernavaca no me gustan, ello no es debido a que en la representación de los acontecimientos vea más bien agitación política que historia. Ni tampoco a que la figura de Cortés aparezca en ellos deformada, como una antipática caricatura. Pero esos cuadros fueron creados en los años en que el artista se hallaba saturado de febriles tormentas en la política interna. En esas pinturas murales tiene más intensidad la voz del revolucionario que la del artista. Tal vez, este desfavorable efecto queda acentuado por el hecho de que los cuadros no pueden ser contemplados con la

adecuada perspectiva. El espectador tiene que pasar por una estrecha galería ante esa serie de cuadros plenos de dinamismo.

* * *

Alexander von Humboldt, que fue en resumidas cuentas el fundador de la ciencia de la americanología, estableció a principios del pasado siglo ciertos cálculos. ¿Qué cantidad de metales preciosos transportaron a su patria las «flotas de plata» durante los tres siglos de la administración colonial española (según él, exactamente entre 1492 y 1803)? El valor lo da en «dólares españoles» y éstos debían estar a la par con el dólar de oro. Humboldt calcula en 4.851.156.000 dólares el valor del oro y la plata exportados en el curso de esos trescientos años. El ritmo de la explotación de las minas iba intensificándose de año en año. Mientras que entre 1492 y 1500 la exportación anual de las colonias no sobrepasó el cuarto de millón, ya en la época inicial de la conquista de México y Perú aumentó hasta suponer tres millones de dólares al año, para alcanzar los once millones entre 1545 y 1600, los dieciséis millones entre 1600 y 1700, los veintidós millones y medio entre 1700 y 1750 y los 35,3 millones de dólares oro anuales entre 1750 y 1803.

En esta gigantesca afluencia de metales preciosos desempeñaron un significativo papel las minas de plata de México. Fue particularmente decisivo el resultado alcanzado con la apertura de minas de Potosí, sobre todo desde que se consiguió tratar el mineral de plata a base de procesos químicos. Entre 1780 y 1800, México podía declarar como suyas las dos terceras partes de la producción mundial de plata. Según datos estadísticos más recientes, el valor de la plata producida en México entre 1521 y 1922 se calcula en tres mil millones de dólares, lo que a grandes rasgos coincide con el cálculo de Humboldt. Naturalmente, la producción de las minas mexicanas sufrió una regresión durante las guerras civiles. Después, el ritmo de la producción fue aumentando paulatinamente y hoy día México —según los resultados de la competencia internacional que se renueva todos los años— figura entre los tres países que se hallan a la cabeza de la producción de plata, en el primero, en el segundo o en el tercer puesto. En lo que a la cantidad anual se refiere, las estadísticas oficiales mexicanas establecieron que la producción de plata correspondiente al año de 1969 suponía aproximadamente millón y medio de kilogramos.

La estadística respecto a los metales preciosos, que influye esencialmente, desde el punto de vista económico, en el estado actual de México, cobra

actualidad por el hecho de que nuestra excursión, después de haber visitado Cuernavaca, nos conduce ya a la famosa *ciudad de plata*, a Taxco.

La carretera atraviesa un pintoresco paisaje, si bien los tonos verdes aparecen menos brillantes y vivos, lo que es indicio de que hace ya mucho tiempo que ha pasado la época de las lluvias. Esta comarca es, incluso desde el punto de vista del turismo, una de las más cuidadas de México. Desde el punto de vista arquitectónico, fueron las torres de vigía, los conventos y las iglesias de la época colonial lo que prestó fisonomía del siglo XVI a esta región. En algunos lugares, como a lo largo de la orilla del lago de Tequesquitengo, se edifican ya hoteles de lujo. El lago se formó en el cráter de un volcán; hoy día ofrece un edénico descanso, durante todo el año, a los que huyen del norte para acudir al reino del verano eterno.

Cuando nos vamos acercando, Taxco, ya desde lejos, nos aparece como una ciudad histórica de Umbría o de Toscana. Esta impresión queda intensificada por ese color pardo rojizo que dominti en toda la villa y por el enorme templo de Santa Prisca que sobresale por encima de las casas. El nombre de Taxco ha permanecido invariable en la lengua española y significa «juegos de pelota». La antigua ciudad india se extendía un poco más hacia el sur; aquí se hallaban, antes ya de la ocupación azteca, yacimientos de mineral de plata y de estaño. Se comprende que a principios del siglo XV, en tiempos de Moctezuma, tuvieran que pagar los impuestos principalmente en mineral. En lo que se refiere a Taxco, la atención de los conquistadores no se dirigió en primer lugar hacia la plata sino hacia el estaño. Uno de los factores esenciales de los éxitos militares de Cortés lo constituía la artillería. Por otra parte, quería que la nueva fortaleza que se proponía edificar en el corazón de México fuera inexpugnable gracias a los cañones; para ello, el Conquistador necesitaba bronce y estaño. Naturalmente, tampoco dejaba de interesarle la plata, y cuando regresó por primera vez a España hizo fundir un cañón de plata, con destino a Carlos V, que llevaba además grabada esta altanera inscripción: «Fénix es el nombre de esa rara ave, la más extraña de todas las nacidas; así de fiel soy yo a mi Emperador, el mayor de todos los que en el mundo han reinado». Los ingenieros militares de Cortés dieron con los yacimientos de plata mientras se dedicaban a la extracción del estaño. Ya hacia 1529 se estableció una colonia minera en las cercanías del Taxco de nuestros días. Esa aglomeración minera fue la que, con el tiempo, constituyó la nueva ciudad que es mencionada ya, con su antiguo nombre indio de Taxco, en un documento que data de 1580. Las Minas de Taxco han seguido siendo el símbolo y, al mismo tiempo, la fuente de la riqueza de México.

La minería de los siglos XVI y XVII no podía estar lo bastante desarrollada como para que el rendimiento de las minas no sufriera una reducción. Fue entonces cuando asumió un importante papel una curiosa personalidad, José de la Borda, que llegó a Taxco a mediados del siglo XVIII. Este hidalgo, tal vez de origen gascón, se hizo cargo de la mina de San Ignacio. Hombre afortunado, adoptó los métodos de la técnica minera europea y elevó en grado significativo la producción de plata; así, al poco tiempo era dueño de una enorme fortuna que hizo que este hombre, que tal vez también podría ser calificado de aventurero, fuera uno de los más acaudalados de México. Este gran industrial de nuevo estilo no se mostró ingrato con la ciudad; cumpliendo un voto, edificó en Taxco una iglesia —la de Santa Prisca— que, debido en primer lugar a su estilo decorativo, es uno de los más hermosos monumentos del arte colonial mexicano. En la fachada y en las torres de Santa Prisca fue ejecutada la labor ornamental de mayor envergadura del estilo barroco tardío denominado churrigueresco. Cuando los rayos del sol caen sobre ellas, las tallas de piedra brillan con maravillosos colores y producen la impresión de un encaje.

Fue alrededor de 1716 cuando José de la Borda llegó de España a México donde su hermano Francisco se dedicaba ya desde hacía un decenio —en los alrededores de Taxco y con menos fortuna que la que debía gozar el recién llegado— a la extracción de la plata. Su hermano menor, José, emprendió la tarea con mano afortunada y, evidentemente, con un excelente sentido técnico, y la suerte no sólo le favoreció en Taxco sino también en otras minas de plata. Empero, fue siempre Taxco el centro de sus actividades; no sólo se ocupó de minería sino que construyó caminos y hasta organizó el abastecimiento de agua para la villa. Su hijo, Manuel, tomó los hábitos sacerdotales, y parece como si hubiera sido comenzado a construir para él ese templo para el que se eligió como patronos a Santa Prisca, la joven mártir romana, y San Sebastián. Hoy, esa iglesia es denominada, en general, como la de Santa Prisca.

Borda inspiró una nueva vida a la producción de plata mexicana, pero este renacimiento se apagó un tanto en el curso de los años posteriores. A ello contribuyó la inseguridad que aportó la guerra civil. En la tercera década de nuestro siglo Taxco volvió a convertirse en una pequeña ciudad triste, hasta que hizo su aparición un nuevo Borda en la persona del ingeniero americano William Spratling. No llegó a ser tanto el maestro de la prospección de los tesoros minerales como el impulsor, con su moderno estilo y sus métodos comerciales, de la industria de la plata. William Spratling, cuyo nombre es

perpetuado hoy por una calle de Taxco (del mismo modo que una de las más bonitas plazas de la ciudad lleva el de José de la Borda), debió dar tal impulso a la labor de los orfebres que, además de su propia firma, existen aquí innumerables talleres más o menos grandes dedicados a la elaboración artesana de la plata extraída en los alrededores. La plata de Taxco es especialmente valiosa, puesto que alean plata de una finura de 950 a 980 con aproximadamente de 20 a 25 por mil de cobre. Realmente, apenas si puede uno imaginarse un paseo más interesante que el que se puede dar, cuesta arriba o cuesta abajo, por las calles principales de Taxco, ciudad pequeña desde el punto de vista del número de sus habitantes, en las que, como indican hasta los libros de viajes, es aconsejable andar con suelas de goma y, en caso del sexo femenino, prescindir de los tacones altos. Por decirlo así, una de cada dos casas viene a ser una exhibición del arte de la orfebrería en plata, y también una buena parte de los bonitos bazares de amplio surtido y de las tiendas de objetos de adorno está dedicada a los artículos de plata. Esos objetos de plata representan la alta escuela de la artesanía folklórica tradicional. En cambio, no vi (tal vez me pasaron desapercibidos) objetos de adorno de líneas modernas que vinieran a ser un elogio de la más avanzada vanguardia del arte de la orfebrería. Estas tiendas de las calles principales ofrecen un rico surtido también en lo que se refiere a otras ramas del arte folklórico, por ejemplo, artículos de cerámica en colores, de cuero y de paja, entre los que se puede elegir o, para ser más exactos, que se pueden admirar para, lanzando un suspiro, volver a dejarlos en su sitio. En lo que se refiere al precio, los artículos de plata de Taxco no son más baratos que en el mercado mundial.

Vuelven a renacer las tradiciones *latinas*; es día festivo, y la iglesia de Santa Prisca se prepara para un espectáculo local. Algunos jóvenes, en el traje de los conquistadores, con corazas, cascos y alabardas, pasean ante la amplia escalinata. La maravillosa fachada está bañada por los rayos del sol. El enorme relieve que representa el nacimiento de Jesús, la corona papal y, aún más arriba estatuas, elementos ornamentales y esbeltas columnas corintias hacen que las miradas se eleven a las regiones celestiales; el encanto no cesa nunca, gracias a la esplendidez, del aventurero de antaño. ¿Cuánto pudo costar a José de la Borda ese monumento sin par que realmente ha perpetuado, si no su piedad, por lo menos el nombre de su linaje? Ese trabajo de talla es tan rico que no puede ser abarcado en su totalidad, la vista se extravía en los detalles. Y el encanto continúa en el interior del templo. Lo que en primer lugar resulta pasmoso es la ornamentación del altar mayor, los

miles de hojas de oro, el desbordamiento de luz y de color. Relieves y estatuas, figuras de apóstoles, ángeles, tallas representando frutas y llores completan la decoración del interior de ese templo. Taxco es una pequeña ciudad mexicana que ese templo, que ni siquiera tiene el rango de basílica, ha hecho internacionalmente conocida; la leyenda de la ciudad entretejida alrededor de Borda contribuye a intensificar el interés y a destacar el efecto estético. Cuando Borda hizo edificar esa iglesia, el estilo churrigueresco se hallaba ya en decadencia en España y, de este modo, la iglesia de Santa Prisca de Taxco debe ser uno de los últimos monumentos construidos en ese decorativo estilo del escultor y arquitecto de Salamanca llamado José de Churriguera (1650-1723). Santa Prisca fue edificada a mediados del siglo XVIII, entre 1748 y 1758, y desde entonces es un lugar de peregrinación para aquellos que desean, contemplar uno de los más célebres edificios eclesiásticos de México.

En las calles que suben hasta la cumbre del Tetilán, en la plaza del mercado, en la Calle Real de San Agustín y en todas partes donde las callejuelas se dirigen hacia la Plaza de Borda han permanecido íntegramente el estilo y el ambiente coloniales.

En una de las calles principales se halla un hogar de artistas cuyo dueño es un húngaro. En Taxco, el nombre de Károly Papp es pronunciado como Papii, así se han acostumbrado a llamarle durante esos decenios que lleva trabajando en su taller. Su esposa es una escritora de origen americano que ha publicado numerosas obras destinadas a la juventud. El hogar de Károly Papp es, en parte, un taller de pintor, escultor y ceramista. Al lado de objetos del arte folklórico local aparecen las ediciones de la Editorial México, labores de aguja y artículos de plata, pues no hay que olvidar que estamos en Taxco. La verdadera pasión del dueño de la casa es la pintura. Es interesante contemplar en la ciudad de la plata esos cuadros «informales», esos lienzos que hacen recordar la época heroica de la pintura abstracta. Contemplamos también sus bustos, hechos por encargo, y que dan muestras de las buenas cualidades de su autor.

Károly Papp vive en esa región en la que la tierra todos los días pone o deja que pongan al descubierto algo perteneciente al pasado. Así, como todo coleccionista mexicano, también él siente predilección por las rarezas precolombinas que, en esas comarcas, no son tan raras. ¿De dónde proceden, cómo han llegado a sus manos? Esto es algo que me interesa. Me dice que, por lo general en día de domingo, llega un visitante indio, se sienta, no dice nada, mira a su alrededor y descansa. Luego, después de haber tomado el café

ofrecido por el dueño de la casa, saca con mucha circunspección un paquete cuidadosamente envuelto que contiene una estatuita de arcilla, un relieve u otra cosa por el estilo encontrada en la tierra por él o por un vecino menos decidido. Y comienza el inolvidable ritual del regateo sin el cual el trato no tendría ningún interés para ninguna de las dos partes. El indio comienza mencionando un precio bastante alto, pero sin hallarse muy seguro de sí mismo. El comprador ofrece aproximadamente el diez por ciento del precio pedido. Al cabo de una hora se han puesto ya de acuerdo si la pieza es realmente valiosa y el comprador tiene la impresión de que es auténtica.

(Al regreso de México di un rodeo para dirigirme a Los Ángeles, donde tuve ocasión de devolver al novelista Irving Stone la visita que algunos años antes me había hecho en mi casa de Tihany. Stone y su esposa son coleccionistas de objetos de arte; en su precioso hogar conservan vestigios en buena parte precolombinos, entre los que figuran también obras plásticas de ciertas dimensiones. En lo que se refiere a algunas piezas —pertrechado de las experiencias obtenidas durante las visitas a los museos mexicanos— no me sentía completamente convencido acerca de su autenticidad. Pregunté a Irving Stone si en el curso de sus años de coleccionista no había sido él también víctima de errores o de engaños. Me respondió que cuando comenzó a adquirir las primeras piezas de su colección, a finales de los años veinte, eran todavía tan baratas que a nadie se le hubiera ocurrido falsificar esas estatuitas de arcilla, objetos de cerámica y cosas semejantes. Desde entonces, claro está, ha aprendido ya a reconocer las obras originales y a diferenciarlas de las copias o falsificaciones hechas siguiendo los métodos artísticos antiguos).

Károly Papp abrió un cajón; la autenticidad de su contenido es dudosa. Colocamos una al lado de la otra dos piezas parecidas, la considerada como original y una ejecutada hace poco. Lo raro es que entonces uno se siente indeciso. Se halla más bien dispuesto a considerar como auténtico lo falsificado, puesto que también parecen originales los ejemplares encerrados en ese famoso cajón. Así, la visita realizada en Taxco al maestro húngaro ofreció interés también desde el punto de vista arqueológico.

Hace un siglo, en México apenas si se coleccionaban antigüedades precolombinas (a no ser que en la tierra fuera hallado algún objeto de metal precioso o una estatua en excepcional buen estado); la opinión oficial seguía siendo bastante antiespañola. Fue en esos tiempos cuando debió iniciarse un más detallado estudio de la cultura precolombina, pero en un nivel muy alto, científico, y en las escuelas no enseñaban la historia de las civilizaciones

maya, mixteca, zapoteca, totonaca, tolteca, azteca, etc. En ese lugar, la arqueología se hallaba dando sus primeros pasos. Durante mucho tiempo, las descripciones de viajes de Stephens y los grabados de Catherwood representaron todo aquello que, por ejemplo en Yucatán, había permanecido hasta mediados del siglo XIX.

Si comparamos nuestras experiencias con este «cuadro de la época arqueológica» podríamos decir que encontramos innumerables huellas de un entusiasta interés hacia el pasado. Durante las largas horas que pasé en el Museo de Antropología se repitieron simpáticos episodios cuando observé el desfile de los escolares, escuché las explicaciones de los maestros y, después, contemplé los extáticos rostros infantiles —morenos, cobrizos, amarillentos y blancos como la leche— que se volvían entusiasmados hacia el mundo de recuerdos de sus antepasados (evidentemente, de sus antepasados indios). Ese mismo entusiasmo lo pude observar en las niñas y niños que conducen a los extranjeros (a veces balbuciendo con ardor en inglés), desinteresadamente, hacia los restos del teocali. Los jóvenes han vivido junto con esos recuerdos, han aprendido sus denominaciones científicas, discuten entre ellos, y no he encontrado entre ellos a ninguno que solicitara el óbolo. Aquí y allá ofrecen pequeños fragmentos de arcilla o estatuitas. Es interesante que en la mayoría de los casos se trataba de groseras falsificaciones, pero había también alguna que otra pieza perteneciente a ese gran número de objetos de adorno o de uso hallados sumidos en la tierra.

No he visitado ningún hogar amigo mexicano en el que faltara una colección, de mayor o menor envergadura, de vestigios precolombinos. Fueron adquiridos durante viajes o hallados en el lugar en el curso de una visita hecha a parientes que residen en alguna provincia alejada. A veces, también proceden de comerciantes de objetos de arte o de feriantes. Tal vez, el dueño de la casa no se halla ligado por ningún lazo sanguíneo con los mayas o los aztecas; no obstante, acepta el pasado común, sabe que tal o cual pieza de la colección es, digamos, Teotihuacán III o Monte Albán II/a. ¿Es que entre los conquistadores y sus descendientes hubo alguno que coleccionara objetos sin tener en cuenta el valor del metal precioso y sólo porque se sintiera impresionado por la belleza y la sutileza del arte de ese pueblo? Seguro que, desde el principio, hubo quien se interesó por esas cosas, pero su recuerdo raras veces ha permanecido como, por ejemplo, el del caballero de origen milanés Lorenzo Boturini, que llegó a México en 1735 como representante jurídico de un descendiente de Moctezuma. Comenzó a ocuparse, guiado por un interés de aficionado, en coleccionar los vestigios

precolombinos de la capital, pero ese interés llegó a convertirse en una verdadera pasión. Recorrió Nueva España, llegó hasta las más remotas provincias, trabó amistad con los indígenas, vivió en sus chozas y los acompañó a las antigüedades ocultas en la selva virgen. Boturini aprendió la lengua de los indígenas y estudió sus costumbres. Se interesó en primer lugar por los vestigios escritos y, de este modo consiguió coleccionar un hermoso material de representaciones jeroglíficas pintadas en algodón, cuero o papel de maguey. Pasó unos ocho años realizando investigaciones de esta índole hasta que su ardor despertó las sospechas de las autoridades competentes. Le fue abierto un proceso, le encarcelaron y, más tarde, le llevaron a España. Aquí, el chasqueado coleccionista apeló ante el Consejo de Indias y, en el Museo de éste, estableció un catálogo. Mientras tanto escribió su famosa obra titulada *Idea de una nueva Historia General de la América Septentrional*. En la memoria que dirigió al Consejo de Indias, Boturini escribió lo siguiente: «… esos tesoros no los cambiaría ni por todo el oro, plata, perlas y diamantes del Nuevo Mundo».

Los engranajes de la justicia española se movían muy despació pero, por fin, también en Sevilla le dieron la razón al caballero Boturini. Fue eximido de toda acusación relacionada con abusos respecto a los monumentos. Los jueces no dejaron de elogiar su desinteresada actividad de investigador. Pero no volvió a ver su célebre colección: ésta, en favor del orden, fue confiscada. A título de indemnización, su majestad nombró a Boturini «geógrafo principal de las Indias» con un sueldo anual de mil ducados de oro españoles. Pero esta suma no era suficiente para que pudiera volver a México y continuar allí sus actividades. Así, pues, permaneció en Madrid y en 1749 publicó el primer tomo de la *Historia General de la América Septentrional*. Poco tiempo después abandonó este mundo. Sus herederos no obtuvieron ninguna indemnización por los valores confiscados. ¿Qué fue de la colección de Boturini y de los vestigios jeroglíficos encontrados aquí y allá, todavía en el siglo XVIII? Fueron a parar a los sótanos del palacio del virrey de México, se enmohecieron y se llenaron de gusanos. Cuando Humboldt, pasado más de medio siglo, realizó investigaciones en relación con estos inapreciables tesoros, apenas si «encontró una octava parte, en un estado que no podría ser calificado de intacto, de las piezas de la colección de Boturini».

¿Cuántas cosas quedaron destruidas en la tierra de Nueva España por efecto de la desidia, la malevolencia y el fanatismo? Pero, no obstante, ¿cuánto es lo que desde hace un siglo siguen descubriendo la investigación arqueológica, la iniciativa privada y el celo de los buscadores de tesoros?

¿Cuánto es lo que ocultan todavía los montículos, la tierra, la selva virgen, los desconocidos restos de alejadas comarcas y los territorios que con el tiempo se han ido cubriendo de pantanos? Porque, por ejemplo, las más espléndidas creaciones de la pintura precolombina, los frescos de Bonampak, fueron descubiertos por casualidad hace sólo dos decenios, y la Gran Personalidad enterrada en lo profundo del teocali de Palenque seguiría sumida en su imperturbado y eterno sueño si el arqueólogo Alberto Ruz Huillier (al cual quisiera referirme por separado) no hubiera encontrado en 1949, en el curso de unos trabajos de restauración, una escalera que condujo a los arqueólogos hasta el dominio de las tumbas. Hoy día, recurriendo a los medios auxiliares técnicos y químicos (citemos el método Carbono 14 y los procedimientos, basados en las variaciones del polo magnético septentrional, seguidos para determinar la fecha de la elaboración de los objetos de arcilla cocida) las exploraciones proseguirán, indudablemente, a un ritmo más rápido. El estado mexicano asigna en su presupuesto sumas muy grandes para exploraciones y la preservación de los vestigios hallados. A esto viene a añadirse la actividad realizada, con la participación de arqueólogos mexicanos, por universidades e instituciones científicas extranjeras. La arqueología, como ciencia y como carrera científica, es muy prometedora para los jóvenes mexicanos. Cuando visitamos Mérida, en la facultad o escuela superior de arqueología situada en un edificio del museo encontramos a un numeroso grupo de jóvenes (entre los que abundaban los mayas). ¿Cuál de ellos será el que abra un nuevo capítulo, desconocido hasta ahora, del pasado precolombino? Indudablemente, también en América del Norte ha cobrado especial importancia, durante el último cuarto de siglo, ese «pasado americano» o, como Pál Kelemen expresó en el título de su gran obra, la «Edad Media de América». El interés científico hace posible dedicar cada vez mayores sumas para fines de investigaciones arqueológicas. Parece robustecerse ese concepto de que la civilización precolombina exige cierta paridad entre la historia de la cultura del Viejo y del Nuevo Mundo.

CHAPULTÉPEC

Un domingo por la mañana, en el museo. Aquí, a grandes rasgos, puedo orientarme ya en el mundo de recuerdos de Anáhuac. Me dirijo ya conscientemente a las salas que deseo visitar, elijo a mis favoritos, los alterno. Puedo ya observar matices como la relativa apacibilidad de los antiguos mayas, el proceso de formación de los cultos en Yucatán cuando los toltecas llegaron hasta Chichén Itzá y, como contraste de estos ritos menos crueles, las carnicerías de los aztecas (incluso el canibalismo) de las que dan pruebas casi todas las piezas de la sala «mexica».

El domingo, toda la familia se halla reunida alrededor de la mesa. Teresa —siguiendo las instrucciones del ama de casa— ha creado una síntesis particular del arte culinario mexicano y húngaro.

El programa para la tarde queda establecido de modo que María Eugenia, la más joven de las hijas de mis amigos, y yo iremos a visitar el palacio de Chapultépec y llevaremos con nosotros a Óscar y ti Román, los hijos de Teresa que acuden todavía a la escuela primaria.

Chapultépec es una palabra azteca que significa «cerro del chapulín»; este cerro de apenas sesenta metros de altura se hallaba coronado, en tiempo de los aztecas, por un templo. Más tarde fue elegido por Moctezuma como palacio de verano; por las pendientes se extendían cotos de caza y, en la cima, baños y bellísimos parques. Los aztecas sentían predilección por los «jardines botánicos» en los que reunían especies raras de plantas y flores que, bajo el favorable efecto del clima, se desarrollaban rápidamente. En alguna parte leí que el concepto de jardín botánico e incluso de parque zoológico fue traído de México a Europa por los conquistadores y sus descendientes; todavía en los siglos XVI y XVII los soberanos y grandes señores del Viejo Mundo, dando muestras de real magnificencia, establecieron jardines de esta clase.

Hacia finales de su época de tres siglos, los virreyes se edificaron esa residencia que se halla en la cima de la colina, entre 1783 y 1785. Durante las décadas de guerra, también ese edificio sufrió destrozos y comenzó a derrumbarse. Más tarde fue convertido en escuela de cadetes. A eso se debe la

trágica celebridad del castillo. En 1847, en el curso de la guerra entre México y los Estados Unidos, la infantería americana atacó el castillo después de haberlo sometido a un intenso cañoneo.

El castillo estaba defendido por los cadetes. En la pared de una de sus salas se halla el retrato al óleo de los jóvenes caídos en dicha ocasión. Ésos fueron los «niños héroes» de la guerra de México.

Cuando América Latina, y en primer lugar México, cayó dentro del radio de los anhelos de poder de Napoleón III, el trono imperial fue ocupado por un «emperador títere», Maximiliano de Habsburgo, hermano de Francisco José, junto con su esposa Carlota. También desde el punto de vista «ideológico» era deseable que la nueva pareja reinante, como siguiendo una tradición, eligiera hacia 1866, el palacio de verano de Moctezuma como residencia, puesto que el Cerro de Chapultépec se eleva por encima de toda la enorme llanura de la ciudad, determinada por el lago de antaño. Aquí, Maximiliano y Carlota imaginaron un castillo real italiano concebido en el romanticismo del siglo XIX y fue siguiendo esas intenciones como transformaron la antigua escuela de cadetes. Grupos de estatuas, una terraza mirador que nos acerca la imagen de la ciudad si la contemplamos con los gemelos… todo ello contribuyó a que la leyenda del emperador de Chapultépec se convirtiera en realidad por unos cortos años. Desde el *boudoir* de Carlota se veía la ciudad, y la emperatriz llegó a odiar el laberinto de callejuelas que conducía al centro. Para ella, el centro lo constituía la catedral a la que, en las grandes ocasiones, se dirigía la real pareja acompañada de un vistoso séquito. En buena parte, la suntuosa avenida que lleva desde el parque de Chapultépec hasta la Catedral fue un deseo femenino. A él tiene que agradecer México uno de los tramos de esa espléndida avenida trazada desde principios del siglo pasado y que lleva el nombre de Paseo de la Reforma.

Después de la muerte de Maximiliano, Chapultépec fue convertido en palacio presidencial, pero todavía durante mucho tiempo sobre él cayeron sangrientas sombras. Tal vez uno de los más nobles entre los presidentes que lo habitaron, Francisco I Madero, fue llevado desde ese palacio a la cárcel donde —según se dice— fue muerto por los guardias de corps de Huerta, su adversario político. La figura de Madero (1873-1913) ha permanecido como el ideal del hombre de estado mexicano culto y entendido en bellas letras. Se enfrentó con el largo régimen de Porfirio Díaz; el joven hacendado y propietario de minas dejó su hogar en la época de finales del siglo pasado y advenimiento del siglo presente y fundó clubs liberales en todo el país, en memoria de Benito Juárez. En 1905 se enfrentó ya abiertamente con el

sistema gubernamental de Díaz y en el curso de los años siguientes fue el jefe de la oposición del dictador. En su obra *La sucesión presidencial en 1910* hizo objeto de una aguda crítica el sistema anticonstitucional de Díaz. El libro, naturalmente, fue confiscado, pero, sin embargo, su efecto fue lo bastante importante para que Madero fuera encarcelado al poco tiempo, hasta que tuvieran lugar las nuevas elecciones. En cuanto salió de la celda, atravesó la frontera. En Texas proclamó su programa revolucionario, contra el gobierno de Díaz. En él quedó proclamado el principio de no reelección que también hoy sirve de base al gobierno presidencial y que desde Cárdenas es observado fielmente por los presidentes del estado que se suceden cada seis años. Cuando Madero regresó a México no tardó en ponerse al frente de fuerzas armadas. Transitoriamente, Madero consiguió reunir a los sublevados que tomaron las armas en las diferentes provincias de México e incluso a los jefes de bandas. Su movimiento se robusteció hasta tal punto que Porfirio Díaz se vio obligado a presentar la dimisión, en parte debido a que se había quebrantado la fidelidad del ejército y en parte porque las masas campesinas odiaban cada vez más su gobierno, puesto que el ex presidente, durante su largo mandato, impidió toda reforma agraria y, con ayuda de los rurales, ahogó todo movimiento campesino. Díaz dimitió en 1911 y Madero, con su espíritu liberal, permitió que el anciano dictador se alejara, acompañado de una escolta de honor; Díaz falleció unos años más tarde en París, a los ochenta y cinco años de edad. Madero fue elegido presidente provisional y este cargo le fue ratificado, por una gran mayoría de votos, en las elecciones generales.

El optimismo de la época inicial no tardó en esfumarse; los choques fueron originados en primer lugar por las contradicciones sociales y políticas de la reforma agraria. Según la constitución, el cuerpo legislativo de Díaz seguía en sus funciones y los adictos al dictador depuesto lomaban posición contra los planes de Madero. Por otra parte, Madero tampoco podía confiar en el ejército regular puesto que los altos jefes militares suspiraban por la vuelta de Díaz. Como se ha puesto de manifiesto más de una vez en la historia, Madero era un político y hombre de estado de alto nivel en la esfera teórica, pero, en la práctica, la táctica de la administración pública se le escapaba cada vez más de las manos. En algunos estados de ese enorme país (la independencia de algunos territorios se robusteció hasta llegar casi al separatismo) los descontentos organizaron un ejército: así surgió esa figura de caudillo mexicano, de generales a caballo entre los cuales se destacó, tanto en lo que se refiere a crueldad como a romanticismo, Pancho Villa. Su fama no

ha sido olvidada ni aún en nuestros días, lo que es debido en buena parte a la película *Viva Villa*.

El equilibrio político quedó alterado: en el sur, Zapata se enfrentó con el gobierno central, en el norte, Madero lúe atacado por Orozco y Félix Díaz, sobrino del dictador del mismo apellido. El golpe decisivo al poder presidencial lo asestó la revolución que estalló en la capital en febrero de 1913, en el curso de la cual también el general jefe del gobierno, Huerta, se enfrentó con Madero. Es así como le llegó su última hora, cuando apenas contaba cuarenta años, al más noble revolucionario y hombre de estado mexicano, Madero.

Tengo la impresión de que, para aquellos que se interesan por la historia del país, el museo de Chapultépec significa un acontecimiento mayor que las habituales exposiciones que se refieren al pasado cercano. Aquí desfila la época que va desde la caída de Porfirio Díaz hasta 1934, hasta la elección del presidente Cárdenas. Esa «larga revolución» se resume en cuadros que representan batallas, retratos y proclamas, y el paseo entre esos grandes cuadros históricos, a veces patéticos, es, realmente, emocionante. Desde 1940, el castillo sirve los fines del museo de la historia nacional, y el material hit sido agrupado conscientemente de modo que ante los ojos del visitante pueda desfilar la serie de los acontecimientos más importantes ocurridos durante tres cuartos de siglo. Leo manifiestos, miro los cambiantes uniformes de gala y los retratos de los más significativos políticos de la época. Van desfilando presidentes, generales, condenados a muerte; en las vitrinas, objetos conmemorativos, los pequeños frutos de sus pasiones personales, armas.

¡Cuántas cosas ocurrieron en México entre los años de 1910 y 1934! ¡Cuánta sangre, cuántas campañas, cuánta intranquilidad en un país que desde 1520 hasta 1810 no conoció más que la larga época de la *Pax Hispanica*! Intento aprovechar este paseo para evocar algunas figuras dirigentes de la revolución mexicana. Así, cuando se disipa el círculo mágico de Madero tengo que encontrarme con Carranza, con la figura del antiguo gobernador de Coahuila. Todo transcurre bajo el signo de la distribución de las tierras y los jefes de esa nueva revolución serán Zapata y Obregón. En 1917 lúe proclamada una nueva Constitución en Querétaro, que sigue siendo aún en nuestros días la ley básica del país. Carranza fue elegido presidente ya según la nueva Constitución. Durante los años de su presidencia —entre 1917 y 1920— México se esforzó en borrar las consecuencias de la guerra civil e inició el proceso de modernización que ha hecho del México de hoy quizá el país más desarrollado de América Latina. Este proceso quedó

transitoriamente interrumpido por la muerte de Carranza. Se agudizó la rivalidad entre los generales adversarios, entre Huerta y Obregón. Obregón prestó juramento presidencial en 1920. En México se considera esta fecha como la apertura de la «época de la Revolución constitucional». Evidentemente, tampoco dichos años procuraron ese ambiente que el extranjero puede observar hoy en el país. La reforma agraria, las guerras religiosas que alcanzaron más o menos significado según la atmósfera de cada territorio, la revolución industrial, los problemas de los grandes terratenientes del oro verde de Yucatán y de los propietarios de minas saturaron de constante intranquilidad la vida pública.

La presidencia de Cárdenas señala el comienzo de la política social moderna. Como ha sido mencionado ya, durante su mandato fue distribuida una cantidad de tierras mayor que la que se repartió bajo la presidencia de lodos sus antecesores juntos. Al mismo tiempo, Cárdenas elevó significativamente el prestigio de México en el plano internacional. Convirtió el derecho de autodisposición en principio estatal; bajo su presidencia volvieron a ser respetadas la libertad de expresión y la libertad de prensa. Abrió las puertas del país ante los perseguidos políticos; fueron en primer lugar los emigrados de la guerra civil española los que se establecieron en gran número en México y se convirtieron —lo misino que hoy día la segunda y hasta la tercera generación de ellos— en útiles y estimuladores miembros (en buena parte con su actividad económica) del estado mexicano. Desde el punto de vista socio-económico, el más memorable hecho de Cárdenas en su calidad de jefe de estado lo constituyó la reforma agraria y la nacionalización de las empresas petroleras extranjeras. Desde la época de Cárdenas, los presidentes ejercen su misión durante seis años y no pueden ser reelegidos. Desde que Lázaro Cárdenas comenzó su mandato en 1934, la República Mexicana ha tenido siete presidentes contando también a Luis Echeverría, quien dio comienzo a sus funciones el primero de diciembre de 1970. En la sala del palacio de Chápultépec no veo todavía los retratos de los dos últimos presidentes. Me vienen a la imaginación el Museo de Antropología y el ferrocarril subterráneo de la capital; el primero se halla ligado a la presidencia de López Mateos y, el segundo, a la de Díaz Ordaz. *Pax Mexicana*; en el país no hubo hambre, ni guerra ni revolución.

En Chapultépec no sólo me interesa el castillo mismo y las colecciones expuestas, sino también los visitantes domingueros. Y, además, el jardín del palacio, con sus apagados tonos de fines de noviembre, su ligera brisa que ha venido a substituir al intenso calor estival… También tomé afecto al castillo,

y eso que fue convertido en residencia imperial en una poco afortunada época de la arquitectura europea. Empero, la calidad de los materiales, el acertado efecto del espacio, la fusión de la naturaleza muerta y viva, las estatuas, los surtidores y la decoración, ofrecen un conjunto encantador. Seguramente, son centenares de personas las que vienen de excursión al parque, desde los puntos alejados de la capital, y ya que están aquí visitan también el Museo Antropológico o suben al castillo. Para un mexicano, ese paseo viene a ser como un panorama histórico de gran envergadura.

Porque, realmente, puede recorrer la historia de su país a partir de la Conquista, y ello después de haber contemplado ya, en el museo que se halla abajo, los vestigios de la época precolombina. La historia comienza con Cortés; contemplo su retrato pintado cuando era ya un hombre de edad y una representación del árbol de Tlacopan bajo el cual el Conquistador se instaló el primero o el segundo día después de la «Noche Triste». Mientras tanto vamos pasando por un verdadero museo de muebles. Las habitaciones muestran la instalación y el mobiliario barroco de los grandes señores del México del siglo XVIII. Hasta entonces no había visto nunca el rostro de la que fue, tal vez, la mayor poetisa mexicana, Sor Juana Inés de la Cruz. Me detengo ante el grande y decorativo cuadro al óleo de Cabrera. Resulta extraño pensar que cuando, con la muerte de Calderón, acaecida en 1681, se apagaba la última resplandeciente vela de la Edad de Oro española, cosechaba sus más bellos laureles de poetisa esa monja carmelita de enciclopédica instrucción a la que me gustaría volver a referirme. Entonces me limité a contemplar el cuadro, los rasgos fisonómicos de la hermana, su ambiente, su biblioteca, sus utensilios y sus instrumentos. ¿Es que Cabrera (1695-1768) conoció personalmente a Sor Juana Inés, puesto que, a grandes rasgos, tenía la misma edad, o pintó el retrato de la monja ampliando una miniatura?

Me detengo ante el fantástico retrato de un jinete que representa al conde de Galves. Esta pintura figura como la obra de dos monjes: uno de ellos pintó el rostro y las manos de gran señor de la época rococó, mientras que el otro «caligrafió», valiéndose de millares de trazos de tinta blanca, la estructura del caballero y del caballo. Tengo la impresión de que se trata de una obra de una técnica sin par: refleja fielmente el mundo feudal en declinación de finales del siglo XVIII.

Al recorrer las salas de la pinacoteca de Chapultépec mi interés parece dividirse en dos. Una buena parte de las pinturas ha sido concebida en el patético estilo de pintura histórica; esos cuadros no son ni mejores ni peores que los de cualquier galería que represente el principio y la mitad del siglo

xtx. No obstante, aquí ejerce su atractivo una especie de colorido, la forma local de representación del hombre, el ambiente geográfico y el folklore. Pero, por otra parte, este paseo me hace la sensación de estar hojeando un gigantesco libro ilustrado hecho para los adultos. Una de las imágenes representa la coronación del emperador Agustín; se trata de una alegoría de Iturbide que fue emperador de México sólo durante ocho meses. Entre los heroicos cadetes que cayeron durante la defensa de Chapultépec en 1847, el mayor tenía veinte años y, el más joven, según la inscripción del cuadro, catorce. Vicente Suárez, igualmente de catorce años, estrecha contra su pecho un libro; con esto el pintor quiso indicar la inclinación a las humanidades del «niño héroe». Probablemente, no me hubiera detenido ante un cuadro de tipo heroico, pero en esta ocasión la fisonomía histórica del contenido me eximió de tener que juzgar acerca de las cualidades artísticas de los cuadros y me permitió reflexionar sobre el acontecimiento histórico que tuvo lugar, en medio de un intenso cañoneo, en las proximidades de los muros del castillo.

Allí se hallan también los retratos de Maximiliano y de Carlota. Maximiliano no tenía mucho parecido con su hermano Francisco José, pero es evidente que el pintor, Alfred Graefle, destacó intensamente los rasgos fisonómicos de los Habsburgo. En el cuadro aparece como un hombre más bien apacible, de buen natural, sin que de su rostro emane ninguna especial inteligencia. Por el contrario, Carlota ofrece una interesante apariencia «regia», una mezcla más bien simpática de ambición y de grandeza y su rostro, decididamente, refleja inteligencia. Era una princesa belga que a los diecisiete años se casó con el Príncipe Maximiliano y a la que, cuando contaba veinticuatro, le colocaron la exótica corona imperial. Cuando la situación de Maximiliano llegó a ser más o menos insostenible, Carlota fue enviada por su esposo a visitar a Napoleón III para suplicarle que le concediera una mayor y más eficaz ayuda. Pero el emperador francés no modificó sus propósitos, retiró sus tropas de México y con ello selló la funesta suerte de Maximiliano, abandonado a sí mismo en la ya intranquila tierra de Anáhuac. Cuando Carlota tuvo conocimiento del fracaso de su misión, sufrió, a los veintiséis años de edad, una depresión nerviosa que no hizo más que agravarse en el curso de los sesenta y cuatro años que vivió aún. La historia «oficial» del México actual considera a Maximiliano y a Carlota como un episodio, efímero cual una burbuja, de la larguísima existencia de su país. Sus retratos imperiales se hallan pendidos en la pared del Musco, y aunque la estatua de Carlota no se halla entre las figuras de bronce del Paseo de la Reforma, los que viven en la metrópoli saben que tienen que agradecer,

por lo menos en lo que concierne a la idea original, esa avenida, una de las más bellas del mundo, al capricho de una princesa belga.

La época del «segundo» impelió mexicano tampoco fue afortunada para las artes aplicadas. El estilo conocido en nuestro país como «biedermeier tardío» y denominado «estilo Victoria temprano» por los ingleses, «estilo restauración» por los franceses y «estilo del Risorgimento» por los italianos, había pasado ya y su lugar fue ocupado por la ostentación de los nobles-burgueses del segundo imperio francés que permaneció hasta finales del siglo. Las dependencias imperiales de Chapultépec llevan impresos los sellos de esa forma de vida y de ese estilo fastuoso que parece sentir la nostalgia del barroco. Todas las piezas atraen la mirada del coleccionista y, no obstante, son frías, presuntuosas e hipócritas. ¿Cómo las gentes del castillo pudieron vivir, moverse y amarse, cuando se desprendieron de las insignias imperiales, cuando llegaban las noticias de los cada vez más amenazadores acontecimientos cotidianos y cuando los más fieles adictos de Maximiliano le aconsejaban, en interés de la seguridad de su propia vida, que huyera de México? He leído que Maximiliano, antes de salir de Europa para emprender su fatal viaje imperial, hizo una peregrinación a la cripta de Carlos V y que, de acuerdo con las costumbres de los antiguos cruzados, renovó, velando, el juramento del Águila Bicéfala. Es posible que el romanticismo haya coloreado fuertemente esta imagen, pero es indudable que Maximiliano, cuando partió para México, debió experimentar el sentimiento de la vocación «faraónica» de los Habsburgo españoles de antaño. Quizás, su único acto verdaderamente varonil lo ejecutó cuando, vestido de paisano (había sido despojado de su uniforme imperial) permaneció con tranquilo porte, a los treinta y cinco años de edad, ante el pelotón de ejecución. Contemplo el busto en bronce de Maximiliano. Es innegable que todas las pinturas y esculturas le representan como un hombre de una fisonomía que refleja benevolencia y mediocridad. Apenas se hubiera podido imaginar una aventura más anacrónica y carente de sentido que la que supone el llegar a ser emperador, por la gracia de Napoleón III, a mediados del siglo XIX y en las volcánicas tierras de México.

El siguiente rostro ante el que tengo que detenerme es el de Benito Juárez. En la época de las barbas, ese desnudo rostro de indio zapoteca resulta sorprendentemente moderno y joven aunque sobre él, cuando Juárez desempeñó su principal papel histórico, habían pasado ya por lo menos sesenta primaveras. Desde la ejecución en la selva virgen del último emperador azteca, Benito Juárez fue el primer indio que asumió,

institucionalmente, un papel dirigente en su patria. Por fortuna, había podido ir a la escuela y hasta realizó estudios de Derecho; llegó a ser licenciado en ciencias jurídicas y abogado en el Tribunal Supremo. Desempeñó las funciones de gobernador en su propia patria chica, en Oaxaca, entre 1847 y 1852. El papel que desempeñó aquí colocó las bases de su prestigio y, a la vez, de su popularidad. En todas parles descolló por sus conceptos liberales y por su casi heroico impulso. De este modo se atrajo la desaprobación del dictador de la época, Santa Ana, lo que para Juárez vino a significar la cárcel. Consiguió escaparse de ella y huir a Nueva Orleáns; a su regreso tomó parte activa en la acción para provocar la caída de Santa Ana; de este modo el gobierno subsiguiente le nombró ministro de justicia. En sus primeras disposiciones legislativas se puso de manifiesto su concepto anticlerical. Se proponía también reducir el papel desempeñado en la vida estatal por las camarillas de generales. Entre 1857 y 1858 estalló la guerra civil entre conservadores y liberales. Juárez se declaró presidente *de iure* y, dirigiéndose a Veracruz, formó un gobierno; mientras que en la capital seguía en sus funciones el gabinete del presidente *de facto* Comonfort. Los Estados Unidos reconocieron a Juárez; esto reforzó su prestigio e hizo factible que Juárez promulgara disposiciones en relación con la nacionalización de los bienes de la Iglesia. En 1861 la suerte se puso del lado de Juárez y éste pudo hacer su entrada, como vencedor, en la capital donde al poco tiempo fue elegido, también de acuerdo con la ley, como presidente del Estado. El fracaso económico de la guerra civil obligó a Juárez a declarar la quiebra estatal y a suspender por el término de dos años el pago de las deudas estatales contraídas con el extranjero. Napoleón III, que entonces se hallaba en la cumbre del poder, consideró que esto era un motivo suficiente para que, en alianza con España e Inglaterra, iniciara su intervención en México. Las fuerzas de las tres potencias desembarcaron en Veracruz pero, más tarde, sólo la amenazadora presencia de las tropas francesas indicaba el cada vez más cercano peligro. A esto, Juárez declaró la guerra a Francia. En 1863, el general francés Bazaine, al hacer su entrada en la capital, declaró la «restauración» de la monarquía. Al poco tiempo llegó Maximiliano de Habsburgo. Hasta 1865 treinta mil soldados franceses constituyeron la retaguardia militar del nuevo imperio. Juárez, con su reducido ejército, se retiró hacia el norte, hasta las proximidades de la frontera de los Estados Unidos. En éstos se hallaba en su apogeo la guerra civil, la contienda entre el Norte y el Sur. Juárez no abandonó su punto de vista constitucional respecto a que él era el presidente legal. En el curso de un año se produjo un cambio en

la situación del tablero de ajedrez europeo y americano. En los Estados Unidos vencieron los del Norte, que apoyaban a Juárez, y Napoleón III se vio obligado a reconocer el fracaso de sus planes americanos. Bajo la resplandeciente superficie del régimen imperial mexicano se abría el abismo económico. Finalmente, el soberano francés se inclinó ante la doctrina de Monroe, ante el hecho de que América es de los americanos, y retiró sus tropas de México. Esto selló la pérdida de Maximiliano y con las descargas que sonaron el 17 de junio de 1867 no sólo se puso fin a la vida de Maximiliano y al imperio sino que se significó también el triunfo del zapoteca Juárez. Cuatro días después de la ejecución de Maximiliano, Juárez hizo su victoriosa entrada en la capital donde volvió a ser elegido presidente. Esto ocurrió en 1867, pero tres años después, en la campaña para la elección del nuevo presidente, como adversario de Juárez presentó su candidatura el general Porfirio Díaz. El Congreso, bien es verdad, volvió a elegir a Juárez, pero eso dio lugar a que estallara una nueva guerra civil. En el curso de ella Juárez fue víctima de un ataque cardíaco. Su muerte fue el principio de esa larga época «porfiriana» tan significativa para el destino de México.

En el castillo de Chapultépec el recuerdo de Juárez está reflejado por un cuadro de Diego Rivera. En ese cuadro, que destaca sus pronunciados rasgos indios, el político aparece en traje de paisano, sentado ante su mesa de trabajo en la que hojas de papel cubiertas de densa escritura y una regla de ingeniero simbolizan su labor de legislador y edificador del país. El busto del presidente resulta gigantesco comparado con la escena de fondo que representa la ejecución de Maximiliano y dos de sus generales. En el lado derecho del fondo figuran dos campesinos indios cavando la tierra. No resulta claro si están cavando la tumba de Maximiliano o poniendo los fundamentos de un nuevo edificio de gran envergadura. Me siento contrariado al contemplar ese cuadro de Rivera. Me parece que choca con el buen gusto esa sincronización entre la labor del diligente hombre de estado indio y la descarga de los fusiles.

Cadáveres de zuavos franceses en el campo de batalla. Esta imagen representa la batalla que tuvo lugar en las cercanías de Puebla, el 5 de mayo de 1862. Esa famosa fecha del 5 de mayo vuelvo a verla en alguna calle de la mayoría de las ciudades que visito. Recuerda el día en que los mexicanos se defendieron triunfalmente contra las tropas francesas de ocupación.

La siguiente figura histórica es la de Porfirio Díaz. Tiene una apariencia casi moderna, con su uniforme de gala de general de finales del siglo XIX, montado a caballo y seguido de su escolta, pero sin nubes de pólvora. Vivió ochenta y cinco años y fue presidente de México entre 1877 y 1880 y entre

1883 y 1911, y un dictador de impulso cada vez más personal. Los humanistas y los sociólogos apenas si encuentran en su persona y en su destino algún rasgo atractivo. Pero los historiadores de la economía y los investigadores de los problemas de la política exterior reconocen que ese anciano de mano dura fue el creador del México moderno y el que puso fin al eterno caos.

Pero la manera en que la figura de Díaz ha permanecido en el recuerdo de la «posteridad agradecida» queda puesta de manifiesto en el gran cuadro mural de David Alfaro Siqueiros, otra gran personalidad contemporánea de la pintura mexicana. Esa composición es, realmente, una pavorosa caricatura de la vida pública. Alrededor del general presidente aparecen figuras notoriamente malvadas, necias y repelentes —vestidas de uniforme o tocados con sombrero de copa— como los símbolos de la perversidad, de la depravación y del libertinaje, que en el primer plano del cuadro aparecen bailando con mujeres de grandes sombreros y ampulosos senos o con cortesanas. En el centro geométrico del cuadro se halla sentado Díaz, el dictador petrificado en el orden universal porfiriano. Como si fuera él el único ser humano en ese enorme cuadro de danza macabra. Así debía aparecer, poco más o menos, a los setenta años cuando se sentía inmortal y una especie de providencial redentor del país.

Los cuadros murales de la Sala de la Revolución se hallan enlazados con el nombre de Siqueiros. La figura revolucionaria de Zapata es la que presenta el más subyugador impulso. «Encuentro de Zacatecas, 1914», leo. Una clásica batalla de la caballería, que tuvo lugar hace apenas más de medio siglo (como en Europa, durante el mismo tiempo, en Satanov o en Limanova; lo mismo hubiera podido pasar también en tiempos de Napoleón). En el «cerro del general», a caballo, en primer plano, Pancho Villa. Está representado en la plenitud de su vida; debía tener unos treinta y siete años cuando combatió contra las fuerzas gubernamentales acaudilladas por Huerta. Villa se llamaba en realidad Doroteo Arango, pero adoptó el nombre de combatiente de la libertad de un bandido que alcanzó en tiempos cierta fama en el estado de Durango, conmemorando así su memoria. También este segundo Pancho Villa perteneció durante mucho tiempo a una banda y vivió, con sus compañeros, apoderándose de caballos y animales vacunos, apareciendo unas veces y escondiéndose otras, puesto que el gobierno de Díaz había puesto precio a la cabeza de Pancho. De este modo resulta comprensible que ya al surgir el movimiento, en 1910, se adhiriera a Madero. Cayó prisionero de Huerta, pero huyó de la cárcel y consiguió llegar a Texas. En 1914, al regresar

a su patria luchó junto con Carranza contra Huerta que siguió en el poder al asesinado Madero. La ocasional alianza entre Villa y Carranza dio buenos resultados puesto que lograron expulsar del poder a Huerta, pero la armonía política entre los dos generales revolucionarios no tardó en alterarse, tanto más cuanto que Carranza nunca consideró a Pancho como soldado.

Villa entró en la capital, pero fue expulsado de ella por Obregón, lugarteniente de Carranza. De este modo Villa tuvo que huir de nuevo hacia el norte a refugiarse entre las montañas. Los Estados Unidos reconocieron el gobierno de Carranza y esto atizó el odio de Pancho hacia el enorme país vecino del norte de México. Con una tropa de caballería compuesta de medio millar de hombres inició una campaña de represalias y a principios de la primavera de 1919 irrumpió en los Estados Unidos y atacó y pegó fuego a la ciudad de Colón; luego se retiró llevando consigo un rico botín. Al otro día, el presidente Wilson ordenó la consignación de las tropas y una columna norteamericana atravesó la frontera mexicana para perseguir a Villa. En Washington todo el mundo pensaba que Carranza, enemigo jurado de Villa, colaboraría con las tropas del general americano Pershing. Pero Carranza era mexicano, y amenazó con la guerra a Pershing y a Washington si la frontera volvía a ser atravesada por un soldado americano más. Durante el tercer año de la primera guerra mundial, esa campaña mexicana apenas si podía encajar en los planes de los Estados Unidos y, de este modo, los soldados de Pershing se retiraron sin haber podido capturar a Villa. A esto siguieron unos años más pacíficos y más oscuros en la vida de Villa; el combatiente de la libertad fue indemnizado de sus sufrimientos con una enorme hacienda, con lo que también obtuvieron su favor. No obstante, nunca permaneció sin fuerzas y escolta armada. Y a pesar de todo, fue víctima de un atentado en julio de 1923. Las balas convirtieron en un colador el automóvil en el que se hallaba Pancho Villa con tres de sus acompañantes. Su leyenda no se ha eclipsado en su patria, pero su romanticismo se ha convertido en una fuerza de atracción del turismo. Su viuda mostró emocionada a un colaborador de una revista italiana los objetos que pertenecieron al héroe de la libertad, en primer lugar las tan frecuentemente utilizadas pistolas. El recuerdo de sus famosas aventuras femeninas hizo surgir una sonrisa de perdón en el rostro de la viuda.

Al final de la galería de retratos se halla el de Carranza: aparece como un maestro de severo rostro, barba canosa, llevando anteojos y uniforme, y su gigantesca figura sobresale entre las de los delegados del Congreso Constitucional de Querétaro celebrado en 1920. Y eso que en aquel entonces

Carranza, una de las más interesantes figuras de la historia mexicana actual, sólo tenía sesenta años; tal vez sólo faltaban algunos días hasta que los hombres del general Obregón, su principal adversario, tendieran una celada y ejecutaran, en mayo de 1920, a Venustiano Carranza. También a él le hizo emerger la revolución de 1910, aunque ya desde principios del siglo era senador y más tarde actuó también como gobernador. Cuando asesinaron a Madero, Carranza se pronunció en contra de este hecho y acusó de instigación al crimen al general Huerta. El «primer jefe» de la revolución no tardó en descollar entre sus compañeros revolucionarios por su desarrollado concepto constitucional y, sobre todo, social. En su programa figuran en primer plano la reforma agraria y el cese de los monopolios petroleros. Cuando, con ayuda de Villa, consiguió que Huerta abandonara el país. Carranza convocó en Querétaro el congreso que se transformó en asamblea constitucional. La Constitución elaborada en esta ocasión y que también hoy día se halla en vigor, fue proclamada en 1917. Cuando los Estados Unidos entraron en la contienda de la primera guerra mundial, Carranza, con su fuerza de voluntad, consiguió que su país permaneciera al margen del conflicto. Al mismo tiempo fue el primer hombre de estado mexicano que buscó la amistad de los demás países latinoamericanos; también se ocupó de un proyecto sobre la alianza de América Central y América del Sur. Pero el orden público no se había robustecido lo suficiente como para impedir que, bajo la dirección del candidato de la oposición, Obregón, estallara una nueva guerra civil. Carranza tuvo que huir de la capital, perdió una batalla en los alrededores de Puebla y poco tiempo después también a él le llegó el fin que alcanzó a tantas personalidades dirigentes mexicanas.

Cierro la serie ante el retrato de Madero. El sugestivo retrato de Margarito Vela nos presenta a un hombre joven todavía, con aspecto de profesor, de rostro inteligente y con barba, vestido de paisano en un traje de buen corte, con una expresión más bien plácida. Ya a primera vista resulta extraordinariamente simpático ese «padre de la revolución mexicana de 1910», presidente de la república entre 1911 y 1913. Cuanto más le contemplo más atractivo e interesante le encuentro. Seguro que el *Partido Revolucionario Institucional* que ha gobernado y ha dado presidentes en el curso de cuatro décadas y que, de modo comprensible, tanto cultiva las tradiciones revolucionarias de México, ha obtenido un simbólico engarce en la noble y desinteresada figura de Francisco I Madero.

TULA, LA CAPITAL TOLTECA

Fue un lunes cuando, en compañía de dos amables señoras, Alicia y Gabriela, me puse en camino para visitar, a petición mía, la ciudad de Tula, la capital tolteca de antaño que vivía en mi imaginación como una de las más ricas fuentes de la mitología azteca-tolteca. Tula se halla a unos cien kilómetros de la capital de México; al ponernos en camino supe que pasaríamos por Tepotztlán, que puede vanagloriarse de poseer una espléndida iglesia de la época de los virreyes y un célebre museo colonial.

Cuando llegamos a Tepotztlán, esa pequeña localidad que, no obstante, ofrece un aspecto urbano, nos dirigimos a los lugares mencionados. Intenté evocar el mundo barroco de ese antaño famoso centro cultural.

Tepotztlán fue un bastión de los jesuitas; su enorme colegio tenía la misión de educar a los indios y elegir entre ellos en primer lugar a los novicios de la Orden y también a las capas medias de los indígenas que podían ser utilizadas en la administración pública colonial. El enorme complejo escolar de la Compañía de Jesús funcionó desde fines del siglo XVI hasta el año 1767. Entonces, cuando los jesuitas fueron expulsados de México, la escuela se transformó en colegio regido por sacerdotes, pero para entonces había perdido ya su antigua fama. A principios de nuestro siglo, los jesuitas volvieron y permanecieron durante un corto período. La revolución secularizó Tepotztlán y el gobierno lo cedió al Museo de Antropología que instaló, en el antiguo colegio de los jesuitas, el Museo Nacional de la época de los virreyes.

Como había estado ya en Taxco, pude comparar la belleza del estilo churrigueresco de la fachada del famoso templo de Tepotztlán con el esplendor de la Santa Prisca de la Ciudad de la Plata. Las obras del templo y de la torre de Tepotztlán fueron terminadas en los alrededores de 1760, unos cuantos años antes de que también desde aquí, por orden del rey, fueron llevados a México (y desde allí a España) los padres jesuitas de diferentes nacionalidades. Este precioso templo vino a ser una sorpresa en este viaje de descubrimiento de los toltecas. Era lunes, y como suele ocurrir ese día, por lo

general, en todas las partes del mundo, también el museo de esta ciudad se hallaba cerrado. Cuando llamamos a la puerta principal para anunciar que éramos peregrinos venidos desde muy lejos, fuimos rechazados bastante crudamente. Las dos señoras que me acompañaban conocen las costumbres del país mejor que yo, que me había resignado ya a lo que parecía irremediable. Pero Alicia y Gabriela, armadas con la invitación ministerial que yo llevaba encima por casualidad, pidieron una audiencia al alcalde que se hallaba en el ayuntamiento, situado enfrente del museo. Hablaron con él solicitando su ayuda para que, excepcionalmente, nos fueran abiertas las puertas a pesar de ser lunes. La misión de las dos señoras no dejó de tener éxito, aunque también el alcalde observó las formas constitucionales. Manifestó que él no podía tomar disposiciones en relación con el museo, pero sí podía solicitar que fueran satisfechos los deseos de un visitante llegado de lejos. Escribió esta recomendación en su tarjeta de visita. En posesión de ésta volvimos a llamar a la puerta y Alicia consiguió entregar la tarjeta. Después de unos minutos de espera, una señora nos abrió la puerta. No era la directora del museo pero trabajaba en él como restauradora y su esposo era el ingeniero jefe de los trabajos de renovación. Esta señora, una historiadora de arte de excelente preparación nos guió a través del maravilloso (y, no obstante, exótico) dominio de los jesuitas de antaño. Me basta con cerrar los ojos para volver a ver el jardín: gigantescos huertos de frutales, con pequeñas estatuas de estilo barroco. No se ve un alma en ninguna parte. En el regado jardín embaumado por el penetrante aroma de las flores de fines de noviembre, reinan un encanto y una paz indecibles. ¿Sería posible reproducir uno de los diálogos entre algún padre de la época barroca y sus discípulos? ¿En medio de qué ceremonias vivían, de dónde vinieron los religiosos educadores? (¿Es que hubo entre ellos algún húngaro, de la misma manera que en las colonias de la República Jesuita, disuelta en la misma época, en la historia de cuya Orden figura el nombre de una docena de padres húngaros?)

En ese enorme complejo de edificios que abarca el convento y el templo, todo ha permanecido como debía hallarse cuando llegaron de México los coraceros para, de una manera bastante radical, acompañar a los padres hasta la capital. El templo está constituido por una sola y enorme nave y también en él relumbra con renovada luz la pompa del estilo churrigueresco: está lleno de hojas doradas y elementos decorativos. Este antiguo dominio de los jesuitas es de gigantesca extensión. Sólo el que conoce los corredores y las puertas acierta a encontrar la salida al Patio de los Aljibes, al noviciado, al vestíbulo y a la capilla privada. En todas partes hay renombradas piezas que uno podría

contemplar durante horas enteras. Hay también frescos, en buena parte de principios del siglo XVIII, con representaciones de la época de Loyola. La decoración de los arcos de la capilla privada presenta la nota de interés de estar compuesta a base de los escudos de familia de los religiosos establecidos en el Nuevo Mundo. Y, mientras tanto, voy contemplando sedas, brocados, estatuas y objetos de marfil. Al bajar pasamos ante la cocina original, típicamente del siglo XVIII, con su enorme cantidad de relucientes cacharros de cobre, el refectorio, el recibidor de la Orden y algunas celdas decoradas con cuadros murales de Juan Rodríguez Juárez.

Entramos de nuevo en el jardín que en el silencio del lunes se convierte realmente en un *hortus conclusus* y, como despedida, lo recorremos otra vez. Una punzada de nostálgico dolor: tampoco esto podré contemplarlo nunca más…

Durante largo tiempo seguimos la carretera de Querétaro; los postes indicadores señalan que la distancia va disminuyendo y, quince o veinte kilómetros antes del final, tomamos a la derecha para dirigirnos a Tula, que fue antaño la capital del imperio azteca. En el siglo XV, el imperio azteca absorbió la ciudad de los indios otomíes. Siglo y medio después de la toma de Tenochtitlan, los jefes de las tribus otomíes se sometieron a los españoles; más tarde, el rey Felipe IV les concedió el título de *ciudad*, lo que representaba el más alto rango en la administración pública española.

En medio de la tensión y de la agitación ideológica de las guerras napoleónicas, en Querétaro fueron establecidos círculos literarios en los que ante los ojos de los jóvenes intelectuales criollos apareció la imagen de un México independiente. La época de ese movimiento coincidió con la de la invasión de España por las tropas de Napoleón. El virrey, a base de los informes recibidos, dio orden de detención contra los jefes de ese movimiento, pero la esposa de un empleado de alto rango reveló la orden, y los que figuraban en la lista de gentes a arrestar huyeron a la vecina ciudad de Dolores. El cura Hidalgo, párroco de la localidad, hizo sonar las campanas al amanecer del 16 de septiembre de 1810, y ante el templo sonó el célebre «Grito de Dolores» que significó la declaración de la independencia de México. Este «Grito» es repetido todos los años, al cumplirse el aniversario del hecho citado, por el presidente de la República, que pronuncia también un solemne discurso. Por lo general, esto tiene lugar en la capital, ante el Palacio Nacional, pero en ocasiones especiales el acto es celebrado en Dolores, donde hace ciento sesenta años se levantó la digna figura de cabellos blancos del cura Hidalgo.

Querétaro conservó su papel histórico también en 1847 cuando fue elegida como sede del gobierno, durante la ocupación norteamericana; desde aquí fueron celebradas las negociaciones entre las tropas de ocupación de la capital y la República de México. Cuando se hizo inevitable la caída del «segundo imperio», Maximiliano y dos de sus principales generales huyeron a esta ciudad donde fueron hechos prisioneros el 15 de mayo de 1867. Un mes más tarde en Querétaro resonó la descarga que terminó con las vidas de Maximiliano y los generales Miramón y Mejía. Seguramente, fue debido al significado histórico de Querétaro el que Carranza eligiera esta ciudad para celebrar en ella la asamblea constitucional a que ya me he referido. Por sí misma, la ciudad, que cuenta con setenta mil almas, no ofrece ningún espectáculo especial para el visitante; casas de estilo colonial, algunos palacios de celebridad histórica, obras ornamentales creadas a fines del siglo XVIII, unas cuantas iglesias en su mayoría del estilo correspondiente al siglo XVIII y el Convento de la Santa Cruz situado en el lugar en que ocurrió un milagro. Según la leyenda, en 1531 los españoles mantuvieron enconadas luchas con los chichimecas y sus aliados los otomíes. Entonces, en el cielo apareció el signo de la cruz, a lo que los jefes otomíes cesaron de luchar y se hicieron cristianos. Para conmemorar este gran milagro se edificó una capilla que, más tarde, fue transformada en estilo barroco. Este lugar fue donde estuvo el último cuartel general del emperador Maximiliano, pero su escondite fue revelado y tuvo que huir al vecino Cerro de la Campana, donde fue hecho prisionero. El último de los lugares célebres de la localidad es el Teatro de la República, en el que Maximiliano tuvo que comparecer ante el tribunal militar y donde fue pronunciada la sentencia de muerte contra él y sus dos citados generales. En ese mismo teatro celebró también sus deliberaciones el congreso constitucional de 1916 y 1917. Con esto queda mencionado, a grandes rasgos, lo que de célebre presenta la ciudad de Querétaro. Así, pudimos emprender el camino hacia la capital tolteca, Tula, que ofrecía mucho más interés para nosotros.

El antiguo centro del culto de Quetzalcóatl es una pequeña ciudad que, empero, no puede ser denominada pueblo. Tiene también su plaza, donde se halla el templo principal y el convento de los franciscanos que fue construido, algunos años después de la Conquista, con las piedras de los edificios toltecas de antaño. A unos cuantos kilómetros de la ciudad se halla una de las más célebres necrópolis de las civilizaciones centroamericanas. Tal vez, los restos de los edificios y los vestigios esculturales descubiertos no tienen tanto

significado como el ciclo de leyendas que rodea a la ciudad sagrada de los toltecas.

El problema relativo a los toltecas es uno de los más difíciles entre los de la esfera de las investigaciones precolombinas. En primer lugar debido a que los toltecas, después de haber tomado, a finales del siglo XII y principios del XIII, la Tula de los chichimecas, se desperdigaron y se fusionaron con los pueblos de los alrededores. Los que llegaron a Guatemala, Nicaragua y San Salvador conservaron durante mucho tiempo su lengua náhuatl; entre ellos perduraron asimismo otros elementos del culto de Quetzalcóatl.

Los toltecas suelen ser considerados como un pueblo de gentes más apacibles a quienes intimidaban los sacrificios humanos del rilo religioso; por otra parte, es indudable que la casta militar que llegó al poder proseguía implacablemente la conquista de territorios e introdujo un oneroso sistema de tributos en los pueblos sometidos y en los terrenos conquistados.

Los toltecas se destacaron alrededor del año 650 de nuestra era cuando, después de la época de esplendor de la civilización de Teotihuacán, el estilo «postclásico» comenzaba a dar muestras de decadencia. Chichimecas es el nombre colectivo de las tribus incultas que, procedentes del norte, penetraron en el valle de México. Pero algunos grupos, especialmente los nómadas procedentes de Xochicalco —que se hallaba en el actual Estado de Morelos— traían ya consigo el culto de la Serpiente Emplumada. En breve tiempo, establecieron un enorme círculo cultural cuyos impulsos llegaron hasta Oaxaca y Veracruz. Sahagún cree que uno de sus grupos se dirigió hacia Teotihuacán, donde inició los juegos de pelota, aprendió la escritura teotihuacana y elaboró el calendario.

En la historia de los toltecas apenas si hay fechas históricas que puedan ser consideradas fidedignas. Sabemos algunas cosas acerca de su religión y tal vez un poco más sobre las formas de su arte. Demostraron ser excelentes maestros en la arquitectura monumental y establecieron sistemas de diques y barreras. La nueva religión tolteca proclama el culto del *Quinto Sol,* en calidad de astro. Denominaban Quetzalcóatl a sus sacerdotes supremos. Entre ellos sobresale esa personalidad más o menos histórica cuyo nombre completo fue el de *Ce Ácatl Topiltzin Quetzalcóatl* (alrededor del primer milenio cristiano) acerca de cuyo papel y migraciones he tratado ya varias veces.

Los toltecas llegaron a ser maestros en la agricultura y desarrollaron la cerámica hasta convertirla en un arte. Adoptaron de las gentes de Teotihuacán algunos métodos de trabajo de la edificación y ciertos elementos estructurales.

Aprendieron a tallar relieves, a ornamentar las columnas y a esculpir atlantes. Estas columnas constituidas por figuras humanas estaban ricamente decoradas y adornadas con jeroglíficos. Los mayores atlantes, de cuatro metros y medio de altura, fueron erigidos en la ciudad sagrada. Fueron los toltecas los que tallaron por primera vez estatuas de Chacmool: fueron sus maestros los que prestaron esa misteriosa expresión a los mensajeros de los dioses. En todas partes donde estuvieron los toltecas —y por lo tanto también en Chichén Itzá — se encuentran esas figuras semejantes a esfinges, por lo general de un tamaño menor que el del hombre, en posición casi yacente y talladas en piedra. Pero también los atlantes de menor tamaño (como guerreros) figuran entre los elementos arquitectónicos toltecas y, asimismo, fue en los alrededores de Tula donde debieron ser formadas por primera vez las figuras de los portabanderas.

Fueron también los toltecas los primeros que se ocuparon de la fundición de los metales. Esto deja suponer *una influencia sudamericana*, si bien los arqueólogos no se han arriesgado a manifestar ninguna conjetura concreta a este respecto. El labrado de los metales, en primer lugar de los metales preciosos, servía para fines de decoración. Mesoamérica debe agradecer a los toltecas las primeras crónicas de valor histórico y documentos tales como la lista de sus reyes y el panteón de sus dioses. Con ayuda de estas crónicas y documentos se pudo reconstruir la historia de los toltecas con una mayor seguridad que en el caso de otros pueblos y tribus de cualquier parte de Anáhuac.

El círculo de la influencia tolteca llegó también hasta otras tribus, por ejemplo a la de los mexicas, antecesores de los aztecas. La palabra *toltec* significa por sí misma maestro o artista. Más tarde, este concepto se fusionó con la denominación dada a los fieles del culto del Quinto Sol. Esa Tula a la que —según datos más o menos fidedignos— la Serpiente Emplumada trasladó su sede en el año 980 de nuestra era, se desarrolló en el curso de dos cortos decenios hasta convertirse en una espléndida capital. La fama de Quetzalcóatl quedó fundamentada en primer lugar gracias a sus enormes edificaciones y, además de esto, por el impulso espiritual y material que en el mundo de las tradiciones de Anáhuac es conocido como el «siglo de oro de Tula». Es posible que las crónicas exageren, que en Tula no hubiera edificios tan grandes ni se construyeran tantos palacios, templos y plazas de juego como se menciona en las fuentes de información antiguas, que entre los materiales de construcción no figurasen sólo metales y piedras preciosas, conchas y mosaicos de plumas. Pero la Tula descubierta por los arqueólogos

viene a poner de manifiesto que en los pocos siglos que duró el dominio tolteca se estableció una metrópoli realmente espléndida en el curso de sucesivas generaciones de intelectuales y artífices de excelentes capacidades. La tradición entrelaza todo descubrimiento y toda conquista con el nombre del soberano-sacerdote, el Quetzalcóatl de misterioso papel. A él se le atribuye, la introducción del cultivo del maíz, el establecimiento de la astronomía y de los ritos religiosos, la escritura, los libros y el desarrollo de las ciencias médicas.

El papel desempeñado por el Quetzalcóatl histórico puede ser observado hasta la última década del siglo X (si los datos cronológicos son exactos), cuando se vio obligado a abandonar Tula. A partir de entonces su legendaria figura toma aún mayor amplitud pero es más difícil de abarcar.

Después de la expulsión de Quetzalcóatl llegaron tiempos nebulosos para Tula. El último rey tolteca, Huémac, tuvo que huir hasta Chapultépec donde —según la tradición— se suicidó algunos años más tarde. Con eso terminó la gran época de la civilización tolteca. Los aztecas respetaban las tradiciones toltecas y se consideraban a sí mismos como sus herederos; en buena parte, se hicieron cargo del legado de Tula.

Es interesante que hayan permanecido dos centros de la cultura urbana tolteca. Uno es Tula y, el otro, la lejana Chichén Itzá; en esta última la irradiación de la civilización maya se funde ya con la tradición tolteca. Esto se refiere en primer lugar a la arquitectura y, en parte, también a la escultura en las que los toltecas fueron descollantes maestros. En lo que a la arquitectura tolteca se refiere, el fin primordial debía consistir en la espectacularidad y no en la durabilidad de los edificios. El estilo de las hileras de columnas y los pórticos indican un origen tolteca; los planes de los maestros arquitectos están caracterizados por su índole decorativa.

¿Es que el arte tolteca es hermoso? ¿Qué impresión produce en quien lo contempla por primera vez en las salas del Museo de Antropología? Los frisos ornamentados con serpientes emplumadas, los desfiles de los guerreros y el motivo del jaguar ofrecen una perfección en las formas nunca superada por las demás culturas mesoamericanas. Ahí está también el arte tolteca característico de las estatuas de Chacmool y de los atlantes. Es evidente que los emisarios de los dioses, que se acercaban a los humanos para advertirlos de su obligación de realizar sacrificios, debían estar rodeados de leyendas. Esas extrañas estatuas subyugan al que se acerca al arte precolombino y presiente el peculiar y hierático ritmo de los mensajeros de los dioses. En lo que a los atlantes se refiere es mejor contemplarlos fuera, en el mundo vivo de

los vientos y de las leyendas. El primero lo vi en el Museo: un coloso de casi cinco metros de altura con un enorme adorno en la cabeza, con las cuencas vacías fijas en el infinito, jeroglíficos de desconocido significado esculpidos en el cuerpo y una base que resulta estrecha en comparación con la gigantesca figura. ¿Qué es lo que puede dar *aún la Tula real*?

Hay una leyenda entrelazada con Tula. Algunos cronistas mencionaron que la llegada de Cortés, y con ello el fin de Anáhuac, estuvo precedida por siniestros presagios; al mismo tiempo se menciona la muerte aparente de Papan, hermana de Moctezuma y señora de Tula, que resucitó a los cuatro días. También Bernardino de Sahagún se refiere a esta leyenda azteca, y el erudito abate Clavigero se ocupa también del caso de Papan en su obra escrita en italiano y titulada *Storia Antica del Messico*. Menciona que las actas de la historia de la princesa mexicana fueron enviadas a la Curia romana. Papan —después de haber resucitado— comunicó a su hermano Moctezuma los siniestros presagios que la habían advertido, durante los días que había permanecido en el mundo de las sombras, del cercano derrumbamiento del imperio azteca. Moctezuma escuchó a su hermana, pero, a partir de entonces, nunca quiso volver a verla. Las crónicas no mencionan la suerte que corrió más tarde la señora de Tula.

Los toltecas —si damos crédito a las crónicas y a la tradición oral— debían ser menos sanguinarios que sus sucesores los aztecas. Es posible que fueran ellos los que introdujeron las «guerras de las flores» y, con ellas, la costumbre de llevar ante el altar de los sacrificios a los prisioneros que hacían en las batallas. Empero, existió una tradición según la cual el propio Quetzalcóatl —el dios— sentía horror hacia la sangre de los inocentes y que esta costumbre religiosa, más moderada y en contradicción con la mitología azteca, era la que los mexicas querían hacer desaparecer en Tula. La ofrenda de los sacrificios no sangrientos, constituidos exclusivamente por los productos de la tierra, fue grabada en un friso y esto podría constituir una prueba de la fundamental diferencia que hubo entre la religión y el ritual tolteca y azteca. Por otra parte, todas estas conjeturas se hallan establecidas sobre una base bastante inestable, y las teorías son interpretadas por los folkloristas según el gusto y las ideas de cada cual.

Sabemos muy poco acerca del funcionamiento y la organización de las comunidades sacerdotales mesoamericanas. Algunas escenas (en primer lugar las que representan las decoraciones de los objetos de cerámica) sólo permiten sacar conclusiones en relación con el ritual. El Obispo Lauda menciona diferentes clases de sacerdotes mayas. Entre ellos el más interesante debió ser

el Chilam, investido de la dignidad sacerdotal pero que, a la cabeza de su comunidad, desempeñaba también el papel de oráculo. En poder del Chilam se hallaban los libros sagrados; en ellos se inspiraba y, cuando su tensión interna crecía, recurrían a algún estupefaciente. Éste, en la mayoría de los casos, estaba constituido por tabaco mezclado con otras esencias y plantas, aunque, según ciertas informaciones, el Chilam mezclaba también cal con las hojas de tabaco. Los sacerdotes explicaban también el calendario que tan grande papel desempeñó en Tula y en las tradiciones toltecas.

La necrópolis de Tula no es tan grande como Teotihuacán o Chichén Itzá; no obstante, es un buen paseo el que tiene que dar el visitante para recorrer la zona sagrada. En las cercanías no hay ningún pueblo ni ciudad; el cerro que lleva el casi indecible nombre de Tlahuizcalpantecutli domina los alrededores; en ese altozano se hallan las pirámides, el templo central y la plaza de los juegos de pelota. El cerro del templo es el que más atractivo ofrece para una excursión. Tenernos que subir hasta la terraza. Abajo hace un calor sofocante, el aire no se mueve; arriba, en la plataforma, nos acoge un fuerte viento. (En esa acrópolis azteca siento un mítico soplo de liento semejante al que percibí al acercarme a la tumba de Atreos en Micenas).

A la plataforma central señalada con la letra «B» se tiene acceso a través de un pórtico que presenta un complicado sistema de columnas y pilares. Aquí se deja sentir intensamente la obra de los restauradores. Hay frisos y, en el lado derecho, una estatua, sin cabeza, de Chacmool. Sin la misteriosa cabeza que mira hacia lo lejos, el emisario de los dioses pierde su sortilegio. En la terraza superior de las pirámides, donde el fuerte e inesperado viento me dio en la cara, experimenté la impresión de haber recorrido ya un largo camino hasta llegar hasta la cima de la construcción que se eleva hacia lo alto formando cinco tramos. Quedan todavía algunos fragmentos de los relieves; representan jaguares así como también buitres y águilas despedazando corazones humanos. Esas figuras de aves alternan con rostros humanos librados de los mordiscos de las serpientes emplumadas. Un ojo observador puede descubrir también en esa plataforma desagües que servían para conducir el agua en la época de las lluvias.

La pirámide en sí tiene aproximadamente cuarenta metros de superficie básica y una altura, dividida en cinco pisos, de diez metros. En ella las escaleras son de más fácil acceso que en el caso de los demás teocalis; evidentemente, pensaron en los turistas cuando se procedió a su reconstrucción. Al llegar arriba se percibe directamente de cerca una de las maravillas del arte precolombino, los cuatro atlantes de Tula. Aquí, al aire

libre, el efecto es pasmoso; esos productos de una milenaria fantasía, esculpidos en un monolito ejercen una impresión completamente distinta a la que hacen en la sala de un museo. La forma y la expresión de rostro de los cuatro colosos es completamente semejante; no creo que exista diferencia alguna en lo que respecta a su complicado atavío y otros elementos decorativos. Todo es, gigantesco: la hebilla que representa al sol poniente, el ancho cinturón, las sandalias ornadas con motivos figurando la serpiente de plumas. Unos colgantes enormes, que ofrecen la rígida forma característica de la orfebrería tolteca, les llega hasta las sienes. Las cuencas de los ojos están vacías y, no obstante, los cuatro colosos miran hacia el infinito desde esta planicie que nunca podían abandonar. ¿Que nunca podían abandonar? Durante la restauración, estas estatuas fueron halladas, caídas o derribadas, en el interior del templo, desde donde fueron colocadas en el lugar que habían ocupado anteriormente. Esto debió ocurrir hace poco tiempo y constituyó probablemente una de las más interesantes tareas arqueológicas. Esos cuatro atlantes, allí frente a la infinidad de Anáhuac, constituyeron un inolvidable acontecimiento: el fuerte viento que soplaba alrededor del Templo del Lucero Vespertino parecía haber pulido aún más a esos gigantescos guerreros con rigidez de columna que bajo el signo de un misterioso y eterno pensamiento guardan el cerro sagrado de Tula. Me siento invadido de nuevo por esa rara sensación que me produce el pensar que esos colosos permanecieron durante casi un milenio yaciendo entre los restos del templo. ¿Fueron derribados por un huracán, por un terremoto o por la mano del hombre? Y un buen día volvieron a ser levantados por los hombres de la actualidad, restaurados allí donde habían sufrido daños y, como si entretanto no les hubiera ocurrido nada, los colosos de Tula se hallan de nuevo en la cima del cerro de la misma manera que entonces, en la época del Quinto Sol, cuando los sucesivos sumos sacerdotes que llevaban el nombre de Quetzalcóatl ofrecían sacrificios al dios de la Serpiente Emplumada que no gustaba de la sangre.

En el viento corren unos niños y, al pie del Palacio Quemado, ofrecen a los visitantes piezas de terracota y pequeños relieves. Con toda seguridad, esos objetos que salen de los talleres de los artesanos locales han sido elaborados según el modelo y la técnica del mundo de los toltecas. Y también es posible que lo auténtico se confunda con lo falsificado y que cuantos, relativamente por poco precio, ofrecen su mercancía a los turistas, no sepan ellos mismos lo que llegó a este lugar por obra y gracia de los comerciantes. Lo que cuenta es la ilusión, porque al contemplar las piezas ofrecidas me doy cuenta de que no son decorativas ni bellas. No son más que un recuerdo del

reino de los toltecas; de que aquí nació y de aquí huyó Quetzalcóatl hace poco menos de mil años.

Los arqueólogos han encontrado huellas de un incendio en la ciudad; el método Carbono-14 ha revelado que un fuego debió causar devastaciones en alguna época del siglo VI de nuestra era. El enorme edificio está dividido en dos partes y rodeado de un patio delimitado por arcadas. Hay largos bancos sin respaldo; el relieve ornamental de uno de ellos representa una procesión, el desfile de trece personas con ricos atavíos. En ninguna parte faltan los motivos de la Serpiente Emplumada cuya representación debió servir para fines decorativos.

En el centro de las ruinas se hallan los restos de un «oratorio» en forma de cruz. Es aquí donde fue descubierto uno de los más hermosos Chacmool, que hoy día constituye una destacada pieza de la sala tolteca del Museo de Antropología.

Cuando terminamos nuestro recorrido y vuelvo para despedirme de los atlantes tengo la impresión de que en la Tula histórica la tierra encierra todavía en sus entrañas muchas estructuras y problemas no resueltos. La irradiación de la que fue capital de los toltecas alcanzaba un amplio círculo; al pasar por los alrededores percibimos otro monumento, El Corral, compuesto de tres estructuras. La del centro es de forma circular y las otras dos, cuadradas. En la entrada de la escalera aparecen relieves; seguro que también aquí los arqueólogos encontrarían en qué ocuparse durante mucho tiempo.

En lo que respecta a la investigación del mundo de los toltecas se dispone de dos medios de información: las Crónicas de los historiadores de después de la Conquista (como Fernando de Alba Ixtlilxóchtil) y la arqueología. Las informaciones escritas y las determinaciones realizadas a base de las excavaciones no siempre coinciden. Las crónicas están envueltas en una atmósfera de misticismo; por ejemplo, consideran plausible que cada uno de los soberanos de Tula reinó durante un período de cincuenta y dos años. Si calculamos la existencia del estado tolteca en un período de aproximadamente tres siglos, entre 856 y 1168, esos períodos de 52 años no pueden coincidir con los 10 soberanos que figuran en la lista de reyes aztecas. La misma contradicción surge entre la tradición y las representaciones de los sacrificios. Según la tradición, la religión tolteca prohibía los sacrificios humanos. Pero esto se halla en contradicción con los relieves de algunos frisos en los que figuran tigres y jaguares devorando corazones humanos. Por otra parte, el motivo ornamental de la Serpiente Emplumada indica rituales menos feroces.

Según Jacques Soustelle, un advertido analizador de la antigua cultura mexicana, si comparamos el material escrito con los resultados de las investigaciones podemos diferenciar tres épocas en la historia del mundo tolteca. En la primera, durante un período de algo así como un siglo, las tribus toltecas llegadas del norte y que hablaban la lengua náhuatl absorbieron la cultura de las ciudades de los alrededores, desde entonces destruidas, en primer lugar Teotihuacán; de este modo podemos referirnos también al período «tardío de Teotihuacán». Es posible que la clase dirigente, la sacerdotal, llegara de otro lugar. Ciertas tradiciones indican que el mismo Quetzalcóatl —junto con sus seguidores— hablaba una lengua que no era la náhuatl. Su principal dios era Tláloc que —como escribe Ixtrlilxóchitl— en el antiguo mundo entretejido de leyendas era objeto de una especial veneración, como lo habían sido antes los gigantes que edificaron Teotihuacán; esos pueblos prohibieron los sacrificios humanos. Lo probable —en el plano histórico— es que los toltecas, después de haberse establecido, adoptaran la cultura, bastante más elevada que la suya, de una capa dirigente y que debía ser tcotihuacana.

La segunda época fue el período de la inquietud. Fue aproximadamente a finales del siglo X cuando culminó la lucha y se consumó el destino de Quetzalcóatl que obligó a huir al que se considera como último rey-sacerdote de Tula. La tercera fase se extiende desde la huida de Quetzalcóatl, el año 999 de nuestra era, hasta el fin de Tula en 1168. Ésta suele ser denominada la época del florecimiento tardío. Fue entonces cuando la civilización de Tula alcanzó su más alto grado, como independizándose de la influencia de Teotihuacán. Excelentes constructores, proyectando pirámides y palacios con pórticos de columnas, crearon en el valle de México una nueva y más airosa arquitectura. Quetzalcóatl siguió siendo el dios principal pero más bien bajo la figura de la Estrella Matutina y rodeado de las demás divinidades del círculo de la civilización náhuatl. También en Tula se afirmó el sanguinario culto que exigía sacrificios humanos.

He aquí un dilema de la historia de la cultura: ¿Cómo es posible que la Serpiente Emplumada, en ese período tardío —y no sólo en Tula sino también en la esfera de la influencia yucatana, en primer lugar en Chichén Itzá— se convirtiera en la sanguinaria Estrella Matutina que exigía sacrificios humanos? Los observadores pueden constatar que la arquitectura de Tula y de Chichén Itzá ofrece notable parecido mientras que en las creaciones de la escultura de ambas civilizaciones se dan diferencias tanto en los motivos

como en la ejecución; en la antigua capital de Itzá podemos ver, una junto a la otra, la serpiente maya y la serpiente tolteca.

Por lo general, los arqueólogos coinciden en señalar el año de 1168 como el de la consumación del destino de Tula. El objetivo de los sitiadores debió consistir en destruir el santuario de los dioses, puesto que construyeron un terraplén a lo largo de uno de los muros para poder así derribar las estatuas que sostenían el techado del Templo de la Estrella Matutina. Es seguro que después de la devastación de Tula los toltecas se desperdigaron en diferentes direcciones. Una parte de ellos se dirigió a Cholula y, otra, a Chapultépec, especialmente a Colhuacan. En Yucatán, la civilización maya-tolteca perduró hasta principios del siglo XIII, en que quedó establecida la alianza de Mayapán que llevaba ya en sí los signos de la declinación del mundo maya.

La dualidad del ser de la Serpiente Emplumada puede originar una confusión, según mi opinión, en todos aquellos que no han penetrado hasta las profundidades del mundo de las leyendas y de los mitos de la época precolombina. La divinidad y el rey-sacerdote, descubridor y civilizador que llevaba el nombre del dios se superponen entre sí. Rodeado de sus sombras intento evocar durante un minuto la Tula de hace mil años, cuando todavía se alzaban los incendiados y derrumbados palacios, pirámides, viviendas y plazas de juego de pelota, cuando Tula simbolizaba (después del declive de Teotihuacán) todo lo que el misterioso pueblo tolteca ofreció a la civilización de Anáhuac.

Al sudeste de Tula vemos, en la ladera de una colina, un palacio que aquí se denomina El Cielito. Fue edificado por artesanos precolombinos, sobrevivió a la Conquista y se convirtió en la residencia de Don Pedro de Moctezuma, cuando el soberano español nombró gobernador de Tula al hijo del emperador. Este descendiente de Moctezuma que fue bautizado con el nombre de Pedro no era hijo de la esposa «legal» del soberano sino de su primera concubina. Como el hijo legítimo de Moctezuma pereció durante la «Noche Triste», fue este llamado Pedro el que heredó tanto las tradiciones como el título condal. La hija legítima de Moctezuma, que quedó en vida, llevaba el nombre azteca de *Tecuichpo*, y al ser bautizada recibió el de Isabel. Las leyendas colocaron a esa «princesa Nácar» en el primer plano. Debió tener una vida muy larga porque, después de su primer marido, Cuauhtémoc, el último emperador indio, se casó otras cuatro veces con caballeros españoles. Sus descendientes llevan con orgullo como segundo nombre el de «Moctezuma».

Por la noche. Ese día no había llegado todavía a su fin. Nos apresuramos para acudir a un concierto en la Ciudad Universitaria. La distancia es enorme y caemos en medio de un embotellamiento precisamente cuando el excelente Tamás Vásáry comienza a interpretar las sonatas de Beethoven. Constituye un especial acontecimiento el escuchar, en la amplia y hermosa sala de conciertos, a este joven artista compatriota mío que, con el rostro transfigurado, nos ofrece una delicada interpretación llena de un novedoso encanto. Después del concierto estuvimos sentados juntos durante mucho tiempo. ¿Volveré a encontrarme todavía, en algún lugar, con Tamás Vásáry?

Esa noche resultó también memorable porque en ella pude hacerme cierta imagen —gracias a mis compañeros de mesa— de la vanguardia intelectual y artística de México. Estuve hablando con una joven arquitecto que me expuso planes políticos de amplias perspectivas e hizo una moderadamente reprimida pero interesante crítica social, en primer lugar en relación con las trágicas manifestaciones estudiantiles de hace unos años. Desgraciadamente no disponía de tiempo (este encuentro tuvo lugar a fines de mi estancia en aquel país) para conocer más a fondo la vida de las más jóvenes generaciones mexicanas. Con lo bueno que sería conversar con unos jóvenes como aquellos con los que brindé, entrechocando los vasos, después del concierto…

EXCURSIóN A PUEBLA

El portaequipajes del auto se llena de cestas; uno de los objetivos de nuestro viaje lo constituye la visita a un renombrado gran mercado, puesto que nos dirigimos a una de las mayores ciudades de México, Puebla. La distancia por carretera es de ciento treinta kilómetros. En autocarril, la distancia, en este caso de doscientos trece kilómetros, es recorrida en tres horas y, con el ferrocarril ordinario, en cinco. En auto, en llegar a Puebla se tarda de dos a dos horas y media, según del punto de la ciudad del que se parta. En estas ocasiones, cuando durante cierto tiempo pasamos por la ciudad y sólo más tarde llegamos a la carretera, me sorprende siempre la enorme extensión de la capital mexicana; transcurre aproximadamente una hora hasta que dejamos atrás las plantas industriales, los almacenes y los talleres que bordean los caminos de la periferia y llegamos hasta la carretera número 190 que conduce a Puebla. Era un día de mercado y esto, tratándose de Puebla, significa una fecha importante. Según me dice la dueña de la casa, el mercado de Puebla es especialmente abundante, y se halla ya muy cerca la velada de despedida, que amablemente mencionan como «mi fiesta»; así quieren realizar compras (sobre todo en lo que se refiere a verduras frescas y frutas) en el mercado de dicha localidad. El camino pasa por Cholula adonde —según los cálculos— llegaremos por la tarde; entonces podremos visitar los antiguos lugares santos indios. El camino hasta Puebla no presenta ningún interés especial salvo que hay un intenso tráfico. Nosotros vamos por la autopista de peaje y, de este modo, llegamos a la ciudad, según habíamos calculado, todavía antes del mediodía. Según dicen las guías de viajes, esta ciudad cuenta con trescientos cincuenta mil habitantes. Es una de las que goza de mejor clima (se halla a una altura de dos mil cien metros) y se encuentra en un suelo fértil entre Sierra Nevada y el Cerro de la Malinche. Este último lugar conserva la memoria del nombre de Cortés en lengua anáhuac; en realidad fue denominado «como señor de Marina». La ciudad es una perla del estilo colonial, las tradiciones valencianas siguen viviendo en México y las cúpulas de azulejos de varios colores dejan ver sus resplandores ya desde

lejos. El nombre original de la villa fue el de «Ciudad de los Ángeles» cuando, un decenio después de la Conquista, fue fundada en el valle del «Curtidor de pieles de serpiente» (su nombre azteca es tan largo que me resulta imposible escribirlo). Al poco tiempo llegó a ser sede episcopal y tuvo también su catedral. Un obispo mecenas, el renombrado Palafox y Mendoza, con un excelente sentido artístico y gran impulso, embelleció la ciudad según el estilo colonial del siglo XVII. Esta ciudad de pacífico pasado se vio envuelta por primera vez en el torbellino mexicano en el año 1847. Fue ocupada por el ejército expedicionario de los Estados Unidos. La segunda ocupación de la ciudad tuvo lugar década y media más tarde, cuando los zuavos de Napoleón III atacaron Puebla. Pero la ciudad estaba defendida por dos fortalezas, las de Loreto y Guadalupe, y aquí, el general mexicano Ignacio Zaragoza alcanzó la victoria sobre los franceses. El día de esa victoria, el 5 de marzo (como ha sido ya mencionado) no sólo es fiesta en Puebla sino también en todo México. El éxito del 5 de mayo no debió ser muy duradero puesto que un año más tarde la ciudad fue sitiada de nuevo y dos meses después se vio obligada a capitular ante el general del ejército imperial francés Forey. Porfirio Díaz, en su calidad de general, liberó a Puebla del poder de Maximiliano, ya a finales del imperio, en la primavera de 1867.

Es una simpática ciudad con un característico tinte entre meridional español y mexicano, que para el visitante comienza en el Zócalo, en la plaza principal. Es un centro delimitado por arcadas, con tiendas de cuidado aspecto, muchos árboles y un abarrotado lugar de aparcamiento. En la parte sur se eleva la catedral cuya primera piedra fue colocada ya en 1588 pero que sólo pudo ser consagrada en 1649, por Palafox y Mendoza. Este obispo (de la estirpe de los Mendoza que se consideraban a sí mismos como de mayor alcurnia que los mismos Habsburgo y de los que también descendía la Princesa de Eboli, Ana de Mendoza) debió ser un aristócrata con acendrados sentimientos monárquicos puesto que la fachada está ornamentada con la estatua de cuatro reyes (los soberanos españoles de la casa de Habsburgo que el excelente escritor e historiador Eugenio d’Ors denominó «faraones», es decir Carlos V, Felipe II, Felipe III y Felipe IV). Por otra parte da que reflexionar el hecho de que ningún monarca español visitara México ni siquiera siendo todavía heredero del trono. Ninguno de ellos se sintió tentado por la aventura de visitar, entre dos viajes de la ilota, ese mundo maravilloso. El nombre oficial de México era el de Virreinato de Nueva España; sus virreyes (tuvo en total sesenta y uno desde Mendoza, que fue el primero, hasta O’Donojú, que firmó la capitulación) se esforzaron en convertir su sede en un

pequeño Madrid para que si Su Majestad Católica se decidía una vez a atravesar el océano, se sintiera a gusto en México. Pero los reyes conocían la situación y las circunstancias del Nuevo Mundo en primer lugar a base de las actas, de las descripciones de los conquistadores y de las generalmente cortas audiencias concedidas. Fue Carlos V el primero que tuvo que ocuparse de la legislación de las Indias y también de poner freno a los conquistadores. Al mismo tiempo tenía que escuchar también a sus consejeros eclesiásticos, entre ellos a un prelado tan obstinadamente apasionado como el obispo Las Casas que hacía responsable a la persona del joven soberano de la suerte de los indios y amenazaba con el infierno al más poderoso monarca de la época. ¿Es realidad o leyenda el hecho de que cuando Colón ofreció a Fernando e Isabel su primera posesión en Ultramar fueron utilizadas de nuevo las disposiciones que durante los siglos XIV y XV regulaban las relaciones entre los jefes mercenarios catalanes que se hallaban en Atenas y Esparta y el rey de Aragón que figuraba como soberano feudal? Y esas disposiciones de finales de la Edad Media tuvieron que servir de base para la administración burocrática que durante tres siglos rigió la vida de las colonias latinoamericanas.

En eso estoy pensando parado ante la enorme masa de la catedral. La maravillosa y polícroma belleza de la cúpula relumbra bajo los rayos del sol. No puedo apartar los ojos de las estatuas de los cuatro reyes. ¿A ninguno de los faraones se le ocurrió la idea de ir a las Indias y, por una vez en su vida, introducir hasta el codo su regia mano en el oro? Ninguno de ellos lo hizo ni siquiera cuando las tropas de Napoleón expulsaron a la dinastía de Borbón española. Parece como si una secreta regla pusiera trabas a los soberanos españoles: no fueron ni a Lima ni a México ni fueron tampoco a la capital del Reino de Nápoles que era una especie de colonia española.

La catedral —después de la de la capital— es la mayor de México. Con sus cinco naves parece enorme para una ciudad que en tiempos de Palafox debía contar, a lo sumo, con treinta mil habitantes. Pero el hecho de que el jerarca eclesiástico tuviera esperanza de recibir una visita del rey puede ser deducido de la existencia de la Capilla Real con su representativa pompa barroca.

La memoria del obispo está perpetuada por la Biblioteca Palafoxiana aneja a la catedral y cuyo fausto original ha podido ser conservado desde hace ya más de trescientos años. ¿Qué es lo que se puede ver en el término de media hora en una biblioteca aunque ésta sea la mayor o la más famosa del mundo? También en Puebla son conservados antiguos códices, una Biblia del siglo XVI en muchos idiomas, un mapa holandés del siglo XVI y, además de

eso, cincuenta mil raros tomos encuadernados con la magnificencia del estilo barroco del siglo XVII.

En la fisonomía de Puebla se funden acertadamente la época colonial, el principio de siglo y los tiempos actuales. Tal vez porque es día de mercado, pero el tráfico es bastante animado. Las tiendas presentan el nivel de las de la capital y también puede decirse lo mismo en relación con los escaparates. La fachada del templo de los jesuitas produce estupefacción con su ornamentación de piedra tallada; probablemente era esto lo que se propusieran en sus tiempos los maestros del estilo de Churriguera. Hace doscientos años existía todavía una gran diferencia entre la ciudad compuesta de edificios de un piso y los sobresalientes templos y torres. También la iglesia que se halla cerca de la Universidad me encantó con sus encajes de piedra. Lo mismo que las cúpulas y las fachadas con adornos de loza poblana que hace recordar los centelleantes azulejos valencianos.

En todas partes se percibe el resplandor de la polícroma loza. Este elemento decorativo fue adoptado imitando a algunas ciudades españolas. Aquí, bajo una luz más meridional, los colores resultan aún más deslumbradores; probablemente eso mismo pensaron los arquitectos y los maestros que trasplantaron el arte del azulejo de Valencia a Puebla.

Pasamos por una renombrada calle que, como las demás, ha sido numerada: Este 6; en ella tengo ocasión de contemplar una de las perlas de Puebla. Me refiero a la capilla del Rosario de la iglesia de los dominicos, que fue edificada a finales del siglo XVII. En ella se hallan reunidos todos los elementos decorativos que pudo conocer Puebla en la época del mundo barroco: tallas en madera, estucados, ónices extraídos en la cercana Tecali, estatuitas esculpidas en esta piedra preciosa transparente, estatuas de ángeles, querubines y santos y, sobre el altar mayor, la imagen de la Virgen del Rosario. En todas partes una desbordante riqueza de elementos ornamentales. ¿Es que en tierras de Puebla los religiosos de las iglesias de los jesuitas y de los dominicos continuaron en una noble competición sus seculares discordias? ¿Se hallaban a porfía para ver cuál de las dos órdenes decoraba más ricamente su templo, para comprobar cuáles eran los colores, las formas, los motivos y los materiales que más atraían a los fieles de Puebla?

Así como en Taxco triunfó el estilo del siglo XVIII, en Puebla es el noble estilo barroco español del siglo XVII el que hace que resulten inolvidables algunas fachadas. La fachada de la Casa de las Cigüeñas, concebida en un estilo aún más antiguo, en el plateresco del siglo XVI, apenas si presenta señales de las restauraciones de que fue objeto en siglos posteriores.

En la parte norte de la ciudad se eleva la iglesia de Santa Mónica que fue edificada junto con un convento. Este último es célebre a causa de que, cuando en 1857, en virtud de la ley de la reforma religiosa, fueron clausurados los conventos y expulsadas de ellos las religiosas, las monjas de Santa Mónica permanecieron ocultas en el suyo, como emparedadas, durante largos decenios. Las gentes de los alrededores, como es natural, estaban al tanto del secreto puesto que, evidentemente, eran ellas las que les suministraban lo más necesario para su subsistencia. Las autoridades —según se dice— no sabían nada de todo eso, aunque resulta difícil imaginar que una cosa así puede proseguir durante varias décadas. Finalmente, por efecto de la cada vez más fuerte orientación anticlerical, en 1934 se «consiguió» descubrir el secreto de las monjas de Santa Mónica, que fueron expulsadas definitivamente del convento. Éste ha sido convertido en museo, donde son expuestas las obras maestras del característico arte de las religiosas y que proceden de los conventos secularizados de los alrededores. El visitante atraviesa la puerta secreta que fue utilizada por las hermanas durante su medio siglo de ilegalidad…

Puebla, esta ciudad con tantas iglesias, se convierte súbitamente en sombreada en medio de la luminosidad del mediodía: la villa ha edificado una cúpula por encima del edificio del mercado. Es uno de los mayores mercados cubiertos que he visto en mi vida. Dentro de él existen calles, y quien no conozca su laberinto hará bien en confiarse a un guía. El nuestro es un muchachito indio de ojos resplandecientes que se ofrece a llevar las cestas de las señoras. Calzado con unas sandalias de suela de esparto, camina arrogantemente mostrándonos el camino; al principio, con mucho brío. Luego, a medida que las cestas se van llenando de frutas y verduras, jadeando un poco. Cuando queremos ayudarle protesta caballerosamente asegurando que puede con todo.

En este gran mercado puede verse todo lo que constituye un placer para la vista y para el paladar. Una enorme cantidad de objetos de arcilla; el extranjero que viaja en avión siente esa eterna nostalgia producida por la imposibilidad de llevarse consigo alguno de los objetos inspirados en los antiguos motivos, una de esas ollas, de esos recipientes o de esas grandes «ánforas» que probablemente están destinadas a contener aceite, algunos de esos cacharros de sencillas pero elegantes líneas, decorados con los colores locales. En lo que concierne a las verduras y a las frutas el surtido es inmenso y hay una imponente cantidad de frutas meridionales colocadas con mucho gusto. Siento alegría cuando descubro una fruta semejante a las de mi país,

aunque me sea ofrecida de otra manera. En el mercado, claro está, se regatea. Sin eso, ninguna vendedora de Puebla que se estime cedería de buen grado su mercancía. Esta guerra verbal femenina en la que el ardor no es más que apariencia, proporciona su alegría a la compra y da sabor al recorrido entre las filas, como quien dice interminables, de los puestos de venta. Ofrecen también gran cantidad de artículos textiles, alfombras, sarapes, rebozos, sombreros de paja y de Panamá. Los productos de la industria artesana, sean de cuero o de material textil, tienen vistosa apariencia. Los productos de la manufactura local son más bien de pacotilla.

El mercado encierra en sí una pequeña plaza, más bien un patio, en cuyo centro se halla una fuente con la estatua de San Francisco, y en el lado del fondo pequeñas tiendecitas en las que una buena parte de la mercancía cuelga en el exterior, casi al aire libre y cuyas puertas sólo se cierran de noche. Mis ojos se detienen en collares, pendientes y hebillas. Quien vende estos objetos, con una amable sonrisa, es una joven mujer india en estado grávido. El material básico de esas alhajas populares sencillamente cinceladas es el ónice, esa especie de piedra semipreciosa extraída en una mina de las cercanías. Son de una forma notablemente bonita y en algunas partes de la piedra transparente corren como venas de sangre parduzca; el collar deja adivinar en su cincelado la cabeza del dios del Sol. ¿Y el precio? Estoy a punto de hacer reproches a Alicia cuando ofrece ocho pesos en lugar de los 12 pedidos. De este modo el collar es mío por una suma que corresponde aproximadamente a veinticuatro florines. Sólo compro dos, de lo que me arrepiento más tarde. Al llegar a casa, una media docena de esos collares hubiera aliviado mis preocupaciones en cuanto a los regalos.

Los colores locales son tan bellos que tomo un gran afecto a Puebla, a lo que también pudo haber contribuido el hecho de que ésa era la última ciudad que visitaría en México. Continuamente tengo que alejar de mí el sombrío pensamiento de que nunca más volveré a esos lugares… Y si no obstante volviera ahí, ¿encontraría de nuevo a la joven india de los bonitos ónices tallados?

No está en las guías de viajes, puesto que no constituye ningún espectáculo internacional especial, la recién construida Universidad de Puebla. Cuando pasamos por allí expongo mi deseo de contemplar una universidad mexicana nueva, todavía sin terminar. En todo caso, en lo que se refiere a su extensión es un gigantesco *campus,* bastante alejado de la ciudad. Siguiendo el sistema de las escuelas superiores norteamericanas, los edificios se hallan distribuidos según las Facultades. Los colores, el estilo

arquitectónico y la perspectiva resultan atractivos. Una larga hilera de automóviles. ¿Son de los profesores? ¿O son de los alumnos? Según tengo entendido, todavía no existe en ella una Facultad de Medicina, que es la única que falta. Dicen que, por ahora, este Alma Mater acogerá de diez mil a catorce mil estudiantes. Como ya he dicho, la Universidad no figura en las guías de viajes, pero recomiendo a todo el que pase por allí que eche una mirada a esa nueva manifestación de la cultura mexicana. Al salir del recinto de la Universidad nos encontramos con varios pequeños autobuses que llevan la señal del Instituto de Arqueología de la Universidad de Puebla y que hacen el recorrido entre esta última ciudad y Cholula. Seguramente que los futuros arqueólogos toman parte en el trabajo de excavación llevado a cabo en Cholula desde hace largos años. Desgraciadamente tenemos que darnos prisa si queremos llegar antes de oscurecer a la ciudad sagrada de los aztecas. Con lo interesante que sería entrar en el Instituto de la cátedra e interrogar a los futuros arqueólogos acerca de los tesoros que puede ocultar todavía la tierra de Anáhuac…

Y, cumpliendo mi reiterado y ferviente anhelo, llegamos a Cholula cuyo solo nombre basta para acelerar los latidos de mi corazón y avivar mis recuerdos. Uno de los más importantes y más crueles episodios de la conquista de Cortés se halla relacionado con la ciudad sagrada, con el teocali de los aztecas (o, si se quiere, de los toltecas).

Vuelvo a leer la parte que se refiere a Cholula en la carta que Hernán Cortés dirigió a Carlos V el 30 de octubre de 1520.

«… me dijeron aquellos mensajeros de Muctezuma que siempre estuvieron conmigo, que me fuese a una ciudad que está a seis leguas desta de Tascaltecal, que se dice Churultecal[1]… yo les dije que iría, y que me partiría para un día cierto, que les señalé. Y sabido por los de esta provincia de Tascaltecal lo que aquéllos habían concertado conmigo y cómo yo había aceptado de me ir con ellos a aquella ciudad, vinieron a mí con mucha pena los señores y me dijeron que en ninguna manera fuese, porque me tenían ordenada cierta traición para me matar en aquella ciudad a mí y a los de mi compañía, e que para ello había enviado Muctezuma de su tierra (porque alguna parte della confina con esta ciudad) cincuenta mil hombres y que los tenía en guarnición a dos leguas de la dicha ciudad, según señalaron, el que tenía cerrado el camino real por donde solían ir, y hecho otro nuevo de muchos ojos y palos agudos, incados y encubiertos, para que los caballos cayesen y se mancasen, y que tenían muchas de las calles tapiadas, y por las azoteas de las casas muchas piedras, para que después de que entrásemos en

la ciudad tomarnos seguramente y aprovecharse de nosotros a su voluntad… Yo les agradecí su aviso y les rogué que me diesen ellos personas que de mi parte los fuesen a llamar; y, así, me las dieron, e yo las envié a rogar que viniesen a verme porque les quería hablar ciertas cosas de parte de vuestra alteza y decirles la causa de mi venida a esta tierra. Los cuales mensajeros fueron, y dijeron mi mensaje a los señores de dicha ciudad; y con ellos vinieron dos o tres personas, no de mucha autoridad, y me dijeron que ellos venían de parte de aquellos señores porque ellos no podían venir por estar enfermos; que a ellos les dijese lo que quería. Los de esta ciudad me dijeron que era burla y que aquellos mensajeros eran hombres de poca suerte, y que en ninguna manera me partiese sin que los señores de la ciudad viniesen aquí. Yo les hablé a aquellos mensajeros y les que dije que embajada de tan alto príncipe como vuestra sacra majestad no se había de dar a tales personas como ellos, y que aun sus señores eran poco para la oír; por lo tanto, que dentro de tres días pareciesen ante mí a dar la obediencia y a se ofrecer por sus vasallos, con apercibimiento que pasado el término que se les daba, si no viniesen, iría sobre ellos y los destruiría, y procedería contra ellos como contra personas rebeldes y que no se querían someter debajo del dominio de vuestra alteza. Y para ello les envié un mandamiento, firmado de mi nombre y de un escribano, con relación larga de la real persona de vuestra majestad y de mi venida, diciéndoles cómo todas estas partes y otras muy mayores tierras y señoríos eran de vuestra alteza, y que los que quisieran ser sus vasallos serían honrados y favorecidos, y, por el contrario los que fuesen rebeldes serían castigados con arreglo a la justicia. Y otro día vinieron algunos de los señores de la dicha ciudad, o casi todos, y me dijeron que si ellos no habían venido antes la causa era porque los desta provincia eran sus enemigos, y que no osaban entrar por su tierra porque no pensaban venir seguros; e que bien creían que me habían dicho algunas cosas dellos; que no les diese crédito, porque las decían como enemigos y no porque pasaban así, y que me fuese a su ciudad y que allí conocería ser falsedad lo que éstos me decían y verdad lo que ellos me certificaban; e que desde entonces se daban y ofrecían por vasallos de vuestra sacra majestad, y que lo serían para siempre, y servirían y contribuirían en todas las cosas que de parte de vuestra alteza se les mandase; e así lo asentó un escribano por las lenguas que yo tenía; y todavía determiné de me ir con ellos, así por no mostrar flaqueza, como porque desde allí pensaba hacer mis negocios con Muctezuma, porque confina con su tierra, como ya he dicho, y allí usaban venir, y los de allí ir allá, porque el camino no tenía requesta alguna.

»Y como los de Tascaltecal vieron mi determinación, pesóles mucho y dijéronme muchas veces que lo erraba. Pero, que pues ellos se habían dado por vasallos de vuestra sacra majestad y mis amigos, que querían ir conmigo y ayudarme en todo lo que se ofreciese. E puesto que yo se lo defendí que no fuesen, porque no había necesidad, todavía me siguieron hasta cien mil hombres muy bien aderezados de guerra, y llegaron conmigo hasta dos leguas de la ciudad, y desde allí, por mucha importunidad mía, se volvieron, aunque todavía quedaron en mi compañía cinco o sel mil dellos, y dormí en un arroyo que estaba allí a dos leguas, por despedir la gente porque no hiciese algún escándalo en la ciudad y también porque era ya tarde, y no quise entrar en la ciudad sobre tarde. Otro día de mañana salieron de la ciudad a me recibir al camino con muchas trompetas y atabales, y muchas personas de las que ellos tienen por religiosas en sus mezquitas, vestidas de las vestiduras que usan y cantando a su manera, como lo hacen en las dichas mezquitas. E con esta solemnidad nos llevaron hasta entrar en la ciudad y nos metieron en un aposento muy bueno, adonde toda la gente de mi compañía se aposentó a su placer. E allí nos trajeron de comer, aunque no cumplidamente…

»En tres días que allí estuve proveyeron muy mal, y cada día peor, y muy pocas veces me venían a ver ni hablar los señores y personas principales de la ciudad. Y estando algo perplejo en esto, a la lengua que yo tengo, que es una india desta tierra, que hobe en Putunchan, que es el río grande que ya en la primera relación a vuestra majestad hice memoria, le dijo otra, natural desta ciudad, cómo muy cerquita de allí estaba mucha gente de Muctezuma junta, y que los de la ciudad tenían fuera sus mujeres e hijos y toda su ropa, y que habían de dar sobre nosotros para nos matar a todos; e si ella se quería salvar, que se fuese con ella, que ella le guarecería… E yo tuve uno de los naturales de la dicha ciudad, que por allí andaba, y le aparté secretamente, que nadie le vio, y le interrogué, y confirmó con lo que la india y los naturales de Tascaltecal me habían dicho, e así por esto como por las señales que para ello había, acordé de prevenir antes de ser prevenido, e hice llamar a algunos de los señores de la ciudad, diciendo que los quería hablar, y metilos en una sala; en tanto fice que la gente de los nuestros estuviese apercebida, y que en soltando una escopeta diesen en mucha cantidad de indios que había junto al aposento y muchos dentro en él. E así se hizo, que después que tuve los señores dentro en aquella sala, dejólos atando y cabalgué, e hice soltar el escopeta, y dímoles tal mano, que en dos horas murieron más de tres mil hombres. Y porque vuestra majestad vea cuán apercibidos estaban, antes de que yo saliese de nuestro aposentamiento tenían todas las calles tomadas y

toda la gente a punto, aunque, como los tomamos de sobresalto, fueron buenos de desbaratar, mayormente que les faltaban los caudillos, porque los tenía ya presos; e hice poner fuego a algunas torres y casas fuertes, donde se defendían y nos ofendían. E así anduve por la ciudad peleando, dejando a buen recaudo el aposento, que era muy fuerte, bien cinco horas, hasta que eché toda la gente fuera de la ciudad por muchas partes della, porque me ayudaban bien cinco mil indios de Tascaltecal y otros cuatrocientos de Cempoal. E vuelto al aposento hablé con aquellos señores que tenía presos, y les pregunté qué era la causa que me querían matar a traición. E me respondieron que ellos no tenían la culpa, porque los de Culúa, que son los vasallos de Muctezuma los habían puesto en ello, y que el dicho Muctezuma tenía allí, en tal parte, que, según después pareció, sería legua y media, cincuenta mil hombres de guarnición para lo hacer. Pero que ya conocían cómo habían sido engañados; que soltase uno o dos dellos, y que harían recoger la gente de la ciudad y tornar a ella todas las mujeres y niños y ropa que tenían fuera; y que me rogaban que aquel yerro les perdonase, que ellos me certificaban que de allí en adelante nadie les engañaría y serían muy ciertos y muy leales vasallos de vuestra alteza y mis amigos. Y después de les habler hablado muchas cosas acerca de su yerro, solté dos dellos; y otro día siguiente estaba toda la ciudad poblada y llena de mujeres y niños, muy seguros, como si cosa alguna de lo pasado no hobiera acaecido; e luego solté todos los otros señores que tenía presos, con que me prometieron de servir a vuestra majestad muy lealmente. En obra de quince o veinte días que allí estuve quedó la ciudad y tierra tan pacífica y tan poblada, que parecía que nadie faltaba della, y sus mercados y tratos por la ciudad, como antes los solían tener; y fice que los desta ciudad de Churulteca y los de Tascaltecal fuesen amigos, porque lo solían ser antes, y muy poco tiempo había que Muctezuma, con dádivas, los había aducido a su amistad y hecho enemigos de estotros. Esta ciudad de Churulteca está asentada en un llano, y tiene hasta veinte mil casas dentro del cuerpo de la ciudad, e tiene de arrabales otras tantas. Es señorío por sí, y tiene sus términos conocidos; no obedeced a señor ninguno, excepto que se gobiernan como estotros de Tascaltecal. La gente desta ciudad es más vestida que los de Tascaltecal en alguna manera, porque los honrados ciudadanos della todos traen albornoces encima de la otra ropa, aunque son diferenciados de los de África, porque tienen maneras; pero en hechura y tela y los rapacejos son muy semejables… Esta ciudad es muy fértil de labranzas, porque tiene mucha tierra y se riega la más parte della, y aun es la ciudad más hermosa de fuera que hay en España, porque es muy torreada y

llana. E certifico a vuestra alteza que yo conté desde una mezquita cuatrocientas y tantas torres en la dicha ciudad, y todas son de mezquitas. Es la ciudad más a propósito de vivir españoles que yo he visto en los puertos de acá, porque tiene algunos baldíos y aguas para criar ganado, lo que no tiene ninguna de las que hemos visto; porque es tanta la multitud de la gente que en estas partes mora que ni un palmo de tierra hay que no esté labrada; a aun con todo, en muchas partes padecen necesidad, por falta de pan; y aun hay mucha gente pobre, y que piden entre los ricos por las calles y por las casas y mercados, como hacen los pobres en España, y en otras partes que hay gente de razón…»

También Bernal Díaz relata detalladamente en su *Historia Verdadera* las vicisitudes de Cholula y se refiere asimismo varias veces a Doña Marina. Fue aquí donde esa memorable figura de la Conquista desempeñó su tal vez más significativo papel. Y se trató realmente de un papel puesto que consiguió hacerse con el secreto de los planes de ataque de los de Cholula; se ganó la confianza de la esposa de uno de los principales de la ciudad y, de esta manera, Cortés pudo tomar sus contramedidas a base de esos informes. La mencionada mujer de Cholula quería a Marina para esposa de su hijo puesto que, según dice Díaz, «la muchacha era joven, de gran hermosura y rica; por eso aconsejó a Marina que fuera a su casa, si quería conservar la vida, puesto que esa misma noche o al día siguiente tenían que perecer todos los españoles, pues así lo había ordenado el gran Moctezuma… La mujer sabía todo esto de su marido, y por esa causa deseaba que Doña Marina tomara consigo todos sus bienes y fuera a su casa, en la que podría contraer nupcias con su hijo, hermano de aquel otro hijo que había acompañado a la mujer».

La mencionada mujer manifestó que su esposo había recibido alhajas de oro y vestiduras de gala para que todos ellos cumplieran las órdenes del soberano azteca «y cuando Doña Marina oyó eso, fingiendo gran contento respondióle diciendo el alivio que había sentido al oír que su hijo, uno de los principales, quería tomarla por esposa». Con el pretexto de ir a tomar sus bienes adonde los españoles, comunicó a Cortés lo que había oído. Cortés dio orden de llevar a su presencia a la mujer y a su hijo. Cortés los interrogó y —según Díaz— le dieron los mismos informes que había dado a Doña Marina. Esto fue lo que determinó a Cortés a «hacer un escarmiento». Marina correspondió a la amistad de la mujer cuidando de que no ocurriera daño a ninguno de los miembros de esa familia de Cholula. Marina —como Díaz dice en su informe— ya a principios de la acción de represalias, apareció al lado de Cortés, que se hallaba a caballo, traduciendo ante los caciques y

sacerdotes hechos prisioneros las inculpaciones del Conquistador y la sentencia de éste contra Cholula.

Estaba ya bien entrada la tarde cuando llegamos al teatro de uno de los más sangrientos acontecimientos de la Conquista. Cortés contó, desde lo alto de un teocali, cuatrocientas torres y veinte mil casas. Aunque, en interés de realzar su papel, exagerara al referirse a las proporciones de aquella ciudad sagrada, es indudable que, en 1519 y mirando con los ojos de los españoles, Cholula debía ser una enorme metrópoli, mayor que Salamanca, Sevilla e, incluso, Venecia.

Pero en Cholula se orienta difícilmente aquel que intenta evocar, en unos breves minutos, esos acontecimientos históricos. Si después de esa visita tuviera que describir la trágica escena de la devastación de Cholula apenas si podría ordenar en mi imaginación esa ciudad del culto cuyo célebre santuario se convirtió en el lugar de peregrinación de todo Anáhuac. La Cholula de hoy cuenta con trece mil habitantes. Pero es indudable que ha conservado su carácter de «ciudad sagrada». En lugar de los cuatrocientos teocalis contados antaño por Cortés, como dicen las guías de viajes, posee tantas iglesias como días tiene el año, lo que quiere decir que su número no está lejos del cuatrocientos. Y vemos algunas de ellas en las calles estrechas que serpentean entre muros. Buena parte de las mismas fueron edificadas en el estilo de los siglos XVII y XVIII, con ornamentación de tintes provinciales.

Cortés mencionó sólo de pasada que, a título de castigo, ordenó dar fuego a la ciudad, y en su informe estima en tres mil el número de los que fueron matados. Pero, según la historia, el número de las víctimas fue el doble del citado por Cortés: ésta fue la mayor de las matanzas del Conquistador. En su patria tuvo que convencer del derecho que le asistía al Consejo de Indias y al todavía más incrédulo Carlos V. Los historiadores de la Conquista se detienen todos en este capítulo para expresar su propia opinión sobre este triste episodio. Según Cortés, Cholula se reintegró en el término de unos días a su vida cotidiana, y el Conquistador pudo tejer en ella sus planes, todavía durante veinte días, antes de proseguir su camino hacia Tenochtitlan. Esto viene a poner de manifiesto que el incendio de la ciudad no debió ser fatal. ¿Cómo se podría ya constatar si en la Cholula azteca (una parte de sus habitantes era tolteca) existían realmente veinte mil casas y cuatrocientos santuarios? Pero, ¿qué es lo que ocurrió con esos edificios construidos con materiales duraderos, por qué desaparecieron de la superficie de la ciudad viva? ¿Cómo es posible que esa ciudad que contaba, por lo menos, con cien mil almas no pudiera volver en sí nunca más después de la matanza, cuando

fuera de una epidemia de peste (1544-1545) no se registró en ella ninguna otra catástrofe? ¿Cómo es posible que Cholula sea hoy una pequeña e insignificante localidad que descuella entre los muchos pueblos mexicanos semejantes debido sólo a sus trescientas sesenta y cinco iglesias y a su pirámide?

El santuario de Cholula (su restauración prosigue desde hace años y, seguramente, durará aún mucho tiempo) *es la mayor obra del mundo construida por la mano del hombre*. En Cholula han sido descubiertas huellas de antiquísimas civilizaciones «formativas» de Anáhuac; las influencias olmecas, de La Venta, prevalecieron de la misma manera que las de Teotihuacán.

Todavía no se ha conseguido mondar la pirámide de modo que se perciba algo más que una enorme colina de forma regular en cuyo centro se halla una especie de capilla. Los arqueólogos opinan que la zona sagrada comprendía una extensión de diecisiete hectáreas; el teocali en sí tiene cuatrocientos setenta y cinco metros de lado y sesenta metros de altura. Fue formado a base de la superposición de diferentes estructuras. Por lo demás, su enorme masa sirvió durante siglos como cantera para la construcción de los edificios de carácter religioso de la ciudad.

Cuando llegamos a la actual entrada provisional del teocali el sol ha perdido su brillo y comienzan a aparecer las primeras franjas del crepúsculo. Al parecer, éramos nosotros los últimos visitantes de ese día. La contemplación de la pirámide supone una conquista de la ciencia. Los arqueólogos perforaron la base de la misma e hicieron practicable un camino, especie de laberinto, de ocho kilómetros de longitud. Instalaron la luz eléctrica en el primer templo y colocaron rieles por los que transitan coches a motor destinados a los visitantes. Se experimenta una extraña emoción al recorrer ese camino en el ruidoso vehículo, y ello a sesenta metros de la cumbre, en el seno de un edificio cuya edad nadie ha podido determinar exactamente hasta ahora. La primera estructura debió ser edificada en la época de esplendor de Teotihuacán. En uno de los recodos del trayecto, los arqueólogos han puesto al descubierto una pared donde pueden ser observados los estratos de las diferentes partes de la construcción. En otro lugar han sido hallados fragmentos de pinturas al fresco en los que se ha puesto de manifiesto la influencia de Teotihuacán.

Regresamos a la ciudad. Me resulta extraña la idea de que si no hubiera sabido nada acerca de la ciudad sagrada de Cholula (como es el caso de la mayor parte de los extranjeros que aquí llegan), y no me hubieran mostrado

como una curiosidad ese gigantesco templo convertido en colina, hubiese podido considerar como superfluo el realizar una excursión a Cholula. Empero, al detenerme ante la iglesia de San Gabriel tengo la impresión de que también la Cholula de después de la Conquista debió desempeñar algún papel en la colonización. Esa iglesia fue edificada en el lugar ocupado por el templo de la Serpiente Emplumada y muchas de las piedras de éste fueron incorporadas al edificio construido a mediados del siglo XVI. Este templo de los franciscanos, tomando en consideración las dimensiones acostumbradas durante el siglo XVI, es uno de los mayores del Nuevo Mundo. En sus acostillados lleva las huellas del estilo gótico y, en la portada, las del barroco plateresco. La Capilla Real, acoplada al santuario del templo, es, con sus nueve naves, uno de los más interesantes vestigios de la arquitectura colonial temprana. El trazado de su base imita el de la Mezquita de Córdoba; seguramente que el que edificó o hizo edificar la Capilla Real de Cholula llevaba en sí la nostalgia de ese edificio moro. Había oscurecido ya por completo cuando salimos de la ciudad sagrada de antaño. Y yo seguía pensando en cómo debía ser hace cuatro siglos y medio aquella Cholula que disfrutaba de una maravillosa abundancia, tan venerada en Anáhuac y, más tarde, cubierta por seis mil cadáveres y con sus edificios ardiendo.

PALENQUE

Palenque, uno de los más grandes y más bellos recuerdos del mundo maya, debe tal vez al descubrimiento de Pompeya el que, ya antes de la época del romanticismo, fuera objeto de la atención no tanto de los arqueólogos como de los mecenas. En España reinaba en aquel entonces Carlos III, quien, en la época de su reinado en Nápoles, asistía casi todos los días a las excavaciones iniciadas en 1763 en Pompeya y Herculano y llevadas a cabo de un modo muy sistemático. Cuando los Borbones españoles ocuparon el trono de Madrid, Carlos prosiguió sus labores de arqueólogo aficionado. Y tampoco dejó de prestar atención a las ruinas de importancia que iban saliendo a la superficie en Nueva España. Así, por órdenes de Madrid, partió para México el capitán José Antonio del Río; estudió los alrededores de la zona del Golfo, que se halla lejos de la capital y donde, según venía siendo anunciado desde hacía largos años por viajeros que habían estado en aquellos lugares, había restos de edificios, ruinas de palacios. En 1784, José Antonio Calderón hizo que se prestara atención a Palenque y esta vez Ja administración madrileña tomó una rápida determinación. A los dos años apareció el capitán Del Río para que, como hombre acostumbrado a los terrenos militares, observara los lugares e informara al respecto. El resultado fue bastante deplorable. Los informes y los esbozos de Del Río sirvieron a lo sumo para despertar la curiosidad de la corte madrileña. Tuvieron que transcurrir más de veinte años antes de que otro capitán, más instruido y concienzudo que el anterior, Guillaume Dupaix, que había estado primero al servicio de los austríacos, emprendiera, en 1805, igualmente con medios militares pero dotado también de sentido artístico, la tarea de informar sobre aquel mundo de ruinas que fue bautizado por los españoles con el nombre de Santo Domingo de Palenque. Ningún documento ni tradición oral ha conservado el nombre que daban los mayas a esa antigua ciudad y sede del culto.

El informe de Dupaix fue ilustrado por el artista mexicano Luciano Castañeda. Cuando esa obra apareció en 1834, en forma de libro y completada con grabados, los lectores no tardaron en poder comparar los

datos que suministraba con los contenidos en el *Voyage Pittoresque* del conde Jean Frédéric Waldeck, publicado en 1838, cuando el autor contaba setenta y dos años. Waldeck, que probablemente se había adjudicado a sí mismo el título y rango que llevaba, era de origen austríaco y se había naturalizado francés. En su obra, Palenque sólo ocupa una parte, a pesar de que ese extraño viajero pasó dos años completos en una choza construida al pie del Palacio en una romántica pero no completa soledad. Waldeck publicó su segunda obra sobre la arquitectura maya en 1866, cuando celebró el centésimo año de su nacimiento. Esta curiosa personalidad vivió todavía casi una década más; también había tomado parte en las primeras campañas militares de Bonaparte. Dejó este mundo en 1867, muriendo en un café de los Campos Elíseos de París, a la edad de ciento nueve años.

Waldeck ilustró también el informe del capitán Del Río que no había sido publicado antes. Una copia del manuscrito que había sido enviado a Madrid y quedó allí sumido en el olvido, llegó en Guatemala a manos de un polígrafo, que se propuso publicarla acompañada de un prólogo suyo y bajo el título de *Teatro Crítico Americano*; pero eso sólo lo consiguieron sus herederos ingleses. Es así como vio la luz del día, en 1822, en Londres, el primer libro que se ocupaba de la arquitectura maya, con las ilustraciones —bastante mediocres— de Waldeck.

A partir de entonces pareció como si Waldeck velara desde lejos sobre Palenque. Para editar su propia obra obtuvo el apoyo de Lord Kingsborough. Así se comprende que en la primera mitad del siglo XX fuera Palenque la más conocida de todas las ciudades en ruinas americanas. Naturalmente, fue esta ciudad la primera que se proponía investigar John Lloyd Stephens cuando se puso en camino con su dibujante Catherwood.

El autor de *Incident of Travel* hace de Palenque una descripción inolvidablemente romántica, de la que voy a citar f algunas líneas: «Lo que apareció a nuestra vista fue enorme, interesante y, de todos modos, digno de atención. Nos encontramos con los vestigios de un culto, refinado y extraordinario pueblo que, si bien con interrupciones, debió conocer períodos de auge y de devastación… Vivimos allí en el palacio en ruinas y, en todas partes a las que nos dirigiéramos pudimos apreciar las huellas del gusto de ese pueblo y su especial habilidad en la esfera del arte… En medio de este mundo de abandono y de ruinas no pudimos menos de echar una mirada retrospectiva al pasado, antes de proceder a extirpar la sombría selva, y sólo entonces pudimos contemplar todos los edificios en su perfección, las terrazas y las pirámides con sus elementos ornamentales pintados y tallados; todo ello era

de enormes dimensiones y dominaba por encima de la gigantesca y deshabitada llanura. Ante nosotros volvieron a tomar vida los hombres que vivieron aquí antaño y que nos contemplaban con sombría mirada desde los muros. El artista los había representado con adornados atavíos, con coronas de plumas en la cabeza, al poner sus pies en las escaleras que conducen a las terrazas del palacio, al santuario… En la gran novela de la historia universal no hay nada que haya captado mi atención como el espectáculo de esa que fue antaño una enorme y preciosa ciudad, hoy día así abandonada y perdida bajo el peso de una vegetación que todo lo invade; nosotros ni siquiera sabemos el nombre que tenía esa ciudad…»

¿Cómo iba a saber Stephens, en la tercera década del siglo XIX, que en esa aparentemente interminable selva virgen que todo lo cubre con su vegetación tropical, a orillas del río Usumacinta (que Stephens llamó «río de la ciudad en ruinas»), serían hallados espléndidos centros mayas como Piedras Negras, Yaxchilán y otros? En realidad, de la selva virgen que también cubría a Palenque sólo fueron liberados los más famosos santuarios, extirpando la vegetación en una zona de un kilómetro cuadrado. Todo eso no debía suponer más que un fragmento de toda la zona arqueológica que todavía se halla en la selva y que está calculada en siete u ocho kilómetros cuadrados.

Las ciudades mayas de Yucatán alcanzaron la cumbre de su período de florecimiento bastante más tarde que Palenque, que —si damos crédito a las fechas de las piedras calendario— sólo desempeñó durante un relativamente corto tiempo su papel religioso. Los hallazgos ponen de manifiesto la existencia de la ciudad entre los siglos VI a X, *aunque* las excavaciones han demostrado también que Palenque debía ser un punto habitado ya en la época «arcaica». El estilo conservado por esa célebre necrópolis presenta sólo un lejano parecido con el de las ciudades yucatanas, Uxmal, Chichén Itzá, Sayil, etc. Presenta afinidad más bien con los centros del culto, antiguamente habitados, de Peten (guatemaltecos), en primer lugar Tikal.

Desde el punto de vista artístico, la principal celebridad de Palenque la constituyen la espléndida factura de los estucos, la riqueza de los relieves y la seguridad en la representación. Además de esto, aquí fue hallada en 1949, en el Templo de las Inscripciones, la única tumba intacta de un soberano del mundo precolombino.

En el mapa que representa esta ciudad en ruinas situada en el estado de Chiapas los edificios han sido señalados con números romanos. Pero los ojos se orientan de otra manera; recuerdan también los clásicos grabados de Catherwood en el diario de viajes de Stephens. La vegetación en aquellos

lugares era lujuriosa y el dibujante, embelleciendo un tanto la perspectiva, situó El Palacio en la cima de un cerro demasiado alto. Hoy día, el visitante es acogido por la misma imagen que en Uxmal y Chichén Itzá: la vegetación se ha visto obligada a retroceder ante el ataque de las excavadoras y de las máquinas escardadoras. Lo que todavía en la cuarta década de nuestro siglo —las excavaciones mediante métodos modernos fueron iniciadas en Palenque en 1940— sólo parecía una repetición fotográfica del romanticismo de Stephens, aparece en la actualidad a los ojos del visitante en toda su integridad.

Los dos más célebres edificios, El Palacio y el Templo de las Inscripciones se hallan cerca uno de otro. El templo, apoyándose en el cerro natural, se eleva hasta la altura de veintiún metros. Originalmente debió ser una estructura de ocho pisos, el acceso a cada uno de los cuales tiene lugar por estrechas escaleras. Los pilares están cubiertos de jeroglíficos. En un total de seiscientos veinte relieves pueden ser contempladas figuras entre las que se hallan también representaciones de niños. Las principales unidades del calendario maya —el *katun* que abarca veinte años— aparecen representadas entre las figuras.

Cuando la obra del obispo Landa, *Relación de las cosas de Yucatán*, llegó a manos de los expertos en cuestiones precolombinas, se creyó que con ayuda del alfabeto comunicado por Landa se podría descifrar la escritura maya. En el alfabeto maya recopilado a mediados del siglo XVI, el mencionado obispo indicaba un valor *fonético* para cada jeroglífico. Pero no tardaron en caer en la cuenta de que la transcripción de Landa no podía ser considerada como de confianza. La escritura mesoamericana era en primer lugar una serie de ideogramas aunque, probablemente, había también signos que representaban sonidos. Al mismo tiempo, esa escritura era también «pictográfica» puesto que, con una excelente disposición para el dibujo, representaba todo aquello que hasta entonces era desconocido para el escritor-dibujante o aquello para lo que no encontraba el adecuado ideograma. Por ejemplo, los «informes» sobre la llegada de los españoles y que tenían como fin el ofrecer a Moctezuma una idea concreta del aspecto exterior, de las armas, de las naves y del arte de la guerra de los descendientes de rostro pálido de Quetzalcóatl. En Palenque, bien sea en el templo o en el museo, al examinar detenidamente los jeroglíficos, no se comprende cómo el citado obispo pudo anotar así todo un abecedario maya cuando, en su calidad de primer pastor de almas de Yucatán tuvo ocasión de ver con sus propios ojos una significativa parte de los monumentos mayas. En el auto de fe que Landa, como juez de la

Inquisición, ordenó celebrar en Maní, quedaron destruidos —según los documentos— cinco mil «ídolos», trece altares, ciento noventa y siete objetos de uso adornados con representaciones y veintidós «libros». Si todo eso hubiera sido conservado, la probabilidad de descifrar la escritura maya hubiera sido mayor y, tal vez, existiría una base más segura para las investigaciones realizadas con ayuda de computadoras (utilizando el material de los códices mayas existentes) y que tienen como fin esclarecer definitivamente su secreto.

La ciudad sagrada de Palenque se extiende en la cima de la colina, formando un semicírculo. En la edificación de algunas de las pirámides aprovecharon el declive natural del terreno. Existe la suposición de que en la elección del lugar que debía ocupar un edificio también desempeñaban un papel las observaciones astronómicas. También tenían que tomar en consideración la intensidad de las lluvias y la humedad. De este modo, los altos arcos y los techos en pendiente favorecían la aireación y la conducción del agua de lluvia. Los antiguos habitantes de Palenque regularon los arroyos que se desbordaban por las demasiado abundantes precipitaciones y materiales de aluvión, construyeron puentes y hasta abovedaron una parte del curso de la mayor vía de agua, el Otulum. Ese canal subterráneo, con su ciclópea arquitectura, es testimonio de las extraordinarias capacidades que poseían los mayas.

Entre los siglos VI y X, en Palenque no sólo debió florecer la escultura sino también la pintura, pero una buena parte de los coloridos ha desaparecido ya y sólo pueden ser observadas sus huellas. También los estucos y los relieves —en frisos, columnas y pilares— son un elogio al excelente talento artístico de los habitantes del Palenque de antaño. Alberto Ruz Huillier, el descubridor del desconocido muerto de Palenque, escribe lo siguiente: «A pesar de que las figuras representadas simbolizan conceptos mitológicos, matemáticos y astrológicos, revisten todas una forma profundamente humana. Esto constituye una característica que, por lo general, no se encuentra en ninguna otra esfera del arte precolombino. El artista de Palenque intuía perfectamente la naturaleza, observaba, interpretaba y reproducía todo, con talento, mesurada elegancia y preparación técnica, a pesar de toda la imperfección de los medios de que disponía…»

La más importante fase de las excavaciones fue iniciada en 1949; fue entonces cuando hallaron un enorme relieve que ornamentaba antiguamente una pared del palacio y que presenta escenas de sacrificios y está completado con doscientos sesenta y dos jeroglíficos. Esos signos se diferencian de la

habitual escritura maya en el hecho de que los conceptos correspondientes a números y fechas estaban expresados de modo que sólo fueran comprendidos por los más iniciados. Así, los períodos mayores como el *baktun* y *katun*, estaban simbolizados por grupos de estatuas, por ejemplo, una figura humana entrelazada con la de un animal misterioso. Poco después fue descubierta también otra losa de piedra adornada con un relieve. En ella, una personalidad de alto rango se apoya sobre dos doblegados esclavos. Los expertos hacen resaltar el inusitado realismo que se observa en la representación de las figuras humanas que aparecen en este relieve.

Los más hermosos son los estucados de Palenque; este material hecho de cal, yeso y, a veces, fibras de henequén y otros aglutinantes, se mostró obediente en manos de los escultores. Les era más fácil modelar este material que trabajar la piedra, y los estucos han resultado duraderos y han soportado las pruebas a las que han sido sometidos durante mil años. Por lo general, los relieves representan escenas de los sacrificios; una figura arrodillada rinde homenaje al sacerdote. Entre los relieves de Palenque son raras las escenas crueles que hagan alusión a sacrificios humanos. Frecuentemente, entre los ornamentos de estuco aparecen máscaras o divinidades con rostro humano. Así, está representado varias veces el dios del Sol, con un solo diente (pues se trata de un anciano). Este único diente, limado, adopta la forma del signo «ik» que representa al viento y, además, al espíritu creador.

La más interesante unidad del espléndido grupo de monumentos de Palenque la constituye el Templo de las Inscripciones, denominado también Templo de las Leyes por las gentes de los alrededores. En él, la enorme losa ornamentada con un relieve contiene seiscientos veinte jeroglíficos; este texto inusitadamente largo fue considerado por los primeros descubridores como si fuera una ley básica grabada en la piedra, a lo que se debe la denominación antes citada.

El arqueólogo mexicano Alberto Ruz Huillier comenzó siendo joven, en 1949, la exploración de dicho templo sobre una base científica. Partió de la suposición de que por debajo de esa estructura de veintiún metros de altitud debía haber una o varias edificaciones de épocas anteriores. La altura del templo parecía afirmar tal suposición. El santuario se compone de un pórtico con columnas dividido en cinco partes; en la galería posterior se encuentran una gran sala central y dos dependencias laterales. Al realizar el primer examen parecía que la paz del templo no había sido perturbada por el hombre, era visible que había permanecido intacto. Durante los trabajos, los arqueólogos observaron que el suelo del templo no estaba cubierto por el

acostumbrado estucado sino por losas de piedra que encajaban perfectamente entre sí. En una de dichas losas se podían ver agujeros tapados con piedras. También observaron que las paredes proseguían por debajo de Ja superficie del suelo, lo que hizo suponer que más abajo debía haber otras estructuras. Los trabajos de investigación comenzaron a base de esos detalles observados. Uno de los más afortunados acontecimientos en las excavaciones consiste en el hallazgo de una escalera. Aquí se dio esta circunstancia; fue descubierto todo un tramo de escalera que conducía hacia las profundidades del templo. En la parte superior, la escalera estaba cubierta por la losa en la que Ruz había observado los mencionados agujeros.

Los peldaños y las paredes se hallaban en perfecto estado. Pero los que construyeron el templo habían tapado, intencionadamente, con piedras, tierras y otros materiales, el paso hacia abajo. Parece casi increíble que se necesitaran cuatro turnos de excavaciones, cada uno de dos meses y medio, hasta que se consiguió retirar los materiales que obstruían el paso. Primeramente hicieron practicables cuarenta y cinco peldaños y, luego, en otro tramo, veintidós. Entonces se hallaban ya a unos veintidós metros por debajo del templo. Aquí hallaron el primer objeto de ofrenda, pendientes hechos de jade. Al final de la escalera los esperaba un hallazgo de mayor significado: en una caja de piedra, platos de arcilla, granos de cereales, objetos de adornos hechos de conchas y jade y una perla de un tamaño inusitadamente grande.

A esto siguió un nuevo período destinado a retirar los materiales que impedían el paso; en este caso, la piedra y el mortero formaban una capa difícil de derribar. Detrás de ella, el paso se hallaba impedido por una enorme losa colocada en posición vertical. Al lado de la base de la misma se hallaban los huesos de seis personas. Según las investigaciones realizadas, pertenecían a personas jóvenes y, por lo menos, una de ellas debía ser mujer. Los cráneos aplastados y los dientes limados permitieron conjeturar que pertenecían a la aristocracia maya y que en ningún modo se trataba de esclavos.

Finalmente, el 15 de junio de 1952, Ruz y sus colegas consiguieron atravesar la losa de cierre. Los esqueletos encontrados, que no llevaban ninguna alhaja, debían haber sido los de quienes fueron colocados como guardianes ante la misteriosa entrada de la cripta. Por fin, Ruz Huillier pudo entrar al santuario de los santuarios. Cedámosle la palabra:

«El momento en el que atravesé el umbral me produjo, como es natural, una indescriptible emoción. Me encontré en una amplia cripta que parecía haber sido abierta en el hielo. Porque las paredes estaban cubiertas de

brillantes capas de estucado y, además, como formando una cortina, desde el arco del techo pendían estalactitas; por otra parte, las estalagmitas se elevaban como cirios gigantescos. El agua de lluvia, infiltrándose durante milenios, debía haber producido esas formaciones calcáreas. La cripta tenía nueve metros de longitud, cuatro metros de anchura y unos siete metros de altura. La bóveda descansaba en enormes pilares de piedra; por su negra superficie pulida corrían estrías amarillentas, lo que les daba la apariencia de estar recubiertos de madera. La cámara mortuoria había sido construida de una forma tan perfecta que los siglos no habían alterado su estabilidad y ello a pesar de que ese abovedado tenía que soportar también el peso de la pirámide y del templo. Tanto las piedras de la bóveda como las de las paredes habían sido talladas con el mayor cuidado y ninguna de ellas se había desplazado de su lugar original…

»En las paredes parecían montar la guardia enormes figuras de estuco: nueve sacerdotes, de un tamaño algo mayor que el natural. Seis estaban representados de pie y, tres, sentados. A grandes rasgos, llevaban la misma ornamentación: picos de ave en la cabellera, largas plumas de quetzal y máscaras humanas, mantos de plumas y placas de jade. La parte inferior del ropaje, sujetada en la cintura mediante un cinturón, llevaba como adorno tres pequeñas cabezas de hombre. Las sandalias estaban sujetadas por tiras de cuero. A grandes rasgos, también eran iguales las alhajas: collar, hebilla pectoral, brazaletes y un adorno cuadrado alrededor de la boca… Probablemente, las figuras de los sacerdotes simbolizaban a los nueve soberanos de la Oscuridad que en la mitología maya significaban los nueve infiernos.

»Cuando penetramos en la cripta, en el suelo de la misma encontramos vasijas de arcilla para las ofrendas y dos hermosas cabezas de estuco. Estas últimas fueron traídas probablemente de las columnas ornamentales de algún otro templo. El hecho de que hubieran sido separadas del tronco hace alusión al acto del sacrificio simbólico, a la decapitación. Entre los mayas, esta forma de sacrificio se hallaba entrelazada con el culto del maíz. Una de las cabezas constituye la más artística creación de todo Palenque. Descuella por su realismo en la representación del hombre, además de ofrecer una excelente solución técnica y un delicado sentido artístico… Es evidente que el artista no solo se propuso reproducir de la manera más fiel posible los rasgos de la personalidad de un sacerdote sino que quería expresar la severidad y la fuerza interna de la clase sacerdotal.

»Lo que más efecto nos causó en la cripta fue ese monumento que ocupa la mayor parte del espacio de la misma. Ya en el primer momento lo que atrajo mi atención fue la enorme losa horizontal: tenía 3,2 metros de longitud y 2,2 de anchura. La parte superior y los lados estaban adornados con relieves. Esa losa de piedra descansaba en un bloque de piedra monolítico… los lados de éste, al igual que los de la losa, estaban ornamentados con tallas… El peso del monumento debería ser aproximadamente de veinte toneladas. Parecía evidente que la cripta y la escalera que unía la cámara mortuoria con el templo habían sido edificadas para ese monumento. Mi primera impresión fue que había hallado un altar que era utilizado con motivo de ceremonias celebradas en este secreto lugar, lejos de los no iniciados, en honor de alguna ley del culto. A base de esto dedujimos que (si otros hallazgos no vienen a pronunciarse en contrario) al entrar en la cripta habíamos penetrado en el santuario de los santuarios de Palenque».

Después de esto Ruz habla de que no estaba seguro de que la losa descansase en un bloque construido realmente por una sola piedra o si la losa se hallaba colocada encima de una oquedad, con lo que en este último caso serviría para cubrir el altar. Según sus cálculos, la piedra debía tener un peso de unas cinco toneladas. Dadas las dimensiones de la cámara, levantar la losa planteaba extraordinarios problemas técnicos, pues parecía imposible instalar allí algún dispositivo elevador. La losa, por sí misma, parecía ser una de las obras maestras del arte maya, por lo que era de temer que en el curso de las operaciones sufrieran daños los relieves que presentaban un gran valor. Con el fin de hacerse una idea de la situación realizaron dos perforaciones en dos puntos de la losa en los que no había tallas. La segunda vez, el taladro llegó a una oquedad y en el alambre introducido fueron hallados vestigios de pintura roja. El hecho de que debajo de la losa existiese una oquedad significó la segunda gran emoción para los descubridores. En el mundo maya y azteca, el color rojo significaba el Oriente y, ademas, el renacimiento. Probablemente así querían simbolizar la inmortalidad de aquel que dormía allí su sueño eterno. Cuando dieron con las huellas de aquel pigmento rojo que tanto dejaba sospechar, Ruz decidió que la losa debía ser levantada. Para ello utilizaron las cabrias de un camión que fueron colocadas en el bloque de piedra y debajo de la losa. De este modo, y después de veinticuatro horas de ininterrumpido trabajo, se consiguió levantar la enorme losa. El autor menciona que ese momento acaeció al amanecer del 27 de noviembre de 1952.

Cuando las cabrias desplazaron la losa y, de este modo, se hizo visible la oquedad, en el primer momento causó sorpresa la forma del hueco tallado: a

grandes rasgos se parecía al signo de OMEGA. Según el autor, simbolizaba el claustro materno al que volvió el difunto. La losa de piedra que cerraba la oquedad presenta el más perfecto de los pulidos y estaba fijada al soporte mediante cuatro bullones de piedra. Cuando el intersticio fue mayor, Ruz se introdujo por la abertura y, a la luz de una lámpara colocada en el lugar de uno de los bullones, vio un cráneo abundantemente ornado con alhajas. Mientras tanto, prosiguieron las operaciones técnicas y, mediante cuerdas colocadas en los agujeros de los bullones, se consiguió levantar la enorme losa. Según el mencionado arqueólogo, el mismo procedimiento debieron seguir, aunque a la inversa, cuando procedieron a colocarla. Entonces, la tumba apareció en toda su integridad. Todo relucía en rojo cinabrio, incluso el fondo de la oquedad. En ésta sólo se hallaba un esqueleto, en posición natural, con los miembros extendidos. Los huesos no estaban en perfecto estado puesto que el terreno resultó ser muy húmedo. Los exámenes realizados pusieron de manifiesto que se trataba de los restos de un hombre de cuarenta a cincuenta años, de una altura de unos ciento setenta y tres centímetros, robusto, bien hecho y que no presentaba ninguna alteración patológica.

Del fondo rojo cinabrio de la cavidad de la tumba, a la luz del reflector se destacaban las alhajas de jade. Había una gran cantidad de ellas y hasta algunas habían sido colocadas en la boca del esqueleto. Éste llevaba una diadema en la frente, en la que había sido utilizado el motivo ornamental de la divinidad de forma de erizo. También los pendientes eran de un adorno extraordinario. El jade ofrecía posibilidades para la elaboración de muchas y diferentes alhajas y el adorno pectoral, los brazaletes y las sortijas eran, de las diferentes variantes de la esa piedra, tan valiosa en Anáhuac. La estatuita de jade que se hallaba a los pies representaba una variante de la divinidad del sol.

El acontecimiento pareció sin igual cuando los descubridores fueron examinando las diferentes piezas. Las partes que habían sufrido daño o se habían desprendido podían ser reconstruidas, en primer lugar con ayuda de los relieves, puesto que los sumos sacerdotes en ellos representados aparecían con las mismas alhajas que le habían sido puestas al cadáver para su último viaje. Entre todas las alhajas destacaba la máscara funeral, hecha de mosaico de jade y colocada sobre el rostro del cadáver encamada en una capa de estuco con el que habían recubierto aquél. La labor de reconstrucción hizo factible que con ayuda de esta máscara pudieran ser reproducidos los rasgos fisonómicos de la Gran Personalidad.

Desde el punto de vista artístico lo más digno de atención fueron los relieves del enorme sarcófago. Cubren algo así como ocho metros cuadrados

de la superficie y de los lados de la losa. Entre ellos figura una inscripción en jeroglíficos que, según ha sido establecido con mayor o menor seguridad por los expertos, data de mediados del siglo vil de nuestra era. Las representaciones corresponden, en esencia, a los símbolos mayas; entre ellas está la personificación de la muerte que aparece con la misma figura en las representaciones de todos los pueblos de Anáhuac.

El monstruo de la Tierra es un ser en forma de cocodrilo que se alimenta de carne humana; según el sistema de símbolos, de este modo todo el mundo vuelve a la tierra de la que todos procedemos. En los lados del sarcófago, las tallas se hallan ordenadas según los ritos religiosos. De la misma manera que en el Templo de la Cruz de Palenque, también aquí figura el motivo de la cruz y, además, el del árbol de la vida. Alrededor de la cruz se halla enrollada una serpiente de dos cabezas de cuyas bocas sobresale una figura que lleva la máscara del dios de la lluvia. En la mitología maya esto significaba el cielo y era, al mismo tiempo, el símbolo de la lluvia. Las nubes se deslizan tan silenciosamente como una serpiente y un relámpago. ¡La Serpiente de Fuego! En la parte superior de la cruz se halla un quetzal; también éste es un símbolo del cielo; en este caso lleva la máscara del dios de la lluvia, ese signo que evoca en la memoria el agua. También figuran dos escudos, como representación del sol.

El sarcófago, de un volumen de siete metros cúbicos, fue tallado de modo que los pilares de soporte reforzaran la tumba; de este modo, al retirar dichos pilares se hallaron representaciones y relieves que ofrecían ciertas luces sobre la identidad del muerto que se encontraba en ella Pero los arqueólogos tuvieron que constatar de nuevo que los mayas no tenían ningún sentido respecto a los momentos históricos o para poner de relieve la personalidad de alguien. Todos debían ser símbolos del ritual religioso y, así, las conjeturas de Jos arqueólogos se restringieron a la explicación de los elementos conocidos. Ese hombre relativamente joven que yacía bajo la pesada losa de piedra llevaba la máscara del monstruo de la Tierra; por lo tanto, debería retornar un buen día a la tierra. El desarrollo y la recolección del maíz constituyen unos motivos de los más esenciales entre los representados. La planta recurre a la ayuda de la mano humana para proporcionar alimento a los hombres. El símbolo de la reproductividad del maíz es también el de la resurrección del hombre. Los astros que rodean la escena proporcionan un significado cósmico a los eternos fenómenos humanos del nacimiento, la vida, la muerte y la resurrección.

Según Ruz, la Gran Personalidad que fue enterrada en esa secreta tumba debió proyectar ella misma la monumental estructura de su último lugar de reposo. Cuando el cadáver fue colocado en el sarcófago, los sacerdotes, después de colocar la losa, la cubrieron con otros ricos objetos, como el cinturón adornado con máscaras de jade, el escudo decorado con la figura del dios del sol y el cetro ornamentado con la máscara del dios de la lluvia. Los ojos de los rostros de mosaicos se habían desprendido y caído sobre la losa, por lo que pudieron ser utilizados durante la reconstrucción. Se supone que, después de colocar la losa, procedieron al sacrificio de los seis jóvenes nobles, para que acompañaran al otro mundo a la Gran Personalidad; pero acerca de la identidad de ésta no se consiguió saber nada. Después del sacrificio, retrocediendo paso a paso, obstruyeron la entrada e hicieron inaccesible la escalera. A pesar de que no era posible el acceso a la tumba, como lugar piadoso y debido a la irradiación del recuerdo de la Gran Personalidad, debió ser objeto del general respeto. Desde el sarcófago hasta el umbral se extiende una serpiente de estuco, llegando en este último lugar hasta la superficie del templo. Aquí, la serpiente ofrece una posibilidad mágica: mantiene la relación con la difunta Personalidad, que tal vez fue un soberano o un sacerdote supremo elevado hasta la divinidad.

El descubrimiento de la cripta fue acogido como uno de los más interesantes resultados obtenidos en la esfera de la arqueología precolombina. Y era natural que así fuera puesto que hasta entonces no se había encontrado, ni en pirámides ni en ninguna otra estructura, una tumba así. Sobre todo una tumba que con su monumentalidad y sus elementos artísticos pudiera simbolizar el mundo religioso y la perfección profesional de los mayas. La exactitud y belleza de la elaboración de los estucos, y los relieves con su milenaria integridad, suscitaron el interés como lo suscitó también la bruma que envolvía la identidad de la Gran Personalidad. Palenque puso también de manifiesto que las pirámides americanas no son siempre macizas y edificadas con el fin de situar en ellas un templo. En Palenque pareció convergir el concepto de las pirámides egipcias y mayas. Desde el punto de vista histórico-social, esa obra hacía suponer un poder teocrático centralizado en que se fusionaban las manifestaciones rituales y mundanas. Y hacía suponer también espléndidas capacidades artísticas, especialmente en la esfera de la escultura; al mismo tiempo, documentaba los conocimientos en astronomía y matemáticas de sus constructores.

Al abandonar ese renombrado monumento llegamos a tres subterráneos paralelos del palacio. Probablemente pertenecían a la estructura original; se

hallan en comunicación con el piso actual del palacio por medio de tres escaleras. Al salir de ellos percibimos una torre de siete metros y medio de altura que sobresale por encima del conjunto de monumentos de Palenque; originalmente sirvió como observatorio astronómico. Esto deja sospechar también un banco de piedra situado en el piso superior al que originalmente sólo se podía llegar a base de una escala móvil, puesto que la escalera fue construida únicamente hasta el primer tramo del edificio dividido en cuatro pisos.

En el mapa de los monumentos de Palenque los diferentes edificios están señalados mediante letras. Llegamos al indicado con la letra «D» que se destaca con sus magníficas obras en estuco. En él existen algunos restos del techo. Después de haber visitado el edificio «C», la estructura «A» vuelve a mostrar interesantes peculiaridades artísticas. El estilo tradicional de los relieves en estuco del exterior se diferencia del de los relieves plenos de vida existentes en el interior del edificio. Es ese arte del estuco el que supone una gran habilidad, mucha seguridad en lo que se refiere a la composición y una técnica superior. Exige del artista creador que posea rápidos reflejos para trabajar esa materia compuesta de yeso y cal. Dichos relieves pueden ser considerados como una de las maravillas de Palenque.

Cerca del grupo de monumentos situados en la parte norte se encuentra el Templo del Conde, que fue denominado de este modo a causa de que fue al pie del mismo donde Waldeck construyó su alojamiento provisional en el que habitó por espacio de dos años en compañía de una belleza maya. En este edificio parecen resumirse las características del estilo arquitectónico de Palenque. Pero de las decoraciones en estuco no quedan ya más que vestigios. Por debajo del pórtico fueron halladas tres tumbas, cuyo contenido presenta mucho menos valor que el de la Gran Personalidad.

Las estructuras denominadas «grupo septentrional» fueron edificadas en diferentes épocas y constituyen cinco templos. Han permanecido en diferente estado y también ofrecen distinto nivel en lo que se refiere a su decoración. Aquí, los restauradores no han llevado a cabo aún esa labor en la que hemos podido deleitarnos en los edificios principales, y ello tanto en Palenque como en Chichén Itzá y Uxmala.

Al lado de todas las zonas arqueológicas y a la entrada de las necrópolis se hallan museos y lugares de exposición de mayor o menor envergadura, en los que son acogidos esos hallazgos que no son tan valiosos como para ser llevados al museo de México. Se comprende que el museo de Palenque ofrezca una rica colección y que, como hogar de la arqueología maya,

constituya ya por sí mismo un espléndido espectáculo. El visitante es acogido por una estela cuya colocación data del año 783 de nuestra era (fue entonces aproximadamente cuando Carlomagno ocupó el trono de los francos…). Hay expuestos objetos de ofrenda, pero también aquí son los relieves o los fragmentos de relieves los que ofrecen el mayor interés. Proceden de los distintos templos. Presentan valor artístico las pequeñas figuras de arcilla y los objetos de cerámica. Más relieves; en uno de ellos, el denominado «relieve de los esclavos», aparecen un sacerdote y una sacerdotisa en medio de una ceremonia de sacrificio. Es interesante el «relieve del escribano» en el que la figura aparece arrodillada llevando en una mano un rollo de papel y, en la otra, un utensilio para escribir. La fecha de la inscripción de otro relieve es el año de 720 de *nuestra era*. Aquí nos encontramos con los símbolos del dios del sol y del dios de la lluvia.

Y con esto termina nuestro recorrido arqueológico, que es uno de los más interesantes que puede hacerse por las antiguas tierras mayas. Podemos contemplar todavía un conduelo, en parte al aire libre y en parte abovedado, que traía a estos lugares, desde lejanas comarcas, el agua que significaba la vida.

Toda la comarca situada a lo largo del río Usumacinta es rica en antiguas ciudades en ruinas. Las necrópolis, como Yaxchilán o Piedras Negras son casi sólo conocidas por los arqueólogos. Su acceso resulta bastante complicado. El visitante, para llegar hasta el río, tiene que tomar en Villahermosa un avión-taxi; después, tiene que navegar por el río durante cinco o seis horas para llegar a Yáxchilán. Las zonas arqueológicas sitas en el Estado de Chiapas también ofrecen interés desde el punto de vista de la etnografía. En ellas habitan los descendientes de una tribu de los antiguos mayas, los *lacandones*. Debió ser esa tribu la que edificó y ornamentó los magníficos edificios de Palenque y sus alrededores. Huyendo de otras tribus enemigas y, sobre todo, de los españoles, los lacandones se retiraron a las difícilmente accesibles comarcas de Chiapas. Ahora, en su estado primitivo, atraen la (a veces muy onerosa) atención de los etnógrafos.

Suele ser Bonampak lo que viene a cerrar el ciclo de visitas por tierras mayas. Bonampak fue descubierto, puede decirse que por casualidad, en 1946, por Charles Frey y Giles Healey. En principio, se pensó en retirar los frescos de las paredes para volverlos a incorporar en las paredes del Museo de México. Pero la operación aparecía como demasiado arriesgada y, de este modo, se contentaron con copiar los frescos y son esas reproducciones las que se hallan en el jardín del museo. Afortunadamente, esos maravillosos cuadros

murales han permanecido en su lugar y procuran un espectáculo único a los que pueden permitirse realizar esa costosa excursión. En lo que se refiere al significado e iconografía histórica, esos cuadros murales presentan un extraordinario interés dado que los mayas nunca, por decirlo así, representaron escenas guerreras o tomadas de su propia vida. Pero en Bonampak, a base de los frescos de las tres pequeñas salas, en su mayoría en excelente estado, puede ser reconstruido el vestuario, los sacrificios humanos (los prisioneros hechos en el curso de la batalla esperan mansamente que su suerte se vea consumada) y toda una serie de las ceremonias sacerdotales y mundanas del antiguo Bonampak.

Los que realmente se proponen visitar a los lacandones tienen que buscarlos en un territorio cubierto en buena parte por la selva virgen y con una extensión de cerca de diez mil kilómetros cuadrados. Al parecer, su número no sobrepasa el de trescientos. Viven en pequeños grupos de chozas, llamadas *caríbales*, cubiertas con hojas de palmera y cuyo único objeto, de mobiliario lo constituyen las hamacas que ellos mismos hacen. Poseen también templos instalados en cabañas y santuarios en cuevas, en los que veneran a sus dioses siguiendo una desfigurada forma del culto antiguo.

En principio, son labradores, pero no han superado las formas más primitivas de la agricultura, por lo que la tierra no tarda en agotarse; de este modo se ven obligados a trasladarse a otro lugar y conquistar nuevos terrenos de la selva virgen. También conocen algunas formas de la artesanía. Los hombres se ocupan de cerámica y, las mujeres, de hilado y tejido. El examen de los nombres han puesto de manifiesto que los lacandones han conservado la forma de clan. Veneran a muchos dioses y hasta visitan algunos lugares de cuito de las ciudades en ruinas, especialmente en Yaxchilán, pero sus ritos y la serie de sus dioses no están unificados. A pesar de que en las comarcas habitadas por los lacandones existen en abundancia ruinas de templos, estelas y otros vestigios arqueológicos, los actuales habitantes de los alrededores de la selva no hacen recordar mucho, ni por su inteligencia ni por sus habilidades, a aquellos antepasados suyos que antaño edificaron espléndidas ciudades.

DÍAS DE ADIÓS

El otoño ha llegado ya también a México. Los habitantes de la ciudad se estremecen bajo los rayos de sol de las frescas mañanas, se ponen los abrigos y se levantan los cuellos. Yo me siento estupendamente bien en esa atmósfera enrarecida. Sé que al mediodía hará un suave calor estival; así, vale la pena soportar los alfilerazos del frescor mañanero y demostrar a los naturales, acostumbrados al ardiente calor, que no hay que preocuparse demasiado por esos ligeros cambios de temperatura. Hacia las diez, el termómetro marca ya de veinte a veintidós grados centígrados. A esas horas la ciudad es preciosa, y vuelvo a recorrer el Zócalo. Después de haber andado los doscientos metros de fachada del Palacio Nacional, paso ante unas grandes oficinas y luego me dedico a contemplar, bajo las arcadas, a las gentes sencillas. Donde más abundan es ante las joyerías. Según dicen, tanto los indios como los mestizos de las clases humildes, en cuanto han ahorrado un poco de dinero o se han hecho con una suma inesperada, adquieren inmediatamente oro. A ello se debe que haya tantos brazaletes anchos, cadenas y pendientes sumariamente trabajados. Hay una tienda donde sólo venden pendientes, en infinita variedad. Tanto en los pendientes adornados con amarillentos brillantes como en las joyas que lucen piedras sintéticas puede verse frecuentemente modelos inspirados en las formas antiguas, tomadas de los objetos hallados en Monte Albán o en alguna ciudad yucatana.

Mi último paseo, yo solo, por la metrópoli azteca. Tengo que contemplar todas las calles, las esquinas y los escaparates de modo que todo quede fielmente grabado en mí, en mis sentimientos, que no olvide los colores, el movimiento, los rostros, los atavíos, el ritmo característico de los andares de los indios, el empaque oficial de los mestizos, a esas muchachitas que hacen comentarios ante los escaparates. ¡Oh, esos escaparates! Si uno se aleja un poco del Zócalo, son bastante más modestos y hacen gala de los colores populares. Para mí, eso siempre resulta inusitado, esos chillones colores azules, amarillos y rojos. Como si en el lago de Xochilmico se mecieran las adornadas y floridas barcas de mil colores.

En Amsterdam, en el curso de una conversación con un periodista, hice a la ligera una observación respecto a que me había llamado la atención el hecho de que en la metrópoli holandesa —sobre todo en Dam— hubiera muy pocas librerías. Esta frase mía fue publicada como una crítica de un escritor extranjero llegado de lejos. En la capital mexicana me regocijó el constatar justamente lo contrario. Aquí, en la arteria principal, hay abundantes y espléndidas librerías, con bonitos escaparates y rico surtido. En la mayoría de ellas se pueden adquirir también libros extranjeros, en primer lugar obras de la literatura inglesa. De paso, tengo que manifestar que en México, en lo que se refiere a libros, revistas y postales, se observa un alto respeto a la moral pública. Probablemente, también existe una literatura clandestina y es de suponer que la pornografía tiene también sus adictos. Pero ni en los carteles ni en los escaparates se pone de manifiesto ese unánime rasgo que pude observar, durante mi viaje de regreso, en algunas calles de Nueva York. Por el contrario, tuve la alegría de contemplar en una gran librería de México, en la sección reservada a las obras de arte, la *Anatomía artística* de *Jenó Barcsay*, en lengua española. Esto me produjo la misma satisfacción que un saludo llegado de mi lejano amigo, su autor.

La que más me gustó fue la enorme librería y galería de Alberto Misrachi situada frente a Bellas Artes. Entré en ella como en una pequeña Alma Mater mexicana y después me sumí —en el tiempo y en el espacio— en su inmenso mar de libros. Pero también me vi obligado a pensar que, realmente, es muy poco lo que conozco de la literatura latinoamericana de épocas anteriores. Mirando desde Europa, la vida intelectual colonial debía depender de la española. Los editores e impresores llevaban al Nuevo Mundo aquellas obras que el Consejo de Indias —evidentemente a base de la opinión del Santo Oficio— consideraba susceptibles de exportación. Las demás obras, aquellas que no eran objeto de la aprobación oficial, eran llevadas por los marinos, a sus costas y riesgos. Después, eran difundidas, a onerosos precios, en México, Lima, Quito y otros lugares. Por ejemplo, estaba prohibido llevar a Nueva España novelas de amor o de caballería. Pero eran precisamente estas obras Jas que con más placer hojeaban las aburridas damitas criollas y los señores de las encomiendas que hacían trabajar sus tierras a los peones indios.

Y también tuve que pensar en lo propagada que se hallaba la ciencia de la lectura, casi obligatoria entre los españoles del siglo XVI. Pero no rae atrevo a decir lo mismo en lo que respecta a la escritura, puesto que ambos conocimientos no iban siempre a la par; sabemos que hubo soberanos que leían perfectamente los textos que les presentaban pero que, en lo tocante a

escribir, lo único que sabían era trazar su firma. La escritura era considerada más bien como un trabajo servil, la manera de ganarse el pan de escribanos, monjes y escritores. ¿Cómo se formó en Nueva España, en circunstancias completamente distintas de las de la madre patria, esa especial literatura mexicana y cuáles fueron los factores que influyeron en su formación? La cultura literaria india —azteca, maya, mixteca, zapoteca, para no citar más que las de mayor significado— había alcanzado, considerándola objetivamente, un nivel bastante alto antes de que, en el otoño de 1519, comenzara la funestó época de la Conquista. Aunque los códices mayas fueron arrojados a la hoguera por el cardenal Zumárraga (por otra parte, un hombre apacible y que dejó buen recuerdo) y el obispo Landa —y en esto no debieron haber sido los únicos— la tradición siguió viva y, mediante el ejercicio de la memoria, los textos siguieron siendo transmitidos. Y debió constituir también una obligación entre las capas indias más pudientes adoptar y conservar la cultura de sus antepasados. Este sentimiento patriótico lo experimentaron también los autores mestizos, como Don Fernando de Alba Ixtilxóchitl y el peruano Garcilaso de la Vega Inca.

De este modo, la literatura antigua náhuatl o maya se infiltró en la conciencia de Nueva España y ello tanto más curanto que, algunos años después de la Conquista, los miembros del clero que habían aprendido el idioma de los aborígenes emprendieron la tarea de recopilar el tesoro de las antiguas tradiciones, como lo hicieron Sahagún, Motolinía, Torquemada y sus compañeros. Sahagún se dedicó en primer lugar a coleccionar los recuerdos folklóricos y las tradiciones populares; otros —como Ixtlilxóchitl— conservaron los recuerdos del renacimiento literario de Texcoco, mediante la traducción al español de los textos originales. De esta manera se consiguió conservar transcrita en español una poca conocida obra literaria, la *tragedia* india quiché titulada *Rabinal Achi*. Esta obra teatral de origen guatemalteco lleva en sí el desenlace de las epopeyas indias y, en su caso, el trágico fin lo constituye un sacrificio humano. Y era esto lo que, desde los primeros momentos de la Conquista, más prohibieron y condenaron los conquistadores. En la pieza figuran cinco personajes enmascarados que, alternándose, expresan su opinión en largos monólogos. Intervienen también en ella intérpretes mudos y hasta un grupo de danzantes.

Fue el género épico —la mayoría de las veces en prosa rítmica— el que dio a conocer a los españoles que se instalaron en Nueva España los frutos espirituales de Anáhuac. Los títulos de las obras son los siguientes: *Poema de Quetzalcóátl* y *Poema de Ixtlilxóchitl*, a los que siguen el *Poema de Mixcóall*

y el *Ciclo de Moctezuma*. En Tlaxcala, que se halló en una situación relativamente privilegiada durante todo el tiempo de la administración española (la población, debido a su fidelidad a los españoles, gozaba de favor en materia de impuestos), el mestizo Muñoz Camargo recogió y anotó para su pueblo numerosos vestigios de la poesía antigua.

En cierta ocasión, Paúl Valéry, refiriéndose a los mayas que, siguiendo un inexplicable instinto u obedeciendo una orden, abandonaron antaño sus hogares y sus lugares de culto, escribió: «¿Qué clase de civilización debía ser ésa que pudo ser destruida por un mosquito?» Pues bien, esas civilizaciones siguieron, empero, viviendo en circunstancias mucho más complicadas que la lujuriante vegetación tropical de las regiones mayas. Probablemente ésa fue la causa de que se despoblaran las ciudades del Antiguo Imperio. Las investigaciones realizadas en la esfera de la historia de la literatura han sacado a la luz muchos elementos líricos cuyas raíces se alimentan en el suelo de la época precolombina. Incluso, han sido ya clasificados y, de este modo, se han incluido en cuatro grandes grupos: los Cantos de Águilas o Cantos de Guerra, los Cantos de Flores, los Cantos de Lamentaciones y el Canto del Tamboril.

Durante los primeros años posteriores a la Conquista, Cortés hizo todo lo posible para que recibieran instrucción los hijos de los «nobles» indios y para que éstos, en las escuelas españolas, no sólo asimilaran la lengua de los conquistadores sino también el latín. Así se dieron los extraños casos de que algunos tradujeran directamente al latín obras literarias de lengua náhuatl. Según informes de la época, los indígenas aprendían tanto el latín como el español con extraordinaria facilidad y rapidez. Los estudiantes indios que hicieron progresos en sus estudios pudieron ingresar, a partir de 1553, en la primera universidad del Nuevo Mundo. Esa juventud azteca, que conocía el español y comprendía el latín, desempeñó un gran papel en lo que concierne a mantener vivos los recuerdos. Seguramente que, durante mucho tiempo, entre ellos hubo quienes, a base de las tradiciones familiares, leían, interpretaban y hasta escribían los prohibidos jeroglíficos. La trasplantación de esos elementos figura en alguna que otra obra de principios del siglo XVI y siguieron surgiendo durante la primera mitad de la época de los virreyes.

La política cultural seguida en México por los españoles fue de más amplio cauce que la de cualquier otro pueblo colonizador de la Europa moderna, incluida la época de los siglos XIX y XX. Abrieron escuelas de mayor o menor importancia con destino a los jóvenes indios y también dieron cierta somera instrucción a las muchachas. En esto fueron los jesuitas los primeros en dar buen ejemplo, y sus colegios podían competir incluso con la

universidad. La primera imprenta del Nuevo Mundo comenzó a funcionar —igualmente por estímulo de Cortés— en 1536. Se dedicó en primer lugar, a elaborar los impresos utilizados en la administración pública colonial pero editó también obras filosóficas, teológicas y científicas. Fue el primer gran bibliófilo mexicano Alonso de la Veracruz el que abrió las puertas de su biblioteca a los «elementos instruidos». También ha permanecido la memoria —en primer lugar como traductor artístico— del hijo del «último rey de Tarasco», Don Antonio Huitzimengari, que debía de disponer de un excelente sentido para los idiomas puesto que trabajó en latín, griego y hebreo.

Al hablar de los primeros autores españoles del Nuevo Mundo es imposible dejar de mencionar los de las dos más importantes fuentes de información, Hernán Cortés y Díaz del Castillo. Como escribe un comentarista del legado literario del Conquistador, «en las *Cartas y Relaciones*, Cortés, en lugar de habernos dejado un texto escueto, restringido a las operaciones militares, todo ello en un estilo técnico, narrativo, contempla las cosas con ojos admirados y es así como describe la tierra, las costumbres y a las personas desde que llegó a la isla de Cozumel hasta que vino a Tenochtitlan. Se enamora de lo que atrae su atención y si su informe no alcanza el puro clasicismo de los *Commentarii de Bello Gallico* de Julio César, la simpatía y entusiasmo que emanan de Cortés hacen que quede superada la mencionada obra latina. El autor tampoco se halla falto de instrucción, puesto que estudió en Salamanca y poseía bastantes conocimientos del latín. Adereza su estilo con giros heroicos tomados de las novelas; lo que más sobresale en su obra es la exactitud y la pureza de la elocución. Algunas personalidades literarias han reprochado a Cortés el apresuramiento y la inquietud de su estilo. Lo que precisamente más nos ha gustado a nosotros es la naturalidad, naturalidad surgida en medio de las vicisitudes de la guerra…»

En lo que concierne a la *Historia Verdadera* de Bernal Díaz, el comentarista mencionado considera que el autor se expresa con la desenvoltura de un soldado, en el crudo lenguaje del campamento. En contra de lo que hicieron otros, como Gomara y, más tarde, Solís, que endiosaron a Cortés, Díaz opina que una buena parte de la gloria corresponde a las tropas. Recuerda a sus compañeros con la clara visión de un hombre maduro, y dice: podría pintar a cada uno de ellos. De todos modos, exige para todos el merecido reconocimiento… Las líneas de Díaz dejan entrever un más cálido corazón que en el caso de Cortés.

Quiero referirme brevemente a algunos de mis recuerdos relacionados con la *Historia Verdadera*. La primera vez que leí el texto fue en la década de los años treinta, gracias a una traducción al alemán realizada a mediados del siglo XIX. Incluso en esa anticuada traducción me atrajo la familiaridad del estilo. Durante mucho tiempo tuve la impresión de que el veterano capitán no había escrito sino dictado el texto. Su prosa parecía tan natural, tan verídica y vibrante, que no pude menos de situarla en el mismo nivel que la de Benvenuto Cellini; de este modo quedó impreso en mí el concepto de «dictado». En la época de Bernal Díaz los prosistas de la Edad de Oro expresaban sus pensamientos de un modo mucho más ampuloso.

Desde entonces he tenido ocasión de enterarme de muchas cosas relacionadas con la historia de ese manuscrito. Bernal Díaz terminó su obra en 1568, es decir medio siglo después de haberse incorporado, siendo un joven español pobre, a las tropas de Cortés y vivió toda la Conquista, desde los primeros pasos hasta los últimos, incluida la catastrófica expedición de Honduras. La obra tiene una extensión de aproximadamente *seiscientas* páginas; hoy día se supone ya que fue llevada al papel por la *propia mano* de Díaz pero este hecho no puede ser comprobado. Después de terminada la obra tuvieron que transcurrir siete años antes de llegar a manos del presidente de la Audiencia Real, D. Pedro de Villalobos. La tarea de éste consistía nada menos que en hacer llegar la obra a manos de su majestad Felipe II.

Aunque parezca increíble —conociendo los métodos de la gestión pública española del siglo XVI— el manuscrito llegó realmente al Consejo Real de las Indias, desde donde lúe transmitido al Despacho Universal, el ministerio encargado de los asuntos exteriores, al frente del cual se hallaba todavía Antonio Pérez, el todopoderoso secretario estatal. El manuscrito de Díaz fue enviado a la cancillería real acompañado del siguiente texto: «D. Pedro de Villalobos, presidente de la Audiencia Real, ha entregado con destino a Su Majestad una crónica escrita por Bernal Díaz del Castillo». Si se toman en consideración las circunstancias que se daban en aquella época en España, llegó con extraordinaria rapidez hasta la mesa, abarrotada de documentos, que Felipe tenía en el Alcázar de Madrid. El 20 de mayo de 1576 el rey escribió en los apuntes que resumían las tareas del día siguiente: «Ha llegado la Historia de Nueva España que —según dicen— ha sido escrita por uno de los conquistadores de aquellas tierras y ha sido enviada para nos». La crónica de Díaz comprueba también el *habent fata sua libelli*. La más importante fuente de información sobre la Conquista sólo apareció, después de haber sido impresa en Madrid, en el año de 1632. Como para entonces había menguado

ya el febril interés que se había manifestado durante el primer tercio del siglo XVI en relación con las Cartas de Cortés, sólo fueron realizadas algunas esporádicas traducciones de la obra. La primera edición inglesa de la *Historia Verdadera* fue publicada en 1800, aproximadamente al mismo tiempo que las primeras versiones alemana y francesa.

En relación con el manuscrito original tengo también un personal aunque lejano acontecimiento. El conocido y excelente colaborador de la «National Broadcasting Corporation», Ben Grauer, él mismo un apasionado americanólogo, pudo ver, en 1945, el manuscrito original conservado en el archivo de la capital de Guatemala. Cuando contempló el manuscrito guardado en una caja de madera, se quedó estupefacto ante el horrible estado en que se hallaba la más célebre fuente de información de la Conquista. El manuscrito, en el que se veían también correcciones hechas con otra tinta y probablemente de la mano del propio Bernal Díaz, presentaba roturas y había sido víctima de los insectos.

Como dice Ben Grauer en su *How Bernal Diaz's «True History» was reborn* (Cómo volvió a renacer la *Historia Verdadera* de Bernal Díaz, Nueva York, 1955), inició una acción diplomática y científica de gran envergadura en interés de salvar esa obra sin igual. El mayor obstáculo lo constituía una ley de Guatemala que prohibía llevar al extranjero tesoros artísticos de alto valor. Finalmente, tras largos años de ruda labor se consiguió salvar el obstáculo y el famoso manuscrito, en mayo de 1951, fue llevado a la «Library of Congress». Seis semanas más tarde, los diarios de Guatemala pudieron comunicar que «se ha conseguido restaurar la *Historia Verdadera de la Conquista de Nueva España*; el manuscrito original ha sido reparado con científica minuciosidad y el tomo se halla ya de nuevo en Guatemala».

(Un recuerdo personal: Ben Grauer nos relató en nuestro jardín de Tihany cómo fue salvada la *Historia Verdadera* y, luego, me envió su mencionada obra de la que han sido tomadas las citas).

Recordemos también al «padre de los indios», Las Casas, cuyo apostólico nombre y noble parcialidad hacen surgir, al mismo tiempo, lágrimas y sonrisas. Resulta difícil leer las acusaciones de que hace objeto a sus compatriotas de una manera que no sea como si se tratara de una información novelesca sobre la Conquista.

Para juzgar acerca del gran efecto que debieron ejercer las principales fuentes de información sobre la Conquista en la opinión pública española y europea de principios de siglo XV bastará, quizás, con mencionar la suerte que corrieron posteriormente las Cartas de Cortés. Hoy día parece inimaginable

que la carta dirigida al soberano (en calidad de documento secreto) y datada el 30 de octubre de 1520 en Segura de la Frontera (México) apareciera ya *impresa* en Sevilla dos años después de ser escrita. El impresor de la obra fue el alemán Jakob Cromberger. Este mismo imprimió también la *Tercera Carta* de Cortés, datada en Coyohuacán el 15 de marzo de 1522. La edición de Sevilla llegó a manos de los lectores españoles un año más tarde, el 30 de marzo de 1523. Esto pone de manifiesto que el maestro Cromberger debió hacer ya un buen negocio al colaborar en la publicación de la primera carta de Cortés (de una extensión de veintiocho folios) puesto que se apresuró a obtener la «continuación» lo antes posible, probablemente comprando el favor de alguna persona de la corte o de algún empleado del Consejo de Indias. El año siguiente, en 1524, los dos informes de Cortés aparecieron en Nuremberg, en latín y, medio año más tarde, en Venecia, en italiano. La cuarta carta, fechada en México-Tenochtitlan el 20 de octubre de 1524, apareció publicada en Toledo el 20 de octubre de 1525, por obra de Gaspar de Ávila. La edición en común de los tres informes apareció ante el público europeo por primera vez en Venecia, en 1556; la primera edición en alemán fue impresa en Augsburgo en 1550. Mientras tanto fueron numerosas las lenguas literarias europeas que acogieron los informes de Cortés que tan enorme éxito habían alcanzado. (Evidentemente, el Conquistador no exigió ni obtuvo ningún derecho de autor).

«La lira mexicana tardó relativamente mucho en hacerse admirar en las dos tierras españolas» —como dijo Cervantes al enjuiciar la labor de Francisco de Terrazas—. Este poeta escribió versos en latín, italiano y español. Entre sus más conocidas poesías se suelen citar sus sonetos compuestos «a la manera italiana». Su gran obra épica —el Nuevo Mundo y la Conquista— quedó inacabada. Ésta atrajo la atención de los que pudieron leerla por el hecho de que en ella figura por primera vez la conquista de México presentada a la manera de una novela. El poeta, sobre todo en los episodios, entrelazó numerosos acontecimientos que debió haber oído en su infancia o en su juventud. Frecuentemente mezcla también tonos dramáticos, como, por ejemplo, en la recitación del padre Jerónimo de Aguilar, intérprete de Cortés, que había huido del cautiverio maya. No demuestra ninguna especial parcialidad hacia los españoles y comprende la lucha de los aztecas. Intercaló idilios entre los altos en las batallas, como el amor de dos princesas de Tabasco —dos indias— hacia el soberano de Campeche. El ejemplo de Terrazas fue seguido por muchos escritores y se múltiplo el número de

epopeyas y baladas que describían las conquistas de México. Al parecer, el tema de Nueva España siguió siendo inagotable.

En el siglo XVII se intensilicó la afluencia del espléndido estilo barroco de la madre patria hacia el virreinato. Las obras de los mayores escritores y poetas pasaban de mano en mano. Durante esas décadas en México se dieron pocas grandes personalidades. Tal vez, la más interesante de ellas es la figura de Carlos de Sigüenza y Góngora, sobrino del inmortal poeta barroco Góngora. Fue un poeta enciclopédico cuyos conocimientos abarcaban las artes y las ciencias de su época y, además, historiador, matemático y constructor de fortalezas. Su atención se extendía a todo; dio consejos políticos al virrey cuando se consiguió localizar la sublevación india estallada en 1692. Consideró que la causa de una buena parte de los males residía en el inmoderado consumo del pulque, y en su obra titulada *Paraíso Occidental* eleva una acusación contra esa antigua bebida de los indios pobres, de escaso contenido de alcohol pero abundantemente consumida.

LA «DÉCIMA MUSA»

Si queremos mencionar a un *verdadero poeta* y una descollante personalidad de la época de los virreyes sólo podernos referirnos a una monja de vida relativamente corta, Sor Juana Inés de la Cruz (1651 - 1695). Incluso en nuestros días —y como ya hemos citado— se halla rodeada de un círculo de leyendas literarias; en la historia de la literatura mexicana no existe, ni siquiera en la actualidad, una figura que goce de más popularidad que esta religiosa de atractivo rostro e inteligente mirada. Su vida atravesó períodos inusitados en el caso de una monja; su destino y su actuación se desarrollaron en el primer plano del interés público. En su personalidad no hubo indicio alguno de deseos de reclusión o soledad; fue una personalidad polícroma, flameante, capaz de experimentar cambios internos, apasionada, irónica y, si así se lo dictaba su humor, agresiva. «Era una persona saturada de vida, inquietante», como dice uno de sus biógrafos. Las biografías dividen su vida en cuatro épocas. Se crió en la corte mexicana como una niña extraordinariamente desarrollada para su edad, puesto que a los cinco años sabía ya leer y escribir. Su belleza, su origen y, en primer lugar, su espíritu garantizaban a Juana Inés un lugar privilegiado en la corte del virrey que se proponía imitar en todo a la única Corte, a la de Madrid. En ella sus días transcurrían en medio de romances amorosos y pequeñas desilusiones; a su alrededor se formó una especie de salón literario cuyos asiduos rendían homenaje a las capacidades espirituales de la joven. Después llegó un cambio interno: Juana Inés pareció renunciar a las vanidades del mundo y tomó el velo de la Orden de San Jerónimo. Esta orden tenía la fama de ser la más culta entre las comunidades religiosas, constituyendo una verdadera «pequeña academia». Todo esto estaba de acuerdo con las ideas de su nuevo miembro. En su celda se hallaba una amplia biblioteca abarrotada de libros e instrumentos de música y de física. La cuarta época de su vida es muy característica de los cambios de la época del barroco. Por efecto de las duras palabras de su confesor, renunció a las libertades que le ofrecía el convento y renunció también a sus aficiones personales. Vendió su biblioteca,

celosamente reunida y compuesta de cuatro mil tomos, sus instrumentos musicales y físicos, las alhajas que le quedaban e incluso renunció a su dote de religiosa. Las sumas así obtenidas las dedicó a hacer limosnas, y la joven sumida en el ascetismo no se ocupó más que de cuidar a los enfermos, en primer lugar a los atacados de peste. Esos años de la historia de México fueron muy tristes: las inundaciones, las heladas, el hambre, las sublevaciones y las epidemias se sucedieron unas a otras. Durante ese triste período dejó este mundo Sor Juana Inés de la Cruz, a la edad de cuarenta años.

Abreu Gómez, comentarista de una de sus más famosas obras, *Respuesta a Sor Filotea de la Cruz*, la compara con el estudio de Paúl Valéry titulado *Introducción al método de Leonardo da Vinci*. Esa obra de la joven autora constituye un maravilloso ejemplo de autoanálisis; Juana Inés analiza el ritmo de su propio desarrollo espiritual, sus estudios y su método de trabajo. Escrita con un profundo sentido filosófico, constituye un especial documento de la historia de su época; a ello contribuye también el excepcionalmente rico y flexible estilo de la autora. «Es la mejor prosa mexicana de su época. En ella, a la tradicional riqueza del estilo español se añade una pureza de expresión no exenta de cierta severidad estética y científica…» «… Mi maestro es un mudo libro —escribe Juana Inés en esa obra—, mi compañero de estudios un insensible tintero; en lugar de explicaciones y ejercicios espirituales, lo que se alza ante mí, sólo obstáculos. Cuando estoy leyendo, envidio a las de la celda vecina, que tocan la música y cantan. Cuando me sumo en mis estudios, vienen dos muchachas que se han querellado y que me eligen como juez de paz. Cuando comienzo a escribir, me visita una amiga y, así, aunque guiada por la buena voluntad, me hace muy mal servicio…»

Menéndez y Pelayo, el gran historiador literario español, escribió lo siguiente: «No creo que en el caso de Sor Juana constituye un especial elogio el que digamos que esa muchacha fue el mejor poeta de la época del reinado de Carlos II».

Su enciclopédica personalidad se pone de manifiesto también en las obras teatrales que escribió. En ellas hace que la interprete principal exprese sus propias opiniones y las moralejas deducidas de los acontecimientos vividos. En esos casos su elocución se halla impregnada de lírica sinceridad. También cuando elige un tema mitológico, como la historia de Teso, deja volar las alas de su poética imaginación y no se preocupa demasiado de las reglas de la dramaturgia.

Indudablemente, su lado más fuerte fue la lira. *Sueños* —en los que analiza seis sueños anotados en una sola noche— suscitaron una especial

atención tanto entre los críticos literarios como entre los psicólogos. No deja lugar a dudas que la imagen del mundo de la poetisa —en relación con su edad y su situación— resulta inimaginablemente amplia y variada. En ella se amalgaman la religiosidad y la mundanidad, y en ella podemos encontrar una amplia gama de celos y de vanidad femenina, de la misma manera que ternura, profunda fe, la visión cósmica de su época y el discernimiento social de la situación. Se ocupa del papel de los americanos en relación con los «europeos», del intenso antagonismo entre los criollos y la madre patria, de la asimilación de los indios y de la cuestión de la liberación de los esclavos, del papel de la mujer y de los problemas de la enseñanza en México, para no citar más que algunos temas entre los que ocuparon la atención de esa extraña muchacha que fue bautizada en Nueva España con el nombre de la «*Décima Musa*».

Sigüenza y Góngora y Sor Juana Inés fueron las dos figuras más descollantes del Siglo de Oro de Nueva España. Podemos citar también a Patricio Antonio López, el príncipe zapoteca que es considerado como el primer lírico de origen puramente indio que escribió en lengua española. Después siguió el siglo XVIII tal vez rico en personalidades de poetas pero aquí, parado en una librería, no me atrevo a seguir el aparentemente infinito curso de las letras de Nueva España.

* * *

Un paseo de adiós, largo y que se adentra en siglos pasados. El sitio de Tenochtitlan terminó el 13 de agosto de 1521; Cuauhtémoc fue hecho prisionero, en su huida, por el capitán de una de las naves de Cortés. El principal consejero del último soberano indio capituló en nombre de su señor. Según las tradiciones, el Conquistador recorrió a caballo la plaza principal y el mercado de la ciudad, en ruinas y cubierta de cadáveres, apretando contra su rostro un pañuelo empapado en vinagre, protegiéndose así, bajo el calor estival, de la terrible pestilencia y las miasmas. Dando la vuelta alrededor del Zócalo de nuestros días llegó hasta el palacio de Axayácatl (en su lugar se halla hoy el edificio del Monte de Piedad) que durante largos días sirvió de albergue y fortaleza a los españoles y de residencia a Moctezuma que había sido llevado allí. De ese palacio salieron los españoles durante las horas de la Noche Triste. Después, llegó al Tlatelolco a cuyo polícromo mercado acudían todos los días decenas de miles de personas. Se proponía ir a aquel lugar en el

que durante los últimos días los aztecas habían cercado a sesenta españoles. También Cortés tuvo que contemplar hasta el fin el desfile de sus compañeros por las estrechas escaleras de la gran pirámide de Huitzilopochtli, hasta el ensangrentado altar donde les esperaban, llevando cuchillos de ichtzli en la mano, en medio de un infernal ruido producido por tambores e instrumentos de viento, los sacerdotes aztecas que sacrificaban a las víctimas.

En la ardiente noche de agosto comenzaron a ser encendidas las hogueras; los indios aliados a los españoles realizaron la sombría tarea de limpiar la ciudad y los canales de los cadáveres, de quemar todo aquello que podía propagar las epidemias. Tenochtitlan tuvo que ser destruido durante esos días de agosto para que, una vez terminada la temporada de las lluvias, en los próximos días secos pudiera ya darse comienzo a la reconstrucción de la capital de México.

¿Por dónde empezaron? ¿Cómo se puede reconstruir una ciudad de tales proporciones, situada en el centro de un lago, con un sistema de canales y lagunas? ¿Cómo reconstruir esa metrópoli edificada siguiendo métodos desconocidos de los españoles, de modo que fuera aún más hermosa y resplandeciente que antes y, sobre todo, cristiana e hispana? ¿De quién pudo ser la visión de esa nueva ciudad, de esa perla del urbanismo? Mi imaginación evoca al estudiante de Salamanca de antaño, al futuro marqués, inclinándose sobre los planos. Indica el lugar de las nuevas iglesias, de los palacios, del cadalso, de la fortaleza, del emplazamiento de los cañones, de las torres de vigía, de las esclusas del sistema de los canales… ¿Quién ayudó en eso a Hernán Cortés? A base de la historia de la Conquista conozco el nombre de Yáñez, el carpintero naval, así como el de un par de otros, como el del «comandante de la artillería», el veterano de las guerras de Italia llamado Mesa y, finalmente, el del excelente constructor de naves Martín López. Éstos debían poseer unas ideas o conocimientos técnicos. ¿Quién de ellos sabía dibujar? ¿Quién hizo los esbozos? Tuvieron que transcurrir todavía uno o dos años antes de que la noticia de la conquista de México recorriera el mundo hispano y comenzara la afluencia de los nuevos colonos. Según los documentos existentes, inmediatamente después de la toma de la ciudad Cortés mandó decir a los anteriores habitantes de Tenochtitlan que regresaran a su ciudad para trabajar y edificar los palacios de los españoles y sus propias viviendas. Pero ¿quiénes fueron los proyectistas? Todo eso no pudo ser realizado más que recurriendo a la ayuda de los constructores de ciudades indias, de los de la capital, de Texcoco, de Tlaxcala y hasta de Cholula. Organizaron grupos enormes de indios, y las obras fueron realizadas según

planes europeos pero siguiendo los procedimientos indios, con más rapidez que en los tiempos precolombinos, puesto que entonces se disponía ya de animales de tiro, carretas y polcas y dispositivos de elevación. Dejó de existir la antigua ciudad que, según el promedio de las diversas estimaciones, debía tener de 300.000 a 500.000 habitantes. Los picos españoles atacaron en primer lugar los templos y lugares piadosos indios. Ese negativo concepto en el campo del urbanismo intentó arrancar de raíz los recuerdos del mundo pasado, el imperio del culto de divinidades sanguinarias, todo lo que hacía recordar el poder azteca. En enero de 1522, cuando comenzaron los trabajos de mayor importancia, las tropas de Cortés no debían suponer más de seiscientos o setecientos españoles. Buena parte de ellos habían merodeado en las más o menos alejadas comarcas del gigantesco imperio. En parte pacificaban y conquistaban en nombre de Carlos V a los caciques locales, según las formas del derecho común español y, en parte (y ésta era su principal tarea) andaban a la búsqueda de tesoros minerales, en primer lugar oro y plata. De este modo, a disposición de Cortés quedaba la guarnición española de la capital y la masa de trabajadores indios. Pero había que avituallarlos y, además, se debía necesitar también cierta organización. Aun cuando se procediera a derribar los templos y palacios aztecas, éstos sólo podían proporcionar materias primas para la construcción. ¿Dónde estaba todo aquello que se necesitaba para hacer un templo de estilo español (más aún, una catedral, un palacio para el gobernador, casas para los jefes y cuarteles para las tropas? Había que fundir cañones y tener cuidado para que no renacieran las querellas entre las tribus. O precisamente para todo lo contrario, para que los abismos entre los conquistados no fueran salvados demasiado pronto, para evitar que, por iniciativa de un jefe indio, comenzara una lucha contra los españoles que se hallaban disfrutando de su triunfo. Mientras duró la campaña, todo era tarea de soldado. En medio de desacostumbradas circunstancias, enfrentándose con peligros desconocidos, bajo un clima tropical. Fueron encendidas las hogueras en la desembocadura de la bonita calle Madero de nuestros días, y desde todas partes eran traídos a ella miles de cadáveres; el olor a carne humana quemada hacía huir hasta a los más rudos mercenarios españoles. No obstante, esos días comenzó algo cuyo proceso me resulta imposible de imaginar ahora, cuando recorro por última vez las principales arterias de la ciudad. Ni creo que hayan permanecido muchos documentos relacionados con ello. Hasta las imágenes que cubren el pasillo del *Metro* se limitan a ilustrar esquemáticamente ese período. En las fotos tomadas de las maquetas veo rudimentarias instalaciones

de construcción, y veo también que, obedeciendo a un gesto de los maestros españoles, los indios transportan vigas, piedras y canastos llenos de tierra.

¿Es que ha habido alguien que se haya ocupado de ese febril período de la construcción de la ciudad? Para Cortés hubiese sido mucho más sencillo elegir como capital de Nueva España, una vez llevadas a cabo las necesarias restauraciones después del incendio, la cercana ciudad de Cholula que no había sido destruida. Pero en Cortés debía haberse grabado la idea de la legitimidad del lugar, las palabras de las legiones romanas «*Hic remanebimus optime*», es decir, este lugar que hemos ocupado seguirá siendo nuestro eternamente. Debió ser ésa la idea que impulsó a Cortés; por otra parte no resulta fácil imaginarse cómo transcurría un día del Conquistador, digamos, por ejemplo, en las primeras semanas de 1522. La situación legal del jefe era completamente insegura. No sabía todavía qué es lo que el emperador Carlos y el Consejo de Indias decidirían acerca de su destino. Ignoraba quién ejercería más influencia en España, Velázquez, el gobernador de Cuba, en su posición legal, o el oro y las Cartas que Cortés había enviado y que, en lo que a estas últimas se refiere, ignoraba si realmente habían llegado hasta Su Majestad. Cortés se debatía contra la malaria, estaba atormentado por paludismo, se acercaba a la cuarentena, sufría de sus heridas, se quedó transitoriamente paralítico del brazo izquierdo y se vio acometido por males del estómago. Todos, los días podía ocurrir algo que echara abajo sus planes, la sublevación de algún capitán (como sucedió tres años más tarde en el caso de Cristóbal de Olid), en cualquier momento podía verse amenazado por un levantamiento de los indios, hubieron podido exterminar a sus débiles guarniciones, tal vez en Veracruz que, con su excelente y bien defendible puerto, constituía para él la puerta de Nueva España. En aquellos tiempos, los escasos navíos que llegaban al puerto de Cortés, y que lo hacían impulsados por las noticias de las fabulosas riquezas del Mar Caribe, llevaban consigo algunas reservas de gente, pero éstas suponían sólo una pequeña fracción de las que hubieran sido necesarias para la reconstrucción de la ciudad. Se requería metales, animales domésticos —en primer lugar caballos—, armas de fuego, alimentos, vino y hombres jóvenes deseosos de aventuras. Cortés creaba estimulado por la fiebre del misionero, pero, según sabemos, hasta 1524, hasta que llegó el grupo de religiosos de Motolinía y de Sahagún, sólo disponía del simpático cura castrense padre Olmedo para desempeñar, en aquel enorme país, las tareas de la «administración religiosa». La población debía ser entonces de unos veinte millones de almas, si no más. Mientras paso a lo largo de la calle de Madero estoy pensando en cómo debía ser un día de

Cortés a principios del año 1522. Tendría mucho gusto en leer una monografía que tratara acerca de eso.

Finalmente, citemos unas frases de Madariaga acerca de aquellos extraños días de la reconstrucción:

«Cortés no era un hombre que, después de la victoria tan difícilmente alcanzada, se limitara sólo a celebrarla. La noche de la segunda ocupación de México debió estar pensando tristemente en la primera conquista de la ciudad, cuando, rodeado de la corte de Moctezuma, apareció entre nubes de incienso como la personificación terrena de Quetzalcóatl. Por fortuna, su espíritu de iniciativa y las exigencias del momento debieron ahuyentar de Cortés los espíritus de la reflexión. Lo que primero ocupó su atención fue el estado sanitario de la ciudad sometida a graves pruebas. Por esto deseaba que Cuauhtémoc hiciera restaurar los conductos de agua y enterrar a los muertos. Después de eso llegó el turno de la reconstrucción y reparación de las calles y puentes. Finalmente, dijo al pueblo indio que en el término de dos meses volviera a la ciudad en la que sólo algunos distritos habían sido elegidos para los españoles. Porque Cortés había deliberado con sus jefes y oficiales acerca de dónde edificar la capital española. Después, decidió que fuera Tcnochtitlan porque —como dijo el mismo Cortés— esa ciudad había disfrutado siempre de un gran renombre».

Evidentemente, el admirable trabajo de construcción realizado por Cortés no debió de tardar en dar sus frutos. Algunos meses después pudo escribir, en su carta a Carlos V, las siguientes líneas:

«… de cuatro o cinco meses acá, que la dicha ciudad de Temixtitlán se va reparando, está muy hermosa, y crea vuestra majestad que cada día se irá ennobleciendo en tal manera, que como antes fue principal y señora de todas estas provincias, que lo será también de aquí en adelante…»

BERNARDINO DE SAHAGÚN

Contemplo el retrato de Bernardino de Sahagún: un rostro *joven* y atractivo que asoma por debajo de la capucha echada, sobre la frente. (Es completamente distinto de como me lo imaginaba antes de haber visto el cuadro). El magnífico autor de *Historia general de las cosas de Nueva España* llegó a México en 1529. Antes había aprendido, según lo permitían las circunstancias de entonces, algo de la lengua náhuatl y al poco tiempo pudo ya predicar en ella. Fue abierta la primera gran escuela, en Tlatelolco, a la que, por deseo de Cortés, fueron llevados los hijos de la clase superior india. Bernardino de Sahagún fue uno de sus primeros profesores pero, en cierto modo, la enseñanza venía a ser una especie de intercambio. Sahagún, a cambio de las lecciones de latín y de español observaba, como un diligente alumno, a los jóvenes aztecas que le relataban la historia de sus tribus, de sus estirpes y de sus ciudades, le hablaban de sus leyendas, folklore y costumbres. Discutían entre sí y el sumario de estas discusiones, pulido y redondeado, pasaba al cuaderno de apuntes de Sahagún. Después, el padre iba a los pueblos y ciudades y, dirigiéndose a los prudentes ancianos indios, controlaba todo lo que había podido aprender de sus discípulos.

¡Cuánta luz! En la calle de Madero las joyerías se suceden una a otra. (El número de ellas sólo es sobrepasado por el de las tiendas de artículos de óptica en cuyos escaparates son expuestos preciosos armazones, gafas negras de última moda y lentes de contacto). Soy presa de nuevo de esos pensamientos que bucean en un lejano pasado: hace ya de seis mil a siete mil años que la humanidad colecciona oro. En Oriente comenzaron antes; en América, alrededor de principios de nuestra era y en primer lugar en las regiones donde abundan los yacimientos de ese metal, principalmente en Colombia, Perú y, tal vez, Yucatán. ¿Adónde ha ido a parar esa horripilante cantidad? Como materia, no ha podido ser destruida; son desenterrados milenarios objetos que, después de una cierta limpieza, vuelven a resplandecer con su antiguo esplendor y, como su contenido en oro es mayor, los expuestos en el Museo de Antropología deslumbran más que los de los

escaparates de la calle de Madero donde el interés de las gentes se ve atraído más bien por los objetos de catorce quilates que por los de dieciocho. Dicen que en la India se halla aún hoy día una significativa parte, y no precisamente en las cajas fuertes de los bancos nacionales. De todo ese oro, ¿cuál es la parte que, varias veces fundida, elaborada y modelada según el gusto de las diferentes épocas, procede de esas regiones? Una pareja de indios se para (no ante una joyería de Madero sino más bien ante una de las situadas bajo las arcadas del Zócalo), eligen, se sumen en consideraciones y ponderaciones sin que en sus rostros asome una sonrisa. En raras ocasiones, entran en la tienda y comienza el juego mexicano, el eterno regateo. No puedo seguirlos, ¿Es que los joyeros del Zócalo hacen rebajas en el precio del oro del Nuevo Mundo?

¡Qué ciudad tan hermosa y resplandeciente! Me prohíbe pensar que, según las probabilidades del destino humano, nunca volveré a ver esa plaza, esa catedral, ese palacio, esas tiendas y esos rostros humanos. Todavía un instante ante la puerta del almacén número 16. Un paso, y me sumo en el laberinto del patio lleno de talleres del pasaje; esta vez, conociendo ya el camino, llego hasta el patio del palacio Iturbide. No hay ninguna forma prescrita para despedirse de una ciudad. Todo poeta, escritor, viajero y persona sensible tiene su modo peculiar para dar este adiós. Un breve deambuleo en ese simpático ambiente de columnas blancas y azules, y subo por la tortuosa escalera. Experimento la sensación de que en este momento ha terminado mi viaje a México.

FIESTA

Como si se tratara de una pieza de teatro al final de la cual todas las *dramatis personae,* todos los personajes de mi visita a México, salieran ante las candilejas. Como si yo mismo fuera el director de escena o el autor de la pieza, aparezco ante el público, me inclino y espero los aplausos.

Un escritor no puede ser comparado con un artista ejecutante, ni siquiera con un compositor que, eventualmente, interpreta o dirige sus propias obras. Todo aquello que el destino permite crear al escritor prosigue en el espacio cerrado de una habitación, ya no sólo sin una actuación ante el público sino también, en lo posible, aislado de las voces, ruidos y todo aquello que representa la vida cotidiana del pequeño mundo que nos rodea. Para un escritor es siempre un poco emocionante salir de ese mundo cebrado y, queriéndolo o no, convertirse en un personaje cuyas inflexiones vocales y cuya mímica no se hallan en correlación con aquello que creó alguna vez, puesto que es sólo con la memoria con lo que evoca sus acontecimientos de escritor.

Tenía miedo de una actuación de ese tipo en relación con la *fiesta* (así la denominé yo) organizada entre las paredes de mi amable hogar mexicano. En los años de mi juventud, esa palabra no había penetrado aún en el vocabulario húngaro, pero, desde entonces, por obra y gracia de descripciones de viajes y asociaciones con la obra de Hemingway, es ya conocida por buena parte de los lectores húngaros. La fiesta, en el concepto mexicano, viene a ser una especie de movimiento de fuerza elemental en el que se funden todo el microcosmos y todo el macrocosmos. Todo el mundo toma parte en este universal solaz en el que se funden las antiguas *Lupercalia* y las fiestas del calendario azteca. Incluso en los tiempos de las discriminaciones coloniales, en el parque de la Alameda podían bailar juntos los cachupines, criollos, mestizos, indios y —si los había— negros. Todo el mundo estaba invadido por una universal y ardiente alegría. El raramente consumido alcohol venía también a embellecer esas fiestas que eran organizadas por los virreyes con el propósito de derivar de este modo —al precio de ciertos *circenses*— la

excitada atmósfera pública. Todo eso no es más que una meditación privada acerca de lo esencial de la fiesta; empero, en todo ello pensé cuando me enteré de que mis amables anfitriones organizaban una fiesta de despedida antes de mi partida y enviaban invitaciones a aquellos con los que me había encontrado y a los que había tomado afecto durante mi estancia en México. Por mi parte, hubiera invitado al parque de la Alameda a todo Tenochtitlan, a los ocho millones que, según sé, habitan la capital.

Una mesa húngara y una mesa mexicana. Hace dos días que las mujeres de la casa se preparan para la fiesta a la que según calculan, acudirán unas cuarenta personas. La invitación es a cenar; en México, estas cenas adoptan una forma menos rígida que en nuestro país, los invitados no están obligados a llegar a una hora fija, pueden elegir a sus compañeros de mesa, en lugar de tener que conversar con aquellos comensales que les han caído en suerte aunque haya otros con los que hablarían de mejor gana. Esa *cena* mexicana servida a la manera de un bufete, transcurre sin ceremonias, en un simpático ambiente. Y contribuye también a darle animación el hecho de que tanto la mesa mexicana como la húngara, con su agradable decoración, permiten elegir a los comensales entre los platos de las dos diferentes partes del mundo, según sus aficiones gastronómicas. Los invitados se reúnen en el recibidor, relativamente bastante temprano. En México respetan la calma nocturna; según recuerdo, después de medianoche se había ido ya hasta el último invitado. Un momento simpático, el de la llegada, cuando las señoras, después de haberse quitado sus livianos abrigos —para ellas se acercan ya los días del invierno— se muestran sus respectivos atavíos. Todo se pierde en ese amable bullicio en el que —si no me equivoco— somos quizás siete, contando al dueño de la casa, los que hablamos húngaro. Así, el ambiente está caracterizado por la soltura y jovialidad latinas. Y ese ambiente reina durante toda la velada. No se observa ninguna tensión por el hecho de que en un grupo se halle el director general de Bellas Artes, en otro, un jefe de departamento ministerial y, en el tercero, el representante de los intereses húngaros que, en esa agradable velada, se hizo con nuevos conocidos. Es un antiguo amigo con el que, en la asfixiante atmósfera de principios de la década de 1940, solíamos discutir, sentados a la mesa de escritores y periodistas del ya desaparecido café Mignon, acerca de si era todavía posible salvar a nuestra patria.

Teresa mantiene un milagroso orden en el reino de la cocina. Para atender a tantos invitados se requiere una circunspecta acción de campaña. El bar está atendido por dos camareros. Las menudencias ofrecidas en el recibidor

suponen ya, por sí mismas, toda una cena. Observo que los mexicanos beben poco. Se limitan más bien a humedecerse los labios. La mayor parte de ellos toman whisky; entre las señoras hay varias que toman tónico sazonado en el zumo de esos pequeños limones verdes, de sabor acerbo a los que me he aficionado durante mi estancia en México. Nos hallamos a tres días de la entrada en funciones del nuevo presidente de la República; así, pues, a los hombres no les falta tema de conversación. Dentro de poco sonarán las campanas de medianoche que vendrán a poner fin al noviembre de los cambios… El lunes es el último día de trabajo oficial; el día de la toma de posesión de su cargo del nuevo presidente es fiesta nacional. Pero, de acuerdo con las conveniencias, tienen que acudir al trabajo todavía el lunes anterior esos miembros de la alta burocracia en los que depositó su confianza el presidente saliente. Por la tarde, sin ninguna especial muestra de adiós, los directores generales, secretarios de Estado y rectores estrecharán la mano de sus colaboradores que permanecen en sus puestos. Y se sentarán por última vez en los coches oficiales que les llevan a sus hogares. *Sic transit gloria mundi*, cada seis años, en el maravilloso México. Y esto es también maravilloso porque tiene lugar, lisa y llanamente, desde 1934 cuando el presidente Lázaro Cárdenas proclamó la nueva Constitución.

Cierto es, a los hombres no les falta tema de conversación pero, según voy pasando de un grupo a otro, no noto ninguna huella de angustia o meditación. Y eso que entre los «afectados» presentes en esta fiesta no hay ninguno que conozca el destino que le deparan los dioses de Anáhuac. ¿Será embajador o se dedicará al estudio, volverá a su cátedra universitaria de antaño, obtendrá una posición ministerial en otra cartera o elegirá las tareas de escritor? Otro de mis amigos, miembro de la Academia Española de Madrid, ¿sentirá hastío del alcázar burocrático e irá a refugiarse en la soledad del escritor? Ese ambiente, no palpable pero que, no obstante, irradia cierta perceptible tensión, constituye para mí un recuerdo especialmente interesante de esa velada. Todo el mundo se porta como un actor, se muestra chispeante, intenta ofrecer lo mejor de sí mismo. Y lo que contribuye también a colorear el ambiente es el hecho de que ese amable juego no lo hacen sólo para ellos mismos sino también a causa de los extranjeros. Porque aquí están los «húngaros». Esos raros seres europeos que se encuentran en todas partes, que han salido de su diminuto país (y que, de una manera u otra, sienten durante toda su vida el deseo de volver a él) y han inundado el mundo con sus extrañas y polícromas diásporas. Para los mexicanos, el concepto de «húngaro» resulta un poco inlocalizable. No significa potencia política, no amenaza, no es siquiera una

relación económica. Es sólo una indeleble mancha de color en el mapa de la humanidad, conocida y apreciada por casi cada uno de los presentes.

Al irnos aproximando mutuamente se deja sentir algo de la profundidad de los encuentros no completamente pasajeros, del tradicional rito del adiós a los que se van lejos. Son muchos los que me prometen que «la próxima vez harán una visita a Budapest». Me preguntan si es realmente hermosa la vista de la orilla del Danubio desde las ventanas del Intercontinental. Según una simpática costumbre, me traen regalos. Libros, grabados, menudencias. Pero mi amigo el joven científico me hace el presente de una cabeza de estatua, de terracota, que cuenta quizás doce siglos y representa a un anciano. Hasta silba, si se sopla por la parte posterior. La encontró, junto con un amigo suyo, en tierra maya. Aquí, en mi casa, si la enseño, la saco de la vitrina y la contemplo largo rato: tiene una frente con arrugas, un rostro inteligente y una nariz ganchuda; cabe en la palma de mi mano. Tal vez, ese extraño viejo será ya mi compañero durante toda mi vida.

Echo una mirada a mi alrededor. Que bella está Alicia esta noche, con sus alhajas hechas según las encontradas en Monte Albán y que figuran hoy en el Museo. Qué encantadoras son las dos señoritas de la casa, una rubia y rosada y la otra con los rasgos característicos de la raza mexicana. Aquí está también la excelente pintora, en color de rosa, y Doña Gabriela, apacible y con cara de ángel, que compartió con nosotros la excursión a Tula y que, con Alicia, convenció al alcalde de Tepotztlán para que suprimiera, en mi favor, la clausura del lunes del museo local. Por otra parte, Gabriela y su marido, el simpático matrimonio M., fueron los primeros en cumplir su promesa. Una bonita y soleada tarde de marzo —como si siempre hubieran estado en Budapest— llamaron a la puerta de nuestra casa de la Colina de las Rosas.

Llega la señorita Appendini, la excelente redactora a quien todo el inundo llama Lupita. Es en buena parte a sus artículos a los que tengo que agradecer que mi estancia en México se convirtiera en «asunto público». También ha aparecido una noticia de unas líneas acerca de la fiesta de hoy. Qué lástima que me viera envuelto en el torbellino de esa velada de despedida, cuánta gente amable hubiera podido conocer gracias a Lupita si… digamos, me hubiera quedado en México todavía un año… Que estas líneas expresen mi agradecimiento a la autora de los artículos del *Excelsior*, Guadalupe Appendini.

En la fiesta, claro está, hablan en español (nosotros, los húngaros, cuando nos hallamos en grupo, nos sentimos apresados por el encanto de nuestra lengua materna y disfrutamos de los dulces matices de nuestro idioma). Pero

estoy seguro de que si entrara un norteamericano la mayor parte de los presentes podría entablar con él un diálogo en muy buen inglés. ¿Son cultos? Creo que nuestra cultura humanista húngara es más complicada, que nuestra latinidad es más latina y que nuestra enciclopédica manera de ver es más amplia que, hablando en términos generales, en el caso de las personas con quienes he tenido ocasión de encontrarme. Por el contrario, sus perspectivas son más anchas, abarcan todo el continente americano. Ese país es terriblemente joven. Según las estadísticas, en 1900, cuando yo nací, vivían trece millones de mexicanos. Cuando visité el país, éste contaba ya con casi cincuenta millones de habitantes; el promedio anual del crecimiento demográfico oscila entre el 3,4 y 3,8 por ciento. Imponentes perspectivas en una nación que todavía hace unos decenios era conocida como el país de las sangrientas sublevaciones, guerras civiles, bailes, magníficas carreras hípicas, corridas de toros, ardientes canciones, exóticos instrumentos musicales y el mundo de «¡Viva Villa!». En el Paseo de la Reforma, en el terreno de centenarias casas burguesas crecen rascacielos de las dimensiones de los de Nueva York. La síntesis histórica y la armonía embellecedora de la Plaza de las Tres Culturas es un ejemplo de la alta escuela de la urbanización. «¿Cómo es México?», preguntó Carlos V a Cortés, y el Conquistador (que más tarde, según sé, fue investido con el título de doctor en aquella Universidad de Salamanca de donde fue discretamente alejado en los años de su juventud) arrugó y alisó de nuevo el rollo de papel que tenía en la mano. «Así, señor, toda llena de contrastes, una síntesis de montañas, valles, mares y desiertos». Más de una vez me he parado a pensar en cómo debió ser en realidad aquel momento en el que Cortés empezó a hablar por primera vez ante Carlos V. En cómo debió ser su actitud, en cómo se manifestó, con qué acentos y con qué expresión facial se presentó ante el emperador ese caudillo militar década y media más viejo que Carlos y que envió de regalo a su soberano un cañón de plata. Así es México… Era aquel mismo hombre que en el declinar de su vida, como escribe Madariaga en la biografía de Cortés, «seguía vagando desocupado por España, ese hombre que fue indudablemente el de *mayor significado* y el de *mayor talento* entre todos los españoles de su época. Ése que fue realmente un gran hombre se vio obligado a desempeñar el papel de cortesano…»

Voy pasando de un grupo a otro. Miguel habla de la difusión de la cultura de Teotihuacán y manifiesta que fue la cuna de todas las civilizaciones mexicanas. Su influencia alcanzó hasta muy lejos, hasta las comarcas del Golfo de México, hasta las orillas del Pacífico. Esa influencia fue adoptada

por Tula… Pienso en que si esa conversación hubiera tenido lugar en los días de mi llegada, todo eso sería para mí materia muerta. Conocía la existencia y había leído sobre Teotihuacán, Tula y Tajín pero, no obstante, ¿cómo suplir con lecturas la impresión que experimenté al hallarme ante aquellos atlantes que, bajo el mítico viento de la explanada de Tula, contemplan con inescrutables rostros el Palacio Quemado? ¿O cuando en Teotihuacán subí por la empinada escalera india hasta la terraza del centro y contemplé desde allí el paisaje, los teocalis, en la eterna síntesis mexicana de la fecundidad y de la desolación? Seguro que no he visto ni la milésima parte de lo que merecería la pena ser contemplado en México, pero creo que —utilizando las experiencias de mis otros viajes— he visto lo esencial.

Apoyados en el bar, dos hombres hablan del tesoro líquido del país, del aceite mineral. Uno de ellos, ingeniero jefe, dice que en un término de diez años, la producción de gas natural, que inicialmente era de diez millones de metros cúbicos, ha aumentado hasta suponer diecisiete millones de metros cúbicos. Le pregunto que cuál puede ser, entonces, la producción del petróleo. No he estado en Tampico ni en ninguna otra región donde hubiera visto torres de perforación. Pero he oído que allí se concentra la, por otra parte, reducida población negra, los descendientes de la importación humana iniciada y no largamente continuada por los dueños de las plantaciones de antaño. Hoy día, dice el ingeniero jefe, en la industria petrolera trabajan setenta mil hombres. Claro, esto sólo supone un 0,50 % de la población que gana un salario, pero es *lo mejor de ella*. ¿La producción? Inmediatamente recurren a términos técnicos norteamericanos. El rendimiento es expresado en unidades de *barrel*; en 1960 obtuvieron cien millones de barriles, mientras que el año pasado a las refinerías llegaron ciento setenta mil barriles. México dispone de las suficientes fuentes de petróleo para satisfacer las necesidades de su sin cesar creciente industria. Según cálculos, en las profundidades de su suelo existen todavía enormes reservas de aceite mineral. Hace treinta y dos años que el presidente Cárdenas nacionalizó (dos años antes de terminar su mandato, en los umbrales de la segunda guerra mundial) las empresas petroleras mexicanas que se hallaban en propiedad de extranjeros. Fundó los «Petróleos Mexicanos» que, si bien en forma de empresa, obtuvieron el monopolio de la explotación del tesoro líquido de Anáhuac.

Hablo de surrealismo con la pintora Regina Raull. Los conceptos se transforman fácilmente en frases españolas. Tratamos de por qué a los pintores mexicanos les guste, en general, lo abstracto, la pintura no figurativa. Por el contrario, pueden verse las más diferentes formas y variantes del

surrealismo, en mejor o menor ejecución, empezando por en el Bazar del Sábado, pasando por los comercios de arte, hasta en las pinacotecas y exposiciones. Tengo que hablar de cómo es en Budapest la exposición de una colección. ¡Qué extraño resulta en ese recibidor ese refrán mexicano de «me gustaría ir una una a su ciudad»! Son abordados muchos temas hasta que se abren las puertas del comedor y comienza la cena mexicano-húngara.

La mesa mexicana es como una composición de la única ave de corral tradicional en el Nuevo Mundo, el pavo. (En todos los pueblos, en los claros de la selva virgen maya, al borde de las ciudades en ruinas, en todas partes, bandadas de pavos, de la misma manera que cuando llegaron los primeros conquistadores observados por los sanguinolentos ojos de los combativos pavos de aquel entonces). También el mole ofrece una composición maravillosa. Seguro que las amas de casa conocen los elementos que lo constituyen. Una buena parte de los mexicanos se acerca a la mesa húngara. Nunca en mi vida había visto una fuente de guisado a la transilvana tan grande como ésa. Es la contribución a la fiesta por parte de la señora Erzsébet. En la parte superior baila la crema de leche recién vertida, mientras que en la base, ese plato que tanto me hace recordar los años de mi juventud en Kolozsvár, presenta abundante carne del Nuevo Mundo. Y para que el recuerdo de Transilvania alcance aún un mayor relieve, tampoco falta la *puliszka*. La prueban aunque sólo sea por mera curiosidad. Aquí, los platos a base de harina de maíz son muy variados, las tortillas constituyen el pan de cada día y, no obstante, esa comida europea hecha a base de maíz hace el efecto de algo nuevo; la prueban, emiten un dictamen e interrogan a Alicia acerca de los ingredientes. ¿Por qué hay que poner requesón encima, y por qué añaden además cebolla dorada? ¿La cocina húngara triunfó en México?

En Anáhuac, el vino es una bebida rara; el mejor es el producido en el Estado de Hidalgo, un vino ligero y agradable al paladar. En Mérida, bebimos ese vino todas las noches; aquí, se consume relativamente poco. Prefieren la cerveza mexicana, y más bien consumen whisky, ginebra y tequila. Los dos primeros con distintos diluyentes. Hay quien sólo pide tónico con limón. En el mostrador del bar, el amable obsequio del propietario de «Tequila Sauza». Las botellas llevan la inscripción de «Sauza conmemorativo». Aun a riesgo de cargar mi equipaje más de lo permitido, traje una de ellas a Budapest. Unas gotas de esa bebida de múltiple sabor y cuarenta grados me hacen evocar Anáhuac. Estoy pensando cómo sería en mi país el ambiente de una velada así. ¿Más ruidoso o más silencioso? Aquí, el tono es agradablemente

moderado, con cierta reserva española. En Italia, una reunión de tanta gente y con abundante comida y bebida sería bastante más bulliciosa.

Las señoritas de la casa desaparecen y, al poco tiempo, por las escaleras desciende un grupo encantador. El atuendo que llevan las diez damitas recién llegadas es algo así como una capa corta que hace recordar la pompa de la Orden de Santiago. La capa de seda cubierta de emblemas la llevan colgada de un hombro, donde tienen un lazo desde el que cuelga una larga cinta de seda. Todas ellas están vestidas de la misma forma, con blusa blanca y falda oscura. Pero la manera personal de colocarse y llevar la capa pone la nota de una encantadora variedad. Una de ellas lleva un enorme acordeón; otra, una guitarra pequeña, mientras que la guitarra de la tercera es de mayor tamaño. También veo una mandolina. Se echan hacia atrás la capa blanca adornada con una cruz roja, el eterno accesorio de las novelas de caballería española y de los dramas calderonianos, y el coro da comienzo a su actuación: es un conjunto excelente, que estaría tentado de calificar de coro de madrigal si lo «vocal» y lo «instrumental» no se hallaran en mutuo equilibrio. Esas muchachas son amigas de las señoritas de la casa. Una de ellas —tal vez la más bonita— estuvo hablando conmigo al día siguiente por la mañana, haciéndome una entrevista, a título de prueba, puesto que estudia en la especialidad de Periodismo de la Universidad. Me hizo preguntas con mucha amabilidad y tomó notas. Esa amistosa conversación llenó el doloroso vacío de las horas de antes del viaje. Pero, en la fiesta esa muchacha cantó con las otras y los invitados escucharon con placer el concierto que constituyó una sorpresa para todos, y que dio aún más solemnidad a mi despedida de Tenochtitlan. ¿Cómo agradecer mejor ese concierto sino escribiendo acerca de él? Esa hermosa idea, la escena y el ambiente descuellan entre la avalancha de recuerdos que conservo de México.

Mis anfitriones tomaron en cuenta la posibilidad de que un pequeño grupo de invitados se quedara después de haberse ido los demás y de que la reunión se prolongara quizás hasta el amanecer. (Me esperaban días difíciles: aterrizar en Los Ángeles después de cuatro horas de viaje. Un mundo nuevo, un idioma distinto. Estimados y hace mucho tiempo no vistos amigos. Un encuentro entre escritor y lectores, con los húngaros residentes en Los Ángeles… Todo eso me parecía tan increíble como estar allí, en México). Estoy hablando en esa lengua cuyos elementos comencé a conocer cuando leí los apéndices de la *Conquista de México* de William Prescott. Es el idioma español, que ya a principios del siglo XVI se hallaba extraordinariamente desarrollado. Podría decir que, desde entonces, no ha cambiado mucho. Las amables jovencitas se

están preparando: a manera de despedida interpretan todavía tres bonitas canciones con acompañamiento musical. En la fotografía en colores tomada entonces se ve que estoy emocionado. ¿Puede haber un momento más hermoso que el despedirse de diez encantadoras y bonitas muchachas mexicanas?

Cuando se retiraron todos los invitados y nosotros permanecimos abajo resumiendo los acontecimientos de esa memorable fiesta, volví a contemplar los cuatro magníficos grabados de Picasso. También a ellos les tomé afecto durante esas cuatro semanas. Ricardo prepara en mi habitación, por última vez, la bandeja con agua gaseosa de Tehuacán, manzanas y naranjas. El sábado tampoco mi amigo va a la oficina, todo el mundo puede levantarse más tarde. Alicia pasa revista para ver si no se ha roto nada. Las víctimas son dos platos, pero no del servicio de porcelana de Herend que constituyó un especial símbolo en esa velada.

* * *

Unos días antes de emprender mi viaje a México firmé un contrato con la Editorial de Literatura, relacionado con un libro que escribiré a mi regreso. Así, tengo que trazarme una mayor disciplina y contemplarlo todo de modo que mis impresiones queden incluidas en una especie de marco. No puedo andar por México conduciéndome irresponsablemente, no puedo decir que estoy cansado, que no tengo ganas de visitar el museo o de ir a Tula, Toluca o Puebla. Podría rebelarme diciendo que no me atrevo a subir al teocali… Pero tengo que escribir el libro, ese pensamiento no me deja tranquilo, me sigue a todas partes. ¡Qué responsabilidad, escribir de modo que de este infinito e inagotable tema se refleje cariño hacia los escritores húngaros que nunca han estado y que, probablemente, nunca llegarán a estar en México! Además, tengo que expresarme también de manera que los mexicanos, tan celosos en lo que se refiere a su país y a su propio microcosmos, puedan percibir las impresiones que despertó su patria en el escritor de un pequeño país lejano, que si bien conocía algunas cosas del Anáhuac de antaño, sólo en un tardío período de su vida ha podido enfrentarse con la realidad de hoy.

Post equitem sedet atra cura, es mi primer pensamiento cuando el gallo me despierta en ese mi último amanecer mexicano. No puedo dormir, todo da vueltas a mi alrededor. Ahora sueltan al perro (conozco sus ladridos, se parecen un poco a los que lanza Bogánes cuando por las mañanas corre al pie de la Colina de las Rosas). Cuadros conocidos, objetos de adorno, mesa de

escritorio, las postales de Editorial México que reproducen los monumentos y que puedo enviar a mis amigos. Las maletas las hice ya ayer por la tarde. Gracias en primer lugar a un buen cálculo, todo cabe en ellas. Los libros me irán llegando, poco a poco, a través del océano. Cuando los desempaquete experimentaré la suave emoción del recuerdo. Sí, también esto lo vi, también aquí estuve, en eso estaba pensando al oír el matutino canto del gallo.

Durante las últimas horas todo se convierte en *símbolo*; y, el abundante desayuno, en un ágape. El cuaderno en el que he intentado anotar la multitud de acontecimientos de las horas y días vividos ocupa su lugar en la cartera. (En México no existe ese casi obligatorio «bolsillo gigantesco» masculino tan utilizado en Europa Central. Parece como si los mexicanos no llevaran nunca, a casa o a otro lugar, pan, tortillas, regalos, papeles. Regalos… Eso me trae a la imaginación que nunca he entrado en mi habitación, hacia el mediodía, sin encontrar en ella una amable atención de Alicia o un regalo para llevar a casa). Vuelvo a echar una mirada a la habitación, tomo el último trago de la espumosa agua de Tehuacán. Cierro los ojos; estoy ante el Museo, detrás de mí, como una sombra, ese monstruo de piedra que pesa muchas toneladas, la monolítica estatua del dios de la lluvia.

EL ASCENDIENTE DE TEPEXPAN

A unos treinta kilómetros de la capital, en el camino que conduce a Texcoco, en el lugar ocupado antaño por los pantanos, se encuentra Tepexpan, localidad de por sí insignificante, pero que ha inscrito su nombre en la historia del continente americano, debido a que en ella fue hallado el (hasta ahora) más antiguo esqueleto humano americano, cuya edad se calcula en unos diez mil años.

Esta región pantanosa fue el camino tradicional que seguían los mamuts; la edad de los restos de animales hallados se lija, a base del procedimiento Carbono-14, en unos ocho a diez mil años. Se supone que la fauna existente en el valle de# México atraía ya en tiempos prehistóricos a los cazadores que en estos terrenos pantanosos andaban en busca de presa. El hallazgo, hecho en 1947, del esqueleto humano prehistórico de Tepexpan está ligado con el nombre del arqueólogo Heimut de Terra. Algunos años después del descubrimiento, el hallazgo resistió las pruebas científicas de determinación de la edad realizadas con ayuda del procedimiento Carbono-14, invento de Libby.

En los últimos años, un número cada vez mayor de tratados informa sobre la probable forma de vida en el valle de México, hace diez mil años. Se conocen los diagramas indicando los cambios del clima y los motivos que influyeron en la extinción de las gigantescas especies de los animales allí radicados, en primer lugar de los mamuts. Ésta debía haber sido la época más dura para los grupos de cazadores que, en circunstancias climáticas adversas, debían soportar intensas lluvias, inundaciones y heladas. Los cementerios de animales en los terrenos pantanosos conservan los rastros de las luchas a vida y muerte libradas entre estos enormes animales y los cazadores de antaño. De esta especie humana que vivía en continuo peligro de muerte y se hizo incapaz de resistir las inclemencias climáticas, procedieron los aborígenes de México. En su obra sobre el ascendiente de Tepexpan, Helmut de Terra trató de reconstruir, a base del cráneo y del esqueleto conservados en un inusitado buen estado, al cazador de aquellos tiempos, cuyos restos fueron descubiertos

debajo de una capa de laterita (arcilla roja). La imagen creada por Terra no se asemeja en absoluto al tipo de Neanderthal. No difiere en mucho de los indios contemporáneos que viven en circunstancias normales; incluso la forma del cráneo y el volumen del cerebro se aproximan a las características de las especies humanas «primitivas» de hoy.

Así, pues, el hombre de Tepexpan no puede ser llamado hombre prehistórico y, de este modo, surge, nueva y lógicamente, la cuestión de cómo llegó a poblarse el continente americano. Las suposiciones científicas y semicientíficas tratan de reforzar la tesis actualmente aceptada de que los primeros descubridores del continente americano fueron los pueblos mongoloides que hacia fines de la era pleistocena inmigraban a través del estrecho de Bering. En aquel tiempo, éste unía todavía, como una lengua de tierra continua, los continentes de Asia y América. Resulta extraño abarcar estos milenios a base de la pauta de *hoy día*. ¿Hace veinte mil, veinticinco mil, o sólo dieciocho mil años que llegaron a América esos pueblos, muy primitivos, procedentes de Asia Oriental? Porque no trajeron consigo nada, a no ser utensilios de piedra; no cultivaron el trigo y no trajeron animales domésticos. Puede ser que ni siquiera conocían el uso de la Hecha, sin hablar ya de los metales y de su aplicación.

Como es natural, el problema del hombre primitivo americano constituía ya una preocupación de los conquistadores del siglo XVI. Tomaban como base analogías bíblicas; creían haber descubierto, en los incas y aztecas, a la perdida décima tribu de Israel. Hubo quienes atribuyeron el poblamiento del triple continente a los descendientes de las tropas extraviadas de Alejandro el Grande, o de navegantes egipcios.

Teorías más recientes mencionan la posibilidad de una inmigración procedente del Antártico (teoría del profesor Mondes Correa). Merecen más crédito los experimentos, realizados con el fin de investigar las posibilidades de una emigración procedente del Pacífico. El apóstol científico de esta teoría fue el francés Paúl Rivet. Su investigador práctico, Thor Heyerdahl, con los positivos resultados de la expedición Kon-Tiki. Así, los americanólogos, en su mayoría, no dudan del hecho de que a la América del Sur pudieran haber llegado pequeños grupos de hombres de Polinesia, dado que en algunas tumbas en Perú y Chile han sido hallados objetos que atestiguan la presencia de civilizaciones «oceánicas» ajenas a la de América. El número de estos restos, sin embargo, es reducido, lo que comprueba que sólo se debe tratar de acontecimientos esporádicos, de inmigraciones desde el Océano Pacífico,

rápidamente absorbidas, que apenas influyeron en la imagen y la composición de la población del Nuevo Mundo.

En cuanto al lugar donde tocaron tierra los primeros colonizadores asiáticos, esto da lugar a vivas polémicas. Alaska, el Canadá y algunas regiones septentrionales de los Estados Unidos se disputan esta discutible gloria.

Las comunidades humanas norteamericanas consideradas hasta ahora como auténticas, se formaron unos 16.000 años antes de nuestra era. Sus huellas pueden ser seguidas, de ordinario, a base de las hogueras descubiertas, ya que son rarísimos los casos de descubrimiento de restos humanos fósiles. Para determinar la llegada de los primeros grupos de cazadores a América Central y, desde ahí, al Sur, sólo es posible basarse en los datos comprobados mediante el procedimiento Carbono-14. Debido al hecho de que dicho método no puede ser aplicado con éxito cuando se trata de más de treinta y tres mil años, habrá que valerse de otro método en caso de que se descubran restos humanos fósiles de mayor antigüedad que los encontrados en Tepexpan.

Los cazadores de mamuts y bisontes siguieron a las manadas hacia el sur, de clima más cálido. Parece probable que, de este modo, grupos reducidos de hombres (principalmente siguiendo a los bisontes gigantes) llegaron al valle de México desde lo que hoy son las regiones de Colorado, Texas, Nuevo México y Arizona. El período de glaciación de América no alcanzó a México, o lo hizo, a lo máximo, en forma mitigada, y los vestigios de dicha era se encuentran más bien en las formaciones geológicas. También las tormentas de los períodos de lluvias, las enormes cantidades de agua caída, modificaron el aspecto de la región; a ello se debe también el origen de los lagos, de los pantanos y de las lagunas. La duración de esta época puede ser calculada en miles de años, lo que está comprobado por la estratificación de las capas formadas por restos fósiles de animales. Esta rara posibilidad de investigación ha conducido, desde 1947, a una intensificación del trabajo arqueológico. La región de Tepexpan ha sido considerada como la más indicada para descubrir los fósiles de animales, en la esperanza de encontrar, eventualmente, restos humanos.

Ese hombre cuyos restos descubrió Helmut de Terra después de haber estado enterrados diez mil años, no debió haber sido ya joven. Los científicos suponen que este cazador, de 165 cm de altura, tenía de 55 a 60 años de edad. Como ya hemos dicho, el rostro obtenido a base de la reconstrucción del cráneo, presenta un aspecto agradable. Así pudo haber sido el hombre primitivo mexicano. A cierta distancia de Tepexpan, y en la misma capa

geológica, encontraron huesos de mamut. Ello comprueba la «coexistencia» de hombre y animal en el valle mexicano. En cuanto al modo de cazar animales de una corpulencia tantas veces mayor que la del hombre, sólo existen conjeturas. Es de suponer que utilizaban el *átlatl*, antigua arma americana para lanzar dardos, con la que podían alcanzar, con gran puntería, los órganos más delicados de los animales acosados.

Pero esos dardos sólo debían causar heridas superficiales en aquellos animales, que al ser perseguidos, se dirigían a los pantanos y eran incapaces ya de salir de los cenagales. En la llanura de México encontraron, ya a fines del siglo pasado, la primera prueba de la actividad artística del *Homo Americanus* primitivo. A una profundidad de dos metros fue hallado el «Hueso de Tequixquiac», que es la clavícula de un animal de una especie extinguida (el precursor del lama sudamericano), tallado por mano humana para darle el aspecto de la cabeza de un animal. El artista realizó su trabajo con seguro instinto artístico y gran pericia técnica. Al investigar los huesos, se puso de manifiesto —venciendo las dudas respecto a la autenticidad del hallazgo— que el «hueso» puede ser de la misma edad que la fauna que se extinguió en estas regiones miles de años atrás.

El hombre primitivo americano pobló también, con relativa rapidez, partiendo de América Central, el continente sudamericano. Las investigaciones Carbono-14 fijan en unos 6.500 años la edad de los restos humanos hallados en Patagonia.

En México, este período coincidió aproximadamente con el del exterminio de los grandes mamíferos. Desde entonces, la historia americana presenta un vacío, ya que las manifestaciones más concretas de la civilización humana, como los comienzos de las actividades agrícolas, aparecen en un período relativamente tardío, aproximadamente 1.600 años antes de nuestra era. Por el momento, el período respecto al que se carece de indicios relativos a la presencia del hombre, es de unos 4.000 años. En lo tocante a esto existen nuevas teorías en apoyo de la suposición de que el hombre se vio obligado a cultivar la tierra, ya que, debido a la extinción de los grandes mamíferos, la caza ya no le podía asegurar los medios de subsistencia.

Cuando los aztecas se radicaron en su país, encontraron a menudo esqueletos gigantescos y, a veces, a su lado, restos humanos fósiles. A ello se debía la teoría, o más bien Ja superstición, de que antes de ellos esta tierra estaba habitada por gigantes. Como, además, estos lugares se encontraban en las cercanías de las construcciones gigantescas de Teotihuacán y de Cholula, contemplaban los teocalis, abandonados desde hacía siglos, con una

supersticiosa veneración y como la obra de los gigantes. El primitivo cultivo de la tierra, aun combinado con la caza, apenas ofrecía suficientes medios de vida para grupos más numerosos. Incluso los que permanecían en grupos, seguían una vida nómada, de modo que el poblamiento de México tuvo lugar sólo a ritmo lento. Esta dispersión viene a explicar también la multitud de las lenguas indias; los filólogos americanos han podido discernir, hasta ahora, ochenta diferentes idiomas indígenas. Estos idiomas se han conservado durante largos siglos y, según averiguaciones recientes, todavía dos millones y medio de mexicanos hablan en su propio idioma primitivo, lo que corresponde al 11,2 por ciento de la población de más de 5 años de edad. Naturalmente, sólo una pequeña parte habla únicamente este idioma, la mayoría domina también el español.

La prehistoria mexicana es bastante complicada. Las civilizaciones primitivas no abarcaban, más que ciertas tribus, ciertos grupos. Otros grupos humanos llegaron hasta el borde de la vegetación ancestral o trataron de subsistir en el desierto. En California del Sur se encontraron, todavía en el siglo XVIII, algunas tribus que vivían en condiciones de terreno semidesértico, que no conocían la agricultura y se alimentaban, más mal que bien, de pequeños animales cazados, de frutas y bayas. También es cierto que aquí las tentativas civilizadoras de los jesuitas tuvieron poco éxito: los indígenas reunidos en colonias sucumbieron pronto a las epidemias, su organismo no podía resistir las infecciones.

En cuanto a los orígenes de Ja «era de civilización», quedan más aclarados gracias a las investigaciones del arqueólogo Mac Neish. Por medio de los estudios realizados entre 1960 y 1964 se ha comprobado la presencia de una cultura humana que se remonta a unos 6.000 años. Los arqueólogos han podido seguir el proceso de transición de la forma de vida basada en recolección y caza a la forma de vida de labradores. Las ventajas de esta última, comparada con la vida nómada, se pusieron de manifiesto alrededor del año 2000 antes de nuestra era. No cabe duda de que el motivo decisivo para el cese de la vida nómada fue el que se había arraigado el cultivo del maíz. La hibridación de esta planta monoica ha producido el desarrollo de las cerca de mil quinientas especies de maíz conocidas actualmente en México. A medida que se expandieron los campos de maíz aumentó también la población. Empezaron a cultivar un número cada vez mayor de plantas útiles lo que, a su vez, posibilitó el aprovisionamiento de una creciente cantidad de personas. Así, a partir del período que comenzó alrededor del año 1600 antes

de nuestra era, la población primitiva mexicana experimentó un intenso aumento.

Las investigaciones más recientes se propusieron, además, determinar el sitio donde, por primera vez en Anáhuac, las tribus permanentemente establecidas se dedicaron al cultivo del maíz. Se supone que fue en Tehuacán; es en el país de las fuentes radiactivas donde hay que buscar las primeras señales de esta forma de vida sedentaria. Es aquí donde los arqueólogos encontraron vestigios de los —probablemente primeros— sistemas de irrigación. La irrigación no sólo facilitó el cultivo del maíz, sino que, además, permitió el cultivo de tomates, guisantes, frutas cítricas, pimientos y algodón. Como es natural, el maíz siguió siendo el alimento primordial, determinando y regulando el régimen de los habitantes de la región, así como también su vida religiosa y la liturgia. Aproximadamente a partir de los siglos IV-V, comenzó la era preclásica, cuando aparecieron ya los indicios de ciertos círculos culturales más tarde desaparecidos, incluso una civilización tan descollante como fue la de Teotihuacán. Conforme a las hipótesis actuales, ésta debe haber sido una de las culturas de Anáhuac de mayor importancia y duración.

Las civilizaciones de las regiones «cálidas», por otra parte, resultaron ser de vida más corta. La cultura olmeca, en la región del Golfo, abarcó desde aproximadamente el año 500 antes de nuestra era hasta el año 100 de nuestra era. El «antiguo» imperio de los mayas del sur vivió su época de auge entre los años 300 a 900 de nuestra era, para luego desaparecer misteriosamente y reaparecer en Yucatán, en forma del «nuevo» imperio, entre los años 900 y 1600. La historia del valle de México presenta continuidad aun después de la desaparición de Teotihuacán, su centro. De 900 a 1325, aproximadamente, este papel lo desempeñó Tula y el reino de los toltecas; la fecha mencionada en último lugar indica el comienzo del dominio de los aztecas en Tenochtitlan, que duró hasta agosto de 1521, últimos días de la antigua ciudad. Las diferentes etapas de la cultura en el valle mexicano pueden ser seguidas, en primer lugar, a base de las obras arquitectónicas. Muchas de entre ellas se han conservado, especialmente en las localidades pequeñas donde no las alcanzó la devastación de los conquistadores. Los templos, palacios y campos de pelota en las regiones cálidas quedaron cubiertos, en gran parte, por la vegetación tropical. Solamente con ayuda de fotografías aéreas se pueden descubrir las ruinas escondidas bajo una vegetación primitiva, y cuya presencia queda indicada en la fotografía por un cambio de color en la superficie continua de las copas. Ello parece indicar que, entre las

ruinas, la vegetación no ha podido extenderse tan libremente como en terreno virgen.

No cabe duda de que el desarrollo, la vida relativamente pacífica de las civilizaciones nacientes fue interrumpida por acontecimientos trágicos. Se hallaban impotentes frente a las fuerzas de la naturaleza, especialmente cuando enormes inundaciones o excepcionales lluvias azotaban a los habitantes del Valle. La nostalgia de los del norte por la atracción del sur puede ser observada también en Anáhuac. Periódicamente, tribus salvajes irrumpían en los territorios civilizados, y estas hordas, denominadas con el nombre colectivo de chichimecas, invadían las regiones ya cultivadas y las ciudades. Se inició un nuevo período, en el transcurso del cual los nómadas del norte debían atravesar un proceso de civilización.

Estas tragedias de las tribus y de los poblados, estas migraciones y desplazamientos de pueblos afectaban, a lo sumo, a unos centenares de miles de personas, y las diferentes civilizaciones contaban con un similar número de habitantes. Por esta razón resulta casi inexplicable cómo pudieron alcanzar todos aquellos resultados de una cultura tanto material como espiritual, de los que hoy día podemos ser testigos en un grado cada vez mayor, ya que aumenta constantemente el número de los descubrimientos y pueden ser esclarecidas las correlaciones entre los diversos círculos culturales.

Los expertos precolombinos de la Universidad Berkeley han reunido datos estadísticos respecto a las condiciones de poblamiento de Nueva España, para evaluar el efecto de la conquista española. Se ha llegado a la suposición de que en Anáhuac, alrededor del año 1519, vivían unos veinticinco millones de personas. Para 1600, esta cifra decreció hasta 2,5 o 3 millones de indígenas. La teoría parte de una mayor población urbana precolombina, calculando en ochocientos mil aztecas los habitantes de la capital. Sin embargo, según las más recientes opiniones científicas, eso parece poco probable (es decir, en cuanto al número de personas residentes constantemente en Tenochtitlan se refiere) debido a que, en las circunstancias de transporte existentes en aquel entonces, el aprovisionamiento de tanta gente, que no se dedicaba en absoluto a la agricultura o lo hacía sólo en parte, hubiese sido imposible desde el exterior. Para estos fines sirvieron primordialmente las vías acuáticas, puesto que en los transportes por tierra, excepto la fuerza humana, no disponían ni de animales de tiro ni de otro medio. Además, la agricultura no había pasado aún de un estado primitivo; las semillas sembradas se quedaban casi en la superficie de la tierra, dado que en lugar de arados se utilizaba sólo palos de horadar.

El diario de Colón no había podido aparecer aún, cuando Américo Vespucio, el italiano de instrucción enciclopédica, escribió las siguientes líneas: «… en estas regiones meridionales he encontrado un continente… al que con todo derecho se podría dar el nombre de Nuevo Mundo». A partir de eso comienza la historia documentada de la época moderna; todos los acontecimientos precedentes, toda época histórica del México precolombino estaba entretejida con elementos míticos. Así, por ejemplo, la lista de los reyes de los toltecas, y también la suerte, los peregrinajes, la vida, la desaparición y la reaparición en Yucatán del mismo Quetzalcóatl (uno se pregunta cuántos reyes-sacerdotes tuvieron derecho en Tula a llevar este nombre que indica origen divino).

Antes de volver a casa tuve la oportunidad de visitar, en el Metropolitan Museum de Nueva York, la exposición titulada *Before Cortés* —Antes de Cortés—, riquísima en material y perfectamente organizada. En ella pude ver objetos que el Museo Antropológico de México había señalado como actualmente en exhibición en el Metropolitan. El título «Antes de Cortés» comprueba que los historiógrafos, arqueólogos, historiadores del Arte consideran la tan multifacética figura del Conquistador como determinante para la época. Invita a reflexionar en qué es lo que hubiese pasado si el descubrimiento de Anáhuac se hubiese retrasado unas cuantas décadas y si los españoles no hubiesen emprendido la tarea de enfrentarse, disponiendo de reducidas fuerzas, con un imperio de potencial militar desconocido. ¿Qué habría pasado, si una flecha o dardo hubiera herido mortalmente a Cortés, si éste hubiera caído prisionero o sucumbido a la malaria, o si la expedición entera hubiese sufrido una derrota fatal en alguno de los encuentros… o si hubiese dado resultado la celada de Cholula? En la historia del mundo constituye un caso raro el que un solo hombre, de poder relativamente limitado, pueda asestar un golpe fatal en el enorme cuerpo de una civilización ajena y opuesta. En caso de haberse perdido la energía, las aptitudes militares y diplomáticas, el genio organizador y los conocimientos de la naturaleza humana de que disponía Cortés, ninguno de los demás conquistadores hubiese sido capaz de asumir ese papel y reemplazar esas cualidades. Ni Alvarado, ni Sandoval ni Montejo hubieran podido conseguirlo y tampoco el pequeño ejército español, obrando instintivamente, hubiese aceptado la primacía de uno de ellos. Probablemente hubieran tratado de volver a Cuba, con el triste recuerdo de una aventura malograda. Ahí, su recepción hubiese dependido de la cantidad de oro entregado al tesorero del gobernador Velázquez.

En este juego ele suposiciones tuve que volver nuevamente hacia la personalidad de Hernán Cortés. Esta vez de manera distinta a como lo había hecho antes, cuando —guiándome por Prescott y las fuentes por él mencionadas— me había parecido como el personaje principal de una epopeya heroica de autenticidad histórica. Desde entonces he leído numerosos tratados, estudios, monografías y novelas históricas, con Cortés como figura central. Además, las investigaciones han continuado durante el siglo y medio transcurrido desde la época de William Prescott. Entre la multitud de tratados hay que mencionar, en primera instancia, la obra de Madariaga, el que, en su evaluación de Cortés se muestra el más positivo de todos. Se puede observar que el concepto más objetivo que actualmente rige el estudio de la historia de México hace que la figura del Conquistador vuelva a cobrar importancia, aunque ninguna estatua de Cortés adorne las ciudades, antiguas o nuevas, de Anáhuac. Su papel y su significado se hallan sometidos a nuevos criterios en el mundo de los historiógrafos. Después de la conquista de la independencia mexicana, y tal vez en medida aún más intensa durante los acontecimientos de los años 1910 a 1920 (como queda ilustrado en los frescos de Diego Rivera), la opinión oficial veía en él exclusivamente a un aventurero feroz, pérfido y devorado por la pasión del oro. Hoy día, incluso la historiografía mexicana juzga su carácter de modo diferente y con ojos más críticos.

Concedamos de nuevo la palabra a Salvador de Madariaga, último biógrafo de Cortés: «… ¿Cómo podía adivinar Cortés que en el fondo de razas y pueblos se esconde todo un mar de instintos, sentimientos y misteriosos recuerdos? ¿Que era él quien había desencadenado tormentas espirituales y morales que prevalecieron durante siglos en la vida de Nueva España? ¿Es que podía prever que llegaría un día cuando sus restos mortales (enterrados, según su expreso deseo, en tierras de Nueva España) tendrían que ser escondidos ante las masas rencorosas de aquel pueblo que debía su existencia a la fuerza visionaria de Cortés? ¿Es que podía pensar que México levantaría una estatua a Cuauhtémoc, no tanto en honor de su memoria, sino más bien para con ello también ofender a Cortés?

»Con sus grandiosas aspiraciones, Cortés se ha convertido en uno de los héroes de la humanidad. Pero, en calidad de tal, ¿cómo hubiese sido posible que no cometiera faltas? La obra de la vida de Cortés es gigantesca. Quizás tanto más grande, cuanto que su trágica vida expresaba perfectamente el drama humano de la vida terrestre…»

Lo que pasó con Cortés, y previamente con Colón, parece comprobar la ingratitud de los soberanos, mientras que se trataba más bien de una práctica

acostumbrada por los gobernantes. La Conquista verdadera —la liquidación lenta y paulatina del dominio *moro* en España— duró siete siglos. Generalmente, la administración en los territorios reconquistados a los árabes, no era confiada por los reyes de Castilla o Aragón a aquellos generales y capitanes que habían conseguido convertir nuevamente partes de la antigua tierra hispana a la fe católica. Estos puestos llegaron a ser ocupados por personajes laicos o eclesiásticos, experimentados en la administración. Los escudos de los héroes fueron adornados por una faja o una corona, y además, el soberano les asignó tierras y esclavos. Esto sucedió también en el caso de Cortés: él llegó a ser el primer marqués del Nuevo Mundo, recibió tierras de una extensión correspondiente a un país, y veintitrés mil esclavos indios, tanto en Oaxaca como en otras partes, según su propia elección. El primer virrey mexicano, Mendoza, manifestó un extraordinario tacto en su trato con el Conquistador que había perdido la costumbre de la administración civil y que, a pesar de ello, sufrió muchísimas injusticias. No le gustaba salir de su palacio de Cuernavaca y sólo en raras ocasiones visitaba la capital que se iba desarrollando como Cortés había previsto, cuando, cabalgando con la cara tapada con un paño empapado en vinagre, la designó, en verano de 1521, como primera metrópoli del Nuevo Mundo.

En 1545 abrieron las minas de plata de Potosí, encontraron también oro y enviaron a los indígenas a la región, los «chichimecas», a trabajar en las minas. A ello se debe principalmente el que una avalancha de plata inundara el Viejo Mundo y provocara el caos de precios y valores sobrevenido en la segunda mitad del siglo XVI.

La Casa de Contratación del Imperio, que equivalía a un ministerio de asuntos coloniales, sólo abría ante las naves procedentes de España los puertos de Porto Bello, situado en la costa de Panamá, o de Veracruz, México. Como es natural, la flota mercantil navegaba acompañada de buques de guerra armados. También Perú mandaba su oro, plata, seda, algodón y demás mercancías de gran valor al istmo de Panamá. De ahí, esos inestimables valores seguían viaje a Porto Bello, cargados sobre mulas. Este puerto había sido provisto de un sistema de fortificaciones, para poder proteger y defender esos transportes de inapreciable valor. En 1637, un fraile dominico inglés escribió sobre este lugar: «… la mayor sorpresa mis la llevé cuando divisé la larga fila de mulas llegadas de Panamá y cargadas de plata a más no poder. La carga era exclusivamente plata que habían depositado en la plaza del mercado, donde la plata yacía amontonada como piedras en el camino… En un solo día llegaron doscientas de esas mulas de carga… Al cabo de diez días

llegó también la flota española. Era inusitado ver las enormes masas llenar las calles que hasta entonces habían parecido desiertas. Todos los precios empezaron a subir. Era interesante observar que los mercaderes ya no medían en yardas y pies, sino en monedas y en el peso del metal valioso, así como muchos no pagaban con monedas sino con barras de plata…»

De las leyes de los Reyes Católicos, Fernando e Isabel, se desprendía ya el «dualismo» de conciencia que caracterizaba la política india de los españoles durante el siglo XVI. No era sólo para la explotación de los metales valiosos para lo que necesitaban a los mineros aptos para el trabajo duro, sino también en los vastos terrenos divididos en forma de tierras señoriales, las encomiendas, y para trabajar en los latifundios bajo la administración del virrey. Pero las epidemias diezmaron la población; así la mano de obra sólo podía ser reclutada con medios coercitivos. Estaban reducidos a un estado entre esclavitud y trabajos forzados. Los indios no podían ser vendidos, pero sus amos españoles —bajo el pretexto de salvar sus almas— gozaban prácticamente de poder ilimitado para disponer de los aborígenes. La organización del sistema y su regulación por medio de decretos servían los intereses de los colonizadores. Por otra parte, en la corte real española se manifestaban, ya desde los tiempos de Colón, tendencias, nacidas de remordimientos de conciencia, de considerar la condición humana de los indios y de darles el derecho de vivir como hombres libres en su propio país. Fueron sobre todo los discursos apasionados del obispo Las Casas los que alcanzaron los círculos reales. Fue él quien declaró personalmente responsable a Carlos V de todas las atrocidades ocurridas en las colonias. Amenazaba al dominador del mundo con la condenación eterna si no hacía todo lo que estaba en su poder para aliviar la situación de los aborígenes americanos. Los informes de la corle suprema, la Audiencia, revestida de poder administrativo y legal, también contribuyeron a que la legislación de Felipe II intentara, al menos *de ture*, mitigar la brutal opresión que, durante los primeros años después de la Conquista, reinaba principalmente en México.

La mayoría de la población india vivía en aldeas. Mayormente labraban en común las tierras de la comunidad, y las exigencias efectivas de cada familia determinaban la proporción en la que participaba en los beneficios comunes. La legislación española empezó ya muy temprano —todavía en los tiempos de Fernando e Isabel— a preocuparse de los problemas de los terrenos llamados *ejidos* (propiedad común de las aldeas indias). Las diferentes leyes declararon inviolables estos ejidos. No estaba permitido

vender estas tierras comunales, y bajo ninguna condición, hacerlas pasar a manos españolas. En sentido legal, resolvieron el problema declarando a los indios como «permanentemente menores de edad», de modo que, formalmente, permanecían incapacitados para proceder en asuntos legales. Entre las estancias españolas y los ejidos debía existir una tierra de nadie, de un «flechazo» de anchura, para evitar un arado en perjuicio de los indios. Este orden de tierras comunales permaneció al menos teóricamente, pero en gran parte también en la práctica, durante los tres siglos de la administración colonial. Cuando terminó la vigencia de las leyes españolas, en la atmósfera liberal de la primera mitad del siglo XIX, esta previsión fue abolida. Las tierras de los indios fueron malbaratadas, y llegaron a formarse nuevas e inmensas propiedades en México (frecuentemente en forma de sociedad anónima), que influyeron fundamentalmente en la situación social. La base de los movimientos revolucionarios ulteriores fueron las demandas de distribución de las tierras y la restitución de las grandes haciendas a la población indígena. El más profundo sentido de la larga guerra civil lo proporcionaban esas leyes agrarias. Las reformas del presidente Carranza aceleraron, a fines de los años treinta, este proceso que perdura hasta el día de hoy. La reforma agraria mexicana es excesivamente complicada, debido también a la situación de las tierras y la posibilidad de labrarlas. Al ocupar Anáhuac, los españoles conocían ya el sistema de irrigación, puesto que las instalaciones de riego introducidas por los moros servían de ejemplo para un más eficaz empleo del agua. No obstante esas experiencias, la mayoría de las plantas de irrigación en México se estropearon en los primeros años después de la Conquista; había que renovarlas, colocar tubos donde se prestaban las posibilidades para ello, si el nuevo propietario español quería sacar provecho de sus tierras y no se contentaba con un rendimiento superficial.

Después de la Conquista se inició una gigantesca pero incontrolable migración de gentes. La administración española, concentrada en el valle de México, desempeñaba el papel principal en este movimiento. Parece, además, probable, que ciertas profecías o secretas señas de los adeptos o sacerdotes de la antigua fe indujeron a tribus enteras a abandonar sus domicilios y buscar un nuevo hogar en parajes más primitivos pero también más tranquilos. Ello puede haber sido el caso en la migración hacia Potosí, que resultó en provecho de los españoles, puesto que después de abrir las minas, encontraron allí, en cantidad relativamente abundante, mano de obra india a la que podían obligar a trabajar.

Es indudable que el desarrollo de minería y cierta intensificación de la agricultura exigieron un número cada vez más elevado de mano de obra. Además, el rápido desarrollo de la urbanización, tanto en la capital como en la provincia, dio origen al problema de los obreros industriales. Excede toda imaginación la cantidad de obras y construcciones realizadas en México ya en la primera mitad del siglo XVI. En una especie de fiebre constructora y a un ritmo acelerado fueron surgiendo edificios públicos y casas privadas. Las órdenes de los franciscanos, dominicos y agustinos, presentes casi desde el principio (1524) y, luego, principalmente los jesuitas, compitieron en la construcción de iglesias, conventos y escuelas. Este ímpetu se vio favorecido por la extraordinaria receptibilidad de la población india. Fueron especialmente las aptitudes visuales, el innato sentido de lo bello lo que contribuyó a que el catolicismo no fuera sólo la religión privilegiada de los conquistadores, sino que echara también raíces en las almas de los nuevos cristianos. El éxito de los representantes de la Orden era tanto mayor cuanto más bella era la iglesia, cuanto más suntuosos eran el adorno barroco del altar y el manto de la Virgen, cuanto más la *Biblia Pauperum* se expresaba en la lengua de los indios y las imágenes de las iglesias, las figuras de María y de los santos adoptaban, en lugar de rostros blancos, europeos, caras que se hallaban más de acuerdo con el gusto indio.

Como dice Pál Kelemen en su obra titulada *Barroco y Rococó en América Latina* (PÁL KELEMEN, *Baroque and Rococo in Latin America*, Dover Publ., New York, 1967): «Ya en 1556, Alonso de Montufar, arzobispo dominico, informa a Felipe II: los monasterios mexicanos son tan excelentes que serían dignos de la ciudad española de Valladolid, aunque sólo dan cabida a pocos monjes. Grupos de trabajadores indios, que varían entre 500 y 1.000, son convocados para asistir en las construcciones; lo hacen sin recibir sueldo, incluso sin exigir alimentos. El personal indio que presta servicio en tales establecimientos de la Iglesia, como jardineros, limpiadores, porteros, cocineros, sacristanes y mensajeros —entre ellos hay también cantores y músicos— hacen su trabajo sin demandar remuneración alguna…» Desgraciadamente, no ha quedado ninguna crónica (ni crítica) de parte de los indios respecto a estas actividades tan diligentes y desinteresadas.

Ni una sola ciudad mexicana ha conservado los rasgos de la era precolombina. A lo sumo, han quedado ruinas de ciudades, sobre todo en Yucatán o en regiones como Teotihuacán, donde los teocalis se transformaron en enormes colinas debido a los períodos alternados de lluvia y sequía. Así, las manos humanas deben haber causado muchísimas destrucciones; de las

piedras labradas surgieron en pocas décadas centros urbanos, conforme al ritmo de vida español. Sabemos que al fundar Veracruz, la primera ciudad mexicana, medio millar de soldados delimitó, en el curso de algunos días, las futuras murallas, marcando los sitios destinados a la catedral, el ayuntamiento y el tribunal. Así nació la «villa», o la «ciudad» de mayor envergadura, cuyos privilegios debían ser acordados por documentos reales. En tal caso, a la localidad se le concedía también su propio escudo y, como reflejo de la benevolencia real, nació el patriotismo local. Ello condujo, en repetidas ocasiones, a movimientos separatistas, especialmente a fines del dominio colonial y después de haber terminado éste. El desenvolvimiento de las ciudades hacía surgir con frecuencia la cuestión de la mano de obra. Ha quedado comprobado que en Anáhuac, y ante todo en el valle de México, la población indígena era lo suficiente numerosa para poder reclutar entre ella obreros para las construcciones. No cabe duda de que ya los aztecas utilizaban métodos coercitivos en la construcción. Parece, pues, probable que la población urbana se hallara bajo la impresión que el sistema antiguo no había hecho más que cambiar de manto. Además de maíz, los españoles daban algo de dinero a los albañiles y capataces más destacados. Las fuentes españolas elogian con frecuencia (y a menudo disimuladamente) la habilidad manual de los indios, su sentido decorativo; llegó a constituirse una especie de «crema» entre los constructores indígenas. En esta capa se apoyaban principalmente los frailes para edificar monasterios e iglesias. Ello produjo un acercamiento entre la población antigua y la nueva. Los conquistadores también querían gozar del fruto de sus agotadoras aventuras. Deseaban edificar casas en estilo de palacio, tanto en la capital como en los centros de las estancias recién adquiridas. Así, la construcción experimentó, en los primeros decenios después de la Conquista, un auge inusitado y los estilos tradicionales gótico y barroco de España se fundieron con los elementos decorativos, los materiales y métodos de trabajo del arte indio. Sobre dicha fusión nos informa en su excelente obra Pal Kelemen, experto en materia de arte precolombino.

En el florecimiento de la Nueva España, la cría de ganado debió haber desempeñado un papel decisivo, presentándose como una nueva posibilidad de la vida económica. Es sabido que el mismo Cortés, en su hacienda cuya extensión equivalía a la de una provincia, se dedicaba a la ganadería, con gran entusiasmo y pericia, importando animales de cría no sólo de las Antillas sino también de España. Sobre todo en la región de Puebla, en comarcas escasamente pobladas y allí donde la falta de sistemas de irrigación no permitía una labranza intensiva, aparecieron rebaños y manadas.

Las mejores y más cultivadas tierras se hallaban en manos de los indios. En la confusión de los primeros tiempos, o allí donde las epidemias habían hecho muchas víctimas, los españoles trataban de acaparar estos territorios. Esos intentos pertenecen al capítulo más triste y repugnante de los años de después de la Conquista. Leyes reales, redactadas en las cancillerías españolas, trataban (o hubieran tratado) de contrarrestar el sinnúmero de abusos y crueldades…

A ello hay que añadir que los trabajos realizados con ayuda de arados, bueyes y mulas multiplicaban las cosechas obtenidas en los tiempos precolombinos, cuando se empleaba la coa. La mayor producción agrícola posibilitaba una mejor alimentación y ello, a su vez, acarreaba un aumento de la población. Los medios más modernos de la agricultura y los animales útiles se propagaban con relativa rapidez en los pueblos indios. Bernal Díaz relata, ya en su vejez, que los grandes señores indios se pasean montados a caballo y acompañados por su séquito. Además, especialmente en las grandes ciudades, pero también en las haciendas españolas, nacía un número cada vez mayor de mestizos. Con ello comenzó a amenguar la hasta entonces estricta separación de los dos grupos o más bien castas opuestas de la población. Los españoles no predicaban en absoluto la pureza de las razas, dado que, sobre todo en las venas de los andaluces, corría frecuentemente sangre mora o judía. Tampoco eran infrecuentes los casamientos legales entre españoles e indios; el gobierno español apoyaba estas tendencias, si favorecían el proceso de hispanización en los círculos superiores indios. Este propósito lo sirvieron tanto los colegios fundados para las «jóvenes nobles» indígenas como los privilegios, títulos y escudos acordados por el monarca a los señores indios de «buena fe», en primer lugar a los de Tlaxcala, siguiendo los consejos del gobierno del virrey. Sin embargo, la mestización se producía también sin la observancia de los ritos de la Iglesia. Ya en los sangrientos tiempos de la Conquista se propagó la noticia de que las muchachas indias sentían atracción hacia los españoles. Los consideraban más viriles y más comprensivos con las mujeres que los hombres de su propia raza. Un destacado símbolo de esta fusión de razas representa Martín Cortés, uno de los primeros mestizos de Anáhuac, hijo de Cortés y Marina, más tarde comendador de la orden de Santiago.

La estratificación social del mundo mexicano comenzó a realizarse ya hacia fines del siglo XVI; en esa época la cantidad de españoles residentes en el antiguo territorio de Anáhuac puede ser evaluada en un cuarto de millón a lo sumo. En cuanto a intenciones y carácter, se observaba ya la diferencia entre el criollo, es decir, un español radicado en suelo mexicano, por una

parte, y los españoles de la metrópoli, en su mayoría burócratas y aventureros, que pensaban enriquecerse en Nueva España, para volver lo antes posible a su país. Se necesitaba urgentemente de la población india, especialmente en los sitios donde se fundaban los centros gubernamentales y allí donde había empezado ya la explotación de las riquezas minerales. Las Casas aconsejó a Carlos V (los historiadores siguen discutiendo la realidad de dicho consejo) sustituir los indios de constitución débil e ineptos para el duro trabajo en las minas por esclavos negros traídos del África. Éstos, tanto espiritual como físicamente, soportaban mejor las penurias, no sucumbían como ocurría frecuentemente con los indios forzados a bajar a las minas por los capataces de esclavos españoles. Es así como llegaron los esclavos negros a Nueva España. Una buena parte de este elemento africano se fusionó con la población indígena, sin causar un especial problema.

Al comienzo, el proceso de la mestización se hizo perceptible más bien en el valle de México y en la costa, para luego intensificarse en los puertos del Océano Pacífico. Más adelante, esta mezcla europea-india llegó a caracterizar a toda Nueva España. La posición social de los mestizos quedó determinada por el hecho de haber nacido dentro o fuera de matrimonio, por su origen y, finalmente, por sus medios de fortuna. Los hijos y las hijas fruto de las uniones entre conquistadores y muchachas indias pertenecientes a las capas sociales superiores, llegaron a formar parte de la aristocracia española, llevaban el nombre de su padre y heredaron sus haciendas. Aquellos cuya frente había sido humedecida por las aguas del bautismo, se convirtieron, según la interpretación española, en hijos de Dios equivalentes a los blancos. Gran parte de los nobles indios y mestizos de la primera generación posterior a la Conquista asimilaron la forma de vida española y las costumbres feudales; también ellos intentaban aprovecharse en lo posible de los privilegios que les correspondían según los conceptos sociales del feudalismo, a costa de los campesinos indios.

El número de mestizos creció también debido a la circunstancia de que en las primeras décadas después de la Conquista eran pocas las mujeres españolas que vivían en Nueva España. Cuando Pedro de Alvarado volvió a Nueva España con su joven esposa que pertenecía a la alta nobleza, ésta vino acompañada de un buen número de señoritas y viudas aristócratas, acogidas por los conquistadores con gran alegría y expectación. Pero, según las fuentes, las novias importadas no se entusiasmaron en todos los casos por los gloriosos conquistadores que, en posesión de títulos de hidalguía, se habían radicado en sus haciendas mexicanas. En honor de los recién llegados se

había organizado una fiesta a la que invitaron a todos los conquistadores, que se hallaban reunidos en una gran sala para poder seguir desde ella las festividades. Las damas, mientras tanto, se encontraban detrás de una puerta, lo suficientemente abierta para que pudieran observar toda la sala; las damas no salieron, en parte por pudor, y porque no deseaban ser vistas aún. Una de ellas se dirigió a otra diciendo: «Bueno, ¿es que quieren que nos casemos con esos conquistadores?» La otra contestó: «¿Cómo, con estos horribles viejos? ¡Pues que conmigo no cuenten! ¡Que se los lleve el diablo! Parecen haberse escapado del infierno, tan achacosos y mutilados están, uno tullido, el otro manco, al tercero le falta una oreja, y entre ellos hay tuertos, y hasta hay a quien le falta la mitad de la cara…» A lo que contestó la primera muchacha: «Es que nosotras no nos casamos con ellos por su belleza, sino para heredar sus haciendas. Son ya viejos y decrépitos, no tardarán en estirar la pata y, entonces, podremos elegir hombres jóvenes… como se cambia una olla vieja por otra nueva». Un señor de edad, que por casualidad se hallaba cerca de las damas, escuchó la conversación. No pudo contenerse de reprimirlas duramente. Luego contó a los hombres todo lo que había oído. Volvió después a su casa, mandó buscar al cura y se casó con la muchacha india noble, que le había dado ya dos hijos; los hizo declarar legítimos, para que pudieran heredar sus bienes, y no aquel joven eventualmente escogido por su esposa española, y que trataría a sus propios hijos como a sirvientes…»

Este episodio tan veraz y verosímil refleja la intensa reforma social que se inició inmediatamente después de la Conquista, a fines de los años 1520, y explica a la vez el acelerado ritmo del mestizaje. En este aspecto dio buen ejemplo el pelirrojo Pedro de Alvarado, al que los aztecas llamaban Hijo del Sol, Tonatiuh. Cuando Cortés hizo un pacto con los habitantes de la Tlaxcala independiente —pacto que los indios respetaron hasta el fin—, el más destacado entre los cuatro príncipes del país ofreció a Cortés la mano de su hija. Cortés declinó el honor aduciendo que tenía ya esposa en Cuba. A petición de los capitanes, Alvarado asumió el papel de joven marido y, en presencia del ejército, se casó con la hija del anciano príncipe que, convertida al cristianismo, obtuvo el nombre de Elvira. Por varias faltas formales, el matrimonio fue anulado más adelante, para que Alvarado pudiera casarse nuevamente con una dama de la alta aristocracia española, pero varios hijos de Elvira, aunque declarados «ilegítimos», llegaron a formar parte de los círculos de la alta nobleza española, llevando el nombre de Alvarado y su escudo.

Según la fuente citada anteriormente, «… los españoles volvieron hacia sus mujeres indias… y en este mismo año (1579) llegó a Potosí, como nuevo gobernador, Don Martín de Loyola, sobrino de Ignacio de Loyola, y se casó con una princesa india, una rica heredera peruana…»

Hacia fines del primer siglo de la Conquista, la posición social de los mestizos comenzó a desmoronarse. Había quienes opinaban que heredaban las malas cualidades de ambas razas, y los incluían en la categoría de «negros y mulatos». Estas generaciones tempranas de mestizos no se dedicaban gustosamente a los trabajos manuales, especialmente a las faenas agrícolas. Preferían mudarse a las ciudades donde, poco a poco, llegaron a formar una buena parte de los habitantes, en todo caso la mayoría de los elementos dudosos que vivían al día. Hizo aún más insegura la posición social de esta gente el que muchos de ellos eran «ilegítimos» según las leyes españolas. Existía, además, entre los mestizos, un grave desequilibrio espiritual. En su mayoría anhelaban deshacerse de la nacionalidad de sus madres (ya que generalmente era la madre la de origen indio), para hacerse un lugar en la sociedad reinante de los criollos de pura cepa.

Por otra parte, los mestizos, en comparación con los indios de pura raza, disponían de más posibilidades para oponerse a los descendientes criollos de los conquistadores. Casi todos los comandantes de la lucha mexicana por la independencia han sido mestizos; una de las pocas excepciones la constituyó Benito Juárez que, como se sabe, era indio zapoteca.

Durante la época de colonización, el problema de la fusión de las razas revistió suma importancia en la convivencia de los individuos y de las capas sociales, en sus relaciones de familia y en la distribución de cargos, títulos y tareas. Dependían estas cosas tanto de las instrucciones llegadas de Madrid como de la persona que se hallaba en un momento dado al frente de la cancillería mexicana. Es un hecho el que durante el siglo y medio de la independencia de México, estas diferencias raciales han quedado reducidas a proporciones cada vez más estrechas. Las que velaban por la pureza de la sangre criolla debieron ser aquellas «novecientas grandes familias» integradas por los dueños de las haciendas y minas. Mientras tanto, en las grandes ciudades la población llegó a mezclarse de tal modo que ya es imposible determinar el origen exacto de cada individuo. La «fórmula racial» de los siete millones de habitantes que viven en el antiguo Tenochtitlan resultaría tan complicada que hoy ya nadie sería capaz de analizarla.

Durante los días de mi estancia en México fue mucho el interés que despertó en mí ese proceso de amalgama de las razas. Probablemente, dediqué

más atención a la infinita variedad de rasgos faciales que la que le prestan los nativos de México. Tal vez, descubrí intuitivamente los rasgos indios. Pero al preguntar a mis nuevos conocidos de dónde procedía cada uno de ellos, se limitaron, por lo general, a mencionar la región y no era mucho lo que sabían acerca de la composición racial de su familia. Por otra parte, en el caso de numerosos amigos considerados como de origen puramente mexicano, no pude descubrir en sus rasgos nada que los diferenciara de cualquier europeo. En otros casos, la forma de la cabeza, el corte de los ojos, los pómulos y la rigidez de la expresión revelaban el origen indio; dos destacados intelectuales con los que me encontré, declararon con orgullo ser mayas puros.

No creo que en la vida cotidiana haya, en las regiones más altas, alguna no expresada reserva que asegure ciertas ventajas a las gentes de pura raza blanca. Los húngaros que residen en México me dijeron que la mayor parte de los empleados de las oficinas públicas está constituida por mestizos y que, así, acogen con una cierta y no declarada antipatía a los «rostros pálidos». Pero acerca de cómo ocurren las cosas en las cimas del poder, de eso son las experiencias las que hablan, y no las crónicas escritas.

ARTE PRECOLOMBINO

Me pregunto si, según nuestro concepto, el arte precolombino es bello. Esos objetos artísticos que se hallan al aire libre, en medio de la naturaleza, o que han sido reunidos en muscos, ¿que efecto producen en el espectador que los contempla sin tomar en consideración que se trata de vestigios de una civilización que tuvo que crearse por sí misma, sin influencias culturales llegadas de otras partes? El pueblo de América no es *autóctono*; según lo que hoy día se sabe, el continente no tenía pueblos aborígenes o, por lo menos, no han sido hallados datos o indicios a este respecto. Los inmigrantes procedentes de Asia (o, tal vez, infiltrados desde Polinesia) tuvieron que establecer ellos mismos sus propias leyes estéticas. En lo que concierne al arte precolombino no se puede aplicar el concepto de «el arte por el arte»; el arte mesoamericano (al igual que gran parte de la civilización de los Andes) estaba al servicio del culto, tenía raíces religiosas. En él sólo constituyen una ínfima parte las manifestaciones que «deleitan los sentidos», aquellas en que podemos admirar la juguetona fantasía del escultor que, huyendo de la sed de sangre de los dioses, se refugia en los acontecimientos cotidianos y los eterniza. Los edificios que han subsistido, los palacios y las casas conocidos hoy día bajo diferentes denominaciones, estaban destinados generalmente a cumplir los fines de los centros del culto, debían ser las moradas o lugares de reunión de los sacerdotes o funcionarios. No conozco tampoco ninguna pintura que fuera el resultado de la fantasía de su autor y refleje otra cosa que la lucha del tiempo, de los elementos y de los dioses contra el hombre, cuya existencia transcurre, en gran parte, preparándose contra los horrores que la amenazan.

Las impresiones que obtuve en México fueron realmente muy polifacéticas, me esforcé en registrar en mi memoria la mayor cantidad de ellas, tanto en lo que se refiere a las del mundo pasado como a las de la vida actual. Pero si tuviera que conceder la primacía a algunas de ellas, elegiría las que grabó en mí el arte precolombino. Tal vez, debido también al hecho de que esas obras, reproducidas en ilustraciones, se hallaron al alcance de mi

mano durante decenios enteros. Gracias a manuales, monografías y revistas arqueológicas, pude estar al tanto de los resultados de las más recientes excavaciones, del proceso de la restauración de los monumentos artísticos y de la importancia de la labor arqueológica realizada. Cuando, a principios de la década de 1920, pude contemplar por primera vez fotografías de monumentos artísticos, facsímiles de códices indios y los catálogos de alguna que otra exposición, todo eso, naturalmente, me era desconocido, no podía orientarme entre los vestigios de esa civilización. ¿Cómo me hubiera sido posible encontrar un hilo que me condujera y me sirviera de norte? En lo que se refería a los edificios existentes o excavados, casi todos ellos estaban cubiertos de un mar de arena o de maleza, y apenas si se podía dar crédito a los dibujos reconstructivos, entre los que descollaban en primer lugar los debidos a Tatiana Pruskuriakof. En aquellos tiempos, yo pensaba que la artista se dejaba llevar tal vez por la fantasía al crear esos «alados» palacios y esos mercados en cuyo primer plano desfilaban, como en un imaginario escenario, personajes aztecas o mayas de teatral actitud.

Pero cuando, poco a poco, las herramientas de los arqueólogos iban poniendo al descubierto lo que ocultaban aquellas colinas e iban surgiendo los teocalis, palacios y plazas de juego de pelota, a medida que el *espacio* acogía en su perspectiva las estructuras halladas, las inspiradas reconstrucciones gráficas iban cobrando mayor realidad. Cuando comencé a interesarme por el mundo precolombino no sabía nada todavía de la cultura del Golfo —La Venta— ni sabía nada de los olmecas. Ésta fue la denominación que, a falta de otra mejor, dieron a los maestros del Golfo, de origen desconocido, que al esculpir sus estatuas les prestaron rasgos negroides. ¿Cómo hubiese podido saber algo, en aquel entonces, acerca de los vestigios escondidos en el fondo del lago Amatitlán, sacados a la luz del día por los arqueólogos especializados en investigaciones subacuáticas, y acerca de los que, ya en 1958 y en calidad de «testigo presencial», pudo escribir un tan hermoso estudio mi amigo de imperecedero recuerdo, István Borhegyi, que fue primero director del Museo de Oklahoma y, más tarde, del de Milwaukee? ¿Cómo hubiese podido tener conocimiento de las pinturas murales de Bonampak, descubiertas sólo, y por casualidad, en 1946, cuando tuvieron que pasar largos años antes de que pudiera contemplar las reproducciones de esas creaciones sin par de la pintura maya?

Cuando comencé a ocuparme de las fuentes de información precolombinas, las excavaciones de Monte Albán debían hallarse en sus comienzos. Y esta enorme colina-necrópolis da la pauta del desarrollo del arte

mesoamericano. Las esculturas y las cerámicas halladas son clasificadas a base de las distintas capas, de I y V, de Monte Albán. Naturalmente, el nombre de Teotihuacán me era conocido cuando me propuse seguir el camino recorrido por Cortés desde Veracruz hasta Tenochtitlan, pero ni los historiadores ni los escritores podían sospechar la enorme influencia que el milenario círculo cultural de Teotihuacán ejerció no sólo en el Valle de México sino también en todo Anáhuac. ¿Y quién conocía las maravillosas obras de la pintura de Teotihuacán que hoy puede contemplar el visitante, tanto más cuanto que la «ciudad de los dioses» es la más fácilmente accesible desde la capital? (Es a ella adonde conducen en primer lugar a los extranjeros).

Se conocían los nombres de Uxmal, Chichén Itzá y Mayapán, y era Palenque el que más frecuentemente servía de tema en los ensayos antiguos. Pero incluso esos monumentos artísticos, al estar cubiertos por la jungla o la maleza virgen, hacían más bien un mero efecto exótico. Y, fuera del reducido círculo de los expertos, ¿quién había oído hablar de ciudades en ruinas de tan difícil acceso como Sayil, Kabah y Labná? Hace dos decenios, hasta Tikal estaba prisionera de la vegetación. Naturalmente, los habitantes de las cercanías estaban al tanto de la existencia de esas ruinas, de la misma manera que lo estaban los de Copán y cuyas noticias llevaron hasta allí a Stephens. Pero las excavaciones de Tikal proseguidas durante largos años, sólo llegaron a tener gran envergadura en el segundo lustro de la década de 1950. El llamado Templo X fue liberado de la jungla hacia 1958 o 1959, y sólo entonces se pudo comenzar a descifrar las «inscripciones» que dieron su nombre al edificio.

Todo esto podría referirse igualmente a los vestigios arquitectónicos que constituyen las creaciones más monumentales del arte mesoamericano. Tal vez resulten más accesibles las diversas etapas de la escultura; en este caso podemos aproximarnos más al variopinto mundo de cada estilo, de cada grado de desarrollo y de cada cultura. Porque el arte maya-tolteca-azteca no es «fiel a la naturaleza», no es realista o naturalista sino, casi desde sus comienzos, intensamente estilizado. Podría constituir una excepción la escultura olmeca, puesto que es naturalista; de ella está ausente el carácter mítico que reviste una intensidad cada vez mayor en las culturas de Teotihuacán y de Monte Albán. Claro es que la orientación en cuanto al tiempo se halla facilitada en gran manera allí donde en la vecindad de los monumentos fueron halladas piedras calendario u otras inscripciones conteniendo fechas. En una zona arqueológica de relativamente poca importancia, situada a unos doscientos

kilómetros de Veracruz, en Tres Zapotes, fue encontrada una losa con una fecha mucho más antigua que las registradas hasta entonces y que, según la actualmente válida clave del calendario maya, fue fijada el *año 31 antes de nuestra era*.

Tengo que mencionar también a los mixtecas, esa raza india de excelentes capacidades, que luchó contra los toltecas y luego se fusionó con ellos. El camino y el papel de los mixtecas constituyen hasta hoy día una tarea no resuelta de la arqueología precolombina. Los mixtecas descollaron en primer lugar en las «artes menores», en las artes aplicadas. Sobre todo en la orfebrería y en el tallado de huesos. Labraron y cincelaron magníficamente las piedras preciosas y semipreciosas, pero mostraron también mucha habilidad en el arte de la pintura mural, del mosaico y de la cerámica. Los más bellos «códices» precolombinos son de origen mixteca, y en ellos —según el eximio autor G. H. S. Bushnell— «… pintaban por los dos lados tiras de gamuza recubiertas con una delgada capa de yeso y protegían los rollos colocándolos en estuches de madera. Un grupo de estas obras establece genealogías, desposorios y conquistas y representa cuadros vivos de las ocupaciones cotidianas de los nobles. Las figuras están representadas en una rica disposición, en amplio espacio y de perfil, según la tradicional manera pictórica. Los personajes están acompañados de abundantes símbolos. Estos últimos ofrecieron buena base al profesor Alfonso Caso para deducir un amplio material histórico. Los colores más frecuentes son el amarillo, el marrón, el rojo, el azul, el verde, el gris y el negro…»

EL CÓDICE FEJÉRVÁRY-MAYER

Quien se haya ocupado alguna vez del legado escrito maya-azteca, de la historia de los códices jeroglíficos, no habrá dejado de percibir, entre los dieciocho mayores manuscritos indios existentes, el que lleva el nombre de códice de Fejérváry-Mayer. ¿Quién pudo ser ese compatriota mío cuyo nombre se fusionó en la historia de la ciencia con uno de los más importantes manuscritos aztecas? No tengo conocimiento de que, hasta ahora, haya alguien que se haya ocupado detenidamente de Gábor Fejérváry, interesante y temprano coleccionista húngaro cuyo legado artístico se ha dispersado y cuyo nombre sólo se halla perpetuado por el códice azteca conservado en el «Free Public Museum» de Liverpool.

Gábor Fejérváry nació en 1780, en el seno de una familia de la nobleza media, y heredó de su padre, Károl Fejérváry, la afición a los objetos de arte y, quizás, una parte de su colección. Como muchos de sus contemporáneos de la época de las reformas, realizó estudios de jurisprudencia. Más tarde, y por pura casualidad, trabó conocimiento con el barón József Brudern, coleccionista de objetos de arte, y el joven jurista y el acomodado barón viajaron juntos, durante varios años, por Egipto e Italia. En 1829 se separaron sus caminos y, dos años después, Fejérváry se estableció en Eperjes, en casa de sus parientes, la familia Pulszky. Probablemente, también una parte de su colección fue instalada en esa casa de Eperjes. Mantuvo estrechos vínculos científicos con su sobrino, Fereñc Pulszky, que ocupó un puesto importante en el círculo diplomático de la guerra de la independencia y, más tarde, en la emigración de Kossuth; de regreso a Hungría, Pulszky se ocupó de arqueología y escribió varias excelentes obras de esta materia. El códice azteca debía encontrarse ya en posesión de Gábor Fejérváry a fines de la década de 1820, puesto que dicho manuscrito figura en la famosa lista de la colección de Lord Kinsgborough como «propiedad de M. de Fejérváry, residente en Pest, Hungría».

Según datos existentes, Ferenc Pulszky hizo llevar la colección a Londres, donde fue expuesta, dos años después del fallecimiento de Gábor Fejérváry,

acaecido el 22 de noviembre de 1851, en el Instituto de Arqueología de Gran Bretaña e Irlanda. El catálogo, que hoy día constituye una curiosa pieza, fue establecido por Imre Henszlmann, excelente precursor de la historia del arte en Hungría, y editado en 1853 por Trubner and Co., de Londres. A base de la agrupación de Henszlmann puede ser bien juzgada la importancia de la colección de Fejérváry. Son sobre todo las gemas, los bronces griegos y los objetos de arte asirios, babilónicos y persas los que prestan variedad al material coleccionado que, como dice el prefacio, «despertó un extraordinario interés».

En el grupo VI, al lado de unas joyas del Renacimiento, de un retrato de la época de Maquiavelo, del breviario del papa León X, del sello del rey de Polonia Esteban Báthory y otras joyas romanas y bizantinas, figura un objeto que lleva la denominación de «Códice jeroglífico de México pintado sobre gamuza cubierta de blanco, hecho en tiempos anteriores al descubrimiento de América. De estos códices sólo se conocen trece. El aquí expuesto es el único que se halla en posesión particular. Este códice fue dado a conocer en la gran obra de Lord Kingsborough».

Pulszky —a cuyo cargo corrió el registro del legado de Gábor Fejérváry— estaba interesado en primer lugar por la arqueología romana y griega y, de este modo, no se ocupó de ese manuscrito azteca de sin igual valor, considerándolo seguramente como una pieza periférica de la colección. De este modo, hoy día no sabemos dónde, cómo ni cuándo fue a parar a manos de Gábor Fejérváry. Es de imaginar que, al recorrer Italia, lo adquiriera, junto con alguna obra clásica de la colección, de algún anticuario de dicho país.

Ese códice no permaneció mucho tiempo en la colección de Fejérváry; fue adquirido por un comerciante de Liverpool llamado Joseph Mayer, coleccionista de obras de arte egipcias, junto con «las grandes ruedas de bronce excavadas en los Montes de Mátra, en Hungría». Mayer donó el mencionado códice al museo de su ciudad donde fue catalogado bajo el nombre de «Fejérváry-Mayer». Desde entonces, la ciencia lo conoce con esta denominación.

En 1910, el Dr. Eduard Seler, catedrático de lingüística y etnología americana de la Universidad de Berlín, publicó un tomo ilustrado dando a conocer el códice de Fejérváry-Mayer. En el prefacio expone el hecho de no haber podido dar con el catálogo a que me he referido anteriormente y que ya en aquellos tiempos se hallaba formando parte del abundante material de la Biblioteca de Arqueología del Museo Nacional Húngaro. Seler, mediante exámenes científicos, se esforzó por determinar el lugar que debía ocupar el

célebre manuscrito entre los demás códices indios conocidos. Presenta el rasgo especial de estar escrito por ambas caras. Según el tipo, tiene afinidades con el *Codex Borgia*, pero otras características le asimilan al tipo de manuscrito *Codex Vaticanus B*. La obra de Seler enumera cada una de sus ilustraciones, expone su desciframiento iconográfico (según Seler) y, a base de una labor de comparación, busca sus orígenes y analogías partiendo del material contenido en los demás códices conocidos.

Tal vez me he alejado un poco del tema, pero he tenido la impresión de que, al ocuparme de los escasos vestigios de la literatura precolombina, no puedo dejar de evocar la figura de un coleccionista húngaro de comienzos del siglo XIX, que tuvo el mérito de procurarse uno de los más valiosos códices indios en una época en la que hasta la arqueología americana estaba dando sus primeros pasos. Tal vez exista en alguna parte alguna anotación de Gábor Fejérváry acerca de la historia y descubrimiento del códice que lleva su nombre.

Por lo demás, la colección de Fejérváry fue subastada en Londres en 1868 y, de este modo, cesó de existir como unidad espiritual y material…

PINTURA PRECOLOMBINA

En lo que a la pintura precolombina se refiere, había tenido ocasión de contemplar varias veces y durante largo tiempo la reproducción de los frescos de Bonampak. La primera vez en Roma, con motivo de la exposición ambulante y, luego, en el edificio situado en el parque del Museo de Antropología. Seguramente, el colorido de los frescos originales es más apagado (he visto alguna que otra fotografía en colores de los mismos) pero, aun así, es extraordinariamente atractiva la fidelidad y el dinamismo que emanan de esas pinturas. Es indudable que todas esas composiciones llenas de figuras de tamaño natural fueron dictadas por el mismo estilo, gusto e imaginación que en el caso de las miniaturas de los códices. No obstante, así, en sus proporciones naturales, percibimos de otro modo las figuras humanas de Bonampak, y tal vez no resulta tan perceptible ni chocante la falta de perspectiva tan característica de toda la pintura precolombina. (Según Pál Kelemen, «… el hecho de que desconocieran la perspectiva resalta especialmente cuando la escena está pintada en un muro… aunque la materia intermedia no desempeñe ningún papel de importancia respecto a la composición o a la representación lineal. En todos los modos de representación pueden ser observados los mismos rasgos estilísticos…»)

Cuando, en la segunda mitad del siglo XVIII, Winckelmann estableció los durante mucho tiempo vigentes cánones de la estética del arte greco-romano (que coincidió con la época de la reanimación del interés hacia la arqueología, debida a las excavaciones realizadas en Pompeya y Herculano), una gran parte de los tesoros del mundo precolombino permanecía todavía enterrada y desconocida, sin que dichos tesoros pudieran llegar a manos de un coleccionista como debió ser el ya mencionado Boturini. Ni siquiera los historiadores de arte europeos, a no ser que descollaran en su esfera, se hallaban en situación de conocer mucho de ese material. Esto queda corroborado por el hecho de que hasta la fecha no haya sido publicada en idioma húngaro ninguna monografía de alto nivel y carácter científico acerca del arte precolombino. Empero, el autor de estas líneas ha tenido ocasión de

comprobar que todo lo referente al arte precolombino, que anteriormente constituía sólo una curiosidad o capricho ante los ojos del lector corriente, comenzó a elevarse, en los años veinte y treinta de nuestro siglo, hasta la jerarquía científica y a formar parte de la cultura pública europea.

Todavía Mauricio Jókai, el eximio novelista húngaro del siglo pasado, menciona varias veces en sus narraciones a «Vitzliputzli», representándolo como un fabuloso monstruo; esa expresión azteca quedó arraigada en varias generaciones húngaras. Hoy día, el nombre del dios de la guerra de los aztecas, Huitzilopochtli, no hace brotar sonrisas sino establece un concepto que evoca imágenes de ídolos en templos aztecas en forma de torre. Y es cada vez mayor el número de los que conocen que estas estructuras tenían el nombre colectivo de teocali. Las revistas científicas y de divulgación, al igual que los diarios, dan cuenta de las investigaciones arqueológicas precolombinas de mayor envergadura. Incluso la misma expresión de «precolombino» era desconocida en la lexicografía de los años treinta. Hoy día, sin embargo, los temas en relación con el mundo precolombino tienen un lugar tanto en la prensa de divulgación científica como en las columnas de los periódicos destinadas a las noticias culturales.

FILOSOFíA PRECOLOMBINA

¿Es que los mayas y los aztecas tenían una filosofía? ¿Elevóse su mundo espiritual hasta la altura de los pensamientos abstractos? ¿Reflejóse en su poesía el juego abstracto de su mente? Hoy día, es sólo el material escrito el que puede informarnos acerca de ello. De esto nos hablan tanto el *Chilam Balam* como el *Popol Vuh* y el material conservado mediante tradición oral y anotado poco después de la Conquista. Su filosofía estaba ligada en primer lugar a temas religiosos y astronómicos; en lo que se refiere a una más profunda explicación de la vida, se estableció, más allá de la liturgia del culto, una cierta *dualidad*. La metafísica se elevaba por encima de los planes racionales, abarcando correlaciones entre el mundo, los hombres y las divinidades. Se esforzaba en delinear una síntesis que, para el sabio, significaba un sentido global de la existencia.

Los conocimientos que los mayas poseían en la esfera de las matemáticas presuponen la formación consciente de generaciones que eran sensibles a la abstracción y sabían leer y escribir. Para poder calcular la órbita de los astros, para poder concordar el ritmo de la alternancia de los cuerpos celestes con las exigencias de la vida cotidiana era necesario el concepto del *cero* y la determinación del valor según el lugar ocupado por las cifras.

Tenemos que pensar que el mundo espiritual de los pueblos mesoamericanos no pudo estar influido ni por la filosofía griega ni por ninguna otra filosofía oriental más antigua. Fueron ellos mismos los que tuvieron que edificar el horizonte trascendental de su propio pensamiento, tal como ocurrió en lo que se refiere a sus artes y oficios, esferas en las que no pudieron apoyarse en otras tradiciones o influencias recíprocas.

Parece seguro el que la *cosmogonía* ocupaba la mayor parte de las meditaciones abstractas. De este modo, las sucesivas épocas, que en su idioma denominaban «soles», estaban estrechamente ligadas con los planos del mundo, superpuestos entre sí, y con la órbita cósmica de los mismos. Especialmente en los temas de los pensadores del Valle de México se puede

observar la existencia del concepto denominado unas veces «verdad» y, otras, «raíz profunda».

Según las fuentes de información de que disponemos, la filosofía y la poesía se funden frecuentemente. Los pensamientos de los filósofos pasaron al idioma español en verso o en una prosa rítmica con carácter de verso libre. Generalmente, los textos no pueden ser relacionados con autores determinados. Constituyen una excepción algunos poemas de Tlacahuepan, hermano de Moctezuma, escritos en los últimos años del siglo XV. Su más célebre poema es una obra filosófica que trata de un viaje al Mundo de las Sombras.

La más rica en elementos filosóficos es la poesía de Nezahualcóyotl, señor de Texcoco, el más destacado poeta de Mesoamérica. Pasó su juventud en el destierro, en medio de persecuciones. Contaba quince años (estos acontecimientos ocurrieron alrededor de 1418) cuando una tribu vecina atacó su ciudad y mató a su padre. Él pudo salvarse escondiéndose en la copa de un frondoso árbol. No obstante, fue hecho prisionero y encarcelado, pero logró huir poco antes de ser sacrificado a los dioses. Gracias a la mediación de la dinastía mexicana de Tenochtitlan, al cabo de cierto tiempo le fue permitido regresar a su país, y pasó ocho años en Texcoco aprendiendo bajo la dirección de un anciano sabio. Su elevado espíritu no tardó en despertar los celos del soberano y, desde entonces, su vida fue algo así como la serie de aventuras de una novela de caballería. Se suceden las artimañas, los disfraces, las huidas y las vicisitudes. Una vez es salvado por su antiguo maestro y, otra, por un sacerdote que, mediante un sahumador, pone una cortina de humo entre él y los soldados que le perseguían. No falta tampoco un paso subterráneo secreto por el que llega hasta el aljibe del palacio, desde donde logra huir al llegar la noche.

Le esconde una dama noble y, luego, se oculta otra vez en la copa de un maguey. Una joven le cubre con hojas, despistando de esa manera a los esbirros del rey. En todas partes le ayuda el pueblo que seguía teniendo afecto a la familia de Nezahualcóyotl. Va errando entre los montes y su situación es cada vez más desesperada. Para salvarle, los señores de las ciudades vecinas, hartos de los desmanes del tirano, establecen una alianza. También Tenochtitlan acude en su ayuda, y el rey Maxtla se ve obligado a defender su propia ciudad. Maxtla es hecho prisionero en su propio palacio y llevado, siguiendo los acostumbrados ritos, al altar de los sacrificios. Estos acontecimientos vinieron a madurar el establecimiento de la alianza entre las ciudades del Valle de México, Tenochtitlan, Tcxcoco y Tlacopan. Decidían

en común en los asuntos de paz y de guerra y mantenían consejos comunes. Esta alianza persistió, casi invariablemente, hasta la llegada de los españoles.

«El rey tiene derecho a castigar, pero la venganza es indigna del monarca», declaró el joven rey de Texcoco al volver a instalarse en su palacio. Proclamó el perdón y se ganó a los nobles que le eran adversos concediéndoles puestos de alto rango. Como corresponde a un rey de leyenda, comenzó a corregir las faltas de la época anterior. Redactó un libro de legislación conteniendo ochenta leyes entre las que se vislumbra ya el pensamiento de la comprensión y del humanismo. Llevó a cabo una reforma administrativa, convocó deliberaciones y creó un consejo de Estado compuesto de catorce miembros. Su atención abarcó también las obras escritas y las creaciones artísticas. Ordenó que los jóvenes fueran educados por maestros y hasta reguló la forma de la enseñanza. Entre los jóvenes que salían de su «academia» elegía a los consejeros del futuro. Las fuentes de información se refieren incluso a historiadores y a que coleccionaba en su palacio los recuerdos históricos. De todo esto, desgraciadamente, nada quedó después de la Conquista.

El mayor de los hechos de Nezahualcóyotl lo constituyó su propia obra poética. Todo lo que de ella nos ha quedado es conocido, en gran parte, gracias a la obra de su descendiente, Don Fernando de Alba Ixtlilxóchitl. Es éste quien describe los hechos de sus reales antepasados, así como la vida cotidiana en el palacio. Esa obra nos da a conocer que el nuevo palacio del rey de Texcoco fue construido por las manos de doscientos mil hombres, gran parte de los cuales procedía de la población de los territorios conquistados. Según la tradición, el rey dejó sesenta hijos y cincuenta hijas que había tenido con sus diferentes esposas y concubinas. En lo que concierne a sus sentimientos religiosos, el historiador anotó una de sus declaraciones según la cual «los ídolos fueron hechos de madera y de piedra; por lo tanto, no sienten ni oyen. Mucho menos hubieran podido ser esos ídolos los que crearon el cielo, la tierra y al hombre, señor de ambos. Esa obra tiene que tener su origen en un desconocido y todopoderoso Dios que creó el universo. Es él el único en quien puedo confiar como en mi defensor y consolador…» El texto fue anotado por un historiador indio que nació ya cristiano y, por lo tanto, suena como un discurso redactado por los misioneros. Empero, refleja el mismo elevado concepto del señor de Texcoco y la misma dubitativa prudencia que emana de sus poesías.

Probablemente, sus filosóficas poesías nacieron ya en la vejez del monarca, cuando éste dedicaba a la meditación gran parte de sus días. El tono

básico de las mismas —como hace observar un experto conocedor de sus obras— es muy parecido al de los Salmos de David, pero de ellas irradia una tristeza aún más profunda. Abundan en metáforas tomadas de la naturaleza, toda gloria mundana le hace evocar el marchitarse de las flores. Lo que más sorprende en la transcripción española de la época es lo directo, cálido y ameno del verso. Difiere mucho del complicado estilo de la lírica española del Siglo de Oro establecido bajo la influencia de Quevedo y de Góngora.

Los historiadores fijan en 1470 la fecha del fallecimiento de Nezalhualcóyotl. Entre sus numerosos hijos descolló Nezahualpilli, a quien también le fue reservado un excepcional destino por los dioses de Anáhuac. Nezalhualcóyotl vivió setenta y dos años y reinó durante cuarenta y tres. Todos los que estudian la historia de Anáhuac e intentan esbozar la fisonomía política y espiritual del mundo mesoamericano anterior a la llegada de los españoles encuentran por doquier su recuerdo y su leyenda formada mediante la tradición oral.

ADIÓS AL LECTOR

¿Se puede perdonar a un escritor el que se desvíe del tema elegido, se salga de su cauce y se aventure por otros andurriales? La única disculpa que puedo argüir en mi favor consiste en que, al elegir el título de mi obra, no había decidido todavía el género ni los objetivos de la misma. En el gran laberinto de las obras en prosa, *Mi encuentro con el dios de la lluvia* pudiera quizá ser considerada como la descripción de un viaje. Pero, ¿es realmente necesario disculparse de haber elegido, bajo el nombre del dios de la lluvia, la única divinidad de Anáhuac que, si bien bajo diferentes denominaciones, fue venerada en todas partes como el primero de entre los dioses? Para mi representaba, desde hacía mucho tiempo, el conjunto de una civilización que me subyugaba por lo misterioso de su ser. Una figura simbólica que tenía que reunir en sí todo lo que yo había sentido y percibido de la unión en que se fundían las culturas del antiguo y del nuevo México.

Ese símbolo de Tláloc es unas veces una enorme estatua en la entrada del Museo; otras veces, un relieve en la fachada de un palacio maya perdido en la selva, o una polícroma figurita en las páginas del Códice Borgia. Siempre es Tláloc, cuyo nombre es aprendido y utilizado en el lenguaje corriente de la ciudad; así, hasta los periódicos lo emplean como sinónimo de chaparrón. El dios de la lluvia no es hermoso como lo es, en sus muy diferentes representaciones, la Serpiente Emplumada. Es más bien monumental, a veces amenazador, mostrando los dientes. No obstante, es el que tiene en sus manos el futuro próximo, la bienhechora lluvia que hace posible las cosechas.

Sentí su universalidad cuando, gracias a su simbólica figura, hubiese querido abrazar a México entero. Lo que pude ver de ese gigantesco imperio bañado por dos océanos fue, indudablemente, lo más bello e interesante, pero, sin embargo, no constituía más que una ínfima parte de sus dos millones de kilómetros cuadrados. Pero todo aquello que me fue dado ver con mis propios ojos hizo revivir en mí estratos que creía extinguidos, hizo resucitar las lecturas de antaño, películas hace mucho vistas, sensaciones experimentadas en museos, al leer páginas de libros y escuchar conferencias y diálogos. Y

resucitó también todo lo que había leído y oído acerca del México moderno. Esas asociaciones de ideas pugnaban por sus derechos y se infiltraron en los capítulos de la narración. Ponían oleadas en mi texto, porque estuve buceando en el peculiar lago de mis recuerdos.

Para mí, el viaje en sí constituyó una «novela perfecta», pero mi narración está muy lejos de serlo. Hubiera podido componer este relato de una manera más objetiva, sin recurrir a la primera persona del singular. Pero entonces lo hubiera desprovisto del encanto personal de las impresiones directas, de la alegría, de la avidez y de la subjetividad del «descubrimiento». Sólo mediante esa primera persona del singular puedo explicar al lector que, aunque mis ángeles buenos se esforzaron por llevarme a todas partes, no pude ver todos los monumentos más importantes, regiones folklóricas y centros industriales de Anáhuac. En México las distancias —comparadas con las habituales en Europa Central— son enormes. Ni siquiera hoy día puedo comprender cómo los conquistadores pudieron recorrer ese inimaginablemente largo y difícil camino entre la costa y el lago de Texcoco.

La subjetividad de un género así, encierra, claro está, muchos peligros. Tendría que ser ligero, dejando escapar sólo chispas de erudición. Seguramente que entre mis observaciones habrá un buen número de improvisaciones susceptibles de hacer surgir la desaprobación de algún profesor docto en ciencias precolombinas. Si a este respecto me es necesaria una disculpa, sólo puedo aducir en mi favor que intenté encontrar las fuentes de información y compaginarlas entre sí cuando —y eso ocurrió a menudo— suponía una contradicción entre ellas. A fin de cuentas, pude obtener un sumario de las diferentes opiniones científicas a las que me refería. Hoy día, la literatura sobre las artes y ciencias precolombinas constituye ya un material tan extenso que me pude considerar satisfecho con haber podido dar con los más importantes resultados.

Seguramente que el lector se habrá dado cuenta de que durante mi corta estancia en México llegué a cobrar mucho afecto a ese país que durante tanto tiempo llenó mi imaginación y que me acogió con una tan agradable hospitalidad. Es comprensible que en el Anáhuac de antes de Hernán Cortés me moviera con más desenvoltura y diera más fácilmente con los orígenes de contradicciones, culpas y desgracias que en un país tan complicado y en el que, en tan breve tiempo, apenas si tuve la posibilidad de penetrar profundamente en la realidad de la vida actual. En este caso, como lo atestiguan numerosos ejemplos, hubiese sido mucho más arriesgado, tratándose de un país de tanta extensión como la que tiene México, esbozar

parcialmente la fisonomía social de un pueblo o condensar y analizar superficialmente las críticas que puede escuchar o leer un viajero que llega de lejos. Fue demasiado poco lo que pude ver y conocer del México de nuestros días cuya población se ha triplicado en el curso de medio siglo.

Supongo que, de todos modos, el lector se interesa más bien por aquello cuyas raíces llegan hasta el pasado precolombino y que, aunque sólo dejándolo vislumbrar, esboza algo sobre los orígenes, evolución, decadencia y trágico fin de esa civilización que todavía sigue siendo bastante desconocida. Si en esa «exploración» espiritual he conseguido siquiera dar unos pasos hacia adelante, este irregular relato de un viaje habrá alcanzado una buena parte de sus objetivos.

Cuando, durante el otoño de 1926, abrí en Londres el libro de William Prescott titulado *La Historia de la Conquista de México* se inició en mí un curioso proceso interno que, según tengo la impresión, no terminó por completo cuando, en noviembre de 1970, pude encontrarme en el parque del Museo con una semiacabada estatua del dios de la lluvia, de colosales dimensiones, que permaneció olvidada en el cauce de un arroyo. Como si ese gigantesco Tláloc, que un extranjero puede presentir pero no puede comprender, ese Tláloc que espera ser definitivamente cincelado, simbolizara la realidad mexicana.



LÁSZLÓ PASSUTH. Nació en Budapest, Hungría, el 15 de Julio de 1900. Pertenece a esa sufrida generación de europeos que tuvo el durísimo destino de tener que pasar por nada menos que dos guerras mundiales. En su caso personal, a eso todavía cabe agregar todos los avatares de la ocupación soviética, la revolución húngara de 1956 y las últimas décadas del régimen comunista.

Originalmente siguió la carrera de abogado, doctorándose en dicha especialidad en la Universidad de Szeged. Trabajó en el ámbito bancario desde 1921 y hasta 1945, año en que ingresó en la Oficina Nacional de Traductores para hacer traducciones al húngaro de al menos ocho idiomas: latín, inglés, francés, alemán, italiano, griego, español y portugués.

Su carrera de escritor comienza a mediados de 1920 con traducciones para publicaciones culturales. Visitó España en 1933 y, desde entonces, sintió siempre una especial simpatía y atracción por todo el ámbito de la cultura hispana. En 1937 publicó su primera novela *Eurasia* y, en el mismo año, su primera obra histórica sobre el Simposio de Esztergom, con lo que demostró, ya desde sus comienzos, que poseía la rara virtud de hacer convivir en su mente al narrador con el historiador.

A instancias de otro escritor húngaro, Zsigmond Moricz, escribió la primera obra que le otorgaría una merecida fama: *El dios de la lluvia llora sobre*

México. El libro, que relata las conquistas y los descubrimientos de Hernán Cortez, se publicó en 1939 y resultó ser un inesperado éxito tanto en Hungría como en el resto del mundo. Con el correr de los años, la obra terminó formando parte de una trilogía hispana con el agregado de *Señor Natural* (1960), que se refiere a Felipe II y cuyo título en húngaro es «*Terciopelo negro*», y con *El mayordomo de Diego Velázquez* (1965). Otras obras notables referidas al ámbito hispano fueron *Explorando el Pasado* (1966) e *Hispania Eterna* (1969).

Escritor increíblemente prolífico, en la cumbre de su carrera su producción es prácticamente la de un libro por año y, por más que algunos lo tienen por «novelista» —con la velada, o no tan velada, acusación implícita de superficialidad— la mayor virtud de sus narraciones reside justamente en una sorprendente precisión histórica obtenida de un contacto directo con las fuentes. Passuth se movió con igual comodidad tanto en la historiografía como en la arqueología o en el arte. Con un excepcional conocimiento de la materia unido a una brillante narrativa puso al alcance de cientos de miles de lectores las biografías, los comportamientos y las costumbres de los más diversos personajes de la Historia. Durante décadas fue el escritor húngaro más publicado, más leído y más conocido —lo cual, por supuesto, generó no pocas envidias y no pocas chicanas de parte de otros escritores colegas mejor posicionado en la burocracia partidaria.

Es probablemente por esto que, aún cuando no pudo ser acallado, el régimen comunista en Hungría tampoco se dignó de reconocerlo oficialmente. En 1948 lo expulsaron del Sindicato de Escritores. Hasta la revolución húngara de 1956 sólo pudo publicar bajo seudónimo. Si bien entre 1945 y 1960 fue el secretario general del PEN Club húngaro, entre los años 1948 y 1957 este cargo no pasó de ser meramente simbólico.

Después de jubilarse como traductor, adquirió una pequeña propiedad en la localidad balnearia de Tihany, a orillas del lago Balaton. Sus últimas obras surgieron de este retiro que prácticamente se convirtió en refugio. El resumen de su filosofía de vida probablemente esté encerrado en las palabras que en una oportunidad le dijo, muy en confianza, al crítico Elemér Szeghalmi: «*en cada piedra, en cada diminuto pedazo de tierra o producto del ser humano puedes ver y experimentar los verdaderos signos cristianos. Sin esto no hay vida verdadera sobre este mundo*».

Falleció en la cercana localidad de Balatonfüred, el 19 de Junio de 1979.

Notas

[1] Cholula. <<